

LA
CIUDAD
DEL
REY

VII
PREMIO
DE NOVELA
HISTÓRICA
CIUDAD
DE ÚBEDA

MARCELINO SANTIAGO

13

El 6 de octubre de 1474 un violento ataque a la comunidad de judíos conversos de Ciudad Real precipita que el arzobispo de Toledo, don Alonso de Carrillo y Acuña, envíe a la ciudad al licenciado Tomás de Cuenca, con atribuciones de juez delegado inquisidor. Mientras este investiga una posible herejía de los principales ciudadanos conversos, descubre, junto con el joven Hernán Pérez del Pulgar (años más tarde, héroe de la conquista de Granada), el intento del poderoso maestre de la Orden de Calatrava, don Rodrigo Téllez Girón, de apoderarse de la ciudad, cuyo señorío y rentas pertenecen al rey, como parte de una conspiración que podría cambiar el destino de Castilla. Los acontecimientos que se desencadenarán tras la muerte del rey Enrique IV, en medio de la guerra de sucesión al trono entre Juana de Castilla e Isabel de Trastámara, cambiarán para siempre la percepción del pragmático inquisidor sobre las relaciones de poder, la religión y las mujeres.

Marcelino Santiago

La ciudad del rey



Título original: *La ciudad del rey*
Marcelino Santiago Yustres, 2019

Revisión: 1.0
08/04/2019

A mi esposa, Consuelo, y a mis hijos, Jaime, Diego y María, por
disculpar el tiempo escatimado mientras me zambullía entre
libros, páginas y relatos.

A mis padres, Gabriel y María, por haberse convertido en el
mejor ejemplo de honradez, tesón y bondad.

GUÍA DE PERSONAJES

TOMÁS DE CUENCA: Canónigo de Toledo, inquisidor.

JUAN MARTÍNEZ CEPUDO: Secretario de Tomás de Cuenca.

QUITERIA OROZCO: Criada de Tomás de Cuenca.

SIMÓN BELTRÁN: Criado de Tomás de Cuenca.

TERESA DE CIUDAD: Pañera.

SANCHO DE CIUDAD: Padre de Teresa; converso, arrendador de rentas y regidor de la ciudad.

MARÍA DÍAZ: Madre de Teresa.

JUAN DE CIUDAD: Hermano mayor de Teresa.

DIEGO DE CIUDAD: Hermano menor de Teresa.

ESTEBAN: Criado de Sancho de Ciudad.

GONZALO RODRÍGUEZ DE SANTA CRUZ: Médico.

BEATRIZ DE SANTA CRUZ: Hermana de Gonzalo.

PEDRO: Aprendiz de Gonzalo.

HERNANDO (HERNÁN) PÉREZ DEL PULGAR: Militar y escritor.

RODRIGO DEL PULGAR Y POBLETE: Padre de Hernando.

FRANCISCO DE BEDMAR: Compañero de armas de Hernando.

GUZMÁN, ORDOÑO, CÉSPEDES: Amigos de taberna de Hernando.

FRANCISCA: Especiera, amada de Hernando.

LEONOR: Hermana menor de Francisca.

ORDEN DE CALATRAVA:

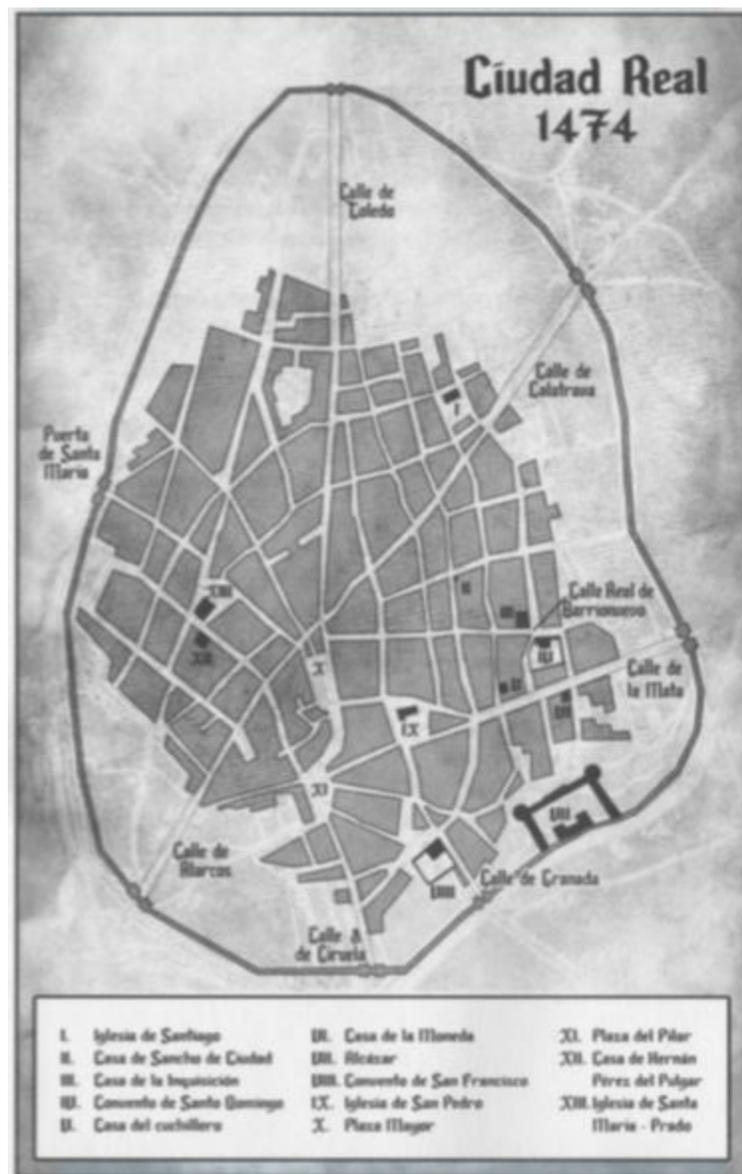
RODRIGO TÉLLEZ GIRÓN: Maestre de la Orden de Calatrava.

FREY DIEGO DE LOAISA: Comendador de Valdepeñas.

FREY RAMIRO DE GUZMÁN: Comendador de las Casas de Ciudad Real.

GARCÍA LÓPEZ DE PADILLA: Clavero de la Orden de Calatrava.

FERNANDO GÓMEZ DE GUZMÁN: Comendador mayor de la Orden de Calatrava.



MIEMBROS DEL CONCEJO DE CIUDAD REAL:

ÁLVARO DE PECELLÍN: Lugarteniente del corregidor.

ALFONSO CÉSPEDES: Regidor, cristiano.

ANTÓN TREVIÑO: Regidor, cristiano.

FERNANDO DE POBLETE: Regidor.

ANDRÉS ALONSO DE AGUILERA: Procurador.

JURADO ARÉVALO: Jurado de la ciudad, converso.

LOPE DE LA ZARZA: Padre de Francisca; especiero, converso y jurado de la ciudad.

CLÉRIGOS:

FELIPE LANZA: Cura de Santiago.

GOMES MEXÍA: Prior del convento de Santo Domingo.

JUAN DE LA TORRE: Fiscal.

CONVERSOS:

JUAN GONZÁLEZ PINTADO: Regidor de la ciudad.

MARTÍN DÍAZ ALBÍN: Procurador, hijo de Juan González.

CRISTÓBAL DÍAZ ALBÍN: Hijo de Juan González.

MARA: Cerera.

FALCÓN EL VIEJO: Especiero.

DIEGO DE VILLARREAL: Socio de Sancho de Ciudad y regidor de la ciudad.

OTROS PERSONAJES DE CIUDAD REAL:

FERNANDO VALERA: Criador de caballos.

PASCUALA: Partera.

CONSTANZA FONSECA: Joven asesinada.

TRISTÁN FONSECA, EL LARGO: Padre de Constanza.

SANCHO DÍAZ: Tintorero.

MIGUEL DE MORA: Cuchillero.

ALVAR GARCÍA: Maestro monedero de la Casa de la Moneda.

PERSONAJES DEL EJÉRCITO CASTELLANO:

RODRIGO MANRIQUE: Conde de Paredes, maestre de Santiago.

JORGE MANRIQUE: Militar y poeta, comendador de Montizón; hijo de Rodrigo Manrique.

JUAN DE MONROY: Alcaide del alcázar de Toro.

ANTONA GARCÍA: Heroína de la guerra castellano-portuguesa, esposa de Juan de Monroy.

OTROS PERSONAJES HISTÓRICOS QUE SE RELACIONAN:

ENRIQUE IV: Rey de Castilla, hijo de Juan II, casado con Juana de Avis y padre de Juana de Castilla (la Beltraneja).

JUANA DE AVIS: Esposa de Enrique IV, hermana del rey Alfonso V de Portugal; señora de Ciudad Real hasta su muerte.

JUAN DE CASTILLA: Hija de Enrique IV, desposada con su tío Alfonso V; pugnó contra Isabel I por el trono de Castilla.

ISABEL DE TRASTÁMARA: Hija de Juan II y medio hermana de Enrique IV; infanta y reina de Castilla, reinó como Isabel I.

FERNANDO II DE ARAGÓN: Marido de Isabel I de Castilla.

JUAN PACHECO: Privado del rey Enrique, primer marqués de Villena y maestre de Santiago; hermano de Pedro Girón y tío de Rodrigo Téllez Girón.

DIEGO LÓPEZ PACHECO: Segundo marqués de Villena; hijo de Juan Pacheco, primo del maestre de Calatrava, Rodrigo Téllez Girón.

PEDRO GIRÓN: Hermano de Juan Pacheco; renunció al maestrazgo de Calatrava en favor de su hijo Rodrigo Téllez Girón, para casarse con la entonces infanta Isabel, aunque falleció sin lograr su propósito.

ALONSO DE CARRILLO: Arzobispo de Toledo, tío de Juan Pacheco y Pedro Girón.

1

POGROMO

CIUDAD REAL, 6 DE OCTUBRE DE 1474 (6 TISHREI 5234, SABBAT)

Las últimas luces del día se esforzaban por permanecer en el horizonte, pero el viernes judío se agotaba por instantes y dejaba paso al sabbat, el día para santificar al Señor. Las mujeres que aquella tarde se encontraban en la casa de Sancho de Ciudad encendieron las velas y las luces de los candiles antes de la puesta de sol. El sábado, la mecha de las lámparas se preparaba de forma especial para que durase más de lo habitual. Las mitzvot prohibían encender luces y hacer fuego durante todo el día; por eso, durante los últimos instantes del viernes, prepararon una buena lumbre con la que mantener caliente la comida y unas luminarias duraderas con las que alumbrarse durante la cena y parte de la noche. Las mujeres habían aprendido de Mara, la cerera, que, echando una pizca de sal al aceite de los candiles, se conseguía mantener encendida su llama durante más tiempo.

Desde niña, Teresa de Ciudad había oído decir que, cuando se encendían las velas de sabbat, la mujer revelaba la energía divina presente en su alma, en su hogar y en toda la Creación. Aquella enseñanza la hacía sentirse importante cuando las noches del viernes las mujeres solteras encendían su vela junto a las dos luminarias que les estaba permitido encender a las casadas.

Por la tarde, Teresa ayudaba a la cerera y a su madre, María Díaz, la

esposa de Sancho de Ciudad, a preparar la jalá, el pan ácimo con el que acompañarían las tres comidas del sábado.

—Creo que ya es hora de que penséis en buscarle un buen esposo a Teresa, porque, a su edad, ya debería encontrarse casada y haber traído algún que otro hijo al mundo —dijo la cerera mientras las tres mujeres heñían la masa de pan en una mesa junto a la lumbre.

—¿Qué hay de la mitzva que no permite hablar de negocios en sábado? —protestó la joven antes de que pudiera responder su madre—. No es bueno que la mujer esté sola, y tú, niña, deberías ser la primera interesada en que tu padre te busque marido.

Las dos mujeres eran amigas desde niñas. A Mara la conocían como «la cerera», el oficio de su primer marido; superaba en fe y devoción a la mayoría de los judíos, aunque que se había convertido a la fe cristiana obligada por las circunstancias. Pese a su conversión, todos la consideraban una auténtica judía: respetaba las mitzvot establecidas por la Torá y la tradición y servía de guía espiritual y consuelo a otras conversas.

Desde el comedor de al lado alguien reclamó la presencia de Teresa, y la joven acudió al instante. Salió de la cocina sin decir palabra, pero reprendió con la mirada a las dos mujeres con la certeza de que seguirían hablando de ella en su ausencia.

—No habría sacado el tema si no fuera porque he oído rumores —susurró la cerera en voz baja cuando la joven abandonó la cocina.

—¡Ay, Mara! ¡Que todavía no sé cómo haces para enterarte de lo que sucede en cada casa!

—Ya sabes que las noticias se extienden a la velocidad del viento, y ha llegado hasta mis oídos que Sancho ya está en tratos... Claro, que si no quieres que lo sepa..., no me importará.

María Díaz manipulaba la masa con determinación y energía sin prestar atención a los lastimeros ojos de su amiga, que suplicaban una explicación.

—¡Está bien, pero lo que te diga no debe salir de aquí! —claudicó María Díaz con simulado enojo mientras la cerera detuvo su faena para no perder detalle—. Se trata de Cristóbal, el hijo de Juan González.

—¿El hijo del Pintado? —preguntó, extrañada, en voz alta mientras su amiga la impelía con un gesto a que bajase la voz.

—Ya sabes que nuestras familias se conocen de tiempo atrás y que mi marido y Juan González han hecho negocios juntos en varias ocasiones. Sancho y él están en conversaciones desde hace algunas semanas. Cristóbal es apuesto y agradable. Él y su hermano Martín siempre han vivido fuera con su padre hasta que este abandonó la corte hace un par de años y regresó a la ciudad.

—Pues no cabe duda de que es un buen partido. Y Teresa... ¿qué opina?

—Aparenta estar ajena a todo. Sancho ha intentado sonsacarle su opinión, por la promesa que le hizo, pero es muy retraída, y todavía lo está pensando. Unas veces creo que Cristóbal le agrada, aunque otras veces pienso que le falta algo de entusiasmo.

—No te preocupes, Teresa es dócil. Seguro que comprenderá que la decisión es por su propio bien.

Cuando tuvieron dispuesta la masa, esparcieron harina sobre el tablero de la mesa y la manipularon hasta darle forma alargada. Obtuvieron tres tiras largas que unieron en un extremo, y con habilidad tejieron la trenza hasta el final. Se encontraba lista para cocerla en el horno, y María Díaz echó a la lumbre las colitas que habían sobrado de la masa que habían trenzado. En otras ocasiones habría arrojado un manojo de lana al fuego para evitar que las vecinas husmearan la comida que cocinaba, pero, en aquella ocasión, no le importó que el olor de la hogaza que se cocía en el horno se extendiera por los alrededores.

En la sala contigua, Teresa disponía con otras mujeres la mesa donde habrían de cenar los invitados. Las mujeres colocaban los tableros junto a los poyos de la pared mientras los dos nietos de Sancho de Ciudad estorbaban la tarea y, enfrente, prepararon algunos bancos de madera para permitir el asiento al otro lado. También desplegaron manteles limpios y prepararon candelabros para las velas, que encendieron poco antes de ocultarse el sol.

Mientras tanto, los hombres aguardaban la hora de la cena en el piso superior de la torre que la casa de Sancho de Ciudad tenía adosada al edificio principal. Habían terminado con el precepto semanal de la lectura y estudio de la Torá que los judíos debían realizar antes de la llegada del sábado. Sancho de Ciudad insistió en que su hijo Diego realizara la lectura del Tanaj. Aunque ya no era un niño, era el más joven de los que allí se habían congregado, y

quería que aceptara la responsabilidad de mantener la devoción de los presentes con su lectura.

—Shalom aleijem —saludó Falcón el viejo cuando se incorporó a la reunión.

El viejo Falcón había degollado aquella mañana una res en su casa para la cena del sábado. No era la primera vez que sacrificaba animales en su corral para proporcionar carne kosher a los judíos, que evitaban comprarla en las carnicerías de la plaza, donde no había garantías de que el animal fuera sacrificado conforme establecían los preceptos. La carne debía encontrarse desangrada por completo. La res degollada se dejaba sangrar durante un buen rato, antes de lavarla de forma exhaustiva y de rociarla con sal para absorber cualquier resto de sangre que pudiera permanecer impregnado.

Con Falcón acudió también su yerno, Diego de Villarreal, socio de Sancho de Ciudad en el negocio del arrendamiento de rentas de alcabalas y tercias reales. La solvencia económica de Sancho de Ciudad era sólida, pero no podía asumir por sí solo la puja de aquellas cuantías tan grandes y, con prudencia, decidió dispersar el riesgo. Formó sociedad con Diego de Villarreal y con su propio hijo Juan de Ciudad, con los que se inició como arrendador de rentas. La fianza de la subasta era cuantiosa, y los arrendadores debían contar con gran liquidez con la que hacer frente a cualquier eventualidad en alguno de los plazos. Solo Diego de Villarreal y su propio hijo Juan de Ciudad se atrevieron a asociarse con él. Su buen amigo Juan González Pintado declinó la oferta porque, según decía, Castilla atravesaba tiempos difíciles y cualquier contratiempo podría dar al traste con la inversión. El mismo rey don Enrique se encontraba por entonces convaleciente de una enfermedad, y su estado de salud solo aportaba incertidumbre al futuro. Se esforzó por hacerles comprender que la Corona no arriesgaba nada, que eran los arrendadores los que debían responder de la recaudación, pero las expectativas del negocio resultaron más prometedoras que sus advertencias. Juan González Pintado era buen conocedor de la corte, ya que, durante años, fue secretario del rey Juan II y después de su hijo don Enrique, el cuarto de su nombre en el trono de Castilla.

Los tres hombres eran regidores y miembros del concejo de la ciudad. A decir verdad, fue Juan González Pintado quien introdujo a Diego de Villarreal

y a Sancho de Ciudad en el concejo, con la esperanza de contrarrestar la influencia de la poderosa familia de los Céspedes. Sancho de Ciudad no había tenido aspiraciones políticas hasta entonces: siempre prefirió mantenerse al margen de los enfrentamientos en los que se enzarzaban los bandos municipales, pero creyó que aquella ocasión que le brindaban para formar parte del concejo suponía una buena oportunidad para desarrollar sus negocios. Fue al poco tiempo cuando se convirtió en arrendador de las rentas reales, y aquello dio una dimensión distinta a su economía, basada hasta entonces en el negocio familiar, dedicado a la fábrica y comercialización de paños, al que había dedicado toda su vida.

Pero estaba a punto de comenzar el sabbat, y no era lícito hablar de negocios. Por eso, cuando terminaron la lectura del Tanaj, el Antiguo Testamento judío, los hombres bajaron a la planta inferior para incorporarse a la mesa que habían preparado las mujeres. El momento era festivo, aunque todos guardaban un orden y un silencio solemnes.

Tras el encendido de las velas, todo estaba dispuesto para recibir la visita de los dos ángeles que, según el Talmud, acompañan al judío en su hogar el viernes por la noche. Entonaron el Shalom aleijem, el himno que les daba la bienvenida y la plegaria para recibir las bendiciones de paz y felicidad.

Sancho de Ciudad comenzó a entonar el Eshet Jail, la hermosa canción compuesta con los últimos versículos de los proverbios del rey Salomón y que Abraham dedicó a su mujer, Sara. Esta canción era un canto para la mujer que se entregaba devotamente a su familia. Teresa se emocionaba cada vez que oía a su padre y a sus hermanos entonarla, y aquella noche no fue distinto. Los maridos miraban con ternura a sus mujeres mientras cantaban y ellas sonreían como si acabaran de enamorarse.

Los cánticos habían apagado el bullicio que se había formado en la calle. Un grupo de personas se había congregado frente a la casa, y desde el interior se las escuchaba hablar y gritar con fuerza.

Sancho recitó el kidush sobre una copa de vino. Uno a uno, todos bebieron de ella y tomaron la jarra para realizar el lavado ritual de las manos. Los gritos de la calle se oían cada vez más cerca, y el bullicio se convirtió en algarabía.

—Se oyen ruidos fuera —dijo Teresa, inquieta, mientras hacía intención de

levantarse.

Su padre la detuvo con un gesto y continuó con el ritual, que no terminaba hasta que se recitaba la bendición sobre el pan y cada uno de los presentes probaba un pequeño trozo de la jalá. Hasta ese momento no estaba permitido hablar.

—¡Abrid la puerta de la casa si no queréis que la tiremos abajo! ¡Malditos marranos! —gritaron desde la calle mientras se oían los insistentes golpes.

Las contraventanas se hallaban cerradas, pero las golpeaban con tanta rudeza que podían ceder en cualquier momento.

—¿Qué está pasando, padre? —gimió Teresa mientras se acercaba a Sancho para buscar su protección.

Los de la casa se pusieron en pie y se miraron extrañados sin saber lo que ocurría. Sancho hizo intención de acercarse hasta la puerta.

—¡Detente! —gritó Juan González Pintado—. Debemos resistir en el interior de la casa y no dejarles entrar.

—¿Por qué? No hemos hecho nada. Sin duda se trata de un malentendido.

Sancho se resistía a creer que tuvieran motivos para atacarlos a él o a su familia, pero viejos recuerdos acudieron a su memoria, y pensó que el Pintado tenía razón, por lo que sería una temeridad ofrecerse a sus enemigos sin resistencia. Los más jóvenes se armaron con lo que encontraron más a mano: palos, cuchillos, un atizador para la lumbre...

—No creo que tengan nada contra nosotros. Debemos abrir para calmarlos. —Parecía que Sancho intentaba convencerse con sus propias palabras.

—Pero antes de abrir la puerta, permite que las mujeres puedan escapar con los niños por la trasera del corral. No debemos ponerlas en peligro. —Juan de Ciudad tomó de la mano a sus dos hijos.

—Está bien; Diego las acompañará por si hay algún contratiempo. Algunas de ellas ya no están ágiles como para saltar la cerca de atrás.

El joven Diego de Ciudad cumplió el encargo de su padre y guio a las mujeres y a los niños hasta el corral. Allí arrimó un carro junto a la cerca trasera y colocó encima algunas gavillas de sarmientos hasta conseguir la altura suficiente desde donde alcanzar con facilidad la parte superior del muro.

Mientras tanto, los de la calle lanzaron antorchas al interior de la casa, sobre el tejado y el patio, que provocaron pequeños incendios que los de dentro se afanaban en apagar.

—¿Qué es lo que queréis? ¡Dejadnos en paz! —gritó Diego de Villarreal.

—¡Abrid, os digo, o lo pagaréis caro! ¡No os quedarán ganas de robar a los cristianos en cuanto os pongamos la mano encima!

Diego de Ciudad y su hermano Juan acudieron para agilizar la huida y ayudar a las mujeres a subir al carro y a trepar por la cerca. Las mayores apenas si podían extender la pierna para trepar a lo alto de la tapia, y los dos hombres las empujaban desde abajo, mientras Teresa y su cuñada se afanaban tirando de ellas desde arriba.

Dentro de la casa, Juan González Pintado y sus dos hijos sujetaban la puerta principal para evitar que cediera con los golpes. Los demás hacían lo que podían con las contraventanas de madera para impedir que los acosaran desde la calle. Sancho subió a una de las cámaras y bajó con dos viejas espadas que conservaba desde hacía algunos años. Aquellas armas le traían tristes recuerdos porque estaban manchadas con sangre, pero creyó que había llegado la ocasión de que volvieran a ver la luz.

La puerta principal estaba a punto de ceder, y las mujeres todavía no habían terminado de saltar la cerca que las alejaba del peligro. Por allí podían escapar a través de un pequeño huerto que lindaba con la casa y que comunicaba con una calle lateral alejada de los alborotadores.

El Pintado y sus hijos sujetaban la puerta con el peso de sus espaldas, hasta que los de fuera pusieron mayor empeño y terminaron forzando la entrada. Los tres fueron empujados en el forcejeo y cayeron al suelo.

Varios hombres armados entraron como exhalaciones y, sin mediar palabra, atizaron un golpe en la cara a Sancho de Ciudad, que no tuvo tiempo de reaccionar, aunque tenía la espada en la mano. El hombre cayó al suelo y comenzó a sangrar por la boca. La misma suerte sufrió Diego de Villarreal, que recibió una fuerte patada en la boca del estómago y cayó doblado al suelo junto a su amigo. Los demás intentaron defenderse, pero fueron igualmente golpeados hasta que los redujeron en pocos minutos, vapuleándolos con dureza y sin contemplaciones.

—¡Vamos, salid todos a la calle! ¡Marranos judíos! —gritaba el cabecilla

del grupo.

Los sacaron a empujones y patadas mientras otro grupo de hombres armados y con antorchas esperaban fuera para ajustarles las cuentas.

—¿Qué queréis de nosotros? Somos comerciantes, y algunos son regidores de la ciudad. No hemos hecho daño a nadie. ¿Por qué nos atacáis? —se lamentaba el viejo Falcón.

—¡Calla, viejo! Sois los de vuestra calaña los que no dejáis que los cristianos honrados vivan en paz. Sois usureros y ladrones...

—Tú eres Melchor, yo te conozco —decía el anciano—. De pequeño ibas a comprar a mi tienda. ¿Es que no me reconoces?

El hombre miraba de reojo a sus compañeros, y parecía molesto con los comentarios de Falcón. No le gustó que lo pusiera en evidencia delante de sus amigos, aunque aquello ocurriera hacía muchos años.

—¡He dicho que te calles, viejo! —El tal Melchor empujó al viejo Falcón, que lo tenía agarrado del brazo mientras le rogaba compasión.

—¿Por qué nos haces esto? Yo siempre me porté bien contigo y con tus padres. —Falcón se acercó de nuevo al cabecilla y lo volvió a tomar del brazo.

En aquel momento, un hombre corpulento con barba negra muy poblada se acercó al viejo especiero y lo agarró del cuello para separarlo de su amigo.

—¡Malditos judíos! Siempre tan lastimeros. A ver si ahora te quedan ganas de hablar —decía mientras le apretaba el cuello con todas sus fuerzas.

Un grupo de asaltantes subió a la torre de la casa, donde se hicieron con algunos objetos de plata y otras cosas de valor. Desde la ventana, alguien se percató de que las mujeres trataban de huir por la cerca de atrás y dio la voz de alarma. La mayoría de ellas ya habían saltado, y el joven Diego de Ciudad las guiaba a través del huerto para que pudieran escapar de la emboscada. Solamente quedaba María Díaz por sortear el obstáculo; su hijo Juan hacía todo lo posible por que saltara la pared. El asaltante dio el aviso cuando la mujer se hallaba a horcajadas en lo alto del muro.

—¡Corre todo lo rápido que puedas! —gritó Juan mientras desde arriba ayudaba a descolgarse a su madre por el lado opuesto de la cerca—. Yo intentaré detenerlos.

Juan aguardó la llegada del hombre que había dado la voz de alarma para

cubrir la huida y cogió una horca de madera para defenderse, pero pensó que, si no lograba contenerlo, su madre tendría pocas posibilidades de escapar. Tomó una de las antorchas que permanecían encendidas en el suelo y prendió las gavillas de sarmientos colocadas sobre el carro para impedir que nadie más pudiera saltar la cerca.

El hombre que descendió a la carrera por las escaleras de la torre lo sorprendió mientras quemaba los sarmientos; se fue hasta él y le propinó un golpe en el brazo que lo derribó. Juan se encontraba vencido y a merced de su rival, pero, antes de que se le aproximara de nuevo, tomó la horca de madera y se la arrojó por el astil, con tan buen tino que su lanzamiento certero le golpeó la cabeza y el hombre cayó al suelo, abatido.

Mientras tanto, en la calle, el hombre corpulento atenazaba el cuello del especiero, quien estaba a punto de desfallecer. Lo soltó a tiempo para que pudiera respirar, pero, conforme aflojaba, le lanzó el puño contra la cara con brutalidad. El anciano cayó al suelo casi sin aliento.

—¡Maldito canalla! —gritó Cristóbal, deshaciéndose de quien lo tenía sujeto del brazo mientras se abalanzaba contra aquel matón para darle un escarmiento, pero, antes de que lo alcanzase, el hombre sacó un puñal de entre sus ropas y lo clavó hasta la empuñadura en el abdomen del muchacho.

En el silencio de la noche se oyó el grito desgarrador de Juan González Pintado cuando su hijo mayor se desplomó sin vida, abatido de forma innecesaria y cruel.

2

UNA REUNIÓN CLANDESTINA

Aquella misma noche, no muy lejos de la casa de Sancho de Ciudad, una sombra se movía con ligereza por las calles de Barrionuevo. Tristán Fonseca, a quien apodaban «el Largo», llegaba tarde a la cita a la que los había emplazado Sancho Díaz, el tintorero. El hombre caminaba encogido por el inesperado frío de aquellos días de octubre, lo que acentuaba más su ya de por sí desgarrada figura, envuelta en un recio gabán. Recorría con rapidez la calle Real de Barrionuevo hacia la calle del Lobo. En la oscuridad de la noche llegó hasta la casa que habían utilizado las últimas semanas para planear y organizar el asesinato para el que los había contratado el tintorero. No era la primera vez que Tristán Fonseca mataba a un hombre en alguna rencilla o por encargo, aguardando, traicionero, a su víctima en algún callejón oscuro. Pero en aquella ocasión era distinto: el asesinato debía realizarse a plena luz del día, y había sido planeado hasta el último detalle para no dejar nada a la improvisación, porque el objetivo solo resultaría vulnerable durante escasos minutos a su llegada a la ciudad, que se produciría en los próximos días. La envergadura del encargo y el dinero que alguien estaba dispuesto a pagar hacían sospechar que la víctima era persona principal, aunque, por seguridad, el tintorero nunca les reveló su identidad, y ahora se alegraba de ello.

Sin embargo, se había producido un cambio de planes. Aquella mañana, Sancho Díaz, el tintorero, se había acercado hasta la taberna donde el Largo acostumbraba a enjuagarse el gáznate, se sentó junto a él y lo invitó a un vaso

de vino. Sabía que la noticia de la cancelación del trabajo no le haría ninguna gracia a aquel larguirucho pendenciero. Por suerte, todavía estaba sobrio, y aceptó reunirse al anochecer para hablar del asunto sin provocar más escándalo.

Cuando Tristán Fonseca llegó a la casa de la calle del Lobo, miró a uno y otro lado para asegurarse de que nadie lo observaba y golpeó suavemente la puerta con el llamador, sin brusquedad, para que no resonara en el silencio de la noche. La puerta se entreabrió y le franquearon el paso. Ya se encontraban dentro el tintorero y otros dos hombres, uno de tez oscura y aspecto moro y el otro, el más joven de todos, el que le había abierto la puerta.

—Es tarde —le dijo el tintorero, apoyado en el borde de una mesa con las piernas cruzadas.

—¿Has traído el dinero? —preguntó sin más el Largo.

—¿Creéis que iba a arriesgarme a llevar tanta cantidad sin haber concretado un acuerdo?

Los tres hombres se miraron, y el de tez oscura se rebulló en su asiento como si estuviera a punto de saltar.

—¡El acuerdo lo pactamos hace dos semanas, cuando nos propusiste el trabajo! ¡Llevamos más de diez días planeándolo, y me duele el culo de recorrerme en carreta los pueblos de los alrededores para comprar lo que necesitamos sin levantar sospechas! —gritó, enérgico.

—Ya sabéis que el encargo se ha cancelado, y sin trabajo no hay dinero. Quien paga solo está dispuesto a compensarnos por las molestias con la tercera parte de lo acordado. —El tintorero miró, receloso, la reacción de los tres hombres a sus palabras.

—Esto son más que simples molestias —dijo el Largo—, y ahora no vale olvidarse sin más del asunto.

—Sí, y nuestras molestias y nuestro silencio valen dinero —apostilló el joven.

—¡Calla! —lo corrigió Fonseca, mirando de reojo al tintorero—. Aquí nadie duda de que nuestro silencio y discreción están garantizados, pero no nos contentaremos con migajas.

Tristán Fonseca remató su frase con una sarcástica sonrisa que hizo cambiar el semblante a Sancho Díaz.

—Solo puedo llegar hasta la mitad del precio pactado —respondió el tintorero con gesto grave—. ¿Lo tomáis o lo dejáis?

Los tres hombres cruzaron rápidamente sus miradas y, sin dudar, aceptaron de inmediato la generosa cuantía que les ofrecía el tintorero por un trabajo que ya no tenían que realizar.

—Está bien; debéis esperarme aquí sin abandonar la casa. No debemos arriesgarnos a que nadie nos vea entrar y salir. En menos de una hora estaré de vuelta con el dinero; todo habrá acabado y vosotros guardaréis silencio para siempre. ¿Me entendéis?

El tintorero abrió la puerta de la habitación, y se disponía a abandonar la estancia cuando lo agarraron del brazo con la fuerza de una tenaza.

—¡Escucha, tintorero! No se te ocurra jugarosla o lo pagarás bien caro — le espetó Tristán Fonseca cerca de su cara, con tono amenazante, mientras lo sujetaba.

Sancho Díaz lo miró de reojo, pero retiró el brazo con fuerza y salió por la puerta, que cerró tras de sí. Pasaron unos segundos hasta que los de dentro comprendieron que el tintorero ya se había marchado, y comenzaron a festejar el acuerdo alcanzado.

—¿Qué os decía? —reía Tristán Fonseca mientras, triunfante, agitaba los brazos en alto con los puños cerrados—. Que no debíamos conformarnos con lo que nos ofreciera al principio. Ahora podremos vivir honradamente una larga temporada.

—No pensé que fuera a resultar tan fácil acabar con nuestra víctima — decía el joven, conteniendo la risa—. Se nos ha muerto solo, ja, ja...

—¡Eh! ¿Qué sabes tú de la víctima? —preguntó, confundido, el moro.

—Sí, habla. ¿A qué te refieres? —dijo Tristán Fonseca.

—¿Pero dónde habéis estado metidos? —dijo el joven—. ¿No os habéis enterado de que hace dos días murió don Juan Pacheco, el marqués de Villena?

El hombre de tez morena lanzó un prolongado silbido al comprender la dimensión del suceso. El de Villena era el privado del rey Enrique, quizás el hombre más poderoso de Castilla después del monarca y su principal apoyo frente a las aspiraciones sucesorias de la princesa Isabel.

—Parece que ha muerto en Trujillo —prosiguió el joven—, aunque al principio corrieron rumores de que le había sobrevenido la muerte en

Almagro.

Los otros dos hombres quedaron estremecidos por la noticia. No sabían si la muerte del marqués y la cancelación del trabajo que les habían encargado se encontraban relacionadas o si, simplemente, se trataba de una casualidad. Comprendieron la envergadura de la misión que habrían tenido que realizar de ser cierto y las repercusiones que habría provocado.

—Quizás no era el de Villena al que teníamos que liquidar —dijo Tristán Fonseca, intentado asimilar la noticia.

—¿Y por qué se habría de suspender todo si no fuera él la víctima? —replicó el joven—. El destino ha querido favorecernos para que no manchemos nuestras manos de sangre.

—Tal vez Pacheco era quien pagaba el trabajo —replicó el Largo—, y su muerte ha dado al traste con el plan. O quizás es solo una casualidad.

—¡Callad los dos! —exclamó el de tez morena—. ¿No oléis a humo? ¡Maldita sea!

Se dirigió corriendo hacia la entrada del cuarto, pero no pudo abrir la puerta cerrada sin que cediera con el forcejeo.

—Han atrancado la puerta por fuera... Quizás la ventana...

En la pared, el ventanuco de pequeñas dimensiones también parecía bloqueado desde el exterior.

El tintorero les había tendido una trampa: al abandonar la habitación había bloqueado la puerta con una traviesa para impedir que se pudiera abrir por dentro y había cerrado con llave la puerta de la calle para que nadie pudiera prestarles ayuda desde fuera. Por la tarde, antes de la reunión, se había encargado de apuntalar con clavos las contraventanas del ventanuco de la estancia y de clavar la traviesa externa para anularla por completo. Tenía órdenes de que aquellos hombres no salieran con vida de la casa del cuchillero por haberse convertido en testigos incómodos de un asesinato que ya no iba a materializarse. Cuando los tuvo atrapados en la habitación, Sancho Díaz prendió la casa con fuego de alquitrán que había recogido en pequeñas vasijas de cerámica, a modo de bombas inflamables, y que contenían el mortífero líquido. Alimentó el fuego con cubos de agua que había preparado y que, lejos de extinguir las llamas, las avivaban con más fuerza como si de magia se tratase.

En pocos minutos la estancia se inundó de humo, y los tres hombres comenzaron a toser en medio de la humareda, que apenas si dejaba ver la luz de dos pequeños candiles.

Suplicaban socorro mientras las voces se ahogaban con las toses que el humo les provocaba. El fuego de alquitrán prendía con rapidez, y parecía alimentarse de la misma agua que, desde fuera, el tintorero se había encargado de rociar por toda la fachada.

En aquel instante, un grupo de mujeres corrían asustadas por la calle de la Mata hacía el alcázar para buscar la protección del corregidor. El joven Diego de Ciudad consiguió escapar con ellas, descolgándolas por la cerca trasera de la casa de su padre, que, instantes antes, un grupo de violentos había asaltado sin compasión. Las llamas de la casa de la calle del Lobo ya eran más que evidentes, pero las mujeres, asustadas, continuaron su huida. Sin embargo, Diego regresó cuando escuchó los gritos de auxilio que salían de su interior, aunque también le pareció escuchar voces, gritos y ruidos en otras calles cercanas. Teresa intentó persuadir a su hermano, pero no pudo convencerlo para que continuara.

—¡Corred hasta el alcázar, no os detengáis! —conminó a su hermana.

El joven se dirigió hacia las llamas y golpeó la puerta para llamar la atención de los que estaban dentro, aunque el fuego ya se había extendido por el exterior.

—¡Eh! ¿Hay alguien dentro? —Golpeó la puerta y la ventana mientras, con la otra mano, se protegía la cara del calor.

—¡Aquí, aquí! Soy Tristán Fonseca. ¡Abridnos, por el amor de Dios!

Diego arremetió contra la puerta volcando todo su peso contra ella, pero el fuerte portón no cedió a los envites. Procuró arrancar con sus propias manos la traviesa clavada que bloqueaba el pequeño ventanuco a la calle, pero solamente consiguió abrasarse las manos.

—¿Cómo puedo ayudaros? ¡No puedo abrir la puerta! —gritaba desesperado.

—¡El tintorero, busca a Sancho Díaz, el tintorero! Él nos ha encerrado y tiene la llave. —La voz de Tristán Fonseca se ahogaba con la tos, y a los pocos instantes dejó de escucharse cuando las llamas de los candiles de la pequeña habitación acabaron por apagarse.

En ese instante, un grupo de hombres armados con palos y espadas doblaba por la calle Real de Barrionuevo hacia la calle del Lobo; sorprendieron a Diego frente a la casa en llamas, desbordado por la situación.

—¡Allí! —Lo señalaron desde lejos—. Es el hijo del judío. Ha prendido fuego a la casa del cuchillero.

Cuando el joven se percató de que el grupo se le venía encima, pensó pedirles ayuda para socorrer a los de la casa, pero cambió de idea y no dudó en escapar de aquel lugar. Hacía tiempo que desde el interior ya no salían voces y que nadie respondía a sus reclamos. Pensó que ya era tarde y que poco más podía hacer por aquellos pobres desdichados.

3

ALONSO DE CARRILLO, ARZOBISPO DE TOLEDO

TOLEDO, FINALES DE OCTUBRE DE 1474.

Mientras Tomás de Cuenca esperaba la inminente llegada del carruaje del arzobispo de Toledo, don Alonso de Carrillo y Acuña, apenas si podía disimular su enojo. Aquella madrugada, un emisario del prelado se presentó en su casa del barrio de los canónigos para advertirle de su llegada por la mañana temprano a la ciudad y del requerimiento urgente de su presencia para recibirlo. Llevaba un buen rato en el palacio arzobispal, sentado en una de las sillas de la entrada, a la espera del arzobispo desde poco antes del amanecer. Aquel momento parecía representar a la perfección su relación con don Alonso de Carrillo. Desde hacía muchos años, el arzobispo de Toledo se servía de Tomás para encomendarle delicadas gestiones y tareas que el prelado consideraba de extraordinaria importancia llevar a buen término.

No sabría decir desde cuándo utilizaba sus servicios. Recordaba que hacía muchos años, cuando era un chiquillo y clerizón de la catedral de Toledo, el arzobispo lo mandó llamar a palacio al día siguiente de la fiesta del obispillo de san Nicolás. Carrillo quedó impresionado por su retórica en el sermón que el muchacho, elegido como obispillo, ofició ante las dignidades, canónigos, racioneros, capellanes y los demás clerizones del cabildo. Aquel juego de

inversión de papeles por un día, en el que los niños ocupaban en el coro los asientos reservados a las dignidades de la catedral y en el que elegían al que durante unas pocas horas se convertía en un pequeño obispo, le trajo gran popularidad. Aquel muchacho, investido como obispillo, bromeó sin mencionarlo con los gustos afeminados de un viejo pájaro que intentaba enseñar a volar a los polluelos del nido agitándoles las alas para calentárselas y a quien todos con mofa identificaron con el maestrescuela, el canónigo encargado de la escuela catedralicia. El pequeño Tomás utilizó aquella oportunidad que se le brindaba para que todos conocieran las perversas costumbres del canónigo que ya había provocado la espantada de la escuela y de la ciudad de más de uno de sus compañeros. Cuando en aquella ocasión se presentó delante del arzobispo, no podía disimular su temor, ya que pensaba que sería castigado por ello. Sin embargo, el prelado le reconoció su valor y, aunque le impuso una penitencia por su soberbia y falta de respeto a sus mayores, a los que debía obediencia y fidelidad, le encomendó que durante unos días siguiera al maestrescuela y lo informara de sus actos para aplicarle un castigo ejemplar en caso de confirmarse las insinuaciones que había lanzado en su sermón. Aquella fue la primera vez que el arzobispo le encargó una misión. Aunque Tomás contó a Carrillo los poco decorosos actos en que el maestrescuela había incurrido durante esos días, el canónigo no fue destituido de su cargo ni privado de sus beneficios. Antes bien, al contrario, recibió una prebenda como chantre de la catedral de Sahagún y se marchó de la ciudad, con lo que desapareció el problema.

El carruaje se detuvo frente a la puerta del palacio arzobispal, justo enfrente de la imponente catedral, que a esas horas de la mañana proyectaba su sombra sobre el palacio y las casas limítrofes. Cuando los caballos se detuvieron, Tomás de Cuenca acudió a abrir la puerta del coche, y de él bajó Alonso de Carrillo. Su figura esbelta quedaba envuelta en los ricos y recios ropajes que vestía para protegerse del frío.

—¡Querido Tomás! —dijo, ofreciéndole su anillo para que lo besara y apoyándose en su hombro para descender del carruaje—. Qué oportuno encontrarte aquí aunque sea tan de mañana.

—Vuestro emisario cabalgó toda la noche para darme vuestro mensaje y aquí estoy —respondió Tomás con una leve reverencia—. ¿Qué tal vuestro

viaje?

Mientras algunos criados descargaban el equipaje, otros lo seguían por los corredores del palacio dispuestos a atender sus requerimientos en cuanto pudiera ofrecérsele.

—La corte de Madrid está consternada por la muerte de mi sobrino Juan Pacheco, el marqués de Villena.

A Tomás le costaba seguir el paso de su anfitrión.

—¿Y qué tal se encuentra el rey?

—El rey está desolado con la pérdida de Pacheco. Enrique parece seguir sus pasos: su salud se debilita por momentos. No sé de dónde ha podido sacar fuerzas para mediar en la liberación de Diego López Pacheco, el imprudente hijo de mi sobrino, que se ha dejado apresar en Fuentidueña por el duque de Osomo, pero, gracias a la intervención del rey Enrique, ha sido liberado.

—He oído que pugna por el maestrazgo de Santiago contra Rodrigo Manrique y otro candidato —dijo Tomás, informado del asunto.

Alonso de Carrillo sonrió al oír a Tomás.

—¿Pugna? Ni siquiera ha sido elegido. Juan Pacheco renunció antes de morir al maestrazgo de Santiago a favor de su hijo, pero el Capítulo de la Orden no ha aceptado la maniobra. Manrique ha sido elegido en Uclés y Cárdenas en León, y todo tiene visos de que no habrá reconciliación entre ellos, pero el hijo de mi sobrino no tiene ninguna oportunidad, salvo que haga valer su influencia ante el rey, y con sus torpezas no conseguirá muchos favores reales.

El arzobispo caminaba con determinación por los pasillos hasta llegar a una sala presidida por una gran chimenea que desde hacía varias horas albergaba una buena lumbre en su interior para caldear la estancia. Se detuvo frente a ella, de espaldas a Tomás, y extendió los brazos con las manos abiertas para calentarse mientras se las frotaba.

—¿Y esa ha sido la razón de vuestro viaje? —preguntó Tomás.

—Mis sobrinos, Juan Pacheco y su hermano, Pedro Girón, comprendieron enseguida que controlar el maestrazgo de Santiago y de Calatrava significaba controlar buena parte del poder de Castilla: por eso no dudaron en ocupar a toda costa la silla maestra de ambas órdenes. Pedro Girón supo transmitir el maestrazgo de Calatrava a su hijo, Rodrigo Téllez Girón, pero Juan Pacheco

no ha sabido cederle el maestrazgo de Santiago a su hijo Diego. Sin embargo, doy por bien cumplido mi viaje con que Enrique haya reconocido en Diego las mismas virtudes como consejero que reconocía en su padre, aunque el maestrazgo lo doy por perdido.

—E imagino que vos habéis tenido mucho que ver para que don Enrique siga apoyándose en el nuevo marqués de Villena, como lo venía haciendo con su padre —comentó Tomás.

—El rey, como gobernante, necesita sentirse respaldado y apoyado. Enrique está muy débil, pero desea a toda costa que, a su muerte, la corona de Castilla pase a su hija Juana.

—¿Aunque eso contravenga los acuerdos de Guisando con la Infanta Isabel?

—¡Los pactos de Guisando los negocié yo! —dijo Alonso de Carrillo, enojado—. Y conseguí que Enrique reconociera a su hermana Isabel como su sucesora en el trono de Castilla. Pero Isabel ha demostrado ser una sucesora indigna, porque no ha respetado la mayoría de los acuerdos, comenzando por el matrimonio con Fernando de Aragón, sin el consentimiento de Enrique.

Tomás sabía que Alonso de Carrillo era quien había negociado hacía unos años ese matrimonio a espaldas del rey y quien había conseguido la bula papal que dispensaba a Isabel de Castilla y Fernando de Aragón del impedimento de parentesco para casarse. Por entonces el arzobispo era el principal consejero de la recién formada pareja, que mantenía discrepancias y enfrentamientos con Enrique, pero, con el tiempo, el arzobispo se había alejado de ellos y había vuelto a aliarse con el rey para apoyarlo en sus pretensiones. Sin embargo, se abstuvo de hacer ningún comentario.

—Además, ni Isabel ni su marido me han agradecido suficientemente ni mis desvelos ni la lealtad con la que los serví —continuó quejándose el arzobispo.

—Espero que el rey sí sepa apreciar vuestro acercamiento y el apoyo y consejo que ahora le prestáis, después del tiempo que habéis permanecido alejado de él.

—Enrique y yo hemos estado mucho tiempo enemistados. Incluso mi sobrino Juan Pacheco estuvo enemistado con él mucho antes de convertirse en el privado del rey, pero al final las aguas vuelven a su cauce y se impone el

pragmatismo.

Alonso de Carrillo se despojó del solideo de color violeta y se frotó el cabello, que se le había aplastado contra el cráneo. Tomás apreció que conservaba el pelo en abundancia, sin apenas entradas, y de intenso color negro pese a sus años. A esas horas de la mañana le afluía una densa barba que confería un color oscuro a su cara. Si no hubiera sido por las pronunciadas bolsas de sus ojos, se habría dicho que el arzobispo de Toledo aparentaba menos edad de la que ya tenía. Algunos, con soma, a causa de su obsesiva afición por la alquimia, afirmaban que debía de haber descubierto el elixir de la eterna juventud.

—Pero dejémonos de política y hablemos de las cosas que conciernen al espíritu —dijo Carrillo—, que para eso te he mandado llamar.

Tomás hizo una imperceptible reverencia con la cabeza, expectante por el urgente asunto que el arzobispo quería tratar con él tan a primera hora de la mañana. El prelado se dejó caer en el sillón de brazos labrados de su escritorio, apartó los utensilios de escritura y apoyó los codos sobre la mesa.

—Al rey le preocupan sobremanera los disturbios que en los últimos meses se han extendido por Castilla contra los conversos, contra esos farsantes que dicen abrazar la fe cristiana y que en la intimidad de sus casas siguen con sus prácticas judías y heréticas. —El prelado hizo una pausa y continuó—: Las revueltas están trayendo muertes y asesinatos, y grandes daños en casas, bienes y cosechas en muchos casos. Y lo que es más grave; se está cuestionando la autoridad de los corregidores del rey y de los regidores de la ciudad, contra los que, a veces, se alzan los cristianos de bien.

Tomás escuchaba intrigado las palabras del arzobispo.

—Hace poco ha ocurrido uno de estos pogromos en Ciudad Real —continuó Carrillo—; según mis noticias, el corregidor intentó proteger a los conversos que corrieron a refugiarse al alcázar, y las gentes, enfurecidas con estos, terminaron expulsándolo de la ciudad.

—Sí, algo he oído. Estas revueltas se contagian de unos lugares a otros.

—Y por ello debemos detenerlas cuanto antes. El rey y nos mismo pensamos que esta situación puede escapársenos de las manos si no actuamos con rapidez —continuó—. Nuestra obligación es calmar y tranquilizar a los fieles, hacerles ver que la Iglesia toma cartas en el asunto y que afronta el

problema con contundencia. Las leyes dictadas por la Corona contra los conversos no parecen detener a los que fingen abrazar la verdadera fe y acceden a los cargos de los concejos y se enriquecen con usura. —Se detuvo un instante para dar mayor énfasis a sus palabras—. He decidido ordenar una inspección de herejía en Ciudad Real para medir el alcance del problema, identificar a los conversos y reconducirlos a la senda de la fe. Espero que la apertura de una investigación por parte de la Iglesia contra esos herejes calme los ánimos soliviantados del pueblo.

Tomás guardó silencio; no atisbaba aún el alcance de las palabras del arzobispo.

—¿Y bien? —preguntó Alonso de Carrillo.

—Confieso que no he entendido muy bien lo que pretendéis de mí.

—Quiero que te desplaces a Ciudad Real con las credenciales que te otorgaré como juez delegado inquisidor.

El clérigo abrió los ojos, atónito. Nunca se habría imaginado la misión que le tenía reservada el arzobispo. Había ejecutado órdenes suyas de muy diferente calibre para defender los intereses del prelado y de la Iglesia, por este orden, si resultaban compatibles.

—Vaya, reconozco que me habéis sorprendido —dijo al fin, titubeando—. No imaginaba un encargo así. No sé, siquiera, si mi rango está a la altura de lo que me solicitáis.

Tomás sabía jugar sus bazas con el arzobispo. Sabía que cuando el prelado necesitaba resolver una situación delicada solía confiar en él porque lograba los resultados que esperaba. Solía ingeniárselas para que Alonso de Carrillo recompensara su labor con alguna prebenda con la que acrecentar sus rentas. Ya había conseguido el nombramiento como canónigo del cabildo de la catedral de Cuenca, y desde hacía dos años se encontraba en expectativa de ocupar una vacante como canónigo de la catedral primada de Toledo, el cabildo más prestigioso de todo el reino. Tomás ambicionaba el puesto de canónigo mansionario, los prebendados del cabildo, los cuarenta que con su voz y voto disponían sobre los asuntos importantes. Y al fin se había producido una vacante.

—No he tomado esta decisión a la ligera. Sabes que medito mucho antes de elegir al que se convertirá en mis ojos y mis oídos en el lugar al que lo

comisiono. Eres el hombre adecuado —dijo Carrillo con rotundidad—. Nadie conoce como tú el procedimiento para sacar la verdad a esos herejes. Me he molestado en echarle un vistazo a tu tratado *De inquisitione*, el que escribiste para doctorarte en Salamanca *in utroque iure*. He visto que tratas con detalle la pesquisa inquisitorial y que hay buenas aportaciones para mejorar el proceso tradicional.

—Me halagan vuestras palabras y el hecho de que hayáis empleado vuestro valioso tiempo en leer ese tratado —dijo Tomás con modestia—, pero intuyo que en la misión que me encargáis habré de contender con presbíteros, regidores y otros importantes cargos de la ciudad. ¿Cómo podré recabar el apoyo y ayuda del arcediano sin tan siquiera pertenecer al cabildo?

—Olvidas que llevarás un nombramiento de mi puño y letra. Ese documento te abrirá las puertas a las que llames y te allanará todos los caminos —respondió Carrillo—. Pero sé que eres un hombre ambicioso, que desde hace dos años tienes un documento de expectativa para ocupar una canonjía en Toledo firmado por Su Santidad el papa y que aspiras a ocuparla lo antes posible. También estoy al tanto de tu pleito con Vázquez de Arce por su nombramiento como prebendado de Toledo. Imagino que no aceptaste muy bien que se pusiera por delante de ti.

—El prior de Osma tenía su expectativa de Toledo firmada después que la mía. Mi reclamación es legítima —respondió el licenciado enérgicamente, aunque en su fuero interno agradeció los derroteros que estaba tomando la conversación.

—No te lo discuto. Aunque imagino que te agradará saber que he pensado en todo y que he decidido otorgarte el cargo vacante en el cabildo de la catedral que tanto ansías ocupar, aunque a cambio deberás desistir del pleito que le has puesto a mi buen amigo Arce.

Tomás abrió los ojos, y no pudo ocultar una sonrisa de satisfacción. Aquel puesto multiplicaría de forma considerable sus ingresos actuales.

—Os lo agradezco de todo corazón, excelencia —dijo con una agradecida reverencia—. Me siento abrumado con vuestra generosidad.

El prelado sacó un documento del cajón de la mesa. Solo faltaba cumplimentar el nombre en el encabezado del texto. Tomás sabía que la provisión de los nombramientos del cabildo correspondía al papa en los

meses impares del año y que, durante los meses pares, la elección se encontraba repartida entre el cabildo y el propio arzobispo. Recordó que durante aquel mes de octubre la competencia la tenía en exclusiva el prelado, y que no tenía que someter dicha provisión siquiera a votación.

Alonso de Carrillo se acercó los útiles de escritura que antes había apartado en la mesa, escribió en el documento el nombre de Tomás de Cuenca y lo firmó. Después se aproximó hasta la chimenea, cogió una pequeña yesca con la que calentó el lacre y vertió unas gotas espesas de color rojo, sobre las que plantó el sello arzobispal.

—Ahí tienes la canonjía que llevas tanto tiempo esperando —dijo el arzobispo mientras le hacía entrega del documento—, pero te pido una cosa más: que me tengas informado de cuanto te propongas hacer en Ciudad Real. No quiero más errores ni conflictos.

Tomás no supo en ese momento a qué se refería Carrillo. Sonrió y, tras una nueva reverencia, besó la mano y el anillo que le ofrecía el prelado como prueba de lealtad y gratitud.

4

LA HIJA DEL ESPECIERO

CIUDAD REAL, FINALES DE OCTUBRE DE 1474.

El joven Hernando observaba desde la distancia la vieja tienda de especias situada en la esquina de la calle de la Cruz, muy próxima a la plaza Mayor. El frío de la mañana lo obligaba a encogerse mientras se cruzaba de brazos con fuerza y, de vez en cuando, se soplaban las manos para calentarlas. Recostado sobre la pared, no quitaba ojo a la puerta de la botica, y aguardó hasta que vio salir al especiero Lope de la Zarza, cargado con unas alforjas, para hacer los recados diarios que acostumbraba. Nunca cayó simpático a aquel hombre grande y gruñón desde que, de niño, tiró al suelo un saco de pimienta mientras corría con desatino por el local. El percance resultó especialmente bochornoso para su madre, que no paró de excusar la imprudencia de su hijo y que le arreó unos cachetes en la cabeza cuando lo atrapó. Pero aquello ocurrió hacía mucho tiempo, y ahora el joven aprovechaba las salidas del especiero para frecuentar la tienda movido por un interés que tenía por nombre Francisca.

Hernando entró en el local con andar pausado, forzando el contoneo con sus brazos, pero la joven no lo vio llegar. Francisca prensaba unas hierbas secas con el mortero, golpeaba con delicadeza el almirez y después lo vertía en un pequeño saquillo que ataba con gracia y que colocaba junto a otros que

ya había terminado.

—¿En qué puedo servirlos? —dijo la muchacha al escuchar la puerta, sin mirar quién había entrado.

—Quisiera algún remedio contra los efectos del amor —respondió Hernando mientras se aproximaba al mostrador.

Francisca levantó la cabeza y sonrió con disimulo mientras lo observaba.

—Si os encontráis enamorado, no necesitáis ningún remedio, porque no estáis enfermo —respondió, escueta. —Es que tengo que confesaros que existe una mujer que me tiene el seso atrapado, pero ella todavía no lo sabe. —Hernando se acercó y apoyó las manos sobre el mostrador sin dejar de mirarla a los ojos.

—Entonces, no precisáis hierba ni especia alguna; solamente hablar con ella. —Francisca devolvió el almirez al mortero y lo apartó a un lado, tomó los saquillos que había atado y los colocó dentro de un mueble situado detrás del mostrador.

Hernando la contemplaba mientras se movía de un lado para otro y guardaba con orden lo que había utilizado hasta que finalmente pasó un paño por el tablero para eliminar los restos que se habían vertido.

—Además, ¿qué fue de aquella jovencita que la semana pasada te tenía completamente enamorado y rendido a sus pies? —dijo Francisca con tono de reproche.

—Nunca llegué a confesárselo.

—¿Y aquella otra de la semana anterior que te había quitado el sueño?

—No pude decírselo a la cara; sus ojos me desarmaron.

—Al menos, te haría efecto la valeriana que te di.

—Desde entonces no he logrado conciliar el sueño.

La muchacha se detuvo frente a él, apoyada sobre el mostrador y con una mano sobre su cadera con gesto desafiante.

—¿Qué quieres, Hernando? —preguntó directamente—. Pasas a la tienda un día sí y otro también y me confiesas que te has enamorado de una muchacha diferente. Te conozco hace muchos años, y tu fama de galán y mujeriego te precede. Ya te he dicho que aquí no hay remedio para tu mal de amores. Así que ya sabes lo que tienes que hacer...

Hernando cambió su gesto de seductor por otro más resignado al escuchar

los reproches de Francisca.

—¡Está bien, está bien! Reconozco que no me he portado honestamente contigo. —La muchacha lo miraba expectante, y aguardó a que prosiguiera con sus explicaciones—. En realidad lo que necesito es algún remedio para... para el vientre... Sí, eso.

—¿Para el vientre? —preguntó la joven, incrédula: no podía dar crédito a sus oídos. Salió del mostrador y se dirigió hacia una mesa situada en el centro de la tienda, llena de frascos y saquillos entreabiertos. Abrió uno de ellos y con una cuchara extrajo una pequeña cantidad de producto triturado que vertió sobre un trozo de tela que anudó—. Toma, aquí tienes un poco de bardana; te servirá de purgante —dijo, entregándoselo sin mirarlo a la cara—. Ten cuidado con la dosis o no podrás alejarte en todo el día ni diez pasos de la letrina.

Hernando se maldijo por su respuesta. Llevaba semanas intentando acercarse a Francisca; había ensayado una y otra vez sus palabras para confesarle lo que sentía por ella, pero el enfado de la joven le había desbaratado todo lo que tenía pensado decirle aquella mañana.

—Si no deseas nada más, ya puedes salir por esa puerta antes de que vuelva mi padre. Ya sabes que desde el día que tiramos aquel saco de pimienta no le hace ni pizca de gracia verte por aquí.

Hernando reaccionó volviendo la cabeza con ligereza al escuchar las descuidadas palabras de Francisca.

—¿«Tiramos»? ¡Ja, lo sabía! Siempre supe que habías sido tú la que derramaste aquel maldito saco, me gané una buena paliza de mi madre por tu culpa.

—Pero ¿qué estás diciendo? —Francisca se volvió con intención de desdecir sus propias palabras—. Yo era más pequeña que tú, y cabía por debajo de estas mesas mientras escapaba de ti. Ya desde niño tenías la costumbre de perseguir jovencitas.

—Aquella jovencita de buenos modales me pinchó el culo con sabe Dios qué objeto punzante.

—Claro, y no tenías otra manera de atraparme que arrasar en tu camino con todo lo que encontrabas por medio.

Hernando se detuvo un instante frente a Francisca, que se le había

encarado mientras discutían lo sucedido. Sus pupilas se clavaron en los grandes y hermosos ojos azules de ella y se quedaron atrapadas en ellos, como si no quisiera escapar de aquel dulce magnetismo. Mientras se perdía en el azul de sus ojos, con la vista recorrió su rostro, sus sonrosadas mejillas, su frente suave y sus húmedos labios, que a punto estuvo de besar cuando ella los entreabrió con la respiración agitada, casi hipnotizada por la pasión de su mirada.

—Desde entonces, no he podido dejar de pensar en ti ni un solo instante —dijo Hernando, pausado, mientras acariciaba con dulzura su cara.

—Has tardado mucho tiempo en confesármelo —respondió ella, lamentándolo.

—Siempre me arrepentiré de ello. No podía dar crédito cuando supe que tú y Álvaro de Pecellín...

Francisca se giró, bajó la cabeza y se puso a colocar los saquillos de especias que había sobre la mesa mientras escuchaba a Hernando.

—Hace tiempo que mi padre está en tratos con él.

—Y ahora es mejor partido —dijo Hernando—; el lugarteniente pronto será corregidor.

Francisca se volvió, seria y con gesto airado.

—¿Qué esperabas, Hernando? ¿Qué adivinara tus sentimientos? ¿Que siguiera sirviéndote remedios para tu mal de amores y tus enamoramientos repentinos un día sí y otro también?

—Mi mal de amores siempre has sido tú, ¿no lo entiendes? Nunca ha habido nadie más, jamás he amado a otra. Y, si me he equivocado en algo, ha sido en creer que conocías mis sentimientos. Siempre pensé que mi amor por ti era evidente.

—Has jugado a darme celos, y ya es tarde para los dos.

Francisca se metió en el obrador por una pequeña puerta que comunicaba con la tienda mientras Hernando la contemplaba marcharse, desolado y abatido, como si el mundo se hubiera desmoronado bajo sus pies.

5

EL VIAJE

NOVIEMBRE DE 1474.

El ruido de los látigos sobre el lomo de los caballos y las voces de los cocheros arreándolos alertaron a Tomás de Cuenca de que el carruaje iniciaba la marcha hacia una ciudad que apenas conocía. A esa hora de la mañana, los cascos de los caballos resonaron, estruendosos, sobre las calles empedradas de una Toledo que aún no había comenzado a desperezarse. Dejaron atrás el puente sobre el río Tajo, que tantas veces había cruzado en sus paseos extramuros al atardecer y, tras una pronunciada cuesta, no tardaron en doblar la loma donde la ciudad desaparece para el viajero que la abandona.

Compartía el carruaje que el arzobispo había puesto a su disposición con un caballero que se encontraba sentado de espaldas al sentido de la marcha. Tomás prefirió situarse frente a su acompañante, aunque, algo más tarde, se percató de que aquel hombre había acertado en su elección, porque el asiento escogido quedaba más resguardado de las corrientes de aire en invierno y probablemente del polvo del camino en verano. Aquel mes de noviembre era especialmente frío, y de ello daban testimonio los recios abrigos con los que se envolvían para soportar las bajas temperaturas de aquel invierno que se había adelantado.

El cielo había amanecido gris, y, pese al transcurrir de la mañana, el día se

mostraba oscuro y difuminaba el horizonte en la lejanía de aquellas extensas llanuras. Los rojizos terruños diseccionados por el arado esperaban las primeras lluvias del invierno. En las laderas infecundas de los cerros se apiñaban los rebaños que todavía no habían partido hacia el sur para encontrar mejores pastos. Algunas ovejas complicaban la labor de un joven pastor que se esforzaba por mantener a raya el rebaño, atraídas por las hierbas de un quiñón próximo que les hacía desdeñar con desprecio el insípido matorral que se les ofrecía en la ladera del cerro.

—No tardarán en llegar a estas tierras los ganados que vienen de Segovia de camino hacia al sur —dijo el caballero sin dejar de mirar por la ventana.

El comentario sacó a Tomás de los pensamientos en los que se hallaba absorto, y su cara de extrañeza hizo insistir a su acompañante.

—Después de san Andrés, los ganados de la Mesta ocuparán como plagas las cañadas de Castilla en su tránsito hacia el sur —indicó aquel hombre de edad madura y de facciones armoniosas.

—Así se viene haciendo desde hace siglos.

—Pero las cosas ya no son como antes... De un tiempo a esta parte los ganados han crecido en exceso, y, cada vez más, las tierras se transforman en terreno de pasto para las ovejas. Ya no se roturan nuevas tierras, como en los tiempos gloriosos de Castilla; ahora los mayorazgos se levantan sobre estiércol y lana.

—Los tiempos cambian —replicó Tomás—; hoy día la lana produce más beneficios que el arado.

—Los ganados provocan muchos males en los terruños —insistió su contertulio—. Comen la grama y desprotegen la tierra, cuando no arrasan con las cosechas. Ya nadie respeta la prohibición de no pastar desde san Lucas hasta finales de noviembre. ¡Ahí lo tenéis! —dijo señalando al pastor, que ya había desistido de mantener a raya a las ovejas—. Se han convertido en un azote, y lo peor es que tienen licencia para esquilmar cuanto crece a su paso.

Aquel hombre se presentó como Andrés Alonso de Aguilera, procurador del concejo de Ciudad Real, y había conseguido permiso del arzobispo para compartir el carruaje con el licenciado Tomás de Cuenca. El procurador ya no paró de hablar, y enlazaba un tema con otro.

—No creáis que es fácil obtener un asiento en el concejo —decía sin

tapujos—. Algunos despliegan todas sus influencias e intrigas para ocuparlos. No solo son necesarios poder y dinero: hace falta habilidad para conseguirlo y para introducir en él a hijos, hermanos y parientes.

Confesó que debía viajar a menudo por razones de su cargo, pero prefería eso a soportar las disputas y rencillas entre los bandos del concejo. En aquella ocasión el procurador se había trasladado hasta Toledo para proponer al arzobispo una permuta entre unas tierras del común y otra propiedad del arzobispado. Sin embargo, los intereses de la ciudad lo obligaban a viajar más a menudo a Madrid, donde, desde febrero, se había instalado el rey Enrique para recuperarse de la enfermedad que le aquejaba.

—En la corte es preciso armarse de paciencia y aprender a esperar —decía en sus constantes cambios de tema—; la administración es lenta, y tan importante es saber solicitar el beneplácito del rey como ganarse la confianza de los funcionarios para acelerar los trámites.

—Imagino que estaréis curtido en esas lides —comentó Tomás.

—Ni que decir tiene que el rey no suele asistir a estas recepciones burocráticas; sus responsabilidades no se lo permiten. Incluso es raro que los miembros del Consejo Real atiendan a los procuradores. A veces, se encuentran presentes, aunque no suelen inmiscuirse en los detalles —reconoció Andrés Alonso.

Detuvo su charla por un instante para tomar aire, pero, antes de que el licenciado pudiera introducir su opinión, el hombre se adelantó a su comentario.

—Pero las veces que el rey se encuentra en audiencia es una satisfacción presentar las propuestas al monarca en persona. No hace mucho que tuve el honor de elevar a don Enrique una petición de la ciudad para que los cristianos conversos no puedan ocupar cargos en el concejo —dijo el procurador, satisfecho.

—¿Y conseguisteis su aprobación? —preguntó Tomás con interés.

—¡Por supuesto! —dijo el procurador, orgulloso—. Esos judíos siguen practicando sus ritos, pero se hacen pasar por cristianos para burlar las leyes. Las ciudades de Castilla no pueden estar gobernadas por seguidores de Moisés.

El procurador se había enderezado en su asiento, animado por la charla,

pero Tomás permanecía recostado en un rincón del carruaje para guarecerse del frío.

—Desde entonces, el concejo se ha reforzado con cristianos viejos de pro, pero es ardua tarea separar el trigo de la cizaña.

Tomás no quiso desvelar que aquella era precisamente su misión: separar el trigo de la cizaña. El licenciado ocultó a su acompañante el motivo de su viaje y su recién estrenada condición de canónigo de la catedral de Toledo, aunque no descartaba que el procurador ya lo supiera cuando el arzobispo puso el carruaje a su disposición.

La velocidad del carruaje disminuyó hasta que se detuvo en las inmediaciones donde se iniciaba la ascensión a la sierra de Los Yébenes. Lo hizo frente a un corral vallado que se extendía en torno a un cobertizo utilizado para cuadras. Un zagal se aproximó al camino con dos caballos sujetos por las bridas. Uno de los cocheros compuso el tiro y enganchó los dos caballos de refresco delante de los cuatro que ya estaban enganchados y a los que su compañero daba de beber en un cubo para calmarles la sed. En la anterior posta se habían sustituido los cuatro animales por otros de refresco, pero ahora se añadían dos más de refuerzo porque no eran suficientes para tirar del carruaje hasta la cima del puerto. Pocos minutos tardaron en realizar la maniobra, que concluyó con el pago de unas monedas al muchacho que los había ayudado.

Los cocheros pusieron los caballos a la carrera para iniciar la subida, que pronto se hizo más lenta conforme se endurecía la pendiente. Los hombres se empleaban a fondo con los látigos y los animales tiraban lo que sus fuerzas les permitían. Aunque lento, el ascenso se hizo sin contratiempos, como los acaecidos en alguna de las historias que contaba el procurador. Contó que en aquel puerto no era excepcional que hombres y bestias se despeñaran por los encrespados precipicios, pero el riesgo en la ascensión era menor que en el descenso, y aquel pensamiento mitigó el temor de Tomás de Cuenca.

El carruaje coronó, al fin, el puerto, desde donde se apreciaba un inmenso territorio por el que serpenteaba el camino que habían traído. A lo lejos, pero a su altura, un águila se dejaba envolver por las corrientes de aire y planeaba sobre aquella llanura que parecía cortada a cuchillo. Volaba majestuosa, elegante y paciente, invencible en el aire, desde el que escrutaba el suelo

palmo a palmo.

Con el tiro de seis caballos, el carruaje llegó hasta la villa de Los Yébenes, donde se detuvo para realizar una parada en el camino y permitir que los pasajeros se repusieran del viaje. La villa había adaptado sus calles a lo encrespado del terreno; y sus casas parecían apoyarse unas en otras para no perder el equilibrio. Se detuvieron frente a una posada junto al camino, en la zona baja, que también servía de posta en la ruta de Toledo a Córdoba. Allí se sustituyeron los seis caballos por otros cuatro de refresco. Enfrente, en el ensanche de una de las calles empinadas, se agrupaban puestos y tenderetes en lo que parecía un día de mercado. Algunos vendían frutas, verduras y algunas piezas de caza, como dos estupendas liebres, cazadas al lazo, que colgaban atadas de las patas traseras. Otros puestos se encontraban llenos hasta rebosar de piezas de cerámica, sin dejar apenas espacio para su dueño, que debía hacer auténticos equilibrios para no derribar nada. Tras curiosear unos minutos en el mercado, los pasajeros regresaron a la posada para reconfortarse con algo de comida y con un buen fuego.

La mesa más próxima a la chimenea la ocupaba un caballero que ya había comenzado a comer. Al verlos llegar, el hombre se levantó y los invitó a compartir su mesa para que pudieran calentarse junto a la lumbre. El procurador lo reconoció al instante y le agradeció la gentileza.

—Os presento a Gonzalo Rodríguez de Santa Cruz —dijo Andrés Alonso antes de sentarse—, sin duda el mejor médico de Ciudad Real. Y vos sois...

—Me llamo Tomás de Cuenca —respondió con tono de reproche el licenciado estrechando la mano del médico y la del procurador—. Creo que todavía no he tenido ocasión de deciros mi nombre.

El médico sonrió: conocía la fama de hablador que tenía el procurador, y no le extrañó que aquel hombre no hubiera tenido la más mínima oportunidad de presentarse.

El mesonero los recibió con amabilidad y cortesía. Estaba acostumbrado a tratar con caballeros por ser aquella parada obligada en el camino. Les obsequió con una jarra de vino, desvelándoles que él mismo lo había criado en su bodega, pero no pudo disimular un gesto de contrariedad cuando Andrés Alonso vertió un chorreón de agua en su vaso.

El mesonero permanecía de pie para ofrecerles viandas, e hizo notar su

presencia pasando un trapo por la mesa para limpiar lo que ya estaba limpio. Después de consultar con su acompañante, el procurador Andrés Alonso pidió que les cocinaran unas liebres, al recordar aquellos magníficos ejemplares del mercado.

Después de escuchar las interminables anécdotas del procurador, que no había parado de hablar, Gonzalo Rodríguez de Santa Cruz contó que, por razones de su oficio, había tenido que viajar a Toledo y que, de regreso, se había detenido en Los Yébenes, donde había permanecido dos días. Aprovechaba sus viajes para comprar fármacos, plantas y otras sustancias, con los que elaboraba sus propios remedios para los pacientes y que le suministraba un herbolario. En sus viajes intercambiaba experiencias y juicios con otros médicos a los que visitaba, algunos de gran renombre en todo el reino. También procuraba completar su biblioteca con las obras básicas. En esta ocasión, para introducir en la práctica de la medicina al aprendiz que había tomado a su servicio, encargó una copia del libro de Al-Mansur. Explicó que los fundamentos de la medicina se basaban en los tratados médicos escritos siglos atrás por dos médicos árabes muy afamados en su época llamados Rhazes y Avicena. También había intentado adquirir sin éxito el Regimen sanitatis salernitanum, escrito en la prestigiosa escuela de Salerno. El médico que se preciara de serlo debía invertir mucho tiempo en la lectura y mucho dinero en la adquisición de los libros que contenían el saber de la medicina. Contó que muchos remedios y sistemas para diagnosticar las enfermedades estaban obsoletos porque respondían a una concepción muy antigua del cuerpo humano.

—Todavía existen médicos —dijo dirigiéndose a Tomás— que se empeñan en seguir observando la orina reposada del enfermo a través de un vaso. Siguen creyendo que las capas que se forman en el líquido representan las partes del cuerpo. Agitan la orina y, según la rapidez con la que suba o baje la espuma, determinan la zona del cuerpo en la que se encuentra el mal.

El médico se lamentaba de que muchos físicos todavía diagnosticaban las enfermedades de la misma manera que hacía siglos, a través de la compensación o descompensación de los humores. Poco o nada se había avanzado en el terreno médico desde hacía mucho tiempo. Por eso no escatimaba en dinero para hacerse con los libros de medicina que tenía

ocasión de adquirir. Pero no quería importunar con sus teorías y frustraciones a quienes pensaba solicitar compartir su carruaje hasta Ciudad Real.

—Será un placer compartir con vos nuestro viaje —dijo Tomás—. Daré instrucciones a los cocheros para que carguen vuestro equipaje.

La comida los repuso del cansancio del viaje y los hizo entrar en calor. Debían continuar su camino, y dejaron sobre la mesa unas monedas para pagar la cuenta. El procurador y el licenciado Tomás de Cuenca se adelantaron y salieron del comedor por delante del médico, que se había quedado rezagado componiéndose el abrigo. En esos instantes entró casi a hurtadillas uno de los cocheros quitándose el gorro que llevaba.

—Señor, ruego que disculpéis este atrevimiento, pero no he podido evitar escuchar que sois médico. Necesito que atendáis a mi esposa. Está a punto de parir a nuestro primer hijo y tiene mucho sufrimiento. La comadrona ha dicho que todavía no ha llegado el momento, pero ella rabia de dolor.

Cuando Gonzalo Rodríguez de Santa Cruz se acercó a ver a la mujer del cochero, esta tenía la barriga muy hinchada, ya había roto aguas y no hacía más que gritar de dolor. El médico solicitó permiso para explorar a la joven.

—La criatura viene de nalgas. No se ha colocado correctamente para salir —dijo palpando en el interior de la mujer.

En ese instante regresó la comadrona, quien, al percatarse de que había errado en su cálculo, mostró hostilidad por aquel hombre. Las comadronas consideraban que la asistencia a los partos no era tarea de los médicos, pero aquella mujer, aunque experta en su oficio, se había equivocado al predecir el instante del alumbramiento.

La criatura ya se encontraba encajada en la pelvis, se hallaba mal colocada, y eso complicaba el nacimiento. Gonzalo Rodríguez de Santa Cruz indicó a la mujer que se tumbara sobre varias almohadas en la parte baja de la espalda, hasta que la cabeza se situó más abajo que el resto del cuerpo. Frotó con sus manos la barriga, con delicadeza, pero con fuerza suficiente para desencajar al feto y, con movimientos circulares, intentó voltear a la criatura hasta colocarla cabeza abajo. Mientras, fuera de la casa, el cochero se encomendaba a Dios y rezaba por su esposa. Cuando el médico sintió, por fin, que la criatura se hallaba en posición, la empujó con frotamientos externos de la tripa hasta que quedó encajado y listo para venir al mundo.

El procurador y el licenciado aguardaban con el cochero dentro del mesón para evitar pasar frío a la intemperie, y, a los pocos minutos, entró el médico con una sonrisa en la cara.

—Amigo, eres padre de un hermoso niño sano y fuerte —dijo mientras entraba por la puerta—, y tu mujer podrá seguir dándote más hijos en el futuro.

El hombre se arrodilló delante del médico, le besó las manos y rompió a llorar de emoción y agradecimiento por haber salvado las vidas de su mujer y de su hijo. Después, salió a la carrera por la puerta para ver a su incipiente familia.

Tras aquel imprevisto, los viajeros subieron al carruaje, pero, en contra de lo esperado, el cochero que acababa de ser padre decidió continuar el trayecto junto a su compañero, después de asegurarse de que su esposa quedaba en manos de la comadrona y de que se encontraba feliz por el alumbramiento. Con algo de retraso, el carruaje del arzobispo continuó su camino hacia Ciudad Real.

6

AL FINAL DEL CAMINO, CIUDAD REAL

El procurador Andrés Alonso detuvo su conversación cuando llegaron a un destartado puente sobre el río Guadiana cuyo caudal, antes de la llegada de las lluvias, apenas si transcurría por entre dos ojos, pero cuyo cauce se había ensanchado de forma considerable. Era de paso estrecho y obligaba a transitar por él con mucho cuidado. Los cocheros descendieron del pescante y cubrieron a pie el trayecto que separaba ambas orillas del río tomando por las bridas a los caballos. Aguas abajo, a cierta distancia, había un pequeño dique que desviaba parte del cauce hasta una aceña. El dique permitía que se acelerara la velocidad de la corriente y que giraran dos enormes y redondas piedras molederas acopladas una encima de otra. Según explicaba el médico Gonzalo Rodríguez de Santa Cruz, aquel era el molino de doña Olaya, señora que lo había mandado construir de nuevo después de que una riada lo hubiera arrollado hacía algunos años. La crecida del río fue entonces de tal envergadura que las aguas se llevaron a su paso cuanto había en su camino. Según contaban, el molinero pudo salvar la vida agarrado a una acémila atada a un abrevadero y que no fue arrastrada por la corriente por aquella venturosa casualidad.

El lugar se encontraba en una hondonada próxima a la aldea de Peralvillo que los calatravos tenían como suya y con la que lindaban por el norte las tierras y el alfoz de Ciudad Real. Muy cerca de allí se hallaba el rollo que la Santa Hermandad utilizaba para realizar sus ejecuciones. Los fugitivos

atrapados y condenados a muerte eran conducidos hasta Peralvillo seguidos por un séquito de clérigos y alguaciles. Hasta allí llegaban en procesión, ataban al reo en el rollo de las ejecuciones y, después de los rezos y plegarias por su alma, lo ajusticiaban asaeteado hasta que moría desangrado. Los cadáveres quedaban expuestos durante semanas hasta que se descomponían o servían de alimento a las alimañas, para general escarmiento y advertencia a cuantos se cruzaban con aquel horrendo espectáculo. El médico no desveló que poco después de los ajusticiamientos se acercaba hasta el rollo de Peralvillo y que, antes de que el cadáver se descompusiera, lo escudriñaba por dentro durante horas, realizaba dibujos y anotaciones y lo volvía a colocar en su estado natural para que nadie se percatara de ello. Solía acudir para estudiar los órganos internos de los cuerpos, aunque también gustaba de observar los esqueletos y la forma de las articulaciones, que tantos conocimientos le habían dado para colocar huesos dislocados y curar fracturas de brazos y piernas. Cuando los restos del ajusticiado se descomponían, algún caminante se apiadaba del infeliz y guardaba sus huesos en un arca de piedra con una cruz de hierro en su frontal, aunque otras veces se quemaban los restos para que no quedaran esparcidos por las cercanías.

Después de cruzar el puente, los cocheros tuvieron que emplearse a fondo con los caballos para subir la pronunciada cuesta que les aguardaba al otro lado del río. Faltaba poco más de una legua hasta Ciudad Real, y dejaron a su izquierda el cerro de la Atalaya, por donde descendía un carro cargado de leña del que apenas podía tirar un viejo asno. Tomás se incorporó y abrió el ventanuco del coche, por donde sacó la cabeza para observar el camino que conducía hasta la espléndida muralla que se divisaba desde la lejanía. Parecía faltar poco para que el largo y cansado viaje diera a su fin. En ese instante, los caballos se sobresaltaron por un jinete que se cruzó en el camino sin detenerse, pero, por suerte, los cocheros reaccionaron a tiempo y lograron sujetar a los animales del tiro para evitar el vuelco del carruaje. El caballo que apareció de improviso se alzó sobre sus patas, y la pericia del jinete impidió que ambos cayeran al suelo. La luz del atardecer impedía ver con claridad lo que sucedía, aunque, desde el interior del coche, Tomás se percató de que el caballo corveteó y golpeó el carruaje con sus blancas patas delanteras, e instintivamente se protegió de ellas cuando faltó poco para que

las introdujera a través del ventanuco. Los caballos del coche se asustaron y lo arrastraron hasta hacerlo salir del camino, aunque los cocheros impidieron que volcara. Cuando el jinete pudo dominar a su montura, bordeó el coche y continuó su carrera por la senda que atravesaba el camino de Toledo. El carruaje había estado a punto de volcar, y los pasajeros salieron algo aturcidos. Los cocheros se aseguraron de que los animales se tranquilizaran, aunque todavía relinchaban y se movían nerviosos.

—¿Están bien, señores? —preguntó el cochero.

—No te preocupes por nosotros, muchacho —dijo el procurador—. Tranquiliza a esos caballos, que parece que hubieran visto al mismo diablo.

Al poco, un grupo de jinetes apareció por donde antes lo había hecho el otro; disminuyeron la velocidad de la carrera sin detenerse y, sin llegar a cruzar palabra con los viajeros, continuaron al galope por la senda que había tomado el primero.

—¡Atrapad a ese maldito rufián! —gritaba el procurador mientras se alejaban.

—¿Son cuadrilleros? —preguntó Tomás a Gonzalo Rodríguez de Santa Cruz, que todavía seguía con la vista al fugitivo, como si la figura de aquel jinete le resultase familiar.

—Es difícil saberlo —respondió el médico, algo distraído—. Son tiempos revueltos en Ciudad Real. Si fueran cuadrilleros de la Santa Hermandad, no habrían puesto tanto empeño en ocultarse bajo esos sombreros tan calados y nos habrían pedido confirmación de la dirección que tomó el fugitivo.

Los cocheros lograron devolver el carruaje al camino y, tras comprobar que el amarre de los bultos seguía seguro, reiniciaron la marcha.

El percance con el jinete se había producido muy cerca de la ciudad, y no tardaron en llegar a las proximidades. Aunque los imprevistos del viaje habían retrasado la llegada, todavía quedaban algunas horas para que se cerraran las puertas. El coche se detuvo frente a la muralla para aguardar su turno para entrar mientras lo hacían algunos carros que volvían de las faenas del campo. Tomás observaba la impresionante puerta que abría la ciudad al camino de Toledo. Dos recios torreones coronados por los merlones de las almenas se comunicaban entre sí por unos simétricos arcos de piedra. Por fuera, un arco ojival escondía una estrecha barbacana y el portón se apoyaba sobre un

enorme arco de herradura. Cuando el carruaje se introdujo por ella, Tomás elevó la vista hacia arriba para observar una bóveda dividida por dos arcos muy próximos entre los que corría el rastrillo de arriba abajo.

Después de cruzar la puerta de entrada, el carruaje volvió a detenerse frente a un pequeño puesto donde los oficiales del almojarifazgo cobraban el gravamen sobre las entradas y salidas de mercancías. Tras una señal del oficial, que se había percatado del coche de viajeros, el carruaje continuó calle abajo a través de una zona despoblada salpicada de algunas huertas. La calle de Toledo tenía suficiente anchura para permitir el tráfico de personas, carros y animales, aunque se encontraba embarrada por la lluvia de los días anteriores. El coche agotó la larga calle hasta llegar a las cercanías de la plaza Mayor, en el centro de la ciudad, y giró hacia poniente, junto a la alcaicería, donde algunos comerciantes recogían sus mercancías y las cargaban sobre mulas y asnos. Después de una corta distancia, el carruaje se detuvo frente a un mesón próximo a la parada de postas.

Los tres hombres que habían compartido viaje se despidieron cortésmente después de descender del coche. Mientras Tomás aguardaba a que los cocheros le entregaran su equipaje, se acercó a él un hombre de mediana edad y estatura, con el pelo negro y con algunas entradas, que lo esperaba desde hacía algunas horas a consecuencia del retraso. Era Juan Martínez Cepudo, el hombre que había preparado su estancia en Ciudad Real. Por indicación suya, un criado tomó los baúles y los cargó en un pequeño carro al que se hallaba enganchado un viejo caballo aburrido por la espera.

En medio del revuelo que se había formado con la llegada del carruaje, Tomás se dio cuenta de que el joven cocherero se arrodillaba y besaba de nuevo las manos del médico, agradecido por lo que había hecho por su mujer y su hijo.

—Está bien, está bien. Si insistes, quizás puedas pagarme el favor —decía el médico algo abochornado—. Te estaré muy agradecido si en el próximo viaje que hagas a Ciudad Real pudieras hacerme llegar la delicada pieza que he encargado a un platero de Los Yébenes. De este modo me evitarás viajar de nuevo hasta allí, amigo.

—Os serviré gustoso lo que me habéis encargado —decía el cocherero, agradecido, a la vez que se alejaba con algunas reverencias.

Mientras recorrían las calles de la ciudad, de camino a la casa que Juan Martínez había arrendado, Tomás permanecía callado, cansado por el viaje. El día había resultado especialmente largo desde que salió de Toledo.

Juan Martínez Cepudo había tomado en arrendamiento una casa situada en la zona de Barrionuevo, el antiguo barrio judío que fue pasto de las llamas hacía un siglo. El barrio fue levantado después del incendio, pero, a consecuencia de los últimos disturbios de octubre, algunas casas quedaron vacías cuando sus propietarios huyeron de la ciudad, aunque los que tuvieron suerte pudieron arrendarlas para protegerlas de los saqueadores. La casa se encontraba frente al convento de Santo Domingo y la iglesia de San Juan Bautista. Hacía esquina a la calle de Barrionuevo y a la de Santo Domingo, donde tenía la puerta principal, y parecía sólidamente construida. Mientras Tomás la observaba desde fuera, Juan Martínez se mostraba satisfecho de su gestión. En la fachada podía verse una cruz verde de gran tamaño, embebida en el muro, que el secretario había mandado colocar para evitar que fuera saqueada. A partir de octubre, algunos cristianos viejos que vivían en Barrionuevo así lo habían hecho, para avisar a los crispados anticonversos de que aquella era casa cristiana. La puerta daba acceso a un escaso cuadrilongo que servía de recibidor y que en su parte interior tenía un arco de herradura de estilo mudéjar decorado con dientes de sierra, dentro de otro mayor con lóbulos entrelazados.

—Bonito arco. ¿Quizás de alguna sinagoga? —preguntó Tomás cuando entró sin dejar de mirarlo.

Juan Martínez se sorprendió por la observación del licenciado y recordó que en el incendio del barrio judío desaparecieron algunas sinagogas cuyos restos fueron aprovechados para levantar las nuevas viviendas. Sin embargo, no podía creer que hubiera tenido tan mala suerte en su elección.

El criado metió el coche por el portón del corral, al que se accedía por la calle de Barrionuevo. Simón Beltrán era un hombre menudo de escasas palabras, pero servicial, fuerte y vigoroso pese a su escasa corpulencia. Juan Martínez explicó que lo había tomado a su servicio junto a su esposa, Quiteria Orozco, una buena mujer que tenía un genio difícil, pero con fama de limpia y hacendosa. Al oírlos llegar, la mujer acudió a presentarse. Se encontraba haciendo limpieza en la casa y lucía una toca algo descolocada y un mandil

con el que terminaba de secarse las manos.

—Bienvenido a su casa, excelencia —dijo con una solemne y exagerada reverencia.

—Con «señor» será suficiente —contestó Tomás, algo abochornado por el exagerado tratamiento que acababa de conferirle—. Gracias, Quiteria.

El recibidor comunicaba con dos habitaciones situadas a ambos lados, donde se hallaban una amplia sala y el despacho de Tomás, y tenía unas escaleras que ascendían hasta la primera planta. Enfrente, un patio distribuía la cocina y el comedor, a la izquierda, y dos dormitorios, a la derecha. A continuación, en un espacioso corral, la bodega y un jaraíz que parecían llevar tiempo sin utilizarse se alineaban con la cocina, frente las cuadras y un porche donde Simón guardaba el carruaje para protegerlo de la intemperie. Al fondo del corral, junto al portón de entrada, un pozo con un bonito brocal labrado en piedra destacaba sobre la muralla de tapial, pero su agua se había descartado para beber por la mucha cal que contenía. El suministro lo realizaba un aguador que a diario recorría la ciudad, pero que en ocasiones se despistaba y obligaba a Simón a buscar su provisión. Próximas a las escaleras que subían hasta el pajar, otras descendían hacia una cueva que, según el secretario, se prolongaba más allá de la casa sin saber con certeza dónde terminaba. Se decía que aquellas galerías comunicaban con otras en su interior; por eso, un recio portón de madera que cerraba la entrada a la cueva impedía las visitas no deseadas. Después de que Martínez Cepudo mostrase a Tomás de Cuenca la casa que llevaba días acondicionando, el licenciado se dio por satisfecho y felicitó a su secretario por haber preparado su llegada en tan corto espacio de tiempo desde que el mayordomo del arzobispo le encomendó la gestión.

7

EN LA TABERNA DE LA PLAZA

En la taberna de la plaza, un grupo de jóvenes porfiaba en apurar sus jarras para ganar la apuesta. No servía derramarla: perdía quien manchaba sus ropas con una sola gota de vino. El joven Hernando Pérez del Pulgar bebió su jarra de un solo trago y fue el primero que con un golpe seco la dejó sobre la mesa completamente vacía.

—¡Os gané! —dijo extendiendo la mano—. ¡Soltad esas monedas, no os vayan a tomar cariño!

De mala gana, los compañeros sacaron la bolsa y depositaron el precio de su apuesta en la mano de su amigo.

—Bebes como un segador en verano —dijo Céspedes mientras golpeaba con fuerza su mano y le entregaba la moneda.

—Siento ganaros todas las apuestas. Espero que no me toméis inquina por ello —reía.

—Sin embargo, parece que no confías del todo en tu buena suerte cuando no te atreves con los... dados —dijo un tal Guzmán, bajando el tono de su voz y remarcando las sílabas.

Hernando sonreía satisfecho por el enojo de sus compañeros, con quien solía porfiar en unas y otras lides, mientras extendía su mano para reclamar el premio a su buen amigo Francisco de Bedmar, que también se rascó el bolsillo de mala gana para liquidar su apuesta.

—Amigo Guzmán, competir para beber una jarra de vino no está

prohibido, pero los juegos de cartas y dados podrían traernos problemas con los justicias. No tentaré a la suerte.

—También están vedados los duelos, y no recuerdo que te hayas achantado ante ninguno —respondió Guzmán—. No me sirve tu excusa.

Hernando tema fama de espadachín de duelo fácil. Cuando alguien ponía en duda su honradez o la de su familia, surgía un duelo a espada, lo que sucedía con asiduidad en las tabernas, donde resuelta la lengua con facilidad. Guzmán tenía razón: Hernando había resuelto sus combates en los lugares más variopintos y más alejados de los ojos de los justicias, que perseguían estos enfrentamientos fuera de la ley. Por ello, solía citarse al caer la tarde en campo abierto o en las proximidades de alguna ermita cercana, extramuros de la ciudad.

En ese instante llegó otro joven algo acelerado que buscaba a sus compañeros entre las mesas de la taberna. Se acercó hasta ellos con paso decidido mientras su cara reflejaba preocupación.

—¿Qué te ocurre, Ordoño? Ni que hubieras visto un fantasma... Tómate un vaso de vino con nosotros.

—Por la ciudad corre el rumor de que han raptado a una muchacha de buena familia —dijo tomando la jarra que le ofrecía Hernando.

—¿Y cómo ha sido? ¿No será otra muchacha fugada o enamorada del hombre equivocado?

—Dicen que han sido judíos los que la han raptado en venganza por los ataques de octubre.

—Esos malditos judíos no van a parar nunca de cometer atrocidades —soltó Guzmán mientras dejaba con fuerza el vaso sobre la mesa—. ¿Y quién es la desafortunada?

—Bueno —Ordoño carraspeó antes de hablar—, todavía no está claro quién es la muchacha. Algunos creen que es la menor de las hijas de doña Florencia de Villaquirán..., aunque también se oye que puede ser familia tuya, Céspedes.

—¡Maldita sea! —exclamó Céspedes, poniéndose en pie y echando mano a la empuñadora de la daga—. ¿Cómo te atreves? Ninguna pariente mía ha sido raptada, y retaré a quien diga lo contrario.

La contundencia de sus palabras alertó a los que se encontraban en la

taberna, que por un instante acallaron su charla, si bien volvieron de inmediato a lo suyo. Los demás intentaron calmar al joven Céspedes, que a regañadientes terminó tranquilizándose cuando Ordoño se desdijo de sus palabras, debidas a un posible malentendido. De confirmarse el rumor, a ninguno se le escapaba que la infeliz habría caído en deshonra, y poco o nada importaba si había desaparecido por la fuerza o por voluntad propia. La joven que perdía el honor por una u otra causa debía pagar una elevada factura moral, y con el deshonor de la joven también se desvanecía el honor de la familia. La mayoría de los parientes no denunciaban el rapto de sus hijas, si podían evitarlo, con la esperanza de que el problema se resolviera en pocos días sin que trascendiera la noticia.

—¡Esos canallas...! Solamente saben raptar mujeres y sacrificar niños para sus rituales —dijo Guzmán—. He oído que en Sepúlveda no les quedaron ganas de volver a tocar a ningún chiquillo. Los cristianos de bien arrasaron la judería por aquella muerte vil y cobarde y los autores terminaron ahorcados. Hay que escarmentarlos para que no vuelvan a afrentar a ningún cristiano. Pondremos la ciudad patas arribas si es necesario, hasta que la muchacha aparezca. No podemos permanecer de brazos cruzados y dejar que esa afrenta quede impune.

—Pero ¿qué afrenta? No conocemos quién es la muchacha. No sabríamos por dónde empezar —dijo Ordoño temiendo la reacción de Céspedes, que continuaba sobresaltado.

—Y tampoco sabemos lo que ha ocurrido con certeza, o si solo es un rumor infundado —agregó Hernando, sorprendido por la reacción de sus amigos—. Dudo que, hasta que no pasen unos días, sepamos algo con seguridad.

—Pues si no podemos recuperar a la doncella raptada —insistió Guzmán, decidido—, debemos escarmentar a esos malditos conversos pagándoles con su misma moneda. Tomaremos una puerca judía para que nos entretenga como a todos nos gusta. ¿Qué os parece?

El joven sonrió apretando con fuerza los dientes y sin parar de mirar al resto de sus amigos.

—Sí, y después se la devolveremos a su padre como si estuviera sin estrenar. —Resonaron unas carcajadas que inundaron todo el mesón.

Hernando escuchaba sorprendido los planes de sus amigos, que cada vez le resultaban más desconocidos.

—¡Eh, eh, tranquilos! —dijo al fin intentando calmar al grupo—. Deteneos a recapacitar. No vamos a hacer nada de eso, porque es infame.

—Y tú eres un cobarde por no vengar la afrenta que sufren nuestras mujeres —lo increpó Guzmán.

A Hernando le cambió el semblante. En otra circunstancia ya habría retado en duelo a quien se hubiera atrevido a llamarlo cobarde, pero en esta ocasión quería disuadir al grupo del cruel entretenimiento que tramaban.

—Ni siquiera sabemos quién es la muchacha raptada, ¿es cierto, Ordoño? No podemos vengar una afrenta que no sabemos si se ha producido y mucho menos de tan cruel manera. Dejad el asunto en manos de sus parientes.

El grupo protestó por las palabras de Hernando.

—¡Es un asunto de honor!

—Voto por alguna conversa de ojos azules que nos entretenga como nos merecemos —dijo Guzmán casi relamiéndose y mirando de reojo a Hernando, que se revolvió con ligereza y se fue hacia él para cogerlo por la pechera.

—No ha nacido quien le ponga la mano encima a ninguna joven de ojos azules. Cualquiera que lo intente tendrá que vérselas conmigo —dijo, amenazante, mientras apretaba su frente contra la de Guzmán.

El joven Guzmán no había perdido la sonrisa, y extendió los brazos para mostrar que no estaba dispuesto a enfrentarse a él.

—¿Y por qué defiendes con tantos arrestos a las judías de ojos azules? —preguntó el joven Céspedes algo más alejado.

—Sí, ¿qué negocios tienes con ellas? —dijo, curioso, Ordoño.

En ese momento, Francisco de Bedmar saltó desde el otro lado de la mesa, donde, hasta ese momento, se había mantenido ajeno a la conversación, y se interpuso entre Hernando y el resto del grupo.

—¿Pero qué os pasa? ¿Es que el vino os ha hecho perder la cordura?

—¡Apártate, criado! ¿Cómo te atreves a reprendernos? —dijo Céspedes.

El bullicio que se había formado en la mesa había espantado a los pocos clientes que todavía quedaban en la taberna, que no quisieron verse envueltos en la trifulca.

—¡Contén tus palabras! —amenazó Hernando—. Francisco tiene más

nobleza en una gota de su sangre que todos vosotros y vuestras familias juntos.

Céspedes hizo ademán de sacar su espada, pero se detuvo a tiempo.

—No tolero que insultes a nuestras familias, tú, que te has convertido en el paladín de los judíos. Sabes que entre los cuatro podríamos acabar contigo ahora mismo sin que te diera tiempo a encomendar tu alma a Dios.

—No serás capaz de intentarlo —respondió Hernando por el poco hueco que le dejaba el corpulento Francisco, que se había interpuesto entre ambos—, porque las piedras de la muralla son un buen sitio para que encuentres la muerte al anochecer.

—Nos has ofendido, Hernando —dijo Guzmán, retador—. ¿Acaso quieres enfrentarte con todos nosotros en duelo?

—¡Calma, señores! —Francisco levantó la mano y alzó la voz todo lo que pudo—. De aquí no saldrá ningún duelo. Os ruego que recobréis la calma y que recapacitéis. Apartad vuestra mano de la espada para que podamos acabar con esta disputa sin derramar sangre.

Las palabras de Francisco devolvieron la cordura y la calma al grupo. Gracias a su determinación y contención no se desenvainaron las espadas y aquella discusión no llegó a mayores. Francisco se giró con precaución, agarró a Hernando por los hombros y lo condujo hasta la puerta mientras abandonaban la taberna.

8

IN CIVITATE REGIA

A la mañana siguiente, Tomás se despertó cuando el sol ya se encontraba en alto, cansado por el viaje del día anterior. La cama que los sirvientes habían preparado para el licenciado disponía de un denso y mullido jergón de lana, pero sus huesos se resentían del continuo traqueteo del coche que tuvieron que soportar durante el trayecto. Quiteria había dispuesto una jofaina y un aguamanil con agua para que pudiera asearse. Al rato, Tomás descendió las ruidosas y crujientes escaleras de madera hasta la planta baja, donde se encontraba su despacho. Juan Martínez Cepudo había acudido temprano, y recolocaba la orientación de las mesas para conseguir que la luz de la ventana entrase por el lado izquierdo. El hermetismo sobre el objetivo del viaje de Tomás debía acabar. El licenciado agradeció a Juan Martínez las gestiones para acondicionar la casa que había arrendado y todo cuanto había preparado para que resultase de su agrado.

—Permaneceré una temporada en Ciudad Real, hasta que termine de cumplir mi misión —dijo con tono solemne—. El arzobispo, don Alonso de Carrillo, ha ordenado una inspección de herejía en Ciudad Real contra quienes aparentan ser cristianos pero no han abandonado su verdadera religión, inspección que, por otra parte, parece ser la razón de fondo de los disturbios de hace algunas semanas. El arzobispo cree que la Iglesia no puede mostrarse indiferente ante estos acontecimientos, que se están contagiando de un lugar a otro. Por eso, debemos actuar contra quienes, bajo la máscara de buenos

cristianos, siguen abrazando otra fe.

Rebuscó entre unos papeles.

—Debes entregar al arcediano esta carta del arzobispo, y al corregidor de la ciudad, esta otra; en ambas se explica la razón de mi llegada. Quiero visitar al corregidor en los próximos días para ponerlo en conocimiento de lo que me propongo lo antes posible. —Se hará como ordenéis, señor. Avisaré a Simón para que tenga listo el carruaje para cuando lo necesitéis —respondió Juan Martínez con una ligera reverencia y dispuesto a marcharse.

—Ah, una cosa más —insistió el licenciado—. He sabido que has trabajado para un escribano de la ciudad y que te desenvuelves bien entre documentos y papeles.

—Así es, señor, tengo experiencia en ello —respondió con satisfacción Martínez Cepudo.

—Entonces, además de ser mi asistente, colaborarás conmigo como escribano y secretario.

Juan Martínez no sabía muy bien en qué consistía servir de asistente a un inquisidor, y mucho menos, de secretario de un tribunal de inquisición. Sin embargo, no planteó ninguna objeción, y se alegró de la oportunidad que le brindaba el licenciado para dedicarse a su oficio de escribano.

—Espero servirlos de la manera que más os complazca.

El secretario salió a cumplir los recados que le habían encargado mientras el licenciado se quedó colocando el equipaje y los libros que había traído consigo. Eran libros de leyes y tratados de Derecho en su mayoría: se había doctorado tanto en Derecho civil como en Derecho canónico. Tomás gustaba de viajar acompañado de sus libros, y entre todos tenía una especial predilección por el Sinodal de Aguilafuente, libro que le había regalado su buen amigo Juan Arias de Ávila, obispo de Segovia, con quien compartió sus años jóvenes en el colegio mayor de san Bartolomé mientras estudiaban en la universidad de Salamanca y se graduaban en Derecho canónico con licenciatura en Decretos. Desde que finalizaron sus estudios habían coincidido en contadas ocasiones, pero mantenían una especial relación. La última vez que se encontraron hacía más de un año, en el Concilio de Aranda, cuando Juan Arias le entregó aquel curioso libro, más atractivo por su original factura que por su propio contenido, ya que en él se recogían cánones y acuerdos del

sínodo celebrado en Aguilafuente hacía un par de años. Aquel libro tenía la peculiaridad de que había sido compuesto con una máquina que llamaban imprenta y que permitía hacer múltiples copias de forma rápida y con una caligrafía homogénea y de gran claridad. Tomás sonrió al recordar que Dávila siempre tenía una especial predilección por la modernidad, en especial cuando se le atascaban las clases de latín y bromeaba con que la misa sería más natural en el vulgar idioma que hablaban las gentes de Castilla.

Colocaba los libros en una vieja estantería con sumo cuidado, como si de obras de arte se trataran. Extrajo del baúl un grueso tocho manuscrito, encuadernado con pastas de cuero, hacia el que mostraba un especial cuidado al manipularlo: no en vano, había tardado varios años en escribirlo. Era su tratado *De inquisitione*, que presentó y defendió en Salamanca como su tesis doctoral en leyes. A juzgar por las palabras del propio arzobispo unos días antes, aquel tratado lo había convertido en el candidato adecuado para el trabajo que le había encomendado.

Su redacción lo había obligado a consultar obras y estudios de muchos juristas y escritores. Muchas de aquellas obras las conservaba, y ahora se alegraba de acompañarse de ellas, porque le resultarían de gran utilidad. Tal era el caso del *Tractatus contra Madianitas et Ismaelitas* de Juan de Torquemada, y las *Postillae* de Nicolás de Lyra. También varios volúmenes de los *Comentarios al Antiguo y Nuevo Testamento* de Alfonso Fernández de Madrigal, a quien había conocido en sus últimos años de vida, siendo ya obispo de Ávila. Sus ideas causaban admiración entre los estudiantes jóvenes, quienes lo consideraban un sabio. «El Tostado», como era conocido, defendió algunas ideas controvertidas en el Concilio de Siena que fueron tachadas de temerarias, escandalosas y heréticas por los más reaccionarios.

Al lado de las obras del abulense, colocó el *Fortalitium fidei*, de Alonso de Espina, un manual en toda regla sobre las prácticas heréticas que observaban los judíos conversos y que servían para identificarlos. Tomás lo había desgranado palabra por palabra de tanto releerlo mientras escribía su tratado *De inquisitione*. Creía que Alonso de Espina era un visionario y un gran defensor de la fe cristiana. Este franciscano predicó hasta la saciedad para concienciar a clérigos y gobernantes de Castilla sobre la necesidad de actuar contra la lacra de los conversos. Estaba convencido de que los que se

bautizaban no lo hacían con sinceridad, sino para eludir los obstáculos que las leyes ponían a los judíos. Desconfiaba de ellos, y sabía que la mayoría practicaba en la intimidad de sus casas los ritos de la ley de Moisés. Tomás sabía de la realidad de la Corona de Aragón, donde la Inquisición papal encomendaba la misión de velar por la fe cristiana a inquisidores dominicos y franciscanos. Pero en Castilla la realidad era distinta: eran los arzobispos, obispos y archidiaconos de las diferentes diócesis los encargados de velar por que la herejía no se instalase en sus feligreses. Alonso de Espina conminaba a los prelados para que interviniesen ante cualquier rumor que fuera sospechoso de herejía advirtiéndoles de que, de no hacerlo de inmediato, debían ser relevados de sus puestos. Espina había conseguido elaborar un método infalible para detectar a los conversos que aparentaban ser cristianos pero que se resistían a abandonar su fe y continuaban con sus costumbres judías. En su tratado, Tomás había recogido las teorías de Espina y las había contrastado y actualizado. Todavía recordaba las caras de los doctores ante los que defendió sus teorías, algunos de los cuales le recriminaron su excesiva dureza para conseguir la conversión de los herejes. Tomás coincidía plenamente con Alonso de Espina en la manera de desenmascarar a los conversos. Estaba convencido de que los herejes y pecadores debían recibir un castigo proporcional a su pecado: desde la excomunión hasta la privación de rangos y cargos, la confiscación de sus posesiones y hasta el castigo físico a los más recalcitrantes.

Hacia poco que había caído en sus manos un libro de Alonso de Cartagena. Su mensaje era diferente al discurso de Espina. En su libro *Defensorium unitatis christianae* defendía una conversión pacífica y convincente de los judíos. Cartagena se atrevió a criticar las prohibiciones para desempeñar oficios a los cristianos nuevos, que se habían impuesto en el estatuto de limpieza de sangre promovido por Pedro Sarmiento a partir de la revuelta que en 1459 se había zanjado en Toledo con muchas muertes y saqueos y enfrentamientos entre familias y bandos. El estatuto de limpieza de sangre impedía que los cristianos nuevos, los antiguos judíos convertidos al cristianismo, pudieran ocupar y desempeñar oficios y cargos en el concejo de la ciudad, la universidad o en las órdenes militares. Algunos, como Alonso de Cartagena, alzaron la voz contra aquella norma, y los cristianos nuevos

recurrieron al papa Nicolás para que dictara sentencia. El papa consideró que todos los cristianos, viejos y nuevos, tenían los mismos derechos para ocupar los cargos y oficios sin distinción. Sin embargo, en las ciudades, en el fragor de la rivalidad más encarnizada, los cristianos viejos seguían esgrimiendo contra sus enemigos las prohibiciones y exigiendo limpieza de sangre para el desempeño de los cargos públicos.

Los años le habían enseñado a Tomás que, con respecto a la fe, no se podía ser flexible: «El que no está conmigo está en mi contra», había dicho Jesús. Los judíos y los conversos estaban contra Dios y contra la sociedad.

Oyó voces en la calle, y aquello lo sacó de sus pensamientos. Quiteria parecía discutir con alguien, haciendo gala del carácter sobre el que le había alertado Juan Martínez Cepudo. Se acercó a la ventana y descorrió la cortina para asomarse.

—¡Veste a dar conversación a los dos de la puerta Alarcos! —gritaba con una escoba de esparto en la mano—. Que esta casa es mu decente pa que figues, ¡so puta!

Quiteria se encontraba en medio de la calle y gritaba a una mujer que se alejaba a toda prisa por la esquina de Barrionuevo. Tomás salió para poner orden, y tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para calmarla y conducirla dentro.

—Perdonarme, señor —decía disculpándose—, pero me se llevan los demonios cuando veo a esa mala pécora. Que la veo figgando en la casa unos días y no sé si es pa robar o pa sonsacar a mi Simón. Que es mujer mu liviana y de rahez condición.

—Está bien, Quiteria —dijo Tomás, enérgico—. No quiero que esto se vuelva a repetir, porque en nada beneficia a la honradez de esta casa.

Simón Beltrán observaba la escena desde la puerta del patio, atareado con una gallina a la que desplumaba con empeño.

—¡Y tú le das pie, ¿verdad?! —gritó la mujer dirigiéndose a él—. Pues mal ojo has echao, que es puta, borracha y se echa con negros —le decía mientras entraban en la cocina.

Tomás hizo una mueca de fastidio mientras escuchaba las voces que Quiteria profería a su marido, y pensó que sería una tarea harto difícil corregir las maneras y el endiablado carácter de aquella mujer. Espantado por las

voces, el clérigo tomó su abrigo y salió de casa decidido a conocer y recorrer la ciudad en la que pasaría los próximos meses, esperanzado de que a su regreso todo hubiese vuelto a la normalidad.

9

EL NEGOCIO FAMILIAR

Teresa de Ciudad detuvo el carruaje frente a una pequeña casa situada junto a la torre de Olivilla, en la calle de Lentejuela, en una zona algo apartada del próspero Barrionuevo, donde la joven vivía con su familia. El barrio al que llamaban «de la Morería» fue en otro tiempo lugar de mayor pujanza, aunque ahora la mayoría de los que lo habitaban se dedicaban a las tareas del campo. Ya pocos seguidores de Alá lo poblaban, y la mayoría pasaban desapercibidos por su humilde condición. Lejos quedaba la época en la que ricos hombres hicieron su fortuna comerciando con los reinos musulmanes de Andalucía que invirtieron en espléndidas viviendas y mezquitas de las que solo perduraban algunos restos derrotados por el tiempo. También quedaba atrás la época en la que, no lejos de allí, se celebraba el mercado en el zoco de la ciudad, donde sedas, bronces, espejos, candiles, alhajas y baratijas de todo tipo se ofrecían a curiosos y clientes. El barrio ya no era la sombra de aquellos tiempos gloriosos.

El criado que acompañaba a Teresa, Esteban, se bajó de un salto del pescante del carro y por la trasera tomó uno de los voluminosos sacos que transportaban y se lo cargó al hombro con una mano. No parecía pesar demasiado. Con la otra mano agarró una vieja romana de hierro con la que ajustar el peso de la mercancía que entregaban y recibían en cada visita. Esteban siguió a su joven ama, que se introdujo en la casa donde se habían detenido. Aunque el muchacho no era demasiado alto, tuvo que agachar la

cabeza para entrar por la puerta, algo más baja de lo habitual. Atravesaron un pequeño patio cubierto por los largos y desnudos sarmientos de una vieja parra y llegaron hasta la vivienda de una dueña a la que semanalmente acudían a visitar. Con ademán cortés la joven llamó a la puerta y con una voz hizo notar su presencia. Una mujer algo desaliñada y entrada en años salió a su encuentro y los recibió con una amable sonrisa. —Podéis dejar el saco junto a la entrada —dijo la dueña indicando el lugar al criado—. Ya os tengo preparado el trabajo de esta semana.

El mozo tomó la romana y comprobó que el peso de la labor que les devolvía la mujer se correspondía con el que le habían asignado la semana anterior. Teresa abrió la arpillera que les había preparado la dueña y extrajo varias madejas de lana del mismo tamaño, a las que echó un vistazo rápido. Con habilidad, la joven deshizo varias vueltas de una de ellas, la miró de cerca y con los dedos examinó la calidad del hilado.

—Con razón dice mi padre que sois la mejor hilandera de la ciudad —dijo Teresa con amabilidad al observar la buena factura del hilo que le había entregado la mujer.

—Gracias, hija, aunque mis dedos se encuentran cada vez más agarrotados de tantas horas como paso con el huso enroscando la lana —se quejó.

—Aquí tenéis, por vuestro trabajo. La semana que viene volveré a retirar lo que os he dejado. —La joven sacó unas monedas y las depositó en las ásperas manos de la mujer, que sonrió agradecida.

Teresa continuó con la ruta que hacía semanalmente, visitando a las hilanderas que desde hacía tiempo solían trabajar para su familia y a las que entregaba el cargamento de lana para que, durante la semana, la transformasen en los hilos con los que se confeccionaban los paños que tanto prestigio habían adquirido en las principales ferias y mercados de Castilla. La fabricación de paños siempre había reportado buenas ganancias a Sancho de Ciudad, pero el arrendamiento de las rentas de la alcabala y de las tercias reales tenía absorbido todo su tiempo y el de su hijo mayor, Juan. Su labor se centraba ahora en el cobro de la alcabala, el impuesto que gravaba con una parte de cada diez el valor de todo cuanto se compraba o se vendía en la ciudad. Las personas honestas comunicaban los negocios que cerraban a los arrendadores de rentas y liquidaban con ellos el impuesto que correspondía,

pero no siempre era fácil detectar las compra-ventas que se realizaban cuando los intervinientes intentaban eludir el pago de la alcabala y negociaban las transacciones a escondidas. Solo gracias a los informadores que trabajaban a comisión, Juan lograba enterarse de muchas de las ventas que se formalizaban y que, de otro modo, hubieran pasado inadvertidas. Los esfuerzos de padre e hijo se orientaban en gran medida a estos menesteres, y por eso habían descuidado su dedicación al negocio de los paños y habían cargado en el joven Diego, el hijo menor de Sancho de Ciudad, la responsabilidad de contratar con las dueñas de la ciudad la entrega de la lana y la recepción semanal del hilado, así como de concertar el trabajo con bataneros, cardadores, tejedores y tintoreros. Pero hacía algunas semanas que Diego había desaparecido, desde que se produjeron en Barrionuevo los disturbios contra los conversos. Teresa reclamó entonces a su padre el trabajo de su hermano, pero Sancho era reacio a que buena parte del negocio de los paños quedara en manos tan inexpertas y frágiles. Sin embargo, con Diego prófugo de la justicia, no había muchas más alternativas para sacar la empresa adelante, y Sancho no tuvo más remedio que ceder y depositar en su hija la mayor parte de la responsabilidad de la fabricación de los tejidos. Decidió asignar a Teresa un joven criado a su servicio para que la ayudara con el trasiego de la mercancía, y confió en que la joven supiera desenvolverse con soltura en aquel mundo de hombres.

Teresa se despidió de la mujer y continuó con el carro en dirección hacia la muralla, por la calle que llamaban de Lentejuela, en la parte oeste de la ciudad. A pocas manzanas se encontró la calle bloqueada por un grupo de personas que se arremolinaban delante de una casa que identificó enseguida. Se bajó de la carreta y corrió hasta la puerta, abriéndose paso entre la gente, donde halló a la hilandera a la que se disponía a visitar abatida y desconsolada por la muerte de su marido. La mujer lloraba amargamente mientras un clérigo administraba al fallecido la extremaunción. La joven se quedó para consolar a la viuda, a la que conocía desde niña cuando acudía con su padre a entregarle la labor semanal. La dueña, afligida, se abrazó a ella, y Teresa no pudo reprimir unas lágrimas mientras se esforzaba en reconfortarla. La joven despachó a Esteban para que regresara con el carro hasta su casa, sin que nada más quedara por hacer aquel día.

El clérigo pronunciaba las oraciones en un latín casi imperceptible mientras hacía la señal de la cruz en la frente y en las manos del fallecido. No disponía de los óleos sagrados que el obispo bendecía todos los años en la misa crismal para administrárselos a aquel infeliz, pero improvisó una bendición con un poco de aceite que utilizó para ungirlo. Cuando el hombre terminó las oraciones y se levantó de la cama, se hizo más evidente que era más alto de lo que ya aparentaba sentado. Consoló a la viuda con un apretón de manos y con unas breves palabras de pésame, pero la mujer no fue capaz de articular palabra, pues no paraba de llorar, y le correspondió a Teresa agradecer la intervención del eclesiástico.

El hombre salió de la casa y la joven lo hizo, acelerada, detrás de él.

—¡Aguardad! No habéis cobrado por vuestro servicio.

El clérigo se volvió extrañado y aguardó a que la joven se acercara.

—No es necesario, podéis guardaros vuestro dinero. Lo cierto es que mi intervención ha sido casual: alguien me abordó en la calle y me rogó, desesperado, que le administrara los últimos sacramentos a ese desdichado.

—También a mí me ha sorprendido. Conozco a la mujer desde niña, y sabía que su marido andaba enfermo, pero nadie esperaba este final. Traía mi cargamento semanal de lana para entregárselo y me he encontrado con la triste escena.

Al clérigo le extrañó el comentario de la joven.

—Pues no tenéis manos ni apariencia de cardadora.

La joven cambió el gesto por la observación del clérigo, que de inmediato se percató de su imprudencia.

—¡Disculpadme! Quería decir que vuestro porte no parecía el de...

—Es comprensible, no nos conocemos. Mi nombre es Teresa; mi padre se dedica a la fabricación de paños, y lo ayudo en algunos menesteres. Trato con algunas dueñas de este barrio para recogerles el hilado de la semana y entregarles nueva lana para la siguiente..., pero vos... No os había visto hasta ahora. ¿Lleváis mucho tiempo en la ciudad?

—Me llamo Tomás de Cuenca, y llegué ayer mismo a Ciudad Real, donde tengo intención de pasar una temporada antes de regresar a Toledo. Esta mañana he querido recorrer la ciudad y pasear por sus calles, pero, como podéis comprobar, me ha resultado imposible.

Teresa tenía sus precauciones con los hombres de iglesia; su familia siempre intentaba evitarlos, y ella solía mostrarse distante, aunque cortés cuando era necesario. Pero la joven se dio cuenta de que aquel hombre no era como los otros clérigos, capellanes y monjes que había conocido. Parecía educado y de maneras elegantes, nada que ver con la soberbia irascible que muchos clérigos mostraban en los púlpitos. Los rasgos marcados de su cara y su complexión fuerte y esbelta tampoco pasaron desapercibidos para aquella joven prudente pero despierta.

Después de las presentaciones, Teresa hizo intención de despedirse tras agradecer al clérigo su asistencia al difunto, pero Tomás le solicitó indicaciones para llegar hasta la iglesia de Santiago.

—Me temo que se encuentra algo lejos del barrio de Morería, pero, aunque tengo que dar un rodeo hasta mi casa, os acompañaré.

—Os lo agradezco. Así podréis contarme cómo una joven como vos puede desenvolverse con tanta soltura en negocios tan complejos como el de los paños.

Teresa aceptó de buen grado la cortesía y se dispuso a acompañar al clérigo. Sin entrar en muchos detalles, le contó cómo las circunstancias de su familia la habían obligado a introducirse en aquellos negocios, aunque los había vivido de cerca desde niña.

—Pero nunca sospeché que acabaría negociando con cardadores, bataneros, hilanderas, tejedores o tintoreros, enmendándoles su oficio y regateando sus precios —dijo Teresa con una sonrisa, sin dar importancia a lo que muy pocas mujeres, quizá solo viudas experimentadas, eran capaces de realizar obligadas por las circunstancias.

—Os admiro por ello. —Teresa sonrió complacida por las palabras de Tomás—. Mi padre se dedicó al comercio de paños hasta su muerte, aunque yo era muy joven cuando falleció, y poco pude aprender de él. Si os soy sincero, no soy capaz de diferenciar un paño veinticuatro de otro veintidoseno.

—Lo más difícil no es apreciar la calidad de los trabajos y labores de oficiales y maestros, que con el tiempo se llegan a conocer en mayor o menor detalle, sino contender con los hombres. No toleran que una mujer supervise su trabajo. Muchos se dirigen a mi criado en lugar de hacerlo conmigo cuando ajusto con ellos los encargos. Cuando escucho su oferta, a veces respondo que

debo consultarlo con mi padre o con mi hermano y no les doy una respuesta hasta la tarde o el día siguiente para no provocar su enojo. Algunos maestros ya se han acostumbrado a tratar conmigo, pero a otros todavía les cuesta.

—Vos tenéis la capacidad de decidir; al fin y al cabo, sois quien pone el dinero. Trabajad con quien más cómodo os resulte. Vi a mi madre hacerse cargo del negocio de mi padre cuando este pasaba semanas fuera de la ciudad. La vi tratar con artesanos y maestros más toscos que un terruño, pero logró imponerles sus condiciones.

—Vuestra madre debió de ser una mujer admirable, a juzgar por lo que contáis de ella —respondió Teresa.

—Sí lo era. Ella era quien suplía las largas ausencias de mi padre. Tenía una vitalidad envidiable y ponía un entusiasmo contagioso en todo lo que hacía, pero la muerte de mi padre la sumió en una profunda tristeza que acabó poco a poco con sus ganas de vivir.

La joven miró a aquel hombre con ternura. La emoción con la que hablaba de su familia lo hacía parecer vulnerable. Pocos hombres consentían transparentar su alma para que una mujer pudiera escudriñar en su interior, pero aquel clérigo lo hacía con naturalidad, sin que ello mermase su autoridad.

Caminaron durante un buen trecho, atravesando calles y barrios, hasta llegar frente a una iglesia de tosca factura aunque con una impresionante torre almenada que, según se decía, parecía construida por los árabes y adaptada después al templo que se encontraba dedicado al señor Santiago. Desde fuera, Tomás se percató de que el ábside, situado en el extremo opuesto a la torre, había sido reconstruido recientemente. La esbeltez de los arcos ojivales con la que se habían levantado los ventanales del ábside central y de los laterales contrastaba con los pesados muros del cuerpo de las naves, más antiguos, y escasamente horadados por dos pequeños ojos de buey.

Con una sonrisa galante, Tomás se lamentó de que la iglesia no se encontrase más retirada para seguir disfrutando de la compañía de la joven, y se despidió cortésmente de ella agradeciéndole su tiempo y gentileza.

10

EN LA IGLESIA DE SANTIAGO

Era la primera vez que Tomás veía la serpiente de siete cabezas del Apocalipsis en el ábside de una iglesia. Sus fauces de tonos rojizos y azules, ceñidas a las nervaduras de la bóveda del altar mayor, amenazantes, como si la justicia divina se sirviese de semejantes criaturas para castigar el pecado y la maldad, atemorizaban a los feligreses. El ábside parecía de construcción reciente y contrastaba con las toscas y gruesas columnas del cuerpo de las naves, de las que partían unos lienzos de arqueados muros que sujetaban un hermoso artesonado de madera. La luz del sol entraba por el rosetón de piedra y dejaba ver con claridad los labrados cajetones y los escudos que decoraban los remates de las vigas sobre las que se apoyaba toda la estructura.

A la izquierda, en la nave del evangelio, un grupo de hombres trabajaba en el muro a la altura del crucero. Tomás pensó que realizaban alguna reforma de mantenimiento, pero después se dio cuenta de que preparaban el muro para una pintura al fresco, para lo que habían acopiado algunas espuelas de arena y yeso y varios cubos de agua y cal.

El maestro se encontraba sobre el andamio, centrado en un gran rectángulo de estuco que ya había sido enfoscado. En otras ocasiones, Tomás ya había observado a los maestros pintores ejecutar trabajos de este tipo. Sobre el enfoscado húmedo aplicaban un revoco con cal apagada y arena muy fina sobre la que después plasmaban el primer boceto, la sinopia. Para ello empleaban pliegos de cartón perforados por los trazos de las líneas del

dibujo. Colocaban el cartón sobre el muro y con un saquillo de hollín golpeaban suavemente hasta que la silueta de los trazos quedaba impresa en la pared. Esa parte ya había sido ejecutada hacía algunos días. Cada jornada, extendían un enlucido nuevo sobre la zona con la que iban a trabajar durante ese día, con una capa mucho más fina que las anteriores, y con la que cubrían parcialmente el boceto; por eso, con el enlucido todavía húmedo, se volvía a marcar el dibujo utilizando los cartones de la sinopia.

El maestro acababa de trazar el boceto de nuevo, ayudándose del saquillo de hollín sobre el enlucido que habían aplicado el día anterior, y estaba a punto de remarcar las líneas y dar color a la composición. Aguardaba a que sus ayudantes le pasaran desde abajo las pinturas que iba a utilizar, una vez mezclados los pigmentos con agua de cal.

Tomás observaba la tarea de aquellos artesanos a distancia; siempre le había parecido que se necesitaba gran habilidad y destreza para representar en una pared la disposición de las figuras y personajes. En aquella composición unos cardenales se encontraban a punto de entronizar al papa, impresionados por una visión divina que se les mostraba desde el cielo, donde el mismo Jesucristo, aunque clavado en la cruz, se representaba triunfante junto a su madre.

En ese momento, sin percatarse de su presencia, entró un clérigo de baja estatura que dirigió sus pasos hacia el grupo de hombres que se trabajaba junto al andamio.

—¡Maese Bartolomé, por fin doy con vos! Ya es hora de que acudáis — dijo el clérigo Felipe Lanza al hombre del andamio sin que este se inmutara mientras perfilaba los trazos del dibujo con un pincel—. No habéis cumplido el plazo en el que os comprometisteis a terminar el fresco que os encargué.

El hombre apenas si prestaba atención a las palabras del clérigo; terminaba de completar las líneas de los trazos marcados por el hollín. Los ayudantes no dejaban de mover las mezclas para evitar que se secaran y para que estuvieran prestas cuando el maestro las necesitara.

—Lleváis dos meses y os comprometisteis a terminar antes de Pascua — decía el religioso.

—Os advertí de que el plazo que me dabais era escaso y de que no os aseguraba que estuviera acabado para cuando vos queráis.

—Los patronos están impacientes por ver el fresco acabado. Os han adelantado más de la mitad del dinero de Vuestro trabajo y no paráis de echar capas de yeso sobre lo que pintáis el día anterior.

—No cubro lo del día anterior —dijo el maestro con sonsonete—: trabajo diferentes zonas del dibujo.

El clérigo le hacía los cargos al maestro pintor sobre el trastorno que la presencia de los andamiajes y las herramientas provocaba en la devoción de los fieles. El maestro se esforzaba en explicarle al clérigo que el apremio al que lo sometía no beneficiaba en nada a la buena factura del fresco, y que cualquier defecto en la ejecución de la pintura no podría corregirse. Tomás conocía a algunos de los mejores pintores de Castilla que habían realizado trabajos en la catedral de Toledo, y sabía que ese oficio requería de una mano hábil, resuelta y veloz.

—No tengo intención de discutir con vos. Os exijo que me indiquéis la fecha en que acabaréis la pintura.

—Acumulamos retraso porque ha sido necesario corregir las humedades del muro —respondió el pintor—. Os advertí de que debíamos ubicarlo en otra parte, pero vos os empeñasteis en hacerlo aquí.

—No habéis respondido a mi pregunta.

—Os prometo que cuando esté acabado vos seréis el primero en saberlo.

El presbítero se retiró con aires destemplados y regresó con paso ligero por donde había venido. Antes de abandonar la iglesia hacia la sacristía, se percató de la presencia de Tomás, que se encontraba algo retirado junto a una de las robustas y toscas columnas octogonales que sujetaban las naves del templo.

—Hermano, ¿deseáis algo? —preguntó el clérigo con voz grave y entrecerrando los ojos para descifrar el rostro de quien aguardaba en la penumbra.

—No tenéis remedio —dijo Tomás aproximándose—. Vuestra asignatura pendiente será siempre la fábrica del templo.

El hombre se extrañó al escuchar el comentario de su interlocutor, pero, cuando reconoció su rostro, esbozó una extensa sonrisa bajo su gruesa nariz.

—¡Querido Tomás! —dijo el clérigo acercándose al licenciado y colocando las manos sobre sus hombros—. ¡Qué alegría verte en esta humilde

parroquia tan alejada de nuestra espléndida catedral en Toledo!

—Recordé que os trasladasteis a Ciudad Real, y he querido haceros una visita.

El clérigo se llevó a Tomás a la sacristía de la iglesia para hablar con mayor comodidad y discreción.

—Han pasado muchos años desde que nos vimos por última vez; entonces eras un joven clérigo de veinte y pocos años y ahora las canas ya han tomado tu cabeza.

—Y vos, sin embargo, estáis igual —dijo Tomás—. Os he visto discutir con ese pintor con los mismos bríos que en vuestros tiempos en Toledo.

El clérigo se quedó pensativo unos segundos mientras miraba sonriente a su amigo y recordaba aquellos años que pasó como canónigo.

—Tampoco tú lo hiciste mal cuando aquel escribano de la ciudad quiso extorsionar al cabildo al derrumbarse el muro de la casa que le teníamos arrendada. Aquel impío juraba por san Ildefonso que el muro le había partido la pierna y que el cabildo debía indemnizarle. Menos mal que lo pusiste en su sitio.

—Lo amenacé con que se quemaría en el fuego del infierno si osaba mantener su farsa —dijo Tomás con una sonrisa—, y funcionó. Aquel hombre comenzó a andar de repente, y algunos creyeron que se trataba de un milagro.

—Sí, fueron buenos tiempos... Creo que servimos al cabildo con honradez y determinación.

—Vuestra honradez y vuestra determinación están fuera de duda —dijo Tomás, amable—, aunque vuestra excesiva rectitud os enfrentase con el deán de la catedral.

Felipe puso un gesto grave; después de tantos años, todavía parecía lamentar aquel incidente.

—Y ¿cómo está su excelencia el arzobispo? —preguntó el clérigo, cambiando de tema.

—Su excelencia para poco por Toledo, como es habitual en él; gusta de pasar largas temporadas en Alcalá, pero no cesa en encomendarnos tareas a sus colaboradores.

Felipe no pudo evitar recordar el día en que se encontró con Tomás por primera vez. Lo halló con solo unos días de vida sobre la piedra de los recién

nacidos situada junto a la entrada de la catedral. Muchos eran los niños que sus madres abandonaban al cuidado del cabildo, y poco podían hacer aquellos hombres inexpertos más que entregarlos a familias que quisieran criarlos, bien porque acababan de perder algún hijo o porque Dios no se los había dado. El cabildo cubría la manutención del niño y, para fomentar la adopción, entregaba una ayuda a la familia por las molestias. Aquel día, un joven Felipe acompañaba al arzobispo, don Alonso de Carrillo, por el interior de la catedral, que a última hora de la tarde ya se encontraba vacía, cuando escuchó llorar a la criatura. Instintivamente corrió hacia la entrada y se dirigió hacia la piedra-cuna donde las madres desesperadas depositaban a sus hijos. El joven clérigo vio moverse al pequeño sobre la piedra. Llegó a tiempo para ver a la madre que huía, y fue tras ella para detenerla, pero no pudo darle alcance, ni la mujer se detuvo a los gritos del joven. Mientras tanto, Carrillo, que se había acercado a la piedra también, tomó a la criatura en sus torpes brazos, y el bebé dejó de llorar en el pecho del prelado. Alonso de Carrillo conocía los numerosos abandonos de niños que se producían en la puerta del templo, pero nunca había sido testigo tan cercano como en aquella ocasión. Felipe regresó, y le sorprendió que el niño hubiese dejado de llorar: sus grandes ojos miraban con curiosidad al hombre que lo tenía en sus brazos y al joven clérigo que se asomaba por encima del hombro de aquel para observarlo de cerca. El pequeño tenía pocos días de vida y parecía bien cuidado. Felipe miró hacia la piedra, imaginando la desesperada situación de aquella madre para abandonar a una criatura con la que ya había tenido tiempo de encariñarse. Mientras el joven clérigo iba a buscar un poco de alimento, el prelado continuó con el niño en brazos. Desde siempre, Felipe supo que aquellos breves instantes sirvieron para estrechar la relación de aquel hombre, artífice de la política de Castilla, con aquella pequeña e indefensa criatura recién llegada a este mundo. Cuando regresó, el niño se había vuelto a dormir con el torpe balanceo del hombre, pero abrió los ojos un instante, y por un momento le pareció que los obsequiaba con una sonrisa. A nadie se le escapaba que desde aquel día Carrillo sintió un especial afecto por Tomás; que se preocupó por saber de él, de buscarle una buena familia que lo criara, de conocer su evolución en los estudios de la escuela catedralicia y hasta de su posterior ingreso como clerizón.

—Y dime: ¿qué te trae por la ciudad?

—Ya me conocéis, sirvo a la Iglesia y a nuestro señor el arzobispo allí donde soy necesario.

Felipe seguía esperando una respuesta de su amigo.

—Tengo el encargo de realizar una inspección de herejía —dijo Tomás después de un instante. Felipe cambió su sonrisa por un gesto de contradicción.

—En esta ocasión don Alonso de Carrillo se ha excedido en la confianza que te profesa.

—No entiendo. ¿Qué queréis decir?

—Esta vez la misión no consiste en doblegar la voluntad de los hombres para que se plieguen a los deseos del arzobispo, como tantas veces te ha encomendado para mejorar sus negocios o para allanar su ambición política. Ahora, como inquisidor, deberás doblegar el alma y el espíritu de quienes no comparten nuestra fe, y espero, Dios no lo quiera, que nunca te veas en la obligación de arrebatarla.

Tomás miró con extrañeza a su amigo de otro tiempo. Felipe Lanza siempre había sido un hombre honesto y sincero, pero en aquella ocasión resultó especialmente duro con sus palabras.

—No se deben poner en duda las decisiones de los pastores de la Iglesia. Mi misión nada tiene que ver con arrebatar almas ni espíritus a quienes no comparten nuestra fe, que más suena a brujería y hechicería que a labor cristiana. Mi cometido es mostrar la verdadera religión a los que andan perdidos por la senda equivocada.

—La senda equivocada... —repitió Felipe con un ligero sarcasmo.

—Sí, andan por la senda equivocada los judíos que después de convertirse a la fe católica continúan practicando sus ritos y menosprecian la acogida que les ha brindado la Iglesia al aceptarlos en su seno.

—¿Y qué pretendes que hagan, si muchos de ellos no pueden desempeñar sus oficios por el simple motivo de que son judíos? Me temo que no les dejamos otra opción.

—No nos corresponde a nosotros enjuiciar las leyes de los hombres, ni mucho menos las leyes de Dios.

Tomás hizo una pausa y levantó la mano para zanjar la discusión. No

quería seguir discutiendo con aquel hombre, por el que sentía un afecto especial.

—Lamento decepcionaros con el cometido que me ha traído a esta ciudad. Ya sabéis que siempre he tenido en muy alta estima vuestra opinión, hermano Felipe, pero ahora os equivocáis.

Tomás se despidió con un ligero movimiento de cabeza y se marchó. Felipe no pudo responder sus palabras, pero en el fondo agradeció que el licenciado hubiera terminado con aquella conversación. Lo siguió con la mirada hasta la puerta y lamentó que aquel reencuentro se hubiera zanjado de aquella manera, después de tantos años.

11

UNA VISITA INESPERADA

Era cerca del mediodía cuando dos hombres de avanzada edad se acercaron a casa del licenciado Tomás de Cuenca y preguntaron por él. Quiteria ya se había calmado y terminaba de preparar la comida. Aquellos hombres se anunciaron como Antón Treviño y Alfonso Céspedes, y el clérigo, que acababa de regresar de la calle, los recibió en su despacho, sorprendido de que su llegada ya se conociera en la ciudad. Sospechó que su secretario ya debía de haber realizado los encargos que le había encomendado esa mañana y que la noticia se debía de haber extendido con rapidez. Tomás les brindó asiento y se dispuso a escucharlos.

—El motivo de nuestra visita no es otro que daros la bienvenida —dijo Alfonso Céspedes con cierta solemnidad—. Hemos sabido de vuestra llegada, y nos ha parecido de obligada cortesía asegurarnos de que os encontráis cómodo y de que no necesitáis nada.

—Os agradezco que os preocupéis de que mi estancia sea agradable —dijo Tomás inclinando cortésmente la cabeza.

Los hombres vestían ropas elegantes y sus modales revelaban prestancia y distinción.

—Veréis —continuó aquel hombre, que tenía una mirada penetrante—, queremos que sepáis que apoyamos la determinación de su excelencia reverendísima el arzobispo don Alonso de Carrillo, para desenmascarar a los que insultan nuestra fe. Se burlan de nuestras convicciones los que utilizan la

religión como pantomima para esconder su traición. Queremos brindaros todo nuestro apoyo y ofreceros toda la colaboración que necesitéis.

—No dudo de la predisposición a colaborar de las personas honradas —dijo Tomás.

—Me refiero a que existen personas muy importantes de esta ciudad que buscarán confundiros y desviaros de vuestro propósito —insistió el visitante—. En Ciudad Real todos nos conocemos. Hay quienes ya han comenzado a ponerse nerviosos porque temen de vuestras pesquisas, y... algunos son importantes.

—¿Creéis que podrían intentar algo? —preguntó el licenciado con extrañeza.

—No os preocupéis —intervino por primera vez Antón Treviño—; no creo que se atrevan después del escarmiento que recibieron en octubre. No os resultará difícil encontrar informadores para que os señalen a aquellos a los que debéis identificar.

—Tal vez vos sepáis de alguien... —comentó Tomás.

Treviño miró a su acompañante con un gesto de complicidad que delataba la verdadera intención de su visita. El licenciado dedujo que aquellos hombres buscaban con interés que los conversos fueran identificados cuanto antes.

—Quiero decir —rectificó el clérigo— que os estaría agradecido si pudierais facilitarme alguna información que me permitiera iniciar mis averiguaciones.

Volvieron a mirarse, y de nuevo habló el que llevaba la voz cantante.

—Como os ha dicho mi buen amigo Treviño, en Ciudad Real apenas existen secretos. Es de dominio público que algunos regidores, alcaldes, comerciantes, prestamistas y personas de otros oficios no son lo que parecen. Sus costumbres los delatan, y esto, señor, no pasa desapercibido para nadie. —Hizo una pausa para observar si había despertado la curiosidad del licenciado y continuó—: Hay algunos conversos muy influyentes que incluso comparten asiento con nosotros en el concejo de la ciudad y ocupan cargos de relevancia. Aprovechan sus puestos para perjudicar los intereses de los cristianos honrados. Imponen multas, sanciones, embargan sus tierras... Y todo con total impunidad.

—Pero va contra las leyes que las personas de las que habláis ocupen los

puestos que decís —dijo Tomás.

—Cierto, pero sin que la Iglesia determine cuál es la verdadera condición religiosa de los infractores, no es fácil hacer efectiva la prohibición.

—Disculpadme; no quisiera haber hurgado en alguna vieja rencilla, aunque deduzco, por vuestras palabras, que mis indagaciones podrían beneficiar vuestros intereses en el concejo —dijo el licenciado cuando creyó comprender la motivación de aquellos hombres.

Alfonso Céspedes salió al paso del comentario de Tomás y se levantó de la silla. La conversación había tomado unos derroteros que querían evitar para no mostrar segundas intenciones con su denuncia.

—No ha sido nuestro propósito condicionar con nuestra visita vuestra actuación —dijo mientras impedía responder a Antón Treviño—. Somos piadosos cristianos que hemos venido a ofrecer nuestra colaboración en la investigación que os proponéis llevar a cabo, sin que por ello debáis extraer conclusiones precipitadas con respecto a los motivos que nos mueven.

—Os aseguro que así lo he entendido —mintió el licenciado—, y acepto de buen grado vuestro ofrecimiento para ayudarme a cumplir con los menesteres que me ha encomendado su excelencia el arzobispo.

Los hombres se dieron por satisfechos con las palabras del licenciado y se despidieron con la misma cortesía de la que hicieron gala cuando llegaron, no sin antes hacerle entrega de un presente como regalo de bienvenida: un magnífico queso de oveja cuyo fuerte aroma inundó la estancia.

Al poco rato regresó Juan Martínez Cepudo, y parecía agotado. Se había retrasado más de lo debido. Contó a su señor que, cuando llevó al arcediano la misiva del arzobispo que anunciaba su llegada, este la mandó pregonar inmediatamente y que en la plaza se había originado un gran revuelo. Apenas si tuvo tiempo de llegar hasta el corregidor para entregarle la otra carta cuando fue abordado por gentes que lo increparon y lo insultaron por trabajar para el inquisidor.

—Me temo, señor —dijo, disgustado— que vuestra presencia despierta sentimientos dispares. Hay quien dice que necesitan que se haga justicia por los asaltos que sufrieron algunos conversos en octubre y no un inquisidor que los persiga.

Juan Martínez traía sobre sus ropas restos de haber sido blanco del

lanzamiento de algunas hortalizas. Tomás se encolerizó por el trato que había recibido su secretario en la calle y prometió que indagaría hasta dar con los que se atrevían a ridiculizar a los mensajeros de la Iglesia. Le ofreció a Juan un trapo con el que limpiarse y le aconsejó que tuviera más cuidado en el futuro.

Tomás lo puso al día sobre la visita que acababa de recibir y cómo sospechó que ya se había pregonado la noticia de su llegada.

Por su secretario supo que los Céspedes y los Treviño eran los principales ganaderos de Ciudad Real. Eran dueños de varios rebaños de ovejas que podían sumar unas tres mil cabezas. Habían amasado una gran fortuna con la venta de la carne y sobre todo con la lana, que vendían tanto dentro como fuera de la ciudad, incluso más allá de las fronteras de Castilla.

—Son conocidos —dijo— sus enfrentamientos en el concejo por algunas tierras que tienen tomadas en la dehesa de Sedano, aunque yo no estoy al tanto de las disputas que tienen unos y otros.

Para su tranquilidad, Tomás le pidió que se quedara a comer y que no abandonara la casa hasta la noche, y el hombre aceptó de buen grado su prudente consejo, ya que nadie aguardaba su regreso. Desde aquel día, Juan Martínez Cepudo fue invitado asiduo en la mesa de Tomás de Cuenca, donde se saboreaban los mejores guisos de la ciudad gracias a las hábiles manos de Quiteria entre los fogones, quien, a pesar de su difícil carácter y peores maneras, tenía unas dotes envidiables para la cocina.

12

EL CORREGIDOR DE LA CIUDAD

A la mañana siguiente, Quiteria se encontraba atareada en la cocina con un guiso de carne; cogió de la espetera los cuchillos que necesitaba para partir la ternera y probó el aliño que había preparado para condimentarla. No se percató de que el licenciado ya se había levantado y que había entrado en la cocina con intención de buscar su almuerzo. La mujer se sobresaltó, le hizo una nerviosa reverencia y se marchó avergonzada por su comportamiento del día anterior con la mujer que rondaba la casa porque no sabía cómo disculparse.

No tardó en llegar Martínez Cepudo, a quien Tomás pidió que lo acompañase en su visita al corregidor. El licenciado pretendía que el principal cargo de la ciudad le facilitase algunos alguaciles y otros medios materiales para cumplir su cometido, y si para ello era necesario mostrarse ante el poder municipal revestido de toda la dignidad eclesiástica, no escatimaría en medios.

La guarnición del alcázar estaba sobre aviso, y cuando divisaron el carruaje abrieron el portón de la fortaleza para permitirle el paso. La fortificación se encontraba en obras; no en vano, habían pasado doscientos años desde que fuera mandada construir por el rey Alfonso X, cuyas armas todavía podían reconocerse esculpidas en el bocel de un arco apuntado que daba paso al interior de la fortaleza. A la izquierda se alzaba una torre cilíndrica de imponente envergadura y a la derecha un grupo de trabajadores

parecía rematar la construcción de otro torreón más reducido que el anterior. Mientras Tomás fijaba su atención en la arquitectura del recinto, un hombre de escasa estatura cruzó el patio y se acercó hasta ellos.

—¿No os parece magnífica esa torre? —dijo con orgullo el hombre mientras le estrechaba la mano—. Va para un año que la reina doña Juana, señora de esta ciudad, mandó levantarla. Ha sido necesario derribar algunas casas próximas que ya estaban algo derruidas, para asegurarle mejor defensa, y también realizar acopio de buena piedra al ritmo necesario.

—Es asombrosa la rapidez con la que la habéis levantado —comentó el licenciado.

—Soy Álvaro de Pecellín —se presentó—, lugarteniente del corregidor.

Tomás sabía que el día de los disturbios de octubre los judíos se protegieron en el alcázar de la ciudad, donde el corregidor, Diego del Castrillo, les dio cobijo. Sin embargo, la reducida guarnición del alcázar no pudo detener durante mucho tiempo a los asaltantes, que tomaron la fortaleza en su empeño de dar un escarmiento a los judíos que allí se habían refugiado. Por suerte, estos lograron escapar a tiempo con el corregidor, a quien no se le había vuelto a ver desde entonces.

El lugarteniente Álvaro de Pecellín lo suplía en las tareas, porque todavía no se había nombrado sustituto, aunque parecía desenvolverse con soltura en el cargo.

Desde el centro del patio le mostraba al inquisidor y a su secretario los principales edificios de la fortaleza, y, mientras observaban la imponente torre, uno de los hombres que trabajaban en el andamio golpeó una espuerta de argamasa, que cayó desde lo alto hasta impactar con el suelo del patio. Por suerte no hubo daños, pero la masa alcanzó los pies del lugarteniente y manchó su atuendo.

—¡Malditos inútiles! —gritó el de Pecellín—. ¡Quiero que recojáis todo esto ahora mismo y que después acudáis ante mí!

El alarife se disculpó cuanto pudo, renegando de su mala suerte, y prometió que enseguida lo limpiaría todo.

Entraron en una estancia amplia, sobriamente decorada, y Álvaro de Pecellín seguía maldiciendo al que le había manchado los zapatos, mientras se disculpaba con Tomás por el desafortunado percance del patio. En la sala

aguardaba un caballero esbelto, entrado en años, de rostro enjuto y mirada amable que le fue presentado como Fernando Valera.

—Deseo daros formalmente la bienvenida a esta ciudad —dijo, solemne, el corregidor en funciones—, aunque lamento el recibimiento que acabáis de tener.

—No busco de vos un recibimiento grandioso —comentó Tomás con delicadeza—: vengo a solicitaros vuestro apoyo para cumplir la tarea que tengo encomendada.

Un criado servía en una bandeja unos dulces que todos probaron, a excepción de Juan Martínez, por sus problemas con el estómago.

—¿Y qué es lo que deseáis de mí como... corregidor? —recalcó Álvaro de Pecellín.

—Conoceréis, por la carta que os hice llegar de su excelencia el arzobispo don Alonso de Carrillo, que debo realizar una inspección de herejía en Ciudad Real y que necesito contar con la disposición de los alguaciles para que ejecuten los encargos y recados del tribunal.

—Asignaré uno de ellos a vuestro servicio —accedió Álvaro de Pecellín—, pero debo aconsejaros que seáis cauto en vuestras pesquisas. Las gentes de esta ciudad están recubiertas de una fina pátina que, si no la retiráis, nunca sabréis lo que ocultan.

—Es cierto, pero en eso consiste mi labor, en discernir la verdad de lo que no lo es y descubrir qué se esconde tras las falsas verdades.

—¿Sabéis que últimamente no se habla de otra cosa más que de vuestra llegada? —comentó Fernando Valera—. Algunos se frotan las manos y otros temen por su seguridad. No cabe duda de que despertáis sentimientos dispares.

Tomás recordó que había escuchado antes aquel mismo comentario, y que no le resultó muy reconfortante entonces.

—Sea como fuere —intervino el lugarteniente—, hay que reconocer que vuestra venida ha sido un golpe de efecto contra los conversos.

—Vos conocéis la ciudad —dijo Tomás—; ¿cómo valoráis la situación?

—Es difícil determinar con certeza el número y el arraigo de los que judaizan —contestó el lugarteniente—. Antes, los judíos vivían en Barrionuevo, pero desde hace muchos años se han repartido por toda la ciudad. Esta fe la abrazan hidalgos y villanos, hombres ricos y pobres de

solemnidad. Las gentes los conocen y saben que practican sus ritos a escondidas o incluso abiertamente. Hay quien es más reservado y quienes son más indiscretos. Tened la certeza de que siempre hallaréis a alguien que pueda facilitaros algunos nombres si en ello ven la posibilidad de vengarse de algún enemigo.

Mientras probaba el dulce que le ofrecía el criado, Tomás interrogó con la mirada a Fernando Valera.

—Lamento deciros que yo no tengo enemigos —se disculpó el caballero—, y no quiero que entendáis que no deseo colaborar con vos. Lo cierto es que llevo una vida social poco intensa y retirada, con mis caballos, y apenas tengo contacto con mis vecinos.

—No me malinterpretéis —se apresuró a intervenir Tomás—: solamente me interesaba por vuestra opinión.

Fernando Valera se sentó en uno de los sillones labrados en madera y tapizados en tela roja distribuidos por toda la estancia y se tomó algunos segundos antes de responder.

—Veréis... Si queréis conocer lo que pienso, os seré sincero —dijo mirándolo a los ojos—. Creo que algunos prefieren buscar culpables a las calamidades que se han instalado en ellos antes que afrontar de forma honrosa sus propias desgracias. Los tiempos que vivimos no son los más prósperos, las economías se encuentran maltrechas. Las últimas cosechas no han sido buenas y las pérdidas han sido grandes. Además, esa maldita costumbre de devaluar la moneda ha empobrecido a muchos, y provoca enfrentamientos. Cuando azuza la crisis, se pierden los nervios y se corre el peligro de echar a otros las culpas de nuestras desgracias. —Se detuvo y se echó hacia delante—. Estoy convencido —prosiguió— de que los pogromos contra los conversos se deben más al dolor que los judaizantes provocan en la bolsa de sus agresores que al que provocan en sus conciencias.

—¿A eso limitáis el problema? —preguntó, sorprendido, Tomás.

—El daño moral que los conversos infligen a los cristianos viejos no me corresponde a mí valorarlo —dijo Fernando Valera, poniéndose en pie—. Es a los hombres de Iglesia, como vos, a quienes corresponde apreciarlo. Sois vos quien debe desgranar la maldad de los herejes y medir las consecuencias que puede provocar intervenir contra ellos.

—¿Pensáis que sería mejor que la Iglesia permaneciera de brazos cruzados y que pudieran volver a repetirse disturbios como los de octubre?

Fernando Valera sonrió al ver que su interlocutor extraía conclusiones equivocadas de sus palabras.

—Amigo mío..., permitidme que os llame así —dijo el caballero—: los disturbios de octubre han traído muerte, destrucción y sufrimiento, y yo no estaría en mi sano juicio si no me importase que se volvieran a repetir. Los alborotos no solo han provocado muerte y saqueos, sino que, además, han dividido a la ciudad y han sembrado la discordia.

—Sí, así fue —intervino Álvaro de Pecellín—. Hubo quince muertos e incontables heridos; se saquearon y quemaron casas, tiendas y talleres, y todos parecieron enloquecer. Creemos que el detonante fue la espantosa muerte del cuchillero Miguel de Mora y sus hijos. La gente acusó a los conversos de haberlos quemado vivos en el interior de su casa. No recuerdo otra visión más espantosa que la de los cadáveres calcinados con las bocas abiertas y los brazos extendidos pidiendo auxilio. Los miembros crujían cuando se separaban de los cuerpos, y se partían como tizones cuando intentaban recogerlos para darles sepultura. Fue una visión horrible.

Álvaro de Pecellín gesticuló conmovido e hizo un gesto con la mano para apartar aquella imagen de su cabeza.

—Aquella noche se formaron bandos para vengar las muertes del cuchillero y de sus dos hijos, y algunos incontrolados saquearon las casas de los conversos y causaron muertes a unos y heridas a otros. Los que se percataron a tiempo pudieron huir antes de que los saqueadores entrasen en sus casas. Algunos se marcharon de la ciudad, otros se escondieron en casas de amigos cristianos y otros se refugiaron aquí en el alcázar. La guarnición no pudo contener a la multitud, pero, por suerte, algunos se deslizaron a través de la muralla y huyeron al campo. Con el tiempo, algunos han regresado, pero otros todavía siguen escondidos allá donde encontraron refugio.

—Incluido vuestro señor, el corregidor —dijo Tomás—. Sí, así es —respondió el lugarteniente—. Algunos no le perdonan que se pusiera del lado de los conversos.

—¿Habéis detenido a los cabecillas? —preguntó el licenciado.

—Todavía no; lo sucedido fue de tal magnitud que las pesquisas resultan

difíciles. Aún no conocemos a los culpables de los asesinatos. La gente guarda silencio y nadie se atreve a delatar a nadie. Pero tal vez sea mejor así: las detenciones podrían provocar nuevos disturbios.

En opinión de Tomás, el lugarteniente no mostraba demasiado interés por hacer justicia; le preocupaba más el orden público que detener a los culpables de los crímenes. Aunque, probablemente, no podía hacer nada más, ya que ni siquiera era el corregidor, sino el lugarteniente que se ocupaba de mantener el orden. Se quejaba de que había pedido ayuda a la corte en repetidas ocasiones, pero el rey Enrique agonizaba por la enfermedad y el reino de Castilla tenía problemas mayores que solventar.

—¿Y qué es lo que habéis averiguado de la muerte del cuchillero y de su familia, si no os importuna que os lo pregunte? —inquirió Tomás.

—Poca cosa —dijo—. Creemos que el incendio fue provocado. Debieron de encerrarlos a todos en una habitación, y atrancaron puertas y ventanas para que no pudieran escapar, hasta que el fuego hizo el resto. Tampoco sabemos los motivos. Los que conocían bien al cuchillero aseguran que no tenía deudas y que tampoco tenía enemigos conocidos.

—No descartéis que existan testigos de lo sucedido —dijo Fernando Valera, convencido—; al fin y al cabo, alguien pudo percatarse de lo ocurrido.

—Qué más quisiera que encontrar un solo testigo —respondió el lugarteniente, intrigado—. Estoy seguro de que podría aclararnos lo sucedido, aunque tuviera que arrebatárle la verdad a latigazos.

—No siempre los buenos caballos responden con el látigo —se limitó a decir sonriendo el de Valera mientras terminaba el dulce que le habían ofrecido.

Fernando Valera era criador de caballos; tenía cuadras cerca de Alarcos, próximas a la fortaleza que en otro tiempo fuera baluarte de toda aquella tierra, cuyo abandono provocaron las pestes y lo insalubre del lugar. Aquel hombre no había tenido hijos, y bromeaba diciendo que algún día sus sobrinos heredarían las cuadras sin saber siquiera cómo huele el estiércol. El negocio de los caballos era una actividad rentable debido a la obligación que nobles e hidalgos tenían de mantener caballo y armas para acudir a la hueste del rey cuando se lo requerían. La misma obligación tenían los caballeros de cuantía, obligados también a mantener caballo y armas si alcanzaban determinadas

rentas, aunque no fueran hidalgos. El corregidor se encargaba cada año de comprobar, en el alarde anual, que los que tenían dicha obligación cumplían con el mandato real. Aquel día se engalanaban las monturas y los jinetes mostraban sus habilidades con cabriolas y saltos, ataviados con sus mejores galas, y, además, blandían y mostraban las armas que estaban dispuestos a poner al servicio de su rey y señor. Fernando Valera siempre había mantenido una buena relación profesional con el anterior corregidor, Diego del Castrillo, con quien compartía la preocupación y el objetivo de garantizar la cría y la conservación de caballos en Ciudad Real gracias a la numerosa yeguada que poseía el criador. Contaba que por un buen caballo se llegaban a pagar hasta diez mil maravedíes, y solía frecuentar las ferias para hacerse con buenos ejemplares.

Fernando Valera continuó hablando de caballos durante un buen rato. Decía que la bondad de los caballos podía apreciarse igual que la de las personas: observándoles la mirada. Si el caballo sostenía la mirada de su amo sin mostrar nerviosismo, aquel animal era digno de confianza y siempre sería fiel, porque la mirada huidiza revelaba traición y desconfianza.

Tras una larga charla sobre la crianza de caballos, alguien irrumpió en la sala con brusquedad. El alguacil que había entrado sin solicitar autorización parecía cumplir un encargo del lugarteniente del corregidor. Aquel hombre llevaba sombrero de ala ancha y venía envuelto en una gruesa capa por la que asomaban unas botas manchadas de barro.

—Señor —dijo con disciplina casi militar—, la partera ya ha sido encarcelada, y se encuentra en disposición de ser interrogada.

El de Pecellín sonrió y miró satisfecho a sus contertulios: la casualidad había querido que fueran testigos de su eficaz gestión para atrapar criminales.

—Mañana podremos juzgar a esa asesina de niños —dijo sin perder la sonrisa.

—¿Asesina de criaturas, decís? —intervino Tomás, intrigado.

—Esa mujer ha ayudado a abortar a una pecadora, y en su delito ha causado la muerte de la criatura y de la madre. Llevamos algunos días tras ella, y gracias a este alguacil la hemos atrapado para juzgarla.

—Disculpadme, ¿de qué partera habláis? —preguntó Fernando Valera con interés.

—Vos debéis de conocerla —dijo el de Pecellín—; he oído que estuvo a vuestro servicio como criada hace algunos años. La conocen como Pascuala, y espero que cuando estuvo en vuestra casa no hiciera uso de las malas artes por las que ahora pagará.

—Cierto, estuvo a mi servicio, pero no entiendo qué ha podido ocurrir.

—Os repito que ayudó a abortar a una moza, según dicen los que la conocían, y la joven ha muerto en medio de un charco de sangre.

—Conozco a esa mujer —insistió el criador de caballos—. Ha ayudado a traer muchos niños al mundo. Incluso cuando trabajaba de criada en mi casa, la llamaban a altas horas de la noche para atender a parturientas que poco o nada podían pagarle... Es una buena mujer. Si es necesario, yo mismo puedo salir fiador de ella.

—No os molestéis. Estoy seguro de que la mujer que vos conocisteis, y que estuvo a vuestro servicio, ya no tiene nada que ver con la depravada que en lugar de traer hijos al mundo se encarga de asesinarlos para que no nazcan.

—Sinceramente, me cuesta trabajo creerlo. Poco conozco a las personas si no logro adivinar su franqueza o su doblez mirándolos a los ojos —volvió a insistir Fernando Valera.

—Creo que lo que os es útil para los caballos no lo es tanto para indagar en el corazón de los hombres, y menos en el de las mujeres —respondió el de Pecellín—. Eso ocurre por permitir a las conversas judías ejercer oficio de comadrona.

En su euforia, al lugarteniente se le escapó un detalle que Tomás no quiso pasar por alto.

—¿Habéis dicho «conversa»? Disculpadme, pero no puedo mantenerme al margen si, como aseguráis, esa mujer es sospechosa de prácticas heréticas —dijo el licenciado mientras miraba de reojo al criador de caballos—. Es mi obligación interrogarla antes de que pase a los alcaldes para juzgarla.

El lugarteniente miró a Tomás, sorprendido. Cuando preparó aquel golpe de efecto delante de tan notorios testigos, no pensó que aquella puesta en escena se le podría volver en su contra.

—No podéis juzgar un delito que se halla bajo mi jurisdicción —espetó Álvaro de Pecellín, temiendo verse privado de su trofeo.

—Los conversos son asunto de Iglesia y los delitos por los que esa mujer

está acusada, también. Será interrogada y después pasará a la jurisdicción real.

El lugarteniente se mostraba nervioso y enfadado por la situación.

—Vuelvo a repetiros que podréis interrogar a esa mujer cuando yo termine con ella —replicó, desafiante y haciendo que subiera el tono de la discusión.

Álvaro de Pecellín tenía la necesidad de reafirmarse ante la ciudad —le iba su prestigio en ello—, y pensó que si lograba la condena de la partera, aquello le allanaría el nombramiento de corregidor. Y no estaba dispuesto a ceder la presa.

—Creo que os estáis precipitando, señores... —medió Fernando Valera en la conversación—. No creo que la situación deba llevarse a los extremos en que se ha puesto. Convendréis conmigo que la petición del licenciado es razonable y que nada perdéis con ello. Su intención no es juzgarla por los delitos que ha cometido, sino interrogarla por ser judía, ¿cierto?

Miró a Tomás, que asintió con la cabeza.

—No perdéis nada. Nadie podrá reprocharos vuestra actuación por que cedáis a Pascuala a la jurisdicción de la Iglesia, ya que demostraréis que estáis cumpliendo con vuestra responsabilidad. No debéis tomar este asunto como un síntoma de debilidad; la gente apreciará vuestro interés por solucionar el problema converso poniendo en manos de la jurisdicción eclesiástica todos los medios de que disponéis.

Álvaro de Pecellín miraba nervioso de un lado para otro. Se estiraba y alzaba la cabeza delante de aquellos hombres más altos que él y analizaba las palabras del criador de caballos.

—No insistáis. No puedo acceder a lo que me solicitáis —dijo al fin—. Es una cuestión de principios.

Tomás se levantó y recogió el abrigo; no quería seguir discutiendo por aquel asunto.

—Señor lugarteniente —dijo el licenciado con el mismo tono de voz pausado—, espero que en breve hagáis llevar a mi casa a esa mujer. Si no es así, dudo que el nombramiento al que tanto aspiráis os llegue alguna vez.

Con un movimiento enérgico de cabeza, Tomás se despidió de los dos hombres y salió al patio con paso firme acompañado de Martínez Cepudo, que no había dicho palabra. Al verlos salir por la puerta, Simón subió al coche

con rapidez, aguardó a que lo hicieran sus señores y abandonaron con ligereza el alcázar por el mismo portón por donde habían entrado.

13

LAS PAREDES DEL ALCÁZAR TIENEN OÍDOS

Desde la ventana del gran salón, Álvaro de Pecellín observaba, discreto, cómo el licenciado Tomás de Cuenca abandonaba el alcázar acompañado de su secretario. El carruaje del licenciado salió del recinto amurallado y, a continuación, lo hizo a caballo el criador Fernando Varela, tras quien se cerró el portón de la fortaleza.

En esos instantes se abrió la puerta que comunicaba la sala con uno de los cuartos interiores y por ella salió un hombre alto de aspecto joven y complexión fuerte. El hombre había escuchado toda la conversación oculto en el cuarto de al lado, y parecía enfadado, por la forma precipitada que tuvo de entrar en la sala.

—No sé por qué has cedido la jurisdicción sobre esa partera —dijo, enfadado, aquel hombre que se había mantenido oculto mientras el lugarteniente del corregidor atendía a sus invitados.

—No lo he hecho, pero, pensándolo bien, creo que no puedo oponerme —dijo Álvaro de Pecellín disculpándose—. Vos lo habéis escuchado: pronto habrá una inspección de herejía en marcha, y no puedo oponerme a los deseos del arzobispo.

—No creo que mi tío, Alonso de Carrillo, aprobase lo que has hecho —dijo despectivamente, sin aceptar las excusas del corregidor en funciones.

—Pues si es así, vuestro tío debería dar instrucciones a ese cura para que no se extralimite en su cometido.

El hombre se sentó en el sillón principal del salón con arrogancia, donde instantes antes lo había hecho Álvaro de Pecellín, y calló un momento.

—Tenías que jactarte de tu presa delante del inquisidor y ahora te la ha arrebatado —le reprochó—. Tenemos que evitar que esa partera hable con alguien más y cuente algo que no convenga. No podemos arriesgarnos a que esto se nos vaya de las manos. —Creo que exageráis en exceso, Rodrigo. El inquisidor interrogará a la partera por sus costumbres judías y poco más. No creo que averigüe nada que nos comprometa.

El lugarteniente del corregidor se movía nervioso de un lado para otro, y su actitud no reflejaba la aparente tranquilidad de sus palabras. El maestro de Calatrava, el joven e impetuoso Rodrigo Téllez Girón, se recostó en el sillón mientras se frotaba ligeramente la frente con los dedos.

—Debimos habernos librado de ella cuando la atrapamos; ahora no tendríamos este problema —dijo como si no hubiera descartado la idea.

—Os recuerdo que nos encontramos en esta situación por la brutalidad de vuestros hombres con aquella muchacha, vuestra... como se llame.

—¡Ella se lo buscó! —gritó el maestro enfadado—. Además, no quiero volver a tener más esta discusión contigo porque siempre llegamos al mismo punto: las cartas desaparecidas que te comprometiste a buscar.

Constanza era el nombre de la joven que no recordaba Álvaro de Pecellín. La provocativa muchacha que, con una inmensa sonrisa en la cara, servía vino unos meses antes en una taberna próxima al alcázar. Rodrigo Téllez Girón no había olvidado aquella tarde que decidió perderse de incógnito por las tabernas de la ciudad, sin más protección que su propia daga al cinto por si alguien se atrevía a molestarle. La muchacha le ofreció su compañía para que no bebiera solo y su sonrisa lo cautivó desde el principio. Aunque la joven no solía vender su cuerpo a cualquiera, buscaba, sin embargo, buenos partidos que pudieran mantenerla a cambio de amabilidad y otros favores. Rodrigo no perdía de vista su voluptuoso escote. Las sensuales palabras que salían de sus labios carnosos parecían de algodón y envueltas en una voz melosa y acaramelada que acariciaba sus oídos. Rodrigo se dejó seducir. Ella rozaba su mano y su pierna hasta que él la agarró por la cintura con decisión y la atrajo hasta su boca para besar aquellos labios que tanto lo excitaban. Los mordió con vehemencia y los estrujó entre los suyos para extraerles todo el néctar.

Dejó unas monedas en la mesa y salió de la taberna con la mujer cuando ya oscurecía. Aquella noche el joven maestre sació su deseo tantas veces como sus fuerzas se lo permitieron, y en todas ellas encontró completamente entregada a su amante, dispuesta a satisfacer sus caprichos y fantasías. En aquel momento le habría pagado lo que le hubiera pedido por poseer aquel cuerpo que desataba su pasión, pero ella se ofrecía sin condiciones. La deseo y dio rienda suelta a su desbordada lujuria.

Rodrigo Téllez Girón la recordaba dócil, sumisa a sus deseos, indolente a los mordiscos que le daba en los pezones y en sus labios más secretos, y, aunque a veces ella se mostraba reticente a continuar agradándolo, se resignaba pacientemente cuando le enseñaba por la fuerza quién era el que mandaba.

—Debéis elegir mejor a las mujeres con las que compartís vuestro lecho por la noche y a las personas de confianza por el día —dijo Álvaro de Pecellín.

Las palabras del asistente, convertido ahora en corregidor en funciones, sacaron al joven maestre de Calatrava de sus recuerdos, de aquellos momentos en los que su pasión por Constanza lo cegaba. Sin embargo, como tantas otras mujeres que habían pasado por su vida, transcurrido un tiempo les costaba adaptarse a sus exigencias. Todas lo defraudaban tarde o temprano, ninguna de ellas sabía satisfacerlo por completo. ¡Cuánto lamentaba tener que educarlas y emplearse con autoridad de vez en cuando!

—No sé si ese consejo también te incluye a ti —dijo el maestre con sarcasmo—. A veces dudo si acertamos con poner tanto empeño en la expulsión de vuestro corregidor.

—De lo que no cabe duda es de que yo soy más fácil de contentar que él y de que puedo plegarme mejor a vuestras ambiciones —respondió sin tapujos.

—Todavía está por ver lo que dices. Espero que cuando llegue el momento no me defraudes. —Rodrigo Téllez Girón se levantó del sillón, y su diferencia de estatura con el lugarteniente del corregidor se hizo más que evidente.

—¿Habéis tenido contacto con vuestro primo, el nuevo marqués de Villena? —preguntó el de Pecellín para cambiar el tema de conversación—. ¿Sabéis si todavía se encuentra en la corte junto al rey Enrique?

—Mi primo Diego parece haber aprendido muy poco de su padre. Es

inexperto, y siempre ha estado alejado de la corte. Mi tío, el gran marqués de Villena, no ha conseguido en muchos años que su primogénito se interese por la política. Solamente en los últimos meses parece haber mostrado algo de interés, pero ya es tarde.

Rodrigo recriminaba a su primo Diego López Pacheco que no hubiera estado a la altura de las circunstancias. La inesperada y reciente muerte de Juan Pacheco, el marqués de Villena, había sorprendido a todos, comenzando por su propio hijo, quien siempre estuvo al margen de las maquinaciones, intrigas y conjuras de su padre para preservar el poder y la influencia política de la familia Pacheco durante tantos años. Sin embargo, Rodrigo lo aprendió todo de su tío desde que era niño. Estuvo bajo su tutela desde que su padre, Pedro Girón, falleció en Villarrubia de los Ojos cuando viajaba al encuentro de la infanta Isabel para desposarse con ella. Conseguir la mano de la heredera al trono de Castilla para su hermano había sido un gran golpe de efecto tramado por Juan Pacheco. Solo había un inconveniente: que Pedro Girón era entonces maestro de la Orden de Calatrava, pero consiguió dispensa papal para renunciar al maestrazgo y a los sagrados votos y, lo más importante, consiguió que el Capítulo de la Orden reconociera a su hijo Rodrigo Téllez Girón como nuevo maestro. Pero murió cuando marchaba camino de aquellas vistas. Quizás por ello Rodrigo la odiaba tanto, porque la infanta de Castilla lo apartó de él y de sus hermanos y de su propia madre, aunque nunca se llegase a materializar aquel matrimonio por la inesperada muerte de don Pedro.

Rodrigo recordaba el día en que su padre partió de viaje; no volvió a verlo con vida desde entonces. La situación era tensa en su casa de El Moral. Pedro Girón gustaba de que sus vasallos y demás miembros de la orden le rindieran pleitesía y respeto. Solamente la bella Isabel de las Casas se atrevía a mantener la cabeza erguida y el ademán firme cuando estaba frente a él. Pedro Girón se quejaba, mientras comía en la mesa familiar las contadas ocasiones que acudía a visitarlos, de cómo haría para que le respetasen el resto de sus vasallos si no era capaz de conseguir el respeto de aquella mujer.

—Os recuerdo que no soy vuestra esposa —se atrevió a replicarle ella—; vuestra esposa será pronto otra Isabel, la infanta de Castilla.

Pedro Girón dejó con rabia en el plato el trozo de carne que se encontraba

comiendo y se limpió con la manga los restos de grasa mientras miraba las caras de sus tres hijos, sentados frente a él, que no perdían detalle de la conversación.

—Ya hemos hablado de ello —dijo, alterado—; este matrimonio será beneficioso para todos. Emparentaremos con los Trastámara, y tu hijo Rodrigo me sustituirá en el maestrazgo al que he renunciado para casarme.

—He aguantado como vuestra concubina todos estos años. Abandoné a mi familia en Sevilla para estar con vos, y nunca me he quejado, pero ahora que tenéis mejores opciones sí que habéis encontrado una solución para casaros — insistió Isabel de las Casas.

Pedro Girón se levantó de repente, derribando la silla en la que se había sentado; el comentario de aquella mujer con la que había convivido durante los últimos años como si fuera su propia esposa parecía haberle enfadado. Los tres muchachos se quedaron petrificados, casi sin parpadear. Ya estaban acostumbrados a los ataques de ira de su padre, y cuando eso ocurría lo mejor era desaparecer.

—¡Voy-a-casarme-con-la-infanta-de-Castilla! —gritó remarcando las palabras—. No voy a casarme para ser feliz por amor. Nuestra familia no puede dejar escapar una ocasión así si ello sirve para controlar el poder en el reino. Y el poder es riqueza...

—Tal vez vuestro hermano Juan podría haber concertado este matrimonio con alguno de sus hijos en lugar de requeriros a vos para ello —se atrevió a decir ella, casi sin mirarlo a los ojos.

Pedro Girón se acercó a ella con vehemencia y levantando el dedo a la altura de su cara replicó, amenazante:

—Nunca, nunca jamás intentéis enfrentarme con mi hermano. —Y salió de la casa dando un portazo.

Aquella fue la última vez que vio a su padre con vida, y desde entonces Rodrigo siempre estuvo bajo la tutela de su tío Juan Pacheco, quien un año más tarde fue nombrado también maestro de la Orden de Santiago. Durante varios años Pacheco controló hasta su muerte las dos órdenes militares, la de Santiago, como maestro, y la de Calatrava, primero como tutor de su sobrino Rodrigo Téllez Girón y, poco después, como coadjutor de la orden. Álvaro de Pcellín lo devolvió de nuevo a la realidad cuando le preguntó por lo que

habría de acontecer a partir de ese momento en Castilla.

—La verdad es que nada ha salido como esperábamos —dijo el maestre golpeando la mesa con rabia—. La muerte de mi tío el marqués ha dado al traste con nuestros planes de revocar por la fuerza de los hechos los pactos de Guisando. Isabel no solo está viva, sino que conserva intactos sus derechos al trono si nadie lo remedia. Pero espero que mi tío, el arzobispo de Toledo, y mi inexperto primo sepan convencer al rey Enrique para que designe heredera de Castilla a la princesa Juana. Eso mantendría las expectativas de mi familia.

—Si me permitís, recibiré con gozo que se cumplan vuestras expectativas, pero comprenderéis que yo también tenga intereses que espero ver cumplidos —dijo Álvaro.

—No te preocupes, amigo mío: sin duda saciarás tu ambición cuando satisfagas la mía —respondió el maestre—. Sabré recompensar la fidelidad con generosidad, aunque todavía albergo algunas dudas sobre tu capacidad para cumplir los encargos que te hago.

Álvaro de Pecellín intuyó enseguida a qué se refería el maestre.

—Sabéis que lo que me pedís es un imposible. Ni está en mi mano ni depende de mí.

—Me decepcionas —dijo el maestre después de escuchar las disculpas del lugarteniente—. Creí que podrías conseguir que los regidores apoyasen un acuerdo del concejo solicitando la adhesión de la ciudad a la Orden de Calatrava.

—Sobrestimáis mi influencia. No necesito recordaros que Ciudad Real pertenece a la reina Juana, y ni siquiera ella podría cedéroslo, ya que ejerce el señorío en nombre del rey. Solo a él compete lo que pretendéis, y vuestros parientes se encuentran en mejor posición que yo para conseguirlo y para dirigir la voluntad real hacia donde os plazca.

—¿Crees que no lo sé? ¡Pero el rey jamás negociará la cesión de la ciudad si el concejo y sus representantes no están de acuerdo! —gritó el maestre sin contemplaciones—. ¡Esto me pasa por rodearme de inútiles!

Rodrigo Téllez Girón abandonó la estancia enojado y dejó a Álvaro de Pecellín con la palabra en la boca, sin permitirle más razones ni disculpas.

14

EL MERCADO DE LA PLAZA

Tomás de Cuenca y Juan Martínez abandonaron el alcázar en dirección a la calle de Granada. Bajaron del carruaje a la altura del convento de San Francisco con la intención de continuar a pie hasta la plaza Mayor. Era martes, día de mercado, y Tomás deseaba observar la ciudad en pleno apogeo comercial. En la calle de las Bestias se concentraban los animales de carga de los mercaderes y comerciantes que habían acudido a vender sus productos al mercado semanal. Los animales se encontraban en una zona alejada del bullicio para evitar accidentes, al cargo de unos mozos que procuraban mantenerlos tranquilos y cuidaban de su alimentación durante todo el día. Asnos, acémilas y bueyes se entretenían con el morral mientras los mozos porfiaban sobre cuál de los animales tenía los genitales más grandes.

Pasaron junto a la iglesia de San Pedro, donde un grupo de canteros y alarifes trabajaba en la construcción de una torre. Bien sabía Tomás que todas las iglesias necesitaban su tiempo para verse acabadas y que, en la mayoría de ellas, clérigos y feligreses se habían acostumbrado a su estado permanente de reformas y de obras de acondicionamiento o de nueva fábrica. A través de Martínez Cepudo, supo que hacía poco tiempo que se había remodelado la capilla mayor por encargo del regidor Fernando de Torres y que habían tenido que reforzar los delgados estribos de la fachada norte con gruesos contrafuertes semicilíndricos para evitar el derrumbe. Pero la fachada sur de la iglesia de San Pedro no presentaba mejor aspecto, porque los estribos

resultaban insuficientes para contener el enorme peso de la cubierta. Por eso, se había construido de forma precipitada una esbelta torre no prevista en el proyecto original algo desalineada con la fachada, con la que se pretendía reforzar los muros y evitar su derrumbe.

Por la calle Cuchillería abajo llegaron hasta la plaza Mayor, abarrotada de gente y de puestos de vendedores. Lucía unos soportales sobre postes de madera, de diferente forma y altura, sobre los que se alzaban largos corredores con grandes ventanas y balcones debajo de los que se situaban los puestos de cerámica, verduras, zapatos, frutos secos, objetos de orfebrería...

El mercado semanal atraía a visitantes que procedían de las villas y aldeas próximas y que engrosaban el gentío de aquella plaza, en pleno corazón de la ciudad. Entre el bullicio de la gente, apenas si se oyó el grito de «¡Al ladrón!» cuando un hombre se percató de que le faltaba la bolsa en el instante de pagar un brasero de latón del que se había encaprichado. Aquel era el lugar preferido de picaros y rateros que despojaban de su dinero a los que la descuidaban. Robaban en grupo, con una estrategia bien calculada. Después de fijar su objetivo, formaban con disimulo un pasillo entre la gente, para que pudiera escapar a la carrera el que tenía que arrebatarse la bolsa al incauto, que se cerraba cuando el truhan se alejaba con el botín. La confusión hacía que todo el grupo desapareciera en pocos segundos sin que ninguno de ellos fuera capturado. El almotacén merodeaba por el mercado, pero ponía más empeño en contrastar los pesos y medidas de los comerciantes que en la propia vigilancia para prevenir los robos. Al fondo de la plaza se hallaba la alcaicería, una calle estrecha de unos ciento cincuenta pasos donde se agrupaban los comerciantes de paños. Martínez Cepudo contó a Tomás que junto a ella estuvo situado el lugar de reunión del concejo, pero un infortunado incendio lo redujo a cenizas hacía ya algún tiempo. Un comerciante discutía con un funcionario sobre el derecho de vara que cobraba el concejo. No protestaba por el registro y sellado que cada tres meses se hacía de los paños para controlar las ventas, pero se quejaba de que tuviera que producirse la inspección, impidiéndole abrir su negocio, el día en que se celebraba el mercado. No muy lejos de allí, un grupo de personas protestaba porque el encargado de los pesos y de la romana llevaba un buen rato sin aparecer y, al pasar junto a ellos, el secretario apostó a que se encontraba en la taberna,

delante de un vaso de vino, como solía acostumbrar.

En los soportales de poniente se agrupaban las carnicerías, que también se parecían abarrotadas, porque los días de mercado había matanza y la carne se vendía más fresca.

En el centro de la plaza y en medio de la gente, los pilluelos urdían su plan para cometer otro robo. Las víctimas eran un hombre y una mujer que, de espaldas, seleccionaban unas piezas de fruta. Cuatro muchachos preparaban el pasillo por el que habría de escapar el encargado de robar la bolsa del dinero del incauto, que poco se había esforzado en disimularla entre sus ropajes y que se había convertido por ello en un auténtico reclamo para aquellos truhanes. Uno de ellos se acercó con rapidez e introdujo su mano entre las ropas del caballero, tiró con fuerza hasta hacerse con el botín y huyó por el pasillo que sus cómplices le habían abierto entre la gente. El infortunado se volvió con rapidez, pero ya no había forma de alcanzar al ladronzuelo, porque el paso se había cerrado entre la multitud. Mientras el muchacho corría entre la gente, alguien lo agarró de la mano en la que portaba su trofeo: por suerte, Tomás había observado lo sucedido, y sostuvo al ratero con el brazo en alto para evitar que escapara. El muchacho aparentaba once o doce años de edad y tenía un pequeño mechón blanco en la cabeza. Estaba aterrado: sabía lo que podía esperarle si lo sorprendían robando a un caballero, y miraba a Tomás con temor y con la respiración agitada por la carrera. En ese instante, el clérigo hizo un gesto de reprobación, le quitó la bolsa de la mano y lo soltó para dejarlo marchar. El pilluelo corrió lo más rápido que pudo hacia sus amigos, que habían sido testigos de lo sucedido, y se giró para mirar al hombre que lo había dejado libre sin reclamar castigo alguno para él. Devolvió al clérigo una mirada que fue una mezcla de extrañeza y agradecimiento, y después el grupo se perdió entre la gente. Nadie más pareció percatarse de aquello, a excepción de Martínez Cepudo y el propio sufridor del robo, cuyo rostro resultó familiar a Tomás: era el médico Gonzalo Rodríguez de Santa Cruz, con quien había compartido su viaje desde Los Yébenes hasta Ciudad Real. Para el médico el encuentro fue causa de doble alegría, la de reencontrarse con un conocido y la de recuperar su bolsa, que, a juzgar por lo que abultaba, parecía repleta de monedas.

—Amigo mío —dijo con cordialidad—, creo que nunca me he alegrado

tanto de ver a alguien. Esos pilluelos andan a la caza de los incautos como yo.

—Debéis guardar mejor esta bolsa o estaréis pidiendo a gritos que os la roben —aconsejó Tomás, estrechándole la mano.

En ese instante, se acercó lo más rápido que pudo la dama que lo acompañaba.

—Te presento al licenciado Tomás de Cuenca. Gracias a él he podido recuperar el botín de esos ladronzuelos. Ella es mi hermana, Beatriz de Santa Cruz.

La joven guardaba un gran parecido con el médico. Hizo una elegante, pero simple reverencia y agradeció a Tomás su oportuna intervención.

Los cuatro abandonaron la plaza por la calle de los Especieros en dirección a Barrionuevo, y caminaban despacio mientras charlaban.

—Reconozco que he sabido más de vos después de nuestro viaje que el día en que compartimos coche con el procurador —dijo Gonzalo Rodríguez.

—Os pido disculpas por haber ocultado el motivo de mi viaje a Ciudad Real —se excusó Tomás—. Espero que comprendáis que se trataba de un asunto delicado.

El médico sonrió con cordialidad mientras paseaba con las manos atrás.

—Sí, los judíos son un asunto delicado.

—¿Y cómo evoluciona vuestro aprendiz? —preguntó el clérigo para desviar la conversación.

—El joven Pedro se va adaptando poco a poco. Apenas si lo tengo seis meses conmigo y llevo una fortuna gastada en materiales médicos. Pero lo peor de este oficio no es aprender a controlar las manos, sino el estómago. Aún le cuesta sobreponerse a la visión de heridas ensangrentadas y otras miserias de la naturaleza humana.

—Espero que le sirviera el libro que adquiristeis en Toledo.

El médico se sorprendió por la buena memoria del licenciado y recordó que había comentado este extremo durante el viaje.

—Oh, sí, estoy seguro de que le sacará provecho. Es un joven muy interesado por el saber médico y muy sagaz para comprender su complejo vocabulario.

—Admiro vuestro oficio, aunque no siempre será motivo de satisfacción para vos —comentó Tomás a aquel hombre con quien se había entendido tan

bien desde el principio.

—No hay nada más duro para un médico que perder un paciente, y eso ocurre, por desgracia, con demasiada frecuencia. Seguimos —decía— sin poder curar enfermedades que exterminan a hombres, mujeres y niños cuando se producen las epidemias, como ocurrió con la gran peste. Nuestros remedios siguen siendo los mismos que utilizaban nuestros antepasados, y parece que el buen médico es el que aplica vomitivos y sangrías como receta para todos los males. Las herramientas, las armas, han superado a las de otros tiempos, pero la medicina se ha quedado desfasada. Por eso, estoy convencido de que no seremos capaces de conservar la vida si no escrutamos la muerte.

Miró la cara de extrañeza de sus acompañantes; creyó que Tomás no había comprendido bien sus palabras y se apresuró a aclararlas.

—La muerte puede enseñarnos por qué se acaba la vida o, lo que es mejor, cómo funciona.

—¿Os referís al estudio de cadáveres? —preguntó Tomás.

—Muchos descubrimientos se han producido gracias al estudio de cadáveres. Algunos médicos han llegado a conclusiones asombrosas observando la anatomía de animales como los cerdos. Pero comprenderéis que nuestros remedios a las enfermedades no pueden basarse solo en esta observación. Es necesario comprender el funcionamiento de una máquina para identificar la pieza que ha fallado si esta deja de funcionar. Debemos conocer las reglas de la escritura para asomarnos al papel y comprender lo que allí está escrito. De la misma forma nuestros órganos son piezas relacionadas entre sí de una maquinaria infinitamente más compleja y más perfecta. Si no sabemos cómo actúan esas piezas, erraremos en nuestros diagnósticos.

Beatriz observaba extrañada la temeridad con la que su hermano hablaba de aquellos temas con el inquisidor.

—¿Aspiráis a encontrar en los cadáveres la esencia de la vida? ¿Acaso no sería absurdo que un paralítico enseñara a andar a un niño o que un mudo intentara enseñar a hablar?

—A veces —respondió el médico— los prejuicios nos impiden ver más allá y avanzar en los conocimientos de la ciencia para hacer menos dolorosa la existencia de los hombres. ¿Podéis imaginar cuántas vidas se podrían salvar si pudiéramos extirpar tumores o si consiguiéramos trasvasar la sangre de una

persona sana a otra enferma?

—Estáis hablando de trasvasar la esencia de la vida misma de una persona a otra —dijo Tomás de Cuenca—. La sangre mantiene con vida nuestro cuerpo, nuestro bien máspreciado. No se debe manipular como si de un vulgar fluido corporal se tratara.

—Hay veces que la vida se pierde cuando el cuerpo no puede retener la propia sangre. Reponerla podría salvar vidas —replicó el médico.

Tomás calló por un momento; no sabía cómo interpretar las palabras de aquel hombre. A veces la medicina utilizaba métodos poco lícitos que no conducían a ninguna parte y que, sin embargo, contradecían los principios de la ley de Dios.

—Recordad las palabras de San Pablo: «¿No sabéis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, que está en vosotros y habéis recibido de Dios, y que, por tanto, no os pertenecéis?» —dijo Tomás pausadamente, sentenciando la discusión.

—Cierto es, y no hay mayor tesoro que nos haya dado Dios que la propia vida. Si nuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, hemos de cuidar su morada y mantenerla bien remozada. Hemos de mantener nuestro cuerpo digno de su presencia en nosotros —dijo con habilidad Gonzalo Rodríguez de Santa Cruz—. ¿No creéis que Dios, el amo de la parábola, no nos pedirá cuentas sobre los talentos que nos entregó con nuestro cuerpo?

—Jesucristo dijo que el que quiera salvar su vida la perderá: «¿Qué aprovecha al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma?». No os aconsejo, amigo mío, que crucéis ese peligroso umbral que separa la medicina de la superchería y de la magia y que diferencia lo que es correcto a la luz de Dios del oscurantismo del diablo.

El médico, que no supo cómo interpretar las palabras de Tomás, sonrió resignado, e hizo una ligera reverencia con la cabeza sin delatar que seguía en desacuerdo con él y con las anticuadas prácticas médicas que autorizaba la Iglesia, pero no quiso continuar la discusión. Quizá las fulminantes miradas de su hermana reprochándole su temeridad le hicieron desistir de ello.

El grupo detuvo sus pasos al llegar al cruce con la calle de los Tintoreros. El médico volvió a agradecer al licenciado su providencial intervención en el mercado y, después de despedirse, se dirigió con su hermana hacia San Pedro,

mientras los dos hombres continuaron calle arriba, por la real de Barrionuevo.

15

LOS ESCOMBROS ESCONDEN EL MISTERIO

El licenciado Tomás de Cuenca y Juan Martínez Cepudo se separaron del médico Gonzalo Rodríguez de Santa Cruz y de su hermana Beatriz en la esquina de la calle de los Especieros con la calle de Tintoreros. Caminaban hacia el barrio que hasta hacía poco había albergado a la mayor parte de los judíos de la ciudad. Aquel barrio, delimitado por las iglesias de San Pedro y Santiago, era conocido como Barrionuevo. Algunas décadas atrás resultó arrasado por las llamas, lo que algunos achacaban a un incendio fortuito, de los que se producían con cierta frecuencia, pero otros lo atribuían a un motín contra sus habitantes. El barrio se levantó de nuevo tras el incendio y resurgió de sus cenizas, de ahí su nombre, aunque algunas de sus calles pertenecían a la parroquia de Santiago y otras a la collación de la iglesia de San Pedro.

En los sucesos de octubre el barrio volvió a sufrir los efectos de las llamas: casas y tiendas ardieron en el fuego que los exaltados prendieron para dar una lección a los judíos y a los que, bajo apariencia de devotos cristianos, todavía seguían practicando la ley de Moisés. La mayor parte huyó de la ciudad y, por eso, no resultó difícil a Juan Martínez encontrar una vivienda que arrendar y en la que instalar al enviado del arzobispo y al tribunal eclesiástico que se estaba a punto de constituir. Pero aunque muchos de los que huyeron se marcharon para siempre, cuando se calmaron los ánimos la mayor parte de ellos regresó poco a poco a la ciudad, donde tenían su vida, su familia y sus recuerdos.

De regreso a casa, los dos hombres atravesaron la que llamaban calle de la Sangre por las muchas muertes que en ella se produjeron en los disturbios, que presentaba un aspecto desolador, con algunas casas quemadas y llenas de escombros. Continuaron por la calle Real de Barrionuevo hasta la calle del Lobo, y el panorama era similar: casas quemadas y otras, abandonadas y saqueadas.

—Quizás os interese saber que aquella es la casa donde murieron el cuchillero y sus hijos —dijo Juan Martínez señalando un solar cubierto con un amasijo de escombros quemados.

El licenciado se acercó hasta el lugar que indicó el secretario para contemplar con detalle los restos del incendio. Las maderas de la construcción desprendían un fuerte olor a quemado y los escombros se encontraban carbonizados. Aún permanecían en pie los restos de algunos muros, que permitían adivinar la estructura de tabiques, paredes, puertas y ventanas. Desde la distancia, podían intuirse la entrada a la casa, la disposición de un pequeño distribuidor y un par de habitaciones. En alguna de ellas se adivinaba el tiro de una chimenea que estaba a punto de derrumbarse por completo. Todavía permanecían semiocultos por los escombros los restos de algunos enseres que también resultaron calcinados en el incendio y de los que no era posible obtener utilidad alguna. Los dos hombres observaban la disposición de las habitaciones e intentaban averiguar lo que había sucedido. No era difícil imaginar el horror de un final tan tremendo como morir abrasado por el fuego. Tomás había sido testigo esporádico de alguna ejecución donde el infeliz había sido condenado a morir en la hoguera. En esas ocasiones se preparaba leña en abundancia para que el fuego ardiera con suficiente intensidad, de manera que el tamaño de las llamas superase a la altura del condenado a muerte. La mayoría de las veces los presos morían asfixiados, ya que el fuego consumía todo el aire de su alrededor, pero en otros casos la muerte era más lenta, como cuando la leña no estaba suficientemente seca o cuando el viento zarandeaba las llamas de un lado para otro. En esos casos la muerte se producía por las quemaduras, por perder parte de la carne, de la piel y de las vísceras consumidas por el fuego. El dolor de la cara era insoportable, y los ojos se quemaban aunque estuviesen protegidos por los párpados cerrados. Cuando la muerte era tan tremenda, el ajusticiado se

desvanecía por el insoportable dolor que provoca el fuego en contacto con un cuerpo. Mientras recordaba aquellas imágenes, Tomás rogó para que aquellos desdichados no hubieran sufrido mucho tiempo antes de que la muerte los alcanzara. El cuchillero y sus dos hijos murieron carbonizados. Recordó las palabras del corregidor cuando narró la visión de los cadáveres calcinados, rígidos y retorcidos por el dolor de la espantosa muerte que sufrieron.

—Observa aquella ventana que aún sigue en pie —dijo Tomás señalando un trozo de muro que delimitaba una de las habitaciones—. Está bloqueada por fuera con un travesaño. Esto prueba que el incendio no fue un accidente, y, aunque la puerta ha desaparecido por el fuego, estoy seguro de que también se encontraba cerrada para que no pudieran escapar.

Aquello venía a confirmar la versión del corregidor de que el incendio fue intencionado y que las muertes no fueron fortuitas.

—¿Sabes si eran conversos el cuchillero y sus hijos? —preguntó Tomás.

—No lo creo; al menos, nadie los tenía por tales —dijo el secretario—. Parece todo lo contrario: la gente acusó a los conversos de haber prendido fuego a la casa con ellos dentro y, ciegos por la rabia, atacaron e incendiaron cuantas casas y tiendas de judíos hallaron para vengar sus muertes.

—¿Y qué más se oye?

—Algunos dicen que vieron al menor de los hijos de Sancho de Ciudad rondar la casa del cuchillero mientras comenzaba a arder, y lo acusan de haber provocado el incendio. Dicen que por esa razón fue atacada la casa del viejo arrendador de impuestos y que sorprendieron a un buen número de personas que se reunieron aquella noche. En el forcejeo los asaltantes mataron a un hijo de Juan González Pintado, uno de los regidores de la ciudad, que acudió con su familia.

Mientras Martínez Cepudo narraba lo sucedido la noche del 6 de octubre, el licenciado inspeccionaba los restos de la casa. Le llamaron la atención los trozos de una pequeña vasija de barro y se percató de que había muchos más esparcidos entre los restos. Tomás se la acercó a la nariz para oler su contenido.

—Esto parece alquitrán —dijo con repugnancia mientras pasaba el trozo de cerámica a su secretario—. Ya no hay duda de que el fuego de la casa del cuchillero fue provocado. Hay restos de estas pequeñas vasijas por todas

partes. Alguien puso mucho empeño en que el fuego no pudiera extinguirse hasta que se consumiera por agotamiento.

Martínez Cepudo tomó el trozo de cerámica en su mano y también se lo acercó a la nariz.

—Quien provocó el incendio estrelló varias de estas bombas sobre las paredes, puertas y ventanas de la casa para que el fuego se propagara con más rapidez, y, si utilizaron agua para apagarlo, terminó por provocar mayor daño al avivar las llamas —concluyó Tomás mientras intentaba salir de los escombros apoyándose en su secretario.

Pero el licenciado se percató de otro objeto, y tuvo que remangarse los ropajes para meterse entre aquellos escombros al observar algo extraño debajo de unas vigas quemadas. Era una bruza para cepillar telas y paños, y, aunque al principio no le dio importancia, decidió llevársela consigo por tratarse de una herramienta poco habitual para un cuchillero.

Sin pretenderlo, el licenciado se había tiznado las manos y parte de las ropas, pero no quería marcharse sin contemplar otro de los escenarios de los asaltos, por lo que pidió a Martínez Cepudo que lo llevase hasta la casa de Sancho de Ciudad.

La casa del arrendador de impuestos se encontraba un par de calles más abajo, sin daños graves aparentes, aunque la fachada mostraba restos de humo por las antorchas que se lanzaron la noche de los asaltos. Desde fuera, una imponente torre destacaba sobre el resto de la vivienda; las ventanas se habían reducido de tamaño para dar mayor seguridad a la construcción y en algunos puntos parecían saeteras, como si de una auténtica fortaleza se tratase. Sin embargo, aquella pequeña fortificación se había mostrado fácilmente expugnable el día en que la casa fue tomada al asalto. Los dos hombres observaban desde fuera la llamativa vivienda de Sancho de Ciudad, pero Tomás se percató de la figura de un joven que los observaba desde la distancia, junto a la puerta de una vieja casa semiderruida donde terminó adentrándose.

—¿Quién vive en aquella casa de la esquina?

—Allí no vive nadie desde hace tiempo, cuando se hundió parte del tejado. El viejo Sancho no ha querido gastarse un solo maravedí en volverla a levantar.

Martínez Cepudo contó que aquella casa también pertenecía a Sancho de Ciudad y que se había venido abajo mucho antes de los disturbios. Por suerte, los inquilinos ya la habían desalojado hacía meses por el lamentable estado de conservación, y, cuando el techo se hundió, no sorprendió a nadie en su interior.

Tomás no concedió más importancia al joven, que había visto introducirse en la vieja casa y al que sorprendió observándolos desde la distancia. Al fin y al cabo, él y su secretario se habían convertido en la principal novedad de los últimos días.

Después de comer, Tomás ordenó algunos papeles hasta que oscureció. Juan Martínez se marchó a su casa de la calle de Toledo poco antes de anoecer. Aquella época del año acertaba las horas de luz y el tiempo frío y nublado oscurecía los días con mayor antelación. La estancia donde Tomás trabajaba la caldeaba una chimenea donde se consumía un buen tronco de leña, pero el frío entraba por las juntas de la ventana. Se sintió destemplado, por lo que se acercó a cerrar las contraventanas de madera, y en aquel momento descubrió que frente a su casa, en la penumbra de la calle, una figura parecía vigilarlo desde la distancia. El licenciado abrió la ventana para observarlo mejor, pero el hombre se refugió en la oscuridad de un rincón y terminó por marcharse ante sus imprecaciones.

Aquel suceso lo dejó pensativo, y dudó de si estaba relacionado con el altercado que había sufrido su secretario el día anterior o, incluso, con la visita de los dos hombres que había atendido en su casa. Sabía que la presencia de un inquisidor nunca era aceptada con entusiasmo, pero sus prerrogativas y el poder con el que actuaba imponían respeto y temor. Descartó que tramaran algo contra él: apenas si se había instalado en la ciudad y no había comenzado a desplegar sus actuaciones como tenía calculado. Sin embargo, creyó que lo más prudente era permanecer alerta para evitar sorpresas desagradables.

16

EL SUMINISTRO DE LA GREDA

El pequeño carruaje se encontraba parado junto a la calle del pozo de agua dulce. Desde la distancia, Tomás pudo reconocer al joven Esteban, que aguardaba sentado en lo alto del pescante a que su ama terminara de hablar con dos hombres con los que trataba asuntos de negocios. Al aproximarse, se fijó en los rasgos oscuros de aquel joven que siempre acompañaba a Teresa: su nariz ligeramente arqueada y un tenue color verdoso en su piel evidenciaban un indiscutible origen morisco. Siempre creyó que Esteban era un criado más al servicio de la familia de Teresa, pero al cabo de un tiempo descubriría que el muchacho era un esclavo que entró desde niño en su casa, cuando él y su madre fueron entregados en pago para saldar una deuda. Teresa discutía de forma acalorada con los dos hombres aunque sin excesivos aspavientos, pero el clérigo supuso que algo no marchaba bien a juzgar por las palabras que escuchó.

—Vuestro padre no debería enviar a su hija para hablar los temas que traemos entre manos. No consiento que nadie me presione para hacer mi trabajo y menos una joven inexperta que nada sabe sobre batanes, cardados ni tundidos.

—Y yo no os consiento que me tratéis como a una chiquilla para justificar el incumplimiento del contrato que mi padre tiene suscrito con vos. Estáis obligado a devolver los paños limpios y tratados en el plazo de una semana desde que os haga entrega de ellos. Si no cumplís con lo prometido, mi padre

no podrá hacer frente a los compromisos que ha adquirido con otros comerciantes, y le producirá un enorme perjuicio.

—Os acabo de decir que sin greda no hay lavado. El suministrador de Magán ha subido el precio de la greda de forma excesiva, y yo no puedo mantener los precios que acordé con vuestro padre por el batanado de los paños —decía el hombre, sin dar su brazo a torcer.

—Pues adquiridla de otro proveedor en Illescas o en Olías, donde también se extrae —dijo la joven con atino.

—Me temo que esa greda no tiene calidad suficiente. No me arriesgaré a que, después de hacer el trabajo, me reclaméis una compensación por haberos estropeado los paños. Estamos atados de pies y manos.

Los batanes se localizaban fuera de la ciudad, junto a las corrientes de los ríos. El Guadiana, que recorría el norte y el oeste del alfoz de la ciudad, se encontraba salpicado de ellos en todo su recorrido. Teresa sabía que los bataneros tenían que hacer frente a grandes gastos para la preparación de los paños, como la leña para calentar el agua, los aceites y jabones y, sobre todo, la greda que utilizaban para limpiarlos, pero no estaba dispuesta a asumir que una posible subida en el precio de la arcilla blanca afectase a los costes de producción.

—Haré llegar a mi padre vuestras palabras, y tened por seguro que si no cumplís nuestro acuerdo os demandará a la justicia y al gremio por ello.

Teresa se despidió de los dos bataneros con visibles muestras de enfado: no había logrado de ellos que le aceptaran los paños que poco antes había recogido de un tejedor y que aguardaban en la carreta donde Esteban esperaba aburrido a que su señora concluyese el trato.

—Estos bataneros son tercos como mulas —decía la joven mientras volvía a atar la carga que instantes antes había aflojado Esteban para proceder a descargarla.

—¿Tenéis algún problema? —preguntó Tomás cuando se aproximó.

—Me temo que sí —dijo Teresa, enfadada, mientras ataba los nudos de la carga sin aguardar a que el joven lo hiciera—. Ninguno de los bataneros con los que trabaja mi padre está dispuesto a respetar el precio que pactaron con él. Se amparan en que apenas si llega a la ciudad la greda que necesitan para limpiar los paños en los batanes y que la que entra es muy cara.

Tomás hizo una mueca, comprendiendo la dimensión del problema para el negocio que tanto se esforzaba en sacar adelante la mujer.

—Entonces, no tendréis más remedio que incrementar el sobrecoste en la venta final.

—Eso no es posible: el precio con el tratante de paños está cerrado, y cualquier imprevisto lo pactó mi padre a nuestro riesgo y ventura.

Tomás se quedó pensativo durante un momento mientras Teresa ajustaba la carga con expresivos ademanes de enfado.

—Tengo algo de prisa, pero si me dejáis acompañaros quizá pueda aconsejaros una solución a vuestro problema.

La joven lo miró algo escéptica, pero no tenía nada que perder si lo escuchaba durante el trayecto.

—Esteban, llévate la carreta y no digas una sola palabra a mi padre hasta que yo llegue.

El joven arreó el caballo y Tomás y Teresa continuaron su camino a pie, con dirección al convento de San Francisco, adonde no tardaron en llegar. Teresa caminaba junto al clérigo, al que no había vuelto a ver desde el día en que se conocieron en casa de la hilandera viuda. Aquel hombre, de semblante serio, pero de carácter amable y modales educados, no era igual que los otros clérigos que había conocido. Se comportaba de forma galante, pero sus maneras no eran provocativas ni pretenciosas.

—Hacéis gala de una gran determinación —dijo Tomás—. Después de nuestro paseo del otro día no pude sino pensar que una gran fuerza interior os impulsa.

—Agradezco vuestra consideración; me honra que un hombre de iglesia como vos aprecie virtudes en mí que en un hombre consideraría propias de su naturaleza.

—A la vista está que no sois un hombre. —Tomás sonrió—. Sois una mujer bella y atractiva.

Teresa se turbó un instante por los inesperados halagos del clérigo, pero no hizo ningún comentario. Tomás se percató de que quizás se había excedido en su halago, al observar la pudorosa reacción de la joven.

—Disculpadme, no pretendía abochornaros; es solo que mis pensamientos se tornaron en palabras sin pretenderlo.

—No tenéis que disculparos; una mujer sabe apreciar la intención de los comentarios de un hombre. Y vuestra condición despeja toda duda sobre vuestras intenciones.

—Que sea clérigo no quiere decir que mis ojos no sepan apreciar la belleza en todas sus formas y manifestaciones, en el arte, en la naturaleza..., en una mujer...

Teresa estaba acostumbrada a tratar con hombres, sabía cómo manejarlos a fuerza de relacionarse con ellos en el negocio de los paños. A veces eran toscos y brutos pero nobles; otras, orgullosos y engreídos pero pragmáticos, y no les quedaba más remedio que rebajarse y tratar con ella los asuntos de negocios. Tampoco faltaban los que la miraban con cierta lascivia y los que la trataban con intemperancia, aunque poco a poco había ido prescindiendo de sus servicios. Pero aquel hombre que caminaba con ella no era nada de todo eso.

—Sois un hombre extraño —dijo la joven—. Todavía no sé cómo catalogaros.

—No os entiendo.

—Una vez leí que para una mujer existen cuatro tipos de hombres, aunque yo creo que son cinco: primero, los que a las claras no son de fiar de ninguna de las maneras; segundo, los embaucadores que se ganan la confianza de la mujer con halagos y galanterías para conseguir propósitos espurios; luego están los hombres honrados que muestran sus intenciones de frente, pero que toman sus precauciones con las mujeres y, por último, los hombres buenos que las tratan con respeto.

—Habíais dicho cinco. Os falta uno.

—El quinto es el hombre que puede enamorar y hacer feliz a una mujer —dijo Teresa después de una pausa mientras alzaba la vista hasta encontrarse con los ojos de Tomás.

—Os referís a un marido, supongo.

—El amor es un concepto con el que las mujeres sueñan, pero no siempre lo encuentran aunque se hallen casadas.

—El amor es algo que no tarda mucho en llegar entre los esposos: la mujer atenta y fiel termina ganándose el amor de su marido, que es el don máspreciado que puede esperar en este mundo.

—Me temo que un hombre de iglesia como vos poco sabe del corazón de las mujeres y de sus anhelos.

—Estoy convencido de que vuestro padre os buscará un esposo que os convenga y que os haga feliz y del que, estoy seguro, os terminaréis enamorando. Y, en lo que a mí respecta, espero que, al menos, me toméis en consideración entre los hombres que tratan con respeto a las mujeres.

Teresa sonrió. Aquel hombre la desconcertaba; tenía un especial magnetismo que le impedía apartar la vista de aquellos profundos ojos negros cuando hablaba. Se descubrió mirando sus labios y los rasgos de su cara mientras su voz sosegada y armoniosa embaucaba sus sentidos. Sus palabras solamente eran sonidos inconexos y encadenados que llegaban a sus oídos envueltos en suave terciopelo.

—... siempre que estéis de acuerdo con ello, claro. No quisiera yo interferir en vuestros asuntos si no es con vuestro consentimiento —concluyó Tomás después de hablar durante un rato; esperaba la respuesta de la joven, que entonces se percató de que no había escuchado nada de lo que acababa de decirle.

—Lo siento, estaba despistada y no os he escuchado —atinó a decir, algo avergonzada.

—Os decía que, en atención a nuestra incipiente amistad, y si me autorizáis a ello, podría realizar algunas gestiones para solucionar el asunto de la greda que tanto perjuicio os está causando.

—Pero no entiendo; ¿qué podríais hacer vos para que entre más greda en la ciudad al precio de siempre?

—Creo recordar que el cabildo de la catedral de Toledo posee parte de los derechos de la greda de Magán, aunque tiene arrendada su explotación. Podría escribir a mi buen amigo el refitor de la catedral para averiguar más sobre el tema y por si hay alguna posibilidad de abaratar los precios.

—¿Haríais eso por mí? —dijo Teresa con los ojos bien abiertos.

—No perdemos nada por intentarlo, aunque el asunto me llevará algunos días.

—Os estaré agradecida por ello.

Desde San Francisco atajaron por la calle de Conejera hacia la de la Mata, para salir detrás de la iglesia de San Pedro. La de Conejera era una calle que

no debían frecuentar las mujeres honradas, salpicada de tabernas, lugares clandestinos de juego y casas de mancebía, pero, durante el día, los alguaciles habían conseguido que el barrio aparentase la misma normalidad y la misma decencia que el resto de la ciudad impidiendo cualquier actividad que transgrediese la moralidad a plena luz del día. Sin embargo, algunos garitos mostraban sus servicios mediante un calculado descuido, manteniendo la puerta entreabierta. Teresa no supo cómo habían llegado hasta allí, nunca solía transitar por aquella zona, pero se había dejado llevar por la inercia del paseo. La presencia de un clérigo y una joven honrada no era habitual en aquel lugar, ni siquiera era usual que paseasen juntos, y provocaba la sonrisa y los comentarios maledicentes de quienes se cruzaban con ellos. Al paso de la pareja, un hombre apoyado en la entrada de un lupanar dio una patada a su puerta, que se entreabrió lo suficiente para que Teresa pudiera contemplar una escena escabrosa en el interior de la casa. Una mujer, con las faldas subidas hasta la cintura, tenía las piernas abiertas y los pechos fuera mientras un hombre se los manoseaba y se las lamía con fruición. La joven se quedó paralizada ante la visión mientras el hombre reía satisfecho con lascivia. Tomás reaccionó a tiempo y apartó a la joven. Sin decir palabra, se fue hasta el hombre que había dado la patada a la puerta y le asestó un puñetazo con tal fuerza que le borró la sonrisa burlona de su cara. El hombre cayó al suelo de forma aparatosa, y, aunque en la calle otras personas fueron testigos de la escena, nadie más se atrevió a intervenir. Tomás y Teresa continuaron calle abajo con el paso acelerado hasta llegar a las proximidades de Barrionuevo, donde se detuvieron tras el desafortunado suceso.

—Siento que hayáis tenido que presenciar... —dijo Tomás sin saber muy bien qué decir.

—Es igual, comprenderéis que por pudor no quiera hablar de ello. ¿Os encontráis bien? —dijo, por cambiar de tema—. Le habéis dado un buen puñetazo a ese rufián.

—Sí, aunque los hombres de iglesia no solemos pelearnos con maleantes y rufianes todos los días.

Tomás abría y cerraba la mano derecha con dificultad; se apreciaba que los nudillos estaban algo hinchados por el golpe.

—Parece que ha llegado el momento de despedirnos. Os agradezco todo lo

que habéis hecho por mí —dijo Teresa, algo abochornada todavía por la situación.

—Enviaré carta a Toledo con la mayor inmediatez. Espero tener pronto noticias para vos.

Teresa se alejó calle abajo mientras Tomás la observaba marchar con su andar decidido y elegante. De pronto, se percató de que no sabía dónde vivía ni cómo localizarla, aunque confió en que en una pequeña ciudad como aquella cualquiera sabría darle señas de aquella joven pañera. Se sorprendió anhelando que la mujer se girase para comprobar si él la miraba desde la distancia, pero Teresa continuó su camino sin volver la cabeza hasta que desapareció.

RECUERDOS DE UN VIEJO

Los niños corrían como dos exhalaciones por las habitaciones y escaleras de la casa sin que Teresa pudiera detenerlos. Se habían escapado de la vivienda contigua, donde vivía su hermano Juan con su familia. Aprovecharon un descuido de la joven y subieron las escaleras de la torre en la que Sancho de Ciudad acostumbraba a realizar sus oraciones en soledad, donde lo sorprendieron con el talit en la cabeza. Detrás de ellos entró Teresa, fatigosa y sorprendida por la vitalidad de la que hacían gala los pequeños.

—Lo siento, padre —dijo casi sin aliento—. Han entrado como dos centellas y no he podido detenerlos.

—No te preocupes; acabo de terminar mis oraciones —dijo abrazando a los pequeños casi en cuclillas para ponerse a su altura.

—Abuelo, cuéntanos una historia.

—¡Ah, no, de eso nada! —dijo Teresa intentando cogerlos de las manos para llevárselos abajo—. Vuestro abuelo está cansado y vosotros tenéis que dormir para que mañana podáis estar fuertes y vigorosos.

Sancho se resentía del golpe que había recibido en el costado el día que atacaron su casa, y las magulladuras todavía eran evidentes en su rostro. Sonreía al sentir los besos de sus nietos en ambas mejillas mientras se ponía en pie y se sentaba, luego, en un viejo sillón de madera labrada.

—¿Pero por qué no? —refunfuñaban los chiquillos—. Todas las noches nos cuentas una.

—Sí, pero hoy ya es tarde. —Teresa se esforzaba en disuadirlos.

—Está bien, está bien —cedió Sancho ante la insistencia de sus nietos.

—Cuéntanos cuando viste la estrella en el cielo. —Los dos niños se sentaron en el suelo a los pies de Sancho de Ciudad, sobre una alfombra que los aislaba del frío.

El hombre miró de reojo a Teresa, que ya había claudicado ante la insistencia de los pequeños.

—Está bien, os hablaré de la estrella, aunque tendréis que perdonarme si olvido algún detalle, porque aquello ocurrió hace más de veinte años. —Hizo una pausa antes de comenzar su relato—. Aquella noche nos reunimos en esta misma habitación con otros familiares y amigos, pero era verano y la temperatura, más agradable.

En ese instante entró por la puerta Juan de Ciudad, el padre de los niños, que no pudieron verlo porque estaban de espaldas. Intentó no hacer ruido para no romper la magia del relato de su padre y se quedó apoyado en la jamba mientras Teresa le advertía de que mantuviera silencio.

—El cielo se encontraba despejado, sin nubes, y no había luna; solamente las estrellas brillaban con una intensidad fuera de lo normal. De repente, apareció por la ventana la estrella con la luz más bonita que jamás se haya podido ver desde la visión de la zarza ardiente que tuvo Moisés. Todos corrimos escaleras arriba para admirarla desde la azotea de la torre. La hermosa luz se hizo grande y se extendió por toda la ciudad, arrastraba tras de sí un enorme manto luminoso, como la capa de un rey tejida en oro. Aquella estrella cambió nuestros rostros, que se iluminaron contagiados por su belleza como niños que acababan de ver el regalo más hermoso que nadie jamás pudiera hacerles. Todos creímos que el Salvador acababa de nacer en Constantinopla, y rezamos dando las gracias a Dios por ello. Algunos decían: «El destinado a salvarnos ha nacido», y bailamos de gozo y de entusiasmo toda la noche.

Sancho detuvo su narración, abstraído por sus propias palabras y absorto en sus recuerdos. Tras unos segundos de silencio Juan se acercó a los muchachos.

—Bueno, niños —dijo rompiendo el silencio con una palmada—, es hora de ir a la cama.

Los pequeños se levantaron a regañadientes y protestaron, porque la historia había sido demasiado corta, pero su padre consiguió hacerse con ellos.

—Shalom, abuelo —dijeron casi al unísono.

—Adiós, abuelo —corrigió su padre.

—Adiós, abuelo —repitieron—. Adiós, tía Teresa.

Teresa se acercó a su padre; Sancho se había quedado ensimismado, con la mirada perdida más allá de la ventana, como si aquella escena continuara presente en su cabeza.

—Se diría que no te trae buenos recuerdos aquella estrella por cómo te has quedado al recordar la historia —dijo la joven mientras cogía la mano de su padre.

—Al contrario —respondió Sancho con una sonrisa para paliar la preocupación de su hija—: no puedo evitar sentir nostalgia por aquel tiempo, cuando el entusiasmo por nuestra fe nos hacía sentirnos fuertes y seguros. Aquella estrella no solo presagiaba la llegada del Salvador. La ciudad de Constantinopla acababa de ser liberada por los turcos y por fin los judíos podrían vivir su fe con total libertad sin que fueran perseguidos. Durante un tiempo recibimos cartas desde Bizancio animándonos a viajar. Muchos se dejaron impresionar por la visión de aquella estrella, y hubo quien vendió sus propiedades, se dirigió a la costa y embarcó rumbo a Constantinopla. Creían a fe ciega que en aquel momento había sucedido el acontecimiento que llevamos siglos esperando que suceda. Ahora me pregunto si nuestra vida habría sido más dichosa si tu madre y yo también hubiéramos viajado con los que partieron.

—Me temo que nunca podrás saberlo —dijo Teresa acariciando su mano—, pero nosotros hemos sido felices. Aquí nos hemos criado y aquí tenemos nuestros amigos y familiares. No debes atormentarte. Todo se arreglará.

—¿Has sabido algo de tu hermano?

—Seguimos sin noticias de Diego, pero que no sepamos nada de él no debe inquietarnos —dijo Teresa de forma optimista para levantar el ánimo de su padre—. Peor sería que los alguaciles lo detuvieran.

—Apenas puedo conciliar el sueño pensando que puede estar en peligro. Debería haberse puesto en contacto con nosotros para tranquilizarnos —dijo

el hombre.

—Quizá esté fuera de la ciudad, o teme por nuestra seguridad si nos revela su paradero. Siento miedo cada vez que los alguaciles vienen por casa para preguntar por él.

Sancho sonrió al ver la mujer en que se había convertido Teresa, su dulce niña a la que siempre protegió.

—¿Y tú cómo te encuentras? —dijo el hombre apretando su mano—. ¿Cómo llevas la pesada carga de los negocios que tu padre ha depositado sobre tus hombros?

—Bien, todo transcurre con normalidad —mintió—. Cumpliremos los plazos para entregar los paños que prometimos a ese comerciante.

—No debemos emprender nuevos negocios en tiempos tan revueltos. El arrendamiento de las rentas consume todas mis energías y las de tu hermano sin apenas dejarnos tiempo para los paños, y no es lícito que una mujer joven tenga que hacer el trabajo de un hombre.

—No te preocupes, me entusiasma lo que hago. Solo pido al cielo cumplir con las expectativas que has puesto en mí.

En ese momento, Juan regresó y volvió a asomarse por la puerta de la habitación de la torre cuando se aseguró de que los pequeños quedaban a buen recaudo en la casa contigua del patio, donde vivía con su familia.

—Padre —dijo el hombre con respeto—, no creo que sea prudente que les cuentes esas viejas historias a los niños en los tiempos que corren. Es peligroso para ellos y para todos nosotros.

—¿Viejas historias? Vaya, ahora nuestra fe y la de nuestros antepasados es una vieja historia.

—Son tiempos difíciles para vivir a las claras nuestra fe. Debemos ser prudentes; no quiero que los niños se signifiquen delante de otros de su edad.

—Los niños deben aprender las costumbres y conocer nuestra fe desde pequeños. —Sancho de Ciudad se giró para mirar de frente a su hijo.

Juan buscaba con la mirada el apoyo de Teresa ante la tozudez de su padre.

—Mira a tu alrededor. Desde el día del asalto nada ha vuelto a ser igual —decía Juan, intentando convencerlo en balde—. La mayoría de nuestros amigos se han marchado de la ciudad, nuestra casa necesita una reparación de urgencia para sustituir las vigas que se prendieron por el fuego. Ahora vivimos

con miedo; mi mujer no se atreve a salir a la puerta de la calle.

—Nuestros amigos y familiares regresarán cuando las aguas vuelvan a su cauce. Arreglaremos las vigas y los tejados y pintaremos las paredes de esta casa, y nuestras heridas cicatrizarán —respondió Sancho enérgicamente—. Siempre nos hemos sobrepuesto a las adversidades. Solamente necesitamos sentarnos a reflexionar y planificar lo que será nuestra vida de aquí en adelante.

Juan lamentaba que su padre no atendiera a razones.

—Nuestro mundo se ha derrumbado: el negocio está fracasado, nos robaron cuanto teníamos y tú sigues creyendo que todo sigue como antes.

Sancho sabía que su situación era crítica, pero otras veces se habían enfrentado a problemas más graves y habían sabido seguir adelante. Su fe los había salvado: siempre habían confiado en su Dios y siempre habían superado cuantos problemas los habían acuciado.

—¿Pero no te das cuenta, hijo? Solo nos han arrebatado cosas materiales. Hemos perdido objetos y bienes que, aunque nos eran muy preciados para mantener nuestra forma de vida, no son importantes. Lo que de verdad importa es que nos tenemos los unos a los otros; esa es nuestra fuerza, y nuestra fe nos salvará. Tan solo lamento que nuestro Diego, mi amado hijo, no se encuentre entre nosotros, aunque estoy convencido de que, esté donde esté, Adonai cuidará de él.

18

EN SANTA MARÍA DEL PRADO

El domingo, de mañana, la gente se arremolinaba a la salida de misa en la iglesia de Santa María. En la puerta sur, orientada al Prado, se concentraban lisiados, enfermos y algunos truhanes que simulaban serlo y que esperaban la caridad de los que a esa hora salían de los oficios. Rodrigo del Pulgar, el capitán de la guardia de Ciudad Real, tenía por costumbre escuchar misa a primera hora de la mañana. Su casa estaba tan pocos metros de la iglesia que casi podía tocar los muros desde su balcón con solo extender el brazo. No era cierto, aunque al viejo capitán le gustaba exagerar con ello. Entregó unas monedas a un hombre que se apoyaba sobre una vieja muleta y saludó en la distancia a Francisco de Bedmar, el fiel escudero de su hijo Hernando, que se encontraba plantado con su desgarbada y enorme figura más allá de donde se concentraba la gente.

En aquel instante, salieron de la iglesia dos caballeros que lucían los hábitos de Calatrava y que, para abrirse paso, avanzaban entre la gente con arrogancia. Sin contemplaciones, empujaron con rudeza a Rodrigo del Pulgar. El hombre dio un traspie y, por ventura, no cayó al suelo gracias a que se agarró en el brazo de Tomás de Cuenca, que aquella mañana había acudido a escuchar los oficios a Santa María. Los dos hombres continuaron su camino sin ofrecer una disculpa y sin moderar sus maneras mientras cruzaban el lugar entre el gentío.

—¡Eh, calatravos! ¡¿Dónde están vuestros modales?! —gritó Rodrigo del

Pulgar mientras intentaba recuperarse del empujón y mantener el equilibrio.

Los dos hombres no se dieron por aludidos y siguieron caminando.

—¿Es que además de rufianes también sois sordos?! —volvió a increparlos.

Los hombres se detuvieron al instante; nadie podía escuchar aquel insulto sin vengar la afrenta, y se giraron a la vez mientras apartaban su capa y mostraban a la vista de todos sus espadas colgadas al cinto. Uno de ellos llevaba un sombrero oscuro, bien calado, que apenas dejaba ver el rostro. En un movimiento rápido de mano sacó su espada, y colocó la punta de su acero en la garganta de Rodrigo del Pulgar.

—Pero ¿qué hacéis? ¡Deteneos, en nombre de Dios! —gritó Tomás al ver la escena.

La gente se agolpó para no perder detalle, y alguien reconoció al hombre de la espada.

—¡Es don Rodrigo Téllez Girón!

Rodrigo del Pulgar se alarmó. Nunca hubiera imaginado que a quien había afeado la conducta fuera el mismísimo maestro de Calatrava, y comenzó a lamentar sus palabras y a temer que le abriera la garganta por ello. Era conocida la increíble facilidad con la que el maestro hacía gala de su carácter violento e irascible, y aquella espada todavía seguía en su cuello.

—¡Alto, en nombre de Dios! —gritó Tomás para evitar el peor de los desenlaces—. Guardad vuestra arma y dejad que este hombre se marche.

El hombre que sostenía la espada miró a Tomás de reojo y sonrió satisfecho al escuchar las desesperadas palabras del clérigo.

—Vos debéis de ser el inquisidor que ha enviado mi tío a esta ciudad. Más os valdría preocuparos de las ofensas contra Dios, porque las que se cometen contra los hombres corresponde a ellos resolverlas —dijo el calatravo sin modificar la posición de su espada.

De repente, un golpe seco apartó el acero del cuello del capitán para sorpresa del calatravo. Era el joven Hernando Pérez del Pulgar el que con destreza y sin causarle el más mínimo roce había separado la espada del maestro del cuello de su padre.

—Quizá preferáis batiros con un hombre armado —dijo mientras se ponía en guardia, dispuesto a hacerle frente.

El hombre que acompañaba al maestro desenvainó su hoja y se fue hacia el joven con intención de castigar su osadía, pero Francisco de Bedmar logró hacerse con una espada entre la multitud y corrió hasta colocarse a la altura de su amigo para enfrentarse a los dos calatravos.

El maestro dudó por un instante, pero estimó que la situación no le era favorable y cambió el gesto de contrariedad por una sonrisa mientras guardaba su arma. Se dirigió hacia el capitán y lo miró a los ojos con desprecio.

—Mis disculpas, caballero —dijo con sorna, mientras se tocaba el ala del sombrero con una ligera inclinación de cabeza.

El maestro se volvió, pero susurró algo al oído de su acompañante, que asintió con una sonrisa, y después se marcharon con ligereza y la misma arrogancia del principio.

—Creo, padre, que os habéis expuesto innecesariamente frente a ese hombre —dijo Hernando sin perder de vista a los dos calatravos.

—Lástima que me hayan sorprendido desarmado; si no, iban a enterarse esos dos bravucones —respondió el capitán todavía con el aliento contenido.

A aquel hombre se le reflejaba en el rostro la crudeza de la guerra, pero no había perdido el arrojo que se necesitaba para rebelarse contra la injusticia a cualquier precio. Rodrigo del Pulgar luchó en las dos batallas de Olmedo, primero al lado del rey Juan II y del entonces príncipe Enrique contra los infantes de Aragón, cuando todavía era joven. Y después junto al rey Enrique, ya como soldado veterano, donde adquirió gloria y honores y algunas mercedes que le otorgó el monarca por defender con valor una posición estratégica.

El hombre se volvió hacia Tomás para agradecerle su intervención.

—Estoy en deuda con vos por impedir que ese maestro del diablo acabara con mi cuello. Mi nombre es Rodrigo del Pulgar, y estos son mi hijo Hernando y su buen amigo Francisco de Bedmar.

—Imagino que, como vos, no esperaba que tan violenta escena se produjera junto a la casa de Dios —respondió Tomás estrechando la mano de los tres hombres.

A decir verdad, Rodrigo del Pulgar ya sabía de la llegada de Tomás de Cuenca a Ciudad Real debido a que la noticia se había extendido por toda la ciudad, pero prefirió evitar cualquier comentario a su condición de juez

inquisidor. Por otro lado, el clérigo descubrió los arrestos de aquel hombre, curtido por los años y las batallas, y el temple de aquel joven, al que no le había temblado el pulso para enfrentarse al mismísimo Rodrigo Téllez Girón con tal de salvar la vida de su padre.

—No tenéis nada que agradecerme, señores —dijo Tomás galantemente—. Los tres habéis dado una lección de arrojo que no creo que olvide en mucho tiempo.

En los minutos que siguieron, se dispersó el grupo de curiosos que se había formado en la puerta de la iglesia. El mismo Tomás se despidió del capitán y de los dos jóvenes para seguir su camino. Después de aquel percance, a Rodrigo del Pulgar no le quedaron ganas de continuar con el paseo, y regresó a su casa, que se encontraba a pocos pasos de allí. Los dos jóvenes lo acompañaron hasta el gran portón de entrada bajo el colosal escudo de piedra labrado en el dintel que presidía la fachada. La gente se había dispersado y todo parecía haber vuelto a la normalidad, pero en la puerta de su casa, otro calatravo se acercó hasta ellos con la mano escondida junto al cinto.

—¡Pulgar! —gritó el calatravo, sin terminar de acercarse al grupo que estaba a punto de entrar en casa.

—Soy yo. ¿Qué buscáis? —dijo el capitán dando un paso al frente.

—Sois un cobarde, culipardo, y os emplazo a que defendáis vuestro honor en un duelo. —El calatravo sacó un guante de entre sus ropajes y lo lanzó a los pies de Rodrigo del Pulgar.

En ese instante, Hernando se apresuró a recoger el guante que el hombre había arrojado delante de su padre y respondió con contundencia.

—Este Pulgar os espera mañana al atardecer, junto al santuario de Gracia, en la era del cerrillo, y espero haceros tragar vuestras palabras.

El calatravo quedó contrariado por la rápida reacción del joven, pero no hizo más comentarios; retrocedió algunos pasos y regresó por donde había venido.

19

EL CONVENTO DE SANTO DOMINGO

A la mañana siguiente, Tomás acudió a los oficios a la iglesia de San Juan Bautista, en el convento de Santo Domingo, situado frente a su casa, al otro lado de la calle. El olor a incienso y a cera y las voces de los monjes entonando los cánticos religiosos lo devolvieron a su época de estudiante en la escuela catedralicia. Acudieron a él recuerdos de su niñez, como la imagen de su padre, un tratante de paños que vendía telas a buen precio fuera de Toledo al que su trabajo obligaba a menudo a transitar por ferias y mercados durante semanas. Aquellas prolongadas ausencias las compensaba su madre con la dedicación y el amor que les profesaba. Recordaba el empeño de su madre por enseñarle a leer en un viejo breviario, donde aprendió las primeras letras y que todavía conservaba con especial cariño. Cuidaba aquel libro como de una reliquia y, cuando lo abría, inspiraba profundamente para captar el olor de sus páginas, donde todavía creía reconocer el aroma del perfume de su madre. Recordó el día en que supo que había sido recogido por sus familiares, que a quienes había tenido por tales no eran sus padres ni tampoco sus verdaderos hermanos. Asestó con fuerza una patada en la cara del niño que se lo soltó de repente mientras porfiaban para trepar a un viejo árbol de la Vega. Sin embargo, nunca se sintió extraño en aquella familia que siempre lo aceptó como a un hijo más.

Su padre murió de unas fiebres cuando Tomás todavía era un niño, y la familia quedó destrozada. Su madre se volvió taciturna, invadida por una

profunda tristeza hasta que su permanente melancolía terminó apagando su vida. Los dos hermanos mayores siguieron con el negocio familiar que habían aprendido junto a su padre. El tercero, Ramiro, entró como soldado al servicio del conde de Paredes, pero tuvo un triste final cuyo recuerdo todavía le causaba dolor. Y Tomás continuó en la escuela catedralicia durante unos años y se convirtió en un hombre de iglesia. Pasó su juventud bajo el influjo de la imponente catedral de Toledo, donde hizo su carrera eclesiástica y se formó en las artes y en las letras. Después vendría Salamanca, donde se licenció en leyes, y, años después, se doctoró en Derecho civil y en Derecho canónico.

Recordaba los años de su juventud como una lucha constante con su propia naturaleza. La predicación sobre la lujuria era recurrente en sermones y responsos, y amenazaba con el fuego eterno a quien se dejaba arrastrar por las bajas pasiones. Con el tiempo, Tomás se dio cuenta de que los que predicaban contra el pecado de la carne no eran paradigmas de castidad, pero aquello lo descubrió después de unos años de lucha interior. En cierta ocasión, oyó hablar de la hija del jardinero, una hermosa muchacha con fama de tener moral liviana. Solía acompañar a su padre los sábados cuando acudía a cobrar su trabajo semanal. La muchacha aguardaba a su padre sentada en el pescante del carro, fuera del recinto de la catedral, y los jóvenes se arremolinaban en la ventana de la clase para observarla y admirar la belleza de sus formas. La joven, algo mayor que los muchachos, se sabía espiada desde los ventanucos mientras su padre trataba con el refitor. Le gustaba provocar la pasión de aquellos aprendices de clérigo. Coqueta, giraba su torso con disimulo y echaba sus hombros hacia atrás para mostrar con mayor evidencia las generosas formas de su pecho. Miraba a uno y otro lado con falso recato antes de recogerse la falda por encima de las rodillas mientras se descalzaba y se frotaba el pie, mostrando a los embelesados clerizones unas piernas bien formadas. Tomás la contempló en más de una ocasión, y quedó fascinado por su belleza. Durante algunos días se despertó sudoroso, sin poder borrar de su mente la imagen de la joven Mencía subida en aquel pescante y con la falda remangada, hasta que apaciguaba su persistente rigidez vertiendo sobre su cabeza una palangana de agua fría.

No había olvidado el día en el que el jardinero sufrió un accidente mientras podaba la rama de un álamo; el hombre perdió el equilibrio desde lo

alto del árbol y cayó al suelo. Tomás pensó que se había partido la espalda, pero, por suerte, el hombre se movía mientras maldecía la hora en la que se le había ocurrido podarlo. Corrió a por ayuda y, cuando el deán se cercioró de que el hombre podía levantarse, encargó a Tomás que lo acompañara hasta su casa. Reclinaron al jardinero en la carreta, y el muchacho cogió las riendas del asno. El tortuoso camino resultó un suplicio para el herido hasta que llegaron a su casa, a las afueras de la ciudad. Mencía salió a su encuentro cuando vio al joven clérigo conducir el carro y a su padre tendido en la parte posterior. Entre los dos consiguieron pasar al hombre dentro de la casa y lo depositaron con cuidado en la cama. Mencía se encontraba nerviosa, y el joven le aconsejó que avisara a un médico para que le administrase algún remedio. Tomás se fijó en su rostro y pudo admirar de cerca la belleza de la joven, aunque estaba algo despeinada. Sus labios carnosos y unas sonrosadas mejillas le hicieron recordar, por un instante, los sueños que le habían rondado días atrás. Pero apartó inmediatamente aquellos pensamientos y se concentró en la atención al herido. Le colocaron algunas mantas debajo de la espalda y lo ayudaron a desvestirse.

Dos días después, el deán encomendó a Tomás que le llevara unos presentes al jardinero y que se interesara por su salud. Guiado por un anhelo incontenible, llegó a la casa del jardinero y la joven le contó que su padre seguía sin poder levantarse y con grandes dolores de espalda, aunque había recibido la visita del médico la misma tarde del accidente. El hombre dormía por las hierbas que le había suministrado el físico para calmar el dolor. Tomás explicó, nervioso, el encargo del deán de la catedral y depositó en la mesa las viandas con las que le obsequiaba. El joven dudó; había soñado muchas veces reencontrarse a solas con ella, pero, llegado el momento, no supo qué hacer. Al fin, decidió marcharse: el miedo al rechazo fue más fuerte que la atracción que sentía por la muchacha. Nervioso, balbució unas incomprensibles palabras, pero Mencía se colocó frente él, sonrió y se bajó los hombros del vestido para ofrecer a su invitado un generoso escote. Tomás se sorprendió por la reacción de la joven, y se quedó paralizado mientras ella acercaba la boca a sus labios. Nunca antes había experimentado un placer tan dulce. Sus músculos se tensaron y su cuerpo y su mente dejaron de ser uno para convertirse en dos extraños que disfrutaban del momento por separado. La

dulzura del primer beso desató la pasión; ella tomó su cabeza con fuerza y apretó su cuerpo contra el de Tomás para sentir su vigor. Tomás gozó del roce de sus muslos y del contacto de aquellos pechos con los que tantas noches había soñado. El corazón le latía desbocado, parecía a punto de estallarle mientras la joven lo besaba apasionadamente. Ella se desprendió del vestido que llevaba y Tomás hizo lo propio con sus ropajes. El joven recordó que el jardinero dormía en la habitación de al lado y que si despertaba podría sorprenderles.

—Mi padre no podrá bajar de la cama hasta dentro de una semana —susurró Mencía para tranquilizarlo mientras le mordisqueaba la oreja.

Los dos quedaron desnudos frente a frente; el joven cubría el cuerpo de la muchacha con el deseo que irradiaba su mirada mientras admiraba embelesado las perfectas proporciones de sus formas. Con sus torpes manos la recorrió entera, memorizó su cuerpo al tacto de aquella piel suave. Los dos se fundieron en un abrazo sobre el suelo, y Tomás comprendió que no podía resistirse a aquella borrachera de placer y gozo, hasta que la muchacha consiguió que el joven rozara el cielo con sus manos y se rindiera al mayor placer que nunca había sentido.

Nunca confesó aquel pecado, porque pensó que había sido un regalo de Dios y de la naturaleza. Nunca más volvió a tener relaciones con Mencía, pero durante mucho tiempo le asaltó el grato recuerdo de aquella hermosa joven desnuda frente a él. No la volvió a ver nunca más. Después supo que ya se encontraba desposada con un viudo que le sacaba más de treinta años y que había concertado el matrimonio con el jardinero por una cuantiosa dote. Mencía no era virgen, y su habilidad en el amor delataba una sospechosa experiencia. A las pocas semanas contrajo matrimonio y se marchó de la ciudad. Tomás descubrió, entonces, que la joven se permitió una última licencia con él antes de comenzar una nueva vida de honrada mujer casada, pero en el fondo le quedó agradecido.

Mientras aquellos recuerdos regresaban a él, sus pasos lo habían llevado a una pequeña capilla, donde, de pie, contemplaba una espléndida talla de la Virgen María. Sin darse cuenta, había permanecido delante de ella todo el tiempo que habían durado los oficios, absorto en sus recuerdos de juventud.

—Es una preciosa talla de nuestra Madre Santísima —dijo una voz que lo

sacó de sus pensamientos—. He querido acercarme a saludaros para daros la bienvenida a esta humilde casa del Señor.

El fraile se presentó como Gomes Mexía, prior del convento de Santo Domingo, y se dirigió al hombre del que tanto había oído hablar en los últimos días.

—La imagen, el frontal y los adornos fueron adquiridos hace más de veinticinco años en la feria de Medina del Campo por el regidor Juan González Pintado, que la donó a este monasterio.

El prior se ofreció a mostrarle el convento, y le reveló que la iglesia de San Juan Bautista, a quien estaba dedicada la advocación de aquel templo, se asentaba sobre los restos de una antigua sinagoga mayor. La Orden de Santo Domingo había recibido donación de aquellos terrenos y de la calle adyacente, a la que algunos llamaban de la Barrera, con el encargo de que fuese casa religiosa el lugar que antes había sido habitación de infieles.

Mientras paseaban por el claustro, Gomes Mexía contó al licenciado que, tras los disturbios de octubre, muchos conversos habían huido de la ciudad. Algunos se habían trasladado a Palma, cerca de Córdoba, y otros se habían marchado a Almagro, donde los ánimos no estaban tan encendidos contra ellos. Juan González Pintado se encontraba allí junto con su mujer y el hijo que le quedaba vivo. El mayor, Cristóbal, había muerto en el asalto a la casa de Sancho de Ciudad. El monje había oído decir que su mujer había enfermado y que su estado era grave. Cuando el Pintado decidió marcharse a Almagro, depositó en el convento una gran suma de dinero para que el prior la custodiara y la tuviera a salvo de ladrones y asaltantes.

—Como comprenderéis —dijo aquel fraile de tez oscura y barbilla afilada—, no me gustaría que se relacionase a este convento con los conversos de la ciudad, pero me vi obligado a acceder por las generosas donaciones que el regidor ha venido haciendo durante todos estos años. Espero que sepáis valorar el alcance de mi sinceridad y que no lleguéis a la falsa conclusión de que desde este convento se protege otra fe que la verdadera fe de Cristo.

—Os entiendo, y estad tranquilo por ello —contestó Tomás, adivinando que el prior además se sentiría muy satisfecho si aquella suma no le fuera reclamada jamás—. Pero decidme: vos debéis de conocer bien a los vecinos de este barrio, y debéis de saber quién cumple los mandamientos de Dios y

quién, por el contrario, abraza la religión de los judíos de forma abierta y ostentosa.

Gomes Mexía había perdido la cuenta de los años que llevaba viviendo en Ciudad Real. Era muy joven cuando se trasladó procedente del convento de Sevilla. Cayó en la cuenta de que hacía más de treinta años desde que había llegado por primera vez al convento, que, por entonces, aún estaba por acabar. Durante todos estos años había tenido ocasión de conocer a muchos de los vecinos de Barrionuevo. Con el tiempo había aprendido a distinguir a los verdaderos cristianos de los que no lo eran y a los que intentaban aparentar de los que ni siquiera se molestaban en esconderse. Algunos procuraban pasar por buenos cristianos: asistían a los oficios, confesaban en Cuaresma y comulgaban y hacían cuantiosos donativos según su categoría social. Sin embargo, otros conversos ya no se molestaban en ocultar que continuaban con sus prácticas judías. Todos los conocían porque habían ganado protagonismo en su comunidad, y ocultar lo que era evidente les provocaba vergüenza y deshonor.

—Estoy seguro de que oiréis hablar de muchos de ellos en las próximas semanas y que su influencia os sorprenderá —dijo el monje—. A algunos ya no los encontraréis en la ciudad, como os dije antes, pero otros han regresado.

—Antes habéis mencionado a Juan González Pintado, pero ¿qué podéis decirme de Sancho de Ciudad? He sabido que, en algunas ocasiones, su casa ha servido de lugar de encuentro para un numeroso grupo de judíos conversos.

Tomás de Cuenca recorrió las cuatro pandas del claustro acompañado del prior, y llegaron hasta el calefactorio, donde algunos monjes se calentaban junto a la chimenea. Al llegar, el prior les lanzó una mirada que comprendieron al instante y abandonaron la estancia de inmediato, sin decir palabra.

—Sancho de Ciudad tiene gran reputación en este barrio. Su fortuna se la debe al negocio de los paños, al que se ha dedicado toda la vida, pero últimamente se ha convertido en recaudador de las alcabalas reales y de otros impuestos, y además es regidor de la ciudad. Posee tierras que tiene en arriendo, y creo que también es propietario de unas viñas por Albalá. En alguna ocasión donó al convento algunas arrobas de vino que él mismo elaboraba con aquellas cepas, pero ya hace tiempo que dejó de hacerlo. Creo

que es de los que ya no se molesta en esconder su fe equivocada y que es un guía espiritual para los suyos.

Las palabras del prior confirmaban lo que Tomás ya había escuchado sobre el protagonismo y la influencia que Sancho de Ciudad tenía entre los judíos conversos.

—Sin embargo, sus hijos no han sacado el carácter de su padre. Juan, el mayor, es más pragmático y prefiere guardar discreción. Diego, el más joven, se encuentra prófugo de los justicias, según tengo entendido, por haber prendido fuego a la casa del cuchillero. Imagino que habréis oído hablar del desgraciado incidente. Quedé sorprendido cuando me enteré de ello, porque siempre me pareció un joven muy apocado. De niño solía acudir con su hermana a los oficios a nuestra iglesia, pero ya no lo hacen de manera tan asidua.

—No sabía que Sancho de Ciudad tuviera hijas.

—Teresa es su nombre. Últimamente ayuda a su padre en el negocio de los paños. Una joven muy hermosa, pero de fuerte carácter. Todavía sigue soltera, porque dicen que rechaza a cuantos maridos le proponen —dijo Gomes Mexía con una sonrisa—. Pero disculpad mi falta de hospitalidad: si no habéis almorzado todavía, puedo ofreceros unas viandas en el refectorio.

Tomás se volvió sorprendido cuando escuchó las palabras del fraile. Teresa había despertado un sentimiento confuso en él y había ocupado sus pensamientos en los últimos días más de lo que nunca hubiera imaginado. Jamás hubiera relacionado a aquella joven con uno de los principales judíos de la comunidad, al que, tarde o temprano, estaba obligado a procesar por herejía. ¡Cómo podía haber estado tan ciego y no haberse dado cuenta de que aquella mujer, a cuya imagen su mente recurría de forma constante desde que la conoció, era una judía conversa! No podía descartar la evidencia de que si Sancho de Ciudad, su padre, persistía en su apostasía, ella también lo fuera.

Quedó desconcertado por la revelación; apenas si escuchaba las palabras del prior, que se esforzaba en que aceptara el almuerzo que le había ofrecido. Tomás le agradeció la hospitalidad y la información que le había dado, se disculpó por las repentinas prisas que le acuciaban para marcharse y abandonó el convento de Santo Domingo a través de la iglesia de San Juan Bautista, con la que se comunicaba. Salió a la calle y sus pasos lo llevaron tan

lejos como pudo llegar, hacia las huertas próximas a la muralla, lejos del gentío, mientras intentaba en vano poner orden en sus ideas y sentido en sus emociones.

20

UN DUELO DESIGUAL

El santuario de Gracia se encontraba extramuros, al sur de la ciudad, cerca de las eras del cerrillo. Al atardecer del lunes, Hernando cruzó la plaza del Pilar y subió por la calle Ciruela con intención de atravesar el portillo por donde personas y bestias regresaban procedentes de la cercana aldea del mismo nombre. Aunque el reducido tamaño de aquel portillo sobre la muralla no era lugar habitual de entrada de mercancías para el cobro del almojarifazgo, los agentes del fisco controlaban los accesos en aquella hora próxima al atardecer, cuando el sol comenzaba a declinar por el horizonte.

El denso tráfico de personas permitió a Hernando pasar desapercibido debido al revuelo que se había formado por una acémila cuya carga de leña había volcado cerca de la entrada. Todavía quedaba luz suficiente para llegar a las inmediaciones del santuario con anticipación y reconocer el escenario del duelo antes de que acudiera el retador. Evitó el camino que conducía hasta la ermita para no resultar avistado en la distancia y se acercó con sigilo para no delatar su presencia. Se ocultó tras el muro de una acequia próxima y observó que el calatravo que lo había retado el día anterior ya se encontraba en el lugar. Realizaba movimientos y lances con su espada para estirar los músculos de brazos y piernas y parecía muy seguro de sí mismo. Cuando estaba a punto de abandonar su refugio, se percató de que el espadachín se dirigía hacia un montón de piedras situado a su espalda, por donde asomaron dos cabezas. Por indicación suya, uno de ellos se alzó, sigiloso, sobre su

escondite para lanzarle por el mango un cuchillo que atrapó en el aire y que guardó entre sus ropajes.

Hasta entonces, Hernando había salido airoso de los duelos a primera sangre en los que se había visto envuelto, pero, al advertir la celada que le tenían preparada, sospechó que aquel sería un duelo a muerte. El maestre de Calatrava, Rodrigo Téllez Girón, no se andaba con chiquitas, y no estaba dispuesto a resultar humillado en público sin tomarse venganza. Aquel hombre debía de ser su mejor espadachín para encomendarle el desagravio sufrido, pero, al parecer, no quería sorpresas, y no había acudido solo al encuentro. Pensó que no había sido buena idea aceptar aquel duelo, pero ¿qué otra alternativa tenía? De no haber recogido aquel guante, lo habría hecho su padre.

El joven decidió permanecer oculto para averiguar lo que le tenían preparado, y no tardó en localizar a otro calatravo apostado tras unos matorrales y a otro más escondido en un pequeño corral con cabras que tenía el santero. Había contado cinco, pero debía asegurarse de que no había nadie más para evitar una celada. Se acercó casi a rastras hasta los mismos muros de la ermita por la parte de atrás, se asomó con sigilo antes de doblar la esquina y vio a otro hombre que aguardaba su intervención. Lo golpeó con contundencia en la cabeza con el puño de su espada ropera y se deshizo de él. Su corazón palpitaba con fuerza, y temió que la caída del hombre pudiera alertar a los demás, pero nadie acudió. Volvió a repetir el mismo golpe cayendo por sorpresa sobre otro calatravo que lo acechaba por distinta pared, y lo dejó fuera de combate sin que nadie se percatara. Hernando rodeó la explanada donde lo aguardaba el retador, que comenzaba a impacientarse. Se arrastró como pudo hasta el montón de piedras, y dos golpes secos resonaron detrás del calatravo, que seguía haciendo sus lances y golpes en el aire. Hernando calculó que había anulado a cuatro hombres, por lo que todavía quedaban tres en pie. Regresó por donde había venido y se hizo visible acudiendo por detrás de la acequia que le había servido de escondite unos minutos antes.

—¡Vaya, por fin apareces, culipardo! —dijo el retador con una sonrisa de satisfacción—. Ya empezaba a sospechar que el miedo no te había dejado salir de casa.

—Os ruego que me disculpéis, pero he estado muy ocupado resolviendo

unos asuntos de vida o muerte —dijo Hernando con una leve mueca mientras se aproximaba hasta él con la espada ropera en la mano.

—Espero que sea tu testamento —exclamó con una carcajada el calatravo—. Bien, pues vamos a lo que hemos venido a hacer antes de que se nos haga de noche. No quisiera llegar tarde a cenar.

El calatravo se acercó la hoja de la espada a la frente antes de comenzar el duelo, y Hernando le devolvió el gesto, pero, en ese instante, el hombre lanzó un ataque con el brazo extendido para llevar la punta de su espada al pecho del joven. Los reflejos de Hernando evitaron que el acero tocara su cuerpo, pero el calatravo arremetía una y otra vez sin tregua, avanzaba con determinación y obligaba al del Pulgar a retroceder y a esquivar los golpes. Mientras se defendía de los envites, el joven logró desviar con fuerza la espada de su atacante, que a punto estuvo de perder su arma. Ese movimiento detuvo el avance del calatravo y le permitió a Hernando tomar aliento y recomponer su posición. Su oponente buscaba con insistencia efectuar la línea en cruz y acertar con su espada en el pecho del rival por encima de su arma, pero Hernando esquivaba el movimiento y desplazaba el acero contrario hacia el lateral. En uno de los envites la espada del atacante se introdujo en sus ropajes y le rasgó el brazo derecho.

—¡Vaya, culipardo! ¿Ya has empezado a sangrar? Pues prepárate, que esto no ha hecho más que comenzar.

—Creo que ya va siendo hora de acabar lo que he venido a hacer —respondió el joven, enfadado.

En ese instante, Hernando se abalanzó con rapidez contra su oponente, y lanzó ataques y mandobles contra el calatravo, que cada vez tenía más dificultad para detener los golpes. La fuerza y la rapidez de los movimientos del Pulgar pusieron en apuros a su contendiente, que cayó al suelo y que, de pronto, se vio vulnerable y perdido.

—¡A mí, calatravos, a mí! —gritaba con los ojos asustados.

—¿Esperáis a alguien? —decía Hernando sin dejar de lanzar su espada contra su rival.

Al reclamo de su compañero, salió el hombre escondido entre los matorrales y también el que se encontraba en el corral de cabras.

Uno de ellos intentó sorprender a Hernando por la espalda mientras se

acercaba a la carrera por detrás, pero el joven se volvió con rapidez y lo derribó tras lanzarle con su acero un golpe de abajo a arriba que le provocó heridas en el vientre y en el rostro. El retador todavía permanecía en el suelo, por lo que Hernando calculó que tenía tiempo para deshacerse del otro contendiente, que se aproximaba de frente con el brazo extendido para clavarle la espada. El del Pulgar corrió hacia él y detuvo el golpe haciéndose a un lado con medio giro hasta ponerse a su altura. Sujetó con su mano izquierda la diestra del calatravo y con la empuñadura de su espada le asestó un golpe en la cara que lo dejó tirado en el suelo.

—¡A mí, calatavos, a mí! —seguía gritando el espadachín mientras terminaba de incorporarse.

Hernando, que se había deshecho en pocos segundos de los dos hombres que habían acudido en defensa de su rival, se tomó su tiempo para respirar hondo y tomar aliento.

—Me temo que ya no tenéis más auxilio que vuestra espada: todos vuestros hombres están fuera de combate.

El espadachín extrajo de sus ropajes la daga de mano izquierda que se había guardado antes de comenzar el duelo y se fue hacia Hernando para atacarlo con toda la fuerza y la destreza que le fueron posibles. El calatravo arremetió enrabiado; detenía los golpes con la daga mientras con la espada ropera asestaba los lances, que silbaban delante de la cara de Hernando. El del Pulgar luchaba en desventaja: la daga de mano izquierda que utilizaba el calatravo multiplicaba la eficacia del ataque y reducía los espacios vulnerables. Sabedor de ello, el hombre no daba respiro a su oponente y lanzaba con las dos armas ataques alternos que el joven apenas si podía detener porque le llegaban demasiado rápido. Pero, en un descuido del retador, Hernando logró alcanzar a su rival de un botonazo. Cuando el espadachín lanzó el golpe con la espada, el joven desvió el arma con su empuñadura y la punta penetró en el pecho del calatravo. Sus ojos se detuvieron y su cuerpo quedó inmóvil cuando el acero lo atravesó. Cayó abatido y quedó tendido sin vida. Su rival había acabado con su arrogancia, todo había acabado.

Hernando tenía la respiración agitada por el esfuerzo de la lucha. Se había fijado en la mirada pétrea de su oponente en el instante en que su espada le

atravesaba el corazón. Era la primera vez que mataba a un hombre en los duelos que había librado hasta entonces, y sintió una extraña sensación, mezcla de euforia y de pesar.

21

PASCUALA, LA PARTERA

La mujer se hallaba sentada en una silla, a cierta distancia de la mesa donde el licenciado Tomás de Cuenca tomaba notas. Sus manos las aprisionaban unos grilletes de hierro que le habían causado rozaduras en las muñecas. Se encontraba despeinada y parecía cansada. A primera hora de la mañana, el alguacil había trasladado a la prisionera a casa del licenciado por encargo del lugarteniente del corregidor, y aguardaba fuera de la sala a que terminaran de interrogarla. La puerta permanecía cerrada, y junto al licenciado, Juan Martínez Cepudo, actuaba como secretario y testigo de la declaración de Pascuala, la partera.

—¿Sabes por qué te han traído a mi presencia? —preguntó Tomás.

La mujer negaba con la cabeza y miraba cabizbaja al juez, sin apenas levantar la vista.

—¿Sabes quién soy?

La mujer volvió a negar con la cabeza sin decir palabra y comenzó a toser. El secretario tomó la jarra de agua y llenó un vaso, que ofreció a la prisionera. Tomás lo miró, sorprendido por las atenciones que le dispensaba, pero no hizo ningún comentario. La mujer agarró el vaso con las dos manos y bebió con desesperación; luego lo mantuvo en alto para que se lo volviera a llenar. Se le calmaron la tos y la sed y se limpió la boca con la manga de sus ropas sucias y andrajosas.

—Gracias —dijo con un hilo de voz.

Tomás se puso en pie y llamó al alguacil en voz alta. El hombre entró con rapidez.

—¿Cuánto tiempo lleva detenida esta mujer? —preguntó, enérgico.

—No os comprendo, señor —dijo, sorprendido, el funcionario, que dirigió una mirada rápida a la prisionera—. Le dimos captura hace unos días, poco antes de informar al corregidor.

—¿Y a qué se debe el deplorable estado en el que está?

—Gracias a un aviso, la encontramos medio inconsciente en un palomar, donde parece haber pasado varios días, yo diría semanas, escondida de la justicia. —La excusa sonó creíble para ambos.

Tomás miraba intrigado a la mujer en un intento de averiguar si el alguacil estaba diciendo la verdad.

—Está bien. Liberadla de los grilletes y esperad fuera.

—Pero, señor...

—Yo me hago responsable —dijo, contundente.

El hombre obedeció y liberó a la prisionera de aquellos hierros. Tomás se acercó y le cogió las manos con delicadeza para observarlas, pero la mujer las retiró asustada. Sin embargo, el licenciado insistió con un gesto y se las extendió lentamente, para ver sus heridas, casi a punto de cicatrizar.

—Llevas mucho tiempo con los grilletes puestos.

La mujer movió la cabeza despacio, confirmando las palabras del clérigo mientras miraba la puerta de reajo. El licenciado volvió a su asiento con cara de preocupación.

—¿Puedes hablar? ¿Puedo ofrecerte más agua?

—No, no es necesario —dijo la mujer con un gesto de dolor y llevándose una mano a la garganta.

—¿Sabes por qué estás detenida?

—Me acusan de haber provocado la muerte de Constanza, la hija de Tristán Fonseca.

—¿Y no tienes nada que decir en tu defensa? —preguntó, esperando escuchar alguna excusa en su descargo.

Pascuala volvió a mirar la puerta y después a Juan Martínez, que tomaba notas de su declaración.

—Yo no la maté —dijo, escueta.

Tomás se pasó una mano por la cara con un gesto de contrariedad.

—Debes saber que mañana te enfrentarás al interrogatorio de los alcaldes de la ciudad, y si no eres más convincente en tu defensa te condenarán sin remedio. Eso, en el caso de que seas inocente como dices.

—¿Vos sois mi abogado? —dijo la mujer, esperanzada.

—No, no soy tu abogado. Me llamo Tomás de Cuenca y soy juez inquisidor para inspeccionar la herejía en esta ciudad. Mis pesquisas se orientan en otra dirección. Conseguí que el lugarteniente del corregidor te trajera ante mí para interrogarte por los rumores que te acusan de herejía.

Pascuala guardó silencio durante un instante, con la mirada puesta en el suelo.

—Soy culpable —dijo al fin sin levantar la vista.

—¿De matar a esa mujer?

—De herejía.

Los dos hombres se miraron extrañados por la facilidad con la que la mujer había reconocido sus pecados.

—¿Reconoces que practicas la ley de Moisés? —preguntó Tomás para cerciorarse.

—Sí; en ella me educaron mis padres, y a ellos, los suyos, pero las leyes contra los judíos son tan duras que apenas si podemos ejercer oficios para ganarnos la vida. Yo soy viuda, y aunque en otro tiempo estuve al servicio de don Fernando Valera, ya soy muy vieja para servir como criada, y solo me queda ejercer de partera. No podría hacerlo siendo judía, y por eso he mantenido mi fe a escondidas.

—¿Y estás dispuesta a reconciliarte con la Santa Madre Iglesia? —continuó el licenciado.

—Para seguir desempeñando mi oficio, sí —contestó la mujer con sinceridad.

Tomás se puso en pie de un salto.

—¡Maldita sea! ¿Crees que te dejarán seguir ejerciendo de partera con la acusación que tienes sobre tu cabeza? ¡Aunque te declarasen inocente del asesinato de esa pobre muchacha, perderías la confianza de toda la ciudad! —Tomás se sentó de nuevo y cambió el tono con el que se había dirigido a la prisionera—: Será mejor que me cuentes lo ocurrido —dijo.

La mujer se tomó unos segundos antes de comenzar a hablar; parecía abatida y cansada.

—Una tarde fueron a buscarme porque la hija de Tristán Fonseca se encontraba mal. Fue la tarde de los alborotos contra los judíos. El que me avisó fue un chico que suele hacer recados a unos y a otros, pero no me llevó a la casa de su padre, sino a donde la muchacha se había mudado hacía unos meses. Cuando llegué, Constanza estaba sola y tirada en el suelo; había comenzado a sangrar y decía tener unos dolores terribles.

Mientras hablaba, Pascuala se frotaba las muñecas para calmarse las heridas producidas por los grilletes.

—Constanza estaba preñada de cuatro meses y estaba teniendo un aborto. No pude contener la hemorragia y se desangró. Avisé a las vecinas para que vinieran a ayudarme, pero no pude hacer nada por ella. Alguien la había golpeado con saña en la barriga para que abortara y... —Se detuvo y desvió la mirada—. Algunas vecinas dijeron que la paliza se la habría dado su padre, que tiene fama de borracho y pendenciero y que ya le había pegado en otras ocasiones, como solía hacer con su madre.

Hizo una pausa mientras repasaba mentalmente lo ocurrido.

—¿Qué ocurrió después?

—Cuando la muchacha murió, ya no pude hacer nada más por ella. Las vecinas que acudieron se quedaron con la pobre Constanza, y me volví a casa lamentando lo sucedido. Aquella noche la ciudad enloqueció y la gente salió a la calle para atacar a los conversos. Me escondí en mi casa hasta que pasaron los alborotos, pero pocos días después me descubrieron. Al principio pensé que me buscaban por ser judía, pero luego comprendí que me acusaban de la muerte de la joven por haberle provocado un aborto. Pero ella ya había perdido mucha sangre cuando yo la asistí, y nadie podría haberla salvado, dado el estado en que la encontré. No fue culpa mía.

Tomás miró a Juan Martínez intentando descubrir algún detalle que se le hubiera escapado.

—¿Es que no le has contado a nadie lo que ocurrió? —preguntó Tomás, algo confuso—. ¿Nadie se ha preocupado de interrogarte hasta ahora?

—Me han encarcelado —dijo—, y nadie quiere escucharme. Todos creen que soy culpable, pero os juro que os estoy diciendo la verdad.

Pascuala comenzó a llorar, desolada, mientras se cubría el rostro con las manos. El licenciado miró a Juan Martínez, que llevaba un buen rato sin tomar notas. En su cara se apreciaba un gesto de compasión, y miraba con preocupación a su señor.

—Esto es muy extraño —dijo Tomás—. Esta mujer no debe regresar a la cárcel hasta que todo esté aclarado.

—Pero, señor, podríais encolerizar al lugarteniente del corregidor —dijo, cauto, el secretario.

Tomás volvió a llamar al alguacil, que esperaba fuera de la sala, y le indicó que necesitaba algunos días más para interrogar a la prisionera y que esta permanecería bajo su custodia durante el tiempo que fuera necesario. El alguacil se quejó de la decisión, pero la firmeza del licenciado le hizo desistir de su intento de llevársela con él. El funcionario salió de la casa refunfuñando y amenazó con poner en conocimiento de Álvaro de Pecellín lo sucedido. Pascuala se calmó un poco y, por indicación de Tomás, pasó a la cocina con Quiteria para que le preparase algo de comer con que reponer su maltrecho estado de salud. Mientras tanto, el clérigo y su secretario permanecían en el despacho, intrigados aún por lo ocurrido.

—¿Creéis que está diciendo la verdad? —preguntó el secretario.

—No estoy seguro, pero mi intuición me dice que hay algo que no encaja en todo este asunto. —Tomás se movía de un lado para otro de la habitación—. Hace pocos días, los dos fuimos testigos de que el alguacil informó al corregidor, o, mejor dicho, a ese lugarteniente, de que la prisionera había sido capturada. Pero ella asegura que lleva mucho tiempo encarcelada, y parece estar diciendo la verdad. Las heridas producidas por los grilletes no son recientes.

—Podría estar mintiendo, y esas heridas, estar causadas por otro motivo —observó Juan Martínez.

—Es cierto, pero no habría motivo para ello. Además, hay otra razón que me hace pensar que no miente: no creo que haya en la ciudad un solo judío que no sepa de mí, y esa mujer parecía sincera cuando afirmó no conocerme. Como ya hemos podido comprobar, las noticias en Ciudad Real se transmiten más rápido de lo que desearíamos, y solamente puede existir una razón para que una persona no se haya enterado de mi llegada: que haya estado encerrada

todo este tiempo.

Tomás paró su deambular por la habitación y se colocó frente a Juan Martínez, que todavía seguía en su asiento.

—Sí —dijo convencido—, creo que esa mujer lleva encarcelada cerca de dos meses, pero no comprendo por qué mienten el alguacil y ese lugarteniente del corregidor.

—¿Creéis que Álvaro de Pecellín sabía de la prisión de Pascuala? —preguntó, extrañado, el secretario.

—Pascuala ha permanecido presa en la cárcel del concejo todo este tiempo, y sería extraño que el corregidor de la ciudad o su asistente no tuvieran conocimiento de ello. —Tomás se detuvo un momento mientras pensaba—. Los ánimos contra los conversos han hecho de esta mujer la sospechosa principal de la muerte de esa pobre desgraciada, y la justicia prefiere creer que la causante ha sido la partera antes que el padre de la muchacha, o a saber quién. Creo que deberías hacer algunas indagaciones a ver qué descubres; quizá nos encontremos con alguna sorpresa.

El secretario asintió ante las indicaciones de Tomás, aunque sin comprender bien la relación que aquel caso tenía con la inspección de herejía que se proponían realizar.

UNA SOMBRA AMENAZANTE

4 DE DICIEMBRE DE 1474.

Aquel domingo se leyó en todas las iglesias de la ciudad el edicto de gracia que Tomás de Cuenca había hecho llegar al arcediano. Se concedía un plazo de treinta días para que los fieles acudieran a declarar al tribunal las faltas que habían cometido y aquellas de las que tenían conocimiento. Se leyó en la homilía para que los conversos que no hubieran observado alguno de los preceptos de su nueva fe católica se presentaran ante la Inquisición con el objeto de reconciliarse con la Iglesia. En el sermón se detallaron las faltas que los fieles arrepentidos debían confesar, pero tan importante como estar en armonía con la propia conciencia era propiciar que los demás pecadores se reconciliaran con la fe cristiana y se retractasen del error en el que habían incurrido.

Aquel fue el comienzo de un período de duro trabajo al que Juan Martínez dedicaría largas horas, para transcribir los testimonios y declaraciones de los que acudieron a confesar sus faltas con la esperanza de que la penitencia impuesta no resultase especialmente dura y para evitar la peligrosa delación de algún enemigo o el malintencionado testimonio de una vecina indiscreta.

Por la tarde, Tomás se entretuvo con un libro que había traído consigo y, después de un par de horas de lectura, salió a la calle para despejar la mente.

Solía hacerlo en Toledo, cuando sus pulmones le demandaban aire fresco, después de una larga sesión de trabajo sumergido entre el aire viciado de los candiles y el humo de la chimenea. Se compuso sus ropas y salió de casa bien abrigado; dobló la calle de santo Domingo hacia la de Barrionuevo y sintió el frío viento que cortaba su cara. En ocasiones, paseaba en dirección hacia la muralla y atravesaba las huertas próximas a la puerta de la Mata, de donde partía el camino hacia levante y hacia la cercana villa de Miguelturra. Aquella puerta y la calle que bajaba hasta el centro de la ciudad tomaban su nombre de una densa zona de matorral, a menos de media legua, donde abundaba el lentisco. Alguna tarde, sus pasos lo habían guiado hasta la espesa arboleda, y no pudo resistirse a masticar algunas hojas para refrescar su aliento. Recordaba el sabor de la almáciga, la aromática resina del lentisco, de efectos balsámicos contra la tos, que su madre le hacía tomar cuando de niño caía enfermo.

Pero aquel día ya era muy tarde para abandonar la ciudad, y llegó hasta la vieja puerta con intención de regresar enseguida. La puerta de la Mata se encontraba semiderruida; los dos torreones apenas si podían soportar el dintel donde apoyaban los enormes portales que se abrían de mañana y se cerraban por la noche, con gran esfuerzo de los guardias que controlaban la entrada y salida de mercancías. De todos era sabido que necesitaba de una urgente reparación para cumplir su misión, pero las sisas y los repartimientos recaudados para reforzar la muralla nunca daban para reparar aquella importante puerta de acceso.

En su paseo, Tomás regresó por la calle de la Mata, que partía desde el mismo corazón de la ciudad. Comenzó a oscurecer, y el frío de la tarde despejó las calles y las cubrió con una densa neblina. Mientras caminaba, oyó el sonido de otros pasos que parecían avanzar detrás de él e instintivamente animó el ritmo de sus zancadas. Giró la cabeza y por el rabillo del ojo vio una sombra que lo seguía a prudente distancia, pero sintió que el desconocido se acercaba, y tuvo un mal presentimiento. Los pasos se aceleraban al ritmo de los suyos, hasta que creyó sentir una presencia extraña pegada a él, pero, cuando se volvió, la figura que lo seguía se difuminó entre la niebla. El desconocido aminoró la marcha; cubría su rostro con una capa, y se caló el sombrero para ocultar su identidad, pero no se marchó. Tomás sabía que su

llegada a la ciudad había despertado ciertos recelos, y pensó que había cometido una imprudencia al salir sin compañía y por lugares poco frecuentados. Pero se sobrepuso a la cautela que le provocaba aquel hombre y continuó su paseo hasta que el desconocido se confió. Dobló una esquina y aguardó a que el hombre lo hiciese detrás de él para sorprenderle.

—¿Qué pretendéis? ¿Estáis intentando asustarme? —dijo Tomás mientras lo agarraba por sus ropas.

El desconocido sacó un cuchillo de entre los ropajes al verse sorprendido y, sin mediar palabra, lo puso en el pecho del licenciado, que soltó su presa y levantó las manos para apartarse de él. El hombre se volvió a calar el sombrero con la otra mano, se compuso las ropas y retrocedió despacio hasta que se alejó lo suficiente. El extraño guardó el cuchillo en el cinto, se giró y regresó por donde había venido sin decir palabra. Tomás respiró hondo y sintió que el corazón le latía desbocado. Aquel desafortunado encuentro despertó su temor y su curiosidad. ¿Quién era aquel desconocido? ¿Por qué lo acechaba entre las sombras? ¿Qué pretendía?

23

LA MUERTE DEL REY

15 DE DICIEMBRE DE 1474.

Cuando Tomás llegó a las inmediaciones de la iglesia de San Pedro, escuchó desde lejos el bullicio de la multitud que se había concentrado en la plaza Mayor. Entre la gente reconoció al joven Hernán Pérez del Pulgar, que se encontraba acompañado de otro joven caballero, y se acercó hasta ellos para informarse de lo que estaba sucediendo. Por ellos supo que hacía cuatro días que el rey Enrique había muerto en Madrid tras una larga enfermedad que lo había mantenido en cama durante varios meses. También supo, por el heraldo que había llegado a la ciudad, que la infanta Isabel había sido coronada reina de Castilla en Segovia con el apoyo de buena parte de la nobleza.

El que gobernó como Enrique IV había fallecido después de un reinado salpicado de luchas internas entre bandos nobiliarios, desencadenadas en su mayoría por la cuestión sucesoria. Tras la muerte de Juan II, Enrique sucedió a su padre en el trono de Castilla en el año 1454. Pero algunos nobles enfrentados al nuevo rey y a su privado, Beltrán de la Cueva, comenzaron a apoyar los derechos sucesorios del infante Alfonso, hijo, junto con su hermana Isabel, de la segunda esposa de Juan II, y, por tanto, hermanastro del rey Enrique.

Don Juan Pacheco, el marqués de Villena, encabezaba la liga que se

oponía a Enrique y apoyaba la causa del infante Alfonso. ¡Quién le iba a decir a Pacheco entonces que iba a terminar sus días como el principal valedor del rey Enrique y de los derechos sucesorios de su hija Juana!

Pero en aquellos años Pacheco acusó públicamente al rey de pretender nombrar a su hija Juana como su sucesora cuando todos conocían que no era hija suya, y aquello desencadenó un nuevo enfrentamiento entre el rey y la nobleza. Corrían rumores que cuestionaban la virilidad de Enrique, a quien sus detractores llamaban «el Impotente» —y sus partidarios, «el Hechizado»—, ya que fue esa la razón para anular su primer matrimonio con Blanca de Navarra, al no poder consumarlo. Contaban que se recurrió al testimonio de dos prostitutas que juraron que Enrique sí había tenido trato y conocimiento carnal con ellas como el de hombre con mujer. Por ello se dedujo que el rey estaba hechizado y que por esa causa no había podido consumar el matrimonio con su esposa. Tras la sentencia de divorcio, el rey casó dos años después con doña Juana de Avis, con quien tuvo a la infanta Juana, aunque algunos dudaron de su paternidad.

La tregua entre la nobleza y el rey se firmó con el nombramiento del infante Alfonso como heredero del trono de Castilla a cambio de contraer matrimonio con la infanta Juana. Pero en cuanto Enrique se sintió apoyado de nuevo, se desdijo del pacto que había suscrito con los nobles de la liga.

Poco después, los nobles opositores levantaron un tablado junto a las murallas de Ávila y colocaron en él un monigote ataviado con corona y capa real al que le leyeron una extensa lista de crímenes y al que, después, arrojaron a patadas al suelo. Tras esta parodia de destitución de Enrique, proclamaron al infante Alfonso rey de Castilla. Fueron el marqués de Villena y el arzobispo Alonso Carrillo quienes encabezaron la sublevación. El propio arzobispo, para realzar la legitimidad del recién proclamado Alfonso XII, declaró públicamente que la infanta Juana no era hija de Enrique, sino del favorito, Beltrán de la Cueva, tal y como había manifestado Pacheco en Burgos un año antes.

Después de que los nobles opositores proclamaran al infante Alfonso rey de Castilla en Ávila, el rey Enrique decidió combatir la sublevación apoyándose en los principales linajes del reino. Se luchaba en el campo de batalla y se negociaba la paz a la vez. Entre los acuerdos que se pactaron para

conseguir la paz estaba el matrimonio de la infanta Isabel con el maestre de Calatrava, Pedro Girón, hermano de Pacheco, que murió en Villarrubia de los Ojos, camino de Segovia, cuando se disponía a hacer efectivo el preacuerdo matrimonial, y el pacto se fue al traste. Los nobles rebeldes fueron vencidos en 1467 en la segunda batalla de Olmedo por Beltrán de la Cueva, a quien el rey Enrique había encomendado el mando del ejército real.

Pero el 5 de julio de 1468, un imprevisto condicionó el devenir de los acontecimientos: el infante Alfonso murió en Cardeñosa en extrañas circunstancias. Ante este suceso, los nobles de la liga, opositores a Enrique, pusieron sus esperanzas en la infanta Isabel, pero al quedar dos mujeres con aspiraciones a la sucesión, la fórmula del matrimonio era inviable para alcanzar el acuerdo. Los partidarios de Isabel siguieron negociando sus derechos, mientras al rey se le acumulaban los problemas. Enrique se encontraba abatido al saber que su esposa, la reina Juana, retenida como rehén en la fortaleza de Alaejos, estaba preñada de un hijo ilegítimo.

En septiembre de ese año, y después de varios meses de negociaciones, se produjeron las vistas entre el rey Enrique y la infanta Isabel y se firmó el pacto de los Toros de Guisando. En aquel acto todos juraron fidelidad a Enrique como legítimo rey, quien a su vez reconoció a Isabel como heredera al trono.

Aunque los principales valedores de la infanta Isabel le buscaron pretendientes para el matrimonio, ella casó por sorpresa en 1469 con Fernando de Aragón en Valladolid. Pacheco fue uno de los defraudados por el matrimonio de Isabel con Fernando de Aragón, ya que él mismo se había propuesto como candidato para obtener la mano de la infanta. Por ello, el marqués de Villena dio un viraje radical en la estrategia que había seguido hasta entonces y se colocó del lado de Enrique. Esta decepción le hizo denunciar los acuerdos de Guisando justificándose con que la princesa Isabel no había cumplido sus compromisos al casar sin consentimiento del rey.

El marqués retomó la causa de la infanta Juana a la sucesión al trono concertándole matrimonio con el duque de Guyena, que falleció poco después.

Poco a poco, la causa de Isabel y Fernando iba ganando seguidores. No obstante, la mayor parte de los nobles eran partidarios de una reconciliación entre Enrique e Isabel. El acercamiento decisivo entre los dos hermanos se produjo en las fiestas de año nuevo de 1474, en Segovia, donde ambos

pasaron unos días juntos y en los que la buena relación entre ellos y el propio Fernando se hizo evidente. Pero, a partir de enero, Enrique cayó enfermo y se trasladó a Madrid bajo la tutela del marqués de Villena, que se había convertido en su principal valedor.

Durante aquellos meses y pese a la reconciliación del rey con su hermana, Pacheco siguió por su cuenta buscando a toda costa que prosperase la causa sucesoria de la infanta Juana, negociando a escondidas con Isabel y proponiéndole un encuentro secreto para entablar conversaciones sin intermediarios. Muy pocos estaban al tanto de aquella reunión que habría de producirse en una pequeña ciudad de La Mancha. Ya se había fijado la fecha de las vistas para los primeros días de octubre y la infanta Isabel había confirmado su presencia de incógnito en Ciudad Real, pero la muerte sorprendió a Pacheco el 4 de octubre de aquel año de 1474, dos días antes de la reunión. Aquello sucedió dos meses antes de la muerte del rey Enrique en Madrid.

La sucesión de acontecimientos había permitido que la joven Isabel, con escasas posibilidades de gobernar cuando nació, se proclamara reina de Castilla después de la muerte de Enrique invocando el tratado de Guisando al morir el rey sin testamento.

En aquellos momentos, mientras en Segovia todavía continuaban los festejos por la coronación de Isabel como reina de Castilla, el cadáver de don Enrique viajaba camino de Guadalupe, donde se llevarían a cabo las exequias a cargo del flamante cardenal don Pedro González de Mendoza, que se disponía a ejecutar la última voluntad de su rey.

—Tal vez ahora haya lucha —dijo Hernando después de informar a Tomás de lo sucedido.

—Sin duda mostráis el ímpetu de la juventud. ¿Creéis que no ha habido suficientes luchas durante estos años? —comentó Tomás.

—Me refiero a la lucha contra el portugués. De ser ciertos los rumores de que al rey Alfonso de Portugal no le ha sentado nada bien que doña Isabel se haya proclamado reina de Castilla, ya nadie descarta que apoye la reclamación de su sobrina, la infanta doña Juana, por la fuerza de las armas. Y, si eso ocurre, mi espada estará del lado de doña Isabel —dijo, solemne, el joven.

El otro joven permanecía callado mientras escuchaba hablar a su amigo. Después de algunos minutos de charla, Hernando se lo presentó al licenciado como Martín Díaz Albín. El joven, de aspecto elegante, pero de conversación huidiza, parecía tener prisa por abandonar aquel lugar, que, en un instante, se había llenado de gente en torno al emisario real. Se abrigaba con una recia capa para contrarrestar el frío de la mañana, aunque habían encontrado un lugar al sol mientras el emisario intentaba satisfacer la curiosidad de la gente sobre los acontecimientos del reino.

—¿Y vos, señor? —preguntó Tomás al joven Martín, intrigado por la discreción que mantenía—. ¿Tenéis alguna opinión al respecto?

—Creo que no son buenos tiempos para nadie. Castilla está acostumbrada a las sangrías, y, cuando le faltan las sanguijuelas, enferma —dijo al fin.

Tomás no supo cómo interpretar aquel comentario, que le pareció demasiado sarcástico para un joven tan inexperto.

—Ya estás con tus visiones pesimistas —exclamó Hernando mientras le daba un manotazo amigable en la espalda—. Castilla sobrevivirá a todo y a todos, incluidos sus gobernantes, y poco a poco, con mano dura, irán desapareciendo las epidemias políticas que la azotan.

Martín sonrió forzado por el comentario jocoso de Hernando, pero mantenía el ceño fruncido.

—Disculpad el pesimismo de mi amigo, pero a veces se cree heredero de la sagacidad de su padre, y nada más lejos de la realidad —bromeó Hernando de nuevo.

—¿Conozco a vuestro padre? —preguntó Tomás, interesado.

El joven cambió el semblante y adoptó una expresión solemne.

—Mi padre es Juan González Pintado... —Hizo una pausa para comprobar si Tomás era capaz de conocerlo.

Claro que Tomás recordaba aquel nombre; Juan González Pintado era quien había donado la imagen de María Santísima y el retablo que lucía en una de las capillas del convento de Santo Domingo, como le había revelado el prior Gomes Mexía. El joven Martín se mantenía distante, levantaba la barbilla y miraba casi de reojo, con actitud que hubiera parecido desafiante de no ser por los distendidos comentarios de Hernando.

—He oído hablar de él. Creo que se ha trasladado a vivir a Almagro por

motivos de seguridad —respondió Tomás con sinceridad.

Martín se sintió incomodo por el comentario del clérigo; él también había oído hablar de Tomás de Cuenca, y sabía a lo que había venido a Ciudad Real.

—Si habéis oído eso, os han informado mal —respondió con sequedad el joven—. Mi padre se trasladó a la villa de Almagro por asuntos de negocios y no por motivos de seguridad, puesto que no tiene nada que temer.

Tomás hizo un gesto de disculpa y, antes de responder, se le adelantó Hernando, que no había perdido de vista a la multitud.

—Y hablando de padres, ahí está el mío, y debo marchar con él.

Tomás reconoció a Rodrigo del Pulgar y Poblete al frente de un escuadrón que desfilaba por la ciudad, el veterano soldado que comandaba la guarnición de Ciudad Real y que había participado en la gloriosa batalla de Olmedo, en la que el rey Enrique venció a los nobles de la liga que se opusieron a su reinado. Aquel soldado conservaba también las cicatrices de las incursiones que, hacía más de veinte años, las tropas cristianas lanzaron en la vega de Granada contra el reino musulmán. Hernando se incorporó a la guarnición que comandaba su padre y que, de forma espontánea, se formó por la ciudad para mostrar su apoyo a los recién proclamados reyes Isabel y Fernando mientras, espada en mano, recibían las adhesiones de los más entusiastas.

LAS PESQUISAS DE LA INQUISICIÓN

Durante algunas semanas, Pascuala quedó bajo la supervisión y la autoridad del licenciado Tomás de Cuenca. Aunque el alguacil lo había amenazado con quejarse al lugarteniente del corregidor, lo cierto fue que, durante un tiempo, nadie reclamó a la partera. En pocos días, la mujer había recobrado su aspecto gracias a los guisos que Quiteria acostumbraba a preparar y que habían devuelto el color sonrosado a sus mejillas, excesivamente pálidas el primer día que fue interrogada. A Tomás le sorprendió la facilidad con que la partera se había declarado culpable de herejía, pero aquella confesión daba mayor credibilidad a la versión que la mujer había contado sobre la muerte de la joven Constanza. Pascuala sabía que su situación procesal era difícil, porque estaba acusada de delitos que habrían de juzgarse en la jurisdicción civil y en la eclesiástica. El inquisidor le ofreció la posibilidad de salvar su alma, e incluso su vida, si colaboraba con el tribunal para identificar a los principales conversos de la ciudad. La partera se había declarado culpable de practicar ritos judíos, pero se había arrepentido y había hecho propósito de enmendar su fe y no desviarse nunca más de los preceptos cristianos. La mujer conocía que el castigo por la falta que había confesado ante el tribunal eclesiástico no podría ser mayor que el que le aplicarían por asesinato o por realizar abortos, por los que sería juzgada ante la justicia del corregidor.

Durante los días que la partera permaneció bajo la custodia del inquisidor, colaboró en todo lo que fue requerido. La mujer decía no conocer bien las

costumbres de sus vecinos, aunque sí sabía de algunas personas destacadas que no ocultaban su fe judía. De nuevo aparecieron los nombres de Sancho de Ciudad, Juan González Pintado, Mara la cerera o el viejo Falcón, pero Tomás le exigió más información sobre ellos, ya que eran los más repetidos en los testimonios recogidos hasta el momento por Juan Martínez Cepudo. El secretario copiaba en el libro de confesiones las declaraciones completas de cada uno de los testigos, aunque en su testimonio hiciese alusión a varias personas. Después, trasladaba cada declaración al auto correspondiente para reunir todos los testimonios contra cada uno de los acusados. El edicto de gracia se había leído en la homilía de todas las misas del domingo anterior, y se clavó el documento en la puerta de las iglesias de la ciudad para general conocimiento de los fieles. Durante un período de treinta días, herejes y pecadores podían manifestar sus pecados y los de sus vecinos para reconciliarse con la Iglesia, pero, si no lo hacían, transcurrido el período de gracia debían atenerse a las consecuencias. Algunos comenzaron a temer por su seguridad. Los testimonios de algunos viajeros, llegados del vecino reino de Aragón, amedrentaban a los más temerosos, ya que, en muchos casos, los jueces inquisidores habían actuado con contundencia ejemplarizante contra los herejes.

Pascuala no comprendía muy bien el alcance de sus comentarios, que, de manera concienzuda, anotaba el secretario. La mujer se sabía en deuda con el licenciado por librarla de la prisión en la que había estado encerrada durante todo ese tiempo. A diferencia de la celda en la que había pasado las últimas semanas, ahora disfrutaba de una cómoda habitación en la casa. Aunque Tomás se había propuesto tratarla con dignidad, no olvidaba que era una prisionera reclamada por la justicia del corregidor y que, si Pascuala decidía escapar, quedaría en una situación muy comprometida. Por ello, consideró que debía tomar las precauciones suficientes, y asignó a Quiteria su vigilancia y cuidado durante el día, mientras, por la noche, la prisionera dormía encerrada dentro de la habitación.

La partera se convirtió en la principal confidente del tribunal, que, hasta entonces, se había limitado a anotar los escasos testimonios y confesiones de los que acudían al tribunal. Aunque la mujer se mostraba agradecida, comenzó a temer que sus declaraciones pudieran perjudicar a algunos conversos, y se

limitaba a contar pequeñas anécdotas que consideraba sin trascendencia.

—Ya me habéis preguntado sobre Sancho de Ciudad, y no puedo deciros mucho más de lo que ya os he contado. Yo, señor, no me mezclo con ellos. Solamente en una ocasión me mandaron llamar de su casa cuando Isabel de Teba, la nuera de Sancho de Ciudad, la que está casada con su hijo Juan, parió a su primer hijo.

Tomás insistió en que Pascuala contara algo más sobre aquel hombre y si en alguna ocasión le había visto practicar ritos judíos.

—Señor, los conversos somos como los cristianos: los ricos no frecuentan las casas de los pobres y los pobres no molestan con su presencia a los ricos. Lo poco que conozco lo sé de oídas, porque, salvo en aquella ocasión, nunca más he visitado su casa. Aunque anda metido en cosas de recaudación, tiene fama de ser un buen hombre. Dicen que se apiada de los que no pueden pagarle y que a algunos les aplaza las deudas sin cobrar más por ello.

Pascuala ya no era aquella mujer recelosa que llegó abatida y desaliñada a casa del licenciado hacía algunos días; ahora mostraba confianza y sabía lo que se esperaba de ella.

—Hay quien dice que está retajado desde hace diez o doce años, que vino por aquí un mercader de Cáceres y retajó a los hombres que quisieron circuncidarse. —La mujer se ruborizó por haber mencionado aquello y se disculpó, pero aquella información resultó de gran interés para los dos hombres.

Juan Martínez Cepudo tomaba nota de las declaraciones que realizaba la partera, y le preguntó si recordaba algún detalle del día que estuvo en la casa de Sancho de Ciudad o si vio u oyó algo que recordase especialmente.

—Solo recuerdo que, encontrándome en su casa, Sancho de Ciudad regresó de un viaje de Aranda del Duero, y me acuerdo del lugar porque una prima mía se marchó a vivir allí con su marido cuando se casó. Cuando el hombre llegó, su nuera estaba a punto de parir, y estaba tan nervioso o más que su hijo, que era primerizo. Pero, cuando nació la criatura y la tuvo en sus brazos, comentó que le había faltado poco para no ver a su nieto, porque había tenido una pelea con otro regidor que le había echado en cara que rezase sus oraciones de judío a la vista de todos. Y que se enzarzaron en una discusión hasta el punto de sacarle el otro un puñal, y que se libró de que se lo clavara

porque intervinieron los otros regidores con los que iban.

A través de Pascuala, el tribunal recogió información muy fragmentada de otros conversos de quienes ya había oído hablar anteriormente. Conforme pasaban los días, aumentaron los testigos que se acercaron a confesar por voluntad propia, pero su número no llegaba a las cifras que esperaban alcanzar, y faltaban pocos días para finalizar el período de gracia.

Por ese motivo, Tomás decidió dar un golpe de efecto que hiciese salir a los indecisos del refugio de su silencio. Por Pascuala sabía que muchos judíos que se habían convertido falsamente a la fe cristiana habían sido enterrados en suelo sagrado en el cementerio de San Francisco, en lugar de en el fonsario destinado a los judíos situado extramuros de la ciudad, entre las puertas de la Mata y de Calatrava. Los conversos preferían los enterramientos en sagrado porque ello los hacía parecer cristianos a ojos extraños, pero también así evitaban el saqueo y la profanación de las tumbas en aquel fonsario donde en ocasiones también se enterraban mulas, bueyes y otras bestias.

Una fría mañana de enero, los vecinos del convento de San Francisco se despertaron con las primeras luces del alba por el ruido de las palas que dos hombres empleaban en el cementerio próximo al convento. Los hombres se servían de las palas para retirar la tierra de una de las sepulturas que había sido excavada recientemente. Junto a ellos se alzaba la esbelta figura del inquisidor y la de su secretario, que mantenían un ademán solemne al sentirse observados. La gente salía de sus casas y se arremolinaba en los alrededores a una prudente distancia: no eran muchos los que se atrevían a acercarse hasta el lugar, y murmuraban entre ellos persignándose. La tierra se encontraba húmeda por el relente de la mañana, y, en poco tiempo, el trabajo ágil de los dos hombres dejó al descubierto los restos mortales que andaban desenterrando. El cadáver se hallaba envuelto en una mortaja blanca y orientado hacia al este, en dirección a Jerusalén, como establecía la Torá. Se sirvieron de unas cuerdas para alzarlo hasta la superficie hasta posarlo junto a los pies de Tomás. Con el cadáver fuera, la sepultura vacía dejaba a la vista un curioso montículo donde el difunto apoyaba la cabeza.

La situación se tensó cuando una dueña de mediana edad se dirigió a la

carrera hasta el lugar donde se encontraba el grupo de hombres, pero fue detenida por dos mujeres que no le permitieron acercarse a la sepultura de su esposo. La mujer sollozaba, gritaba y suplicaba que no profanaran el cadáver de su marido. Fue arrastrada por la fuerza hasta que la metieron de nuevo en su casa: ni a ella ni a nadie le convenía delatarse como judío delante del inquisidor. Los hombres que atendían la excavación miraban de reojo la escena, pero continuaban atentos a las instrucciones del licenciado, que estaba dispuesto a descubrir completamente al difunto. El infeliz al que habían desenterrado llevaba muerto algo menos de un mes, y su cadáver había sido preparado con un sudario de tela de lienzo de unas treinta medidas de largo, lo que permitía envolver el cadáver con varias vueltas sobre el cuerpo. Cuando descosieron el sudario, un fuerte olor a descomposición inundó todo el ambiente y los obligó a taparse la nariz y la boca con un trapo. El cadáver descompuesto quedó a la vista, y Juan Martínez Cepudo no pudo contener unas arcadas que le provocaron el vómito. Tomás permaneció impassible, dispuesto a demostrar que aquel hombre había sido enterrado conforme al rito judío. Debajo de la cabeza del muerto, y dentro del sudario, descubrió una bolsa de tela que parecía contener algo en su interior. El licenciado la alcanzó como pudo evitando la proximidad de su cara con aquellos despojos. Abrió la bolsa con cuidado y solo encontró tierra, que vertió sobre el fallecido. Era tierra de Jerusalén, tierra sagrada para los judíos, que en vida se procuraban un puñado para hacerla reposar bajo su cabeza el día de su muerte.

Pero aquel ritual de desenterramiento no era suficiente para conseguir el efecto que pretendía Tomás entre los judíos conversos. Era necesario inducir auténtico temor en ellos y convencerlos de que, si no se arrepentían, serían perseguidos sin descanso, incluso después de muertos. Tomás ordenó a los dos hombres que habían desenterrado el cadáver que tomaran el cuerpo lo cargasen en el carro con el que habían acudido al cementerio, sin que mediaran más explicaciones ni palabras con los que presenciaban la macabra escena. Uno de los alguaciles tomó las riendas del mulo y, como si ya supiera el destino, hizo girar el carro con dirección a la Mata por la calle de la mancebía, que se encontraba próxima al alcázar. La noticia de lo que estaba ocurriendo se extendió con rapidez, y enseguida se formó una procesión de curiosos detrás de la carreta y del licenciado, al que de cerca seguía su

secretario, que apenas si se había repuesto de la espantosa visión. El extenso grupo de gente que se había reunido de manera espontánea salió de la ciudad por la puerta de la Mata y llegó hasta el cementerio judío. Antes de descargar el cadáver, los dos hombres volvieron a tomar las palas y se dispusieron a ahondar una fosa medio abandonada donde, sin contemplación ni ceremonia algunas, arrojaron el cuerpo y lo volvieron a cubrir de tierra.

—En este cementerio —dijo Tomás, pausado y en voz alta, mientras miraba por primera vez a los ojos de los que lo habían acompañado para infundirles el temor que buscaba— serán enterrados todos los que renieguen de la religión de Cristo y abracen la ley de Moisés, y este es el final que les espera a los que no confiesen sus pecados y culpas y a los que encubran a sus parientes y vecinos.

Ahora estaba convencido de que había dado el golpe de efecto que buscaba, pero necesitaba comprobar que aquellas gentes estaban dispuestas a colaborar.

Después de aquel día, Martínez Cepudo tardó mucho tiempo en olvidar la horrible visión de aquel cuerpo en descomposición, el olor pútrido de la muerte y la manipulación sin contemplaciones del cadáver que había comenzado su descanso eterno. Pero, más que la espantosa escena, al secretario le sorprendió la sangre fría de la que había hecho gala el licenciado durante aquella mañana y que tanto contrastaba con el trato amable y educado que solía mostrar habitualmente. Sin embargo, se abstuvo de hacer ningún comentario delante de su señor.

Pocos días después, en otro lugar de la ciudad, el jurado Arévalo regresó a su casa cuando ya estaba a punto de oscurecer. Acababa de llegar cuando oyó golpear la puerta tras de sí con una inusual impaciencia.

—Abrid, en nombre de Dios y de la Iglesia.

—¿Quién va con tanta premura? —gritó el jurado mientras se acercaba a la entrada.

El jurado abrió la puerta y se encontró con el licenciado Tomás de Cuenca, al que acompañaban su secretario y los dos hombres que le asistieron el día del cementerio y a los que hacía poco tiempo había nombrado alguaciles del

tribunal. En su mente se agolpaban las ideas, repasaba mentalmente en qué se había descuidado para levantar las sospechas de la Inquisición, pero no supo reaccionar y permaneció callado delante de ellos durante unos segundos.

—Jurado Arévalo, este tribunal de Inquisición, creado a instancias de su excelencia reverendísima el arzobispo de Toledo, ha tomado la decisión de examinar vuestra casa por existir indicios de que albergáis libros judaicos y de oraciones que son contrarios a la ley de Dios y de la Iglesia —dijo Tomás solemnemente mientras entraba en la casa sin la autorización de su dueño.

La comitiva se introdujo en el interior de una vivienda espaciosa y ordenada. El jurado vivía solo y acababa de regresar de una asamblea a la que había asistido por razón de su cargo. Era un hombre culto y educado, y por ello había sido el encargado de confeccionar el padrón para el reparto de las rentas y las derramas que se pondría a disposición de los arrendadores de rentas.

—¿Pero qué buscáis, señores? En mi casa no hallaréis libros como los que mencionáis. Hacedlo para quedaros tranquilos, pero no encontraréis nada.

Los alguaciles vaciaron los cajones de los muebles, miraron debajo de los jergones y golpearon el suelo para detectar algún solado suelto. En poco rato alborotaron la casa de aquel hombre, y solamente hallaron un libro de pastas negras que se encontraba a la vista, encima de una estantería. Tomás lo cogió para comprobar su naturaleza.

—¿Cómo osáis tener este libro en vuestro poder? —dijo el licenciado después de hojearlo.

El hombre quedó sorprendido por las palabras de Tomás.

—No os comprendo, señor; se trata de una biblia, como podéis apreciar por vos mismo —respondió el jurado.

—Este libro no es la biblia. La sagrada biblia, la verdadera, la que recoge la palabra de Dios, está escrita en latín, e imagino que os habréis percatado de que este libro no lo está.

—Me hice con este ejemplar porque no entiendo el latín, y creí que de esta forma procuraría mayor gloria y alabanza a Dios nuestro Señor pudiendo leer a diario su palabra —dijo aquel hombre, temeroso de haber incurrido en alguna falta sin saberlo.

El clérigo le lanzó una mirada inquisitiva, como si quisiera adivinar sus

intenciones con solo mirarlo a los ojos. El licenciado hojeaba aquel libro sin prisa alguna, y pidió al jurado que le sirviera un poco de agua para aclararse la garganta. El hombre salió de la habitación y regresó al instante con una jarra y un vaso.

—Os exijo que devolváis este libro a quien os lo vendió, porque su contenido no está autorizado por la Iglesia. No es de buen cristiano tener libros como este.

—Disculpadme, señor, por mi ignorancia, pero pensé que era una biblia como todas las demás. Os aseguro que cuando la compré solamente guio mi voluntad la intención de santificar a Dios.

Los alguaciles ya habían terminado el registro de la casa del jurado sin hallar mayores indicios de herética pravedad. Corrieron las cortinas y cerraron las contraventanas después de concluir su trabajo.

—Hacedlo mañana mismo o lo lamentaréis —dijo, contundente, el licenciado, depositando la biblia con un golpe seco sobre la mesa.

El jurado Arévalo cerró la puerta y se quedó mirando por la ventana para comprobar que aquellos hombres se alejaban calle abajo. Tomó la biblia y, sin apenas tenerse en pie por los nervios, se dirigió hacia un rincón de la habitación. Movi6 el pequeño armario y, en la parte baja de la pared, abrió una trampilla camuflada con varios ladrillos sueltos. Depositó la polémica biblia con otros libros y volvió a colocar los ladrillos, obstruyendo la trampilla. Abrió la ventana para que entrara más luz, aunque ya estaba oscureciendo, y se dio cuenta entonces de qué se había manchado las manos con un finísimo polvo negro. En aquel instante, volvieron a llamar a la puerta, y la golpearon con más insistencia que antes. El hombre se mostraba muy nervioso, pero desde fuera le exigían que abriera de inmediato. Los nervios del jurado le impedían pensar con claridad, y como se retrasó al abrir la puerta, la forzaron desde fuera los dos alguaciles de la Inquisición. El hombre tenía aún las manos manchadas de negro, y apareció el licenciado luciendo una maléfica sonrisa al comprobar que su plan había funcionado. Unos minutos antes, cuando el jurado salió de la habitación para servirle un poco de agua, Tomás introdujo entre las páginas de la biblia una delgada ampolla con aquel polvo negro, que reventó cuando depositó la biblia con fuerza sobre la mesa. La escasa luz y los nervios impidieron que el jurado se percatase de la trampa.

Ahora era fácil comprobar los muebles que había tocado con las manos manchadas y llegar hasta el escondite que pretendían descubrir. Los alguaciles detectaron el pequeño mueble de la habitación y la trampilla con los ladrillos sueltos, que también se encontraban ennegrecidos. Dentro del hueco de la pared, hallaron un libro hebreo de oraciones y otro de salmos, y también un libro de leyes judías. Pero de todos los libros hallados, el que más delataba al jurado fue el libro de las Lamentaciones, ilustrado en sus pastas por un dibujo con intensas llamas sobre un horno ardiente que Tomás identificó enseguida con el *sancta sanctorum* que Jeremías tuvo en su poder.

El jurado Arévalo fue arrestado y trasladado hasta la casa del tribunal, para que sirviera de escarmiento. Los alguaciles ya se encargaban de responder a los curiosos que lo llevaban preso por posesión de libros prohibidos, que no eran otros que los libros judíos encontrados en su casa. De nuevo, se formó un buen grupo de gente detrás de la comitiva que lo llevaba arrestado. El jurado permaneció detenido en la casa del tribunal de la Inquisición durante varias horas, hasta que declaró sus pecados y reconoció su condición de judío convertido a la fe de la Iglesia. Después, fue puesto en libertad y advertido de que, en los próximos días, se iniciaría un proceso contra él y que debía pensar en reconciliarse con la Iglesia y arrepentirse de todos sus pecados.

Tras aquellas actuaciones se aceleró el número de testigos y confesantes que acudieron a declarar sus faltas ante el tribunal de Inquisición, de las que Juan Martínez Cepudo tomó cumplidas notas en el libro de confesiones.

25

EL LUGARTENIENTE, AL ACECHO

Después de escuchar los oficios en el convento de Santo Domingo, el licenciado solía caminar a primera hora de la mañana por la ciudad. Había tomado aquella costumbre desde la tarde que lo abordó en la calle el embozado oculto entre la espesa niebla y que le presentó sus respetos colocando en su pecho la punta de un cuchillo. En ocasiones aprovechaba para realizar algunos recados, pero, la mayoría de las veces, se dejaba llevar por sus pasos y solía perderse por los barrios y las callejuelas de la ciudad, o caminaba entre las huertas próximas a la muralla. Aquel día, sus pasos lo condujeron por Barrionuevo hacia la esquina con la calle del Combro, donde, algo más abajo, se alzaba sobre las demás la impresionante torre de la casa de Sancho de Ciudad, que confería un estilo señorial y elegante a la vivienda del arrendador de impuestos.

En la esquina, dudó si continuar su paseo hacia la plaza Mayor o girar en dirección norte, por la calle con la que se había cruzado, pero se detuvo al reconocer a Teresa, que en ese momento salía de la casa de su padre. Al verla le dio un vuelco el corazón. En su fuero interno deseaba cruzarse con la joven, que, sin proponérselo, había ocupado su pensamiento en los últimos días, pero dudó de si a ella le agradaría el encuentro. En ese instante se percató de que alguien más la vigilaba a distancia y que se esforzaba en permanecer oculto. Dos hombres se escondían con disimulo detrás de los gruesos muros de una cerca para pasar desapercibidos, y no abandonaron su escondite hasta que la

mujer se alejó, y la siguieron calle abajo con sigilo. Tomás reconoció en la lejanía al lugarteniente Álvaro de Pecellín y al alguacil que, días antes, escoltó a Pascuala, la partera, hasta su casa. La presencia de aquellos hombres acechando a Teresa despertó su curiosidad, y decidió tomar precauciones para pasar inadvertido.

En aquel momento la escena no dejaba de resultar llamativa. Teresa caminaba por la calle del Combro en dirección a Calatrava y aceleró el paso para no llegar tarde a su destino. Por detrás, el lugarteniente del corregidor y el alguacil la seguían a cierta distancia esforzándose por no delatar su presencia, y, algo más atrás, desde la esquina contraria, Tomás los seguía con sigilo a todos, intrigado por lo que estaba sucediendo.

La joven llegó hasta una vieja casa semiderruida, abandonada hacía tiempo, desde que las viejas vigas del techo cedieron ante el peso del tejado y este se vino abajo. La vegetación y las plantas habían ocupado el patio, y la tierra había cubierto parte de los restos del solado. La joven miró a uno y otro lado antes de entrar en su interior, aunque su gesto mecánico le impidió percatarse de que alguien la observaba desde la distancia. Se introdujo por el hueco de la puerta, que estaba descolgada, y casi con un hilo de voz hizo notar su llegada:

—¡Diego! ¿Estás ahí? —dijo con un pequeño susurro.

Nadie parecía responder a la llamada de la mujer, que tuvo que insistir, hasta que, por fin, apareció un joven por una de las dependencias que comunicaban con el patio y que parecían los restos de una vieja cocina.

—¡Hermana, cuánto tiempo! —El joven se quitó el sombrero que llevaba calado y abrazó a Teresa mientras su cara reflejaba gran alegría por el reencuentro.

—Te creíamos fuera de la ciudad —dijo ella sin dejar de acariciar su cara—. ¿Dónde has estado todo este tiempo? —Será mejor que por vuestra seguridad no sepáis nada. Estoy bien, no os preocupéis por mí.

—Padre está muy preocupado. Desde que te marchaste le ha invadido una melancolía tan grande que no parece él mismo. Le alegrará saber que te encuentras bien. Nadie sabe que he venido, como me pediste en tu aviso, pero todos estamos deseando que vuelvas. ¿Necesitas algo? Te he traído un poco de comida y esos bollos que tanto te gustan.

Diego de Ciudad miraba con una sonrisa a su hermana, que hablaba tan acelerada que apenas si le dejaba responder.

—No necesito nada; donde me escondo me tratan bien. Solamente quería verte para saber de vosotros. Debo seguir oculto hasta que pueda demostrar mi inocencia. Escucha —dijo bajando la voz y aproximándose a ella—: estoy convencido de que Sancho Díaz, el tintorero, está detrás de todo esto y de que me han culpado a mí para desviar la atención. No sé lo que está pasando, pero nada es lo que parece. El día que corrí hacia la casa del cuchillero en llamas, los de dentro me gritaron que los había encerrado ese tintorero. Los confinó en la casa, y le prendió fuego para deshacerse de ellos. Averigua lo que puedas de ese hombre.

—¿Y por qué querría el tintorero asesinar al cuchillero y su familia?

—¿No lo comprendes? Los que murieron en esa casa no fueron Miguel de Mora y sus hijos: fueron tres hombres que...

De repente, se escucharon los goznes de la puerta que se encontraba descolgada; los que entraron no tardaron en llegar hasta el patio de la vivienda donde se hallaba Teresa, pero el joven ya había desaparecido.

—¿Dónde está? —dijo Álvaro de Pecellín con la espada desenvainada nada más entrar.

—¿Qué ocurre? No sé de qué estáis hablando —respondió Teresa, sobresaltada por la entrada impetuosa de los dos hombres.

—Sabemos que habéis acudido aquí para veros con vuestro hermano. —El alguacil se introdujo rápidamente por las habitaciones para localizar al prófugo mientras el lugarteniente del corregidor permanecía junto a la mujer—. Me dieron aviso de que anoche lo vieron entrar en la ciudad, y sospechamos que intentaría ponerse en contacto con vuestra familia.

—Os repito que no sé de lo que me habláis —insistió la joven, desafiante, con la cabeza levantada.

—De nada servirá negarlo: os he oído hablar y he escuchado la voz de un hombre.

En ese instante, se oyó una voz grave que salía de una de las habitaciones que daban al patio.

—No quisiera causaros confusión —dijo—, pero no debéis ser tan suspicaz donde solo hay negocios.

Álvaro de Pecellín se sorprendió, tanto como lo estaba la propia Teresa, que no daba crédito a lo que estaba sucediendo, al ver aparecer a Tomás de Cuenca por una de las habitaciones de aquella casa semiderruida.

—¡Licenciado! ¿Qué hacéis vos aquí? —dijo el lugarteniente, confundido por su presencia.

—Me interesé por esta casa; mi secretario insistió en que, aunque derruida, tenía muchas posibilidades. Esta joven se ha ofrecido amablemente a mostrármela por si llegamos a un acuerdo.

—No creo que sea este el mejor lugar para que una joven salga de él con su honor intacto —dijo Álvaro de Pecellín.

—Estoy convencido de que no sois un hombre que se escandalice fácilmente —respondió el licenciado con una sonrisa amable.

El corregidor miraba con desconfianza al clérigo, y no se movió hasta que vio aparecer al alguacil por una de las dependencias que daban al viejo patio. Por el gesto del sayón supo que no había tenido éxito y que no había ni rastro del muchacho.

—Si no fuera porque sois hombre de iglesia, sospecharía que provocáis intencionadamente interferir en mis investigaciones, pero mi paciencia se agota en la misma medida que vos gustáis de ponerla a prueba.

Tomás sostuvo con gesto amable la mirada desafiante del lugarteniente, que no podía ocultar su contrariedad. Los dos hombres se marcharon por donde habían venido, pero Álvaro de Pecellín desencajó la puerta del gozne del que pendía y la arrojó al suelo con violencia. Cuando los hombres se marcharon, Teresa hizo intención de abandonar la casa sin más comentarios.

—¡No! ¡Aguardad un momento! —dijo Tomás para detenerla—. Si no queréis agradecer mi intervención, contestadme al menos a una pregunta.

—Nadie os ha pedido que intervengáis.

—Cierto, pero creí que mi aparición os sacaría de un apuro.

—¿Un apuro? —respondió la joven con desconfianza.

—Sí, un apuro, como evitar que os sorprendan ayudando y escondiendo a un prófugo de la justicia.

Teresa guardó silencio, sin comprender muy bien lo que pretendía el clérigo.

—¿Qué motivos tenía vuestro hermano para prender fuego a la casa del

cuchillero? —preguntó Tomás de repente cuando la joven se había vuelto para marcharse.

Teresa se giró al escuchar las palabras del licenciado.

—Mi hermano no es un asesino —respondió con dureza—. Los que han levantado esa acusación ignoran que intentó salvar la vida de aquellos hombres.

—¿Y por qué se esconde si es inocente?

—Hay una conspiración para hacerlo parecer culpable, pero vos no lo entenderéis nunca, porque vuestro oficio también consiste en acusar a inocentes.

Teresa salió de la casa con determinación, sin esperar respuesta a sus duras palabras. Aquella mujer nada tenía que ver con la joven amable con la que había tratado Tomás en anteriores ocasiones. Su enérgica reacción solamente podía entenderse si Teresa ya se encontraba al tanto de su actuación en el cementerio de San Francisco, y comprendió que ya era de dominio público en toda la ciudad.

26

AJUSTE DE CUENTAS

Aquellos días de enero transcurrían con rapidez para Tomás de Cuenca y Juan Martínez Cepudo, que se habían constituido en tribunal de Inquisición de la herética pravedad, y parecían no contener horas suficientes para tomar declaración a los que acudían a confesar sus pecados, cuyo número se había incrementado de forma significativa desde la macabra actuación en el cementerio de San Francisco. Un mensajero trajo para el licenciado una carta urgente que esperaba desde hacía tiempo. La leyó con avidez, se puso el abrigo con prisas y salió a la calle con celeridad, dejando en manos de su secretario la declaración de una mujer viuda que decía hablar con su marido, en sueños, cuando se le aparecía con aspecto de niño.

Como cualquier otro martes, mercaderes, artesanos y comerciantes volvieron a plantar sus tenderetes y puestos de venta en la plaza Mayor, donde acostumbraba a celebrarse el mercado semanal. La apacible mañana favorecía que el mercado luciese animado y repleto de gente, muchos llegados desde las aldeas próximas. Tomás salió con la esperanza de encontrarse con Teresa para transmitirle las buenas nuevas que había recibido, pero no le resultó tan fácil por el gentío que se había concentrado en la plaza. Sin embargo, sí reconoció entre la multitud al joven con el que ya había tratado en un par de ocasiones.

—Buenos días, Hernando. ¿Qué tal vuestro padre?

—¡Oh, licenciado! Disculpád que no os haya visto entre tanto bullicio. Se encuentra bien. Le alegrará saber que os interesáis por él.

El joven saludó con cordialidad al clérigo, pero parecía algo distraído. Desde la distancia parecía divisar a alguien a quien intentaba no perder de vista entre la gente.

—Saludadlo de mi parte. A juzgar por cómo desfilaba el otro día, parece que ya se haya repuesto del percance con aquellos calatravos.

—No os preocupéis por los calatravos: creo que no volverán a molestarnos en algún tiempo.

Tomás no supo qué había querido decir el joven Hernando con aquellas palabras, pero le pareció que todo se encontraba en orden.

—No quisiera distraeros de vuestro objetivo, al que veo que tenéis bien echado el ojo. Volveremos a vernos —sonrió, malicioso, el clérigo al comprobar que las miradas del muchacho se dirigían hacia una hermosa joven que se perdía entre la multitud.

El licenciado lo observó marchar, y lo siguió con la mirada hasta que se acercó a la muchacha a la que el joven había avistado desde la distancia. Sonrió ante los requiebros que Hernando le dedicaba y que tanto parecían divertir a la pequeña que acompañaba a la muchacha.

Resultaba difícil caminar entre la gente que se había congregado aquella mañana en la plaza, aunque Tomás se hizo paso como pudo y se dirigió hacia las carnicerías. Avanzó junto a los tenderetes de los comerciantes para echar un vistazo a las novedades que, cada cierto tiempo, traían los mercaderes. En uno de los puestos, un vendedor intentaba convencer a los viandantes de las excelencias de un extraño utensilio que se utilizaba para comer. Consistía en una pieza metálica con dos puntas, a la que llamaban «tenedor», que permitía pinchar la comida sin ensuciarse las manos, con un largo mango por el que se sujetaba, y que también se podía utilizar para rascarse la espalda.

Pero cuando Tomás se disponía a acortar por entre los puestos, recibió un empujón por el que estuvo a punto de caer al suelo, y dio un traspié. Se volvió para encararse con quien se había tropezado, pero el hombre se alejó con rapidez sin disculparse. Todo transcurrió muy deprisa, y el clérigo no se percató de que le habían preparado una encerrona. Sin darse cuenta, se vio entre las cuerdas que sujetaban las mantas y lonas que los puestos y tenderetes habían tendido entre sí. A duras penas, logró salir por la trasera de uno de ellos, a donde lo habían desplazado con aquel calculado envite, pero se

encontró de frente con otro hombre, al que tampoco pudo ver la cara, que le propinó un golpe en el costado, entre las costillas. El hombre se alejó a escape; nadie parecía darse cuenta de lo que sucedía, aunque la plaza se encontraba abarrotada de gente. A Tomás no le quedaba aliento para pedir ayuda, y quedó doblado por el golpe que acababan de asestarle sin que de su garganta pudiera escapar ni un hilo de voz.

Recordó entonces la agresión que había sufrido Martínez Cepudo cuando algunos desconocidos le lanzaron tomates podridos y otras hortalizas incomedibles. Tampoco había olvidado la figura de aquel embozado que le sacó un cuchillo en la calle. Quizá, debería haber concedido más importancia a aquellos sucesos y tomado precauciones. El clérigo se apoyó sobre unas cajas apiladas de madera para tomar aliento, pero, con la misma rapidez que los anteriores, otro hombre se acercó hasta él y le asestó el golpe definitivo con un codazo en la cara. El licenciado cayó desplomado sin que nadie advirtiese lo sucedido, pero, después de un rato, se formó un revuelo a su alrededor cuando un mercader dio la voz de alarma al verlo caído en el suelo. Entre la multitud que se había arremolinado en torno a Tomás, alguien le tendió una mano para que pudiera levantarse.

—Alejaos un poco; este hombre se ha desvanecido y necesita respirar — dijo una mujer joven cuando consiguió incorporar al clérigo y dejarlo sentado en el suelo.

Tomás se levantó dolorido y se sorprendió al reconocer a la joven Beatriz, que lo ayudó a ponerse en pie. Reconoció sus rizos rojos mientras lo sujetaba del brazo para evitar que perdiera el equilibrio. El licenciado apenas si podía ver con el ojo derecho por el golpe que le habían asestado en la cara. Se sentía mareado, pero, en aquella nebulosa en la que se había convertido el mercado, le pareció distinguir la silueta de Teresa, que acompañaba a la hermana del médico.

—Será mejor que lo traslademos a casa para que mi hermano pueda atenderlo —dijo la mujer.

—Gracias, señoras, pero no creo que sea preciso —intentó excusarse Tomás, aunque sus torpes pasos delataban su lamentable estado.

Por suerte, apareció el criado, Simón Beltrán, entre la multitud, lamentándose del desgraciado percance que había sufrido su señor, y

agradeció la venturosa casualidad que le había permitido encontrarse con él para atenderlo. El hombre pasó el brazo izquierdo del licenciado por encima de su hombro mientras lo sujetaba por la axila contraria para cargar con él.

Pese a las reticencias de Tomás, se impuso el criterio de las dos mujeres, y Simón lo trasladó a casa del médico para que examinara su estado.

Gonzalo Rodríguez de Santa Cruz atendía en su casa a algunos enfermos y accidentados y, cuando vio aparecer a Tomás, se sorprendió por lo sucedido y lo pasó a una sala privada donde solía recibir a las personas importantes de la ciudad que acudían a su consulta. Simón dejó al licenciado sobre la cama y le pidió permiso para ausentarse por un recado que debía hacer con urgencia, con la promesa de volver más tarde a recogerlo y acompañarlo a casa.

El médico parecía desbordado, y Pedro, el joven aprendiz que tenía a su cargo, hacía todo lo que podía para vendar y limpiar heridas y eccemas. Muchos vecinos de las pequeñas aldeas próximas aprovechaban el día de mercado para visitar al médico, y los martes se llenaba la consulta, igual que les ocurría a otros negocios de la ciudad. Beatriz no solía frecuentar aquella zona de la casa donde vivía con su hermano porque sentía un especial reparo por la sangre y la visión de heridas y enfermedades. Pero Teresa se preocupó por aquel hombre, por lo que decidió permanecer a su lado hasta asegurarse de que se había repuesto. Quizá se sentía culpable por las duras palabras que le dirigió el día en que el clérigo la salvó del acecho del lugarteniente del corregidor. Lo cierto era que aquel hombre la desconcertaba desde el día en que lo conoció. Quizá era su presuntuoso atractivo o su incisiva manera de mirarla mientras caminaban cuando charlaban, pero había algo en él que le provocaba desasosiego.

Tomás se recostó sobre la cama de la habitación en la que lo había introducido el médico hasta encontrar un hueco para atenderlo. Se había mareado y aguardaba con los ojos cerrados. El golpe que había recibido en el ojo derecho le produjo un moratón más que evidente, y Teresa preparó una cataplasma para evitar que le subiera la inflamación. La joven se había sentado junto a él. El hombre tenía la cabeza girada hacia el otro lado, y ella se fijó en los rasgos armoniosos de su cara, en su frente ancha, con las líneas del ceño marcadas, en su amplio mentón y en su nariz recta, que le confería un especial atractivo. Pero eran sus labios gruesos los que, entreabiertos,

captaban su atención. No podía dejar de mirar aquellos labios, por entre los que asomaban unos dientes blancos y perfectos. Recordaba que fue su boca lo que más le sedujo cuando lo conoció, pero el hombre se rebulló en su lecho y ella recuperó la compostura.

Tomás hizo intentos de incorporarse, pero la joven lo sujetó para que no se moviera.

—No, será mejor que no os mováis —dijo con determinación—. Descansad; os habéis llevado un buen golpe en la cara.

—Sí, parece que no sois la única persona a la que no agrada mi presencia en esta ciudad —dijo el licenciado con gesto de dolor y llevándose la mano al ojo en el que había recibido el codazo.

—Me temo que os habéis ganado algunos enemigos con vuestra actuación en el cementerio de San Francisco —respondió la mujer con seriedad.

En ese instante, Gonzalo Rodríguez de Santa Cruz entró en la habitación y pidió al clérigo que le indicase dónde tenía las molestias. Llamó con una voz a su aprendiz para que le asistiese, pero el muchacho se encontraba limpiando una herida en aquel momento. El médico le pidió a Teresa que lo ayudase a levantar a Tomás, de manera que pudiera reconocerlo y observar con más detalle el golpe en el costado. El clérigo desnudó su torso por encima de la cintura para que el médico lo explorase, pero la situación resultó embarazosa para la joven. Teresa rehuía mirar el cuerpo del hombre, aunque no le pasaron desapercibidas las anchas formas de su torso y los músculos que marcaban sus hombros y brazos.

El médico exploró al paciente y descubrió una costilla lesionada que le causaba dolor, pero, por suerte, descartó que estuviese fracturada.

—Os acoplaré un vendaje en el cuerpo que deberéis llevar durante unos días, hasta que se os quiten las molestias que tenéis.

El médico pidió de nuevo ayuda a Teresa para ponerle el vendaje. Se colocó detrás del paciente, y la joven desvió la mirada con naturalidad, sin mostrar que le turbaba la visión de la espalda de aquel hombre. De forma instintiva inhaló su aroma con profundidad, cuando se acercó a la espalda del licenciado para recoger el estrecho lienzo de tela que por uno de los lados le pasaba el médico y que ella devolvía por el otro, mientras lo enrollaban al cuerpo del clérigo.

Después de aquella tarea, Tomás se sintió más aliviado. El médico volvió a salir de la habitación, acuciado por la atención que necesitaban algunos pacientes, y la joven ayudó a Tomás a introducir sus brazos por las mangas de sus ropas y terminó de colocarle el abrigo.

—Os agradezco vuestra amabilidad y todo el tiempo que habéis empleado en asistirme —dijo Tomás, agradecido.

—Mi padre siempre dice que no debe abandonarse a la suerte de una tormenta a quien los vientos del destino han arrastrado a nuestro lado.

—Tengo que confesaros que he acudido al mercado con la intención de buscaros y de coincidir con vos.

Teresa abrió los ojos al escuchar las palabras de Tomás.

—A primera hora he recibido esta carta de mi buen amigo el refitor de la catedral de Toledo. En ella me indica que se ha puesto en contacto con el arrendador de la explotación de la greda de Magán y que está dispuesto a llegar a un acuerdo.

—¿Qué acuerdo? —preguntó la joven, interesada.

—Estaría dispuesto a respetar el precio antiguo de la greda, rebajando cuatro maravedís el precio de la arroba, a cambio de que el concejo de la ciudad aceptase un contrato de monopolio que obligase a esto a todos los gremios, incluido el de los bataneros.

—Eso sería una solución —dijo Teresa, animada—. Comentaré este asunto de inmediato con mi padre, y le pediré que se ponga en contacto con el arrendador de la greda para fijar las condiciones del acuerdo.

Teresa aguardó un instante mientras Tomás terminaba de componerse las vestiduras. Aquel hombre la desconcertaba: sabía que se mostró descortés con él cuando la salvó de la celada que le había preparado el lugarteniente del corregidor. Pero su actuación en el cementerio había sido demasiado cruel. Se preguntaba cómo un hombre atento y amable podía haberse convertido en inquisidor, aunque, por entonces, todavía no alcanzaba a comprender el verdadero alcance del problema.

—Os quedo muy agradecida por vuestra mediación. Espero algún día poder devolveros el favor —dijo la joven, atenta.

—Ya lo habéis hecho, hoy mismo, rescatándome de la tormenta —dijo con una sonrisa y repitiendo sus palabras—. Solamente os pido una cosa: que no

digáis a nadie quién os ha puesto en contacto con ese arrendador.

La joven comprendió que el licenciado quisiera permanecer al margen de aquel asunto, y le garantizó la discreción que le solicitaba.

El hombre abandonó la habitación, se despidió cortésmente de la joven, como solía acostumbrar, y salió de la consulta del médico que rechazó cobrarle sus servicios, sin aguardar el regreso de su criado para que lo acompañase hasta su casa.

UNA MAÑANA DE MERCADO

Después de su breve saludo con el licenciado Tomás de Cuenca en el mercado, Hernando corrió hasta el lugar donde, instantes antes, le había parecido ver a Francisca.

Las voces de los tenderos se hacían oír entre el público, se mezclaban unas con otras y alertaban con gracia a los curiosos de los productos que vendían. Debido a la lluvia del martes anterior, muchos apenas si tuvieron tiempo de aprovisionarse para la semana, por lo que aquel día resultaba difícil caminar entre tanta gente.

Sin embargo, Hernando logró encontrar a Francisca junto con su hermana Leonor entre el gentío que aquel día acudió a la plaza al reclamo del mercado.

—Vaya, nunca habría imaginado hallar dos alhajas tan preciosas en este lugar —dijo Hernando acercándose por detrás a las dos jóvenes, que recorrían los puestos mientras observaban con calma los productos—. Si queréis, bellas damas, puedo servirlos de bestia de carga para transportar vuestras compras. Si me lo propongo, hasta podría resultar más divertido que una mula.

La pequeña Leonor reía las gracias que Hernando improvisaba para captar su atención, pero Francisca fingía no percatarse mientras observaba unas telas en uno de los puestos.

—Evitad mezclarlos con tan preciosas joyas, o no sabría cómo encontrarlos entre tanta belleza —dijo cuando la joven miraba con curiosidad unos pendientes en otro de los puestos.

Hernando exageraba sus muecas y hacía algunas graciosas reverencias para lograr que Francisca se fijase en él, hasta que, con un rápido movimiento de manos, hizo aparecer una bonita flor que ofreció a Leonor colocándola delante de su cara. Con aquel gesto, el joven consiguió arrebatarse una sonrisa de los labios de Francisca.

—Vaya, ya empezaba a sospechar que nunca vería sonreír a vuestra hermana —dijo Hernando mientras acercaba su cara para que Leonor lo besara en agradecimiento por el regalo de la flor.

—Creo que le has caído bien —le dijo la muchacha casi al oído antes de besar su mejilla.

De nuevo, volvió a realizar las mismas muecas y reverencias y extrajo otra flor de su manga, que colocó esta vez delante de la cara de Francisca.

—Os ruego que os dignéis a aceptarme este regalo —dijo manteniendo una pose galante.

La joven dudó un instante, pero tomó la flor que le entregaba Hernando mientras le ofrecía su cara para recibir el beso de la recompensa. Leonor tiró del vestido a su hermana para que lo besara cuando Hernando giró su cara, justo a tiempo de recoger el beso en su boca.

—¡Hernando, eres un tramposo! —dijo enfadada—. No sé por qué todavía sigo fiándome de tus galanterías.

En ese momento, un hombre tomó a Hernando del cuello y le torció el brazo por detrás de la espalda hasta que lo inmovilizó, ayudado por otro que le sacaba la cabeza. Se oyó una voz abriéndose paso entre la gente:

—¡Sujetadlo bien!

—Pero ¿qué ocurre? —se quejaba el joven, retenido por dos individuos.

—Registradlo hasta que aparezcan los objetos robados —decía el que parecía el jefe del grupo, que portaba una fusta en la mano.

Hernando reconoció al instante a Álvaro de Pecellín, el lugarteniente del corregidor, y no pudo evitar un gesto de resignación al verse atrapado.

—Yo no he robado nada, estáis confundidos, ¡maldita sea! —gritaba Hernando con dificultad y casi sin voz por la presión del brazo en la garganta.

Las dos muchachas contemplaban incrédulas la escena, sin saber qué decir, mientras se arremolinaba cada vez más gente alrededor del grupo.

—Álvaro, ¿qué ocurre? Hernando no ha robado nada, nos ha acompañado

todo el tiempo a Leonor y a mí —dijo Francisca en su defensa.

Vos, querida, me honraríais más si, ya que no habéis podido evitar mezclaros con semejante individuo, permanecierais callada mientras cumplo con mi deber.

—No creo que tengáis derecho alguno a decirme con quién tengo que mezclarme —respondió, airada, la joven.

—No creo que vuestro padre esté de acuerdo con eso después de autorizar nuestro compromiso. —Hizo una leve inclinación de cabeza—. ¡Desnudadlo para registrarlo!

Hernando se revolvió para soltarse, y pisó con fuerza el pie de quien lo sujetaba por el cuello, pero los intentos del joven por liberarse resultaron inútiles y solo consiguieron que se ganara por ello dos puñetazos en la espalda.

Mientras Hernando se encontraba inmovilizado, Álvaro de Pecellín le bajó los calzones y dejó sus partes pudendas a la vista, y todos rompieron en una estruendosa carcajada ante la ocurrencia de quien pensaban que pronto sería el nuevo corregidor. Álvaro lo cacheaba con desprecio, hurgando con la fusta para buscar el objeto robado.

Francisca giró la cabeza para no acentuar la humillación del muchacho y se colocó con determinación delante de Hernando, frente a Álvaro de Pecellín.

—Solamente haces esto para humillarlo en público —dijo, desafiante, con los brazos en jarras—. Es un hidalgo, y no puedes tratarlo como a un vulgar ratero.

El lugarteniente del corregidor recapacitó, y cejó en su empeño. Hizo un gesto a los dos alguaciles que tenían agarrado a Hernando para que lo soltaran, y lo dejaron caer hacia adelante, no sin antes darle un rodillazo en la espalda.

—Lo siento, señor. Os pido mil disculpas por el malentendido —dijo con una falsa sonrisa mientras hacía una ligera reverencia y se marchaba con rapidez, ordenando con la fusta al grupo que lo siguieran.

Cuando Álvaro de Pecellín se marchó, el grupo de curiosos comenzó a dispersarse. Hernando se recomponía las ropas y se recuperaba de los golpes y del fuerte apretón de cuello al que lo había sometido uno de los alguaciles.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Francisca, algo molesta con él,

mientras la pequeña Leonor lo ayudaba a ponerse en pie.

—Sí. Creo que esa bestia hubiera acabado conmigo si no llegas a intervenir —decía Hernando sacudiéndose la ropa.

Francisca cogió a Leonor de la mano y se volvió para marcharse sin decir nada más, pero Hernando corrió detrás de ella, extrañado por la reacción de la joven.

—Pero ¿qué te pasa? ¿Es que estás molesta conmigo después de lo que ha ocurrido?

La muchacha se detuvo poco antes de llegar a la esquina de la tienda de especias, y miró a su alrededor para evitar que sus palabras fueran escuchadas.

—Sí. Ahora que lo dices, sí estoy molesta contigo, porque me pones en evidencia. Todo el mundo sabe, excepto tú, que no quieres enterarte, que Álvaro de Pecellín se encuentra en tratos con mi padre para concertar nuestra boda, y me temo que, cuando se entere de lo que ha sucedido, me voy a ganar una reprimenda de cuidado por defenderte y haberme enfrentado a él delante de todo el mundo. —Francisca hacía aspavientos con los brazos como si hasta entonces no hubiera sido consciente de las consecuencias de sus actos.

Hernando permanecía callado, porque sabía que la había puesto en evidencia en la plaza siguiéndola y haciéndole galanterías delante de la ciudad entera.

—Está bien, tienes toda la razón del mundo —dijo Hernando al tiempo que se sacaba un anillo de la boca mientras lo frotaba con la manga para limpiarlo —. Pero déjame, al menos, compensarte por el disgusto que te he dado.

Francisca se sorprendió al ver el anillo que le ofrecía Hernando; no podía dar crédito a lo que estaba viendo.

—¡Santo Cielo! ¡Has robado el anillo! ¡Eran verdad las sospechas que Álvaro tenía sobre ti! —dijo, incrédula.

—Intenté llegar a un acuerdo con el tendero, pero me vio revolotear a tu alrededor y comprendió que pagaría lo que me pidiera —se disculpaba el joven mientras Francisca se marchaba furiosa—. Le dije que el próximo día se lo pagaría, que no llevaba más dinero en la bolsa, pero el muy cabezota no cedió.

—Hernando, esto no puede continuar así —dijo Francisca, enfadada—. Te

ruego que nunca más vuelvas a abordarme en la calle y que te olvides de mí para siempre. —La joven se marchó y giró la esquina de la tienda de especias. Hernando se detuvo, desolado, en mitad de la calle y la vio marchar mientras con impotencia apretaba el anillo que habría querido entregarle para sellar su compromiso.

EL CONCEJO DE LA CIUDAD

Un grupo de apenas siete regidores acudieron aquella mañana a la reunión del concejo, en una fría y alargada sala del alcázar que una hermosa chimenea de piedra blanca se esforzaba en caldear. Las llamas se alzaban en el centro y crepitaban sobre la leña. A ella se acercaban los recién llegados para reponerse del frío y calentar sus huesos. No obstante, aquella era la dependencia más recogida de la fortaleza, donde el corregidor solía atender a las visitas y donde, con seguridad, se sentirían más cómodos los miembros del concejo. Mientras aguardaban la llegada del lugarteniente que los había citado, algunos regidores observaban a través de los ventanales el viejo granado que crecía algo asilvestrado en el patio de armas. Otros charlaban, entre dientes, en pequeños grupos junto al fuego, para evitar que los oyeran los que se encontraban más retirados.

La puerta de la sala se abrió de repente y Álvaro de Pecellín entró luciendo una magnífica sonrisa, satisfecho por la celebración de aquella reunión que había convocado de urgencia. Era la primera vez que presidía el concejo de la ciudad, al que, sin embargo, había asistido en alguna ocasión acompañando a su predecesor. Se detuvo un instante en el umbral para disfrutar de su entrada. El lugarteniente desempeñaba su cargo legitimado por la falta de nombramiento de un nuevo corregidor, desde que el anterior huyó en las revueltas de octubre, y respaldado en su ejercicio por la todavía señora de la ciudad, la reina viuda doña Juana de Avis.

—Buenos días, caballeros. Lamento mi retraso, pero razones de gobierno me han impedido llegar a tiempo —dijo, presuntuoso, mientras los regidores tomaban asiento en torno a una mesa alargada—. Os he convocado porque traemos un asunto de urgencia que tratar en la reunión debido al perjuicio que la subida de los precios de la greda está provocando en el negocio de los paños. Fernando de Poblete tiene una propuesta que hacer a este concejo.

El viejo regidor, de pelo y barba tan blancos como el cuello de su camisa, tomó la palabra por indicación del corregidor en funciones. No ocultaba su preocupación: debía desplegar toda su persuasión para vencer la resistencia del bando más recalcitrante.

—Cierto —dijo el de Poblete—. En las últimas semanas el precio de la greda se ha disparado tanto que los paños ya no pueden venderse a los mismos precios de antes; disminuyen las ventas, y ello causa perjuicios a los tratantes y a los artesanos de los oficios. Muchos de ellos me han encomendado que busque un acuerdo con el principal suministrador de la greda, que es el señor de la villa de Magán. Después de cruzar algunas misivas con él, ha aceptado rebajar el precio actual en una quinta parte, siempre que este concejo le conceda el suministro de la greda en régimen de monopolio y que, por el acuerdo, todos los gremios queden obligados a la compra.

—¿Y quién nos garantiza que cuando pasen unos meses no volverá a subir los precios alegando cualquier excusa? —dijo Treviño.

—Firmaremos un contrato con el suministrador donde se establezcan los términos del acuerdo para que no altere los precios sin motivo alguno —respondió Fernando de Poblete mientras interrogaba a cada uno de los presentes con la mirada.

—¿Y si hubiera algún contratiempo en la mina y no se pudiera suministrar la greda con la urgencia que la necesitan los bataneros? —preguntó un tercero.

—La ciudad quedará con las manos libres para traerla de otro lugar si el retraso en el suministro sobrepasa un tiempo razonable. Todo quedará por escrito.

Los regidores se miraron entre ellos; la mayoría calló hasta conocer la opinión de Alfonso Céspedes.

—Vuestros negocios nada tienen que ver con los paños —dijo Céspedes, suspicaz, dirigiéndose al de Poblete—. ¿Qué interés tenéis en ello? ¿Acaso

pretendéis beneficiar a alguno de vuestros amigos conversos que no se atreven a acudir al concejo y presentar ellos mismos la propuesta?

Cuando Fernando de Poblete aceptó llevar como propia la petición que le había hecho su amigo Sancho de Ciudad, temía que pudieran recriminárselo. Pero los dos sabían que, si Sancho presentaba la propuesta, esta sería rechazada por la mayoría de regidores, encabezados por Alfonso Céspedes.

—Los que me conocéis sabéis que no me gusta alinearme con ningún bando: mi partido son la equidad y la razón. La producción de paños está parada a la espera de que se resuelva el problema. Esta cuestión nada tiene que ver con la religión; todos padecemos de una forma u otra la subida de la greda. Si los artesanos no cobran, no fluirá el dinero, no comprarán nada, no os pagarán las rentas de las casas donde viven. Si la industria de los paños se hunde, nos hundiremos todos con ella.

Céspedes miró de reojo la reacción de los suyos a las palabras de Fernando de Poblete.

—Cierto: aún no he podido colocar toda la lana del último esquilado de mis ovejas —dijo un tal Beltrán—. La mayoría he tenido que venderla fuera de la ciudad con menos beneficio por los costes del transporte.

—Yo llevo dos meses sin cobrar la renta del batán por este problema —dijo otro de ellos—. Voto a favor de la propuesta de Poblete.

Uno a uno, la mayoría de regidores respaldó la propuesta de Fernando de Poblete, y el lugarteniente del corregidor la dio por aprobada después de escucharlos. Se disponía a levantar la sesión, que había durado escasamente unos minutos, pero Alfonso Céspedes no estaba dispuesto a marcharse sin llevarse bocado.

—Si me permitís, corregidor, veo que seguimos siendo pocos los que nos decidimos a asistir a las sesiones del concejo —dijo mientras hacía tomar asiento de nuevo a los regidores que se habían levantado. Algunos cruzaron fugaces miradas entre ellos, y comprendieron que el sagaz Céspedes no iba a andarse por las ramas.

—Como podéis apreciar, lo que digo es un hecho, y no creo que debamos consentir que algunos regidores de esta ciudad se mantengan en una permanente dejación de funciones de unos meses a esta parte —dijo Alfonso Céspedes.

Sus palabras fueron coreadas por la mayoría, y se originó un murmullo que el lugarteniente del corregidor tuvo que esforzarse en acallar.

—Creo que exageráis —intervino Fernando de Poblete a su pesar—. No se os escapa que los regidores que hoy se ausentan de esta sala lo hacen por causa mayor. Juan González Pintado tiene a su esposa enferma en Almagro, y otros esperan que las aguas vuelvan a su cauce para regresar.

—Sancho de Ciudad vive en su casa de Ciudad Real, y no se ha dignado a pisar este concejo —respondió Treviño—. Cualquiera diría que tiene miedo a salir a la calle, lo que sería deshonroso para todos, porque un representante de la ciudad no debe resultar timorato.

Los hombres volvieron a enzarzarse en una discusión cuyo bullicio hacía incomprendible lo que decían unos y otros hasta que, de nuevo, Álvaro de Pecellín volvió a intervenir para calmar los ánimos, pero fue el de Céspedes quien consiguió acallar los murmullos y captar la atención de los presentes:

—Los miembros del concejo que hoy no han asistido a la reunión han incurrido en dejadez de funciones, pero, además, es notorio que no están legitimados para desempeñar el cargo.

Fernando de Poblete miró preocupado a los dos regidores que se encontraban a su lado.

—Es sabido que hace dos años —continuó Céspedes— su majestad don Enrique otorgó carta real para que los cristianos que judaízan y que abrazan a escondidas la ley de Moisés no puedan ejercer cargos en el concejo.

—Bien que os encargasteis vos de promover tal cosa junto con vuestros parientes de Toledo —replicó de forma airada Fernando de Poblete.

Al viejo regidor no le gustaban las rivalidades que mantenían los bandos del concejo. Unas veces se enfrentaban los que tenían intereses ganaderos contra los que pretendían coger en arriendo las tierras del común. Otras, los que habían apoyado al bando del rey contra los que hacían suya la causa de la reina Isabel. Y en los últimos años se había agravado el enfrentamiento entre cristianos y conversos por los tensos conflictos que se habían producido en la ciudad.

—Pues, entonces, no queda más remedio que hacer cumplir la ley —terció Álvaro de Pecellín mientras con la mano intentaba acallar al de Poblete—. Propongo que recabemos de doña Juana la destitución como regidores de Juan

González Pintado, Sancho de Ciudad, Fernando Torres y Diego de Villarreal por judaizar y utilizar su condición de cristianos conversos como tapadera para su verdadera religión. —La propuesta del lugarteniente despertó el entusiasmo de un grupo de regidores, aunque no pareció convencer a Alfonso Céspedes—. No parecéis muy entusiasmado con mi propuesta —le dijo, extrañado.

—Querido corregidor —dijo Alfonso Céspedes para halagarle—, me temo que, por cada testigo que declare que esos hombres judaízan en la intimidad de sus casas o cuando tienen oportunidad, ellos aportarán cinco más, si fuera necesario, capaces de confesar que son verdaderos cristianos y que cumplen con todos los preceptos de la verdadera fe.

Álvaro de Pecellín creyó haberse perdido algo; no comprendía muy bien las verdaderas intenciones de aquel hombre tan retorcido.

—Sin embargo —continuó Céspedes después de una calculada pausa para infundir más énfasis a sus palabras—, todos se rendirán a la evidencia de que son judíos si quien los declara culpables de judaizar es la mismísima Santa Madre Iglesia. ¿Acaso os olvidáis del inquisidor? Ahora podremos demostrar cuál es la religión que practican y expulsarlos del concejo, pero debemos colaborar con el tribunal del arzobispo y hacerle llegar nuestros testimonios.

Los partidarios del regidor jalearon su propuesta y quedaron conformes con la estrategia que habrían de seguir. Muchos habían sido los enfrentamientos en el concejo, por motivos diferentes, entre uno y otro bando, y algunos no veían la ocasión de aplicar el escarmiento a aquellos presuntuosos conversos.

Alfonso Céspedes sonrió por la acogida que había recibido su iniciativa, pero desconfiaba del viejo regidor, Fernando de Poblete, que permanecía serio, con los brazos cruzados, recostado sobre el respaldo de su asiento. Clavó su fría mirada en él y le dirigió una mordaz sonrisa para intimidarlo.

LOS AMIGOS VUELVEN A ENCONTRARSE

Mientras María Díaz sacaba el pan del horno, oyó el sonido del llamador en la puerta de la calle. Desde la aciaga noche en que un grupo de hombres armados asaltó su casa, siempre se sobresaltaba cada vez que lo oía. La visita volvió a insistir y, esta vez, golpeó con más fuerza la aldaba sobre la madera. La mujer tomó un trapo para limpiarse las manos y se aseguró de que conocía al visitante a través de la ventana. Tras la puerta apareció Juan González Pintado, que le brindó una amarga sonrisa antes de que la mujer lo invitase a entrar. María no pudo disimular la alegría que le causaba volver a encontrarse con el amigo de su marido, y, enseguida, las lágrimas afloraron a sus ojos.

—¡Cuánta alegría me da verte de nuevo, y cuánto he llorado la muerte de tu hijo Cristóbal! No consigo sobreponerme. —Juan González asintió en silencio agradeciendo sus sentidas palabras—. No quiero ni imaginar el sufrimiento de tu esposa durante todos estos meses —dijo la mujer.

—Mi esposa no ha logrado reponerse de lo sucedido. Al poco de llegar a Almagro, después de los ataques, enfermamos de unas fiebres. Mis criados y yo nos vamos recuperando poco a poco, pero ella sigue enferma. No tiene ilusión por sanar ni por vivir. Parecen haber desaparecido todos los motivos para mantenerse aferrada a este mundo. Me tiene muy preocupado.

Juan González Pintado acudió a visitar a Sancho de Ciudad. Desde octubre no había vuelto a la casa que tan dolorosos recuerdos le traían a la memoria. Allí se encontró con Diego de Villarreal y el viejo Falcón, que habían llegado

poco antes. Al instante lo hizo Mara, la cerera, con su esposo, y la mujer de Sancho de Ciudad pudo reencontrarse con su buena amiga, después de tanto tiempo.

Se reunieron a media tarde, y era lunes: no querían levantar sospechas por hacerlo en viernes o en sabbat. Teresa regresó de la calle y se reunió con su madre y con la cerera en la cocina. Su conversación era más triste que la última vez que se habían visto.

—Niña, ¿cómo estás? —Mara se abrazó a la muchacha.

—¿Qué cosas tienes! ¿Y cómo quieres que se encuentre? —dijo María Díaz antes de que respondiera su hija.

—Sobreponiéndome a todo lo que nos ha sucedido y a lo que acontece cada día en la ciudad —dijo Teresa saludando a su vieja amiga con dos besos.

—Qué triste es la muerte cuando llega a un ser querido —insistió la cerera—. Cuando mataron a Juan, el cerero, mi primer marido, creí que nunca más hallaría ilusión para seguir viviendo, pero las heridas se cierran y, aunque las cicatrices permanecen, el tiempo cura el dolor de los malos recuerdos. Había perdido las ganas de vivir, pero encontré a Gil y la ilusión volvió a mi vida.

—Y dime: ¿dónde habéis estado todo este tiempo? ¿Cómo os habéis encontrado? —preguntó la mujer de Sancho de Ciudad.

La cerera y su marido se marcharon de la ciudad después de los ataques de octubre, después del asalto que sufrieron en la casa de Sancho de Ciudad, donde ahora habían vuelto a encontrarse. Aquella noche también saquearon su casa, como ocurrió con las de la mayoría de los conversos. Huyeron a Palma del Río, donde se refugiaron junto a otros amigos de Ciudad Real y de otras ciudades que, en los últimos tiempos, habían sufrido ataques similares.

—Los meses que hemos pasado en Palma hemos vivido de lleno nuestra fe; no hemos ocultado nuestros rezos ni la forma de vivir la religión con nuestros hermanos. Allí acuden judíos de todas las partes del reino. Los cordobeses nos dieron refugio y cobijo y nos aceptaron en su comunidad —comentó la cerera, ilusionada—. ¡Qué hermoso ha sido vivirlo de forma tan intensa y qué dicha la de habernos encontrado con otros hermanos en la fe!

Madre e hija escuchaban a su amiga. Cuando hablaba, la cerera transmitía entusiasmo aunque fuera en las cosas más nimias. Vivía la religión y la fe con gran intensidad, educaba a las jóvenes y a las mujeres en la vivencia del

judaísmo y sus enseñanzas siempre infundían ánimo a quien la escuchaba. Tenía habilidad para tratar con la gente, y todos la adoraban por lo atenta y cercana que era en el trato.

—Pero yo hablando de lo bien que nos han acogido en Palma y ni siquiera os he preguntado por Diego, que tanto hizo por nosotras para ayudarnos a escapar la noche de los tumultos.

—No lo hemos vuelto a ver desde aquella noche —dijo María sollozando—. Hace poco Teresa tuvo noticias tuyas, y parece que se encuentra bien, pero debe mantenerse escondido, porque lo acusan de provocar el incendio de la casa del cuchillero.

Mara abrazó a su amiga para consolarla y le infundió ánimos, como solía hacer con todos.

Por su parte, los hombres se habían reunido en la torre donde Sancho de Ciudad acostumbraba a pasar su tiempo de meditación y rezo y donde también solía llevar el control y las cuentas de sus negocios.

—Mucho tiempo ha pasado desde la última vez, amigo —dijo Sancho con un abrazo a Juan González, que hizo lo propio con los allí reunidos.

—Cierto, pero ahora la tristeza inunda nuestras vidas. En nuestro último encuentro hablábamos de proyectos de futuro para nuestros hijos, y ahora todo es diferente —dijo el Pintado con melancolía—. No puedo quedarme mucho tiempo: debo regresar junto a mi mujer. He aprovechado para dar una vuelta a mis mermados negocios y propiedades, pero debo partir enseguida.

Sancho de Ciudad lo invitó a tomar asiento junto al grupo, al que se había unido también su hijo Juan.

—Mi hijo tiene algo importante que decir que nos concierne a todos.

—Veréis; ha llegado a mis oídos que, en los últimos días, algunos regidores de la ciudad intentan a toda costa sacaros del concejo. Vuestros rivales pretenden hacer efectiva la prohibición que impide a los conversos ocupar cargos públicos.

—No me extraña, era de esperar —dijo Diego de Villarreal—. Les hemos dejado el terreno libre durante mucho tiempo. ¿Cómo lo has sabido?

—Lo he sabido por Fernando de Poblete, que se opuso a las maquinaciones de los Treviño, Céspedes y Cervera, que pretenden solicitar de la reina Juana que se apliquen con contundencia las prohibiciones.

—Nos atacan y atemorizan a nuestras familias y pretenden expulsarnos haciéndonos creer que todo es culpa nuestra —volvió a insistir Diego de Villarreal—. No se lo consentiremos.

—No cabe duda de que traman algo, y esta vez no deben pillarnos desprevenidos —dijo el viejo Falcón—. Comenzarán por expulsaros a vosotros del concejo, y, después, no pararán hasta que consigan echarnos a todos de la ciudad, pero no podemos quedarnos de brazos cruzados esperando a que eso suceda.

—Estoy de acuerdo —intervino Juan González Pintado—. En octubre nos sorprendieron desprevenidos, pero eso no volverá a ocurrir nunca más. Nos haremos con armas si es necesario y formaremos patrullas con los jóvenes y con los criados que atienden nuestras casas para defendernos.

—¿Patrullas? ¿Acaso se os ha olvidado el sufrimiento de la última vez que formamos patrullas? —exclamó Sancho de Ciudad, enfadado.

—Pero aquella vez los muertos no estuvieron solo en nuestro bando, como ha ocurrido en octubre —respondió el Pintado—. La próxima vez que intenten algo contra nosotros, no nos sorprenderán desarmados, no dejaremos que vuelvan a hacer daño a nuestras familias.

—¿De qué habláis? ¿Qué ocurrió, padre? —preguntó Juan, intrigado.

Los mayores hablaban de un motín que se había producido hacía más de veinticinco años, y aunque no solían hablar de ello, todavía se encontraba muy presente en el recuerdo de todos.

—De esto hace mucho tiempo, aunque las rivalidades venían de atrás. Surgieron tensiones, pequeños percances puntuales entre cristianos y judíos; las malas cosechas impedían que se pudieran devolver los préstamos, y las rivalidades de los bandos en el concejo tampoco facilitaban la convivencia. La situación era muy parecida a la que ahora tenemos. Algunos imprudentes propusieron formar patrullas —Sancho de Ciudad censuró con la mirada las palabras de Juan González Pintado y de Falcón—, y pensaron que armarse era la mejor solución para disuadir a quienes pretendieran atacarnos, pero ocurrió lo contrario. El fervor de nuestros voluntarios para proteger a sus familias y amigos fue interpretado como una provocación, y la lucha fue inevitable.

—Tus hermanos fueron dos héroes que sufrieron martirio y, después, la muerte por defendernos —dijo el viejo Falcón.

—Rodrigo y Femando fueron unos imprudentes; no midieron el alcance de sus actos, pese a que se lo advertí en varias ocasiones —respondió Sancho de Ciudad.

—Estás equivocado, Sancho: los nuestros siempre recordarán que el bachiller Rodrigo y su hermano Femando murieron por defender a los suyos.

—¿El bachiller Rodrigo era tu hermano? —preguntó Juan, extrañado, al hilo de la conversación. Aquel nombre le resultaba familiar; había oído hablar de aquellos disturbios cuando todavía era muy niño.

—¿Se lo has ocultado a tus hijos todos estos años? —le recriminó el Pintado.

—Mis hermanos no me hicieron caso; les reprendí por lo que intentaban hacer —continuó Sancho de Ciudad con lágrimas en los ojos—. El último día me enfrenté a ellos para detenerlos, pero me empujaron y me dijeron que traicionaba nuestra religión, que era un cobarde por no querer empuñar una espada. Formaron una patrulla con cerca de trescientos hombres y los más exaltados provocaron durante algunos días a los cristianos con sus bravuconadas. Algunos de los nuestros amenazaron con quemar las casas de los cristianos con fuego de alquitrán si intentaban algo. Y la reacción no tardó en llegar: el alcalde, Alvar García, se enfrentó a ellos en la plaza Mayor y les ordenó que regresaran a sus casas, pero lo insultaron y zarandearon y lo golpearon, a él y a sus hombres, y las muertes fueron inevitables.

—¿Mataron al alcalde? —preguntó Juan.

—No; quien murió fue el comendador de Almagro, porque el concejo pidió ayuda a la Orden de Calatrava para acabar con aquellos motines. Una flecha lanzada por los nuestros le atravesó la boca, y murió al instante cuando se disponía a entrar en la ciudad. Los calatravos, deseosos de venganza por la muerte de su comendador, no tuvieron compasión, y pasaron a cuchillo a cuantos se pusieron a su alcance. A los que intentaron huir de la ciudad los persiguieron por los caminos y acabaron con ellos, como con Juan, el cerero. La represión duró varias noches. Las autoridades detuvieron a Rodrigo y Fernando, y los mataron a lanzadas, aunque imploré por ellos. Pero su deseo de venganza fue más fuerte que mi tentadora oferta de soborno. Ataron sus cuerpos a unos caballos y los arrastraron por toda la ciudad para general escarmiento; después los colgaron de los pies en la picota de la plaza y allí

quedaron colgados durante varios días, hasta que los calatravos se marcharon, y por fin pudimos darles sepultura.

Sancho de Ciudad tenía lágrimas en los ojos; había reprimido hablar de aquello durante mucho tiempo.

—Por eso no quiero oír hablar de patrullas —dijo con determinación—. ¡No en mi casa!

—Padre, ¿por qué nos has ocultado a tus hijos ese episodio durante tanto tiempo? —preguntó Juan, poniéndole una mano sobre la pierna.

—No quería que os vierais nunca en situación de defender lo que no tiene excusa. Todo fue muy triste, y después de sus muertes sus familias me recriminaron que no apoyara a mis hermanos para defender nuestra fe. Siempre me resultó muy doloroso recordar aquello, y todavía lo sigue siendo.

Los hombres cruzaron algunas miradas y, aunque disconformes, respetaron el dolor de Sancho y evitaron continuar hablando del asunto.

—Bien, pero debemos impedir a toda costa que nos expulsen del concejo esos hijos de mala madre —dijo Juan González Pintado.

—Si las maquinaciones de los regidores terminan privándonos de nuestros cargos, recurriremos a la justicia del rey para que nos los devuelvan —sentenció el viejo arrendador de impuestos.

Falcón y Juan González Pintado se miraron contrariados por las palabras de Sancho de Ciudad.

—¿Acaso no te has enterado de la llegada de ese inquisidor? —dijo Falcón—. Hace unos días profanó la sepultura de uno de nuestros hermanos, mandó desenterrar el cadáver y lo llevó al cementerio de las bestias. Su esposa está desolada.

—Claro que lo he oído, todo el mundo en la ciudad habla de eso —respondió Sancho—, pero no podemos enfrentarnos a la iglesia ni al arzobispo.

—Pero podemos advertirle de que no debe ir por ese camino. Ya tuvo un anticipo de lo que le espera si continúa por ahí —dijo el viejo Falcón.

—¿De qué estáis hablando? ¿Os habéis vuelto locos? —Sancho de Ciudad se puso en pie, enfadado—. ¿Pretendéis amedrentar a los inquisidores de la Iglesia con amenazas?

—No podemos tolerar que nos traten peor que a animales, y creo que tú

tampoco deberías consentir que tu hija tuviera tratos con ese clérigo que ha enviado el arzobispo —replicó Falcón.

Sancho de Ciudad lo miró extrañado, sin saber a qué se refería.

—Dicen que fue ella la que se hizo cargo del inquisidor, cuando resultó herido en la plaza, y que lo llevó hasta la casa del médico para que lo atendiera —insistió el hombre.

Sancho miró a su hijo Juan por si sabía del asunto, pero aquella revelación sorprendió a todos.

—Mis hijos han sido educados en los principios de la Torá y del Talmud, y desde niños no he tenido que recriminarles nada, porque sus actos han sido rectos y conformes a la ley de Dios —respondió Sancho, dirigiéndose hacia la puerta de la sala—. Vuestras palabras, lejos de inquietarme, reafirman mi total confianza en mi hija.

Los hombres que se habían reunido aquella tarde, después de tanto tiempo, se disgustaron por los derroteros que había terminado tomando la conversación. La intransigencia de Sancho de Ciudad con respecto a los planes de algunos regidores para defender sus intereses había acabado con aquella reunión antes de lo previsto, pero todos se respetaban, porque su amistad venía de tiempo atrás y estaba por encima de sus diferencias.

NOTICIAS DE CONSTANZA

Tomás ponía en orden las notas que había tomado en los interrogatorios a los testigos del día anterior. Su actuación en el cementerio de San Francisco había persuadido a los indecisos con mayor fuerza que el edicto de gracia colgado en las puertas de las iglesias. Los tribunales eclesiásticos y las inspecciones de herejía producían recelo y miedo entre las gentes. Durante aquellos días, corrían toda clase de rumores, que habían difundido viajeros y comerciantes que llegaban a la ciudad, sobre la actuación de la Inquisición en el vecino reino de Aragón. Muchos se habían apresurado a confesar pequeños pecados justificados en la ignorancia, antes que responder de las acusaciones de algún vecino rencoroso. Otros se habían acercado al tribunal para contar las reprobables costumbres de algunos influyentes personajes de la ciudad. Tal fue el caso de Alfonso Céspedes y Antón Treviño y el de algunos otros miembros del concejo municipal, a los que les movía el deseo de colaborar con la pesquisa inquisitorial que investigaba el juez enviado por el arzobispo de Toledo.

Tomás se resentía todavía de los golpes que había recibido en la plaza y aún conservaba el vendaje que le había aplicado el médico Gonzalo Rodríguez de Santa Cruz. La puerta se abrió de repente; Juan Martínez se sorprendió al ver en el despacho al licenciado, que, por lo habitual, solía llegar después que él. Se disculpó por la forma intempestiva con la que había entrado, y, sin darle tiempo a que abriera la boca, dio gracias por encontrarlo

allí.

—Traigo una información que creo que será de vuestro interés —dijo mientras se deshacía del gabán y se acercaba al fuego. Pese a la interrupción por la brusca entrada del secretario, Tomás permaneció con la pluma en la mano, aunque un pequeño garabato dejó testimonio del sobresalto—. Según he podido averiguar —continuó Juan Martínez—, la joven Constanza trabajaba en un mesón de la plaza, aunque llevaba varias semanas sin acudir a trabajar. —¿Por estar preñada? —preguntó Tomás alzando la cabeza.

—No. Según los rumores, Constanza había conocido a un caballero que ahora la mantenía y que no quería que otros pusieran sus manos donde él tenía intención de poner habitualmente las suyas.

—¿Y sabes el nombre de ese caballero? —Tomás dejó la pluma sobre la mesa.

—Eso no he podido averiguarlo. El mesonero no ha sabido decirme quién es porque por su casa pasan gentes de todas clases, desde hidalgos y caballeros hasta comerciantes y escuderos. Estaba muy enfadado porque le había pagado una semana por adelantado a la muchacha, y cuando ella se lio con aquel desconocido dejó de acudir a trabajar. Me ha contado que un día la vio en la calle y que iba vestida como una señora y que apenas le dirigió la mirada cuando se dispuso a recriminarle su ausencia.

Tomás se puso en pie y se acercó hasta el fuego donde se calentaba el secretario.

—¿Qué has averiguado sobre la familia de esa joven?

—También he hecho indagaciones, y algo he sabido. Hace unos meses, la muchacha dejó la casa de su padre y se marchó a vivir sola a costa del misterioso caballero. Su padre se llama Tristán Fonseca, y nadie habla bien de él. Es jugador, pendenciero, y frecuenta tabernas y lugares de rufianes. Hay quien dice que, cuando Constanza era todavía una niña, su mujer lo abandonó porque le daba muy mala vida.

—Me temo que nada nuevo traes; algo de eso nos dijo Pascuala el día que la interrogamos —respondió Tomás, desilusionado.

—Cierto, pero lo que no sabíamos es que Tristán Fonseca se encuentra desaparecido. He intentado localizarlo, pero no he tenido suerte. Lo cierto es que nadie lo echa de menos. Corre el rumor de que se marchó de la ciudad el

día de los disturbios, porque nadie lo ha vuelto a ver desde entonces.

Tomás miró pensativo a Martínez Cepudo por unos instantes.

—¿Creéis que alguien la golpeó para hacerla abortar? —preguntó el secretario.

—Eso es lo que intentamos averiguar. No sería extraño que, con los antecedentes violentos de ese Tristán Fonseca, se le fuera la mano al golpear a su hija, pero tampoco podemos descartar nada de ese misterioso caballero con el que andaba ella últimamente —dijo Tomás.

El secretario vaciló por un instante. No quería poner en duda las actuaciones de su señor, pero no terminaba de comprender el especial interés del licenciado por el caso de Constanza.

—Disculpadme mi atrevimiento, señor —dijo al fin—, pero no logro entender la relación entre nuestra... labor y este asunto de la muchacha.

—Sobre este asunto de la muchacha, como tú lo llamas, pesa una acusación por asesinato contra una mujer que, a la vista de las evidencias, parece inocente y a la que, sin embargo, alguien se empeña en hacer parecer culpable.

—Sí, así parece, pero sigo sin comprender vuestra injerencia en la justicia del corregidor —volvió a replicar Juan—. Disculpadme que os insista; no estoy poniendo en duda vuestra autoridad, lo que quiero decir es que quizá Álvaro de Pecellín tiene motivos para sentirse contrariado por este asunto.

—Quizá debería limitarme a abrir causa contra Pascuala por judaizar, pero esa mujer recita la Torá con la misma devoción con que podría hacerlo con un avemaría.

Tomás sabía que Pascuala abrazaba en público el cristianismo porque era la única manera de seguir desempeñando su oficio de partera, pero también sabía que a su edad no tenía capacidad para asumir otra fe, otra religión, otras oraciones con las que rezar que las que aprendió siendo niña. No sabía leer, y nadie se había preocupado de instruirla en la fe verdadera, en la fe de Cristo. Sabía que, cuando rezaba el padrenuestro, su Dios seguía siendo el mismo al que siempre había rezado, con la diferencia de que ahora se persignaba antes de recitar en silencio las tefilot de la mañana, de la tarde o de la noche.

—Excusadme, no quería molestaros —se disculpó el secretario.

—Esa mujer es culpable de herejía y necesita reconciliarse con la Iglesia,

pero es inocente del crimen del que se la acusa. Sospecho que detrás de todo esto hay algo más de lo que parece a simple vista. He aceptado la misión de administrar justicia en nombre de Dios y de la Iglesia, y eso es garantía de la probidad de mis actos. Pero me temo que la justicia de los hombres se encuentra llena de desaguisados que no siempre se juzgan por el camino de la rectitud.

Tomás se había puesto en pie, como si las palabras del secretario le hubieran activado un resorte interior. Sabía que Martínez Cepudo tenía razón. El lugarteniente del corregidor estaba en su derecho de reclamar a Pascuala para juzgarla por el delito que se le imputaba, salvo que Tomás presentara cargos contra la mujer y dictara sentencia condenatoria. En ese caso, debía devolverla de nuevo a la jurisdicción civil para que le aplicaran el castigo impuesto. Eso significaba que, de una u otra manera, tarde o temprano, Pascuala volvería a las manos del corregidor. Tomás sabía que los pecadores, asesinos y delincuentes procuraban parecer inocentes delante de la justicia, pero, pese a ello seguía confiando en la inocencia de Pascuala. Las extrañas circunstancias de su detención y la incondicional confianza del criador de caballos hacia su antigua criada, delante de Álvaro de Pecellín, le hicieron compadecerse de ella. En realidad la situación de aquella mujer le recordó un antiguo episodio de su vida. En aquel instante, Tomás eludió comentar con su secretario el fatídico desenlace del juicio en el que un inexperto licenciado en leyes no pudo salvar la vida de su joven cliente, que con falsedades resultó acusado del atroz asesinato de una monja. Con los años había logrado apartar aquellos pensamientos de su cabeza, pero la situación de la pobre Pascuala le había vuelto a recordar aquel triste suceso que ya tenía olvidado.

31

JURAMENTO DE FIDELIDAD A LOS REYES

20 DE MARZO DE 1475.

Con las últimas luces de la tarde, los principales de la ciudad se acercaron al convento de Santo Domingo. Hacía dos días que un emisario del maestre de la Orden de Calatrava había comunicado al concejo su intención de promover un acto de adhesión y fidelidad a los reyes de Castilla, Isabel y Fernando. Algunos miembros del concejo desconfiaron, al principio, de la repentina lealtad mostrada por el maestre calatravo a los nuevos reyes, conociendo que su primo Diego López Pacheco, el nuevo marqués de Villena, tenía bajo su protección y apoyaba la causa de la infanta Juana, hija del fallecido rey Enrique. Rodrigo Téllez Girón había logrado el maestrazgo de Calatrava a una edad poco habitual, tras la repentina muerte de su padre, don Pedro Girón. Por su juventud, algunos pensaron que estaría mediatizado por su familia, los Pacheco-Girón y Acuña, y dudaron de sus verdaderas intenciones. Pero las palabras que el maestre había hecho llegar, a través de su emisario, a los representantes de la ciudad, reunidos en el concejo, no parecían albergar dudas:

«Es mi deseo y el de la Orden de Calatrava

manifestar nuestra fidelidad a los reyes de Castilla, Isabel y Fernando, y os pedimos que los miembros del concejo, en representación de la ciudad, manifestéis igualmente vuestra adhesión como gesto de fidelidad y vasallaje».

A juzgar por aquellas palabras, los nuevos tiempos que corrían en Castilla podían traer la ansiada paz y la concordia entre los bandos nobiliarios. El concejo se había encargado de ordenar la celebración del acto y hacer llegar la noticia a los principales prohombres. A la hora indicada, el convento se hallaba abarrotado de quienes acudían con el propósito de realizar el juramento de fidelidad y de muchos curiosos que no habían podido resistir la tentación de presenciar el boato de la ceremonia. El acto se celebraba en la capilla mayor del convento, que había sido engalanado con estandartes y banderolas, unos con las flechas y el yugo, emblemas de los reyes Isabel y Fernando, y otros con la cruz de gules, emblema de la Orden de Calatrava. No obstante, era su maestre quien impulsaba aquella demostración de fidelidad y vasallaje a los flamantes reyes de Castilla.

Tomás de Cuenca llegó algo tarde y se encontró el lugar atestado de público. Como pudo, se hizo hueco entre aquella masa compacta y logró avanzar hasta las primeras filas, donde consiguió una posición inmejorable.

El joven maestre se hacía acompañar de dos calatravos delante del altar de la capilla mayor, que se alzaba sobre un pequeño podio al que se accedía por tres escalones laterales. Su estatura destacaba sobre el resto de los asistentes, a los que observaba desde arriba con la superioridad de su perspectiva y de la arrogancia de su rango. Su cara afilada remarcaba todavía más su juventud, aunque su expresión solemne y grave confería madurez a su rostro curtido por las responsabilidades de gobierno. El maestre de Calatrava se hallaba flanqueado por dos caballeros de la orden. Los cuchicheos entre los curiosos indicaban que se trataba de frey Diego de Loaisa, comendador de Valdepeñas, y frey Ramiro de Guzmán, comendador de las casas de Ciudad Real. Ambos mantenían solemne ademán, como mandaban las circunstancias,

con las piernas entreabiertas, y portaban sendos estandartes de la Orden de Calatrava.

Junto a ellos se hallaba el prior del convento de Santo Domingo, que, antes del comienzo de la ceremonia, dio la bendición solemne a los allí presentes. Algo esquinado, un escribano del maestre daba fe de cuanto habría de suceder aquella tarde, sentado frente a una mesa y provisto de los elementos de escritura necesarios para la tarea.

—Caballeros y representantes de la ciudad —dijo el maestre con voz grave, alzando la mano para captar la atención—; yo, Rodrigo Téllez Girón, maestre de la Orden de Calatrava, recibo en mis manos el pleito homenaje que esta ciudad, a través de los miembros de su concejo y de sus principales hombres, os disponéis a realizar a nuestros señores don Fernando y doña Isabel, reyes de Castilla y de León, como buenos y leales vasallos. Recibo vuestro juramento de obedecer y cumplir todas las cartas y mandamientos de los reyes y de acudir a cuantos llamamientos y emplazamientos os hagan, así como de acarrearles todo el bien que podáis procurarles y de desviar todo el daño que los aceche. Que guardaréis la ciudad de Ciudad Real y su alcázar bien y lealmente, como leales vasallos para servicio vuestro y de toda la ciudad, y que acogeréis en ella a nuestros señores los reyes. Y que haréis cuantos servicios hacen los buenos vasallos a sus señores, so pena de que si no lo hicieréis caigáis en delito de traición y perjurio. Por contra, que si cumplís este juramento, nuestros señores los reyes guarden y hagan guardar y cumplir todos los privilegios, libertades y franquezas que hasta ahora os han concedido reyes y señores según es acostumbrado desde antiguo.

Las solemnes palabras del maestre se escuchaban con claridad en la capilla, aunque el gran número de asistentes mitigaba el sonido de su voz grave. La solemnidad del acto mantenía a todos en silencio, y nadie se movía para no perderse detalle.

El prior del convento, ataviado con ricas vestiduras, sacó el Santísimo Sacramento en un cáliz de plata con incrustaciones de piedras preciosas, para que presidiera la ceremonia. Otro monje extrajo una biblia y la abrió con sumo cuidado, como si de un tesoro se tratara, y la sujetó con ambas manos mientras permanecía colocado junto al maestre. Desde la primera fila salió el lugarteniente del corregidor, tomó una cruz con la mano izquierda y, colocando

su mano derecha sobre la biblia, hizo una leve inclinación de cabeza:

—Yo, Álvaro de Pecellín, en las funciones de corregidor de Ciudad Real, juro.

Regresó a su sitio, y a continuación, como si ya existiese un orden preestablecido, uno a uno comenzaron a desfilar los miembros del concejo utilizando la misma fórmula y el mismo ceremonial:

—Yo, Alfonso Céspedes, regidor, juro.

—Yo, Fernando Oliver, regidor, juro.

—Yo, Juan de Torres, regidor y alférez mayor, juro.

Tras el cuarto juramento, se produjo una pausa que se prolongó más que las anteriores, aunque, al final, alguien salió de entre el público. El hombre se comportaba sin la determinación de los que ya habían realizado el juramento. Ascendió por los escalones que lo separaban del altar y, con mucha reticencia, extendió su mano sobre la biblia que le ofrecía el monje que la portaba. Finalmente, se resistió y retrajo la mano como si el sagrado libro se la hubiese quemado. Se volvió con firmeza dando la espalda al maestro y habló:

—Yo, Antón Treviño, regidor de esta ciudad, no puedo prestar juramento a una reina fratricida.

La gente se miró extrañada; al principio se escuchó un rumor, pero después se oyeron algunas voces recriminándose, hasta que un gran bullicio se formó como respuesta a las sorprendentes palabras del regidor. Frey Diego de Loaisa hizo intentos de acercarse hasta él, pero Rodrigo Téllez Girón se lo impidió con el brazo, y el calatravo lo miró extrañado. El regidor que había desafiado a la ciudad permaneció en su sitio, a la espera de que le dejaran intervenir de nuevo para continuar con sus palabras.

—El rey Enrique murió en Madrid, y todos saben que la infanta Isabel recibió la noticia de su muerte en Segovia —dijo una voz al fondo que todos reconocieron como la del regidor Fernando de Poblete.

—No hablo de la muerte del rey Enrique —dijo Antón Treviño—: me refiero a la muerte del infante don Alfonso...

De nuevo el bullicio se apoderó de la sala. El prior miraba desconcertado al maestro, y no sabía cómo reaccionar ante aquella situación. Hacía seis años, en julio de 1468, que el infante Alfonso y su hermana doña Isabel se encontraban con su séquito en una venta de Cardeñosa, cuando se dirigían, al

frente de su ejército, a conquistar Toledo, que había sido ocupado por su hermano el rey Enrique, con el que entonces estaban enfrentados. Los nobles rebeldes que se oponían a Enrique habían proclamado rey al joven Alfonso tras la farsa de Ávila, y se declaró en Castilla una guerra civil.

El maestre decidió intervenir ante la protesta de los allí presentes.

—Vos sabéis, como todos los presentes, que el infante Alfonso murió de unas fiebres pestilentes y que su muerte fue natural. No podemos tolerar que manchéis e injuriéis el nombre de la reina de Castilla con acusaciones malintencionadas. Debéis probar vuestras afirmaciones si no queréis recibir castigo por ello —dijo, enérgico, el calatravo.

—Tengo un testigo de lo que ocurrió en aquella posada —respondió con determinación el regidor—, y cuando queráis que salga a la luz la prueba de cuanto afirmo, yo os lo demostraré. Puedo aseguraros que la infanta Isabel dio instrucciones para que el plato de trucha que habría de cenar su hermano el infante fuera rociado con una salsa envenenada. La reina acabó con la vida del infante Alfonso para encabezar la revuelta contra su otro hermano y proclamarse reina de Castilla, como así ha sucedido.

—¡Mentira! —gritaban algunos—. ¡Sois indigno, marchaos!

—Os digo la verdad —insistió el de Treviño—. La infanta Isabel no acompañó el cadáver de su hermano ni acudió a consolar a su madre la reina. Solo se preocupó de que la designaran sucesora de Alfonso como cabeza del bando de los nobles. No puedo jurar fidelidad a una reina que ha llegado al poder con un rastro de sangre detrás de ella.

El prior del convento se interpuso entre el díscolo regidor y el público e intentó apaciguar los ánimos.

—¡Calmaos todos! —gritó el prior Gomes Mexía—. No olvidéis que estáis en la casa de Dios y que esto no es una taberna. Respetad el lugar sagrado que pisáis. —Hizo una pausa hasta lograr el silencio de los asistentes—. Y vos, si no tenéis pruebas de la dura acusación que estáis haciendo, abandonad de inmediato esta iglesia y que, si los hombres no lo hacen, Dios os demande esta villanía.

El prior señalaba la salida con un brazo y un dedo extendidos. Antón Treviño intentó en vano calmar los ánimos de los que le increpaban, y no le quedó más remedio que abandonar la capilla, abriéndose paso a duras penas

entre la multitud.

Cuando el regidor pasó delante de Rodrigo Téllez Girón, Tomás de Cuenca observó que el maestre le hizo un imperceptible movimiento de cabeza que le resultó extraño. Después, el calatravo se acercó al escribano que levantaba acta en el extremo de la sala y le susurró algo al oído. El hombre asintió con la cabeza y, tras una ojeada a las últimas anotaciones, tomó un folio y lo rompió.

Tras la salida de Antón Treviño y unos pocos oficiales que lo secundaban, poco a poco se fueron calmando los ánimos, hasta que el calatravo consiguió el silencio necesario para hacerse oír.

—Regidores y buenos hombres de Ciudad Real: no os dejéis influir por quien alienta la duda y por quien hace de la difamación su peor pecado. Hemos acudido a este sagrado lugar para jurar fidelidad a los reyes doña Isabel y don Fernando, y concluiremos la ceremonia. Continuad, pues, con vuestro juramento...

El maestre miró a los que lo acompañaban arriba en el altar, y de inmediato retomaron la posición que habían adoptado al principio para continuar con la solemnidad del acto. Tras unos segundos de desconcierto sobre el orden que debían seguir, de nuevo comenzaron a desfilar uno a uno los miembros del concejo.

—Yo, Juan Beltrán de Guevara, regidor, juro.

—Yo, Lope González, jurado de la ciudad, juro.

Tomás observó que algunos miembros del concejo murmuraban entre ellos y salían con disimulo de la iglesia. Antón Treviño había sembrado la duda, y algunos principales de la ciudad decidieron postergar su juramento hasta que se aclarasen las graves acusaciones lanzadas contra la reina. Del mismo modo, mientras proseguían los juramentos, el licenciado cedió poco a poco las primeras filas en las que se encontraba y abandonó el convento con una extraña sensación.

32

LA PASCUA JUDÍA

1 DE ABRIL DE 1475 (15 NISAN 5235)

El Pesaj, la fiesta de la Pascua judía, estaba a punto de comenzar el 15 del mes de Nisan, el mes del calendario hebreo que coincidía con la llegada de la primavera y que conmemoraba la liberación y salida del pueblo judío de Egipto. Las circunstancias no hacían aconsejable una reunión de amigos con los que compartir el cordero que sacrificaron la víspera de la fiesta. Todo debía hacerse de la forma más discreta posible. No querían levantar sospechas entre los vecinos. En la casa de Sancho de Ciudad, solo la familia se disponía a comenzar la cena, sin más invitados que Mara, la cerera, y su marido, Gil Alonso, que habían acudido a primera hora de la mañana.

Sancho no quería privar a sus hijos y nietos de comprender los conceptos y el alcance religioso del ritual de la cena del seder, e invitó a la cerera, como verdadera guía espiritual y como amiga de la familia, para que presidiera la ceremonia. La mujer aceptó la invitación, y durante la mañana se encargó de preparar y cocer las matzot, las tortas de pan ácimo hechas con harina y agua que habrían de tomar en la cena y que recordaban al pan sin levadura que, de forma precipitada, tuvieron que elaborar los hebreos la noche de su marcha de Egipto. La matzá se amasaba con un pequeño ritual: con la harina se hacía un pequeño montón al que practicaban un agujero con el dedo y donde se vertía

una pizca de agua, y se amasaba con un rodillo para darle forma plana. Pero la matzá debía cocerse de inmediato, ya que, en cuanto dejaba de amasarse, en poco tiempo fermentaba y se convertía en jametz, no apto para comer en Pascua. Por suerte, hacía tiempo que Sancho de Ciudad había encargado construir un pequeño horno en su casa para cocer el pan y otros alimentos.

Las mitzvot eran muy estrictas en relación con los platos, sartenes, cazuelas y otros útiles de guisar que hubieran estado en contacto con alimentos con levadura, aunque fuera una partícula minúscula. Las familias que se lo podían permitir compraban vasijas nuevas, pero hacerlo la víspera de la Pascua judía era una imprudencia y una temeridad que algunos podrían considerar una provocación. Por eso, las mujeres decidieron limpiar todos los platos, vasijas, vasos y útiles de cocina de forma exhaustiva. Pusieron agua a hervir en la lumbre, en un enorme caldero metálico que limpiaron a fondo, y calentaron en las brasas algunos cantos rodados que, al echarlos sobre el recipiente de agua hirviendo, provocaron una densa humareda y un ruido chispeante. En ese momento, sumergieron la vajilla y los utensilios con el propósito de hacerlos kosher y aptos para ser utilizados durante la semana.

Mara y Teresa colocaban sobre la mesa los platos con los que comerían aquella noche. Las dos mujeres se habían quedado a solas mientras preparaban con detalle todo lo necesario para la cena. Teresa había estado muy callada durante toda la tarde, y la actitud ausente de la joven no había pasado desapercibida para la cerera. La mujer le tenía gran aprecio: Dios no había querido bendecirla con hijos, ni de su primer marido ni tampoco de Gil Alonso, por lo que había tratado a Teresa desde niña como a una hija propia, por la estima que sentía por su madre y por Sancho de Ciudad.

—Pero, niña, que has comenzado a poner los platos sin colocar debajo el mantel blanco —dijo Mara, sorprendida por el despiste de la joven—. Que me parece a mí que no estás hoy muy atenta a lo que hay que hacer.

—Lo siento, Mara, estoy algo despistada —se disculpó Teresa mientras volvía a retirar de la mesa los platos que llevaba colocados.

—A ver, cuéntame qué es lo que te pasa, que te tiene borrada la sonrisa de un tiempo a esta parte.

La muchacha hizo una forzada mueca, pero no era muy dada a hablar de sus sentimientos, aunque la confianza con la mujer era absoluta.

—Solamente el desamor puede tener a una joven tan hermosa hundida en la tristeza —insistió la mujer—. Habla, que ya sabes lo que me gustan estos chismorreos.

—Mara, no tengo ningún chismorreos que Contarte, no insistas.

—Te conozco demasiado bien para que puedas engañarme; a ti te pasa algo —insistió de nuevo mientras se acercaba a ella y la abrazaba por los hombros.

—No puedo decirte nada porque, sencillamente, no hay nada que decir. —Teresa se detuvo; no le apetecía compartir aquellos sentimientos, pero el carácter dulce de la mujer la desarmó—. Hay un hombre, no lo niego —dijo la joven, claudicando ante la insistencia de la cerera—, un hombre por el que me siento atraída, con el que el tiempo parece detenerse cuando me encuentro junto a él. Con el que me siento reconfortada cuando estoy a su lado y pesarosa cuando no está cerca de mí.

—Ay, niña, que tú te has enamorado del todo. Por mucho que se diga, ese es el primer requisito para la felicidad, aunque, claro, también debe tener capital, que todo es menester.

—Pero me temo que es una relación imposible —dijo Teresa sin escucharla.

—¿Acaso es cristiano? ¿Tiene algún impedimento?

—Un poco de todo —respondió la joven, desilusionada—. Esa relación es una quimera. Tendría que renunciar a tantas cosas para que fuera posible que ni siquiera sé si con tan grande sacrificio alcanzaría la felicidad.

—Puedes renunciar a todo menos a ti misma, a tu propia esencia, a tus valores, a lo que te hace digna a los ojos de Dios —dijo Mara, comprensiva—. Llegado el caso, podrías alejarte del mundo si fuera necesario para ser feliz, pero nunca, absolutamente nunca, debes alejarte de Yahvé.

—Pero no me siento con fuerzas para elegir entre lo correcto y el impulso interior que siento en mí.

—Podemos elegir amar, pero no podemos elegir dejar de hacerlo. Ten confianza en Dios y Él te marcará el camino que seguir. —Mara besó la frente de Teresa cuando una lágrima resbaló por su mejilla—. Y ahora apresúrate con esos platos si no quieres que se nos eche la noche encima.

Aquella noche Mara dirigió la cena del seder sentada en el lugar principal

de la mesa, en la silla sobre cuyo respaldo se había colocado un almohadón para diferenciarla.

La keará, la bandeja pascual, se llenó con los seis alimentos que debían tomar aquella noche, dispuestos sobre la mesa formando dos triángulos, como mandaba la tradición: el hueso asado de cordero, en recuerdo del sacrificio de la Pascua; el huevo cocido, que representaba la dureza del corazón del faraón; el rábano como hierba amarga; el apio como hierba dulce; la lechuga amarga y, por último, una mezcla dulce de manzanas y nueces picadas con miel, canela y vino, con la que se formaba una pasta marrón que simbolizaba el barro que los antepasados usaron para construir ladrillos en la tierra de Egipto. Tampoco faltaron las matzot que habían cocido por la mañana, las copas para el vino tinto con las que debían realizar cuatro brindis a lo largo de la cena ni la jarra para el lavado ritual de manos.

La cerera dirigió la cena del seder siguiendo la tradición de los quince símbolos que alternaban varios brindis con el vino, lecturas de la hagadá, el relato de la salida del pueblo de Israel de Egipto, las abluciones de manos, la comida de los seis elementos de la keará y la bendición final.

—Vamos, niños, abrid la puerta y mirad si ha venido el profeta —dijo la cerera con una palmada a los pequeños cuando terminó.

Los hijos de Juan de Ciudad corrieron como exhalaciones y abrieron la puerta de la calle; se asomaron y miraron en todas las direcciones, pero nadie aguardaba, y en sus caras retoñó la desilusión. El profeta Elías, al que habían reservado un sitio preferente en la mesa durante la cena, no había acudido aquella noche para anunciar al Mesías. Los pequeños se volvieron desilusionados, pero a cambio recibieron la bendición y un cariñoso beso de los mayores.

De repente se oyó el llamador de la puerta de la calle y los niños corrieron de nuevo para abrirla: quizá el profeta Elías se había retrasado, pero su padre les echó el alto. Ya estaba anocheciendo, y era extraño que alguien acudiera a visitarlos a horas tan inoportunas. Cubrieron con unas telas la mesa donde se encontraban cenando para impedir la indiscreta mirada de los fisgones y, solo entonces, Juan se dispuso a abrir la puerta de la calle. Un hombre alto y rudo apareció al otro lado, preguntó por Sancho de Ciudad y le entregó una citación para que, al día siguiente, acudiera a declarar ante el tribunal encargado de la

inspección de herejía en Ciudad Real.

EL FISCAL JUAN DE LA TORRE

Aquella mañana resultaba ajetreada para Juan Martínez Cepudo. Aunque hacía semanas que había terminado el período de gracia, no dejaban de acudir testigos y declarantes para confesar algunos pecados con los que evitar castigos mayores. Mientras Tomás de Cuenca y Juan Martínez tomaban declaración a una mujer, se abrió bruscamente la puerta de la sala donde se encontraban.

—Perdonad, ¿es que no veis que este tribunal se encuentra ocupado? —gruñó Juan Martínez, molesto por la impertinencia de un hombre que con decisión se introdujo hasta el centro de la habitación.

—Quizás, señores, no habéis caído en la cuenta de que a este tribunal le falta el fiscal —respondió, desafiante, un hombre de iglesia mientras se desprendía de un grueso gabán.

El secretario miró desconcertado a Tomás, que se encontraba recostado sobre la silla mientras escuchaba la confesión judicial de la mujer. El licenciado dio por concluida la declaración de la testigo y la acompañó hasta la salida. Cuando cerró la puerta, se encaró con aquel hombre de escasa corpulencia, con la cara oscurecida por una incipiente barba sin rasurar que le confería un aspecto siniestro.

—Veo que no habéis mejorado vuestros modales en todos estos años.

—Tampoco vos habéis perfeccionado vuestra hospitalidad —dijo el hombre mientras terminaba de desprenderse de sus ropajes.

—Sabéis perfectamente que desconocíamos vuestra llegada, y estoy convencido de que os habéis asegurado de ello. Pero no me lo digáis: seguro que tenéis una carta para mí que explica todo esto —dijo el licenciado.

El recién llegado entregó una misiva enrollada a Tomás que contenía una carta del arzobispo de Toledo, don Alonso de Carrillo, donde le comunicaba el nombramiento de Juan de la Torre como fiscal del tribunal inquisitorial de Ciudad Real. —Todavía os siguen gustando las entradas triunfales, ¿verdad? —dijo Tomás después de leer el documento.

—Amigo Tomás, siempre habéis pecado de no tomaros demasiado en serio vuestro trabajo, y no es correcto ser descuidado con las cosas de Dios. Creo que Su Excelencia no estaría tan satisfecho si supiera que, después de varios meses en Ciudad Real, solamente habéis descubierto la herejía de una partera, los libros de un jurado y un cadáver mal enterrado.

—Os reconozco muy bien informado para el poco tiempo que lleváis en la ciudad —dijo con sarcasmo el licenciado.

En aquel instante, uno de los alguaciles nombrado por Tomás abrió la puerta e interrumpió la conversación.

—Señor, acaba de llegar Sancho de Ciudad; dice que se encuentra citado para declarar.

Tomás se extrañó; miró desconcertado a su secretario y pensó que aquel hombre había decidido confesar sus pecados en lugar de aguardar a que el tribunal lo llamase con un proceso abierto.

—Bien, veo que ese judío no se ha resistido a mi requisitoria —dijo Juan de la Torre—. ¡Hacedlo pasar!

El alguacil permaneció en la puerta aguardando instrucciones del licenciado.

—¡¿Cómo os habéis atrevido a actuar por vuestra cuenta?! —gritó Tomás, indignado.

—Es conocido por todos que Sancho de Ciudad es uno de los judíos más influyentes de la ciudad, y no creo que a vos se os haya escapado este detalle. Por eso lo he citado para que comparezca, cosa que ya deberíais haber hecho en todo este tiempo.

Tomás dejó transcurrir unos segundos para calmarse, y le hizo una señal al alguacil para que dejara pasar al declarante. La puerta se volvió a abrir

transcurridos unos instantes y apareció un hombre de baja estatura y complexión gruesa, de apariencia tranquila y amable. Llegó acompañado de un hombre y de una joven que Tomás reconoció al instante: el corazón se le aceleró al verla. Desde el día que ella se mantuvo a su lado en la casa del médico, no había podido quitarse del pensamiento aquellos hermosos ojos negros que tanta desazón y zozobra le provocaban clavándose en los suyos, pero reprimió aquel pensamiento al instante. El hombre se sentó en un taburete, enfrente del tribunal, cuya distribución había tenido que recomponerse por la inesperada llegada de Juan de la Torre. El fiscal había tomado asiento a la derecha de Tomás, en una banca, y Juan Martínez quedó a su izquierda, sentado en el lado estrecho de la mesa, perpendicular a ellos. La mesa se encontraba cubierta por un tapete de color verde y estaba presidida por un gran crucifijo flanqueado por dos grandes candelabros de bronce con una larga y delgada vela cada uno.

—Poneos en pie y decid en voz alta vuestro nombre y vecindad —dijo el secretario dirigiéndose al recién llegado.

—Me llamo Sancho de Ciudad y soy vecino de Ciudad Real.

El fiscal se acercó al oído de Tomás y le preguntó si era correcto que estuvieran presentes en el interrogatorio las personas que lo acompañaban aunque fueran sus hijos. El licenciado interpretó que si aquel hombre no tenía inconveniente, tampoco lo tendría el tribunal.

—Señor fiscal, podéis interrogar al declarante si lo deseáis —dijo Tomás para evitar polemizar con él.

—Sancho de Ciudad —comenzó el fiscal—, son muchos los testimonios que aseguran que vos, siendo cristiano y teniendo nombre de tal, os habéis apartado de la fe católica y habéis seguido la ley de Moisés, judaizando y haciendo ceremonias judías.

Juan de la Torre se detuvo a la espera de una respuesta, pero el hombre guardaba silencio mientras escuchaba atentamente.

—Os acuso de haber permitido y consentido que se encendieran velas en vuestra casa la noche del viernes, en la forma y solemnidad de los judíos, para recibir y honrar el sábado.

Sancho de Ciudad permaneció callado pese a que el fiscal había hecho una nueva pausa aguardando a que respondiera.

—También os acuso de tomar el sábado comida guisada del viernes y de vestir ropas limpias y de lino, igual que los cristianos acostumbran a vestir el domingo. —Juan de la Torre subió el tono de su voz—. ¿No tenéis nada que responder?

El fiscal se levantó de la mesa y se acercó despacio hasta Sancho de Ciudad, que continuaba en silencio. Los dos acompañantes que se encontraban detrás del hombre cruzaron miradas temerosas.

—Hay más. También os acuso de comer la carne purgando y quitando el sebo con solemnidad judaica y de bendecir la mesa con oraciones judías. Habéis albergado en vuestra casa a otros conversos para rezar y leer la Torá. ¡¿Todavía no sois capaz de responder?! —dijo acercándose y gritándole en la cara.

Tomás de Cuenca y Martínez Cepudo se miraron preocupados mientras el fiscal insistía con especial vehemencia en que el declarante admitiera las acusaciones.

—Y si todo ello os parece poco, os acuso de estar retajado para honrar el rito de la circuncisión. ¡Responded de una vez! ¡Maldita sea! —gritó el acusador, mientras le lanzaba un manotazo con el dorso de la mano.

La reacción de Juan de la Torre sorprendió a todos. Sancho de Ciudad dio un traspie y estuvo a punto de caer al suelo, pero logró recuperar el equilibrio y volver a su sitio, recobrando a duras penas la dignidad. Los dos acompañantes que presenciaban la escena se pusieron en pie para atenderlo. Juan de Ciudad se levantó de su asiento con el puño cerrado, y a punto estuvo de acudir en su auxilio, pero Teresa lo detuvo con discreción.

—¡Señor fiscal! —gritó Tomás, enfadado. Os ordeno que toméis asiento inmediatamente y que dejéis al testigo que responda.

—Pero ¿es que estáis ciego? El testigo se niega a responder a todas mis preguntas —protestó Juan de la Torre.

—No ha llegado el momento de recabar testimonio por la fuerza, y no podéis hacerlo, no al menos en mi tribunal.

Juan de la Torre miró indignado a Tomás al sentirse desautorizado por el juez delante de aquellos judíos, y con paso decidido se dirigió hacia la ventana.

—Sancho de Ciudad, debéis responder a las preguntas que os ha

formulado fray Juan de la Torre confirmándolas o desmintiéndolas, en cuyo caso tendréis que ateneros a las consecuencias —dijo el juez.

El hombre se levantó para responder al licenciado, que aguardaba sus declaraciones.

—Señorías —dijo muy pausado—, si no estoy equivocado, creo que he acudido a este tribunal en calidad de testigo, y así se me comunicó en vuestra citación, pero no sabía que tuvierais cargos contra mí, y mucho menos que estuviera acusado y procesado.

—Es cierto que todavía no se ha abierto proceso contra vos —respondió Tomás—, pero os recomiendo que contestéis a las preguntas.

—Señores, no tengo abogado que pueda aconsejarme, y no conozco a las personas que os han podido decir semejantes cosas sobre mí. ¿Qué puedo hacer?

—¡Debéis confesar y reconciliaros con la Iglesia! —gritó el fiscal.

Por un momento, pareció que Sancho de Ciudad estaba a punto de claudicar por la presión del tribunal y por el golpe que había recibido. Se volvió para mirar a sus hijos, y en sus ojos no ocultó un fugaz gesto de preocupación.

—Creo, señoría, que, más que preguntar, me estáis acusando de unos delitos que podríais haber utilizado contra cualquiera al que consideréis judío para hacerme creer que tenéis testimonios que me delatan.

—¿Queréis decir que miento? —dijo Juan de la Torre, furioso—. Este hombre merece treinta latigazos por blasfemia y desacato.

—No consentiré que se ponga en duda la integridad de este tribunal —respondió Tomás, contundente, y se dirigió al testigo—: Si no deseáis responder, será peor para vos. Os ofrezco la oportunidad de que reconozcáis que habéis judaizado y de que expreséis vuestro arrepentimiento y voluntad de reconciliaros con la Iglesia. Si así fuera, deberéis hacer penitencia por vuestros pecados en público y después tendréis que respetar las prohibiciones y las normas que deben seguir todos los que se reconcilian con Jesucristo.

Sancho de Ciudad sabía muy bien que los reconciliados estaban obligados a cumplir con los preceptos de la Iglesia y a practicar los sacramentos, pero también sabía que había otras disposiciones muy duras, como la prohibición de desempeñar su propio oficio de arrendador. Además, todos sus bienes

serían confiscados. No podía ponérselo tan fácil a los representantes del arzobispo. Cuanto más tiempo tardase en confesar, más tiempo tardaría en ser desposeído de sus propiedades. Sin embargo, por encima de todo aquello se encontraba su sentimiento judío. Sancho había conseguido el respeto de toda la comunidad judía y ahora, ante la primera dificultad, no podía renegar de su condición. Se debía a sus amigos, a sus hijos y a los jóvenes a los que adoctrinaba y que no entenderían que vendiera su religión por un poco de seguridad.

—Ayer recibí una citación para testificar ante este tribunal —dijo Sancho de Ciudad al fin— en la que nada se decía de que debía defenderme de una acusación. No sé mucho de leyes, pero entiendo que todavía no estoy acusado de ningún delito.

—Cierto, así es —respondió Tomás.

—Por tanto, lo haré en otro momento, cuando pueda asistirme en mi declaración el consejo de un abogado.

Tomás miró al secretario y con un leve gesto confirmó que aquella era una decisión libre del testigo.

—El acusado debe confesar ahora mismo —insistió el fiscal, enfurecido.

—Sobre este hombre todavía no pesa ninguna acusación formal, y os recuerdo que lo habéis citado al margen de las actuaciones establecidas que han de seguirse. Sancho de Ciudad, os advierto de que, si no despejáis las dudas de este tribunal, podrá iniciarse proceso contra vos y de que tarde o temprano deberéis acudir a declarar o seréis perseguido allá donde os encontréis. —Hizo una pausa—. Ahora, podéis marcharos.

El hombre se levantó tembloroso y aún desconcertado por el golpe que había recibido en la cara. Los hijos de Sancho de Ciudad se acercaron hasta su padre para ayudarlo a abandonar la sala. Teresa se abrazó a él con lágrimas en los ojos y devolvió a Tomás una mirada entre sollozos que el clérigo no supo interpretar.

34

RECUERDOS QUE ATORMENTAN

Juan Martínez madrugó algo más de lo que acostumbraba por el trabajo acumulado de los últimos días. Las declaraciones de los confesantes se habían amontonado en poco tiempo, y debía pasar las notas tomadas a los libros correspondientes. Acudió temprano a la casa del licenciado Tomás de Cuenca, donde el tribunal había establecido su sede. La puerta se encontraba entreabierta, y se dirigió hacia la cocina. Un delicioso olor a pastel recién horneado invadía toda la casa. Quiteria le ofreció un trozo de aquel dulce, que había preparado con harina, huevos, leche y manteca; sabía que, desde que falleció su mujer, Juan Martínez vivía solo, y de continuo le insistía en que debía buscarse una nueva esposa para que cuidara de él y para que le diese de comer como se merecía. No hacía más que repetirle que se le notaban todos los huesos y que las ropas que vestía le bailaban en el cuerpo. El escribano sabía que aquella recurrente conversación con Quiteria era el precio que debía pagar por disfrutar de aquellos almuerzos todas las mañanas. Se introdujo el último pedazo en la boca y se limpió las manos en sus ropajes. Un día más, agradeció a la mujer sus atenciones y se dirigió a la sala donde solía trabajar.

—Disculpad, señor. No pensaba hallaros aquí tan temprano —exclamó sorprendido al encontrarse con el licenciado a primera hora, aunque cada vez resultaba más habitual. Aquel día Tomás no había ido a escuchar los oficios en el convento de Santo Domingo, como hacía a diario. Lo cierto era que apenas si había podido conciliar el sueño la noche anterior.

—Sí, hoy hemos madrugado todos —respondió el licenciado, algo absorto en sus pensamientos, con la mirada perdida sobre la ventana. El secretario se despojó del abrigo y reparó en que el clérigo se mantenía distante.

—¿Os ocurre algo?

—No, es solo que hoy comienza una nueva etapa en este tribunal —dijo mientras su mirada se encontraba con la de su interlocutor—. He de pedirte algo. Quiero que me tengas informado de cuantas actuaciones procesales realice fray Juan de la Torre con respecto a cualquiera de los testigos o acusados.

Juan Martínez asintió sin comprender el motivo de aquel encargo, y dedujo la fría y tensa relación entre los dos hombres, a juzgar por las palabras que cruzaron el día anterior.

—Disculpadme si me entrometo en lo que no me importa —dijo el secretario—, pero parece que la presencia de fray Juan de la Torre haya alterado vuestro ánimo.

Tomás se levantó para depositar en la estantería el libro que se hallaba consultando; fue hacia la ventana por la que instantes antes escapaba su mirada y durante algunos segundos permaneció de espaldas al secretario, con la vista perdida a través del cristal.

—Ese hombre ha vuelto a recordarme un episodio de mi vida que ya tenía olvidado —dijo al fin—. No siempre es posible arrinconar en el olvido las sombras que un día nos atormentaron y que, tarde o temprano, terminan retornando a nuestro recuerdo.

—A veces esas tinieblas regresan para ofrecernos la oportunidad de recapacitar y para reconciliarnos con lo que aflige nuestro pensamiento —respondió el secretario.

—Quizá sea así, pero ¡cuánto daría por hacerlas desaparecer para siempre! Hace tiempo un inocente murió ahorcado y, a veces, me angustio repasando lo sucedido y preguntándome si hice todo lo que estaba en mi mano por salvarlo. Cuando lo condenaron llegué a pensar que la horca era la mejor de las muertes con la que podían castigarlo; la alternativa era más cruel aún, pero siempre me asaltará la duda sobre mi actuación con aquel desdichado.

—¿Queréis hablar de ello?

—Me temo que no serviría de nada. Solamente reavivaría el dolor —dijo

el licenciado con una forzada sonrisa.

Martínez Cepudo sonrió cortésmente y se puso manos a la obra. Fue en ese momento cuando Tomás se dio cuenta de la lealtad y fidelidad de su secretario. Aquel hombre, al que conocía desde hacía escasos meses, desde su llegada a Ciudad Real, se había convertido en un servidor fiel con el que comenzaba a entablar buena amistad y en un gran apoyo.

—Dime, Juan: ¿nunca tienes dudas sobre nuestra misión y la tarea que realizamos?

El hombre se sorprendió por la pregunta, y, al principio, pensó que Tomás pretendía asegurarse de su lealtad sin fisuras, pero luego comprendió que se encontraba interesado en conocer de verdad su opinión.

—Veréis, señor: me tengo por buen cristiano y cumplidor de los preceptos de la Santa Madre Iglesia, y no pongo en duda los motivos y razones que el arzobispo don Alonso de Carrillo tiene para encomendaros esta tarea en la que yo os ayudo con la humilde aportación de mi trabajo diario. Pero reconozco que no siempre he logrado encontrar justificación a algunas de vuestras actuaciones —dijo, sincero.

Los dos hombres tenían en mente la exhumación que llevaron a cabo en el cementerio de San Francisco, la espantosa visión del cadáver y los gritos desesperados de la esposa del muerto mientras lo extraían de su tumba y lo trasladaban al fonsario de los judíos.

—Reconozco que algunas de mis actuaciones han podido parecer algo drásticas; también fueron difíciles para mí, pero entiende que era necesario acelerar el ritmo de las declaraciones en el período de gracia, y aquel fue el acicate definitivo. Para el cumplimiento de nuestro cometido son importantes la firmeza y la determinación de nuestras actuaciones y la convicción fuerte de nuestros propósitos.

—Jamás pondría en tela de juicio vuestra actuación, pero lo cierto es que desde entonces hemos gastado resmas y resmas de papel —exageró el secretario para compensar la gravedad de su comentario. Sacó los libros de un armario con estantes y los colocó encima de la mesa para comenzar a trabajar. Tomás se dio cuenta de que apenas si conocía a aquel hombre con el que compartía horas y días enteros de trabajo, que realizaba con diligencia los recados que le encargaba y que dedicaba gran tiempo y esfuerzo para llevar en

orden los libros de declaraciones y testimonios.

—Sí, has trabajado duro todos estos meses —dijo el licenciado—. Trabajas de sol a sol, y nunca te he escuchado quejarte de nada.

—No tengo motivo para ello, señor —dijo, sorprendido, Juan Martínez—. Os estoy agradecido por haberme tomado a vuestro servicio y por permitirme desempeñar mi oficio de escribano.

—Y lo haces bien. Lástima que mi estancia en la ciudad se acabará algún día.

—Espero que la experiencia de trabajar con vos me permita ejercer este oficio en el futuro. Quién sabe si algún día el destino quiera recompensarme con alguna escribanía.

—Eso espero. Sin duda tu familia se sentiría orgullosa de ello —se atrevió a comentar Tomás.

En la cara de Martínez Cepudo apareció una mueca de contrariedad.

—Por desgracia, no tengo familia con la que compartir las dichas —dijo el hombre con naturalidad—. Mi mujer murió hace ya algunos años, y Dios no quiso darnos hijos.

—¿Y no has sentido la necesidad de volverte a casar?

—Algunos hombres de mi edad han conseguido buenas dotes y jóvenes esposas, en estos tiempos que corren. Pero me gano la vida bien, y los recuerdos de mi esposa todavía pesan más que la necesidad de formar una nueva familia. Tal vez algún día... —Martínez Cepudo no pudo acabar la frase: se lo impidieron los sentimientos hacia aquellos recuerdos, tan lejanos en el tiempo, pero tan vivos en su interior.

—Eres un buen hombre —dijo Tomás para reconfortarlo, posando su mano sobre el hombro—. Me alegro de tenerte a mi servicio.

El secretario le devolvió una sonrisa agradecida, contenida por la emoción, y continuó con su trabajo.

ASUNTOS DE CASAMIENTOS

Francisca llegó a casa algo apresurada; ya era mediodía y todos la aguardaban para comenzar a comer. La joven se disculpó y achacó el retraso a un cliente de última hora que había acudido a la tienda para comprar algunas especias. Por el gesto grave de Lope de la Zarza y la cara de circunstancias de su madre, la joven dedujo que aquello solamente podía significar problemas. Interrogó con la mirada a sus padres y a la pequeña Leonor, que con la cabeza baja los miraba de reojo. Francisca intentó no perder la sonrisa con la que había saludado al llegar, pero aquellos rostros tan serios empezaron a preocuparla.

En cuanto la joven tomó asiento en la mesa, Lope de la Zarza realizó la ablución de las manos y vertió agua de un recipiente tres veces en cada mano. Después le siguieron las mujeres. A continuación, el especiero bendijo el pan y cortó cuatro trozos, que depositó en un cesto que fue pasando. Mientras el hombre realizaba las oraciones y la bendición del pan, todos guardaban silencio.

—Padre, ¿ocurre algo? —dijo Francisca cuando el especiero tomó el primer bocado.

La joven miraba extrañada a sus padres, que todavía guardaban silencio sobre lo sucedido.

—Hemos recibido la visita de Álvaro de Pecellín, y me ha transmitido su disgusto con vuestra relación y con tu comportamiento —dijo al fin Lope de la Zarza.

Francisca dirigió una mirada a Leonor, que puso cara de extrañeza.

—¿Y puede saberse qué motivo le he dado yo para que os presente quejas sobre mí?

—Álvaro de Pecellín ha suspendido su compromiso por tu comportamiento deshonesto en público con ese hidalgo de espada fácil. Ha decidido darse un tiempo para pensarse bien si mantiene el acuerdo de casamiento o si rompe el compromiso —dijo el hombre sin apenas alterarse. —Pero yo no he hecho nada de lo que tengáis que avergonzaros... —intentó explicar.

—Nos lo ha contado todo: vuestro beso en público, en medio de la plaza, y la detención de ese Pulgar por robar en uno de los puestos —dijo Lope de la Zarza alzando la voz—. ¿Todavía te atreves a decir que no has hecho nada por lo que nos tengamos que avergonzar de ti?

Francisca nunca había visto tan enfadado a su padre.

—Pero aquello ocurrió hace semanas; no he vuelto a hablar con Hernando desde entonces. Y, además, no hubo beso, solamente fue un juego —protestaba la joven—. Leonor también se lo dio mientras nos hacía unos trucos de magia.

—No necesito recordarte que los juegos de magia son herejía y que Leonor tiene solo ocho años, mientras que tú eres una mujer desposada que contraerá pronto matrimonio.

La madre de la joven rompió a llorar y a lamentarse.

—Dios mío, que desgracia la nuestra —sollozaba entrelazando las manos—. ¿Cómo has podido hacer algo así?

—Pues si decide romper el compromiso, no seré yo quien lo lamente —dijo Francisca, desafiante—. Nunca me ha gustado ese hombre, pero vos, padre, os habéis empeñado en casarme con él, pese a saber que no es de mi agrado.

—¡Tú no eres quién para poner en duda el criterio de tu padre! —gritó Lope de la Zarza, enérgico—. Solo está en mi afán buscaros un buen esposo que pueda aportaros honor y posición, y todo el mundo sabe que Álvaro de Pecellín pronto será corregidor, el más alto cargo de la ciudad. Y acabas de echarlo todo por tierra.

Francisca no dudaba de la buena voluntad de su padre, pero le molestaba que ni siquiera le hubiera pedido opinión antes de cerrar el acuerdo de

desposorio con el lugarteniente del corregidor. Sin embargo, sabía que aquel inocente gesto que había tenido con Hernando en la plaza podría pasarle factura a su familia. El de Pecellín podría aprovechar la ocasión para exigir un aumento de la cuantía de la dote alegando que aquello lo colocaba en una posición comprometida a ojos de la gente. Y las dotes ya estaban muy altas, tanto que muchas familias se veían obligadas a acudir a prestamistas para poder casar bien a sus hijas. Lope de la Zarza disponía de unos ahorros que tenía comprometidos para el matrimonio de su hija, y, además, contaba con los ingresos de la tienda que regentaba. Aquella tienda era diferente al resto. Muchos especieros se habían centrado en la venta de especias, confites, frutos secos y condimentos de comida, pero De la Zarza también era apotecario, y en su tienda se elaboraban algunos fármacos y drogas que recomendaban los médicos de la ciudad, y también tintes y materiales de escritura como las resmas de papel, velas e incluso perfumes por los que algunas damas estaban dispuestas a pagar buenos dineros.

Y el lugarteniente del corregidor sabía que si emparentaba con aquel especiero podría conseguir un buen casamiento y una buena dote, por lo que el negocio era redondo. Pero, además de la ventaja que aquel matrimonio resultaba para Álvaro de Pecellín, Francisca no podía ignorar las frías y libidinosas miradas con las que la recorría de arriba abajo cuando se encontraba frente a él. La joven sabía que la lascivia de aquel hombre pesaba en la elección de su compromiso en la misma medida que su avaricia. Sin embargo, la joven se sorprendió de que, después del tiempo que había transcurrido desde aquel percance en la plaza, ahora hubiera tomado aquella extraña decisión, sin comprender muy bien el motivo.

—Lo siento, padre —dijo al fin con humildad—. Siento causaros esta deshonra y heriros con mis palabras, pero ese hombre me da escalofríos.

Francisca comió despacio, callada y con la cabeza agachada, y sin desviar la mirada de la escudilla de barro.

—Te prohíbo que de aquí en adelante hables con ese Hernando, que solamente te traerá desgracias y disgustos. No me gusta nada cómo aguarda apostado en la esquina a que yo salga de la tienda para pasar a hablar contigo, ¿o es que crees que no me he dado cuenta? —dijo Lope de la Zarza—. No te convienen ni su charla ni su compañía.

—Os prometo que, desde aquel día en la plaza, no he vuelto a verlo, pero estáis siendo injusto con él. Hernando es noble, y, siempre que tiene ocasión, intenta demostrarme su aprecio.

—... y es guapo y simpático —dijo Leonor aun arriesgándose a recibir una reprimenda.

Lope de la Zarza devolvió una mirada fulminante a la pequeña, pero no hizo ningún comentario a sus palabras.

—Ese joven es pendenciero y bravucón, de mecha muy corta, nadie que te convenga para formar una familia. Los que acostumbran llevar la espada al cinto terminan enrolados en el ejército o en la guerra o, lo que es peor, malheridos en un oscuro rincón después de un duelo.

Francisca no pudo objetar nada a las palabras de su padre. Hernando y ella se conocían desde niños, y lo cierto era que él parecía no haber madurado en todos estos años. En alguna ocasión, le había confesado su vocación por las armas y la ilusión de incorporarse algún día a formar parte de los ejércitos del rey. Seguía tan impulsivo e impetuoso como siempre, tan apasionado por las cosas que hacía que contagiaba su entusiasmo. Pero ella no estaba segura de querer vivir en la aventura permanente en la que él se encontraba. Sin embargo, sabía que los sentimientos que siempre le había mostrado eran sinceros, aunque aguardó demasiado tiempo para confesárselos, cuando ya era tarde.

El elocuente silencio de Francisca puso fin a la conversación; era consciente de la delicada situación en la que había colocado a su familia. Lope de la Zarza no hizo más comentarios. El asunto quedó zanjado, y no hubo más que hablar.

36

LA DECLARACIÓN DE JUAN GONZÁLEZ PINTADO

El acusado se encontraba de pie, impávido frente al tribunal. Sus largas piernas ya no le permitían mantenerse tan erguido como años atrás, aunque su esbelta figura todavía recordaba al hombre atractivo que fue. La mirada de Juan González Pintado era viva, denotaba serenidad. El Pintado parecía desenvolverse con soltura delante de los hombres que iban a tomarle declaración.

Durante las últimas semanas, el secretario Martínez Cepudo había puesto en orden los testimonios recogidos en las confesiones y las declaraciones de los testigos en relación con las personas a las que hacían referencia. Aquello suponía trasladar y copiar de nuevo todos los testimonios al expediente de cada uno de los acusados, reescribiendo las declaraciones de los testigos. A aquellas alturas, el propio tribunal y el fiscal Juan de la Torre ya habían determinado contra quién debían iniciar los primeros procesos por aparecer sus pecados y prácticas judías recogidos en la mayoría de las declaraciones anotadas.

El fiscal había encargado al secretario que diera prioridad a recabar los testimonios contra las personas que más relevancia tenían en la comunidad judía. Uno de los principales nombres que se repetía en las declaraciones de los testigos, una y otra vez, era el del viejo Falcón, que parecía ejercer gran influencia entre los judíos de la ciudad. El fiscal había conseguido pruebas

concluyentes contra él gracias a las denuncias de su propio hijo, que Tomás no quiso saber cómo se habían obtenido. Otros nombres tampoco pasaban desapercibidos, como el de Mara, la cerera, una de las principales conocedoras del Talmud, de la Torá y de los preceptos judíos. También acordaron abrir causa contra el regidor Sancho de Ciudad, a quien el fiscal Juan de la Torre ya había tenido ocasión de interrogar por considerarlo el principal cabecilla de los conversos. Pero el primero contra quien el tribunal abrió proceso fue Juan González Pintado, por la repercusión que su juicio tendría en la ciudad debido a que por todos eran conocidas las buenas relaciones que mantenía en la corte y los contactos que conservaba entre los círculos de poder.

—Como ya sabéis, hace una semana presenté escrito de acusación contra Juan González Pintado —dijo el fiscal comenzando la sesión mientras el acusado tomaba asiento en el banco que le habían preparado—. En él se detallan todos los testimonios que lo inculpan, y resulta más que evidente que, aunque muestra apariencia de cristiano, sin embargo se comporta como judío y practica la ley de Moisés.

El acusado se encontraba acompañado de su hijo Martín Díaz Albín, que lo asistía como procurador y permanecía sentado junto a su padre. Tomás ya había tenido ocasión de conocer a aquel joven junto a Hernando Pérez del Pulgar, el día en que se supo la noticia de la muerte del rey Enrique. El fiscal se encontraba de pie, y enumeraba y resumía todos los cargos que había formulado en su demanda. González Pintado escuchaba pacientemente y, de vez en cuando, cruzaba algún comentario con su hijo. Cuando el fiscal finalizó su exposición, Tomás requirió al acusado para que respondiera de los cargos que le imputaban.

Juan González se puso en pie; tenía el porte de un hombre elegante pese a sus años, con bigote y barba bien cuidados bajo una afilada nariz. El hombre, de ademanes educados, se dispuso a responder a cuantas preguntas le plantearon.

—Decid vuestro nombre, vecindad y oficio —dijo el secretario sin más preámbulos.

—Me llamo Juan González Pintado. He nacido en esta ciudad, y en ella soy regidor —respondió con voz firme y segura aquel hombre.

—¿Y bien? ¿Tenéis algo que alegar a las acusaciones que se han formulado? —dijo esta vez Tomás de Cuenca.

—Reverendos señores, quiero razonar y alegar en mi derecho contra los cargos que fray Juan de la Torre ha realizado contra mí, seguro que basando sus imputaciones en el testimonio de algunas personas que no me quieren bien y que han declarado cosas comprometidas sobre mí. Y, por este motivo, quiero declarar sobre tal asunto antes de que ese tribunal se haga una idea equivocada sobre mis creencias y costumbres.

—Alegad lo que estiméis oportuno, ya que estáis en vuestro derecho y en vuestro turno. Quizá si hubierais acudido en el período de gracia podríais haber dado vuestra versión de los hechos —respondió el licenciado.

El hombre estaba situado frente a la mesa en la que se encontraba el tribunal, en su disposición habitual: Tomás de Cuenca y Juan de la Torre se hallaban frente al testigo, separados por un enorme crucifijo apoyado sobre el tapete, mientras el secretario Martínez Cepudo se situaba en el lateral izquierdo de la mesa.

—Sepan vuestras reverencias que yo salí de esta ciudad a los trece años y que no volví hasta cumplidos los cuarenta y ocho, en que tomé casa y asiento. En todo ese tiempo vine a la ciudad cada dos o tres años, tanto siendo mozo como ya casado, y pasaba algunas semanas por aquí. Mi mocedad y muchos años después los pasé al servicio del relator don Fernán Díaz de Toledo.

—Ahora que lo mencionáis, dicen que el relator tomó ese nombre después de convertirse a la fe cristiana, pero que su verdadero nombre era Mosé Hamomo —dijo el fiscal con especial énfasis y dejando en evidencia a Juan González.

El hombre miró de reojo a su hijo tras el comentario del fiscal y pensó que hubiera sido mejor no mencionar ese detalle.

—Mi señor era uno de los hombres más famosos que había en las Españas. Con él me crie, y tanto yo como los otros letrados, escuderos, escribanos y camareros recibimos buenas doctrinas y castigos, si llegaba el caso, tocantes a nuestra santa fe católica. Después de este tiempo entré al servicio del rey Juan como su secretario y después de él, al servicio del rey Enrique, que en santa gloria esté. Por mi oficio soy conocido en esta ciudad y en otras partes del reino, y se me tiene por bueno y fiel católico. Hace años que procuré hacer

capilla y enterramiento en la iglesia de Santo Domingo, donde puse altar y una imagen de la Virgen María, a la que tengo mucha devoción, y donde encargo decir misa, oficios y otras devociones.

El hombre hizo una pausa para observar la reacción que sus palabras habían producido en sus interlocutores. Quizás esperaba impresionarlos por los oficios que había desempeñado en otros tiempos y que ya quedaban algo atrás.

—Sé que algunos testigos me han acusado de encender los candiles los viernes, con la solemnidad con que lo hacen los judíos, pero cierto es que en las noches de todos los días de la semana, sin distinción alguna, y después de puesto el sol, se enciende un candil con una mecha en la cocina o en donde solemos estar y utilizamos unos candiles de sebo para andar por la casa. Más de dos maravedís o tres blancas gasta mi casa cada noche en candelas. Tampoco se ha preparado en mi casa el viernes la comida del sábado, comiendo toda clase de carnes y pescados, salvo que sobrase y al día siguiente se comieran o se entregasen a personas miserables por caridad cristiana. Todos los viernes santos de la Cuaresma, en los pocos años que llevo en Ciudad Real, igual que le he venido haciendo estando al servicio de los reyes mis señores, he dado de comer a doce pobres en honor a los doce apóstoles, y son conocidas las generosas limosnas que se entregan en mi casa a los necesitados por amor a Jesús.

González Pintado miró a su hijo, quien le devolvió un gesto de aprobación con la cabeza que pasó desapercibido para el tribunal.

—También quiero defenderme de los que dicen que vestía ropas limpias de lino o paño los sábados por honrar la ley de Moisés —continuó—, y digo que Dios no consienta que yo haya hecho tal cosa, salvo en las Pascuas, domingos o fiestas de nuestro Señor, como acostumbran a hacer los fieles cristianos. Aunque no deben descartar sus reverencias que en verano, algún día de semana, o incluso algún sábado, haya podido vestir alguna camisa por comodidad a causa del gran calor, pero no por ceremonia alguna.

Juan González se volvió a detener un instante y continuó con su declaración.

—Tampoco son ciertos los testimonios que me acusan de comprar carne en las carnicerías donde al parecer suelen comprar los judíos de esta ciudad. Mis

criados y yo mismo siempre lo hemos hecho en las carnicerías públicas, así al peso como de rastro, degollada la carne por mano de los carniceros a modo y manera de cristianos, y puedo daros información de dichos carniceros y de los que venden tocino y menudos para que lo comprobéis si fuera necesario. En mi casa nunca se ha hecho ceremonia con la carne que hemos comprado, salvo lavarla por venir manoseada y quitarle las astillas de los tajones, pero no para judaizar ni para hacer lo que los judíos hacen. Y lo que dicen sobre mí que comí carne y huevos en Cuaresma, digo que aquello sucedió por padecer enfermedad, hallándome en peligro de muerte, por recomendación de los físicos y con licencia del cura de Santiago.

Cuando concluyó su declaración, Juan de la Torre miró a Martínez Cepudo, que había estado tomando nota de las declaraciones que había realizado Juan González Pintado. Tomó el libro y pasó varias páginas buscando alguno de los testimonios de los que recordaba haber visto.

—Habéis hecho una refutación completa de las acusaciones que os he formulado, pero os habéis limitado a negar los hechos sin aportar pruebas —dijo el fiscal poniéndose en pie—. Tampoco habéis desmentido que en vuestra casa se trabajaba en domingo, haciendo las tareas de la casa como cualquier otro día de la semana. Hay testigos que aseguran haber visto salir jabonaduras de un albañar de vuestra casa el domingo, lo que delata que las personas a vuestro cargo hacían faenas como si de un día cualquiera se tratara, aunque no ocurría así los sábados, que bien os encargabais de festejar y de acicalaros para recibirlo. Y también aseguran que os han oído rezar oraciones extrañas en otra lengua y que acudíais a casas de conocidos judíos para celebrar sus fiestas.

A Juan González Pintado le cambió el semblante. Aquella retahíla de nuevos cargos lo pilló de sorpresa, sin saber qué responder al respecto. No tenía la respuesta preparada y no sabía cómo salir del atolladero. Tomó asiento con el gesto confundido.

—Señores —intervino el joven Martín Díaz Albín—, mi padre todavía se encuentra convaleciente de una enfermedad y está algo débil. Se ha empeñado en atender vuestra citación y acudir ante sus reverencias para dar testimonio y refutar las acusaciones que circulan contra él, en lugar de solicitar el aplazamiento, como era aconsejable por su enfermedad, pero comprended que

a un buen cristiano esta situación le puede resultar harto difícil de superar cuando se trata de desmentir la gratuita maledicencia de los enemigos.

El joven procurador sabía que aquellos detalles no los había tratado con su padre, y no quería que su situación jurídica quedara comprometida por no haberlos valorado suficientemente.

—Con el debido respeto —insistió el joven procurador—, yo mismo puedo responder en su nombre a dichas preguntas, ya que, como bien os han informado al principio, no solo ostento su representación legal, sino que, como hijo suyo, sé lo que ocurre en nuestra casa de puertas para dentro.

—Si lo deseáis, este tribunal puede citaros como testigo para otra sesión en la que podáis declarar y confesar cuanto estiméis oportuno con respecto a vos o con respecto a vuestros familiares y amigos —respondió, intransigente, el juez.

Juan González Pintado se puso en pie e interrumpió a su hijo para evitar que la situación se complicara aún más.

—Disculpadme, señores —dijo incorporándose—. Mi hijo tiene razón. Todavía ando convaleciente de una enfermedad que nos ha tenido a mí y a mi mujer postrados en cama durante varias semanas. Pero puedo responder a las acusaciones que habéis formulado con la misma contundencia que he puesto en las otras. Si algún vecino ha visto en domingo salir jabonaduras por el albañar de mi casa, que se sepa que no ha sido por encontrarnos, ni mi familia ni las personas a mi cargo, realizando trabajos impropios del día en el que hay que alabar al Señor, sino por habernos estado bañando y aseando para lucir limpios como tal día se merece.

De nuevo, hizo otra pausa para coger aliento.

—Con respecto a las oraciones que hayan oído salir de mi boca en otro idioma, digo que no sería otro que el latín y no idioma de judíos, en el que nunca me atrevería a rezar, ni sería capaz de ello por desconocerlo. Y por último, si me culpáis de frecuentar casas de judíos, declaro que no tengo tal conocimiento ni por tales a los amigos a los que en contadas ocasiones hayamos acudido a visitar.

Tomás hizo un gesto de aprobación a las declaraciones de aquel hombre, que seguía conservando los mismos reflejos que durante tantos años lo habían ayudado a mantenerse en la corte. Miró a Martínez Cepudo para asegurarse de

que había tomado nota de la declaración completa de aquel hombre y después se dirigió al fiscal, que se esforzaba en ocultar su contrariedad mientras pasaba con fuerza las páginas del libro de declaraciones que se encontraba hojeando. El juez comprendió que no había más preguntas cuando Juan de la Torre abandonó la sala irrito, y dio por concluido el trámite de la acusación y la contestación a los cargos imputados.

—Señor procurador —dijo el licenciado—, en los próximos días debéis presentar la relación de testigos de la defensa para que declaren ante este tribunal, así como el cuestionario de preguntas al que deben responder cada uno de ellos.

—Así se hará —respondió Martín Díaz Albín mientras ayudaba a su padre a levantarse del asiento.

—También os recuerdo que, debido a su maltrecho estado de salud, el acusado queda bajo vuestra custodia, como habéis solicitado en vuestro escrito, y que vos respondéis como fiador de que se persone ante este tribunal.

El joven volvió a garantizar que cumpliría con las obligaciones que le imponía el juez, acatando las condiciones estipuladas, y Juan González Pintado asintió agradecido por ello. Después, abandonó la sala con la cabeza erguida, con las piernas a punto de doblársele por la tensión del momento, sin que nadie, excepto su hijo, se percatara de ello.

EN EL TRIBUNAL

Quiteria terminaba de limpiar la sala donde el tribunal recibía las declaraciones y testimonios. Cerró la ventana, que se encontraba entreabierta, al paso de un rebaño de ovejas para evitar que el intenso olor del ganado invadiera toda la estancia. La mujer protestó, porque acababa de barrer la puerta de la calle y tendría que volver a hacerlo tras el paso de los animales. Limpió con un trapo húmedo los muebles y se marchó después de balbucir algunas palabras.

Martínez Cepudo pasaba a limpio el acta con la sesión de apertura del proceso contra Juan González Pintado, que se había iniciado el día anterior con la acusación del promotor fiscal y la declaración del acusado. El fiscal Juan de la Torre entró de improviso en la sala; parecía muy alterado y visiblemente enfadado.

—¿Cómo os habéis atrevido a archivar los procesos de los conversos contra los que he formulado acusación formal? —dijo acercándose hasta la mesa y apoyando las manos sobre ella, frente a Tomás.

—Pero ¿qué estáis diciendo? —soltó el licenciado, extrañado por la actitud del clérigo—. ¿A qué os referís con esa tosca provocación, más propia de un soldado que de un hombre de iglesia?

—¡Me refiero a Sancho de Ciudad y a su familia! —gritó el fiscal—. Hay pruebas más que suficientes contra ellos de que abrazan el judaísmo de forma abierta y de que lo practican en su casa. Hay docenas de testimonios que lo

corroboran.

Tomás miró a Juan Martínez Cepudo, a quien el día anterior había ordenado que, de momento, no instruyera las causas contra Juan y Teresa, los hijos de Sancho de Ciudad y su esposa, María Díaz.

—Permitisteis que ese hombre se marchara el día que lo cité a declarar y ahora estáis obstaculizando su juicio y el de su familia.

—¡No consiento que me habléis de ese modo! —gritó Tomás poniéndose en pie—. Puedo mostraros las notas de la sesión en la que acordamos instruir y comenzar por los casos de mayor relevancia. Decidimos que presentaríamos acusación contra las personas que acordamos, y vos, igual que yo, conocéis sus nombres. No mencionamos a la esposa ni a los hijos de Sancho de Ciudad ni a los de ningún otro. ¿Qué pretendéis?

El fiscal no depuso su actitud desafiante, aunque Tomás se levantó de su asiento y aproximó su cara a la de él.

—Formulad las acusaciones que tengáis contra Sancho de Ciudad, pero dejad en paz a su familia. El águila no atrapa moscas: no debemos perder tiempo con asuntos sin relevancia.

—Aquellos jóvenes osaron levantarse contra este tribunal mientras interrogábamos a su padre —dijo Juan de la Torre sin rebajar su tono impetuoso.

—¿Y qué esperabais que hicieran? Golpeasteis a su padre sin motivo alguno cuando lo interrogabais.

—¡Esperaba que apoyarais mi actuación! —gritó el fiscal—. Vos no sois digno de ostentar el cargo y la misión que os ha encomendado su excelencia el arzobispo.

—Trabajaremos juntos el tiempo que don Alonso Carrillo tenga a bien, pero no me pidáis jamás que confíe en vos ni que os apoye en nada más de lo que las normas procesales estipulen, porque eso no sucederá nunca.

Juan de la Torre comprendió que su antigua enemistad se interponía y dificultaba la labor de aquel tribunal.

—Veo que vuestro rencor todavía condiciona vuestras decisiones.

—Limitaos a hacer lo que os acabo de decir —intentó zanjar Tomás, volviéndose hacia el mueble para depositar el libro con el que se encontraba trabajando.

—Todavía seguís teniendo pesadillas con aquel joven, ¿verdad? —volvió a provocarle—. No podéis soportar la visión de su cuerpo zarandeándose en el aire colgado por el cuello de la cuerda mientras intentaba en vano liberarse de la presión que tenía atenazada su garganta y que le impedía respirar.

Tomás se giró y se fue hacia el fiscal agarrándolo por las ropas del pecho, dispuesto a golpearle con el puño. Lo pilló desprevenido, y Juan de la Torre apenas si tuvo tiempo de reaccionar para zafarse del licenciado, pero, por suerte, el secretario se levantó del asiento con presteza y acudió con celeridad a separarlos.

—¡Sois un canalla! —gritó al fin mientras hacía intentos por atrapar de nuevo al fiscal, que se escabullía tras el secretario—. Vuestra vileza no tiene límites, pero no estoy dispuesto a consentiros que os regocijéis con el recuerdo de su muerte.

Martínez Cepudo se esforzaba por separarlos para que su enfrentamiento no sobrepasase el límite de las palabras, y pidió a Juan de la Torre que se marchara para no avivar más aquella antigua rencilla entre los dos hombres. El fiscal se dirigió hacia la salida con altanería y el licenciado lo siguió desafiante con la mirada, hasta que desapareció por la puerta.

—Señor, siento deciros que lo sucedido no puede volver a repetirse —dijo el secretario soltándole los brazos, por los que lo tenía agarrado.

—Tienes razón —dijo Tomás algo más calmado—, pero ese hombre me saca de mis casillas.

—Si no estáis conforme con que fray Juan de la Torre os acompañe en el tribunal, debéis hacérselo saber al arzobispo, pero mientras actúe como fiscal debéis aceptarlo en sus funciones.

Martínez Cepudo se dirigió de nuevo a su asiento y se dispuso a continuar con lo que estaba haciendo antes de la interrupción, pero Tomás sabía que le debía una explicación.

—Hace algunos años, al poco de licenciarme en leyes en Salamanca, se produjo un suceso que conmocionó a toda la ciudad. Una joven monja apareció muerta a orillas del Tormes. Su cuerpo había sido profanado y su asesino la había golpeado cruelmente, con saña y violencia extremas. Nunca antes una muerte había consternado tanto a las gentes, ni una mujer de iglesia había sido tratada con tanto odio y mezquindad. Los justicias apresaron a un

muchacho a quien, en varias ocasiones, habían visto merodear por las inmediaciones del convento a altas horas de la noche, mostrando mucho sigilo y ocultándose entre las sombras. Aquel joven siempre negó haber forzado, y mucho menos asesinado, a la hermana Ángela, pero varios testigos lo habían reconocido como la persona que rondaba por el convento unos días antes. El obispo tomó cartas en el asunto y ejerció su jurisdicción por tratarse de un delito contra una mujer de iglesia. Encomendó a fray Juan de la Torre la acusación y, por encargo de la familia, acepté la defensa del muchacho, al que conocía desde niño.

Juan Martínez Cepudo se acomodó sobre la silla: agradeció que el licenciado confiara en él para contarle aquello que parecía atormentarle desde hacía tiempo y que la presencia del fiscal había vuelto a avivar en su recuerdo.

—El joven al que defendí era inocente, pero no pude demostrarlo. Los que decían haberlo visto en las proximidades del monasterio decían la verdad, pero no iba allí para acosar a la hermana Ángela, sino para encontrarse en la intimidad de la noche y de la oscuridad con su amante. El joven nunca desveló su identidad, y siempre negó que aquellos encuentros furtivos se hubieran producido. No cabe duda de que estaba protegiendo a alguien, pero con ello él mismo se dirigía hacia el cadalso.

El licenciado hizo una pausa y respiró hondo. Juan Martínez apenas si parpadeaba mientras lo escuchaba.

—Fray Juan de la Torre es un hombre sagaz y persistente hasta desenmascarar a sus acusados. Hizo algunas averiguaciones, y estaba dispuesto a revelármelas para que pudiera salvar a mi defendido. Por él supe que aquel muchacho no había violado ni asesinado a sor Ángela, y él mismo me dio la coartada para la defensa. El joven se veía con otro muchacho, cuya identidad fray Juan desconocía, pero si testificaba en su favor podría salvarlo de la muerte. Su relación explicaba la presencia del acusado en las inmediaciones del monasterio durante varias noches, y su apetencia por los hombres descartaba que pudiera ser el autor de la violación. Al principio agradecí aquella información confidencial, pero pronto comprendí que me había tendido una trampa. Si lograba exculpar al joven de la muerte de aquella pobre hermana con el testimonio de su amante, se los serviría en bandeja al

fiscal para que pudiera condenarlos por sodomía. Discutí con el muchacho durante varias horas para que revelase el nombre del testigo que podría salvarlo de morir ahorcado, pero se negó a hacerlo. Igual que yo, intuía que no podría librarse de la muerte y que además arrastraría al otro joven con él. Cedí ante su resignación sin procurarle más defensa. Su muerte fue injusta, pero Juan de la Torre no consiguió su objetivo. Aquel joven logró salvar la vida de su amante a cambio de reconocer haber violado y asesinado a la joven monja.

—Y vos os culpáis porque pensáis que podríais haberlo salvado de la muerte, tanto por la acusación de asesinato como por la de sodomía, de la que hubiera sido acusado después —dijo el secretario tras un breve silencio.

—Siempre albergaré la duda el resto de mi vida.

—Me temo que lo más seguro es que ahora os estaríais lamentando por la muerte de los dos jóvenes y no por la de uno de ellos. No fue vuestra culpa.

El secretario intuyó que aquella experiencia había influido en la atípica protección que el licenciado le había brindado a Pascuala, aunque no se atrevió a comentarlo. Tiempo atrás le preguntó por ello, y no terminaron de convencerlo sus explicaciones, pero ahora la situación cobraba más sentido. Tomás creía que a la mujer la acusaban de un asesinato que no había cometido, y esta vez no sería capaz de perdonárselo si, al final, resultaba condenada. Pero también sabía que el licenciado era un hombre práctico y que Pascuala le estaba proporcionando información valiosa sobre los judíos conversos de la ciudad, por lo que, de alguna manera, se compensaban los beneficios de aquella extraña simbiosis.

MIGUEL DE MORA, EL CUCHILLERO

Después del frío y seco invierno, los campos comenzaron a tintarse de colores, y el aroma de las flores cargaba el aire. La embriagadora fragancia atemperaba los hediondos olores de bestias y ganados que se encerraban en establos y corrales de la ciudad y los de las sucias calles donde los transeúntes tenían que sortear desperdicios y excrementos de animales.

Aquella mañana de primavera, Tomás se dirigía por la calle de la Lanza hacia la plaza Mayor, a la que había tomado cierto recelo desde el día que lo atacaron. Desde entonces, evitaba las aglomeraciones y se prevenía de encerronas y emboscadas en zonas de bullicio y en las de escasa afluencia de gentes. Se detuvo junto a la iglesia de San Pedro para contemplar las obras que un grupo de alarifes ejecutaba sobre lo alto de un andamio. La estructura de madera se apoyaba sobre la fachada y los trabajadores parecían disgustar al maestro albañil, que, desde el suelo, daba instrucciones a sus oficiales y aprendices con poca paciencia. Recordó lo que le había contado su secretario sobre el peligro de derrumbe de la iglesia y que Quiteria le había hablado de un fuerte movimiento de la tierra ocurrido hacía más de cincuenta años, cuando la mujer era una niña. La capilla mayor sufrió graves deterioros con aquella sacudida que algunos interpretaron como un castigo divino y que, entonces, se reparó con tanta ligereza que con el tiempo amenazaba derrumbe. La estructura quedó muy dañada y ahora, gracias a la generosa donación de algunos regidores, los obreros procuraban estabilizarla para que no cediera

ante el peso de la cubierta. La criada contó al licenciado que aquel terremoto también causó desperfectos en el monasterio de San Francisco, donde se abrió un boquete en una pared, aunque la estructura aguantó sin hundirse, y en el propio alcázar de la ciudad, donde se desplomaron algunos merlones de las almenas que a punto estuvieron de aplastar al mismísimo rey Juan, que aquel día se encontraba allí alojado. Por suerte pudo escapar de los derrumbes a través del patio y desde allí acceder a campo abierto.

El licenciado tomó la calle de los Cuchilleros con dirección hacia la plaza Mayor. Cuchillos, hachas, machetas y tijeras se exponían en el zaguán de las puertas que daban acceso a las fraguas del interior, donde también se templaban espadas y sables. En la puerta de una de las cuchillerías un hombre impulsaba con el pie un rodillo giratorio que movía una rueda vertical sobre la que afilaba las desgastadas hojas por el uso que una mujer le había entregado. Algunas tenían tan roído su filo que la hoja había quedado en la mitad de su tamaño y otras habían perdido buena parte de su longitud, aunque su dueña se empeñaba todavía en darles uso.

De repente, un bullicio a su espalda llamó la atención de Tomás en su camino a San Pedro. Un grupo de personas se arremolinaba en torno a una carreta, y no paraban de gritar que se había producido un milagro. Tomás escuchó las exclamaciones y desanduvo sus pasos hasta la esquina con la calle de los Tintoreros para observar lo que ocurría y que tanta confusión parecía provocar entre la gente.

Un hombre de complexión fuerte se encontraba de pie en lo alto de una carreta, más sorprendido, si cabe, que los que se amontonaban a su alrededor. En el interior, dos jóvenes se miraban extrañados sin comprender lo que ocurría. El hombre sujetaba las riendas desconcertado por la expectación que había causado su llegada, forzaba una extraña mueca y miraba desconcertado para uno y otro lado esperando que alguien le explicase lo que sucedía.

—¡Mira, madre! —dijo un muchacho que se acercaba a la carrera en ese instante—. Es Miguel de Mora, el cuchillero. ¡Está vivo!

Aquel era el hombre al que todos creían muerto y abrasado junto con sus hijos en la casa de la calle del Lobo, a los que encontraron carbonizados e irreconocibles. Así los creían todos desde que su casa resultó incendiada en las revueltas de octubre y, ahora, después de varios meses, los hallan vivos sin

explicación aparente. Algunos se santiguaban y otros los tocaban, incrédulos, para asegurarse de que no eran apariciones del más allá. El hombre parecía nervioso; arreó el mulo para escapar de allí y la gente le abrió paso mientras la carreta avanzaba despacio entre la multitud, pero dos hombres ataviados con gruesos petos de cuero salieron a su paso, detuvieron el carruaje y se abrazaron a ellos, felices por haberlos reencontrado vivos. Intentaron sin éxito que el gentío se dispersara y llevaron a su compañero y a los dos muchachos hasta una de las fraguas para apartarlos del bullicio.

La sorprendente aparición del cuchillero impresionó a los que lo vieron llegar. Se formaron grupos espontáneos en las calles y la noticia se extendió por toda la ciudad. En poco tiempo, aquella esquina con la iglesia de San Pedro se convirtió en un hervidero de gente atraída por la noticia. En la mente de todos rondaba una pregunta sin respuesta: si el cuchillero y sus hijos estaban vivos, ¿quiénes eran los hombres quemados en el interior de su casa?

A duras penas, Tomás se hizo paso hasta la tienda donde los dos hombres habían dado refugio a Miguel de Mora y a sus hijos de la incómoda situación en la que su repentina llegada los había puesto.

—Pero... ¿y la casa? ¿Qué ha ocurrido? —decía, desconcertado, el hombre, que se había sentado en un taburete.

—Escucha, Miguel —dijo uno de los hombres que lo había rescatado—, te estoy diciendo que tu casa se quemó en un incendio y que te creíamos muerto, igual que a tus hijos.

—¿Es que no sabéis distinguir a las personas? ¿En qué estabais pensando?

—Los cuerpos estaban quemados como el tizón y no había forma de reconocerlos. Además, la culpa fue tuya por ausentarte de la ciudad sin decirnos nada..., pero ahora estás vivo, ¿no te das cuenta? Eso es lo importante.

—Pues claro que estoy vivo. No he dejado de estarlo desde que nací.

En aquel instante, Tomás se acercó hasta el cuchillero. Las pocas personas que se encontraban dentro de la tienda lo reconocieron al momento y le dejaron paso para que pudiera aproximarse. Miguel de Mora miró a su amigo al percatarse de la llegada del licenciado, y le hizo un gesto con la cabeza para que lo atendiera. El hombre se puso de pie en señal de respeto y se quitó el gorro que cubría su cabeza. Aunque Tomás sabía que a aquellas alturas

todos lo conocían, se presentó al cuchillero sin hacer referencia a su condición de juez para no intimidarlo. Justificó el interés por su testimonio en la investigación que estaba realizando sobre los tumultos de octubre y consiguió la predisposición del hombre para responder a sus preguntas.

—¿Sabéis vos lo que ocurrió en mi casa? —preguntó el cuchillero, sorprendido por la llegada del licenciado.

—Eso intento averiguar, pero lo poco que sabemos es lo que os han contado vuestros amigos. Hasta ahora creíamos que habíais muerto junto con vuestros hijos, abrasados por el fuego. Hasta hay quien dice que los conversos intentaron ajustar las cuentas con vosotros por no sé qué motivos. ¿Tenéis idea de quiénes son los tres hombres que murieron en vuestra casa?

—Lo desconozco por completo, no sé lo que ha pasado en mi ausencia —dijo el hombre, abatido por la situación—. Me marché hace algunos meses a Córdoba por negocios y le dejé a Sancho Díaz, el tintorero, el encargo de vender mi casa. Pensé que no regresaría en mucho tiempo, pero las cosas no me han salido como las planeé al principio, y he tenido que volver para comenzar de nuevo en Ciudad Real.

El cuchillero se encontraba desalentado por lo sucedido; sus planes de volver a poner en marcha el negocio se habían truncado y no sabía lo que haría a partir de ahora. Los dos jóvenes, que acompañaban a su padre, parecían compartir su desolación, pero no podían disimular la satisfacción por la expectación que generaban. En el interior de la tienda se agolpaban amigos y curiosos que, poco a poco, fueron desapareciendo, hasta que quedó un reducido grupo con el que se sinceró Miguel de Mora.

—Ya sabéis que el tintorero, además de a su oficio, también se dedica a mediar en compras y ventas de todas clases, y, cuando hablé con él para que vendiera mi casa, me dijo que era mejor no contar a nadie mi marcha a Córdoba, porque la gente se aprovecha cuando necesitas dinero. Paso muchas temporadas fuera de la ciudad, y creí que nadie me echaría de menos hasta que el tintorero la hubiera vendido, pero ya veo que no ha sido así. ¿No será él uno de los muertos? —preguntó de repente el cuchillero.

—Sancho Díaz está vivo y coleando —dijo una mujer mayor algo desaliñada—. Que ahora mismo lo he visto yo cargando la carreta en la puerta de su taller.

—La noche que se quemó vuestra casa hubo un gran tumulto en la ciudad, y en los alborotos hubo varios muertos y heridos —explicó Tomás—. Muchas personas se han marchado por temor a las represalias, y por eso es difícil saber de quién pueden ser los cadáveres que aparecieron carbonizados.

—Pero ¿qué ha sucedido? —preguntó, desconcertado, el cuchillero.

—Al menos tres hombres había en vuestra casa aquella noche, y murieron en el incendio. He visto lo que queda de ella, y parece que alguien se aseguró de obstruir puertas y ventanas para que nadie pudiera escapar. Hay algo seguro, y es que el incendio no fue fortuito.

—¿Pensáis que intentaron asesinarme? —preguntó, asustado, el cuchillero.

—No puedo asegurarlo: intento hallar una explicación a los hechos. Pero vos sabréis si tenéis enemigos que desean vuestra muerte.

El cuchillero miró uno a uno a los que allí lo acompañaban, intentando recordar alguna vieja disputa.

—Señor, ya sabéis que en los negocios siempre hay quien no queda contento. En algunas ocasiones he sido yo y en otras ha sido algún cliente demasiado exigente.

—Pues hasta que no se aclare todo esto, no podemos descartar nada. Solo puedo aconsejaros que os cuidéis de esos clientes insatisfechos, no vayan a haceros probar vuestra propia mercancía —dijo con sarcasmo.

Tomás abandonó la cuchillería, donde se había refugiado Miguel de Mora con sus hijos, y se dirigió hacia la calle de los Tintoreros. Escuchó que Sancho Díaz se afanaba en cargar su carreta y decidió acercarse para conocer su versión de lo sucedido. Encontró el carruaje del tintorero en la esquina con la calle de Calatrava, donde un hombre de baja estatura, pero de complexión fuerte, sacaba con presteza fardos de un taller. Aquellos bultos eran voluminosos y parecían pesados, pero aquel hombre los transportaba con habilidad y los descargaba en el interior del carro.

—Busco a Sancho Díaz, el tintorero —dijo Tomás acercándose por el lado opuesto.

—¿Y quién lo busca? —preguntó el hombre con hosquedad, con el fardo todavía sobre el hombro, pero disculpándose al instante al ver al licenciado.

El tintorero invitó al clérigo a que lo siguiera al interior del taller, inundado por un intenso vapor que emanaba de una gran caldera de cobre.

Llevaba un mandil con un peto salpicado de tintes de colores. La caldera se alimentaba con el fuego que un aprendiz se encargaba de avivar con el carbón acopiado en varias espuestas que esperaban su turno para la lumbre. El lugar se encontraba desordenado y lleno por todas partes de trastos que hacían casi imposible moverse entre ellos sin tropezar: prensas, trébedes, tenazas y otros objetos se encontraban esparcidos sin orden por el suelo del taller.

El tintorero cargaba en la carreta los fardos con los paños ya tratados y entintados para entregarlos a los clientes y, entre viaje y viaje, removía otras telas en la caldera.

—Os ruego que me disculpéis, pero me habéis cogido en mal momento, como podéis comprobar —se excusó mientras daba vueltas con el balaguero a los paños en la caldera hirviente.

—No os entretendré mucho, solamente quiero hablaros de unas casas en venta.

El hombre miró de reojo al licenciado con desconfianza hasta que sus expectativas de negocios fueron más fuertes que sus reticencias. Le hizo una señal al aprendiz para que continuara removiendo y se quitó unos rudimentarios guantes que dejaron a la vista unas manos moradas y curtidas. Los dos hombres salieron por la parte trasera del taller al porche de un patio donde unas baldas llenas de madejas y telas ya secas y coloreadas aguardaban su destino en la carreta. En varios tendederos otras telas se secaban al sol después de haber sido ya tratadas.

—He sabido que además de dedicaros a los tintes también mediáis en la compra y venta de tierras y de casas —dijo Tomás sin rodeos.

—Digamos que tengo el oído atento y que pongo en contacto a quienes quieren hacer negocios juntos. ¿Necesitáis comprar o arrendar algo?

—He oído que el cuchillero, Miguel de Mora, os dejó encargada la venta de su casa antes de marcharse de la ciudad.

La cara amable del tintorero se transformó de repente; parecía nervioso, y comenzó a titubear.

—Todos saben que la casa del cuchillero se quemó el día de los alborotos y que él murió abrasado con sus hijos. ¿Por qué me preguntáis eso? —dijo algo aturdido.

—El cuchillero y sus hijos acaban de regresar de Córdoba y se encuentran

tan vivos como lo estamos nosotros. Vos sabíais que se había marchado de la ciudad, y, sin embargo, no dijisteis nada a los alguaciles, lo que hizo creer a todos que eran ellos los que habían muerto.

El tintorero se giró y comenzó a descolgar algunos paños que ya estaban secos y se dispuso a doblarlos.

—Los alguaciles identificaron los cuerpos y dijeron que los muertos eran ellos. Me resultó extraño, pero ¿quién era yo para dudar de las autoridades? Nunca vi los cadáveres quemados. Además, ¡estaban irreconocibles!

—Teníais la llave de la casa en vuestro poder porque el cuchillero os la entregó —dijo Tomás alzando la voz—. Tendréis que explicar cómo entraron aquellos desgraciados a la casa y por qué no pudieron salir cuando el fuego comenzó a extenderse.

El tintorero se volvió de repente, y sus ojos parecieron escaparse de sus órbitas.

—No podéis acusarme, esto no concierne a la Iglesia, soy inocente. Si dudáis de la versión oficial, hablad con los alguaciles o con el lugarteniente del corregidor, si lo creéis conveniente. Yo no puedo ayudaros.

—No me engañas, tintorero: sé que ocultas algo, y lo voy a descubrir. No menosprecies ni mi jurisdicción ni mis recursos.

Las palabras del licenciado resonaron, estremecedoras, en los oídos de Sancho Díaz, que comenzó a temer que la incómoda investigación del inquisidor destapara todo. Por un momento dudó si continuar con lo que estaba haciendo, pero se desató el peto, dio instrucciones a su aprendiz para que se hiciera cargo del negocio y salió a toda prisa del taller.

EL CURA DE SANTIAGO, FRENTE AL TRIBUNAL

El fiscal Juan de la Torre había convocado ese día a varios testigos para que acudieran al tribunal a prestar testimonio sobre algunos conversos contra los que había presentado acusación, después de varias semanas recabando declaraciones y confesiones. En algunos casos los pecadores habían reconocido sus prácticas judías, aunque se disculpaban alegando que eran ritos que habían aprendido desde niños, sin que ello les hiciera renegar de Jesucristo y de la Virgen María. Muchos declararon que tenían feas costumbres arraigadas que intentarían evitar en lo sucesivo, pero que su fe cristiana era inquebrantable. La desconfianza que Juan de la Torre mostraba hacia esas inocentes faltas justificó la citación de varios testigos para salir de dudas con respecto a los confesos. Los testigos acudieron uno a uno y por separado; su declaración apenas si duraba unos minutos, ya que el interés de sus testimonios era servir de elemento probatorio a las sospechas del fiscal. Aunque las declaraciones no fueron muy extensas, se desarrollaron durante toda la mañana, y ya era cerca de mediodía.

—¡Felipe! —exclamó Tomás, extrañado al ver al cura de Santiago entrar en la sala—. ¿Qué haces aquí?

—Reverendo señor —respondió, distante, el clérigo con una reverencia pero permaneciendo en el banco de los testigos.

Juan de la Torre tomó la palabra después de observar la discreta reacción de los dos amigos, que guardaron las formalidades que las circunstancias

imponían.

—He citado al cura de Santiago como confesor de uno de los acusados de practicar herejía —dijo el fiscal—. Me refiero a Juan González Pintado.

Para Felipe tampoco resultaba desconocido aquel hombre al que precedía su fama; sabía de su extrema contundencia en la persecución de los delitos, como tuvo ocasión de escuchar en varias ocasiones durante los años que coincidieron en Toledo.

—Decid vuestro nombre completo y procedencia.

—Mi nombre es Felipe Lanza y soy natural de Toledo —dijo el presbítero, sereno, con una voz grave que contrastaba con su escasa estatura.

—Hemos recibido testimonios que acusan de practicar ritos judíos al regidor de esta ciudad, Juan González Pintado —dijo el fiscal mientras buscaba algunas anotaciones entre la documentación—. Indicad si conocéis al acusado y si sabéis de sus prácticas judías.

Felipe comprendió que de sus palabras podrían derivarse graves consecuencias para el acusado.

—Os confirmo que conozco al citado regidor de varios años a esta parte y que suele frecuentar la iglesia de Santiago. Durante mucho tiempo vivió fuera de la ciudad, en la corte, al servicio del rey, pero ya hace tiempo que se instaló de forma definitiva en Ciudad Real —respondió el clérigo con cautela.

—¿Y qué tenéis que decir de su... fervor religioso? —insistió el fiscal.

—No conozco ningún detalle que pueda delatarlo como judío, si es eso lo que me preguntáis. Durante todo este tiempo siempre lo he conocido como un fiel cristiano que acudía a la iglesia a oír misa y a las predicaciones.

—Los que lo acusan hablan de ritos judíos a la hora de comer, de guardar el sábado, de rezar oraciones y de leer libros hebraicos. ¿No os percatasteis nunca de nada de eso durante todo este tiempo?

—Yo poco podía ver y oír en el interior de su casa —respondió el clérigo con calma—, pero las contadas ocasiones en que coincidí con él en la cofradía de la hermandad de San Llorente siempre le vi comer las mismas viandas que comían los otros cristianos.

El fiscal apretó los labios; no ocultaba su contrariedad por las declaraciones del párroco, que no permitían el menor resquicio de sospecha contra Juan González Pintado.

—Os exijo que repaséis en vuestros recuerdos algún detalle que nos facilite continuar los autos contra el procesado. Vuestro testimonio será cotejado con el de otros testigos para comprobar que se ajusta a la verdad —amenazó el fiscal elevando el tono de voz.

Felipe miró de reojo a Tomás ante la velada advertencia del fiscal, pero apartó la mirada enseguida.

—¿Recordáis, por ventura, si alguna vez lo visteis llevar carne a su casa desde otro lugar distinto que la carnicería? —se anticipó Tomás a la siguiente pregunta para quitarle presión al clérigo.

Juan de la Torre miró con irritación al licenciado, pero se abstuvo de hacer ningún comentario.

—En alguna ocasión vi a su criado Albín comprar carne en la carnicería, pero nunca en otros lugares.

—Tenemos testimonios que lo acusan de comer carne en Cuaresma —intervino de nuevo el fiscal—. Tal vez, en aquella ocasión en que visteis a su criado en la carnicería..., ¿no sería Cuaresma, por casualidad?

—No lo creo: me hubiera llamado especialmente la atención —dijo el clérigo con algo de inocencia simulada—. Pero, ahora que lo mencionáis, sí recuerdo que en alguna ocasión tuve que darle licencia para que comiese carne en Cuaresma, porque lo mandaban los físicos diciendo que era menester por encontrarse enfermo.

El fiscal propinó un puñetazo en la mesa con el gesto contrariado.

—Vos sois hombre de Dios. ¡Maldita sea! ¡Este tribunal se ha constituido en el seno de la Iglesia para erradicar la herejía, y es vuestra obligación facilitar la labor que se nos tiene encomendada! —gritó Juan de la Torre.

—Creí que intentabais averiguar la verdad, y la verdad es lo que os he contado. Otra cosa es que estéis dispuesto a admitirla —respondió contundentemente el cura.

—Pues más parece que intentáis proteger al acusado que delatar sus costumbres heréticas. Si no estáis dispuesto a colaborar, podéis marcharos, pero ateneos a las consecuencias.

El fiscal dio por terminado el interrogatorio del testigo: no perdería más tiempo con quien sabía que no iba a cooperar. Lanzó una mirada fulminante a Felipe, que le hizo temer lo peor. No era prudente tener a aquel hombre como

enemigo, pero el cura no perdió la calma y abandonó la sala con seguridad y sin muestras de intimidación.

La sesión finalizó después de una mañana llena de declaraciones, testimonios y acusaciones de los que el secretario tomó notas en los libros correspondientes. Tomás renunció a entablar una nueva disputa con el fiscal por el trato que había dispensado al testigo. La tirantez de sus relaciones provocaba discusiones constantes entre ellos, pero el cansancio de aquel día evitó un nuevo altercado.

Al mediodía todos abandonaron la sede del tribunal. Tomás continuaba sentado, aunque hacía ya un buen rato que había concluido la declaración del último testigo. Recordaba a Felipe como el joven que siempre se preocupó por él desde que lo encontró en la piedra de los niños abandonados, quien lo defendía en las muchas trifulcas en las que se metía cuando era niño, allá en la escuela catedralicia, y en el que, de muchacho, halló el consejo de un hermano mayor cuando lo necesitó. Se sentía culpable por defraudarlo, por no haberle sabido explicar bien su cometido y por no haberlo defendido de las amenazas del fiscal.

Tomás se encontraba en aquellos pensamientos cuando por la puerta entreabierta del despacho apareció Quiteria, que la golpeó con ligereza solicitando permiso para entrar. Su cara no mostraba el desparpajo del que hacía gala habitualmente. Tomás la invitó a adentrarse y la mujer abrió la puerta con delicadeza y con la mirada casi en el suelo y algo cohibida.

—Señor, necesito hablar con vos, que llevo muy altera desde hace unos días y no consigo pegar ojo por lo que me viene atormentando en mi interior —dijo la mujer, muy nerviosa y frotándose las manos como si quisiera deshacerse de una masa pringosa que las hubiera embadurnado.

Tomás soltó la pluma que acababa de coger del tintero y, colocando las manos en los brazos del sillón, se apoyó en el respaldo y respiró hondo.

—¿Qué es lo que te atormenta? —dijo con curiosidad—. Me estás preocupando.

—Señor, que yo tengo que confesaros una cosa y no sé cómo empezar, porque tengo mucho miedo, que algunos dicen que vos vais a condenar a la gente a la hoguera y a la muerte si no confiesan todos los pecados que han cometido.

—¿Pero dónde has escuchado todo eso? —preguntó Tomás, contrariado—. Las inspecciones de herejía sirven para hacer regresar al camino correcto a los que se han extraviado, pero es necesario que el propio pecador reconozca sus pecados para poderse reconciliar con la Santa Madre Iglesia.

—Yo, señor, quiero confesar mis pecados, y necesito que vos me escuchéis.

—Está bien, habla y cuéntame lo que tanto te angustia.

Quiteria dudó por un instante y, al principio, hizo intención de aproximarse a la mesa del licenciado, pero rectificó y pensó que si tenía que realizar una declaración formal debía sentarse en el banco donde se colocaban los que acudían a confesar.

—¿Y bien? —dijo Tomás mientras Quiteria esperaba sentada para ser interrogada.

—Oh, sí —dijo algo nerviosa—. Mi nombre es Quiteria Orozco, mujer de Simón Beltrán, criado del licenciado Tomás de Cuenca, juez delegado inquisidor...

—Ya sé quién eres tú y quién soy yo —dijo Tomás con cierto sonsonete mientras anotaba los datos de la filiación de la declarante—. Prosigue.

—Sí, claro —continuó la mujer—, y quiero declarar que mi marido y yo algunos días hemos... hemos tomado algunos alimentos de la despensa de esta casa y los hemos regalado.

—¿Qué habéis hecho qué? —dijo Tomás levantando la vista del papel en el que se encontraba escribiendo.

—Ay, señor, os ruego que no os lo toméis a mal; os juro por lo más sagrado que no volverá a suceder. Tenéis que entender que mi hermana está muy enferma y que tengo tres hijos y que su marido se encuentra fuera de la ciudad y no tengo con qué comer. Os pido que nos perdonéis a mi Simón y a mí.

En ese instante, Quiteria se arrodilló para suplicar el perdón del licenciado, y una piedra entró por la ventana, rompió el cristal y pasó por encima de la cabeza de la mujer, que se quedó paralizada.

—¡Santo Cielo! ¡Maldita sea! —gritó el licenciado mientras acudía corriendo a la ventana para ver quién se había atrevido a lanzar el proyectil.

Asomado a la ventana descubrió al hombre que durante un tiempo lo había estado siguiendo, la sombra que en cierta ocasión estuvo a punto de descubrir su identidad y qué le puso un cuchillo en el cuello para impedirselo. El

hombre se marchó antes de que nadie pudiera reconocerlo. Quiteria permanecía todavía de rodillas, encogida y asustada por si volvía a entrar otro proyectil perla ventana. Tomás se acercó y recogió el objeto, que había ido a parar al otro extremo de la habitación. Se trataba de una piedra envuelta en una tela y que venía acompañada de un mensaje escrito en un papel.

—¿Quién será ese maldito embozado que se presenta frente a mi casa y que solamente se comunica lanzando piedras por las ventanas?

—¡Ay, Dios mío, qué susto, señor santo! —decía la pobre Quiteria mientras se reponía del percance y se sentaba de nuevo en la silla.

—¿Te encuentras bien? ¿Te han alcanzado los cristales rotos?

—Que yo creo, señor, que no os quieren bien y por eso os atacan en vuestra propia casa —decía Quiteria mientras intentaba darse aire con la mano.

—No creo que sea un ataque; parece que me han enviado un mensaje. «El Largo murió quemado en la casa del cuchillero» —leyó Tomás mientras desenvolvía las capas del proyectil.

—Pero el cuchillero no murió, ni sus hijos tampoco. Menudo revuelo se formó en la ciudad cuando los vieron aparecer...

—Parece que alguien conoce la verdad y pretende ponerme sobre la pista de quiénes fueron en realidad aquellos infelices.

—Si es ese Largo uno de los que ha muerto abrasao, no hay mucho que lamentar —dijo Quiteria—. No conozco a naide que no haya temo un encontronazo con ese buscavidas y mal hombre.

Tomás se quedó pensativo, releyendo aquel papel que había entrado por la ventana como si todavía pudiera extraer más información de la que contenía. Quiteria comprendió que era mejor dejarlo solo.

—Señor, espero que sepáis perdonar el pecao que antes os confesé y que no nos lo toméis a mal. Os juro...

—Lo dejaré pasar por esta vez, Quiteria. Ego te absolvo a peccatis tuis in nomine patris et filii et spiritus sancti. Amén. —Tomás hizo la señal de la cruz mientras la mujer se persignaba.

—Gracias, señor. Tampoco quiero que toméis a mal que me haiga alegrao por la muerte de Tristán Fonseca; nadie debería alegrarse por la muerte de otra persona, pero...

—Está bien —dijo Tomás mientras se sentaba en el sillón de trabajo y hojeaba los testimonios de forma mecánica.

Quiteria se marchó de la habitación, quizás con la intención de coger la escoba de esparto para recoger los cristales de la ventana, aunque no lo dijo, pero de repente Tomás se detuvo y se levantó del asiento como impulsado por un resorte y llegó hasta la puerta.

—¿Tristán Fonseca?! —gritó por el pasillo mientras Quiteria ya se encontraba cerca de la cocina—. ¿Has dicho Tristán Fonseca?

Tomás se acercó corriendo hasta ella y la agarró de los brazos.

—¿El Largo es Tristán Fonseca? —repitió de nuevo.

—Sí, claro, así lo conoce to el mundo. Era un hombre grandullón y desgarbao, por eso le dicen el Largo.

—¿El padre de Constanza? —volvió a preguntar, ansioso.

—Sí, la probe muchacha que murió desangra —respondió Quiteria algo abrumada.

—Pues parece que el misterio se complica cada vez más. Alguien ha puesto mucho empeño en difundir que Tristán Fonseca se había marchado de la ciudad después de haber dado una paliza a su hija, pero lo más probable es que los dos murieran con pocas horas de diferencia.

40

CALATRAVA ENTRA EN GUERRA

ALMAGRO, PRINCIPIOS DE JUNIO DE 1475.

Rodrigo Téllez Girón golpeaba con fuerza y despachaba duros lances con la espada a su rival, que apenas aguantaba con dificultad los envites del maestro. Hacía tiempo que los entrenamientos se habían convertido en un suplicio para el instructor de armas, porque Rodrigo se empleaba a fondo, como si de un combate real se tratase. Practicaba todas las mañanas en el patio de armas del palacio de los maestros, y la dureza con la que se batía con sus oponentes les hacía temer por su integridad, ya que no eran pocas las ocasiones en que habían resultado heridos por la contundencia con la que se batía.

En aquel momento llegó un mensajero con la respiración agitada al que los criados hicieron pasar de inmediato para que pudiera entregar en mano la misiva que traía para el maestro de Calatrava. Aquella interrupción no pareció agrandar a Rodrigo Téllez Girón, que ya tenía acorralado en un rincón del patio a su rival, al que las circunstancias libraron de un humillante vapuleo, pero no así de una patada en el trasero mientras aprovechaba para escapar cuando el maestro cejó en sus golpes.

Rodrigo acabó de leer con avidez la misiva que le entregó el heraldo mientras, con la otra mano, calmaba su sed por el esfuerzo de la contienda con una jarra de agua que le sirvió un criado.

Frey Diego de Loaisa y frey Ramiro de Guzmán acababan de llegar en aquellos instantes y aguardaban expectantes a que el joven maestre finalizara la lectura del documento.

—Ha llegado el momento de la verdad y de demostrar el poderío de la Orden de Calatrava —dijo el maestre.

—¿Qué ocurre? —preguntó el comendador de Valdepeñas mientras observaba extrañado a su acompañante.

—Juana de Castilla se ha desposado con su tío, el rey Alfonso de Portugal, en Plasencia. Mi primo el marqués de Villena me confirma que el portugués está dispuesto a hacer valer los derechos dinásticos de su esposa Juana contra Isabel.

La noticia no pareció sorprender a los dos comendadores, que se miraron como si acabaran de comprender lo sucedido.

—Eso supone una guerra civil en Castilla —dijo frey Diego de Loaisa.

—Ya existe guerra civil en Castilla —respondió Rodrigo Téllez Girón de inmediato—. El rey Fernando no duda, cuando le place, en arrebatar territorios que no le pertenecen y entregarlos, sin contemplaciones, a los fieles a su causa.

—¿Y os informa vuestro primo de los apoyos con los que cuenta la princesa Juana? —preguntó el comendador de las casas de Ciudad Real.

—El conde de Plasencia y mi hermano, el conde de Ureña, lo acompañan. También otros nobles han prestado juramento a los nuevos reyes.

—¿Y vuestro tío, don Alonso de Carrillo?

—No te preocupes por mi tío el arzobispo: él lidera en la sombra todo esto.

El arzobispo de Toledo se había distanciado de Isabel y Fernando por sus constantes desavenencias con ellos. Nunca les perdonó que, después de todo lo que hizo por la pareja real, solicitaran al papa el capelo cardenalicio para Mendoza. Antes de escenificar su ruptura con los reyes, don Alonso de Carrillo ya había tenido contactos con el rey Enrique poco antes de morir, y se había propuesto hacer de su hija Juana la futura reina de Castilla como, en su momento, hizo de Isabel la heredera al trono. Hacía unos días que la reina Isabel había intentado un nuevo acercamiento con el arzobispo, y, encontrándose embarazada, acudió a entrevistarse con él a Alcalá de Henares,

pero el prelado no quiso recibirla. «¡Si la reina entra por una puerta, yo saldré por la otra!», dijo el engreído Carrillo al condestable Velasco, que encabezaba la comitiva real.

Rodrigo devolvió la jarra al criado y se secó el sudor de la cara y el cuello con un trapo.

—Mi primo, Diego López Pacheco, me pide la adhesión pública de la Orden de Calatrava a la causa de la princesa Juana. Isabel no ha hecho ninguna de las concesiones que le pidió, no ha tratado bien a nuestra familia. Ni siquiera ha sido capaz de conservar la fidelidad de mi tío, el arzobispo de Toledo, que tan leal le fue durante años.

Rodrigo Téllez Girón tampoco olvidaba que su declaración de fidelidad a Isabel, en el convento de Santo Domingo de Ciudad Real, no le había reportado recompensa alguna, más allá de aplacar ciertas reticencias de los reyes hacia su persona por los apellidos que portaba el maestre.

—Espero contar con el apoyo de todas las encomiendas en esta empresa —dijo Rodrigo, temiendo la respuesta los dos hombres.

Los dos comendadores se miraron de reojo mientras el maestre aguardaba una respuesta antes de subir las escaleras del patio hacia la planta superior de palacio.

—Me temo que no todas las dignidades de nuestra orden os apoyarán en vuestra determinación.

Rodrigo se giró al escuchar las palabras de frey Diego de Loaisa.

—¿Qué quieres decir?

—García López de Padilla y Fernando Gómez de Guzmán ya se han alineado con la reina Isabel —respondió, temeroso, el comendador de Valdepeñas.

—¡Malditos sean esos dos traidores! —espetó Rodrigo lanzando su espada al aire—. No consentiré que el claverero ni el comendador mayor de la orden desobedezcan mi mandato. Apresadlos y traedlos ante mí cargados de grilletes. Haré que se pudran en una mazmorra hasta que nadie se acuerde de su maldita existencia.

Los dos comendadores sabían que la noticia que tenían que darle no sería del agrado del maestre, y duraron un instante antes de hablar:

—Lo siento, pero ya es tarde. Antes de venir supimos que habían partido y

que se habían llevado con ellos las lanzas a caballo que sufragan sus encomiendas y a otros más de su hueste. Ahora sabemos que era para reunirse con los reyes, Isabel y Fernando, en Segovia.

El maestre no podía ocultar su enfado. Subió los escalones de dos en dos hasta la planta superior para calmar la rabia que le corroía. El clavero y el comendador mayor habían tomado partido a favor de Isabel de Trastámara sin consultar su decisión y traicionando la obediencia que le debían. Habían cometido traición, y aquello era suficiente para castigarlos con la muerte. Los dos conocían las vinculaciones familiares del maestre, y sabían que Rodrigo Téllez Girón no dudaría en apoyar la causa de Juana de Castilla, que se encontraba bajo la protección de su primo, el marqués de Villena.

Pero los desencuentros del clavero, García López de Padilla, con el joven maestre venían de tiempo atrás, cuando Rodrigo todavía era un niño y se convirtió en la máxima dignidad de la Orden de Calatrava, por el empeño de su padre, Pedro Girón, y por el de su tío, Juan Pacheco.

Rodrigo no olvidaba el día en el que, siendo niño, tuvo que presidir la procesión y el entierro de su padre. El cortejo fúnebre había llegado hasta al sacro convento de la orden, en el castillo de Calatrava, que llamaban «la Nueva», emplazado frente a la fortaleza de Salvatierra, que durante siglos sirvió de bastión para contener las invasiones árabes. El sacro convento estaba construido en un risco sobre un encrespado cerro, al que se accedía mediante una empinada cuesta cada vez más pronunciada conforme se ascendía hasta la cima. Hacía muchos años que la sede del maestrazgo se había trasladado a Almagro, al rancio y frío palacio que llamaban la Casa de los Maestres. Sin embargo, la orden conservaba su casa matriz de Calatrava como sede del priorato. Los restos mortales de Pedro Girón habían llegado, por fin, al lugar en el que siempre quiso descansar cuando su vida abandonara este mundo. Mientras seguía el féretro de su padre, Rodrigo recordaba cómo hacía escasos meses aquel intentaba explicarle los planes que tenía para él.

—Rodrigo, hijo mío —le dijo mientras el niño permanecía de pie delante de él y casi a su misma altura, aunque Pedro Girón se hallaba sentado—, ha llegado el momento de que afrontes una importante misión. Gobernarás en mi lugar la Orden militar de Calatrava. Serás maestre y tendrás bajo tu responsabilidad a ejércitos y vasallos a los que guiarás en el trabajo diario y

en la batalla, en el rezo y en la conquista.

—Pero, padre —dijo el joven Rodrigo, algo abrumado por la responsabilidad que descargaba sobre sus hombros inexpertos—, no sé si seré capaz de hacerlo como vos deseáis...

—Un Girón nunca siente miedo cuando afronta una gran hazaña —dijo, reprendiéndole por sus dudas—. Más te vale perder la vida que perder tu honor por cobardía.

Aquellas palabras se le quedaron grabadas a fuego, pero cuando caminaba en pos del féretro con los restos su padre, casi a punto de entrar en la iglesia del convento calatravo y bajo aquel formidable rosetón, sintió una gran pesadumbre sobre sus hombros.

Pedro Girón falleció de una apostema en Villarrubia de los Ojos, cuando se dirigía a Ocaña para formalizar sus esponsales con Isabel de Trastámara, entonces infanta de Castilla. Su repentina muerte sorprendió a todos. Hacía pocas semanas que había renunciado al maestrazgo y que había convocado capítulo general de la orden para proclamar como nuevo maestre a su hijo Rodrigo. Algunos miembros destacados de la orden no aceptaron el nombramiento, pero no quisieron enfrentarse al impetuoso Pedro Girón. El día del entierro de su padre, Rodrigo se encontraba recién investido como maestre de Calatrava. Hacía pocas semanas que se había celebrado la ceremonia de proclamación, y Rodrigo recordaba cómo todos le habían prestado el debido juramento de fidelidad que tanto le enorgullecía. Pero en el momento de aquel funeral su situación había quedado maltrecha, ya que su principal valedor, su padre, yacía en un ataúd a punto de ser enterrado en una pequeña capilla del convento que él mismo mandó construir años atrás. Junto a Rodrigo caminaban el clavero, García López de Padilla, y el comendador mayor, Fernando Gómez de Guzmán. Detrás de él, también en lugar preeminente de la procesión que se había formado, caminaba el hermano de su padre, su tío Juan Pacheco, marqués de Villena. Desde aquel instante quedó manifiesto que Pacheco no estaba dispuesto a dejar solo a Rodrigo en el gobierno de la orden, e hizo constar que intervenía como coadjutor y tutor del maestre niño. Aquella decisión no gustó demasiado a García López de Padilla, que veía cómo el poder real de la orden lo detentaría, a partir de entonces, un lego que no contaba con los sagrados votos. Sin embargo, Padilla supo que Pacheco se

había reconciliado con el rey Enrique desde que concertaron el matrimonio entre Pedro Girón y la infanta Isabel, y no se le escapaba que oponerse frontalmente al de Villena podría costarle muy caro. Supo que debía aguardar mejor ocasión para mostrarse díscolo, y que aquel no era el momento adecuado.

Pero, ahora sí, la ocasión que había esperado durante tantos años había llegado. El clavero, García López de Padilla, sabía que la guerra en Castilla era inminente, y que si corría a prestar su apoyo y adhesión a Isabel, tal vez conseguiría el maestrazgo de Calatrava cuando los enemigos de la reina cayeran en desgracia. Pero Rodrigo no estaba dispuesto a dejárselo arrebatarse. Tal vez de niño fue más vulnerable, pero siempre se sintió protegido por su tío. Ahora, aunque hacía pocos meses que había fallecido el primer marqués de Villena, ya era un hombre, y los temores de la infancia se habían disipado. Sabía que para ganarse la fidelidad de los suyos debía gobernar con mano firme. También comprendía que debía estar a la altura de lo que le solicitaba su primo Diego López Pacheco, el nuevo marqués de Villena, que había heredado de su padre la responsabilidad de fijar y conducir la acción política de la familia. El anuncio de los esponsales entre Alfonso de Portugal y la infanta Juana de Castilla cambiaba el escenario político. Los Pacheco-Girón ya no necesitaban mendigar a la reina Isabel antiguas posesiones y cargos a los que aspiraban: otra reina estaba dispuesta a concedérselos con mayor predisposición.

—Esos dos bastardos lo pagarán caro tarde o temprano, y me encargaré personalmente de ejecutarlos yo mismo —dijo Rodrigo Téllez Girón intentando calmarse—. Se han alineado con la reina que se atreve a humillar a sus vasallos más fieles. La reina Isabel no se ha dignado a mostrar ni una pizca de gratitud por el juramento de fidelidad que conseguí arrancar a los de Ciudad Real para su causa. Ni siquiera ha contestado a la merced que le he solicitado de incorporar la ciudad al señorío de nuestra orden.

—En su día os aconsejamos continuar con el plan para deshaceros de Isabel, pese a la repentina muerte de vuestro tío. Ahora el trono de Castilla estaría en otras manos —dijo frey Diego de Loaisa.

—A esa maldita reina parece ponérsele todo de cara —respondió Rodrigo—. Mi padre murió hace unos años cuando acudió a desposarse con ella y

hace unos meses, mi tío, a pocos días de la entrevista pactada.

—Fue una lástima que don Juan Pacheco muriera solo dos días antes de aquellas vistas que ya teníais concertadas —dijo el comendador de Valdepeñas— y que don Alonso de Carrillo no estuviera dispuesto a correr riesgos para seguir con el plan. Tal vez si le hubierais ocultado a la infanta, durante dos días, la muerte del marqués, podríais haberla atraído hasta Ciudad Real y concluir así lo que teníais planeado, pero vuestro tío el arzobispo fue cauteloso en exceso.

Rodrigo sabía que aquel era el momento para tomar Ciudad Real, para cumplir su vieja aspiración de incorporar la ciudad de realengo en señorío de la Orden de Calatrava. Sin embargo, hacía un par de semanas que había promovido, en el convento de Santo Domingo, un acto de adhesión pública del concejo y los notables de la ciudad a los reyes, Isabel y Fernando. Pocos sabían de las verdaderas intenciones del maestro cuando promovió aquel acto de fidelidad hacia los reyes Isabel y Fernando en el convento de Santo Domingo de Ciudad Real. En aquel momento, parecían haber fracasado las negociaciones del joven marqués de Villena con el rey Alfonso de Portugal para que apoyara las aspiraciones dinásticas de su sobrina Juana al trono de Castilla. Rodrigo Téllez Girón creyó entonces que sería una buena estrategia hacer creer a sus viejos rivales que el maestrazgo de Calatrava prestaba su incondicional apoyo a la reina Isabel. Pero tenía la impresión de que la aceptación del rey portugués para contraer matrimonio con la infanta Juana sería cuestión de semanas, y, por eso, decidió proteger su honorabilidad en caso de revocar su propio juramento de fidelidad. Rodrigo sobornó a algunos regidores para que levantaran aquella calumnia contra Isabel. Antón Treviño se dejó arrastrar por los planes del maestro y cuestionó la legitimidad de la reina, nada menos que acusándola de haber ordenado la muerte de su hermano, el infante Alfonso, que murió en Cardeñosa, y a quien entonces apoyaban los nobles que se oponían al rey Enrique. Resultó fácil conseguir que Treviño se prestara a ello a cambio de que los grandes rebaños del regidor pudieran pastar en territorios de la Orden de Calatrava.

Pero revocar el juramento de fidelidad a Isabel, en realidad, era lo que menos preocupaba a Rodrigo, porque ahora la legítima sucesora del rey Enrique, Juana de Castilla, su verdadera hija, a quien las cortes juraron como

heredera al trono, reivindicaba sus derechos dinásticos.

Rodrigo sabía que quitar y poner reyes concernía a los grandes del reino, pero a él, como maestre de la Orden de Calatrava, correspondía acrecentar sus dominios y extender el territorio de su señorío.

—Ha llegado la hora de abandonar el rezo y guiar a los hombres a la conquista —murmuró Rodrigo entre dientes, recordando las palabras de su padre.

41

UNA HOSPITALIDAD SORPRENDENTE

CIUDAD REAL, PRINCIPIOS DE JUNIO DE 1475.

La noticia de la celebración en Plasencia de los esponsales entre el rey Alfonso de Portugal y la infanta Juana de Castilla, la hija del fallecido rey Enrique, llegó hasta Ciudad Real. Como era habitual, los emisarios recorrían las ciudades para informar a las gentes y a las autoridades de los principales sucesos que acaecían en el reino. Los flamantes esposos se encargaron de enviar mensajeros para difundir la buena nueva por toda Castilla con el fin de granjearse apoyos para su causa. Hombres y mujeres corrieron a la plaza Mayor, desde donde la noticia comenzó a extenderse por toda la ciudad.

Mientras tanto, en Barrionuevo apenas si se escuchaba el gentío que se había congregado unas manzanas más abajo, aunque un grupo cada vez más numeroso se acercaba por la calle principal. Los que se percataron del revuelo temieron que se hubieran formado bandos, pero los que seguían al heraldo real hacia el convento de Santo Domingo solamente se mostraban eufóricos, y aclamaban con vivas y vítores a los nuevos esposos.

Para dar conocimiento de las nuevas que llegaban desde Plasencia, el emisario se colocó delante de la puerta principal del convento, frente al grupo que lo había seguido desde la plaza y a los curiosos que se asomaban a la puerta de su casa para ver lo que sucedía.

Tomás de Cuenca no pudo evitar oír el murmullo que se había originado en la misma esquina de su casa, frente a Santo Domingo. Salió a la calle y, como pudo, se hizo paso entre la gente que se arremolinaba delante del mensajero real. No portaba ropajes llamativos ni llevaba séquito, salvo el que lo acompañaba de manera espontánea. Debía leer el anuncio real en los principales puntos de la ciudad. Ya lo había hecho en la plaza Mayor, y ahora se disponía a leerlo de nuevo. Cuando el hombre observó que el grupo era lo suficientemente nutrido, extrajo un documento que desenrolló y se dispuso a leer. Todos callaron mientras el emisario leía la carta que la infanta Juana había escrito de su puño y letra para que todos los súbditos supieran que pretendía reclamar lo que en derecho le correspondía, que no era otra cosa que el trono de Castilla. Aunque su compromiso matrimonial con su tío Alfonso, el hermano de su madre, debía ser dispensado por el papa por tan cercano parentesco, no cabía duda de que la posición de la hija del rey Enrique había tomado fuerza con tan importante aliado y valedor de sus derechos dinásticos.

Existía entre los cónyuges una notoria diferencia de edad, tanto que Alfonso acababa de tener un nieto hacía escasos días, y no podía ocultar su satisfacción. El destino también había querido que, de forma reciente, su madre, la reina Juana de Avis, viuda del fallecido rey Enrique, también hubiera dado a luz otro hijo ilegítimo, fruto de su relación con Pedro de Castilla y Fonseca. Los rumores sobre la fidelidad de la reina siempre habían corrido de boca en boca desde que contrajo matrimonio con el rey Enrique. Las afiladas lenguas de sus enemigos sostenían que la princesa Juana no era hija del rey, sino del que fue su privado, Beltrán de la Cueva, por lo que fue apodada «la Beltraneja». Los rumores sobre la impotencia del rey Enrique se extendieron por todo el reino, y hubo quien dudó incluso sobre su interés por las mujeres. Tras repudiar a su primera esposa y contraer nuevas nupcias con Juana de Portugal, tampoco llegó la descendencia esperada. Los menos despiadados contaban que para preñar a la reina los médicos utilizaron una cánicula de oro por donde hicieron pasar el semen real hasta el interior del vientre de doña Juana. Así, tras siete años de matrimonio, la reina pudo dar a luz una hija que ahora disputaba el trono de Castilla a su tía Isabel. Pero la infanta Juana no pretendía una guerra abierta, y ofrecía el arbitraje de las

Cortes de Castilla para que dilucidaran a cuál de las dos correspondía tal derecho: —«... y como muestra de las buenas intenciones que nos mueven — terminó de leer el emisario—, propongo que los tres estados de mis reinos escojan algunas personas de buena fama y conciencia, libres de toda sospecha, para que de forma libre determinen por justicia a quién pertenecen estos reinos, para evitar todos los rigores y desastres de la guerra».

Era evidente que la infanta Juana contaba con numerosos partidarios en Ciudad Real que aclamaban las palabras que se habían pronunciado y que jaleaban su nombre cuando se concluyó la lectura de la misiva. No en vano, su madre, la reina viuda doña Juana de Avis, era la señora de la ciudad, y aquello acrecentaba las simpatías por su hija.

La muchedumbre que se formó frente al convento de Santo Domingo se dispersó después de un buen rato de vivas y vítores a los nuevos reyes y de animosas proclamas, pero aquella noche algunos grupos recorrieron calles y plazas con gran algarabía. Las tabernas de la plaza Mayor y otros mesones de la ciudad sirvieron vino hasta horas avanzadas por la gran expectación que la noticia de aquellos esponsales había despertado en algunos grupos de impetuosos jóvenes, que ya veían la guerra inminente. Entonaban cánticos mientras bailoteaban por los principales barrios y calles, pletóricos de alegría con aquella buena nueva. Algunos porfiaban sobre que Juana era la legítima heredera del trono de Castilla y que se le había privado de sus derechos por la maledicencia de algunos con respecto a su origen poniendo en duda su legitimidad. La única y verdadera hija de Enrique IV era la que debía suceder a su padre, y no una media hermana del rey que lo único que había traído era división entre la nobleza y a un esposo, heredero del trono de Aragón, al que se le ponía en bandeja la corona de Castilla. Los que apoyaban a la princesa Juana tampoco olvidaban que no habían recibido las mercedes que esperaban de la reina Isabel, a la que, unas semanas antes, muchos de ellos prestaron juramento de fidelidad en aquel mismo convento. Quizá por ello acudieron a él grupos de uno y otro bando, los unos para reafirmarse en su juramento de semanas atrás a favor de la reina y los otros para revocar lo jurado y manifestar su apoyo a la princesa.

En aquel ambiente, dos sombras caminaban por las calles menos transitadas de Barrionuevo, y lo hacían con paso ligero, para eludir el bullicio

que se oía a lo lejos. Era de noche, aunque una hermosa luna iluminaba la ciudad y permitía caminar sin dificultad y sin tropezar por las bacheadas calles del barrio. Pero al momento de volver una esquina, la pareja que intentaba pasar desapercibida se encontró de frente en medio del revuelo. A aquellas horas, las proximidades del convento eran de nuevo un hervidero de gente, y algunos grupos se increpaban, unos a otros aunque mantenían ciertas distancias. La pareja se dirigía por la calle de Santo Domingo en dirección al convento, hacia un grupo de jóvenes que ocupaba el ancho de la calle y al que, aunque apenas si dejaban espacio, la pareja logró esquivar en medio del desconcierto y de la celebración, pero alguien los reconoció.

—¡Eh! Y hablando de judíos... Mirad qué parejita ha salido de paseo esta noche.

Gonzalo Rodríguez de Santa Cruz intentó volverse, pero Teresa lo agarró del brazo para que continuase caminando.

—Y no se dignan a saludar porque se creen mejores que nosotros... —los increparon mientras caminaban detrás de ellos con burlas y chanzas.

La pareja aceleró el paso sin volver la cabeza, aunque las primeras provocaciones fueron dando paso a comentarios desvergonzados. Al final de la calle, en las cercanías del convento, otro grupo de jóvenes se había percatado de lo que ocurría, y se dirigía hacia ellos. Teresa sujetó con fuerza el brazo del médico para que no respondiera a las provocaciones, pero los que llegaban de frente parecían estar en la misma sintonía que el grupo que los hostigaba por detrás.

—¿Y vosotros creéis que las judías tienen todo igual que las cristianas? —decía el joven Guzmán, acechándolos de cerca y provocando la risa del grupo.

—Creo que te has relacionado poco con mujeres; yo te presentaré a una judía para que salgas de dudas —decía un muchacho alto con la lengua estropajosa por el vino.

Los que llegaban les cerraron el paso, y la pareja quedó atrapada entre los dos grupos.

—¡Vaya, habéis hecho nuevos amigos! —decía el joven Céspedes, que bajaba desde el convento.

—¡Eh, vosotros, esperad! Os voy a presentar a mi amigo —insistió Ordoño, que agarró a Teresa por el hombro para detenerla.

El médico se revolvió y se encaró con el muchacho de la lengua estropajosa; lo zarandeó y lo empujó contra la puerta de una casa. Los demás se lanzaron contra él y lo sujetaron con fuerza para que soltara su presa. Su reacción le costó un puñetazo en el estómago, mientras Teresa suplicaba que los dejaran en paz. En aquel instante se abrió con brusquedad la puerta que habían golpeado en el forcejeo y apareció un hombre alto y esbelto, con gesto serio y amenazante, que permanecía inmóvil, con la mirada clavada en los que tenían sujeto al médico por los brazos. Al ver a Tomás de Cuenca, los muchachos se quedaron paralizados y mudaron la expresión de sus caras. Soltaron al hombre al que estaban a punto de dar una paliza y saludaron con un gesto de forzada cortesía al licenciado. Tomás hizo una señal con la mano sin relajar su mirada desafiante y la pareja entró en la casa, mientras los jóvenes se marchaban calle abajo mirando de reojo hacia atrás.

Gonzalo Rodríguez de Santa Cruz todavía parecía alterado por el forcejeo, y se terminaba de componer sus ropas. Teresa también se mostraba nerviosa y sorprendida por la extraña situación.

—¿Os encontráis bien? —preguntó Tomás cortésmente al recibir a sus inesperados invitados.

—Sí, gracias. Una vez más nos habéis librado de una buena. Os quedo muy agradecido por vuestra intervención.

Teresa permanecía callada, aunque no ocultaba su satisfacción por la oportuna aparición del licenciado cuando en peores circunstancias se encontraban. El anfitrión los condujo hasta el interior de la casa y, en ese instante, aparecieron Quiteria y su marido, que, desde la cocina, escucharon el tumulto que se había formado en la puerta de la calle.

—Quiteria, dispon dos habitaciones para estos señores. Pasarán aquí la noche.

Los recién llegados se miraron sorprendidos por la hospitalidad del clérigo, pero no se atrevieron a contrariarle, y dieron por buenos los planes del licenciado. Lo siguieron por los pasillos de la casa mientras portaba con prestancia un candil. Los dos criados encendieron algunas luminarias y pronto la vivienda quedó iluminada, hasta que llegaron al comedor, donde Tomás los invitó a sentarse alrededor de la mesa a la espera de que Quiteria les preparase la cena.

Tomás no olvidaba las atenciones que le había brindado el médico cuando unos meses antes lo llevaron malherido hasta su casa para lo atendiera de los golpes que había recibido en el mercado. Tampoco olvidaba que fueron Teresa y la hermana del médico las que lo encontraron caído en el suelo y las que lo trasladaron hasta la consulta con la ayuda de Alfonso Beltrán.

Desde aquel día, la mujer se había convertido en un pensamiento recurrente para Tomás. Observó que aquella joven lo miraba diferente, como una mujer mira a un hombre cuando le agrada, aunque a veces se torturaba pensando que todo eran imaginaciones suyas. Pero aquel no era momento para que le rondaran pensamientos que el buen gusto no consideraría apropiados.

El médico volvió a agradecer al licenciado su providencial intervención y le preguntó por las lesiones que sufrió en el ataque, de las que esperaba que ya estuviera completamente restablecido por el tiempo que había transcurrido. Pronto se encontraron hablando de medicinas, pacientes y anécdotas. Era fácil entablar conversación con el físico: su discurso, ameno y cercano, lo hacían un buen tertulio. Tomás se sentía a gusto en compañía de aquel hombre de cara alargada y pelo rizado, aunque, después de un rato, apenas iniciada la cena, Gonzalo Rodríguez de Santa Cruz se levantó de repente.

—Lo siento; acabo de recordar que he dejado a un paciente esperando mientras acercaba a Teresa hasta su casa. Lo había olvidado por completo con este percance. Os agradezco que nos hayáis dado refugio en vuestra casa, pero, aun a riesgo de parecer descortés, debo marcharme y dejaros.

—Podría mandar recado a vuestra casa y también a la vuestra, si lo deseáis —dijo Tomás dirigiéndose a Teresa—. Podría comunicar a vuestras familias lo ocurrido para tranquilizarlas y avisarlas de que os encontráis a salvo.

Teresa también hizo ademán de levantarse de la mesa ante las repentinas prisas de su acompañante, pero el médico la detuvo, instándola a que acabara de cenar.

—No hay motivo para ello —respondió el médico mientras terminaba de limpiarse las manos—; yo debo marcharme porque tengo que atender con urgencia otros asuntos. Sin embargo, creo que, por su seguridad, lo más oportuno es que Teresa pase la noche en vuestra casa, si no tenéis inconveniente.

El médico estrechó la mano de Tomás, agradeciéndole una vez más su hospitalidad. Abrió la puerta de la calle con delicadeza; los vítores y voces ya no se escuchaban: solamente un pequeño grupo a lo lejos parecía seguir celebrando la noticia, pero el médico se dirigió calle abajo en dirección contraria, de regreso a su casa, sin que nadie se percatara de su presencia.

—En realidad ha sido culpa mía —reconoció Teresa mientras terminaba de cenar en la mesa junto al licenciado—. Esta tarde he acudido a visitar a Beatriz, la hermana de Gonzalo, y se nos ha hecho tarde. Gonzalo se ofreció a acompañarme, aunque no sospechamos que la ciudad estuviera tan enloquecida.

—La verdad es que ha sido una imprudencia salir a la calle en una noche como hoy. Los ánimos están muy encendidos, y no son las horas más apropiadas.

—¿Y qué creéis que ocurrirá a partir de ahora?

—Cuando dos bandos quieren el mismo reino es como cuando dos hombres quieren a la misma mujer: el conflicto es inevitable. —Tomás fijó la mirada en los inmensos ojos de Teresa, que sostuvo la suya unos breves instantes—. Con esta ciudad pasa lo mismo: unos la tienen y otros la desean.

La mujer parecía algo destemplada. Se frotó los hombros para reconfortarse, y no pudo evitar un pequeño escalofrío. El licenciado tomó uno de los leños que había junto a la chimenea y lo roció un poco de aceite de la luminaria, y el tronco comenzó a prender. Aquellos días de junio eran cálidos y agradables durante el día, pero frescos por las noches.

—Solo Dios sabe lo que ocurrirá a partir de ahora. La ciudad se ha transformado esta noche en una pieza más del ajedrez en que se ha convertido el reino. Antes de que aparecierais por esta calle, los jóvenes que os han acechado y otros grupos hacían proclamas a favor de uno y otro bando. Algunos han lanzado gritos de guerra y muerte contra los portugueses, otros contra Aragón y algunos hasta contra los mismos reyes Isabel y Fernando. Mucho me temo que con estas condiciones pueda estallar una guerra civil en Castilla.

Teresa calló por un instante, y no pudo disimular un gesto de preocupación.

—No quería alarmaros con mis palabras —se disculpó el hombre—. Me pedisteis mi opinión, y temo que mi apreciación os haya intranquilizado.

—No os preocupéis, sé que vuestra opinión es fundada y que no lo habéis hecho por alarmarme. Mi pesadumbre es por mi familia. No hace mucho tiempo que sufrimos las iras de quienes sentían rencor por nosotros. Me duele pensar que aquello pueda volver a repetirse y que puedan hacer daño a las personas a las que amo.

Tomás descubrió en el rostro y en las palabras de Teresa otra mujer diferente a la joven fuerte y animosa del día en que se conocieron.

—He sabido que la casa de vuestro padre fue atacada la noche en que comenzaron las revueltas de octubre.

La mujer se sorprendió por las palabras del clérigo, pero se tomó unos segundos antes de responder. Las imágenes de aquel día se agolpaban en su mente, y aquellos recuerdos le causaban dolor y amargura cuando afloraban a su memoria. Teresa tenía la mirada perdida en el fuego de la lumbre cuando habló al fin:

—Un día de gozo y alegría se transformó, de repente, en un duelo de tristeza y aflicción. Aquella noche murieron varias personas, algunas muy queridas, pero también murieron la confianza y la fe en los hombres.

—¿Os referís al hijo de Juan González Pintado?

—Cristóbal era muy especial. —Teresa dibujó una leve sonrisa—. Era inquieto y ocurrente, y bromeaba a menudo. —Hizo una pequeña pausa y continuó—: La gente cree que estábamos comprometidos, pero no es verdad. Mi padre me insistió varias veces para que lo aceptara como esposo, pero no lo hice..., y por eso me siento más culpable.

Por la mejilla de Teresa resbaló una lágrima.

—¿Conocéis a los que asaltaron la casa de vuestro padre aquella noche?

—Muchos iban embozados, pero otros ni siquiera se molestaron en cubrirse la cara, y, aunque era de noche, a través de la ventana reconocí a algunos criados de Antón Treviño y Alfonso Céspedes.

Tomás se sorprendió al escuchar aquellos nombres: le había parecido ver a alguno de sus hijos delante de la puerta de su casa, y recordó la visita que ambos regidores le hicieron al poco de llegar a la ciudad.

—Me temo que los enfrentamientos en el concejo han derivado en una enemistad personal entre dos bandos y que vuestra familia y las de vuestros amigos están sufriendo la peor parte.

Teresa lo miró, pero no respondió.

—Los que acusan a vuestro hermano Diego de haber prendido fuego a la casa del cuchillero dicen que la vuestra fue asaltada por venganza, igual que las otras casas del barrio.

—Ya os dije que Diego es inocente. Cuando atacaron nuestra casa, las mujeres logramos escapar por la cerca trasera y huimos, acompañadas de mi hermano, hasta el alcázar para buscar la protección del corregidor. Pero al llegar a la altura de la calle del Lobo, Diego se detuvo. Corrió hacia una casa que se encontraba en llamas, donde había escuchado voces que pedían socorro. Le insistí en que no se detuviera y que viniera con nosotras, pero regresó para ayudar a esos pobres desgraciados. Desde lejos vi cómo intentaba forzar a empujones la puerta de la casa y los ventanales, aunque su empeño fue en vano.

Teresa comenzó a llorar al recordar aquella escena.

—Mi madre y el resto de mujeres me esperaban, y no quise ponerlas en peligro; me marché con ellas hasta llegar al alcázar, donde nos pusimos a salvo. No volví a ver a mi hermano hasta la mañana en que Álvaro de Pecellín estuvo a punto de capturarlo en la casa vieja y que, por suerte, pudo escapar.

Teresa se limpió las lágrimas con el dorso de su mano.

—No os he dado las gracias por ello —dijo—. Me porté como una estúpida y no supe agradecerérselo en aquel momento.

—No os preocupéis; me devolvisteis el favor cuando me recogisteis del suelo el día en que me atacaron en la plaza.

Tomás sonrió, y logró arrebatarle una dulce sonrisa, aunque sus ojos vidriosos mostraban una profunda congoja.

Quiteria interrumpió las lágrimas de Teresa: la criada anunció que la habitación ya estaba dispuesta en la planta de arriba. La joven agradeció a la mujer su diligencia y se puso en pie para despedirse de su anfitrión.

—Os ruego, si no os incomoda, que os quedéis unos minutos —sugirió Tomás, con tanta sorpresa para la joven como para él mismo—, al menos hasta que se consuma el leño que acabo de echar a la lumbre.

Teresa accedió a compartir la velada con aquel hombre, que acercó dos sillas a la chimenea mientras invitaba a sentarse a la joven para que se reconfortara junto al fuego. No imaginaba la joven que aquel clérigo pudiera

comportarse con maneras tan educadas y modales tan caballerosos. Lo recordaba en la sala en que tomaron declaración a su padre, en aquella misma casa, y ahora parecía diferente.

—Gracias por vuestra hospitalidad —dijo la joven, satisfecha por la cortesía—. Ha sido una cena estupenda.

En realidad, la cena que había preparado Quiteria era en un sencillo guiso de legumbres y verduras con un postre de frutas que había elaborado por la tarde, pero Teresa agradeció la ausencia de carne, porque le hubiera resultado difícil disculparse sin descubrir su dificultad para comerla. Recordó que, cuando Tomás encargó la cena a la criada, le susurró unas discretas palabras al oído, quizá con instrucciones para no poner en evidencia a su invitada.

—Si me lo permitís... —dijo Teresa al fin—. Me tenéis algo desconcertada.

—¿Qué queréis decir?

—Reconozco que me encuentro sorprendida por vuestras atenciones —dijo—; no imaginaba que fuerais capaz de tanta galantería. Creía que los hombres de iglesia eran más toscos y descorteses con las mujeres y que tenían ciertas prevenciones hacia ellas.

—¿Insinuáis que intento galantear con vos? —dijo Tomás.

—Me refiero a que, a juzgar por los sermones que predicáis en las iglesias, las mujeres tenemos muy difícil el camino hacia la salvación. ¿De verdad creéis que somos la perdición de los hombres?

—Me temo que hay quien opina así todavía. Algunos se empeñan en resaltar más en las mujeres los pecados y defectos de la Eva pecadora que las virtudes y los valores de nuestra Señora santísima.

Desde que se había sincerado con él había cambiado su opinión de aquel inquisidor de quien debía sentir miedo, desconfianza y odio por la causa que tenía abierta contra su padre. Pero en aquel momento, le resultaba agradable su compañía. Era un hombre atractivo, de facciones armoniosas y gesto dulce. Nunca lo habría imaginado, pero, en la proximidad, le pareció que aquel hombre tenía un gesto apacible que le transmitía paz y tranquilidad.

—¿Puedo seros sincera?

—Por favor.

—Reconozco que me sorprendisteis desde el día que nos conocimos.

Vuestra cortesía, vuestra inestimable ayuda con el asunto de la greda, vuestro instinto protector conmigo. —Teresa se ruborizó al recordar la escabrosa escena en aquel tugurio del barrio de la mancebía—. Pero todo eso se ha visto eclipsado con lo que sois, con lo que habéis venido a hacer aquí. Me resulta difícil entenderos y conoceros realmente.

—Puedo entender vuestras reticencias, pero espero cambiar vuestra impresión sobre mí.

—Quizá esta noche, junto a la destellante luz de la chimenea, podamos apartar nuestros prejuicios —Teresa alzó la vista—, pero cuando amanezca se impondrá la cruda realidad. Mi padre, nuestros amigos y hasta quizá yo misma volveremos a ser objeto de vuestras pesquisas. La magia se habrá disipado.

Tomás observaba el rostro de la joven frente a la luz de la llama, la elegancia de sus rasgos, el negro intenso de sus ojos y aquellos hermosos labios que tanto le atraían.

—Comprendo que sintáis reticencia hacia mis... contradicciones —dijo, intentando apartar aquel pensamiento.

—Si descubrierais en mí alguna reticencia hacia vos, no sería por vuestras contradicciones, sino porque juzgáis a otros por contradecir vuestras ideas —dijo Teresa con crudeza.

Tomás comprendió que las palabras de la joven se encontraban cargadas de reproche.

—En mi caso juzgar es un oficio. La fe nos exige rigor y contundencia con los que intentan convertirla en una pantomima —respondió, enérgico, aunque sin alterar el tono de su voz.

—Vuestras creencias son firmes, ¿cierto? —preguntó la joven, contrariada—. Nunca albergáis dudas de que la verdad pueda hallarse en lugares diferentes de aquellos en los que estáis acostumbrado a buscar.

—Mi fe me mantiene firme y me hace sabedor de que todo lo que creo es cuanto necesito para encontrarme con Dios.

—Dios exige mucho sacrificio cuando nos reclama firmeza frente a los que pretenden que reneguemos de él —respondió Teresa, desafiante.

Tomás calló por un instante; con la mirada volvió a recorrer la cara de la joven, sin poder esquivar aquellos labios a los que sus pupilas regresaban una y otra vez. Se levantó con brusquedad de la silla y con gesto grave le tendió la

mano.

—Ven conmigo.

Teresa se levantó con cautela y, de reojo, echó un vistazo a la puerta de la sala por si alguien los observaba. Se quedó paralizada frente a él y lo miró fijamente a los ojos mientras su respiración se aceleraba por momentos y su corazón latía con intensidad. Tomás permanecía con la mano extendida, y aquellos segundos le parecieron una eternidad. Por fin la joven estrechó su mano, y Tomás la condujo fuera de la sala. Llegaron hasta el final del pasillo y por una estrecha escalera subieron hasta una pequeña azotea en el tejado.

—Aquí nada se interpone entre Dios y nosotros —dijo Tomás mientras alzaba la vista hacia el cielo estrellado—. Dios nos observa desde arriba, en estado puro, sin filtros ni dogmas, sin confesionarios ni templos, sin cruces ni hexagramas, sin biblias ni Talmud.

Teresa ni siquiera se percató del precioso cielo que aquella noche aparecía cargado de estrellas: solo miraba a Tomás mientras intentaba descubrir al hombre que se escondía tras aquellos hábitos. El calor de su mano le transmitía serenidad, y, de repente, sintió ganas de permanecer agarrada a él el resto de su vida. Quería creer que el vino de la cena sublimaba lo que sentía, pero quería abandonarse y flotar en aquella nube de sensaciones que la envolvía completamente.

—No pueden existir dos dioses diferentes para dos personas con tanta fe —dijo Tomás mientras bajaba la mirada hasta encontrarse con los ojos de Teresa, que lo observaba hipnotizada por su encanto—. Es Dios el que nos hace comprender su verdadera naturaleza, porque de otro modo sería incomprensible.

Tomás se detuvo y contempló a la joven, que lo miraba sin rubor, inmóvil por las sensaciones que le provocaba.

—La fe nos hace fuertes, aunque a veces nos hace inflexibles con nosotros mismos y con los demás —se detuvo, la atrajo con delicadeza hacia sí y acarició su cara—, pero yo no podría ser severo contigo, porque jamás podría perdonármelo.

Con su inquieta mirada recorrió su cara, su pelo, sus labios, buscó sus pupilas en la oscuridad de la noche. Apartó los cabellos de su cara, que rozaban sus párpados, aunque los ojos de la joven se abrían con obstinación

para no perderse nada de aquel instante mágico.

—Teresa, tú y yo —susurró Tomás mientras la joven le ofrecía una bonita sonrisa— somos bien distintos, pero nuestras almas se llenan de gozo cuando están próximas. Quizá tú y yo, nosotros...

—Sí, quizá... —dijo al fin Teresa con la respiración agitada, sin apartar sus ojos de los suyos y sintiendo en su cara el tacto de su mano, que la acariciaba con dulzura.

De nuevo, la afanosa Quiteria se acercó al comedor para terminar de recoger los restos de la cena que habían quedado sobre la mesa. El ruido de los vasos y de su pesado andar sobre el crujiente suelo de madera los obligó a apartarse hasta quedar a una distancia decorosa. Callaron mientras aguardaban la llegada de la mujer clavando su mirada el uno en el otro, ahora separados por un abismo de honestidad y de decencia.

PRÁCTICAS PROHIBIDAS

Cuando se calmaron los ánimos y remitieron los pequeños disturbios en las proximidades de Barrionuevo, Gonzalo Rodríguez de Santa Cruz abandonó con discreción la casa del licenciado Tomás de Cuenca. Llegó hasta la suya, después de un rodeo, tras asegurarse de que se había dispersado el grupo de alborotadores que los habían acechado. En la calle, dos hombres aguardaban su regreso, aunque al verlo se mostraron prudentes, hasta que el médico los reconoció en la oscuridad de la noche.

—Os habéis retrasado —dijo uno de ellos impacientemente—. Ahí tenemos lo que nos habéis encargado.

El médico miró a ambos lados de la calle antes de acercarse al carro donde los dos hombres transportaban la mercancía.

—¿Están vivos? —preguntó mientras tocaba unos bultos dentro de unos sacos.

—Sí, ese fue el encargo, y así lo hemos hecho —respondió el hombre.

—Está bien. Pasadlos por la puerta del corral sin hacer mucho ruido.

Los hombres echaron mano de los sacos, atados por la abertura. Se los cargaron al hombro y los metieron dentro de la casa, hasta el cobertizo, donde el médico les había indicado.

—Aquí tenéis lo acordado, y esto, para sellar vuestras bocas. —Gonzalo entregó unas monedas a cada uno.

—Lo que hagáis con ellos es cosa vuestra; por nuestra parte ya está

olvidado.

Los hombres se marcharon después de haber cobrado lo prometido y el médico terminó de pasar los bultos desde el cobertizo hasta una habitación que había dispuesto para la ocasión. Depositó los sacos sobre dos tablas anchas y largas, a modo de camilla, muy próximas la una junto a la otra. Uno de los bultos se agitaba nervioso en el interior de la sarga, pero el otro permanecía quieto, hasta el punto de que el médico llegó a temer que estuviera muerto. Sin embargo, cuando desató el fardo, el animal movió la cabeza y se quedó más tranquilo. Los dos corderos se encontraban vivos y atados por las patas, aunque algo aturdidos por el tiempo que llevaban encerrados en la tela. Los hombres habían cumplido con el encargo y habían efectuado la entrega con discreción. El médico no quería levantar sospechas de recibir en su casa animales vivos, que muchos asociarían con prácticas judías, y dio instrucciones para que se los entregaran con el sigilo de la noche.

Preparó unos cuencos de leche para que la tomaran los borregos hambrientos, y sobre el blanco líquido vertió unas hierbas trituradas. Los animales ingirieron su alimento desde los recipientes, aún con las patas atadas, pero lograron acabar la cena que les había preparado el médico y en pocos minutos se quedaron adormecidos por el sedante efecto de las hierbas.

Debía acabar lo que se proponía con la mayor rapidez posible, para evitar que nadie supiera de aquello en lo que se encontraba ocupado. Tampoco quería que Beatriz lo sorprendiera en aquellos menesteres y prefirió realizar toda la operación aquella misma noche, después de advertir a su hermana de que ya se encontraba en casa y pedirle que se fuera a la cama.

Se ocupó de iluminar de forma suficiente la habitación mediante candiles y algunas luminarias distribuidas estratégicamente. El médico tomó un cuchillo e hizo una ligera incisión en la pata de uno de los animales para que perdiera parte de la sangre, que comenzó a salir a borbotones y a gotear en un pequeño recipiente que había preparado. Aquello no era un desangrado ritual para que el cordero eliminase la sangre por completo, sino que el médico pretendía mantenerlo vivo. Mientras el animal se desangraba, bajaba la temperatura de su piel; el físico colocó las manos en la tripa de los dos animales, y las diferencias de calor comenzaban a apreciarse. Después de un rato, y cuando calculó que el cordero había perdido la sangre suficiente, obstruyó la herida

para evitar más pérdidas y la vendó para protegerla de las moscas.

Había llegado el momento; Gonzalo Rodríguez de Santa Cruz sujetó a los dos animales en la camilla de madera y les inmovilizó el cuello con unas correas, de tal manera que quedaron uno junto al otro. Después, les afeitó la incipiente lana de debajo de la cabeza, de manera que quedó visible la piel del gaznate.

Cuando acabó con los preparativos, tomó de uno de los cajones de la mesa una estrecha y alargada bolsa de piel que se encontraba atada con un cordón. El hombre desató la bolsa y extrajo de ella dos cánulas de plata afiladas por uno de los bordes y preparadas para unirse en el extremo opuesto, la una con la otra, mediante un sencillo mecanismo de tuerca. Aquellas eran las piezas que le había encargado al platero de Los Yébenes y que el agradecido cochero, a cuyo hijo había ayudado a venir al mundo, le había acercado hasta Ciudad Real en uno de sus viajes.

Gonzalo Rodríguez de Santa Cruz hirvió las delicadas piezas de plata antes de trabajar con ellas. Introdujo la primera por la vena del cuello de uno de los corderos y realizó la misma operación con la segunda cánula, sobre el cuello del otro animal. Pero la maniobra más difícil estaba por llegar, y consistía en unir ambas cánulas por el mecanismo de tuerca que tenían en los extremos. El médico desatornilló uno de ellos y un borbotón de sangre inundó toda la escena, pero, por suerte, contuvo la hemorragia después de desatornillar la otra cánula y ponerlas en contacto.

La sangre había comenzado a fluir de un animal a otro a través de aquellos delgados canutos, y el receptor parecía recobrar poco a poco el calor de su pequeño cuerpo. Se diría que hasta su corazón había comenzado a latir con más fuerza. De momento todo parecía marchar bien, pero entonces el animal receptor comenzó a convulsionarse. El médico se apresuró para liberarlo de los correajes con los que lo tenía atado. Retiró la cánula del cuello de los dos animales y taponó las incisiones que les había practicado para evitar que la sangre siguiera manando. El animal donante parecía encontrarse en buen estado, y continuaba completamente dormido. Sin embargo, el otro cordero había dejado de respirar y el corazón había dejado de latirle.

Rodríguez de Santa Cruz se sentó, desilusionado, en el borde de la tabla pensando que tal vez se había empeñado en un imposible: reponer la sangre

perdida mediante el trasvase de un ser vivo a otro.

Pero se lavó las manos y la cara y enseguida buscó los útiles de escritura para dejar constancia de todo cuanto había preparado: la posición de los animales, la dosis de adormidera que les había suministrado, las incisiones en el cuello, el tiempo aproximado que estuvo desangrándose el animal por la incisión de la pata y el que estuvo recibiendo sangre del donante. El médico anotó todos los detalles de aquel primer ensayo, porque no estaba dispuesto a rendirse y, lejos de desanimarse, se prometió que volvería a intentarlo en cuanto tuviera ocasión.

43

EL RAPTO DE FRANCISCA

AL DÍA SIGUIENTE.

Francisco de Bedmar sostenía las riendas de un caballo castaño que aguantaba pacientemente a que Hernando le ajustara las herraduras. Este sostenía la pata del animal doblada y golpeaba con determinación los clavos para fijar la pieza metálica en la pezuña, y mientras la martilleaba con pequeños golpes secos, le susurraba al caballo palabras que parecían relajar la tensión del animal y que lo mantenían quieto, casi inaudibles para su amigo, que observaba de reojo cómo el joven manipulaba las patas del rocín.

—Ya, amigo —decía casi como una letanía aprendida—. Estas herraduras fortalecen tus patas, tu resistencia sostendrá mi peso y mi brazo vencerá en la batalla... —Y volvía a repetirlo con un ligero y armonioso susurro que calmaba al caballo.

—No entiendo cómo este nervioso animal es capaz de permanecer quieto con el cuchicheo de unas palabras que solamente el diablo y tú sois capaces de reconocer —dijo, extrañado, Francisco de Bedmar.

—Los caballos son como las mujeres —Hernando alzó la voz para que su amigo pudiera escucharlo mientras, agachado, golpeaba las pezuñas—: si les sabes susurrar palabras de amor al oído, te las habrás ganado para siempre. Y eso también sirve para mi hermana.

—Pero ¿qué dices? ¿Tu hermana te ha hablado de mí? —preguntó, ávido de curiosidad, Francisco.

—Mencía me ha preguntado por cierto joven que, según dice, no para de mirarla cuando se encuentra frente a ella, y está algo desconcertada, porque lo ve un poco reticente.

—¿Y te ha dicho el nombre de ese joven?

—¡Francisco! ¡Que pareces lerdo! —gritó Hernando. En ese instante el caballo se revolvió, algo inquieto, y movió la cabeza de arriba abajo, aunque Francisco de Bedmar lo sujetaba por el bocado.

—Estas herraduras fortalecen tus patas, tu resistencia sostendrá mi peso y mi brazo vencerá en la batalla —volvió a susurrar Hernando mientras el animal se tranquilizaba.

—Mencía tiene razón —dijo Francisco confesándose a su amigo—: no me he atrevido a sincerarme con ella porque en el fondo temo que tu padre pueda negarse a lo nuestro.

—¿Mi padre? Mi padre te tiene gran aprecio.

En ese instante Francisco se percató de que la pequeña Leonor se encontraba parada frente a ellos a una prudente distancia.

—Y hablando de mujeres... —dijo el escudero.

Hernando se detuvo, sonrió al ver a la muchacha, que lo observaba desde lejos, y levantó la mano para saludarla mientras ella permanecía quieta y le devolvía el saludo con el gesto grave. El joven miró extrañado a su amigo y comprendió que algo había sucedido. Se acercó hasta ella con paso decidido mientras esbozaba una sonrisa, pero sin ocultar su preocupación.

—Francisca ha desaparecido —dijo Leonor entre sollozos y con lágrimas en los ojos.

Hernando se agachó para ponerse a su altura y la agarró por los hombros:

—¿Qué? ¿Cómo que ha desaparecido?

—No lo sé, ayer no regresó a casa —dijo, compungida—. Hemos preguntado a nuestros parientes y amigos, pero nadie la ha visto desde ayer por la tarde.

—Pero ¿tenéis idea de qué puede haberle sucedido? ¿Hizo algún recado del que no volvió?

—No sabemos nada —seguía sollozando la pequeña Leonor—; los

recados los hace mi padre, y ella suele encargarse de la tienda. Cuando él regresó, ella ya no estaba. Ayer preferí visitar a mis primas en lugar de quedarme con ella. Ha sido culpa mía...

—No digas eso —intentó calmarla—, no ha sido culpa tuya. Encontraremos a Francisca y pronto podrás abrazarla.

Hernando consiguió que Leonor se marchara a casa por si aparecía su hermana, y dio instrucciones a Francisco para que devolviese el caballo al establo mientras él cogía su espada. Caminaba con determinación por la calle del mercado hasta la plaza Mayor sin esperar a que su amigo lo acompañase. Atravesó la plaza y llegó hasta el mesón donde solían parar sus antiguos compañeros de taberna. Estaba convencido de que los encontraría allí, sentados en una mesa al fondo del local mientras bebían, reían y brindaban por las mujeres. Los del grupo apenas si lo vieron llegar cuando se acercó sin vacilación hasta ellos y se dirigió con determinación hasta Guzmán, que apuraba su jarra de vino, ajeno a lo que se le venía encima. Lo agarró de las ropas, lo sacó del banco de madera donde se encontraba sentado y lo arrastró hasta el centro del mesón. Le golpeó la cara con el puño mientras los demás, sorprendidos por la rápida intrusión del joven, no tuvieron tiempo de reaccionar. Hernando tomó a Guzmán por el cuello, sujetándolo contra la pared; no estaba dispuesto a soltarlo, pese a los intentos de los otros jóvenes por detenerlo.

—¡Ni se os ocurra acercaros! —dijo, fuera de sí, con la espada extendida hacia ellos mientras sostenía con la otra mano el cuello de Guzmán.

Los jóvenes se detuvieron a prudente distancia, fuera del alcance de su acero.

—¡Maldito cobarde! —dijo mientras apretaba el cuello de su víctima—. ¿Qué has hecho con Francisca?

El joven intentó zafarse, en vano, sin poder moverse.

—Habla o te juro que te rompo el cuello.

—Pero ¿qué dices? No sé a lo que te refieres —dijo con un hilo de voz al fin—. ¿Es que te has vuelto loco?

—¿Dónde está la hija del especiero? ¡Maldito canalla!

Los jóvenes se miraron extrañados, sin comprender lo que estaba ocurriendo.

—No sé de lo que hablas, lo juro.

—¿Qué ocurre, Hernando? ¡Ninguno de nosotros le hemos hecho nada a esa judía! —gritó—. ¡Somos tus amigos, déjalo ya!

Hernando mantenía su presa agarrada por el cuello, pero no podía saber con seguridad si aquellos que se hacían llamar sus amigos habían raptado a la muchacha. El tabernero acudió donde se había formado el tumulto, temeroso por su negocio.

—Jóvenes señores, os ruego que resolváis vuestras diferencias fuera de este local, no quiero problemas con los justicias —suplicó el tabernero.

—¡Cállate! No hay más clientes en la taberna, y todavía no hemos roto nada —dijo Ordoño, volviéndose de nuevo hacia el del Pulgar—. Nosotros respondemos por Guzmán: ayer estuvimos juntos hasta bien entrada la madrugada, celebrando las buenas nuevas que llegaron de Plasencia, y te juro que no vimos a tu judía en todo el día.

Las palabras de Ordoño hicieron recapacitar a Hernando, que respiró hondo y al fin soltó el cuello del joven, que cayó de rodillas y comenzó a toser.

—Espero que sea verdad lo que dices porque, de lo contrario, juro que os arrepentiréis.

En ese instante entró por la puerta Francisco de Bedmar, que adivinó el primer sitio al que su amigo acudiría para localizar a Francisca. Desde la distancia contempló el desenlace de la discusión y con un movimiento de cabeza le indicó que ya nada tenían que hacer allí. Hernando guardó su espada y, sin mediar palabra, abandonó la taberna con la respiración agitada.

CON LA LUZ DEL DÍA

AQUELLA MISMA MAÑANA.

La luz del día sorprendió a Teresa en la cama porque las emociones de la noche anterior le habían impedido conciliar el sueño hasta bien entrada la madrugada. Se despidió de Tomás después de la interrupción de Quiteria en la azotea y se retiró a la habitación que le había preparado la criada. Sin embargo, no pudo dormir debido a las sensaciones que todavía agitaban su corazón. No podía olvidar aquella mirada profunda con la que aquel hombre escrutaba sus ojos, ni cómo sus pupilas recorrían pertinaces su boca, su cuello y las curvas de su pecho. Aquella mirada colmada de deseo y de pasión. No podía olvidar aquel «quizá» que había quedado escrito en aquella atmósfera embriagadora y que los dos pronunciaron casi a la vez, como una puerta abierta a la esperanza de poder fundir juntos sus destinos. Con la luz del día, su primer pensamiento fue para él, para aquel recuerdo hermoso que tantas emociones le había despertado. Pero la mañana suele despejar las brumas que se ciernen sobre la oscuridad, y disuade de las irreflexivas aventuras que la noche empuja a emprender. La luz del día devolvió a cada uno al lugar del que procedían y les hizo comprender con angustiosa claridad lo que se esperaba de ellos. Y lo que debía suceder es que nada aconteciera entre aquel hombre y aquella mujer cuyos mundos se encontraban separados por un abismo

infranqueable. Pero Teresa no se resignaba a borrar de su cabeza el cariño de su mirada y la calidez de su mano sobre su cara.

Pensó marcharse sin tan siquiera despedirse. Quiteria había salido para hacer algunos recados, y Teresa se alegró de no tener que detenerse para agradecerle su hospitalidad. Descendió, sigilosa, las escaleras y, al llegar a la puerta de la calle, oyó unos golpes secos en el corral. Quiso abandonar la casa, pero se detuvo, no podía marcharse sin más, y se acercó hasta la zona trasera de la vivienda. Oculta entre la cortina que daba acceso al corral, espío a Tomás mientras realizaba unos extraños ejercicios. El hombre lanzaba su cuchillo contra una rústica cruceta de madera. Parecía efectuar los lanzamientos de forma mecánica, casi idéntica, una y otra vez. Sujetaba el puñal por el extremo de la hoja, marcaba el tiro por encima del hombro y lo lanzaba con fuerza hasta que la punta se introducía en los maderos cruzados después de varios giros en el aire. Cuando recogía el cuchillo, retrocedía una distancia de veinte pasos, hasta la posición inicial, y volvía a arrojarlo de nuevo.

—Tenéis gran habilidad con ese cuchillo para ser hombre de iglesia —dijo la joven, delatando su presencia con una espléndida sonrisa.

Tomás recogió el puñal de la cruceta y levantó la vista al escuchar su voz. La esbelta figura de la mujer se mostró a contraluz en toda su belleza, como una hermosa talla cincelada por expertos artesanos, tan bella como una escultura esculpida en alabastro. Sus formas se marcaban con el cordón que llevaba atado a la cintura recogiendo la ligera y suave tela de un bonito vestido verde. La luz del sol sobre su cara y su hermosa sonrisa lo embelesaron por un instante.

—¡Oh, sí...! —reaccionó al comprobar que se había abstraído por unos momentos—. En realidad es una vieja costumbre que adquirí de niño. Fue mi hermano quien me la indujo a fuerza de competir con él.

—¿También era clérigo?

—No —sonrió Tomás—; con uno en la familia ya es suficiente.

Cuando llegó a la altura de Teresa se apoyó sobre una pila de piedra que se encontraba dentro del cobertizo, muy próximo a la puerta.

—Mis hermanos mayores aprendieron el oficio y el negocio de telas de la familia, que después continuaron cuando murió mi padre. Pero mi hermano

Ramiro, el tercero, entró a servir a la casa de don Rodrigo Manrique, el conde de Paredes. Demostró gran habilidad con las armas, y enseguida pasó al servicio personal del conde. Cuando regresaba a casa vestido con aquellos ropajes de soldado y armado hasta los dientes, provocaba la admiración de todos, y a mí, apenas un niño, me parecía el mayor de los héroes.

Tomás hablaba con una sonrisa que iluminaba su cara y con la vista perdida como si todavía pudiera recuperar aquellos felices años.

—En aquellas ocasiones, los pocos momentos que pasábamos juntos porfiábamos sobre quien hacía más blancos en la cruceta, y un día me regaló este puñal. —Hizo una pausa para ordenar aquellos recuerdos que de repente se le agolpaban—. Aquel día me contó que lo ganó en la batalla de Olmedo —continuó— porque se lo arrancó del brazo al mismísimo infante Enrique de Aragón, a quien se lo habían clavado lanzándoselo desde la distancia y dejándolo mal herido. Asistió lo más rápido que pudo al infante, que se había caído del caballo, y, en el suelo, logró extraerle el puñal del brazo. Le contuvo la sangre de la herida y sus asistentes lo sacaron del campo de batalla. Por entonces, el infante porfiaba contra su primo el rey Juan II por los derechos del trono de Castilla. Mi hermano luchaba al lado de su señor, don Rodrigo Manrique, en el bando de los infantes de Aragón. La batalla fue un desastre para las tropas aragonesas y para sus valedores, como el conde de Paredes.

—Entonces, tenéis toda una reliquia en vuestras manos —exageró la joven.

Tomás le mostró el puñal a Teresa, que pudo comprobar el desgaste de la hoja y el borroso símbolo de la empuñadura.

—«... NA SIN...» —leyó Teresa, intentando reconocer la palabra—. ¿Qué significa? ¿Sabéis quién era su dueño?

—Imagino que el infante Enrique se puso en medio de la trayectoria de un puñal perdido en el fragor de la batalla. La herida no fue mortal porque se produjo en el brazo, cerca de la mano, pero a los pocos días la herida se corrompió, y, aunque le aplicaron ungüentos y cataplasmas, enfermó y murió irremediabilmente ya de regreso a Aragón.

—Triste final para alguien que aspiraba a ser rey —exclamó Teresa—. ¿Y vuestro hermano?

Tomás desvió al suelo una mirada cargada de pesadumbre.

—El día que me regaló este cuchillo fue el último que lo vi. La muerte del

infante Enrique a los pocos días de la batalla desvió hacia él todas las culpas. Los médicos no excusaron su negligencia, y lo acusaron de extraer el puñal del brazo del infante con poca pericia, y de provocarle por ello desgarros interiores y de hacerle perder mucha sangre, al corromperse la herida. Lo ajusticiaron los aragoneses cuando acudió al entierro del infante sin que su señor, don Rodrigo Manrique, pudiera hacer nada por evitarlo. De eso hace ya mucho tiempo.

—Lo siento —exclamó Teresa, impresionada—. No pensaba que este puñal tuviera una historia tan triste.

—No os preocupéis, las heridas de aquella pérdida ya están curadas. Cuando era niño, lanzar el puñal contra la cruceta me hacía sentir más cerca de Ramiro. Recordaba sus consejos para apuntar con mayor precisión y cada una de sus gracias y chascarrillos, que me exasperaban cuando fallaba. Ahora, después de los años, este ejercicio me ayuda a pensar y a meditar.

Tomás sonrió. Nunca había contado aquella historia a nadie más: le hacía sentir tan triste que evitaba hacerlo. Pero aquella mujer paliaba la tristeza que le provocaban los amargos recuerdos, que tantos años habían estado aletargados. Quería mostrarse sincero y cercano con la joven, pero no tenía que esforzarse: la naturalidad fluía cuando se encontraba cerca de ella. Su presencia le reconfortaba, y su pensamiento regresó a la mujer que tenía delante. Sus ojos se abrieron de par en par para abarcarla entera de una sola mirada. Se detuvo en la profundidad de sus ojos, que sostenían, anhelantes, el movimiento de los suyos. Aquellos segundos le parecieron eternos; el tiempo se había detenido entre ellos. Nada más necesitaba en aquel instante que aquella preciosa imagen que tenía frente a él, bella y radiante. Su propia mirada decía lo que su boca no se atrevía a confesar, los sentimientos se agolpaban en su cabeza y no atinaban a articularse en palabras para confesar sus deseos.

—Con tanta meditación, imagino que tendréis vuestros pensamientos igual de ordenados que la mesa de vuestro escritorio o que los libros de vuestra estantería —bromeó la joven.

—Desde anoche, mis pensamientos se agolpan como si pretendieran volver a reordenarse, como si todo estuviera patas arriba y ya no pudiera encontrar nada de lo que antes tenía tan a mano dentro de mi cabeza.

—Espero que el tiempo os permita reordenar vuestras ideas —dijo Teresa.

Los ruidos procedentes de la entrada los alertaron que Quiteria acababa de llegar con la compra del mercado y con su marido, Simón Beltrán, a quien regañaba, como solía hacer de costumbre.

—Tengo que marcharme —dijo Teresa, contrariada—. Gracias por vuestra hospitalidad.

—Sí, claro. Lamento haberos entristecido con mis recuerdos.

Teresa hizo intención de marcharse, pero de repente se detuvo, dio media vuelta y se acercó con ligereza hasta Tomás. Lo besó con delicadeza en la mejilla y, después, corrió hacia la salida sin mediar más palabras y abandonó la casa.

45

LOS JURADOS DE LA CIUDAD

Tomás se disponía a salir de su casa para asistir a los oficios de Santo Domingo, pero en la puerta se encontró con el joven Hernán Pérez del Pulgar, que estaba a punto de agarrar el llamador de la entrada.

—Buenos días, licenciado, necesito hablar con vos —dijo descubriéndose.

—Hernando, me alegro de verte. La verdad es que voy algo justo de tiempo. Quizás más tarde...

—Insisto, señor —respondió, apurado, el del Pulgar—. Lo que tengo que decir es de vital importancia y no puede esperar.

La premura de Hernando le impidió darse cuenta de que el licenciado salía acompañado del procurador Andrés Alonso de Aguilera, con el que había estado tratando asuntos de procedimiento sobre la representación de unos testigos ante el tribunal.

Tomás se percató de la inquietud que mostraba el joven, y no pudo negarse a escuchar lo que tenía que decirle, pero, en aquel instante recordó algo.

—¿Cuánto tiempo llevas intentando hablar conmigo? —preguntó, suspicaz.

—Un día, señor.

—¿Has roto tú el cristal de mi ventana?

—No os comprendo, señor —respondió Hernando, extrañado.

—Está bien, déjalo. ¿De qué se trata?

Al principio, el joven miró con desconfianza al hombre que acompañaba

al licenciado, pero al instante reconoció al procurador, que en varias ocasiones había compartido velada con su padre, y entonces se decidió a hablar.

—Os pido disculpas por abordaros de esta manera, pero he acudido a vos aconsejado por mi padre, que os tiene en alta consideración —comenzó Hernando, al que se le agolpaban las palabras—. Lo cierto es que alguien ha raptado a Francisca, la hija del jurado de la ciudad Lope de la Zarza. Creo que le están presionando para que haga algo que no está dispuesto a hacer.

—¿Algo como qué? —preguntó Tomás.

—No lo sé con seguridad. He hablado con él y le he ofrecido mi ayuda para encontrar a su hija, pero no quiere aceptarla, y me ha amenazado si no me mantengo al margen y guardo silencio.

Tomás miró con preocupación al procurador y le pidió que aguardara un momento para escuchar las inquietantes palabras del joven, y entraron de nuevo junto con este para tratar de forma discreta aquel asunto. Pasaron a la habitación en la que Tomás solía trabajar entre papeles y les brindó asiento, pero el muchacho lo rechazó, consumido por los nervios, que no le permitían estar sentado.

—Está bien, cuéntame con calma lo que tanto te apura y que me ha impedido escuchar los oficios.

Tomás parecía resignado ante lo inevitable, y se reclinó sobre el respaldo de su sillón de trabajo.

—He sabido que alguien ha raptado a Francisca, pero su padre no me permite intervenir para buscarla.

—Si una mujer ha sido raptada, solo pueden denunciarlo los familiares. Nadie más puede hacerlo. Además, yo soy juez de causas religiosas, no tengo jurisdicción sobre ese asunto. Siento no poder ayudarte —dijo, lacónico, el licenciado mientras hacía intentos de ponerse en pie para zanjar la conversación.

—Oh, no, no —insistió Hernando mientras extendía las manos para detener a su interlocutor—. He hecho algunas averiguaciones y he sabido que Lope de la Zarza ha quedado esta misma tarde en acudir a casa del jurado Arévalo para entregarle no sé qué cosa.

—Conozco al jurado Arévalo. ¿Has estado espiándole? —preguntó Tomás.

—Ayer seguí al padre de Francisca durante toda la mañana: se vio en dos ocasiones con él y tuvieron una conversación muy tensa. Un amigo se aproximó a ellos mientras discutían y escuchó que esta tarde habían quedado en verse en la casa del otro jurado.

Tomás recapacitó durante un instante y al fin se levantó de su asiento.

—¿Y por qué no le cuentas esto mismo al corregidor de la ciudad, en lugar de acudir a mí?

—La verdad es que tengo algunas diferencias con respecto a Francisca con el lugarteniente Álvaro de Pecellín —dijo Hernando, cabizbajo.

—Vaya, tenemos una rivalidad amorosa por medio —comentó Andrés Alonso con sarcasmo.

Mientras el joven permanecía de pie en medio de la habitación, Tomás caminaba de un lado para otro de la sala.

—¿Qué opináis, procurador?

—Si alguien se encuentra extorsionando a Lope de la Zarza, tiene que ser por razón de su cargo como jurado de la ciudad, lo que parece bastante probable sabiendo que el jurado Arévalo también está por medio.

—Pero ¿qué razones pueden tener para extorsionar a un jurado? —preguntó Tomás.

—El arcón de los privilegios —respondió Andrés Alonso sin dudar.

El licenciado y el joven Hernando se miraron extrañados por las palabras del procurador.

—En el arcón de los privilegios se guardan los documentos con los fueros, privilegios y confirmaciones que reyes y señores han concedido a la ciudad. Ese arcón se abre con tres llaves que tienen obligación de custodiar los tres jurados de la ciudad. Es necesaria la presencia de los tres para abrirlo cuando los notarios tienen que realizar alguna copia o traslado de los documentos originales o cuando hay que introducir algún documento nuevo que se haya recibido.

—¿Y pueden los jurados abrirlo por su cuenta?

—Lo habitual es que el gran arcón se abra delante de algunos regidores y oficiales para garantizar que nadie sustraiga ni altere ningún documento. Yo mismo he asistido algunas veces como testigo, y en otras he tenido necesidad de confeccionar copias de algunos documentos para presentar transcripción

notarial de ellos en algún pleito o para alguna petición ante el rey.

—Quizá nos estemos precipitando y estemos sacando conclusiones a la ligera, pero todo apunta a que si la joven Francisca ha sido raptada para presionar a Lope de la Zarza; me parece que nada honroso ni legal se pretende con ello, y que la cuestión puede resultar de especial gravedad —respondió Tomás, consciente de la importancia del asunto.

Hernando respiró hondo, satisfecho por que aquellos hombres hubieran comprendido la trascendencia de lo sucedido y por haberlos ganado como aliados en su desesperada búsqueda de la joven desaparecida, por la que estaba dispuesto a descender hasta los mismos infiernos para recuperarla.

Los tres hombres acordaron acercarse a la casa del jurado Arévalo para averiguar lo que tramaba. Acudieron por separado para no llamar la atención, y a Hernando se unió su buen amigo Francisco de Bedmar, que no permitió dejarlo solo en aquel trance. La casa del jurado se encontraba vacía, y la suerte había querido que la vivienda interior con la que compartía el patio de una casa situada cerca de la plaza de San Francisco también lo estuviera. Francisco introdujo una navaja entre las hojas de una de las ventanas que daban al patio y consiguió abrirla. Saltó al interior de la casa y a los pocos segundos abrió la puerta desde dentro. El jurado ya había recibido la visita de Tomás unas semanas antes, visita en la que se incautó de varios libros prohibidos. Tomás pensó que si el jurado los sorprendía en su casa, siempre podría recurrir a la potestad de inspección que le atribuía su nombramiento como juez delegado inquisidor para justificar su presencia mientras él se encontraba ausente. Después de franquear el paso a los tres hombres al interior de la vivienda, Francisco salió a la calle para vigilar y advertirles en caso de que regresara el jurado. Mientras Hernando subía a la primera planta para indagar en el dormitorio, Tomás y el procurador buscaron abajo dentro de unos armarios de madera que, aunque con cerradura, tenían las llaves puestas. El licenciado recordó el escondite donde había encontrado los libros judaicos hallados en su poder, pero el hueco ya estaba vacío. Andrés Alonso halló un pergamino enrollado en un cofre junto con otros objetos personales del jurado y avisó, nervioso, a sus dos compañeros.

—Esto parece un traslado notarial de un privilegio concedido por el rey Sancho el Bravo a la Orden de Calatrava —dijo Andrés Alonso leyendo por

encima el documento que había desenrollado.

—¿Y qué es lo que otorga? —preguntó Tomás.

—Es una concesión del señorío de Ciudad Real a la Orden de Calatrava. Según este documento, poco antes de su muerte, en 1295, el rey Sancho concedió al maestre de Calatrava la jurisdicción de la ciudad y de Alarcos con todo su término.

El procurador terminó de leer el documento en voz alta para asegurarse del contenido. Cada vez se le veía más enfadado por aquel asunto, y no daba crédito a las pretensiones del plan que se estaba urdiendo.

—No hay duda de que este documento es una falsificación y de que alguien está muy interesado en introducirlo en el arcón de los privilegios de la ciudad para hacerlo pasar por verdadero. Saben que así tendrá más poder de convicción que si es la Orden de Calatrava la que lo saca a la luz.

El procurador contó que no era la primera vez que la Orden de Calatrava reclamaba sus derechos sobre Ciudad Real, aportando una antigua donación que, en 1280, el entonces infante don Sancho concedió a la orden para ganarse su apoyo en el enfrentamiento que, por motivos sucesorios, mantenía con su propio padre, el rey Alfonso, a quien llamaban «el Sabio», el mismo rey que otorgó carta de población y fundó la ciudad. El procurador conocía bien los entresijos de aquel pleito, en el que unas y otras partes habían hecho valer sus documentos y argumentaciones. Pero en el momento de aquella donación don Sancho no era ni el rey de Castilla ni el señor de la ciudad, por lo que la validez de aquella concesión estaba más que en entredicho. Por ese motivo, un año después, el infante volvió a expedir nuevo documento, utilizando esta vez la fórmula de la promesa de donación de la ciudad a la Orden de Calatrava, cuando Dios le concediera la potestad de reinar sobre Castilla. Pero los de Ciudad Real no se amilanaron y en 1282 consiguieron que el rey Alfonso lograra arrebatarse a su hijo la promesa, por escrito, de que respetaría los privilegios y libertades de la ciudad.

—Sin embargo, el pleito no se acaba aquí —decía casi con sorna el procurador, que alardeaba de conocer los detalles por el tiempo y estudio que le había dedicado al asunto—. Después de aquello, la Orden de Calatrava aportó un documento posterior, de ese mismo año de 1282, por el que don Sancho volvía a donarles las villas de Alarcos y Villa Real, que era el nombre

que antiguamente tenía nuestra ciudad. Y nosotros volvimos a presentar otro documento de 1287, año en que don Sancho el Bravo ya era rey de Castilla, por el que confirmaba a la ciudad todos los fueros y privilegios que otros reyes anteriores le habían concedido.

—Parece como si por cada documento que una de las partes presentaba para apoyar la razón de su causa, la otra encontrase en el fondo de sus archivos un documento posterior que lo rebatía —comentó Tomás.

—Siento decirlo, pero los documentos que presentaba la Orden de Calatrava eran tan falsos como los nuestros, aunque difícil era demostrarlo. Por eso, este documento que concede el señorío de la ciudad a la Orden de Calatrava lleva fecha de 24 de abril de la era de 1333, año del nacimiento de nuestro Señor de 1295, tan solo un día antes de la muerte del rey Sancho, para evitar que en el futuro aparezcan más diplomas del mismo monarca que lo invaliden. —Andrés Alonso acercó el documento a su cara mientras raspaba la tinta con la uña para comprobar si estaba fresca.

Tomás y Hernando quedaron sorprendidos por la revelación del procurador, y mientras el licenciado tomaba el documento entre sus manos para observarlo de cerca, el joven se asomó por la ventana para divisar a Francisco, que negó con la cabeza con estudiado disimulo.

—Disculpad, señores —dijo Hernando, algo confuso por las explicaciones del procurador—, pero no entiendo por qué alguien iba a molestarse en tramar un plan tan sofisticado, y a la vez tan ingenuo, como para pensar que los reyes Isabel y Fernando fueran a ceder, sin más, la posesión de Ciudad Real a la Orden de Calatrava por la aparición de un viejo documento de cerca de doscientos años de antigüedad.

—Amigo Hernando, las confrontaciones y las guerras necesitan, además de la fuerza de las armas, argumentos, razones y motivos para sostenerlas y para ganarse aliados con los que vencerlas. Y este documento constituye la razón de la causa que pretende Rodrigo Téllez Girón.

—Pues entonces, llevemos este documento como prueba a donde corresponda para desenmascarar a los traidores que lo han falsificado —dijo Hernando de forma precipitada.

—No creo que sea tan fácil, amigo —intervino Andrés Alonso—; me temo que ese lugarteniente del corregidor lo es también del maestro de Calatrava.

En los últimos meses se les ha visto juntos en muchas ocasiones; yo mismo he podido verlos reunidos en el alcázar, y en algunas decisiones diría que le mueve más el interés por beneficiar a la orden que por procurar el bien de la ciudad. Me parece que el maestre lo tiene ganado para su causa, y apostaría a que su compromiso con vuestra Francisca haya formado parte del plan con el que pretende extorsionar a Lope de la Zarza.

—Bien decís —intervino Tomás—. Todavía no es prudente que actuemos abiertamente, porque la libertad de la muchacha está en juego. Si nos llevamos este pergamino, me temo que no la dejarán libre, y podrían hacerle daño. Pero tengo una idea. Necesito un poco de leche.

El procurador y el joven se extrañaron por las palabras del clérigo, que se quedó interrogándolos con la mirada hasta que se pusieron manos a la obra. Hernando buscó la leche por toda la casa hasta que por indicación del licenciado halló un pequeño platillo en el suelo que el jurado tenía preparado para el gato. Mientras Tomás mojaba el extremo de una cuchara de madera y escribía en el pergamino con «tinta» de leche, el procurador soplaba para secarlo. La caligrafía de Tomás era lenta, pero con determinación y en pocos minutos concluyó el mensaje. Andrés Alonso devolvió el documento al pequeño cofre donde lo había encontrado y Hernando colocó el platillo en su sitio, aunque el animal se quedó aquella mañana sin almuerzo. A la señal discreta del joven Francisco, abandonaron la casa de forma escalonada sin que nadie se percatara de su presencia.

VERGÜENZA EN LA FAMILIA

Teresa fregaba arrodillada el suelo de la cocina. No era la labor que más le gustaba realizar, pero en aquella ocasión no parecía importarle. Remojaba la aljofifa en un cubo y frotaba el áspero suelo de baldosas de barro cocido hasta sacarle la suciedad. Pero la dureza de la tarea no le impedía canturrear mientras frotaba con fuerza y escurría con determinación el paño de lana. El soniquete que tarareaba apenas si se percibía más allá de donde se encontraba, pero María Díaz advirtió que la joven parecía especialmente alegre aquella mañana. La mujer, que fregaba los cacharros mientras Teresa se empleaba con el suelo, sonrió feliz al ver a su hija contenta. La conocía bien: madre e hija tenían gran avenencia la una con la otra, y con solo mirarse a la cara eran capaces de descubrir si algo las inquietaba o, como en aquella ocasión, el entusiasmo afloraba por aquellos grandes ojos negros que Teresa había heredado de su madre.

—Hija, cuánto me alegra que en estos tiempos encuentres algún motivo para cantar, que desde hace meses la tristeza se ha instalado en esta casa y no hemos sido capaces de expulsarla.

—¿Quién está cantando? —dijo Teresa, mudando la incipiente sonrisa de su cara por una mueca más grave.

—Lo hacías tú. Cuando la alegría está dentro es difícil contenerla. Sale por los poros de la piel, y la cara no lo puede disimular.

Teresa sonrió al ver que su madre había reparado en el estado de ánimo

con el que se había levantado.

—¿Y puede saberse qué te hace tan feliz esta mañana? —preguntó María.

—Madre, vos os lo estáis diciendo todo. No tengo interés en iniciar una conversación que no nos llevará a ninguna parte.

—Yo conozco esa cara —dijo la mujer acercándose hasta Teresa, que continuaba agachada mientras fregaba el suelo—. Antes no habrías tenido ningún reparo en contármelo. —Madre, que no hay nada que contar, solamente cantaba. ¡Y en qué hora se me ha ocurrido!

—¿Has conocido a alguien? —preguntó María Díaz—. Tal vez deberías hablar con tu padre: se encuentra muy preocupado por tu futuro.

Teresa alzó la cabeza para mirar a su madre, que se hallaba frente a ella. Echó el trapo en el cubo y se puso de pie, dispuesta a zanjar aquella conversación.

En ese instante Juan de Ciudad entró en casa de forma precipitada. Abrió con ímpetu la puerta, que golpeó contra la pared, y la cerró con un sonoro portazo. Las dos mujeres se asustaron al oír los golpes, pero se calmaron cuando Juan entró con decisión en la cocina.

—¡Eres la deshonra de esta familia! —dijo señalando con el dedo a Teresa mientras se acercaba a ella amenazante.

Teresa se quedó paralizada y extrañada por la violenta reacción de su hermano. Nunca lo había visto de aquella manera. Nunca jamás se había dirigido a ella con tanto desprecio. Y no entendía lo que estaba ocurriendo.

—La otra noche no dormiste en casa de Gonzalo, como nos hiciste creer, para protegerte del tumulto; la pasaste con el inquisidor. ¡Con ese maldito cura que persigue a nuestros hermanos y que quiere condenar a nuestro padre y a todos nuestros amigos! —gritó, acercando su cara a la de Teresa.

—Pero ¿qué estás diciendo? —exclamó, incrédula, María Díaz.

—Madre, vuestra hija se ha amancebado con el inquisidor. Mintió cuando dijo que había pasado la noche en casa de Gonzalo, el médico. Me he encontrado con su hermana Beatriz y, cuando le he agradecido la hospitalidad que le brindaron, no sabía de lo que le estaba hablando. Al principio, no quiso decirme nada para no ponerla en evidencia, pero al final me lo ha confesado.

—¿Es eso cierto? —preguntó María a Teresa.

—Madre, no ha ocurrido nada. Tomás de Cuenca nos libró a Gonzalo y a

mí de un grupo de alborotadores cuando Gonzalo me acompañaba a casa.

—¡Y te atreves a llamarlo por su nombre! —exclamó Juan, más exaltado todavía—. El honor de nuestra familia ha quedado arrastrado por el fango. No mediste bien tus actos, y solo es cuestión de tiempo que toda la ciudad comente lo sucedido. Espero que nuestros amigos y socios en los negocios no desconfíen de nosotros ni duden de qué lado estamos.

—¿De qué lado vamos a estar? Saben que somos judíos igual que ellos —dijo Teresa, airada.

—Estoy seguro de que recelarán y pensarán que los estamos traicionando y delatándolos al inquisidor. —Juan se pasó la mano por la cara en un gesto de desesperación.

María Díaz se volvió hacia su hija con espanto pidiéndole explicaciones.

—Gonzalo confirmará lo que os digo —dijo Teresa—. Esa tarde fui a visitar a Beatriz, se me hizo tarde y Gonzalo me acompañó a casa, pero un grupo de rufianes comenzó a insultarnos y a decir groserías. Gonzalo se enfrentó a ellos, pero eran muchos y nos rodearon, hasta que, de repente, se abrió una puerta que nos salvó del peligro. Era el inquisidor, y nos dio cobijo. Gonzalo tuvo que regresar a su casa por un motivo urgente y creyó que lo más conveniente era que yo pasara la noche allí. No ocurrió nada de lo que me estás acusando, y ni mucho menos estoy amancebada con ese hombre.

—¿Y por qué no contaste la verdad al día siguiente? —espetó Juan.

—Sabía que no lo entenderíais —sollozó Teresa—. Ese hombre nos salvó de una tragedia, y él y sus criados se comportaron de forma cortés en todo momento. No os he deshonrado, porque nada ha sucedido.

—¡Maldita sea! Esto terminará de arruinarnos —exclamó Juan—. Si llega a oídos del Pintado, retirará su ofrecimiento.

Teresa se quedó extrañada por las palabras de su hermano.

—¿Qué ofrecimiento? —preguntó la joven mudando el gesto.

Juan intercambió una fugaz mirada de complicidad con su madre, que bajó la vista para evitar preguntas.

—¿De qué ofrecimiento hablas? —volvió a preguntar la joven, temiendo la respuesta.

—Juan González Pintado le ha dicho a padre que su hijo Martín está dispuesto a cumplir con el precepto del levirato tras la muerte de su hermano

Cristóbal y a retomar las conversaciones para formalizar el compromiso donde se quedaron —dijo María al fin.

—¿Y cuándo esperabais decírmelo? ¿Cuándo tuvierais la ketubah firmada? No me extrañaría que padre ya tuviera escrito el contrato de esponsales.

—Pero, hija, ya no eres una niña. Tienes que pensar en casarte más pronto que tarde, y el hijo del Pintado es un buen partido. Ha sido todo un gesto de cortesía que quiera mantener para Martín las condiciones tratadas para Cristóbal. El joven sigue los pasos de su padre: estudió leyes y es procurador, y le aguarda un gran futuro que podréis compartir con los hijos que Dios os mande.

—Madre, yo, como todos, he llorado la muerte de Cristóbal. Se me partió el corazón cuando supe que lo habían asesinado en nuestra casa, pero Cristóbal y yo no teníamos ningún compromiso, igual que tampoco lo tengo con Martín. No hay levirato que valga porque entre nosotros no existió nada. Padre y Juan González Pintado no cerraron ningún acuerdo, no había planes entre nosotros, nunca hablamos de ello. Estoy cansada de aparecer como una viuda prematura a los ojos de nuestros amigos y de nuestros vecinos; no lo soy, y no quiero que me vean así.

La mujer comprendió que su hija tenía razón. Sabía de la promesa que la astuta joven había logrado arrebatarse a Sancho de Ciudad, en un momento de debilidad, de no casarla contra su voluntad, aunque, como padre, se reservó el derecho a no autorizar un matrimonio que no fuera ventajoso. Pero en su fuero interno, María deseaba que Teresa encontrara la felicidad, aunque fuera a costa de consentir para su hija un matrimonio por amor.

La reprimenda que Juan había echado a Teresa se diluyó con aquella revelación, que le causó mayor desengaño que los bruscos y sorprendentes modales de su hermano. La joven se marchó con los ojos empapados, sus lágrimas mojaban el suelo que instantes antes había fregado, y se encerró en su habitación tendida boca abajo sobre la cama, mientras su cuerpo se agitaba al compás de sus sollozos.

PESQUISAS SUSPENDIDAS

Habían transcurrido algunos meses, al poco de su llegada a Ciudad Real, desde que Tomás visitó por primera vez la iglesia de Santiago. Aquel templo le transmitía una paz especial. La sencillez de su construcción y la escasa decoración de sus muros y paredes lo hacían elegantemente austero. Comprobó que el fresco de la cabecera de la nave del evangelio ya se encontraba terminado. Sin los andamios y con el conjunto acabado, las pinturas lucían espléndidas, con abundante contraste de colores y con unos personajes que parecían ejecutados con gran maestría. Recordó que hacía pocos meses que Felipe Lanza urgía al maestro pintor para rematarlas con premura. Preguntó por el cura a un monacillo que limpiaba la iglesia, y este le indicó que se hallaba en el huerto, en la parte trasera del templo.

—Siempre habéis tenido buena mano con las cebollas y las lechugas — dijo con sorna el licenciado mientras Felipe cavaba un pequeño huerto en un espacio próximo a la iglesia.

El hombre se incorporó al oír la voz de su amigo, pero continuó cavando el surco en el que trabajaba.

—Ay, si los feligreses fueran tan fáciles de guiar como esta agua de riego...

El clérigo se sacudió el hábito manchado de tierra y se acercó hasta Tomás, aunque con gesto distante. No había olvidado el incómodo interrogatorio del fiscal Juan de la Torre y su amenaza por encubrir a un

pecador.

—Ya he tenido ocasión de admirar la fantástica pintura del evangelio, que tantos quebraderos de cabeza os dio —dijo Tomás para romper el hielo—. Me gusta ese gallo que saca pecho y canta al amanecer recordando a Pedro sus tres negaciones.

Aunque había pasado mucho tiempo desde que se separaron y habían vuelto a reencontrarse en Ciudad Real, Felipe conocía a Tomás como a un hermano. Él lo encontró en la piedra de los recién nacidos, y, cuando tuvo edad para entrar en la escuela catedralicia, lo tomó bajo su protección. Le enseñó a desenvolverse en aquel mundo de clérigos, curas y canónigos que orbitaba en torno a la poderosa catedral de Toledo. Sabía que cuando se pasaba la mano por la cabeza y se echaba el pelo hacia atrás intentaba decirle algo importante.

—Tomás, ¿a qué has venido? —lo interrumpió.

El licenciado se dio cuenta de que el clérigo no se andaba por las ramas.

—Creo que te debo una disculpa por cómo transcurrió la declaración del otro día —dijo Tomás con sinceridad—. Ya conoces a Juan de la Torre, y conoces por qué se ha labrado una carrera tan vertiginosa.

—Sé que no compartes sus métodos, pero vuestro objetivo es el mismo —respondió el clérigo—. No tienes que disculparte, solo cumplías con tu deber, igual que tu fiscal.

Tomás sabía que su amigo conocía los enfrentamientos que ambos tuvieron en el pasado, y en especial por el procesamiento del joven al que acusaron de la violación y asesinato de la joven novicia. Pero era cierto: ambos formaban parte de un tribunal, que él presidía, y compartían los mismos objetivos: desenmascarar a los que, haciéndose pasar por fieles cristianos, practicaban los ritos judíos en la intimidad de sus casas.

—Sé que aprecias a Juan González Pintado y a su familia —dijo Tomás para sorpresa del cura—. He hecho averiguaciones y sé que has compartido con ellos algunas celebraciones familiares.

Felipe no respondió, y dejó terminar a su amigo.

—Parece un hombre respetado por muchos, pero también tiene enemigos que buscan verlo señalado y declarado oficialmente judío por la iglesia para privarlo de sus cargos en el concejo —continuó Tomás.

—No tengo conocimiento de que practique ritos judaicos ni de que tenga costumbres ni hábitos de judío. Ya lo declararé así ante el tribunal —respondió.

—Lo sé, lo sé —dijo Tomás, conciliador—, sé que declaraste cuanto sabías. Durante este tiempo, en el período de gracia y las semanas que le han seguido, he podido descubrir la verdadera esencia humana, la miseria de quienes intentan causar daño a sus enemigos, denunciándolos ante el tribunal, o el miedo de quienes han declarado contra sus amigos y familiares para no verse ellos mismos envueltos en ningún proceso. Pero también he visto a los que por todos los medios intentan proteger a los suyos, familiares y amigos a los que aprecian. Se sienten héroes porque compensan su miedo con la satisfacción de hacer lo que creen correcto, pero se equivocan a ojos de la Iglesia y a los ojos de Dios.

—¿Me estás advirtiendo de algo? —preguntó con seriedad Felipe.

—No me malinterpretes: nuestra amistad estará siempre por encima de todo eso. He venido a apaciguar tu zozobra y a decirte que puedes estar tranquilo, porque su excelencia el arzobispo ha ordenado que se paralice la actuación del tribunal hasta que la situación política se vuelva a reconducir en Castilla.

—Esa es una buena noticia, pero tengo la impresión de que a ti no te ha gustado.

—Al día siguiente de recibir la misiva de don Alonso de Carrillo en la que ordenaba que se paralizase la actuación del tribunal, desaparecieron todos los libros y testimonios anotados con las confesiones y declaraciones de los testigos. Todo el trabajo de estos meses se ha evaporado.

—Pero ¿quién puede atreverse a entrar a las salas del tribunal y llevarse los libros?

—Me temo que ha sido Juan de la Torre, que se encuentra camino de Toledo para hacer entrega de los libros y de los documentos a Su Excelencia.

Tomás parecía confuso. No había recibido más instrucciones del arzobispo que suspender las pesquisas inquisitoriales que se encontraba realizando. Ni siquiera le ordenaba regresar a Toledo, o reunirse con él en Alcalá, donde solía pasar largas temporadas. Recordó que en los últimos meses había recibido hasta dos misivas del prelado solicitándole informes sobre los progresos de sus pesquisas, pero no las había contestado, a la espera de

obtener algún resultado. Ahora sospechaba que por ese motivo el arzobispo envió a Juan de la Torre: para que vigilara su actuación y lo mantuviera informado.

—¿Y por qué crees que Su Excelencia ha decidido paralizar ahora las pesquisas que te encomendó con tanto empeño? —preguntó Felipe, sin comprender los motivos del arzobispo.

—Llevo días dándole vueltas al asunto y creo que don Alonso de Carrillo intenta ganarse a los conversos para la causa de doña Juana, en contra de la reina Isabel. La mayor parte de ellos son influyentes y poseen rentas y patrimonio que podrían poner al servicio de la joven hija de don Enrique.

La infanta Juana y su tío y esposo, el rey Alfonso de Portugal, contaban con el apoyo del marqués de Villena y también del arzobispo de Toledo. Alonso de Carrillo había eludido unas semanas antes entrevistarse con la reina Isabel, que había acudido preñada de varios meses hasta Alcalá de Henares para hablar con él y atraerlo a su causa. Carrillo era tozudo, y nunca le perdonó a Isabel que no lo apoyara para la designación del capelo cardenalicio, que pasó a las manos de Mendoza, su mayor enemigo. Tomás conocía muy bien al prelado y sabía que, con los libros de las pesquisas inquisitoriales en su poder, don Alonso de Carrillo podría manejar a su antojo a cuantos tuvieran causas pendientes en ellos. Además, conseguiría ganarse las simpatías y el apoyo del influyente grupo de conversos y judíos no solamente de Ciudad Real, sino de todo el arzobispado de Toledo y de Castilla, que podrían ver en la causa portuguesa que encabezaba la infanta Juana un tiempo nuevo de esperanza y tolerancia con la fe de Moisés.

—Si Carrillo ha ordenado a Juan de la Torre que regrese a Toledo con los documentos del tribunal, solo puede obedecer a dos motivos —dijo Felipe—: o para que nadie actúe contra los conversos mientras tenga interés en que así sea o para hacerlo cuando realmente le convenga.

Tomás se sentía engañado; llevaba meses cumpliendo el encargo del arzobispo en aquella ciudad perdida en medio de La Mancha.

—Todos estos meses solo han resultado tiempo perdido —dijo cabizbajo—, y Carrillo se ha limitado a comunicarme la paralización de los procesos valiéndose de mi viejo enemigo para sus fines.

Felipe se abstuvo de más comentarios; aguardó a que su amigo se

sincerase, pero no lo hizo.

—Y dime: ¿nunca albergas dudas sobre la misión que te ha confiado el arzobispo? —le preguntó al fin.

Tomás se sorprendió por la pregunta, y lo miró con el pudor de quien teme desnudar su alma.

—Cuando defendí mi *De inquisitione* en Salamanca, el maestro Pedro de Osma me interrogó por las razones que podían justificar la coerción de la Iglesia para obligar a los infieles a la conversión en la fe de Cristo. Respondí que mi obra solo era un humilde instrumento jurídico y procesal para que la Iglesia lo utilizara como mejor lo considerase. Nunca me planteé si podemos o no debemos, en nombre de la justicia divina, obligar a la conversión religiosa de los hombres. No lo hice entonces, y tampoco lo hice cuando Alonso de Carrillo me encomendó esta misión. Osma es un hombre polémico pero interesante; ha llegado a escribir que la contrición basta para el perdón de los pecados. Ni siquiera hace falta la absolución del sacerdote para ello. Y nosotros les exigimos que se arrepientan públicamente de sus faltas. Nunca, hasta ahora, me había planteado tal cosa. Dictar leyes y estipular castigos resulta fácil sobre el papel. Sin embargo, juzgar y condenar a los hombres para aplicar la ley es muy distinto, porque siempre hay un poso de inocencia en el más culpable de ellos.

Felipe lo escuchaba sorprendido; no imaginaba que aquel hombre frío y calculador en el que se había convertido el niño que recogió de la piedra albergara tantas dudas sobre sus propios actos. Pensó que había llegado el momento de contarle lo que durante tanto tiempo le había ocultado. Sabía que rompería un juramento que había hecho hacía muchos años, pero no podía seguir callando.

—Reconozco que me han tranquilizado tus palabras. —Felipe colocó una mano sobre su hombro—. Confieso que ya albergaba pocas esperanzas, pero todavía creo que conservas la esencia de aquel joven impetuoso, generoso y justo que sus compañeros nombraron obispillo hace ya muchos años... Quizás me odies por lo que voy a decirte o por no haberlo hecho antes.

Tomás se volvió hacia su amigo con cara de extrañeza.

—¿Qué ocurre? ¿Qué quieres decir?

—El día que don Alonso de Carrillo y yo te encontramos en la piedra de

los niños abandonados no parabas de llorar, por eso te localizamos enseguida. El arzobispo te cogió en brazos para calmarte.

—Sí, lo sé, me lo has contado muchas veces —dijo Tomás, impaciente.

—Cuando aparecimos, una mujer salió corriendo por la puerta de la iglesia. Yo corrí tras ella. La llamé y se volvió durante un instante, pero continuó su carrera y me dio esquinazo. Pude ver su rostro, y, aunque en aquel momento no supe quién era, un tiempo después la volví a ver por la ciudad. Ella no me reconoció, pero la seguí para averiguar su nombre y dónde vivía. Hice averiguaciones y descubrí que era hija de un cambista arruinado que había sido encarcelado por estafa. Lo más probable era que estuviera desesperada por su situación para tener que abandonarte.

Tomás quedó en silencio por un momento; la revelación de su amigo le sorprendió. Sabía de sus inciertos orígenes, y que fue entregado por el cabildo de la catedral a la familia de un comerciante de paños que procedía de Cuenca, que lo crio.

—¿Y no crees que es algo tarde para contármelo? —dijo Tomás, enfadado.

—Su Excelencia me impidió hacerlo: lo informé sobre mi descubrimiento y le puse al corriente de lo que había averiguado, y, después de sopesarlo bien, me obligó a jurarle que nunca te lo contaría.

—Pero... no entiendo. ¿Por qué?

—Tu madre y su familia eran judíos. Carrillo creyó que si había alguna posibilidad de que entraras en contacto con ellos, podrías contaminarte de su religión, y ya entonces había depositado grandes expectativas en ti.

Tomás no dijo nada, no supo qué decir a su amigo, ni siquiera tuvo fuerzas para reprocharle que le hubiera ocultado aquello durante tantos años. Quizá habría sido lo mejor. ¿Cómo podía descender él de una estirpe de judíos, de la raza que mató a nuestro Señor Jesucristo? Los pensamientos le bullían en la cabeza. Había quedado sobrecogido por la historia que le había contado Felipe. Comenzó a faltarle el aire, su corazón se agitaba en el pecho; se apoyó en la columna y se aflojó el cuello de la camisa. Felipe le puso su mano en el hombro para reconfortarlo, pero Tomás se alejó de su lado. Abrió la puerta de la iglesia y salió de forma impetuosa al exterior. Algunas mujeres entraban al templo en aquel momento y observaron su cara descompuesta. Pero Tomás no tardó en sobreponerse: no podía permitir que lo vieran en aquel estado, y se

calmó. Al fin y al cabo, su presencia debía imponer respeto y autoridad, no podía mostrar debilidad a los que con él se cruzaban. Aquel era su papel y su cometido, o, al menos, lo había sido hasta entonces.

48

LA JOVEN PRISIONERA

Francisca había perdido la noción del tiempo. En aquella mazmorra era difícil intuir el momento del día en el que se encontraba porque ni siquiera existía un pequeño ventanuco con el que orientarse. Pero calculó que ya había comido seis veces, si podía llamarse comida a la bazofia que le servían, por lo que dedujo que, a dos comidas por día, podría llevar tres días en aquel calabozo. En todo ese tiempo no había podido hablar con nadie. Sus captores le servían la ración de comida con un cazo a través de una pequeña abertura en la puerta y, cuando intentaba entablar conversación con ellos, se alejaban sin mediar palabra. Una larga cadena unía el grillete de su mano izquierda con una gruesa argolla clavada en la pared que, aunque le limitaba la movilidad, le permitía desplazarse por la celda.

No recordaba con exactitud cómo había llegado hasta allí. Tenía un vago recuerdo de que la tarde en que la raptaron acababa de cerrar la tienda para dirigirse hacia su casa, pero alguien la golpeó en la cabeza y no tuvo oportunidad de resistirse. Todavía se resentía del golpe, que le había dejado un escandaloso chichón.

Despertó en aquella celda con un fuerte dolor de cabeza, ya encadenada, y, cuando abrió los ojos, halló frente a ella la cara de un viejo carcelero al que le faltaban algunos dientes y que le sonreía con lascivia. No descartó que la hubiera manoseado mientras dormía sin sentido. Se retiró asustada, pero el hombre se puso en pie, soltó una carcajada y, sin decir palabra, se marchó con

un sonoro portazo. Los intentos por hablar con él, en las ocasiones en que se acercaba a la puerta para servirle la comida, habían resultado inútiles. El hombre no conocía motivos ni razones por las que los reos eran enviados a su prisión, y nunca entablaba conversación con ninguno de ellos.

La joven descubrió que otros presos como ella ocupaban celdas al final de lo que parecía un corredor subterráneo, ya que en el silencio de la noche había escuchado el clamor lastimero de alguno de ellos lamentándose de su desgracia. Su primer pensamiento fue para su familia. Sus padres estarían preocupados por ella. Pensó que Lope de la Zarza habría removido la ciudad entera para localizarla y que habría puesto en alerta a familiares y amigos para encontrarla. Las discusiones con su padre eran frecuentes, pero sabía que aquel hombre distante y de fríos modales solamente vivía para cumplir el sueño de hacer feliz a sus dos bellos tesoros. Se equivocaba en ocasiones, pero nadie dudaba del cariño que profesaba a sus hijas.

De repente pensó en Hernando. ¿Se habría enterado de su desaparición? No había vuelto a verlo desde que en la plaza la cortejó con galanteos el día de mercado. Reconoció que había estado muy dura con él, pero no soportaba que su inmadurez la pusiera en evidencia ante la gente ávida de escándalos y rumores. Nunca estuvo del todo segura de si el joven sentía verdadero amor. Creía que galanteaba con ella como, con seguridad, lo hacía con otras mujeres sirviéndose de su verbo fácil y de su encanto. En una ocasión le confesó que siempre la había amado y que acudía con frecuencia a la tienda de especias para buscar remedio a su mal de amores, aunque, la desconfianza que mostraba le había impedido declarárselo tiempo atrás. Reconoció que hubo un tiempo en que también ella se sintió atraída por aquel muchacho nervioso y dicharachero al que, entonces, irritaba para demostrárselo, pero los dos crecieron, y Hernando tardó en declararle lo que creía que ya era sabido. Lope de la Zarza no perdió el tiempo y, como era su obligación, buscó un esposo para su hija. Sorprendió a todos cuando anunció que había llegado a un acuerdo con Álvaro de Pecellín, el lugarteniente al que todos consideraban ya como el sucesor del anterior corregidor, que escapó de la ciudad en los disturbios de octubre. Pero el acuerdo que tanto le había costado a su padre zanjar se rompió tras el incidente de la plaza con Hernando.

En aquel instante su pensamiento se desvió de nuevo. Su cabeza buscaba

una razón al motivo de su rapto. Tal vez algún desalmado había planeado arrebatarse su virtud; no eran pocos los hombres que la habían pretendido y los que, con soeces palabras y peores modales, le habían dado un susto en más de una ocasión. Pero aquella mazmorra no parecía el lugar en el que cualquier villano pudiera ocultar la captura de un secuestro, antes bien parecía el lugar al que un hombre poderoso podría encerrar a quien le placiera sin levantar sospechas y sin resultar cuestionado.

Mientras le rondaban aquellas ideas, Francisca oyó un ruido en la galería y unos pasos y voces que se acercaban. Alguien abrió la abertura de la puerta para asegurarse de su identidad y la volvió a cerrar. Al instante, se abrió la puerta por primera vez en todo el tiempo que había estado encerrada. Por ella apareció Álvaro de Pecellín, como si sus desesperados pensamientos lo hubieran atraído hasta ella. Francisca se levantó al verlo entrar, y el gesto de su cara se tornó en alegría ante aquella visita providencial. Corrió hacia él y, pese al lastre de las cadenas, logró abrazarlo, agradecida como valedor de su libertad.

—¡Álvaro, doy gracias al cielo por haber guiado tus pasos hasta mí! — dijo la joven mientras se abrazaba al lugarteniente, que se introdujo hasta la mitad de la celda.

—He preguntado por vos todo este tiempo para saber si estabais bien — respondió el de Pecellín.

—¡Gracias que me habéis encontrado!

El lugarteniente apartó de él a la joven, que miraba agradecida a su libertador.

—Me temo que debéis continuar unos días más en esta estancia del alcázar. Todavía no ha llegado el momento de vuestra liberación —dijo, distante.

—¿Qué queréis decir? No os comprendo. ¿Por qué no me liberáis de estas cadenas?

—Vuestro padre ya debe de sentirse preocupado al no saber de vos durante todo este tiempo —dijo con frialdad—. En unos días estará dispuesto a hacer cualquier cosa para recuperaros.

Francisca no daba crédito a las palabras de Álvaro de Pecellín. Se apartó de él y retrocedió estremecida.

—¿Estáis extorsionando a mi padre y me utilizáis a mí para ello?

—Vuestro padre no se prestó a ayudarme, aunque le insistí en mi ruego. No sirvieron de nada nuestros esponsales ni que estuviéramos a punto de emparentar, todo resultó inútil.

—¡Dejad a mi padre en paz! Si estáis enfadado por lo que ocurrió en la plaza, no debéis pagarlo con él, yo soy la única responsable. Haré todo lo que digáis y me casaré con vos, sin que en el futuro tengáis nada que reprocharme.

Álvaro de Pecellín se echó a reír con una carcajada que resonó en toda la galería.

—¿Casarnos? Vuestro comportamiento solamente me ha dado la excusa. ¿Acaso no sabéis que no es de buen gusto que los corregidores tomen esposa en la ciudad dónde desempeñan su cargo? Siento deciros que mis expectativas se encuentran ahora por encima de vuestras posibilidades.

—¡Sois un canalla sin honor y sin principios! Tarde o temprano pagaréis esta afrenta. Estoy segura de que no os saldréis con la vuestra y que algún día rendiréis cuentas de vuestra vileza.

—¡Basta! —gritó el lugarteniente con el gesto mudado—. No consentiré más reproches de doncella ofendida. Me he dignado a descender a estas mazmorras por lo que un día nos unió, pero no voy a consentiros ni un solo insulto más.

Francisca comprendió que aquel hombre hablaba en serio y comenzó a temer por su integridad. Sabía que Álvaro de Pecellín era capaz de cualquier cosa con tal de lograr lo que se proponía, y su principal objetivo, que nunca había ocultado, era convertirse en el próximo corregidor de la ciudad.

—Cuando esto haya pasado —dijo Álvaro volviendo a mostrar la irónica sonrisa que habitualmente lucía en su cara—, todo volverá a la normalidad, y seguro que vuestra familia olvidará este asunto con rapidez. Pero me temo que, si vuestro padre no colabora, yo mismo deba escarmentar a su hija, y, entonces, las consecuencias serán diferentes.

El lugarteniente pasó la fusta por la cara de Francisca y descendió despacio hasta el pecho de la joven, que enseguida la apartó de sí con las manos.

—De momento, no tenéis nada que temer. Aquí os tratarán bien, pero, si no fuera así, hacédmelo saber para escarmentar al que se atreva a ofenderos. —

El hombre se detuvo y llevó la fusta hasta su sien para despedirse, miró a la joven de arriba abajo y abandonó la celda con una sarcástica sonrisa de satisfacción.

49

LA VERDAD CALLADA

Aquella mañana de junio, Tomás acudió a su estudio como cualquier otro día, aunque los últimos acontecimientos hacían innecesaria su presencia. Sabía que no tenía asuntos que instruir ni que juzgar, ni siquiera tenía tribunal. Don Alonso de Carrillo se había encargado de suspender temporalmente sus funciones y de recabar para sí toda la documentación que se había generado. ¡Qué inocente había sido al permitir que el fiscal Juan de la Torre se la jugara de nuevo! ¡Qué poca astucia había demostrado por no custodiar con más celo aquellos libros y documentos en los que llevaban trabajando tantos meses!

Pero los motivos que le impedían conciliar el sueño en los últimos días eran otros: no podía quitarse de la cabeza las revelaciones de Felipe Lanza sobre los orígenes judíos de su verdadera familia. Conocer aquello le había causado mayor tribulación que cuando averiguó que aquellos a los que siempre había tenido como tales no eran sus verdaderos padres. Todavía no podía creer que por sus venas corriera sangre de los seguidores de Moisés. Jamás perdonaría la revelación de su amigo. ¿Qué buscaba con contárselo ahora después de ocultárselo durante tanto tiempo? ¿Acaso pretendía disuadirlo del camino que había tomado, del oficio que había escogido? Tal vez si lo hubiera sabido antes, la situación sería diferente. Pero no podía recriminarle a la vez que se lo hubiera contado y que no lo hubiera hecho antes, aunque hubiera preferido permanecer en la ignorancia. La noticia sobre su nacimiento le causaba gran desazón. Nunca hubiera imaginado orígenes tan

impíos, tan diferentes a los de la familia con la que se crio. Recordó que ni siquiera le había preguntado a Felipe el nombre de la mujer ni el de la familia judía a la que pertenecía, pero tampoco tenía la seguridad de querer conocerlos.

Tomás se encontraba en aquellos pensamientos, sentado a la mesa de su escritorio con la mirada perdida a través de la ventana. La puerta se abrió y apareció de Juan Martínez Cepudo, que parecía fatigado por la veloz caminata que había traído.

—Lamento el retraso —dijo el secretario casi sin aliento, sin caer en la cuenta de que la labor del tribunal había quedado en suspenso—, pero tengo una buena excusa para ello.

—Ya poco importa la puntualidad —dijo Tomás, sorprendido por la repentina aparición de su ayudante.

—Cierto; cuesta trabajo acostumbrarse a esta situación, pero mi obligación es permanecer a vuestro lado para lo que tengáis a bien encomendarme. Disculpadme si he interrumpido vuestra meditación.

Tomás se ruborizó con solo pensar que su secretario pudiera averiguar las circunstancias de su nacimiento. ¿Qué pensaría si supiera que el inquisidor que juzga a los conversos recalcitrantes tenía sangre judía en sus venas?

—¡Oh, sí! Me encontraba dándole vueltas al asunto del incendio en la casa del cuchillero —mintió—. Quizás sirviéndome de tu sagacidad podamos hallar juntos una explicación a todo esto.

Tomás se levantó de la butaca, recompuso su estado de ánimo y empezó a caminar por la habitación. El secretario intentó decirle algo antes de que comenzara a hablar, pero decidió esperar a que terminara.

—Sabemos que la tarde de los altercados de octubre fue asaltada la casa de Sancho de Ciudad, donde se había reunido un grupo numeroso de conversos. Casi al mismo tiempo, se estaba produciendo otro incendio muy cerca de allí, en la casa del cuchillero Miguel de Mora, al que al principio todos creyeron muerto junto a sus dos hijos, hasta que aparecieron vivos encima de una carreta y a la vista de todo el mundo.

—Sí, y a aquellos asaltos siguieron otros muchos. Pero quizás os interese saber... —dijo Juan Martínez sin lograr la atención de Tomás.

—Cuando Alfonso Céspedes y Antón Treviño acudieron a visitarme,

insinuaron que el ataque a la casa de ese arrendador de impuestos se produjo para vengar el incendio de la casa del cuchillero a manos de judíos y conversos. Pero esta explicación no parece muy probable, porque los dos asaltos se produjeron a la vez.

Juan Martínez se sentó a la mesa, desde donde observaba al licenciado caminar de un lado para otro.

—Si hacemos caso de lo que dicen las piedras que entran por mi ventana —continuó el licenciado—, los que murieron abrasados en la casa del cuchillero fueron Tristán Fonseca, el Largo, y sabe Dios qué otros dos infelices más. Y Tristán Fonseca, ¡oh, casualidad!, es el padre de Constanza, la pobre muchacha que murió desangrada sin que Pascuala la partera pudiera hacer nada por salvarla y a la que el lugarteniente del corregidor tenía encerrada, cargada de grilletos y lista para ser juzgada. Esto comienza a convertirse en un misterioso galimatías. Por otro lado, algunos acusan al joven Diego, el hijo menor de Sancho de Ciudad, del incendio que se produjo en la casa del cuchillero, pero sé de buena tinta que ese joven se encontró con aquel incendio cuando conducía hacia el alcázar a las mujeres con las que había escapado.

De repente Tomás pareció tenerlo claro como si de una revelación se tratase.

—¡No hay duda! Nunca hay que descartar que lo más evidente pueda resultar la explicación más sencilla del misterio. Estoy convencido de que el incendio de la casa del cuchillero y el asalto a la casa de Sancho se produjeron de forma simultánea. Probablemente, los dos ataques estaban coordinados, y alguien los organizó con alguna intención. Con toda probabilidad, el escarmiento a los conversos, que intentarían defenderse, se les fue de las manos, y aquella noche otras casas fueron asaltadas, quizás por grupos diferentes.

—He averiguado otro parentesco que os resultará interesante —dijo Juan Martínez cuando Tomás de Cuenca detuvo su locución por un momento.

—¿Cuál?

—Resulta que Fernando Valera es hermano de María Díaz.

—¿La mujer de Sancho de Ciudad? —preguntó Tomás.

—Al parecer, son hermanos por parte de padre, y no mucha gente conoce

su parentesco. El criador de caballos es tío del joven Diego.

—Eso explicaría por qué todavía no lo han encontrado. Creo que va siendo hora de hacer una visita al criador de caballos.

Los dos hombres dieron instrucciones a Alfonso Beltrán para que preparase el carruaje, aunque lo eximieron de acompañarlos. Marcharon hasta Alarcos con la esperanza de hallar a Fernando Valera en aquel predio de su propiedad, próximo a una hermosa ermita donde se veneraba a la virgen del mismo nombre.

Encontraron al criador observando un espléndido caballo negro al que un mozo daba picadero en un corral construido con troncos de madera. Mientras el animal trotaba en círculo, el mozo se pasaba de una mano a otra la larga rienda que lo sujetaba.

—Bonito animal —dijo Tomás de Cuenca mientras se acercaba por detrás.

—¡Ah, sois vos! —respondió el hombre con gesto de sorpresa mientras se giraba al escuchar la voz de los recién llegados—. Disculpádmeme, no os he oído llegar.

—Es un espléndido caballo, sois dueño de una hermosa rareza: un caballo negro con los extremos de las manos de color blanco.

—Sí, estoy muy satisfecho —dijo forzando una sonrisa el criador mientras le hacía un gesto al muchacho para que diera por terminado el ejercicio del animal.

—Y parece rápido, a juzgar por lo que recuerdo —dijo Tomás, pausado, para observar la reacción del hombre.

—No comprendo. ¿Vos lo habéis visto a la carrera?

—Ese animal estuvo a punto de introducir sus pezuñas blancas por la ventana del carruaje en el que llegué a Ciudad Real hace ya algunos meses —respondió el licenciado—, pero gracias a un experto jinete se evitó el choque.

—Os agradezco vuestros elogios con el animal —dijo el hombre, intentando cambiar el tema de conversación mientras de reojo miraba al mozo alejarse con el caballo—. Si alguna vez deseáis montarlo, se encuentra a vuestra disposición. La verdad es que todos los caballos que podéis ver aquí están preparados para ser vendidos.

—Ese mozo es vuestro sobrino, ¿no es cierto? —preguntó Tomás sin más rodeos.

Fernando Valera se detuvo durante un instante y suspiró hondo, resignado ante lo evidente.

—¿Cómo lo habéis sabido? —preguntó, desconfiado.

—Eso no importa. A ese muchacho lo buscan todos los justicias de la ciudad. Lo acusan de dar muerte a varios hombres en la casa del cuchillero.

El hombre se quedó paralizado, sin saber qué responder al comprender que había sido descubierto.

—El cuchillero y sus hijos no son los que murieron en aquella casa —dijo una voz a cierta distancia.

El mozo que antes daba picadero al caballo negro se acercó de nuevo al grupo. Sus rasgos se asemejaban más a los de su tío que a los de su propio padre, Sancho de Ciudad, o al menos así le pareció a Tomás.

—Creo que ya me lo dejaste claro en un mensaje que entró a través del cristal de mi ventana —respondió Tomás con cierto reproche.

—Lamento haberos lanzado aquella piedra, y espero no haber causado muchos daños, pero nunca encontré el valor suficiente para abordaros y contaros lo sucedido —se disculpó el joven Diego mientras Tomás seguía esperando—. ¡Oh, sí! Y también lamento mucho haberos amenazado con el cuchillo la noche que intentasteis desenmascaramme.

—Bien. Aclarados los malentendidos —dijo Fernando Valera—, propongo que continuemos esta charla en un lugar más discreto.

Tomás de Cuenca y Martínez Cepudo siguieron al criador de caballos y a su sobrino hasta una hermosa vivienda construida bajo unos enormes olmos que le proporcionaban sombra y frescor en aquellos días de incipiente verano.

—El día que mi caballo estuvo a punto de golpearse con vuestro carruaje, cometí una imprudencia que casi me cuesta la vida —comentó Diego de Ciudad—. Tomé ese caballo para visitar a una joven a la que no había visto desde hacía varias semanas. Al entrar por la puerta de Alarcos alguien me dio el alto y me puse nervioso; intenté salir como pude con el animal entre los carros que se disponían a entrar, pero algunos justicias y agentes del concejo se encontraban vigilando las entradas. Enseguida tomaron sus monturas y me persiguieron por las inmediaciones de la ciudad. Faltó poco para chocar con vuestro coche, pero pude esquivarlo, y con ese animal terminé perdiéndolos de vista.

—Por suerte nadie reconoció el caballo —dijo Fernando Valera mientras les servía una jarra de agua a los recién llegados—. Diego ha estado escondido todos estos meses en mi casa. Hasta aquí, en Alarcos, los justicias no suelen acudir con mucha frecuencia, y poca gente, como vos, conoce mi parentesco con la madre del muchacho.

—Pero ¿por qué te persiguen con tanto ahínco? —preguntó Tomás con curiosidad—. ¿Qué viste aquella noche?

Diego miró con cierta reticencia a su tío, que asintió con un gesto casi imperceptible.

—Aquella noche nos atacaron en nuestra casa mientras cenábamos. Mi padre me pidió que escapara con las mujeres saltando la cerca del corral, por la trasera de la casa, para ponerlas a salvo y buscar refugio en el alcázar, donde el corregidor podría darnos protección. Saltamos como pudimos la cerca, y juro que arree a mi madre y a todas aquellas mujeres para que corrieran lo más rápido que pudiesen. Pero cuando llegamos a la calle de la Mata vi los destellos de otra casa ardiendo en la calle del Lobo. Les pedí a las mujeres que continuaran hasta el alcázar y me acerqué a ver lo que pasaba. Dentro escuché voces que pedían socorro. Las puertas y las ventanas se encontraban anuladas, clavadas y bloqueadas con traviesas. No pude abrir ninguna para ayudar a aquellos hombres; me quemé las manos intentándolo.

Mostró sus manos, y todavía tenía visibles las cicatrices de las quemaduras.

—Desde dentro —continuó— un hombre que dijo ser Tristán Fonseca me gritó que las llaves las tenía Sancho Díaz, el tintorero, que los había encerrado allí, y que lo buscara para que pudieran salir. Intenté pedir ayuda a los vecinos, pero ninguna puerta se abrió. De repente vi que por la calle subía un grupo de hombres armados que desde lejos me acusaban de provocar el incendio y que corrían hacia mí. Tuve miedo, y hui todo lo de prisa que pude. Decidí no correr hacia el alcázar para no poner en peligro a las mujeres y por temor a ser detenido. Salí de la ciudad y vine andando hasta Alarcos, donde mi tío me dio refugio.

El joven Diego parecía afectado, casi acongojado, mientras recordaba aquel momento. Se sobrepuso cuando Fernando Valera colocó una mano sobre su pierna para tranquilizarlo.

—Pero ahora ya nada tienes que temer. Hace dos días que la reina ha proclamado el indulto para los que hayan cometido delitos y vayan a servir a Ciudad Real siendo vecinos de aquí —comentó Tomás.

—¿Es que no comprendéis que los que me buscan no lo hacen por cumplir con su deber, sino porque son cómplices del asesinato de aquellos hombres?

—¿Qué quieres decir? —preguntó Tomás, extrañado.

—Los sucesos de aquel día no fueron espontáneos: alguien ordenó un ataque contra mi casa y las de otros... amigos de mi familia. Pero, además, los hombres que murieron abrasados en la casa del cuchillero fueron asesinados a sangre fría, por algún motivo que se me escapa. Yo soy un incómodo testigo del que quieren deshacerse.

—Pero ¿quién? —preguntó Tomás.

—El grupo de poderosos. Quizá el corregidor, o, mejor dicho, ese lugarteniente de pacotilla que ha quedado al mando de la ciudad. Quizá algunos regidores o los oficiales de la ciudad. No estoy seguro, pero no puedo regresar, porque mi vida sigue en peligro.

—Vos tenéis buena relación con Álvaro de Pecellín —dijo Tomás dirigiéndose al criador de caballos—. Al menos eso me pareció el día que nos conocimos en el alcázar. Quizá vos...

—Me temo que mi amistad con ese lugarteniente no es tan profunda como la que mantenía con el anterior corregidor —respondió Fernando Varela—. El día que nos conocimos en el alcázar me acerqué a visitarlo con la excusa de tratar sobre el alarde anual, pero intentaba averiguar por qué buscaban a Diego con tanto empeñamiento. Luego supe que la que se encontraba detenida era Pascuala, mi antigua criada, que estuvo muchos años a mi servicio. No he tenido ocasión de agradecerlos que la tomaseis bajo vuestra protección.

—Digamos que se halla prisionera bajo mi responsabilidad, pero ese es otro asunto. ¿O quién sabe si no es el mismo?

Tomás se quedó pensativo un momento y al fin se levantó de su asiento con ligereza, sin tiempo que perder.

—Creo que tendremos que hablar con ese tintorero. No me pareció trigo limpio la primera vez que hablé con él. Ahora no tendrá más remedio que contar lo que sepa si no quiere vérselas conmigo.

50

LA CONFESIÓN DE SANCHO DÍAZ, EL TINTORERO

Sancho Díaz, el tintorero, se encontraba atado de pies y manos, boca arriba y con la espalda apoyada sobre un potro de madera, con la cabeza algo más abajo que el resto del cuerpo. La cueva de la casa del licenciado Tomás de Cuenca se había convertido en una improvisada sala de interrogatorios. Aquella tarde consiguieron que el tintorero reconociese la bruza que Tomás descubrió entre los escombros de la casa del cuchillero. El licenciado se presentó en el taller del tintorero acompañado de Juan Martínez y de Simón Beltrán para interrogarlo por aquel cepillo que se utilizaba para desbriznar los paños. El hombre negó con énfasis que fuera suya la pieza que Tomás había encontrado entre los escombros calcinados, pero en el taller hallaron otros objetos iguales que no dejaban lugar a dudas. Lo acusaba de haber extraviado la bruza que habitualmente llevaba en la carreta cuando descargaba los combustibles con los que provocó el incendio de la casa de Miguel de Mora. El tintorero intentó abandonar el taller a toda prisa; esquivó a Tomás, al que sorprendió en su huida, pero fue detenido por los dos hombres que cubrían la salida. Se abalanzaron sobre él y consiguieron frustrar su escapada para llevarlo detenido hasta la sede del tribunal.

—¡Malditos seáis todos! —gritaba mientras le estiraban brazos y piernas para mantenerlo atado en la posición apropiada para el interrogatorio.

—Tú te lo has buscado, tintorero —decía Tomás ajustando las ataduras—.

Te has negado a responder por las buenas, y no te quedará más remedio que hacerlo por las malas.

—¡Ya os he dicho que no tengo nada que confesar! —gritaba—. Vos no tenéis autoridad para interrogarme sobre las muertes en casa del cuchillero.

—Pero puedo torturaros para haceros confesar que utilizáis la alquimia, que hacéis mezclas prohibidas buscando la piedra filosofal, como otros de vuestro oficio —le decía Tomás, amenazante, al oído. —No jugáis limpio: vos sois hombre de iglesia, y tenéis que buscar la verdad —decía, dolorido por la postura en la que se encontraba maniatado—. Os juro que mi oficio es honesto y limpio; el propio Jesucristo aprendió el oficio de tintorero antes de predicar sus enseñanzas.

—¡No digas herejías, maldito rufián, o entonces te arrepentirás de verdad!

Juan Martínez colocó un trapo extendido sobre la cara del reo, que no paraba de gritar, mientras que Simón Beltrán vertía agua sobre él provocándole la asfixia y la desesperación. Dejaron que se repusiera durante unos segundos y volvieron a repetir la operación. Tomás hizo un gesto para que se detuvieran y le retiró el trapo mojado de la cara mientras Sancho Díaz respiraba con ansiedad.

—Dime quiénes eran los hombres a los que encerraste aquella noche en la casa del cuchillero —dijo Tomás, tajante.

—Os juro que no sé de lo que me habláis —dijo entre sollozos.

Juan Martínez Cepudo volvió a colocarle el trapo sobre la cara mientras lo sujetaba con fuerza para que no pudiera esquivar el agua que Simón le vertía.

—Está bien, hablaré, hablaré —dijo al fin cuando le retiraron el trapo de la cara por segunda vez—, pero no volváis a hacer eso, ¡por favor, por favor!

—¿Quiénes eran aquellos hombres y por qué los encerraste para que murieran abrasados?

—Eran tres hombres que recluté para hacer un trabajo que me habían encargado —dijo el tintorero con la respiración agitada.

—¿Qué trabajo?

—Me encargaron un asesinato —dijo después de unos segundos—, pero os juro que no sé de quién se trata. Por seguridad, no quisieron decírmelo hasta el día antes, pero todo se canceló precipitadamente y nunca lo supe.

—¿Y quién te contrató? —volvió a preguntar Tomás.

—No, no. Eso no puedo decíroslo, porque me costaría la vida. Os lo suplico...

A un gesto de Tomás, Juan Martínez volvió a colocar el trapo en la cara del tintorero, que antes de recibir el agua en la cara comenzó a gritar que quería confesar.

—¡Lo diré, lo diré! —decía mientras cogía aliento—. Álvaro de Pecellín me entregó una bolsa con cincuenta monedas y me encargó que buscara un grupo para atacar a una persona importante que llegaría a la ciudad en los próximos días. Nos hicimos con todo lo necesario en los pueblos de alrededor para no levantar sospechas, pero un día, y sin más explicaciones, me dijeron que el trabajo se había cancelado.

—¿Y por qué mataste a aquellos hombres en casa del cuchillero?

—Tenían que morir para no dejar ningún cabo suelto. Me obligaron a hacerlo, y por eso los reuní en la casa que Miguel de Mora me había encargado que vendiera.

—Sus nombres, dinos sus nombres.

—Tristán Fonseca era el cabecilla; él me ayudó a encontrar a los otros dos.

—¿Y qué sabes de la muerte de Constanza, la hija de Tristán Fonseca? —preguntó de nuevo Tomás.

—Oh, no, yo no sé nada de eso, os lo juro —decía lloriqueando—. El Largo solía presumir de que su hija había enganchado a un hombre importante. Solamente son rumores.

—Habla de una vez. —Tomás hizo un gesto a Juan Martínez Cepudo para que volviera a colocarle el trapo en la cara.

—El maestre, es el maestre de Calatrava —dijo el tintorero antes de que el secretario terminara de echarle la tela encima de la cara.

Tomás quedó confundido y miró sorprendido a su secretario.

—¿El maestre? ¿Qué tiene que ver Rodrigo Téllez Girón con Constanza? —volvió a preguntarle.

—No lo sé. Yo solamente digo lo que he oído, pero nunca los he visto juntos. ¡Por favor, creedme! —seguía lloriqueando.

—¿Fuiste tú quién la golpeó por encargo de alguno de tus amigos?

—No, no, eso sí que no. Yo no tuve nada que ver con la muerte de la

muchacha. Hablad con la partera, ella sabrá algo; fue la última que la vio con vida.

Tomás comprendió que aquel asunto se estaba complicado mucho más de lo que nunca hubiera imaginado y que, si Álvaro de Pecellín y Rodrigo Téllez Girón se encontraban por medio, aquello tenía más trascendencia de lo que parecía.

—Soltadlo. Que beba agua, si es que todavía tiene sed, y que permanezca encerrado en este lugar hasta que decidamos qué hacer con él —dijo Tomás mientras abandonaba la cueva.

El licenciado mandó llamar al criador de caballos y le contó la información que había logrado sacar a Sancho Díaz, el tintorero. Sabía que Pascuala ocultaba algo que no se atrevía a confesarle, y le pidió que la convenciera para que contara toda la verdad sin reserva alguna.

Desde que Tomás había decidido tomarla bajo su autoridad, acusándola de un delito de herejía, Pascuala vivía en la casa del licenciado. No existía cárcel eclesiástica en la ciudad, y Tomás evitó que la mujer volviera a la cárcel del corregidor hasta que no se aclarara la muerte de Constanza. Era costumbre que muchos reos en prisión preventiva estuvieran bajo la autoridad y vigilancia de algún vecino, en su propia casa, y aquella parecía una situación similar hasta que la acusada volviera a la jurisdicción civil. Se hallaba bajo la supervisión de Quiteria, de quien, con el tiempo, se había hecho buena amiga.

Pascuala volvió a sentarse en la misma silla que la última vez en que la interrogaron, aunque, en esta ocasión, ni Tomás ni el secretario ocuparon sus puestos en la mesa del tribunal. Fernando Valera apeló a los años que la mujer había trabajado como criada en su casa, e intentó convencerla de que debía contar todo lo que sabía al licenciado, porque de ello dependía que se hiciera justicia. No era un juicio, ni siquiera le estaban volviendo a tomar declaración; solamente pretendían averiguar la verdad.

—Pascuala —inquirió Tomás—, tu versión de la muerte de Constanza no se corresponde con otras informaciones que nos han llegado. Es necesario que nos cuentes algo más sobre lo que ocurrió aquella tarde.

La mujer comenzó a dudar y a ponerse nerviosa; parecía ocultar algo, pero no se atrevía a confesarlo.

—Señor, ya os dije todo lo que sabía sobre lo que sucedió la tarde que

murió Constanza. Alguien la golpeó para hacerla abortar, porque tenía magulladuras por todo el cuerpo. La habían golpeado en la cara y le habían dado patadas en el vientre para sacarle la criatura a golpes. Los que le pegaron no tuvieron piedad con ella, y yo no pude hacer nada por salvarla — gemía lamentándose.

—¿Los que la golpearon? Dijiste que había sido Tristán Fonseca, su padre, el que le había dado la paliza. ¿Quiénes la golpearon?

—Os digo la verdad —decía, poco convincente, la mujer—: no sé quiénes le dieron la paliza. Supuse que había sido su padre porque decían que también le daba mala vida a su madre, antes de que los abandonara.

Tomás permanecía de pie frente a la mujer, observándola atentamente, intentando averiguar en sus gestos lo que no decían sus palabras.

—Constanza te confesó algo antes de morir, ¿no es cierto? Y no te atreves a decírnoslo. Puede que estés callando algo que te sirva para evitar morir ejecutada. El corregidor no tendrá compasión contigo, y yo no podré hacer nada para salvarte.

Pascuala mantenía silencio mientras escuchaba las palabras del licenciado.

—El castigo por asesinato es cruel y doloroso. Morirás asaetada y tu cuerpo permanecerá expuesto hasta que se pudra con las saetas mortales clavadas en él. Por callar no te librarás de la muerte. Debes confiar en nosotros.

Pascuala comenzó a gemir y juntó sus manos entrelazando los dedos con fuerza, suplicantes, mientras balanceaba su cuerpo, nerviosa.

—Os suplico que me creáis. Yo no maté a aquella muchacha. Intenté salvarla cuando me la encontré sangrando en el suelo. Un muchacho me dio aviso de lo que pasaba. Él os lo podrá confirmar.

Tomás permanecía sin inmutarse, como si las palabras de la mujer ya no lo convencieran.

—Sí, eso es —dijo como si hubiera encontrado su coartada—. El muchacho del mechón blanco os lo podrá confirmar. No recuerdo su nombre, pero todos lo conocen porque se gana algunas monedas haciendo recados y encargos.

—Continúa —requirió el licenciado.

—Cuando llegué a casa de Constanza, a la pobre todavía le quedaba un hilo de vida. Había mucha sangre en el suelo, y no pude detener la hemorragia. No hacía más que repetirme: «Repudia a su hijo, ese mal nacido repudia a su hijo». Yo la mandaba callar para que no perdiera las pocas fuerzas que le quedaban, y con paños procuraba cortar la sangre que le salía. Mientras la sujetaba, me pidió que le acercara un costurero, de donde sacó una llave que puso en mi mano. Me dijo que tuviera cuidado, que por esa llave podrían matarme. Parecía la llave de una puerta, y le pregunté con insistencia de dónde era, pero se desvaneció y murió en mis brazos sin decirme nada más.

—¿Qué ocurrió después? ¿Qué pasó con la llave? —preguntó, intrigado, Tomás.

—Acudieron algunas vecinas y les conté lo que había sucedido, excepto lo de la llave. Algunas comenzaron a levantarme la calumnia de que la muchacha había muerto por hacerla abortar, ya que no habían oído los ruidos de la paliza. La pobre tenía la cara desfigurada por los golpes que le habían dado, y era evidente que decía la verdad, pero me tienen inquina y no quieren que las judías ejerzamos como parteras. Yo os juro que me convertiré a vuestra religión y que nunca más judaizaré, pero debéis creerme.

La mujer lloraba, y las lágrimas caían por sus mejillas, como si por fin hubiera expulsado todo el dolor contenido.

—Me marché de la casa porque ya no podía hacer nada por la muchacha —dijo entre sollozos— y porque las vecinas comenzaron a dudar de mí. Me fui asustada a mi casa y al poco vinieron a buscarme y me encerraron en la prisión. Pasaron varios días hasta que vinieron a verme y me acusaron de haber ayudado a abortar a Constanza. Yo lo negué, pero no me creyeron. Después, me preguntaron que si la muchacha me había contado algo antes de morir, y que cuáles habían sido sus últimas palabras. Sabía que si lo contaba quizá no saldría viva de la cárcel. Me golpearon varias veces para asegurarse de que no sabía nada y luego me dejaron en paz, hasta el día que me trajeron a vuestra casa.

—¿Y qué hiciste con la llave? —preguntó Tomás de nuevo.

—La escondí en mi casa. He mantenido el secreto de la llave por miedo a perder mi vida, pero la verdad es que no sé nada sobre ella. ¡Ojalá todo esto no hubiera pasado! ¡Ojalá nunca hubiera corrido a casa de Constanza! ¡Ojalá

no me hubiera encontrado con aquel muchacho!

Pascuala suplicaba y lloraba, y Tomás procuró calmarla garantizándole que nadie conocería su secreto, aunque él debía indagar sobre aquel asunto.

51

UNA VISITA AL LUGAR DEL CRIMEN

Cuando Tomás abrió la puerta de la calle recibió la visita precipitada de Hernando Pérez del Pulgar, que se disculpó por abordarlo siempre cuando el licenciado se disponía a salir de casa.

—Siento molestaros, pero el día ha llegado.

—¿Qué ocurre? —preguntó Tomás mientras invitaba al joven a entrar.

—El maestro, don Rodrigo Téllez Girón, ha solicitado a los miembros del concejo que se reúnan con él en el alcázar de la ciudad. —El joven hizo una pausa—. Seguimos sin noticias de Francisca, todavía no ha sido liberada. Quizá el proceso esté llegando a su fin.

—Me pregunto qué pasará.

—Pero ¿cómo? ¿No os habéis enterado? Un heraldo anunció esta mañana que doña Juana falleció hace dos días a consecuencia de una enfermedad.

—¿La infanta Juana? —preguntó Tomás, sorprendido.

—No, su madre, doña Juana de Avis, la señora de la ciudad.

—¡Santo Cielo! Ya no hay obstáculos para que el maestro reclame el señorío de Ciudad Real para la Orden de Calatrava.

—¿No pensáis hacer nada? —dijo Hernando, decepcionado.

—¿Y qué puedo hacer? Mis prerrogativas son limitadas, aunque quizá podamos continuar con nuestro plan. ¿A qué hora es la reunión?

—Creo que a mediodía.

—Está bien. Intentaré parar este despropósito, pero antes debo hacer algo

importante.

Tomás y Hernando se despidieron y marcharon cada uno por su lado. Hernando acudió a las inmediaciones del alcázar para aguardar la liberación de Francisca. En los últimos días había conseguido que el padre de la muchacha le confesara que debía ceder a las presiones que estaba recibiendo a cambio de recuperar a su hija. Sabía que todavía debía prestar un último servicio a sus extorsionadores, el día en el que el maestre convocase al concejo de la ciudad, si quería verla sana y salva.

Tomás se dirigió a casa de Pascuala, donde encontró la llave que había mencionado la mujer dentro de una jarra de cristal, encima de la chimenea. Nadie se había preocupado de registrar la vivienda, o, de lo contrario, la habrían visto sin dificultad. Aquella era la llave que Constanza entregó a la mujer que la asistió mientras agonizaba, poco antes de morir. Sin perder tiempo, Tomás abandonó la vivienda de la partera y se apresuró para llegar hasta la casa de la joven Constanza en la calle Real de Barrionuevo, y, aunque la puerta estaba cerrada, como era de esperar, descubrió que una de las ventanas permanecía entreabierta. No creyó que nadie pudiera observarlo y, sin pensarlo dos veces, se introdujo por la ventana y entró sigiloso en la casa, que se hallaba completamente alborotada. Pensó que era inútil rebuscar entre aquellos trastos tirados por el suelo, que otros ya lo habían hecho, y con menos paciencia que él.

De repente escuchó un ruido dentro de la habitación que se encontraba a oscuras. Al principio pensó que se trataba de algún animal que se había colado en el interior, pero entreabrió la ventana y pudo ver la figura de un muchacho que permanecía inmóvil en un rincón. El chico corrió para escabullirse, pero Tomás lo atrapó antes de que pudiera sobrepasarlo.

—¡No, no, no, espera! No temas, no quiero hacerte daño —dijo Tomás intentando calmar al muchacho—. ¿Vives aquí?

El chico lo miró un momento antes de responder y asintió con la cabeza. Aquel muchacho, de unos once o doce años, le resultaba familiar: era el pilluelo al que había atrapado en la plaza Mayor después de arrebatar la bolsa al médico Gonzalo Rodríguez de Santa Cruz. El muchacho también reconoció al clérigo, y recordó que lo dejó marchar cuando lo sorprendió con el botín de su robo en la mano.

—¿Eres amigo de Constanza? —preguntó de nuevo.

El muchacho volvió a asentir con la cabeza, sobre la que, pese a la penumbra de la habitación, destacaba con claridad un llamativo mechón blanco.

—Tú avisaste a la partera el día que murió Constanza. —El chico cerró los ojos y los volvió a abrir sin apenas mover la cabeza esta vez.

—Escucha: esa mujer podría ser condenada injustamente aunque intentó salvar la vida de tu amiga. He encontrado en su casa esta llave que Constanza le entregó el día que murió. ¿Tú sabes qué puerta abre?

El muchacho tomó la llave con avidez para mirarla con más detalle y condujo al licenciado hasta un patio desde el que accedió a la entrada de una cueva, por donde se introdujo. En ella se acumulaban garrafas de vino por el suelo y unas liebres podridas que llevaban varios meses secándose. Algunos muebles viejos hacían difícil el paso hacia el interior de la galería, que apenas recibía luz. El muchacho cogió un espejo entre los muebles viejos que allí se acumulaban y consiguió iluminar el fondo, desviando la luz del patio hacia el interior de la cueva. La galería giraba inesperadamente a la derecha y se encontraba de pronto con una puerta que impedía el paso. El muchacho introdujo la llave y logró abrir el portón después de girar dos vueltas la cerradura. A la entrada había un quinqué de aceite, que Tomás encendió para iluminar una pequeña sala oculta en el interior de la cueva escasamente amueblada con una mesa, una silla y una pequeña estantería. El cuarto albergaba objetos de valor como piezas de cerámica, herramientas, telas, algunos vestidos de mujer y otras menudencias. Aquel era el lugar del escondite donde se acumulaba el botín de robos y hurtos tanto del grupo de pilluelos como del mismísimo Tristán Fonseca, que no había dudado en esconder en casa de su hija los objetos robados en sus tropelías. Tomás rebuscó entre los cajones de la mesa, pero no encontró nada de interés. Sin embargo, mientras manipulaba debajo del mueble, descubrió, en un doble fondo del cajón, unas cartas atadas con una cinta con las que, por fin, podría aclarar aquel misterio.

REUNIÓN DEL CONCEJO CON EL MAESTRE DE CALATRAVA

CIUDAD REAL, 15 DE JUNIO DE 1475.

Habían pasado tres meses desde que el maestre de Calatrava, Rodrigo Téllez Girón, convocó en el convento de Santo Domingo a los miembros del concejo y prohombres principales para jurar fidelidad a los reyes Isabel y Fernando. Desde entonces, algunas circunstancias habían cambiado en la ciudad y en el reino de Castilla. Por ello, en esta ocasión se había limitado a solicitar una reunión en el alcázar con los miembros del concejo y con los principales cargos de la ciudad a través del lugarteniente del corregidor. Las circunstancias habían cambiado y la situación del reino se adivinaba difícil. Desde la muerte de Enrique IV, los partidarios de su ahora reconocida hija, Juana, habían conseguido concertar su matrimonio con el rey Alfonso de Portugal, tío de la infanta. Hacía pocos días que el rey portugués había reclamado a Isabel y Fernando los derechos sucesorios de su sobrina y futura esposa sobre la corona de Castilla, ya que Juana había sido jurada y reconocida princesa de Asturias por las cortes castellanas a los pocos meses de nacer, mientras que Isabel no.

Detrás de aquel matrimonio se encontraba la mano de Diego López Pacheco, marqués de Villena y primo del maestre calatravo. Junto al de

Villena, otros nobles habían manifestado su adhesión a la causa de la princesa Juana de Trastámara, incluido el arzobispo de Toledo, don Alonso de Carrillo, ahora abiertamente alineado con la causa de la hija de Enrique IV. Por este motivo ya nadie albergaba dudas sobre el bando que esta vez habría escogido el maestre de Calatrava.

Desde marzo los acontecimientos se habían precipitado. Casi todos conocían las noticias que habían llegado desde Extremadura. El rey Alfonso de Portugal, que había entrado en Castilla al frente de un ejército, había celebrado esponsales con la princesa Juana en Plasencia, aunque se había tenido que posponer la fecha de la boda hasta contar con la dispensa papal necesaria para el matrimonio.

Hasta ahora, seis meses después de la muerte de Enrique IV, su esposa Juana de Portugal había sido la señora de la ciudad. Detentó el señorío de Ciudad Real desde que contrajo matrimonio con el rey, aunque en los últimos meses su derecho había quedado muy debilitado, al igual que lo estaba su delicada salud desde que había dado a luz a su último hijo.

Cuando, a principios de abril, los mensajeros de Alfonso V entregaron a Isabel y Fernando, en Valladolid, la carta del monarca portugués comunicándoles la decisión de casarse con su sobrina y de hacer valer su derecho al trono de Castilla, los reyes castellanos se encargaron de clarificar los apoyos con los que contaban. Ambos bandos buscaron atraerse a los principales linajes y también a las ciudades del reino que podían contribuir a la causa con hombres, armas y grandes sumas de dinero. A finales del mes de abril se recibió en Ciudad Real carta de los reyes Isabel y Fernando ordenando que se levantase el juramento de fidelidad a doña Juana, quien había ejercido el señorío de la ciudad durante los últimos veinte años. Los reyes buscaron quebrar la fidelidad hacia la reina viuda para impedir que declarasen su lealtad a su hija Juana de Trastámara, pero el señorío siguió en posesión de su titular.

Ahora, tras la muerte de doña Juana y tres meses después de un infructuoso juramento de fidelidad para su promotor, el maestre de Calatrava se presentaba frente a los miembros del concejo para que manifestasen de forma pública y notoria a quién otorgaban su apoyo en aquel nuevo escenario de confrontación en el que se encontraba el reino de Castilla y para que

manifestasen su adhesión a las reivindicaciones de la orden hacia el señorío de la ciudad, que había quedado vacante tras el reciente fallecimiento de la reina viuda.

—Regidores, alcaldes y miembros del concejo —dijo el maestre cuando el salón del alcázar se encontró lleno—: las turbulencias políticas que azotan el reino de Castilla no nos pueden dejar indiferentes a quienes tenemos el deber de procurar su bien y el de sus gentes. Tenéis todos vosotros, como representantes de la ciudad, y yo mismo, la obligación de velar para que los designios del reino estén dirigidos por quienes estén investidos de legitimidad, como dignos sucesores de la estirpe y el linaje que han reinado durante tanto tiempo este reino. Hoy soy yo el que, delante de vosotros, quiere realizar juramento de fidelidad a la legítima reina, que es sangre de la sangre de nuestro fallecido rey Enrique, y heredera legítima del trono de Castilla: a la reina doña Juana de Trastámara y a su esposo, el rey Alfonso de Portugal.

Un rumor se apoderó de toda la sala; algunos parecían muy contrariados por las palabras del maestre, e interrumpieron su intervención.

—¿Y qué pasa con el juramento de esta ciudad y que vos mismo hicisteis a los reyes Isabel y Fernando? —lo increpó el regidor Fernando de Poblete.

—La infanta Isabel tiene manchadas las manos de sangre con la muerte de su hermano el infante Alfonso —respondió el maestre, contrariado—. Así nos lo advirtió el regidor Antón Treviño en el convento de Santo Domingo y no le quisimos creer. Creímos que mentía, pero, aun a riesgo de parecer traidor a la vista de sus vecinos, se mantuvo fiel a sus principios y rechazó jurar fidelidad a quien había ordenado cometer el más grave de todos los delitos que se pueden cometer: el fratricidio.

Antón Treviño escuchaba con satisfacción las palabras del maestre.

—Tengo conmigo, en mi palacio de Almagro, a un joven que entonces era apenas un niño al servicio del infante don Alfonso. El día de su muerte viajó hasta Cardeñosa con el séquito real, en el que también viajaba la infanta Isabel, y fue testigo de una conspiración que acabó con su vida. Mientras se ocupaba del equipaje de su señor, fue testigo de una conversación que ojalá nunca hubiera sucedido. Una mujer, que decía actuar por encargo de la infanta Isabel, entregó un frasco y unas monedas a alguien de su confianza para que vertiera aquel en el plato del infante durante la cena de aquella noche. A las

pocas horas don Alfonso comenzó con vómitos, espasmos y unas fiebres intensas que lo llevaron a la muerte.

Mientras Rodrigo Téllez Girón narraba la conspiración para asesinar al infante Alfonso, se hizo un silencio absoluto.

—No podemos dudar de la honorabilidad de la reina por el testimonio de un granuja que no tiene categoría ni para acusar a un caballero y, cuanto menos, a una reina —dijo una voz al fondo.

—Pedisteis una prueba, y la tengo a vuestra disposición. Este joven, antes de prestar servicios al infante Alfonso, fue paje del mismísimo arzobispo don Alonso de Carrillo, y pertenece a la casa de Aguilar. No podéis dudar ni de su cuna ni de su nobleza.

—¿Y por qué no lo habéis traído con vos? —dijo alguien más.

—Yo no tengo dudas sobre lo acontecido en Cardeñosa, y aquí sostengo que la infanta Isabel es una asesina. Muchos de los aquí presentes estamos dispuestos a jurar fidelidad a la proclamada reina doña Juana de Trastámara, hija de Enrique IV y legítima heredera del trono de Castilla. Además, y como ya es conocido por todos, su madre, la reina doña Juana de Avis, señora de la ciudad, ha fallecido hace unos días, por lo que reclamo el señorío de Ciudad Real para la Orden de Calatrava. Como maestre de la orden tengo el deber de reclamar la fidelidad del concejo para nuestra legítima reina y señora.

Muchos de los regidores y prohombres que se encontraban presentes no podían creer lo que estaban escuchando.

—¿Con qué título reclamáis el señorío de esta ciudad? —preguntó el regidor Fernando de Poblete.

—Reclamo y proclamo el señorío de la Orden de Calatrava sobre Ciudad Real por real cédula del rey Sancho IV, que la concedió poco antes de morir por los muchos servicios recibidos por nuestra parte. Los reyes que fueron detrás de él privaron de este derecho a la orden y, ahora, con la muerte de la reina doña Juana, procede restituírselos.

—Ese es un viejo pleito en el que la Orden de Calatrava nunca ha podido demostrar legitimidad a su pretensión. Mostrad la concesión y las escrituras que decís para respaldar vuestra reclamación —volvió a protestar Fernando de Poblete, rodeado de algunos regidores que lo apoyaban en el concejo.

Rodrigo Téllez Girón se abstuvo de responder a las increpaciones del

regidor y miró a Álvaro de Pecellín, que se adelantó unos pasos con la mano levantada para calmar a los más reticentes.

—Como corregidor en funciones de la ciudad y por la importancia que este documento tiene para nuestro futuro, he hecho traer el arcón de los privilegios, donde algunos hombres buenos que nos precedieron en los cargos del concejo recuerdan haberlo visto y donde ha permanecido oculto de forma deliberada para negar las justas aspiraciones de la orden, pero con el que ahora saldremos de dudas. —Álvaro de Pecellín hizo un gesto solemne con la mano a un criado que aguardaba su señal.

Se abrieron las puertas del gran salón y entraron seis hombres que transportaban un enorme cofre ayudados por unos varaes que lo sujetaban transversalmente.

Detrás de ellos entraron los tres jurados de la ciudad, que se colocaron de espaldas a la ventana. Una vez depositado el arcón en el centro de la sala, se dispusieron a utilizar uno a uno la llave cuya custodia tenían encomendada. Primero se adelantó el jurado Arévalo, que se aproximó al arcón tras una ligera indicación con la cabeza de Álvaro de Pecellín. Introdujo su llave en una de las tres cerraduras y la giró dos veces. A continuación, Pedro Díaz de Villarrubia realizó la misma operación y dejó la llave dentro de la que acababa de abrir. Lope de la Zarza estaba nervioso: solamente faltaba él por abrir la tercera cerradura, pero no dejaba de mirar de reojo por la ventana hacia el patio del alcázar. Esta vez no estaba dispuesto a permitir que los captores de su hija no cumplieran con su parte del trato. De repente, la vio aparecer en el patio algo desorientada, pero elevó la mirada hacia el ventanal y, cuando le confirmó con la cabeza su liberación, respiró tranquilo. La vio atravesar la puerta del alcázar y reunirse a la salida con el joven Hernando, momento en el que comprendió que se encontraba a salvo. ¡Cuán equivocado había estado con respecto a ese joven! En ese instante esbozó una sonrisa casi imperceptible de satisfacción y, como los otros dos jurados, se acercó hasta el arcón, se sacó la llave que llevaba colgada al cuello y la introdujo en la cerradura girándola dos veces.

En ese momento Álvaro de Pecellín abrió el enorme cofre y se dispuso a localizar el documento en litigio. Fernando de Poblete se acercó hasta él para ver con sus propios ojos el documento que tomaba el lugarteniente. Los

diplomas se encontraban enrollados, y el corregidor los desplegó uno a uno para comprobar su contenido, hasta que por fin halló el que buscaba.

—¡Aquí está! —dijo mostrando el documento en alto—. Este es el documento del rey Sancho, a quien llamaban el Bravo, donde manifiesta su voluntad de que Ciudad Real pertenezca a la jurisdicción de la Orden de Calatrava.

Fernando de Poblete tomó el diploma, pero no pareció convencido.

—Este documento solo es un traslado notarial de un viejo documento de casi doscientos años de antigüedad, pero no es el original —dijo el de Poblete.

—Los traslados tienen igual valor que los documentos originales, y vos deberíais saberlo —dijo el de Pecellín—. Muchos de los privilegios que aquí se encuentran se conservan en traslados notariales por hallarse estropeados o desaparecidos los documentos que firmaron reyes y señores, desde tiempo atrás.

En ese momento se volvió a abrir la puerta del gran salón y alguien gritó desde el fondo:

—¡Ese documento es falso, y fue introducido hace unos días en el arcón de los privilegios valiéndose del secuestro y la extorsión a los jurados de la ciudad! —dijo Tomás de Cuenca mientras se dirigía a Fernando de Poblete, a quien con delicadeza le arrebató el legajo de la mano.

La rápida intrusión del clérigo sorprendió a todos, sin darles tiempo a reaccionar.

—Disculpadme. —Tomás cogió el documento y, antes de que nadie pudiera impedirselo, lo acercó hasta la llama de una vela.

Se detuvo y lo mostró a todos los asistentes, asegurándose de que se encontraba a la vista de todos ellos; lo pasó despacio por encima de la llama y solo en una dirección, procurando que el calor hiciera su efecto sobre el documento, en el que días antes había escrito con tinta de leche. En pocos segundos aparecieron unas letras que dejaron atónitos a todos. Por el efecto del calor de la llama, en el documento apareció la palabra «TRAIDOR».

—¿Qué significa esto?! —gritó Rodrigo Téllez Girón, enfadado.

—Significa que vos habéis urdido esta farsa para haceros con el dominio de la ciudad y que encargasteis este documento falso para legitimar vuestra

ambición.

—¡No consiento que me acuséis de traidor utilizando la llama de una vela, os lo advierto! —gritó, amenazante el maestro.

—Si no os gusta la escritura de la vela, quizás os gusten más estas cartas que tengo en mi poder y que demuestran que conspirasteis junto con el arzobispo de Toledo, don Alonso de Carrillo, para asesinar a la entonces infanta Isabel.

Un gran rumor se hizo en la sala, Tomás entregó las cartas que había encontrado en casa de Constanza a los regidores afines a Fernando de Poblete, en cuya honestidad el licenciado confiaba.

—Estáis mintiendo con el ánimo de confundir a los presentes —dijo el maestro, alterado, mientras Álvaro de Pecellín miraba nervioso a su alrededor.

—No miento —decía Tomás mientras recorría la sala entre los diferentes grupos para que lo escucharan con claridad—. Puedo demostrar con esas cartas que el pasado mes de octubre, cuando el rey don Enrique se encontraba convaleciente de su enfermedad, vuestro tío don Juan Pacheco, marqués de Villena, acordó junto con vos y el arzobispo de Toledo una reunión en terreno neutral, con doña Isabel para pactar la sucesión pacífica al trono. Pero vos y vuestros parientes planeasteis asesinarla en cuanto llegase a Ciudad Real, que era el lugar escogido para el encuentro. Nuestro honorable lugarteniente del corregidor fue el que encomendó a Sancho Díaz, el tintorero, que reclutara a un grupo de asesinos para que hicieran el trabajo. Pero hubo un contratiempo con el que nadie contaba. Vuestro tío, el marqués de Villena, murió de repente el día 4 de octubre, dos días antes de la fecha estipulada, y la entrevista se canceló.

Se detuvo un instante para coger aire.

—Os acuso de haber ordenado el asesinato de los hombres que Sancho Díaz, el tintorero, reclutó para acabar con la vida de la infanta Isabel, con el fin de que no quedasen cabos sueltos y de tapar su muerte haciendo creer a toda la ciudad que los calcinados eran el cuchillero y sus hijos. Y os acuso de haberos puesto de acuerdo con algunos regidores aquí presentes para atacar las casas de algunos conversos y ocultar así el asesinato de los hombres que reclutasteis en medio de un gran disturbio general.

A cada revelación que hacía el licenciado se formaba un revuelo y un

murmullo general en la sala.

—También os acuso, maestro, de haber ordenado asesinar de una paliza a vuestra manceba, la joven Constanza, que intentó chantajearos con estas cartas, que intercambiasteis con vuestros tíos y cómplices, el marqués de Villena y el arzobispo de Toledo, las cuales yo acabo de encontrar en su casa, y que ella os amenazaba con sacar a la luz si no legitimabais al hijo que llevaba dentro, a vuestro propio hijo.

Fernando de Poblete y el grupo mayoritario de regidores y alcaldes increparon al maestro y a Álvaro de Pecellín, acusándolos de traición y de asesinato. Rodrigo Téllez Girón y el de Pecellín abandonaron el gran salón empujados por los regidores y oficiales de la ciudad, que les pedían explicaciones. El de Poblete descendió el primero las escaleras que conducían al patio y alcanzó en su huida al maestro, que se revolvió para soltarse. Desde la ventana del salón Tomás observaba la escena: el regidor intentaba zarandear al maestro, pero la estatura del calatravo se lo impedía. De repente, Téllez Girón sacó un puñal que llevaba oculto en el cinto y, sin dudar lo más mínimo, asestó al anciano una puñalada en plena ijada. El hombre se dobló al instante y cayó herido de muerte a los pies de un mustio granado que allí se encontraba plantado.

Álvaro de Pecellín pudo escabullirse de sus perseguidores, y descendió por unas escaleras hasta un rincón apartado de la muralla donde, sin dudarlo, abrió un portón oculto entre algunos arbustos. A los pocos segundos, uno a uno, entraron docenas de soldados calatravos que aguardaban al otro lado de la muralla y que, armados con lanzas, espadas y ballestas, estaban dispuestos a apoyar la reclamación de su maestro.

LOS CALATRAVOS CONQUISTAN CIUDAD REAL

Álvaro de Pecellín se escabulló de los regidores y de los oficiales de la ciudad que intentaban detenerlo por los crímenes y maquinaciones que había destapado Tomás de Cuenca. En las últimas obras de la muralla había aparecido un viejo portón estrecho y oculto entre algunas matas que lo hacían imperceptible a simple vista. Los muros del alcázar coincidían en aquel tramo con la muralla que rodeaba la ciudad, por lo que el viejo portón comunicaba con el exterior.

Rodrigo Téllez Girón no estaba dispuesto a perder la oportunidad de hacerse con Ciudad Real. Había trazado un plan para reivindicar su titularidad con un falso documento que concedía el señorío a la Orden de Calatrava, gracias a una donación del rey Sancho IV de Castilla. Pero si fallaba aquella estratagema, no pensaba renunciar a su botín. Había llamado a arrebato y movilizó a la hueste de la orden, que todas las encomiendas de Calatrava estaban obligadas a aportar y mantener. Reunió un ejército de dos mil peones y trescientos hombres a caballo y los aproximó hasta la ciudad aguardando el momento de intervenir. Después de la interrupción de la sesión del concejo, el de Pecellín despistó a sus perseguidores y abrió el portón de la traición, por donde entró un grupo de poco más de cincuenta calatravos que esperaban apostados bajo los muros. El lugarteniente del corregidor se había encargado de anular la vigilancia en aquel tramo de la muralla con la excusa de reforzar la seguridad en la concurrida reunión que se iba a producir en el gran salón de

la fortaleza. Los calatravos que entraron en la primera oleada se hicieron de forma rápida con el control del alcázar y redujeron a la escasa guardia que lo custodiaba y a los regidores y otros miembros del concejo, a quienes encerraron en el gran salón, custodiados por una guarnición de soldados. También reforzaron el retén de la entrada a la fortaleza que comunicaba con la ciudad para evitar sorpresas.

Cuando el alcázar estuvo asegurado, los calatravos se desplegaron por las murallas con dirección a la puerta de Granada y hacia la puerta de la Mata, controlando en poco tiempo el resto de los accesos, que no tardaron en cerrar para evitar sorpresas. A través de la puerta de Granada entró el ejército de caballeros calatravos, dirigido por el comendador de las Casas de Ciudad Real, frey Ramiro de Guzmán. Hombres y mujeres salieron a la calle por el revuelo que se había formado y por el estruendoso resonar de los caballos al galope. Los calatravos no mostraron compasión y golpearon a cuantos encontraron a su paso, aunque huían despavoridos sin osar hacerles frente. Sacaron a las gentes de sus casas forzando las puertas y los echaron a la calle mientras saqueaban el interior de las viviendas. Lanceros a caballo, que avanzaban en línea con las lanzas en ristre, barrieron las calles y condujeron a los hombres que encontraban a su paso hasta la plaza Mayor, donde llegaron grupos desde todas las arterias que confluían en ella.

En poco tiempo la ciudad quedó controlada por la Orden de Calatrava. Nadie se atrevía a salir de sus casas. Las mujeres permanecían encerradas y los hombres, que habían intentado defenderse, los habían retenido. El maestre de Calatrava escenificó su conquista a lomos de un magnífico caballo negro. Portaba en su mano un estandarte, y con esa compostura hizo su entrada triunfal en la plaza Mayor seguido de una veintena de jinetes. Se situó en un extremo de la plaza, frente a la alcaicería, y puso al caballo de manos repetidas veces hasta que logró captar la atención de todos.

—Vecinos de Ciudad Real —dijo con voz grave—, yo, Rodrigo Téllez Girón, maestre de la Orden de Calatrava, tomo posesión del señorío de esta ciudad, encontrándose vacante por el fallecimiento de la reina doña Juana de Avis, y la pongo al servicio de nuestros señores los reyes de Castilla, doña Juana de Trastámara, legítima heredera de la corona, y de su esposo, don Alfonso de Portugal. Cualquier acto de resistencia será considerado un acto de

traición que se castigará con la muerte.

A una señal suya, un grupo de cinco prisioneros hizo entrada en la plaza por la calle de los cuchilleros. Se encontraban atados de manos y llevaban mordazas en la boca, e iban custodiados por calatravos a uno y otro lado de la fila. La rapidez con la que el maestre quería escarmentar a los que se habían resistido a la conquista impidió que se construyera a tiempo un cadalso para la ocasión, por eso los ataron con los brazos en alto a las rejas de algunas ventanas y a las columnas de los soportales de la plaza. Les quitaron las camisas que llevaban y, a una señal del maestre, comenzó el castigo de cincuenta latigazos. El silencio era absoluto, solamente se oía el chasquido del cuero de los látigos resquebrajar la piel de los prisioneros. Los verdugos acompañaban el ritmo de sus golpes entre los gemidos contenidos por las mordazas, que apenas podían escapar de las gargantas de los ajusticiados. Pero, después de un rato, a los hombres ya no les quedaba aliento para quejarse: la cruel cadencia de los golpes sobre sus espaldas les había hecho desfallecer. Cuando finalizó la sesión de latigazos, ninguno de los reos podía mantenerse en pie, pero el maestre ordenó que les quitaran las mordazas y que los reanimaran con cubos de agua.

—A aquellos que osen poner en duda mi autoridad y la de la Orden de Calatrava en esta ciudad solamente les aguarda este fin. Estos hombres han osado enfrentarse con armas a nosotros y han dado muerte a alguno de mis hombres. Por eso es de justicia que paguen su falta con su vida.

Los verdugos sujetaron a sus víctimas por detrás, aguantando su peso por debajo de las axilas para mantenerlos en pie, después de comprobar que todos habían recobrado la consciencia. Tras nueva orden del maestre, un calatravo, cuchillo en mano, se dispuso a ajusticiar a los hombres que acababan de ser azotados. El matarife del cuchillo agarró a uno de ellos por los cabellos para levantarle la cabeza y le dio un corte limpio en el cuello que provocó un chorro de sangre y la asfixia del infeliz prisionero, que terminó de morir caído en el suelo, ahogado en su propia sangre, mientras se convulsionaba de manera espantosa. La inesperada y cruel muerte de los ajusticiados provocó los gritos de la multitud, que, aterrada no podía dar crédito a lo que estaba sucediendo.

Mientras tanto, en el gran salón del alcázar, los regidores y miembros del concejo se hallaban retenidos. Muchos de los partidarios del maestre y del

lugarteniente del corregidor ya se habían marchado, pero aquellos que habían osado oponerse se encontraban prisioneros. Allí permanecía el grupo de regidores que con Fernando de Poblete se habían encarado al maestre calatravo, y otros oficiales y cargos del concejo de quienes ya no se fiaba Álvaro de Pecellín. El procurador Andrés Alonso, el licenciado Tomás Cuenca y otros oficiales aguardaban en un extremo del gran salón mientras que los regidores y alcaldes detenidos lo hacían en una sala más pequeña. Mejor suerte corrió el jurado Lope de la Zarza, que fue liberado por haberse plegado a las instrucciones del corregidor. Cuando el hombre quedó en libertad, se dirigió a Tomás para agradecer de forma discreta, pero emotiva, su intervención en el concejo, que había servido para liberar a su hija, aunque no para desbaratar los planes del maestre. Le colocó su mano en el hombro y, con un gesto amable, asintió con la cabeza.

LA CIUDAD TOMADA

Desde la ocupación de la ciudad por la Orden de Calatrava, el maestre había establecido unas patrullas de vigilancia de tres hombres que recorrían la zona asignada para asegurarse de que se cumplía con el toque de queda. Durante los primeros días, la población permaneció recluida en sus casas, hasta que se consiguió un control absoluto de la ciudad. Pero, con el paso de los días, se relajó la medida inicial, y solamente se mantuvo la restricción desde la puesta de sol hasta el amanecer. Aunque tomada por la fuerza de las armas, la ciudad recuperó poco a poco su actividad diaria. El bullicio de artesanos y obreros confería una falsa sensación de normalidad a la situación, aunque el comercio se había reducido por la cada vez mayor escasez de mercancías. Las patrullas disolvían con malos modos los pequeños grupos que se formaban en calles, plazas y mercados y, en ocasiones, su sola presencia servía para marchar por dirección contraria por la que los veían aparecer.

Mientras Francisca se encontraba colocando algunos sacos en el interior de la tienda de especias, tres calatravos entraron en el local. Los tres hombres se dispersaron por la tienda y con arrogancia manosearon y probaron los productos colocados en las estanterías. Uno de ellos metió la mano en un saco para comprobar su textura y se la acercó hasta la nariz, pero, al instante, arrojó el puñado al suelo tras inhalar el molesto polvillo, que le hizo estornudar varias veces.

—¡Eh! —exclamó Francisca mientras se acercaba corriendo a retirar el

saquillo de las manos de aquel hombre—. Este producto vale muchos dineros para que andes tirándolo por el suelo.

—¿Qué es ese endiablado polvo que pica como los demonios? —dijo el calatravo mientras con la mano se restregaba la nariz.

—Es pimienta, y deberías tener más cuidado —volvió a protestar Francisca, que intentaba componer el saquillo para cerrarlo. De repente, otro calatravo derribó uno de los sacos adrede y su contenido se desparramó por el suelo.

—¿Qué hacéis? ¿Creéis que podéis agraviarnos porque tengáis tomada la ciudad? —protestó la joven, enfrentándose a los tres soldados.

—Vaya, tenemos a una jovencita muy valiente que no sabe que está prohibido vender nada sin permiso del maestro.

Los calatravos derribaron algunos saquillos más, que cayeron al suelo mientras avanzaban lentamente por los estrechos pasillos y se dirigían hacia la muchacha para cerrarle el paso.

—¿Qué permiso? —dijo Francisca con voz temblorosa al percatarse de la delicada situación en la que se encontraba—. Esta tienda lleva abierta más de veinte años. No sabíamos que hubiera que pedir un permiso.

—Pues me temo que tendrás que hacerlo y atenerte a las consecuencias —respondió uno de los calatravos mientras se aproximaba sonriendo hacia ella.

Francisca regresó sobre sus pasos cuando vio que los tres hombres se le acercaban despacio, como si quisieran disfrutar de su captura. Tomó uno de los sacos y retrocedió de espaldas hasta el mostrador, donde, a tientas, cogió un cuchillo sin que los soldados se percataran. Uno de los hombres se abalanzó sobre ella, pero la joven le vertió en la cara el contenido de un saco, que lo cegó por completo, y aprovechó para escabullirse. Pero, cuando estaba a punto de alcanzar la puerta, otro calatravo la capturó antes de que pudiera salir de la tienda.

—¡Maldita zorra! —El soldado detuvo su mano cuando Francisca estuvo a punto de clavarle el cuchillo y la golpeó en la cara.

El hombre la agarró por detrás del cuello mientras ella se revolvía y la arrastró al interior de la tienda. El primer calatravo ya había recobrado la vista y, mientras los otros dos la sujetaban por los brazos, aquel se acercó despacio, disfrutando del momento. La joven intentó zafarse de sus captores

con el cuchillo, pero, con sus manos inmovilizadas, apenas si pudo girar la muñeca. Una de ellos se lo arrebató de un golpe en el brazo y lo clavó en el mostrador de madera. Una vez la muchacha se encontró inmovilizada, la volvió a golpear en la cara para acabar con la escasa resistencia que le quedaba. El calatravo puso el puño delante de su cara y levantó el dedo central hasta metérselo por la boca. Sus compañeros disfrutaban con aquella demostración de fuerza y lo animaban a dar un escarmiento a aquella joven díscola. El hombre bajó su dedo hasta la ingle de la muchacha, inmovilizada y con la cara lasciva de aquel soldado pegada a su rostro.

De repente, de aquella cabeza comenzó a salir sangre a borbotones que le salpicó a Francisca en la cara. Se retiró y se percató de que el hombre tenía un cuchillo clavado en el cuello y que intentaba en vano contener toda aquella sangre que salía de su cuerpo. De súbito, se vio en el suelo, después de que los otros dos hombres la soltaran y la dejaran caer, pero vio a Hernando, que se batía con los dos calatravos que quedaban en pie. El joven consiguió abatir a otro de ellos, que cayó muerto cuando le clavó su espada. El tercero escapó a trompicones al comprender que no podía reducir a aquel diablo que no sabían de dónde había salido.

—¿Te encuentras bien? —dijo Hernando mientras se aproximaba hacia ella después de comprobar que el calatravo había huido—. Debemos marcharnos: no tardará en llegar una patrulla, y entonces no podremos escapar.

—Sí, gracias a tu providencial intervención, pero tengo que avisar a mi padre. Irán a por ellos si no nos encuentran a nosotros.

La joven regresó para tomar el dinero de las ventas que había hecho aquella mañana y, al salir de la tienda, se entretuvo en cerrar la puerta con llave, como si aquello fuera a impedir que los calatravos la saquearan. Salieron a la calle y evitaron girar hacia la plaza Mayor, donde, de seguro, se tropezarían con alguna patrulla de guardia, pero fue en la calle de la Cruz por donde vieron bajar a un grupo de soldados acompañados por el calatravo que escapó. Se alejaron del centro por la calle de Toledo, por donde lograron escabullirse y pasar desapercibidos entre la gente. Sabían que debían encontrar un buen escondite, ya que no podían escapar de la ciudad.

EN LAS MAZMORRAS DEL ALCÁZAR

Hacía algunas semanas que el grupo de regidores disidentes y otros oficiales díscolos del concejo continuaban detenidos en las mazmorras del alcázar. Desde el día en que la ciudad había sido tomada por la Orden de Calatrava, los prohombres que se habían opuesto a los propósitos del maestre calatravo permanecían prisioneros en el más absoluto de los abandonos, hacinados en las celdas en un estado deplorable. En los últimos días habían enfermado algunos de ellos. Álvaro de Pecellín mandó aviso al médico Gonzalo Rodríguez de Santa Cruz para que atendiera a los enfermos y echase un vistazo a los demás. El flamante corregidor no quería correr el riesgo de que un brote de epidemia malograra la conquista ni tampoco arriesgarse a perder a ninguno de aquellos distinguidos huéspedes a los que el trato dispensado no se correspondía con su rango.

Las circunstancias en las que se encontraban retenidos aquellos hombres, poco acostumbrados a las privaciones, eran, pues, lastimosas y las condiciones de higiene de las celdas dejaban mucho que desear. El médico reprochó a los guardias la situación de los presos indicándoles que tenían que renovar a diario la paja que esparcían sobre el suelo porque los que allí se encontraban eran personas y no animales. Muchos de aquellos reos eran caballeros, algunos regidores de la ciudad, pero un mes encerrados entre aquellas paredes más les hacían parecer galeotes que los ricos y poderosos hombres que antes fueron.

—¿Qué hacéis con el dinero que les habéis requisado para su alimentación? —se atrevió a recriminar el médico a los guardias—. Su estado es lamentable.

—Si tenéis alguna queja, hacédsela llegar al maestre —respondió uno de los carceleros—. Nosotros solo cumplimos órdenes.

Poco antes, Gonzalo Rodríguez de Santa Cruz entró en el alcázar con una carreta cargada con ropajes limpios para que los presos pudieran mudarse de sus apestosos atuendos. Junto con su aprendiz, descargó del carruaje las ropas limpias para los prisioneros y los utensilios y remedios que emplearía para sanarlos. No consintió que los guardias transportasen nada de lo que había traído, ya que muchos útiles y enseres eran demasiado caros como para dejarlos en manos inexpertas. Los guardias no se atrevieron a contradecir a aquel hombre que tenía la extraña habilidad de sanar a los enfermos.

—Quizás lo haga —respondió el médico al guardia que le había replicado —, y quizás le cuente que además extorsionáis a sus familias cada vez que vienen a traerles el alimento que aquí les negáis. No sé si el maestre querrá conservar a sus enemigos en tan lastimoso estado.

—¡Está bien, está bien! —respondió, airado, el guardia—. Limpiaremos las celdas como vos decís y procuraremos que coman todos los días.

El médico atendió uno a uno a todos los prisioneros, que esperaban con anhelo noticias del exterior y de sus familias. A los que halló en peor estado les aplicó un remedio con hierbas y plantas, pero las celdas no reunían las mejores condiciones, que más parecían pocilgas donde dormían y hacían sus necesidades.

—¿Dónde están los prisioneros que faltan? —preguntó el médico después de echar de menos a algunos de los reos.

—Se encuentran arriba. Os llevaré hasta ellos.

Las mazmorras estaban vigiladas por, al menos, tres guardias que controlaban el acceso a las diferentes galerías y se ocupaban de atender y limpiar las celdas cuando el hedor les incomodaba más a ellos que a los presos.

Un vigilante guio al médico por una estrecha escalera de caracol hasta el piso superior, donde una de las pequeñas habitaciones se había utilizado como improvisada celda.

—¡Loado sea el cielo! —dijo Tomás de Cuenca al ver aparecer a Gonzalo Rodríguez de Santa Cruz por la puerta—. ¿Os traen detenido?

Cuando el médico entró en la celda, el guardia cerró la puerta detrás de él y echó el cerrojo desde el exterior.

—No, tranquilizaos. Álvaro de Pecellín me ha mandado llamar para revisar la salud de los presos. Algunos comienzan a tener síntomas de asfixia y no paran de toser. ¿Cómo os encontráis, licenciado? ¿Y vos, procurador?

—¡Malditos calatravos! —dijo Andrés Alonso de Aguilera poniéndose en pie para saludar al recién llegado—. No veo el día en que los ejércitos de los reyes entren en la ciudad y le den su merecido a ese arrogante maestro.

—Me temo que las pocas noticias que llegan no son muy halagüeñas. De momento debemos arreglárnoslas solos. Si podéis caminar sin dificultad, poneos en pie. Espero que esta noche podáis dormir fuera de estas paredes —dijo el médico, apremiando a los prisioneros.

—¿Tenéis algún plan para escapar? —preguntó, sorprendido, el licenciado.

—Pues sí, lo habéis adivinado. Estad atentos.

El médico llamó al guardia para que le abriera la puerta y el vigilante volvió a correr el cerrojo después de que el médico la cruzase.

De inmediato, Tomás de Cuenca apoyó la cabeza sobre la puerta, pidió al procurador que guardara silencio con un gesto y, aunque algo atenuado, pudieron escuchar el cruce de palabras que Rodríguez de Santa Cruz mantenía con el guardia.

—Necesito que me acompañes al piso de abajo para entregar estas ropas limpias a los prisioneros o de lo contrario terminaréis todos enfermos —se oyó decir al médico.

—No podré transportar los dos fardos —replicó el guarda con desgana.

—Mi aprendiz te ayudará.

El guardia tomó uno de los fardos con las ropas limpias y el joven Pedro agarró otro de los bultos para dirigirse con ellos al piso inferior, como les había encargado el médico. Los tres hombres desaparecieron por el pasillo poco antes de que una figura apareciese, sigilosa, tras doblar un recodo de la galería. Era Martínez Cepudo, que logró entrar en el alcázar escondido bajo la lona de la carreta en la que transportaban los ropajes para los presos. El

secretario se había deslizado con precaución desde la carreta hasta la entrada que conducía a las mazmorras, junto a la que habían detenido el carruaje con la excusa de descargar los fardos y los utensilios del médico.

Martínez Cepudo se aseguró de que los tres hombres se hubieron alejado lo suficiente antes de abrir la celda en la que se encontraban el licenciado y el procurador. Se saludaron con la celeridad que obligaba la ocasión y aprovecharon el momento para escabullirse. Los fugitivos se apresuraron por los pasillos y galerías del alcázar hasta que hallaron una salida que conducía hacia el vertedero de las letrinas donde, en buena lógica, dedujeron que la vigilancia sería menor. Consiguieron introducirse bajo la lona de la carreta con la esperanza de no resultar descubiertos. Durante un rato que les pareció una eternidad, los tres hombres permanecieron escondidos bajo los bultos del carro, en medio de una fortaleza repleta de calatravos que andaban de un lugar a otro. Pero no tuvieron que aguardar mucho más, porque al poco escucharon la voz de Rodríguez de Santa Cruz, que regresaba con el joven Pedro cargado con los ropajes sucios de los prisioneros.

—Espero que no os apropiéis de las ropas que acabo de entregar a esos infelices y que los tratéis con consideración— increpaba el médico al guardia que lo había acompañado hasta la puerta mientras se subía a la carreta y arreaba el caballo.

El carruaje logró salir de la fortaleza sin levantar sospechas y se dirigió hacia Barrionuevo, con destino a la casa del médico. El joven Pedro se bajó del pescante para abrir los portones y permitir la entrada del carruaje, cerró de nuevo las puertas y, antes de levantar la lona, se aseguró de que nadie lo observaba desde el interior de la vivienda.

—Señores, bienvenidos a mi casa— dijo el médico cuando terminaron de bajar del carro que los había trasladado hasta allí.

—Os doy las gracias por habernos liberado de aquellas incómodas mazmorras— dijo el procurador, agradecido, con un abrazo.

—Sí, siempre estaremos en deuda con vos, amigo mío— redundó Tomás mientras se incorporaba—, pero me temo que seréis el principal sospechoso de haber facilitado nuestra huida.

—Imagino que recibiré la visita del corregidor y que me tratará con cajas destempladas, pero mi coartada será la versión del guardia, que no se ha

separado de nosotros en todo momento y que podrá jurar que cerró los cerrojos de vuestra celda cuando la abandoné.

Gonzalo Rodríguez de Santa Cruz se esforzaba en hacer desaparecer del carruaje todo rastro de la huida, y dejó convenientemente esparcidos bajo la lona los montones de ropa sucia, que permanecería allí hasta que llegasen los hombres del corregidor, para demostrar que los bultos que se adivinaban solamente eran montones de harapos malolientes.

—Ya habrá momento de comentaros los detalles, pero debéis agradecer a vuestro secretario buena parte del empeño y del plan para rescataros —dijo el médico con una palmada en la espalda a Martínez Cepudo.

Los dos hombres lo abrazaron agradecidos antes de que el médico los urgiera a abandonar cuanto antes el patio de la vivienda.

—Os ruego que me sigáis, por favor —dijo el físico al tiempo que se dirigía hacia el interior de la cueva de la casa.

Tras recorrer algunos metros por la galería subterránea de la vivienda del médico, la cueva acababa en una puerta que impedía el acceso. Gonzalo Rodríguez sacó una llave del bolsillo y con algunos empujones consiguió abrir la puerta, atascada por el tiempo que llevaba sin utilizarse. Llevaron consigo dos candiles para iluminar el corredor, que en su recorrido se bifurcaba en diferentes túneles que salían a uno y otro lado de la galería principal.

—Estas cuevas se construyeron en tiempos de nuestros antepasados —dijo el médico mientras avanzaba por los túneles—. Después de que arrasaran y quemaran el barrio de los judíos, se volvió a levantar otra vez, por eso lo llaman Barrionuevo. Pero entonces decidieron que, si volvía a ocurrir otro ataque, debían asegurarse una forma de escapar, y excavaron estas galerías, que comunican muchas de las casas del barrio.

—Pero, igual que vos las conocéis, alguien más podría entrar por estos túneles y sorprenderos en vuestras casas —dijo el licenciado.

—La mayoría de las cuevas del barrio se hallan conectadas entre sí como si fuera un laberinto, y no es difícil perderse. Las conozco desde que era niño: jugábamos por estos pasadizos, pero algunas galerías se han derrumbado desde entonces, y eso complica más el recorrido. Para evitar sorpresas como las que decís, la mayoría de las viviendas mantienen una puerta al final de su propia cueva que impide el acceso desde dentro para evitar robos y visitas no

deseadas.

Tomás intentó retener en la memoria el trayecto que habían seguido, pero hacía tiempo que se había despistado por los numerosos giros e intersecciones que habían cruzado. Después de un buen trecho caminando por entre los túneles con la luz de los candiles, llegaron hasta un portón que se encontraba cerrado. Gonzalo Rodríguez de Santa Cruz golpeó cuatro veces y, después de un rato, la puerta se abrió ante ellos. Al otro lado, Tomás reconoció a Simón Beltrán, que les franqueó el paso y se abrazó al licenciado al verlo sano y salvo. El clérigo se sintió en su propia casa, que era el lugar al que habían llegado por tan intrincado laberinto de túneles y galerías.

LA AUDIENCIA CON EL MAESTRE

Aquella calurosa mañana de julio, Rodrigo Téllez Girón se encontraba en el gran salón del alcázar. Los gruesos muros de la fortaleza atemperaban el sofocante calor del verano. Durante varias semanas había supervisado en persona los trabajos de reconstrucción de la torre y las obras de refuerzo de varios tramos de muralla cercanos a las puertas de acceso. Tenía varios asuntos que tratar con sus consejeros, y la prudencia desaconsejaba exponerse al sol del mediodía con otras tareas. El maestro departía con sus habituales colaboradores, los comendadores de Valdepeñas y de las Casas de Ciudad Real, acompañados de Álvaro de Pecellín, a quien Rodrigo Téllez Girón había encumbrado al cargo de corregidor por los servicios prestados. No quería prescindir del de Pecellín para que los realengos continuaran percibiendo que el orden público seguía manteniéndose en las mismas manos de siempre.

En ese instante, un criado interrumpió al maestro para indicarle que un grupo de hombres de la ciudad le había pedido audiencia.

—¿Audiencia? ¿Qué importantes caballeros quedan todavía fuera de las mazmorras que quieran solicitarme audiencia? —dijo con sarcasmo el maestro.

—Se hacen llamar Rodrigo de Martiyáñez y Antonio y Alfonso de la Serna —dijo el criado.

El maestro miró a Álvaro de Pecellín para que lo pusiera en antecedentes.

—No ocupan cargos en el concejo, y no recuerdo que se hayan implicado con ninguno de los bandos —dijo el corregidor intentando no extenderse demasiado—. Explotan sus ganados y tienen negocios en la ciudad.

—Está bien, hacedlos pasar, y advertidles de que sean breves en su intervención. No tengo ganas de aguantar a ningún fastidioso culipardo. Los tres hombres entraron en el salón con discreción y se inclinaron con humildad ante el maestro, en señal de respeto.

—Hablad. ¿Qué queréis de mí? —dijo Rodrigo Téllez Girón sin tan siquiera aguardar a que los visitantes pudieran presentarse por ellos mismos.

Los hombres se miraron para ponerse de acuerdo sobre quién tomaría la palabra. Era por todos conocido el despotismo con el que el maestro de Calatrava trataba a sus súbditos, y el portavoz del grupo tenía más probabilidades de convertirse en el blanco de las iras del calatravo.

—Veréis, señor —dijo Alfonso de la Serna, temeroso—: queremos haceros llegar el sufrimiento que padecemos a consecuencia de los... desmanes que cometen algunos de vuestros hombres desde que la Orden de Calatrava gobierna la ciudad.

—¿Desmanes dices? —dijo sin alejar la vista del documento que tenía en sus manos mientras hablaba el recién llegado.

—Sí; muchos de vuestros hombres toman de las tiendas lo que se les antoja y no abonan lo que cuesta —se atrevió a decir Alfonso de la Serna—, golpean a los hombres sin motivo alguno por tan solo cruzarse con ellos y violentan a nuestras mujeres y a nuestras hijas, que apenas si se atreven a salir a la calle.

El maestro bajó el documento que leía y se quedó mirando fijamente al hombre que le hablaba.

—¿Queréis que mis hombres sean galantes con vuestras mujeres cuando se crucen con ellas o que les dediquen hermosas palabras a vuestras hijas? —dijo el maestro con sorna.

—No, señor, solamente...

—¿Queréis que cada vez que mis hombres vayan a vuestras tiendas pidan la vez y guarden turno? —Rodrigo Téllez Girón se levantó de su asiento y se dirigió despacio hacia los tres hombres al ritmo de sus propias palabras.

El calatravo se acercó y colocó su cara delante de Alfonso de la Serna,

que bajó la cabeza con sumisión para evitar la ira del maestro.

—¡Reclamé mis derechos, los derechos que la orden tenía sobre esta ciudad! —gritó el calatravo—. Y vuestros regidores se negaron a escucharme. Por eso ahora se pudren en las mazmorras de este alcázar. La ciudad es mía por derecho propio, defendido con la razón que me otorga la fuerza de las armas, y todos los vecinos sois vasallos de la Orden de Calatrava y yo, vuestro señor. Mis hombres, los freiles y soldados de la orden, no tienen que pedirnos permiso para tomar lo que se les antoje aquí porque ahora es nuestro territorio. ¿Entendido?

—Sí, mi señor —dijo el hombre—. Disculpád nuestro atrevimiento.

—Encerrad al más viejo y tomadle prendas para que pague su sustento en la cárcel —dijo el maestro a los guardias—. Y los demás habréis de traerme treinta cabezas de ganado antes de que mañana anochezca si no queréis que mis hombres prendan fuego a vuestras casas.

Los guardias apresaron a Alfonso de la Serna, como había ordenado el maestro, y sacaron a empujones del gran salón a los otros dos hombres, a los que expulsaron sin contemplaciones de la fortaleza. Se levantaron como pudieron y, con la ayuda el uno del otro, consiguieron alejarse del alcázar y regresar a su casa.

Rodrigo Téllez Girón tenía el rostro desencajado, y maldijo a los guardias por haber permitido la entrada de aquella visita que lo había enfurecido y alterado.

—¿Sabéis que las mazmorras del alcázar se encuentran llenas y que no pueden acoger a tantos presos como nos placería? —dijo frey Ramiro de Guzmán, el comendador de las Casas de Ciudad Real.

—¡Pues habilidad más dependencias si es necesario! —gritó Rodrigo—. No consentiré la insumisión de ningún súbdito, ni que se ponga en duda mi autoridad. Si las cárceles están llenas, aplicaremos la orca para los delitos más graves.

—Se hará como deseéis, señor —dijo el comendador asintiendo levemente con la cabeza—. Además hay otro asunto del que debéis ocuparos. Después de varias semanas sin mercado, la ciudad se encuentra desabastecida. Propongo que se vuelva a celebrar en los días que se tiene acostumbrado. De esta forma conseguiremos normalizar la rutina y apaciguar los ánimos de las

gentes.

—Pero abrir las puertas sin más puede resultar arriesgado —replicó el comendador de Valdepeñas—; perderíamos el control sobre quién entra y quién sale, y muchos podrían huir y marcharse.

—Solamente abriremos el mercado a nuestros súbditos de los territorios de la orden. Nadie más podrá entrar y salir de la ciudad —respondió el comendador de Ciudad Real.

—¿Y cómo pensáis identificarlos? —preguntó, escéptico, frey Diego de Loaisa.

—Enviad a todos los comendadores una misiva para que entreguen un salvoconducto a los comerciantes de sus territorios que acudan al mercado del próximo martes —ordenó el maestre después de escuchar la propuesta del comendador—. Que indiquen el nombre de los que vayan a viajar. Haced hincapié que solo entrarán viandas, alimentos y carne. No quiero sorpresas.

En ese instante se abrió de nuevo la puerta del gran salón, interrumpiendo la reunión que el maestre mantenía con sus hombres, y por ella asomó la cara de un guardia que tenía descompuesto el rostro.

—¿Qué sucede? —dijo el maestre—. ¿Es que no ves que estoy ocupado?

El hombre se acercó a toda prisa hasta donde se encontraba el grupo.

—Ha ocurrido algo —dijo al fin—. Algunos presos han escapado.

Rodrigo Téllez Girón no podía dar crédito a lo que estaba oyendo, y se volvió enfurecido contra el guardia.

—¿Cómo que han escapado? ¿Quién ha escapado? —dijo el maestre.

—El procurador y ese cura.

—¿Cómo es posible? ¡Las mazmorras son inexpugnables! —gritó Rodrigo.

—No estaban en las mazmorras, sino en uno de los cuartos del piso inferior —confesó Álvaro de Pecellín—. Yo mismo ordené encerrarlos allí para dejar espacio en las celdas a otros reos más rebeldes.

—¡Malditos inútiles! ¡Buscadlos por toda la ciudad y traedlos cargados de grilletes! ¡Aprisa!

LA RESISTENCIA CLANDESTINA

A través de los túneles que recorrían el subsuelo de Barrionuevo, los fugitivos llegaron hasta la casa de Tomás de Cuenca. Giraron por una estrecha galería y se encontraron frente a un portón cerrado que se abrió delante de ellos tras los cuatro golpes que tenían convenidos.

Gracias a la intervención de Gonzalo Rodríguez de Santa Cruz, Tomás de Cuenca y el procurador, Andrés Alonso de Aguilera, se hallaban libres de su encarcelamiento. Pero el médico les hizo saber que debían agradecer su libertad a la determinación y al valor de Juan Martínez Cepudo. Durante el tiempo que Tomás estuvo retenido, el secretario intentó lo imposible para su liberación, pero con cuantos habló y probó a sobornar no se atrevieron a enfurecer al maestro. Por fortuna, supo del encargo del corregidor a Rodríguez de Santa Cruz para que inspeccionase la salud de los presos, y no dudó en convencerlo para que lo ayudase a liberar al licenciado. Al principio, el médico rechazó la descabellada propuesta del secretario, que, ofuscado por la amistad y la lealtad hacia su señor, parecía haber perdido la sensatez necesaria para mantenerse vivo mientras la orden y ese maestro controlasen la ciudad. Pero, ante la insistencia del secretario, Gonzalo Rodríguez de Santa Cruz recapacitó y reconoció que estaba en deuda con el clérigo, por las ocasiones que lo había sacado de algún que otro apuro, y, al fin, cedió y se mostró receptivo para que Martínez Cepudo le contase los detalles de su plan.

Felizmente, los planes salieron como habían previsto, gracias a la treta que

el médico y el secretario idearon para liberar a los prisioneros y sacarlos de incógnito de la fortaleza, y ahora los dos fugados se encontraban a salvo.

La cueva de la casa de Tomás de Cuenca había sido reformada para garantizar la seguridad de los huidos. Sabían que aquel era el sitio donde primero los buscarían los hombres del maestro. Martínez Cepudo había ordenado acortar la galería subterránea para ocultar una sala secreta donde poder esconderlos. A simple vista, el interior de la cueva parecía rematar en un falso mueble con estantes, que en realidad se encontraba colgado a una puerta camuflada en la pared del fondo y se desplazaba con ella en el movimiento de apertura y cierre. Por el otro lado, la sala secreta mantenía la puerta de acceso a los túneles subterráneos que garantizaba una vía de escape en caso de necesidad.

Los temores del secretario no tardaron en confirmarse al poco de instalarse los recién llegados. Una patrulla de calatravos entró en la vivienda del licenciado y registró en todos los rincones de la casa, al acecho de algún escondite secreto donde pudieran esconderse los fugitivos. Quiteria se lamentaba con aspavientos cuando los hombres movían los muebles y desparramaban objetos por el suelo en su incesante búsqueda. Después de escudriñar las habitaciones de la casa y la terraza superior, los calatravos inspeccionaron el corralón donde avistaron la entrada a la cueva. Simón Beltrán serraba un madero delante del portón, ajeno al revuelo que se había formado, pero los calatravos lo apartaron sin contemplaciones. Abrieron la puerta de la cueva y descendieron despacio los escalones, con la espada desenvainada, hasta que sus ojos se acostumbraron a la oscuridad. En el desordenado subterráneo había muchos objetos esparcidos por el suelo, garrafas, esportones de esparto, muebles viejos, trampas para animales y también herramientas colgadas en la pared. El calatravo que dirigía el pelotón inspeccionó la galería con cuidado. Llegó hasta el fondo de la cueva, hasta encontrarse de frente con una estantería llena de cacharros de cocina oxidados. Con la mano ordenó detenerse a sus compañeros que tropezaron con algunos cacharros, y se detuvo a escuchar por un instante, pero nada extraño oyó. Los calatravos abandonaron la cueva y la casa, no sin antes advertir a Quiteria y a Simón de que debían denunciar a su señor en cuanto lo viesan aparecer si no querían ser ejecutados por traición.

Después de aquel día, los calatravos regresaron a la casa de Tomás de Cuenca en una sola ocasión para dar con el rastro de los prófugos del alcázar, sin que tampoco tuvieran éxito sus búsquedas. Los calatravos patrullaban día y noche las calles de la ciudad. El maestre había impuesto el toque de queda, y no permitía transitar después de la puesta del sol, bajo pena de cincuenta latigazos, fuera hombre o mujer.

La cueva de la casa de Tomás de Cuenca fue el lugar de reunión preferido de un grupo de hombres decididos a plantarle cara al maestre. Circular por los túneles de Barrionuevo no era fácil: solamente unos pocos conocían bien los recovecos de las galerías subterráneas, que en algunos tramos se hallaban hundidas y bloqueadas, aunque en otros puntos el derrumbe no era más que un burdo engaño hecho con tierra y adobe para esconder una galería camuflada.

De esta forma, la estancia secreta que Martínez Cepudo y Simón Beltrán habían preparado en la casa de Tomás de Cuenca se convirtió en uno de los lugares más seguros de la ciudad; disponía de un acceso desde la superficie, a través del corralón, y otro desde el interior de las galerías.

Unos días después de su rescate, cuando el licenciado y el procurador ya se habían instalado en la estancia subterránea y repuestos de las privaciones que habían padecido en las mazmorras, Martínez Cepudo logró reunir a un grupo de caballeros en quienes los huidos podían confiar sin temor a ser descubiertos.

Gonzalo Rodríguez de Santa Cruz acudió por el interior de la galería y golpeó cuatro veces la puerta interior para hacer notar su presencia, según tenían acordado. Por entre los túneles condujo a Rodrigo del Pulgar, que llegó hasta su casa acompañado de Rodrigo de Martiyáñez y Antonio de la Serna, a quienes le unía una gran amistad y quienes, días antes, junto con Alfonso de la Serna, se atrevieron a visitar al maestre para suplicarle que los soldados templaran su trato con los de la ciudad y que no cometieran los abusos que denunciaban. Hernando Pérez del Pulgar acudió disfrazado de mozo aguador, junto con Francisco de Bedmar, cargados ambos con unos cántaros de agua para evitar sospechas. Hernando también se encontraba en busca y captura por los calatravos desde el día que abatió a dos de ellos en la tienda de especias. El último en acudir fue Fernando Valera, para sorpresa de Tomás, porque lo creía en Alarcos, pero el criador de caballos explicó que la ocupación de los

calatravos le había sorprendido en Ciudad Real y no había podido regresar. Aquel hombre daba refugio en su yeguada a su sobrino Diego, al que los alguaciles ya no buscaban, pero se mantenía oculto por seguridad.

—Las pocas noticias que nos llegan no son halagüeñas —explicó Rodrigo de Martiyáñez—. He oído que el portugués ha tomado la ciudad de Toro. Solamente un pequeño grupo fiel a la reina Isabel se ha hecho fuerte en el alcázar aguardando la llegada de los refuerzos. Parece que el rey Fernando ha convocado a sus vasallos en Tordesillas para marchar sobre Toro y arrebatársela a los portugueses.

La revelación cayó como un jarro de agua fría en el grupo que se había congregado, ya que las hostilidades junto a la frontera podían retrasar la liberación de la ciudad.

—Pues si los reyes tienen que atender el frente oeste, dudo de que se molesten en reunir un ejército para liberar La Mancha de la ocupación calatrava —dijo, escéptico, el procurador.

—Me parece que tendremos que expulsar al maestre por nuestros propios medios —intervino Fernando Valera—. Si consiguiéramos que la mayor parte de los hombres se levanten contra los calatravos, podríamos hacernos con el control.

—Eso es poco menos que imposible —dijo, alzando la voz, Rodrigo del Pulgar—. Los hombres que pretendéis reclutar son campesinos, artesanos y comerciantes: nunca han cogido un arma para luchar. ¿Y con qué queréis que se enfrenten, con palos y cuchillos? No tendrían ninguna posibilidad frente a las ballestas y espadas de los calatravos, por no hablar de esas endiabladas armas de fuego.

—Lamento estar de acuerdo con vos —dijo Tomás colocando la mano sobre el hombro del capitán—. Por desgracia, nuestra única esperanza es convencer a los reyes de que envíen un ejército para liberar la ciudad.

—¿Y creéis que los reyes no conocen la situación? —respondió el criador de caballos.

—Estoy seguro de que les habrán llegado noticias sesgadas, pero quizás todavía no han valorado lo suficiente la importancia de debilitar al maestre en La Mancha ni el efecto que produciría su derrota para recibir nuevas adhesiones. Alguien tiene que acudir cuanto antes para contarles lo que está

sucediendo —dijo Tomás enérgicamente mirando al procurador.

Las puertas de acceso se encontraban controladas por hombres de la Orden de Calatrava, que revisaban de forma concienzuda cualquier carro que entraba o salía de Ciudad Real. En el tiempo que la ciudad estuvo ocupada por los calatravos no se permitió que mujeres y niños la abandonaran. Solamente los hombres casados que demostraran tener familia podían abandonar la ciudad para realizar las tareas del campo, de forma que se garantizaba su regreso al anochecer para evitar represalias. Los jóvenes solteros, a los que no se les permitía salir de la ciudad, fueron reclutados para realizar trabajos de reparación en varios lienzos de muralla, en el alcázar de la ciudad y en alguna de las puertas de acceso.

—¡Oh, no, no, no! Lamento no poder cumplir tan importante encargo —dijo Andrés Alonso moviendo la cabeza mientras se disculpaba—, pero esto me supera, y aquí no servirán las habituales artes de la diplomacia. Yo, amigos, estoy acostumbrado a viajar en carruaje y a medir los tiempos de otra forma. No me encuentro preparado para abandonar la ciudad de incógnito, escondido en algún carro entre sabe Dios qué cargamentos, ni para espolear a alguna acémila hasta llegar a la corte. No, no, eso no es para mí. Os ruego que me eximáis de esa responsabilidad...

—¡Yo lo haré! —dijo de repente Hernando del Pulgar—. Puedo salir de la ciudad en algún descuido de los guardias y llegar hasta los reyes. Podría llevarles una carta escrita por personas notables, como las aquí reunidas, explicando los desmanes que ha cometido don Rodrigo Téllez Girón y su ejército de calatravos.

Tomás interrogó con la mirada a Rodrigo del Pulgar, quien asintió con un imperceptible movimiento de cabeza. Nadie objetó nada a los planes del joven Hernando, que, aunque arriesgados, parecían de fácil factura por alguien de su arrojo.

—¡Entonces, sea! Escribamos esa carta a los reyes para ponerlos al tanto de lo que sucede —dijo Tomás solemnemente, acercando el papel y los utensilios de escritura a Martínez Cepudo, que con una sonrisa agradeció el honor y comenzó a escribir la misiva que habría de entregar al rey el improvisado heraldo.

El documento que redactó el secretario lo firmaron los principales

hombres que allí se encontraban presentes, como representantes clandestinos del gobierno de una ciudad secuestrada desde hacía varias semanas por la Orden de Calatrava, y que suplicaban esperanzados que los reyes acudieran en su ayuda para liberarla.

TRAMPAS CONTRA EL ENEMIGO

La pequeña Leonor se encontraba sentada en la calle; llevaba el pelo recogido con un tocado en la cabeza, como el que usaban las amas y dueñas. No era frecuente ver a las niñas de su edad de esa guisa, ya que solían llevar la cabellera suelta, adornada con una guirnalda. El tocado le quedaba grande y apenas si dejaba ver su cara, aunque la muchacha no ponía mucho interés en mostrarla. Aquella tarde había llovido: las nubes habían descargado con fuerza sobre la ciudad una copiosa tromba de agua que la alivió del bochorno de aquellos días de verano. Un terroso olor a humedad se esparció por el ambiente. La niña jugaba con el barro que se había formado en el suelo de tierra y con sus manos daba forma a pequeñas figuras que colocaba junto a ella. La calle del Caballo no era muy frecuentada; se orientaba hacia las huertas que salpicaban la zona este de la ciudad, y, de vez en cuando, la recorrían algunas patrullas de calatravos que vigilaban la insurrección y otros que buscaban los promiscuos servicios de alguna galana a menor precio que en la casa de la mancebía.

En aquel momento, un calatravo se acercaba calle abajo con cara de satisfacción mientras se componía la ropa. La pequeña comprendió que había llegado el momento de intervenir cuando escuchó un leve silbido a su espalda. El soldado pasó junto a ella ignorándola por completo y pisó, despreocupado, las figuritas que había modelado. De repente, la muchacha tomó un puñado de barro, se puso en pie y lo lanzó a la cabeza del calatravo atinándole en el

cuello. El hombre se volvió, maldijo enfadado a la muchacha y corrió tras ella para darle su merecido, pero la niña aguardó hasta que el calatravo se aproximó a corta distancia y se metió en la vivienda. El guardia entró en la casa detrás de ella, y creía haberla acorralado en el interior, pero, para su sorpresa, se dio de bruces con un grueso tronco de madera que le golpeó la cara y le hizo caer al suelo. Hernando y Francisco de Bedmar se apresuraron a cerrar la puerta y arrastraron al calatravo hasta dentro de la vivienda abandonada.

—Muy bien, Leonor. Ahora vete a tu casa sin detenerte con nadie, pero procura no llamar la atención —le dijo Hernando casi en un susurro cuando la muchacha se quitó el tocado—. Márchate y entrégale esto de mi parte a Francisca, y dile que estaré de vuelta en pocos días.

La muchacha no supo a lo que se refería Hernando y, por un instante, dudó en preguntar lo que debía entregarle a su hermana, hasta que el joven le dio un dulce beso en la frente. La niña sonrió, ruborizada, y se marchó del lugar por la calle de Calatrava abajo.

Los dos amigos se apresuraron a quitarle los ropajes al soldado y lo dejaron maniatado con un trapo en la boca para evitar que pidiera auxilio en cuanto recobrará el conocimiento. El plan había salido como lo habían previsto. Cuando el guardia volviera en sí, no podría reconocer a ninguno de los hombres que lo habían atacado ni tampoco a la niña que había servido de señuelo para tenderle la emboscada en una casa abandonada desde hacía meses.

En ese mismo instante, al otro lado de la ciudad, Fernando Valera rondaba las cuadras que se habían improvisado junto a la Pedrera, donde los calatravos habían reunido los caballos que habían requisado además de los trescientos caballos correspondientes a las lanzas que las encomiendas de la orden estaban obligadas a costear según tenían repartido. Fernando Valera gozaba de la confianza de Álvaro de Pecellín, con quien había tratado, junto al anterior corregidor, la organización del alarde anual, donde nobles, hidalgos y caballeros de cuantía estaban obligados a mostrar en público el caballo y las armas, que mantenían prestos al requerimiento de la hueste del rey o del concejo. Algunos de los obligados a la tenencia recurrieron en alguna ocasión a solicitarle a Fernando en préstamo sus animales por un día para salvar la

situación y eludir la sanción y la humillación pública de no superar el alarde. Pero Fernando Valera nunca se atrevió a alquilar sus caballos para burlar la ley sin conocimiento del corregidor y de su lugarteniente, que siempre habían mirado para otro lado a cambio de participar en los beneficios del trato.

Álvaro de Pecellín no sospechaba de la amistad de Fernando Valera con el licenciado Tomás de Cuenca, ni de las relaciones del criador de caballos con la resistencia clandestina que se había organizado contra la ocupación calatrava. Hernando necesitaba una buena montura con la que abandonar la ciudad y marchar al encuentro del rey para entregarle la misiva con la que solicitaban su auxilio y ayuda. Los guardias toleraban la presencia del criador de caballos por los establos. Lo habían visto en varias ocasiones en compañía del flamante corregidor, que solía pedirle opinión y ayuda para curar a los animales enfermos o que se accidentaban. Al nuevo corregidor le gustaba escucharlo por la experiencia y sabiduría que acumulaba, y recordaba algunos de sus consejos más sorprendentes.

—La buena yegua debe tener barriga de doncella, pecho de casada y ancas de viuda —le dijo en cierta ocasión cuando intentaba escoger una yegua para criar.

Pero aquel día Fernando Valera debía cumplir un encargo, y, antes de acercarse a las cuadras, se aseguró de que no rondaban por allí ni Álvaro de Pecellín ni ninguno de los comendadores calatravos.

—¡Guardia! —dijo mientras observaba a un garañón negro de impresionante envergadura—. A este caballo le ha picado la mosca y está enfermo.

—Pues yo no le veo nada extraño —dijo el calatravo después de observar al animal—. Es el caballo del capitán de la guardia; no le va a sentar nada bien que haya enfermado.

—Creo que lo mejor será apartarlo para que no contagie a ninguno más. Si me prometes que después convencerás a tu capitán para que lo cruce con mis yeguas, puedo tratarlo durante unos días con hierbas y otros brebajes mezclados con la paja en el establo de un amigo y en unos días te lo devolveré sano y brioso.

—Os lo agradezco, señor, pero os rogaría que lo hicierais con discreción.

—No te preocupes por ello —respondió Fernando Valera, garantizando su

silencio a cualquier precio, mientras se llevaba el rocín negro fuera de los corrales de los calatravos.

A mediodía de aquel martes, la ciudad se encontraba a rebosar de comerciantes, que habían acudido al mercado y que procedían de las villas de la Orden de Calatrava. Los guardias que controlaban el acceso en las puertas de entrada comprobaban que los carros cargados con mercancías traían el salvoconducto que el maestro exigía para entrar y salir de la ciudad y que debía encontrarse firmado por el comendador de cada territorio.

La mayoría de los mercaderes habían entrado en Ciudad Real a primera hora de la mañana, pero algunos ya habían vendido con inusual rapidez todas las mercancías debido al persistente desabastecimiento de la ciudad. Los comerciantes que procedían de villas cercanas como Miguelterra, Peralvillo o Carrión regresaban a toda prisa a sus lugares de origen para volver con un nuevo cargamento que vender antes de que anoheciera.

Entre los carros que aguardaban para salir por la puerta de la Mata se divisaba la figura de un jinete que montaba un hermoso corcel negro.

—¡Apartad, maldita sea! ¡Dejad paso! —decía con determinación mientras golpeaba con la fusta a las bestias enganchadas en los carros para que dejaran el camino libre.

Cuando los guardias que controlaban el acceso lo vieron acercarse, comenzaron a mover los carros que obstaculizaban la salida.

—¡Eh! ¿Es que no sabes que debes pasar los controles sin montura? —lo increpó el guardia mientras sujetaba la rienda del caballo.

Hernando dudó un instante de si obedecer las indicaciones del capitán de la guardia. Su vestimenta no lo traicionaba, puesto que se había encargado de ello junto con su amigo Francisco de Bedmar. Pero no pudo ocultar el temor a que el calatravo al que habían maniatado pudiera haber dado la voz de alarma, o que los guardias de la puerta pudieran reconocer el caballo del capitán que Fernando Valera se había afanado en conseguir. Sin embargo, mantuvo la serenidad y se disculpó con los calatravos que vigilaban la puerta.

—Espero que al menos vosotros hayáis comido antes de empezar vuestro turno —refunfuñó Hernando, descendiendo del caballo—. Mi capitán me ha ordenado que lleve un recado urgente del maestro hasta Almagro, y ni siquiera me ha permitido detenerme a comer.

—Si te apetecen, ahí tienes en la sartén unas gachas que han sobrado —le ofreció el guardia, haciéndose cargo de la situación.

—Gracias, amigo, pero comeré en mi destino. Por desgracia, no me puedo entretener.

Hernando atravesó a pie la puerta con el caballo sujeto por las bridas, y volvió a montar fuera de la muralla, pero, para su sorpresa, escuchó una voz detrás de él que lo dejó paralizado.

—¡Alto! ¿Qué es esto? —dijo el guardia, extrañado, mientras recogía del suelo un documento enrollado que parecía haberse desprendido de las alforjas de su caballo—. ¡Alto te digo!

El joven se había fijado que en el maticán de la puerta había dos ballesteros apostados que no dudarían en lanzar sus dardos si no obedecía las instrucciones. Por un instante creyó que había fracasado por un error imperdonable cuando había estado a poco de salir de la ciudad y abandonarla sin levantar sospechas. Soltó las manos de las riendas para levantarlas despacio cuando el guardia se acercó a él.

—Conociendo al maestro, te haría desollar si no entregas el correo que te ha confiado —dijo el calatravo introduciendo el documento dentro de la alforja del rocín negro.

—Me has salvado la vida, amigo —dijo el joven resoplando—. Te debo una jarra de vino.

Hernando respiró hondo al comprobar que se había librado por los pelos, espoleó el caballo, dejó atrás las murallas de la ciudad y corrió al encuentro del rey lo más rápido que pudo.

AL ENCUENTRO DE LOS EJÉRCITOS DEL REY

Hernando apoyaba su espalda contra el tronco de un árbol; sentado a los pies de un viejo álamo, sentía el inmenso sosiego que le transmitía aquel hermoso paraje donde el río había tallado con caprichoso empeño un dulce remanso que expandía sus cristalinas aguas por un ensanche puntual del cauce. Después de las largas cabalgadas de los últimos días, no se había resistido a la tentación de zambullirse en las frescas aguas de aquel arroyo y de conceder una tregua a su montura, tan necesitada como él de un pequeño respiro después de una aciaga etapa bajo el tórrido sol de julio por las llanuras de Castilla. El caballo reponía fuerzas arrancando la verde hierba que crecía junto al río mientras apartaba con su pata las plantas secas que la ocultaban.

Durante un buen rato permaneció recostado en el tronco como si ansiara sentir el fluir de su savia. Con los ojos cerrados jugaba a adivinar los sonidos que aquel lugar brindaba a sus oídos: los pájaros, el ruido de las ramas al agitarse, los cascos del caballo rebuscando hierba fresca, el sonido de las chicharras y de los grillos quejándose del intenso calor y el sonido del agua al discurrir por entre los guijarros rodados del fondo que relajaban su ánimo. Hernando había cabalgado varios días desde que había salido de Ciudad Real. Había eludido villas y aldeas para evitar las explicaciones sobre el motivo de su viaje, y sorteaba las caravanas y los grupos de gente por el mismo motivo. Sus pensamientos se llenaron con el recuerdo de Francisca, de quien apenas había podido despedirse. Ni siquiera había tenido ocasión de prometerle que

regresaría a Ciudad Real en cuanto cumpliera con su misión, aunque tuviera que esquivar los mayores obstáculos. Su precipitada salida le había impedido rogarle que aguardara su regreso y decirle que la amaba tanto que sus palabras no alcanzaban a describir sus sentimientos, pero que se emocionaba cada vez que la veía como si fuera la primera vez. Esperaba que, al menos, la pequeña Leonor le hiciera entrega del casto beso que el joven depositó en la frente de la muchacha. Ya no escuchaba los sonidos de la alameda por separado: el recuerdo de aquel rostro absorbía su pensamiento, y el ruido que lo envolvía sonaba armonioso, como una hermosa melodía que lo impregnaba por completo.

Hernando perdió la cuenta del tiempo que estuvo bajo los efectos de aquella sinfonía de sensaciones. En aquel instante, oyó unas voces que lo sacaron del estado en el que se encontraba. Abrió los ojos e instintivamente dirigió la mirada hacia su caballo, que se encontraba tranquilo, ajeno al grupo de hombres que se aproximaban. Los ruidos procedían del otro lado del río, aunque Hernando todavía no podía divisarlos. Con rapidez, desató las riendas del animal y lo alejó de la orilla, hacia el interior de la alameda, para no delatar su presencia.

Las voces se acercaban poco a poco, hasta que Hernando divisó a un grupo de soldados armados y a caballo que parecían empujar a un hombre maniatado y que caminaba con dificultad delante de ellos. Al llegar a la ribera, el prisionero se lanzó sobre el agua y tanto fue el tiempo que permaneció con la cabeza sumergida que los hombres que lo llevaban preso se apresuraron a levantarlo.

—¡Eh, no vayas a beberte todo el río, deja algo para nosotros! —dijo uno de ellos desde lo alto del caballo.

—Si lo dejamos beber tal vez se infle como un pellejo de vino —reía otro mientras lo agarraba del brazo para incorporarlo.

—Este parece un buen sitio para detenernos un rato —dijo el que habló primero—. Descansaremos aquí para que los caballos puedan beber antes de continuar.

Hernando se alegró de haber escondido el garañón en el interior de la arboleda, porque no quería delatarse sin averiguar antes de quiénes se trataba. Los cinco jinetes desmontaron y liberaron a sus monturas de las cargas que

portaban para que pudieran beber en el río. El hombre al que traían preso se encontraba agotado, como si hubiera caminado durante horas bajo el sol abrasador.

Aquellos hombres no parecían agentes de la santa hermandad ni aquel hombre un peligroso bandido. Hernando se había arrastrado hasta los árboles de la orilla, y se ocultó en su escondite hasta saber qué estaba ocurriendo. Los dos hombres que encabezaban la banda se acercaron hasta el margen del arroyo para abastecerse de agua.

—Nuño, creo que deberíamos subir a caballo a ese lechuguino para no retrasar tanto nuestra marcha —dijo un hombre con una cicatriz en la cara.

—Sí, tienes razón. A este paso no vamos a llegar nunca. Espero que haya aprendido la lección y que no intente escapar de nuevo si no quiere hacer el resto del viaje a pie —dijo el que parecía el jefe del grupo mientras terminaba de llenar su calabaza.

Hernando seguía oculto detrás del árbol que había escogido como escondite en la orilla opuesta a donde se encontraba el grupo de recién llegados y, por precaución, desenvainó la espada con sumo cuidado por si resultaba descubierto de forma inesperada. Cuando asomó la cabeza detrás del árbol para observar lo que ocurría al otro lado del río, el reflejo del sol en el acero del joven alertó al hombre que se encontraba maniatado, y delató su presencia entre la arboleda, pero disimuló para no desvelar a sus captores la existencia de un posible aliado.

—Espero que la reina recompense nuestra fidelidad por llevarle preso a este vasallo de la usurpadora.

—Eso espero. En la aldea donde nos hemos detenido esta mañana he oído que hace dos días pasó un destacamento que se dirigía hacia el norte para unirse con las tropas de los reyes —dijo el tal Nuño—. Pronto la ciudad de Toro se convertirá en un lugar poco recomendable para vivir.

La conversación entre los dos hombres no parecía dejar lugar a dudas, según lo interpretó Hernando. Aquel grupo se dirigía al encuentro de las tropas reales que estaban a punto de marchar contra el ejército que habían reunido doña Juana y su esposo, el rey don Alfonso de Portugal. Mientras Hernando asomaba la cabeza detrás del árbol, cada vez más confiado por lo que acababa de escuchar, el hombre maniatado le hacía gestos casi

imperceptibles y le suplicaba con los ojos que se acercara hasta él para liberarlo. Hernando observó que, unos metros más abajo, el arroyo podía vadearse sin dificultad y, que con un poco de suerte, podía aparecer por detrás del grupo para liberar al prisionero sin ser descubierto.

—¿Crees que acompañarán al rey muchas tropas extranjeras? —dijo el hombre de la cicatriz—. No me gusta combatir codo con codo con quien no puedo entenderme, ni tampoco me agrada obedecer órdenes de oficiales forasteros.

—Pues hazte a la idea de que Castilla entera tendrá que acostumbrarse a que un rey extranjero comparta el lecho de su reina —respondió el que parecía el jefe.

En ese instante, Hernando consideró que debía abandonar su escondite y mostrarse al grupo de recién llegados. No había duda de que aquellos hombres hablaban del rey Fernando, el heredero del trono de Aragón, que traía consigo un buen número de aragoneses para enfrentarse, junto con los castellanos, contra el rey de Portugal y su esposa, la usurpadora Juana. Ya había escuchado suficiente, y le pareció una buena idea unirse al grupo. Se levantó y con la espada desenvainada se dispuso a cruzar el cauce y a saludar a los que allí se encontraban.

—¡Eh, tú! ¿De dónde sales? —gritó el de la cicatriz al verlo de pie en la orilla de enfrente.

—Soy amigo. Os he escuchado y me gustaría acompañaros para unirme al ejército de los reyes —dijo Hernando mientras vadeaba el río por donde el agua apenas si cubría sus rodillas.

El prisionero, que permanecía sentado en la orilla, resopló al ver que se esfumaba la única esperanza que tenía de ser liberado.

—¿Has estado espiándonos? —preguntó el jefe del grupo con la espada desenvainada mientras Hernando se acercaba.

—¡Oh, no, no! Disculpádmeme si no me he mostrado hasta ahora. No estaba seguro de quiénes erais, y ese prisionero me ha hecho dudar —dijo Hernando mientras terminaba de cruzar el río.

—¿Cómo te llamas? —preguntó el jefe.

—No me fio —dijo el de la cicatriz en voz baja al tal Nuño.

—Me llamo Hernán Pérez del Pulgar y vengo desde Ciudad Real para

entregar una carta a los reyes. —Hernando se echó mano, y recordó que tenía la carta guardada en las alforjas del caballo.

Los tres hombres que estaban más retirados se acercaron hasta la orilla al ver llegar al joven, mientras lo observaban con expectación y desconfianza.

—¿Y no crees que el rey don Alfonso estará muy ocupado como para perder su tiempo leyendo cartas? —dijo el hombre riéndose.

—¿Don Alfonso? ¿Vais a reuniros con don Alfonso?

Todos se percataron de la equivocación del joven, y el hombre maniatado no pudo reprimir un gesto de contrariedad por el imperdonable error.

—¿Y dónde tienes esa carta que dices llevarle al rey? —dijo el hombre.

—La he debido de dejar con mi montura en el interior de esa arboleda. —Hernando titubeó, sin saber cómo salir de aquel atolladero en el que se había metido.

Algunos hombres entraron en el agua con su arma desnuda para impedir la huida del joven Hernando, que en poco tiempo se vio rodeado.

—Está bien, puedes acompañarnos —dijo Nuño mientras simulaba que se volvía y relajaba su espada—. ¡Pero lo harás como prisionero nuestro!

El hombre se giró con rapidez y le asestó un envite con la espada que Hernando esquivó milagrosamente. Los dos hombres que ya se encontraban dentro del agua se abalanzaron contra él, pero el joven pudo golpear a uno de ellos en la cara con la empuñadura de su arma y noquear al otro con un codazo en el mentón. El joven maniatado se puso en pie al observar la escena. El tal Nuño reaccionó de nuevo y volvió a la carga con su espada en alto, mientras Hernando cayó de espaldas al agua. Apenas si podía esquivar los golpes que le asestaba su rival mientras se arrastraba de espaldas por el lecho del río. El hombre de la cicatriz corrió hacia su caballo para coger el arma sin que aún hubiera intervenido en el combate. Cuando Nuño estaba a punto de acabar con Hernando caído en el agua, el joven maniatado se lanzó contra el atacante y lo derribó para impedir que le asestara el golpe mortal a su rival. Hernando aprovechó el momento para levantarse y cortó las ataduras del hombre que lo había salvado de un lance mortal, y, con las manos libres, corrió en dirección al árbol donde se hallaban atados los caballos del grupo, siguiéndolo en su huida. El joven que corría delante de Hernando se encontró de frente con el hombre de la cicatriz dispuesto a clavarle la espada que había tomado del

caballo. Sin armas y en inferioridad de condiciones, el joven se agachó, cogió un canto y lo estrelló contra la cara de su oponente, derribándolo al instante. Tomaron dos caballos y soltaron las riendas del resto para espantarlos en su huida antes de que los hombres que todavía quedaban en pie pudieran darles caza. Los jóvenes no tardaron en alejarse del alcance de aquellos bandidos, pero Hernando no estaba dispuesto a perder de vista el motivo de su viaje y cruzó el río, se adentró en la alameda y recuperó su rocín negro, en cuyas alforjas portaba la importante misiva que habría de entregar al rey.

LA RECLAMACIÓN DE LAS ALCABALAS

Gonzalo Rodríguez de Santa Cruz acudió temprano a la casa de Sancho de Ciudad, y dibujó una amplia sonrisa cuando Teresa, sorprendida por la intempestiva visita del médico, le abrió la puerta y le franqueó el paso. Hacía tiempo que Gonzalo no visitaba aquella casa que tanto frecuentó desde niño, cuando pasaba las tardes de juegos con su amigo Juan. Por aquel entonces, la pequeña Teresa pasaba desapercibida para él; le resultaba un fastidio la obligación de incluirla en sus juegos; no trepaba a los árboles con la misma agilidad que ellos, no mostraba la misma puntería al lanzar piedras y ni siquiera era capaz de tumbarlos en las peleas. Sin embargo, un día, Gonzalo comenzó a ver a Teresa de una forma diferente. Ya no le importaba que no pudiera correr con la misma rapidez que ellos y que llevara esas ropas tan incómodas para jugar. La enclenque muchacha se había transformado en una hermosa mujer igual que una crisálida lo hacía en una bella mariposa.

El médico se encontraba inmerso en aquellos recuerdos mientras aguardaba a que Sancho de Ciudad terminara sus oraciones de la mañana. María Díaz se afanaba en la cocina desde primera hora, y se ofreció a prepararle el almuerzo, pero el hombre ya había comido y declinó la invitación. Pensó que aquella mujer era la más atenta del mundo con sus invitados. Siempre se había sentido allí como en su propia casa.

—¿Qué ocurre, Gonzalo? —preguntó Teresa cuando salió su madre de la cocina—. Me preocupan la expresión de tu cara y la urgencia con la que

quieres hablar con mi padre.

—No quiero inquietaros —respondió el médico—, pero debo hablar con él de un asunto importante y urgente.

—Tantas preocupaciones van a acabar con él. —Teresa se detuvo un instante y dudó delante de su amigo—. Y hablando de preocupaciones: ¿cómo se encuentran los dos fugitivos a los que ayudaste a escapar? Teresa bajó la voz y el médico miró hacia los lados para evitar que alguien los escuchara.

—Se encuentran bien. Ese secretario les ha preparado un buen escondite. Espero que no los descubran.

—¿Los ves a menudo? —preguntó la joven intentando no mostrar interés.

—Los he visto hace poco, sí. Es curioso, porque ese clérigo me preguntó lo mismo acerca de ti —dijo, suspicaz—. Deduzco que aquella velada en su casa sirvió para acercar distancias entre vuestros mundos, tan distintos el uno del otro.

—¿Qué quieres decir?

—No quiero decir nada. Solo que, desde aquel día, te muestras más reservada. Todos lo han notado. Hasta mi hermana Beatriz lo ha comentado en alguna ocasión.

—Tú sabes lo que ocurrió. Fue idea tuya que me quedara allí.

—¡No, no lo sé! —dijo.

Teresa no respondió a aquellas palabras cargadas de reproche. Sabía que Gonzalo la amaba, pero nunca se había atrevido a confesárselo, porque el matrimonio con la joven se encontraba fuera del alcance de sus posibilidades.

En aquel momento, Sancho de Ciudad entró en la cocina, y, al observar el gesto grave del médico, lo invitó a pasar a otra habitación para hablar con discreción.

—¿Qué ocurre? ¿Qué ha pasado para que acudas a mi casa tan temprano?

—Rodrigo Téllez Girón ha reclamado el pago de la alcabala de la ciudad y que los arrendadores liquiden con él el adelanto del montante —dijo el médico sin más preámbulos.

—No puede hacer eso; las alcabalas pertenecen a la Corona. La reina no lo consentirá —protestó Sancho de Ciudad.

—Puede hacer lo que le plazca si la fuerza de las armas le da la razón. Además, es probable que la reina a la que el maestro apoya le haya cedido la

cuantía del encabezamiento de Ciudad Real para soportar la defensa de la ciudad.

En ese instante, entraron en el cuarto Juan y Teresa acompañados de su madre, que no pudo ocultar la preocupación en su rostro cuando Gonzalo Rodríguez de Santa Cruz los puso al día sobre lo que estaba ocurriendo.

—Pero no puede forzamos a que este año tomemos el arrendamiento de las rentas —dijo Juan, indignado—. Todavía no hemos recaudado el desembolso del año anterior; los altercados, las revueltas y la conquista de la ciudad por la Orden de Calatrava nos están arruinando. La gente no compra ni vende nada, todo está paralizado.

—Me temo que sí puede. La adjudicación de las alcabalas y de las tercias reales se hicieron por dos años: solamente llevamos uno desde la última renovación. —Sancho de Ciudad se dejó caer, abatido, en el sillón.

—Álvaro de Pecellín está presionando, por indicación del maestro, a todos los arrendadores de rentas amenazándolos con liquidar sus bienes si no cumplen con su deber. A algunos que nada tienen nada que ver con el arrendamiento de la alcabala también les está apretando.

—¡Pero eso es imposible! ¡No tenemos ese dinero! —insistió Juan.

María Díaz se echó las manos a la cara, temiendo una nueva calamidad para su familia de la que quizás nunca podrían sobreponerse.

—Yo he visto las celdas en las que Álvaro de Pecellín amenaza con encerraros si no pagáis en el plazo de una semana, y, creedme, vuestra pocilga y vuestro establo están más limpios que aquellas mazmorras.

—Rodrigo Téllez Girón nos ha respetado hasta ahora, y sabe que muchos de los nuestros lo apoyan en su guerra contra los reyes Isabel y Fernando. El maestro está traicionando a sus aliados —dijo Juan.

—No traiciona a sus aliados, solamente se cobra su alianza —respondió Sancho de Ciudad—. ¿Creías que porque no nos hubiera molestado hasta ahora iba a salir gratis? Fuiste tú quien acudiste a rendirle homenaje; quizás a ti te escuche. Yo nunca me fie de ese maestro que ha hecho bueno a su propio padre.

—Se dice que los calatravos llevan algunas semanas sin cobrar y que eso está causando malestar. Imagino que con la recaudación de la alcabala pretende obtener dinero rápido para pagar a las tropas —comentó el físico.

La mayoría de los soldados no eran freiles calatravos, sino hombres de armas a sueldo pagados por las encomiendas, por lo que su principal motivación era la soldada.

—Hablaemos con el corregidor, o incluso con el mismo maestre; seguro que lo entenderán, y, si no es así, quizás nos permitan un aplazamiento del pago —dijo Juan, aunque no muy convencido.

—No creo que eso lo detenga —espetó su padre—. No me fio de ninguno de los dos. Hablar será inútil.

—Me temo que tu padre tiene razón —dijo el médico—. Rodrigo Téllez Girón se encuentra entre la espada y la pared, y no dudará en aplicar los castigos que sean necesarios para conseguir lo que se propone.

—Pero todo esto no tiene ni pies ni cabeza. El maestre sabe que estamos arruinados, y, como nosotros, la mayoría de los arrendadores que sufrimos el saqueo de octubre —decía Juan mientras se frotaba la frente con la mano—. También sabe que tardaremos años en recuperar lo que le adelantemos, si es que alguna vez lo recuperamos.

—Lo que pretende es robarnos sin más —espetó Sancho, desengañado—. El maestre necesita dinero de forma urgente, y ha decidido exprimirnos para que paguemos sin tan siquiera dignarse a pedirnoslo prestado.

—Debéis pagar y confiar en que podáis recuperar las cantidades en años próximos. No tenéis otra alternativa si no queréis dar con vuestros huesos en la cárcel y veros privados de todas las propiedades que todavía conserváis —dijo Gonzalo con firmeza.

—¡Me niego a ser objeto de un saqueo como este sin ofrecer resistencia! —gritó Juan, enfadado—. Nos plantaremos todos los arrendadores y el maestre no podrá sacarnos ni un solo maravedí.

—¡No, Juan! Gonzalo tiene razón —dijo Sancho enérgicamente, levantándose del sillón en el que se había sentado—. El maestre no escatimará en medios para presionarnos; incluso podría acabar con nuestras vidas si se le antoja. No me arriesgaré a que mi familia sufra más daños y humillaciones. Ya tengo un hijo prófugo de la justicia, sin saber qué ha sido de él, y no estoy dispuesto a perder a nadie más por defender un puñado de monedas.

—¿Un puñado de monedas, dices? El adjudicado de la alcabala ascendió a seiscientos mil maravedís, y no tenemos esa cantidad —replicó Juan de

nuevo.

—De ahí podremos deducir los subarriendos de la renta de la leña, de la del pan, de la de los paños y de la de los linos, de la que tendrán que responder quienes nos la tomaron en su día.

—Todavía resulta una cantidad muy grande que ni siquiera vamos a recuperar en parte.

Sancho de Ciudad recapacitó y recordó algo que había guardado durante mucho tiempo; salió de la estancia y ordenó que lo siguieran hasta la cocina. Las dos mujeres, madre e hija, se miraron extrañadas, sin comprender lo que pretendía. El hombre se agachó junto al poyo de la pared y golpeó con la mano cerrada en la parte inferior hasta que logró que saltara uno de los bloques de adobe con el que estaba construido. Consiguió arrancar varios trozos hasta dejar al descubierto el hueco bajo el asiento. Juan y Gonzalo se apresuraron en ayudarlo y descubrieron el vano suficiente para extraer de él una pesada caja de madera que allí permanecía escondida. Los tres hombres consiguieron arrastrarla hasta el centro de la cocina mientras María Díaz cerraba puertas y ventanas para evitar miradas indiscretas.

Sancho forzó la tapa apalancándola con la punta de un cuchillo hasta que logró que cedieran los clavos que la sujetaban por los extremos. La levantó con cuidado como si temiera dañar el frágil contenido de su interior, y apareció una tela oscura que todavía impedía ver lo que contenía. El hombre, visiblemente nervioso, la retiró con ligereza.

—¡Loado sea el nombre de quién todo lo puede! ¡La caja está llena de monedas! —exclamó María Díaz sin dar crédito a lo que veían sus ojos.

—No, madre, esto no son monedas —dijo Teresa mientras inspeccionaba por ambas caras una resplandeciente pieza plateada—. Estas piezas no están labradas.

Todos interrogaron con la mirada a Sancho de Ciudad a la espera de una explicación sobre aquel extraño tesoro que, durante años, había permanecido bajo el poyo de la cocina.

—Tienes razón, no son monedas —Sancho comprobó el peso de una de ellas sobre su mano—, pero pueden llegar a serlo si se termina el proceso.

—Estas ni siquiera tienen forma redonda, son cuadradas, —dijo Juan mientras hurgaba en otro extremo de la caja—. ¿Qué es esto?

—En esta caja hay varios cientos de cospeles de monedas de vellón aguardando a ser labrados. Pero también hay algunos rieles en bruto de donde se obtienen estas piezas cuadradas, que en las manos de un buen maestro monedero se transformarán en esas piezas redondas y lisas.

—Han guardado hasta la cizalla que les sobró al redondear las piezas — observó Gonzalo Rodríguez de Santa Cruz.

—Todo tiene valor, y quien me entregó esta caja lo conocía. Esta cizalla fundida puede convertirse de nuevo en espléndidas monedas. —Sancho cogió con sus manos los pequeños trozos de metal recogidos dentro de otra caja más pequeña que había en el interior de la caja de madera. El hombre colocó de nuevo todas las piezas dentro de la caja de madera, las dejó como las habían encontrado, con la tela oscura cubriendo el contenido y volvió a ajustar los clavos en la tapa de la parte superior.

—Sé que he corrido riesgos por guardar este pequeño tesoro durante tanto tiempo, pero ha valido la pena. Fue el tesorero Gutierres quien me lo dio como pago de unas deudas que le cubrí, hace algunos años, antes de morir. Quedó arruinado cuando, después de la muerte del infante Alfonso, los que le habían encargado la acuñación de estas monedas se reconciliaron con el rey Enrique y cancelaron el pedido.

El infante Alfonso llegó a ordenar la acuñación de monedas. Cuando los nobles lo proclamaron rey de Castilla, después de escenificar la destitución del rey Enrique en la farsa de Ávila, no escatimaron en medios para mantenerlo en el poder y arrebatárselo a su propio hermano, y, sin dinero no había opciones para hacerse con él. Sancho de Ciudad contó que hacía seis o siete años, como premio al apoyo que la ciudad mostró al joven rey Alfonso, el marqués de Villena y los nobles que lo secundaban autorizaron la fundación de una Casa de la Moneda en Ciudad Real que se ubicó en unas casas de la calle de la Mata y encomendaron a Alfonso Gutierres la acuñación de todas esas piezas. Pero el joven rey murió al poco tiempo y los nobles que antes lo apoyaban se hicieron incondicionales de Enrique. Cancelaron el pedido de moneda que le habían encargado a Gutierres sin compensarle por los gastos ocasionados y este quedó arruinado y advertido de que no podría acuñar más moneda que las primeras cantidades que sacó al principio.

—¿Y qué pretendes que hagamos con todo esto? No he visto en la caja los

parejos con los cuños. Además, nos arriesgamos a morir ahorcados si nos descubren falsificando moneda —dijo Juan, contrariado.

—Sí, eso es un problema —respondió Sancho—, pero, al menos, es una posibilidad de salir del aprieto en el que estamos metidos. Ni siquiera podemos huir de la ciudad; no tenemos otra salida que hacernos con unos troqueles y entregar al maestro lo que nos pide.

61

CAMINO DE TORDESILLAS

Aunque los dos jóvenes lograron arrebatarse los caballos al grupo de bandidos, Hernando no quiso abandonar su rocín negro en la espesura de la alameda donde lo había dejado. Desde el primer momento supo que aquel animal era una buena montura y que Fernando Valera había tenido buen ojo para escogerlo. Tenía prestancia, fortaleza, resistencia y docilidad, todo cuanto necesitaba un buen jinete para llegar veloz a su destino. Pero, además, no podía marchar sin llevar consigo la misiva que los principales de la ciudad habían escrito a los reyes Isabel y Fernando solicitando su ayuda para liberar Ciudad Real del yugo del maestre de Calatrava. Abandonaron el lugar a toda prisa, antes de que el grupo con el que se habían batido pudiera darles alcance a la carrera. Además del rocín negro de Hernando, se llevaron dos caballos consigo y espantaron el resto para evitar que pudieran seguirlos. Pensaron que no les iría mal disponer de un caballo de fresco que, llegado el caso, pudiera sacarlos de un apuro. Los tres animales al galope levantaron una intensa polvareda en el seco camino que delataba sin disimulo la dirección por la que escapaban, pero después de dar galope a sus monturas durante un buen trecho, ya nadie podía detenerlos en su huida.

—¿Y bien? —preguntó Hernando mientras miraba al joven que cabalgaba en silencio a su lado desde que abandonaron el bosque.

El hombre lo miró, pero no respondió. Era algo mayor que Hernando y parecía poco curtido por el sol.

—¿De verdad vais al encuentro de los ejércitos del rey? —dijo al fin.

—¡Claro! Conté la verdad a aquellos hombres —respondió el del Pulgar.

El hombre se echó a reír de repente.

—Deberíais haber visto vuestra cara cuando descubristeis que aquellos hombres eran del bando equivocado —dijo sin poder aguantar la risa. — Tampoco vos estuvisteis muy gallardo derribando al enemigo, rígido como un fardo —respondió Hernando, enojado.

—Pero al menos sirvió para que su espada no acabara clavada en vuestras entrañas.

Aquel hombre aparentaba menos edad de la que tenía. Hernando se fijó en sus facciones fuertes aunque poco curtidas por el sol. Sus maneras y la soltura con la que cabalgaba delataban que procedía de solar noble. Además, apreció cierta familiaridad en la entonación de su habla, diferente a la que venía observando en las personas con las que se había cruzado en los últimos días y en los pocos lugares en los que no le había quedado más remedio que detenerse para abastecerse de provisiones.

—¿De dónde sois? —preguntó Hernando.

El hombre tardó unos segundos en responder.

—Vengo del sur, y también me dirijo al norte, como vos.

—El sur es muy grande, y el norte también —respondió Hernando, molesto por las reservas de su acompañante.

—Procedo de Villamanrique, del castillo de Montizón —dijo al fin—, y me dirijo al encuentro de mi señor, el conde de Paredes, don Rodrigo Manrique, que ha acudido al llamamiento del rey Fernando para luchar contra los portugueses.

—Y deduzco que fuisteis apresado por esos hombres porque...

El hombre volvió a retardar su respuesta ante las insistentes preguntas del joven.

—Cometí la imprudencia de dejarme sonsacar las palabras —respondió con sarcasmo ante el interrogatorio al que lo sometía su acompañante.

—La verdad es que no tenéis una conversación muy fluida —protestó Hernando, contrariado—. Me da la impresión de que, pese a vuestra noble apariencia, sois muy parco en palabras.

El hombre sonrió mientras Hernando tiraba enfadado del ramal del caballo

de refresco que llevaba atado a su montura y que parecía retenerse en su marcha.

—Después de varias jornadas cabalgando cogí a deseo una jarra de vino en una taberna —dijo el hombre al fin—, y creo que me excedí en manifestar mis simpatías por la reina Isabel y su esposo. Tampoco fue una buena idea mostrar mi bolsa repleta de monedas cuando pagué la cuenta.

—¿Y por qué os llevaban preso y no se limitaron a robaros sin más?

—Eso mismo les pregunté —respondió el hombre con sorna—, pero se empeñaron en que los acompañara.

—No creo que sean vulgares ladrones —comentó el de Ciudad Real—. Cuando los escuché, hablaron de unirse al ejército de la reina y de cobrar una recompensa por vos.

Pero el hombre tenía gran habilidad para cambiar de conversación, y eludió dar incómodas explicaciones al joven que lo había liberado y que lo incomodaba con sus impertinentes preguntas. Sin embargo, Hernando, con menos reservas que su acompañante, no dudó en explicar que se había convertido en un improvisado heraldo que acudía a solicitar auxilio y protección al rey por los desmanes que estaba cometiendo el maestre de Calatrava.

Después de cabalgar juntos durante una jornada, llegaron a tierras de Medina del Campo, donde supieron que el rey Fernando había convocado a sus huestes en Tordesillas para marchar sobre Toro, que había sido tomada por el ejército de Alfonso V de Portugal. Aunque la ciudad de Toro se había rendido a los partidarios de Juana de Trastámara y de su esposo el rey portugués, el alcázar permanecía fiel a la reina Isabel, aunque no se sabía cuánto podrían resistir el asedio. Cuando llegaron a la altura del castillo de la Mota, salió una columna de caballeros que partía con premura para llegar antes del 15 de julio a Tordesillas, al encuentro de las tropas isabelinas. Los dos jóvenes siguieron a prudente distancia al contingente de caballería que, desde la fortaleza, se dirigía a encontrarse con las huestes del rey, con el fin de no desviarse de su camino ni acudir tarde a la cita.

Conforme se acercaban a Tordesillas, el movimiento de tropas era cada vez mayor. Por todos los caminos se aproximaban grupos de hombres a caballo y peones pertrechados con lanzas. Las huestes de las ciudades que

habían respondido al apellido real seguían a sus adalides. Los vasallos del rey aportaban sus propias tropas, así como prelados, obispos y órdenes militares. Tordesillas era un hervidero de gentes de armas, y los dos jóvenes se reconfortaron al ver el numeroso ejército que se había concentrado para enfrentarse al portugués. En el centro del campamento se habían instalado las tiendas para los capitanes y hombres de confianza del rey y, alrededor, se había aglutinado el grueso de las tropas formando cuadrículas que permitían circular, con cierta facilidad, de un lado para otro. Cada ejército había instalado su propio campamento, plantando pendón y armas en el centro para que la divisa resultase visible con facilidad. Hernando seguía a su compañero de viaje dejándose llevar por entre los grupos y pelotones que se habían congregado. Ya era cerca del mediodía y los peroles de comida colgaban sobre las fogatas de lumbre esparciendo su aroma por el campamento. La mayoría de los hombres ponían a punto sus armas o atendían los caballos, repasando sus monturas y alimentándolas. Algunos porfiaban en demostrar su fuerza en juegos más propios de mozalbetes que de hombres hechos y derechos. Los más sosegados charlaban con una jarra de vino en la mano mientras observaban las fogatas y los calderos cocinándose.

El bullicio era grande, y el buen estado de ánimo y la camaradería saltaban a la vista. Hernando se sintió a gusto en aquel lugar. De repente supo que aquel era el lugar en el que siempre había soñado encontrarse. Las acciones de armas en las que había participado hasta entonces no tenían parangón con aquel despliegue de tropas. Su vocación militar estaba fuera de toda duda, su habilidad con la espada lo demostraba, pero solo entonces sintió que era esa la vida que deseaba. Hernando se quedó rezagado observando a unos hombres que porfiaban acerca de su puntería en el lanzamiento de cuchillos. Con disimulo, echaban unas monedas en un viejo cuenco de cobre para cubrir la apuesta. Las apuestas y el juego se castigaban con dureza por resultar causa frecuente de pependencias y riñas entre la soldadesca. Sin embargo, el grupo se las ingeniaba para pasar desapercibido mientras apostaban antes de lanzar el cuchillo sobre el disco de un tronco de madera. Tras el lanzamiento, quien se acercaba más al centro de la rudimentaria diana recogía el cuenco de cobre y se embolsaba las monedas, aunque no siempre todos estaban de acuerdo, y se formaba una discusión entre ellos. Cuando el joven quiso buscar a su

compañero de viaje, ya lo había perdido de vista. Se percató de que ni siquiera conocía su nombre y que tampoco le había preguntado el suyo, por lo que sería un milagro si volvían a encontrarse entre aquel gentío.

Hernando decidió no perder tiempo y buscó entre todo el bullicio la tienda del rey, al que probablemente no sería fácil acceder teniendo en cuenta que al día siguiente se levantaría el campamento y que las tropas marcharían hacia Toro para poner cerco a la ciudad. La zona donde se ubicaban las tiendas de los capitanes y hombres de confianza del rey estaba custodiada por guardias que impedían aproximarse a los hombres más importantes del reino. Ató las bridas de su caballo a un poste, sacó la carta que había custodiado durante los últimos días y se dirigió hacia el primer guardia que encontró.

—¡Aléjate! Esta es una zona de seguridad y no puedes merodear por aquí —dijo el guardia impidiéndole el paso.

—Tengo un mensaje urgente que entregar al rey —protestó Hernando con decisión.

—Entrégame la misiva y yo se la haré llegar a alguno de los consejeros o a los hombres del condestable.

—Debo entregársela en mano. Este documento es urgente, y estoy seguro de que le interesará conocerlo a Su Majestad.

De repente, una voz detrás de él lo increpaba por su insistencia.

—¡Eh, ponte a la cola! Nosotros también esperamos ser recibidos por el rey o por quien se digne a prestarnos atención —dijo un tipo con más pinta de hidalgo que de hombre de armas.

En ese instante, Hernando se dio cuenta de que, junto al que lo increpaba, había un pequeño grupo que parecía llevar horas esperando a ser recibido.

—Dudo que vuestras nuevas tengan la misma trascendencia que las que yo traigo para nuestro señor el rey —dijo Hernando, sin pretender polemizar con los hombres que aguardaban.

—¿Ah, sí? ¿Y qué nuevas traes que son tan importantes?

De repente, se oyó el ruido de un grupo de jinetes que se acercaba al trote.

—¡Paso al conde de Paredes, don Rodrigo Manrique! —gritaba un jinete que portaba pendón y que precedía a la comitiva.

Hernando se apartó cuando el grupo de jinetes estaba a punto de echársele encima. El guardia se apartó hacia un lado y movió un pequeño tronco para

dejar libre el acceso. El joven tuvo que sujetar su caballo que se revolvió nervioso por el ruido y, mientras intentaba calmar al animal, no se dio cuenta de que uno de los hombres que acompañaban al conde se detuvo a su altura.

—¿Algún problema con el caballo? —dijo el hombre con quien había compartido camino el último día.

—¡Eh, sois vos! —dijo Hernando con alegría y extrañeza a la vez—. No es con mi caballo con quien tengo problemas, es con ese tozudo guardia, que me impide llegar hasta el rey.

El hombre indicó a Hernando que lo acompañara y se dirigió al guardia.

—Este joven viene con la comitiva del conde de Paredes —dijo en medio de las protestas de los que aguardaban.

Hernando siguió a su amigo, y mientras el grueso de los acompañantes buscaba la sombra de los refugios que habían preparado los soldados, su cicerone continuó tras el conde hasta llegar a una reconfortante y espaciosa tienda. Desmontó y un criado le sujetó el caballo igual que había hecho con el noble y con el hombre que había intercedido por él delante del guardia. Por discreción, Hernando se detuvo antes de llegar a las dependencias.

—¡Ven, acércate! —le dijo, invitándolo a entrar.

Hernando obedeció y entró en la espaciosa tienda, acondicionada con unos cómodos jergones separados por unas cortinas, una mesa y unas sillas a su alrededor. Además había varios cofres y baúles con ropas y útiles. En otro rincón se encontraban las armas del conde de Paredes, espadas, lanzas y una armadura completa con todas las protecciones.

—Padre, este es el joven del que te he hablado y que me libró de los hombres que me apresaron —dijo el hombre.

Hernando se sorprendió por la revelación, se cuadró delante de aquel hombre de edad avanzada e hizo una reverencia en señal de respeto, manteniendo la cabeza inclinada hasta que el conde se acercó a él para abrazarlo e invitarlo a su mesa.

—Muy joven se os ve para que ya cuenten grandes hazañas de vos —dijo el hombre poniendo las manos sobre sus hombros.

—En realidad fue vuestro... hijo, señor, quien me salvó la vida a mí —respondió Hernando con humildad.

El hombre reaccionó con agrado a la contestación del joven y miró

satisfecho a su hijo. Era de estatura mediana, bien proporcionado en la compostura de sus miembros, y tenía los cabellos rojos y la nariz un poco larga.

—Me alegran vuestras palabras —dijo mientras tomaba una jarra de vino que le había preparado uno de los criados y escanciaba el líquido en tres copas de plata—, últimamente a mi hijo Jorge le cuesta acudir al llamamiento de su padre y maestro.

—Padre, solamente me he retrasado dos días: os dije que me encontraba terminando un trabajo y que no podía marcharme, sin más, antes de concluirlo —dijo.

El conde tenía mucho interés en conocer los detalles de cómo se había producido el enfrentamiento con aquellos cinco hombres y cómo su hijo, en la versión de Hernando, tras verse liberado de sus ataduras, consiguió derrotar con la espada uno a uno a aquellos salteadores. Después de un rato de conversación sobre el suceso del río, don Rodrigo Manrique se interesó por los motivos de Hernando para acudir por su cuenta al llamamiento del rey.

—Señor, llevo grabada a fuego la vocación de las armas —dijo Hernando con soltura después de dos vasos de vino—, y a mi padre debo tal vocación, que seguir su ejemplo quiero porque él siempre ha demostrado su valor en múltiples batallas al servicio de reyes que antes fueron, y, con el debido respeto, me gustaría dedicar mi vida a ello si se me diera la oportunidad, como el fiel vasallo que aspiro llegar a ser, de servir a mi rey con lealtad y pundonor, pero... —Hernando hizo una pausa sabiendo que se encontraba allí por otros motivos y no para unirse al ejército del rey—, pero los deseos de servir a mi rey —continuó— no me hacen olvidar el principal motivo de mi viaje, por el que he recorrido a galope, hasta extenuar a mi caballo, muchas leguas desde Ciudad Real.

Rodrigo Manrique se interesó por sus palabras al escuchar su procedencia. El joven sacó la carta de entre sus ropas y le entregó el documento que tantos días llevaba protegiendo con la esperanza de que pudiera hacerlo llegar al rey.

—Parece que la situación en Ciudad Real es delicada —dijo el conde después de leer con atención el escrito que firmaban algunos prohombres de la ciudad— y que la ambición de don Rodrigo Téllez Girón no tiene límites.

—Así es, señor. Los calatravos han tomado la ciudad y cometen toda clase

de asesinatos y tropelías; han encerrado en prisión a los miembros del concejo y a los principales de la ciudad que se oponían a los planes del maestro. Rodrigo Téllez Girón ha declarado la incorporación de la ciudad a los territorios de la Orden de Calatrava apoyando su reclamación en un documento falso que introdujo mediante un ardid en el arcón de los privilegios de la ciudad.

Rodrigo Manrique seguía con la mirada puesta en el documento mientras terminaba de leer las peticiones de auxilio y ayuda que solicitaban los de Ciudad Real.

—En las últimas semanas también hemos sufrido algunas incursiones de los calatravos en Montiel y en mi encomienda de Montizón —dijo Jorge Manrique ante la sorpresa de Hernando—. Hay quejas de robos de ganado, daños en colmenas y recogida sin autorización de madera y leña.

—¿Y estás seguro de que han sido calatravos? —preguntó Rodrigo Manrique.

—Completamente: nuestros antiguos enemigos están descartados. Los testigos no dejan dudas sobre los autores de las tropelías.

Rodrigo Manrique apuró su copa de vino y se levantó de la mesa, y de inmediato lo hicieron su hijo y el joven Hernando.

—Va siendo hora de pararle los pies a ese calatravo díscolo —exclamó el conde—. Comentaré este asunto con el rey en cuanto tenga ocasión, aunque ahora tiene un asunto más urgente entre manos. Mañana salimos hacia Toro al encuentro de los portugueses. Avisa a los hombres para preparar nuestra partida.

Los dos hombres salieron de la tienda del conde de Paredes. Caminaron unos pasos en silencio hasta que Jorge Manrique se volvió hacia Hernando.

—Te agradezco que no hayas mencionado la pedrada que le di a aquel hombre en el río para deshacerme de él —dijo Manrique tendiéndole su mano—: mi padre suele olvidar con facilidad que desde que mi brazo ha tenido fuerza para levantar una espada no he hecho otra cosa que blandiría contra nuestros enemigos. Pero es un hombre muy exigente.

—¿De verdad eres el comendador de Montizón? —preguntó Hernando, incrédulo—. ¿Y por qué no me lo dijiste? Espero que al menos te arrepientas de la mentira.

—Escucha, Pulgar —dijo Jorge Manrique con especial énfasis y levantando un dedo para remarcar más sus palabras—: ¡yo ni miento ni me arrepiento! —Le dio un golpe en la espalda a su amigo y marcharon para mezclarse con la tropa.

FRENTE A LA CIUDAD DE TORO

Hacía cuatro días que las tropas del rey Fernando habían salido de Tordesillas y acampado frente a la ciudad de Toro, que se encontraba tomada por el rey Alfonso de Portugal. Desde la autoproclamación de Juana y Alfonso como legítimos reyes de Castilla, dos meses antes en Trujillo, las tropas portuguesas habían ocupado las ciudades próximas a la frontera apoyados por los nobles que sostenían su causa.

No hacía mucho que Alfonso había entrado en Toro con su ejército, aclamado por la multitud que lo había recibido como a su legítimo rey; sin embargo, unos cuantos hombres, fieles a los reyes Isabel y Fernando, todavía resistían en el interior del alcázar y se negaban a aceptar la rendición y a reconocer los derechos de Juana y Alfonso sobre el reino.

Aquella mañana el rey Fernando se ajustó su radiante armadura, que algunos capitanes le desaconsejaron que vistiera por resultar llamativa en exceso y convertirlo en blanco fácil de los dardos enemigos, pero el rey desoyó sus consejos. Mandó colocar a todo su ejército en formación, desafiante frente a las murallas de Toro, desplegado sobre la vega del río Duero y ofreciendo batalla a su enemigo. Alfonso, en el interior de la ciudad, fue alertado de los movimientos que realizaban los castellanos; se vistió apresuradamente y corrió hacia la muralla para observar las maniobras de los sitiadores. Midió sus fuerzas y supo que si se enfrentaba a Fernando en campo abierto llevaría todas las de perder. No sabía que la mayoría de las tropas

castellanas habían sido reclutadas de forma precipitada y que los hombres apenas si tenían entrenamiento militar. Pero el rey Alfonso esperaba la llegada de las tropas que le había prometido su aliado el rey de Francia, y no quería precipitar su enfrentamiento con Fernando, que, sabedor de ello, buscaba a toda costa la rápida confrontación.

Después de dos horas aguantando la formación, cuando el sol de julio abatía el ánimo y la resistencia de la tropa, Fernando decidió romper filas al convencerse de que Alfonso no aceptaría enfrentarse en batalla. La posición del rey portugués dentro de las murallas le daba una ventaja a la que, como buen estratega, no quiso renunciar. Sabía que Fernando tenía prisa y que, si no respondía a sus provocaciones, terminaría por marcharse, si no cometía la torpeza de poner sitio a la ciudad con unas fuerzas y medios con los que no contaba.

Y así ocurrió durante varios días: el rey Fernando formó sus tropas frente a las murallas de Toro para ofrecer batalla a Alfonso de Portugal, que en todas las ocasiones había declinado el combate y no tenía intención de ceder la ventaja que le otorgaban las murallas de la ciudad frente a sus atacantes. Al amanecer de un nuevo día, el rey Fernando volvió a vestir su radiante armadura y ordenó de nuevo que las tropas formaran para presentar batalla al rey portugués. Aquel día resultó más caluroso, si cabía, que los anteriores. Fernando quería mantener la gallardía de su ejército frente a su rival, pero era consciente de que el calor terminaría por agotarlos y de que, en caso de que Alfonso aceptara el reto, se encontrarían extenuados antes de comenzar el combate. Desde el principio había dispuesto que un grupo de hombres, de forma discreta, abasteciese de agua a los soldados mientras se encontraban en formación. El conde de Paredes encomendó la misión a su hijo Jorge, al que asignó un numeroso grupo de hombres. Desde primera hora de la mañana, Fernando y algunos hombres más cargaban en las carretas cubas y toneles con los que transportar el agua para abastecer a las tropas. Con dos carretas cargadas llegaron hasta la orilla del río, cuando apenas los primeros rayos de luz aparecían por el horizonte. Encontraron una zona de fácil acceso hasta el agua, libre de juncos en la orilla y donde la corriente parecía aportar agua fresca y cristalina. Utilizaron varias garrafas de cristal con revestimiento de mimbre para llevar el agua hasta los barriles y llenarlos poco a poco mediante

una cadena humana que acortaba el tiempo empleado.

Algunos hombres refunfuñaban por la hora a la que habían tenido que levantarse mientras el resto todavía continuaban durmiendo.

—Da gracias al cielo de que cuando ellos se encuentren cociéndose al sol, tú por lo menos tendrás agua para refrescarte sin esperar a que te la sirvan — dijo Jorge Manrique al que más se quejaba.

Mientras el grupo de veinte hombres se apresuraba en llenar las cubas y toneles de las carretas, Hernando se acercó hasta una zona algo retirada para cortar algunas brazadas de espadaña con la que cubrir y mantener frescos los recipientes de agua. Cortaba con su cuchillo las matas próximas a la orilla, pero oyó un ruido a pocos metros de donde se hallaba y sacó su espada con rapidez antes de que cualquier enemigo pudiera sorprenderlo. Se abalanzó sobre él con determinación y, para su sorpresa, se encontró con una mujer escondida entre los juncos del río.

—¡Santo Cielo! ¿Qué haces aquí agazapada como si fueras una alimaña? —dijo Hernando cuando la mujer se puso de pie—. ¿Qué pretendes?

La mujer mostraba miedo en sus ojos mientras la punta de la espada le rozaba la garganta y la obligaba a mantener la cabeza levantada.

—Os juro que no pretendía espiaros —dijo, sincera—. He pasado la noche aquí y me he despertado cuando habéis aparecido. No soy una espía. Antes bien, lo que pretendía era rogar a vuestro rey por la vida de mi marido y de sus hombres.

—¿Y por qué he de creerte? —dijo Hernando, desconfiado, mientras observaba a aquella mujer, algo desaliñada pero de rasgos y maneras elegantes.

—Porque es verdad lo que os estoy diciendo.

Hernando llevó a la mujer hasta su jefe de pelotón para que valorase si valía la pena molestar a don Rodrigo Manrique por aquel motivo.

—Os solicito con humildad que me llevéis ante la presencia del rey o a la de alguno de sus capitanes —dijo la mujer con una prestancia y decisión poco habituales—. No puedo confiar a nadie más lo que tengo que decir.

La mujer contó que salió de Toro al poco de tomarla el rey portugués y que durante varios días se refugió en una aldea próxima, pero al enterarse de la llegada de las tropas castellanas, había acudido para solicitar audiencia con el

rey Fernando. Llegó el día anterior, con las últimas luces de la tarde, y pasó la noche junto a la orilla del río, alejada del campamento y de la soldadesca.

Cuando el conde de Paredes escuchó su testimonio, decidió llevarla ante el rey por la importancia estratégica de su información.

Rodrigo Manrique acudió a la tienda real acompañado de su hijo Jorge y de Hernando, como encargados de custodiar a aquella mujer que mostraba distinción pese a la cara tiznada y la suciedad de sus ropas.

Fernando se encontraba ciñéndose su nueva y brillante armadura, con la que aquella mañana se disponía de nuevo a presentar batalla al rey de Portugal, refugiado en el interior de la ciudad de Toro. Dos criados lo ayudaban a engarzar el peto con el espaldar y a ceñir bien la coraza sobre su cuerpo.

—Majestad, me he atrevido a molestaros en momento tan inapropiado porque creo que debéis conocer el testimonio de esta mujer que mis hombres han encontrado junto al río —dijo Rodrigo Manrique, también vestido con coraza.

Al recibir la aprobación del rey, Manrique hizo pasar a la mujer y a los hombres que la custodiaban. La mujer entró en la tienda y se arrodilló ante el rey, aunque a cierta distancia. Los jóvenes vigilaban sus movimientos por si intentaba alguna traición, aunque no fue necesaria su intervención. Hicieron una reverencia con un movimiento rápido de cabeza y permanecieron firmes con la vista levantada.

—Está bien, está bien —dijo el rey Fernando animando a la mujer con la mano para que se levantara con celeridad—, no tengo tiempo para protocolos. Cuéntame eso tan importante que el conde de Paredes considera necesario que deba saber.

La mujer se levantó con agilidad y comenzó a hablar evitando dirigir su mirada al rey, como mandaban las buenas costumbres.

—Majestad —dijo con premura sabiendo que no tenía mucho tiempo para que el rey la escuchara—, mi nombre es Antona García, y soy esposa de Juan de Monroy, alcaide del alcázar de Toro.

El rey, que se encontraba entretenido con sus criados mientras le intentaban acoplar las dos piezas de la armadura, se giró hacia la mujer al escuchar sus palabras.

—Mi marido, junto con un puñado de caballeros y soldados, se ha hecho fuerte en el interior del alcázar y se ha negado a rendirlo al rey de Portugal, que entró en Toro hace algunas semanas sin que la ciudad ofreciera mayor resistencia. Solamente él y un grupo de valientes se resiste a la ocupación, hasta que vos habéis llegado con vuestras tropas.

Fernando aguardó un instante después de escuchar a la mujer, y supo que debía reconfortarla y agradecer la lealtad de su esposo.

—Vuestro marido y sus hombres son todo un ejemplo y un aliciente que nos ayuda a continuar en nuestra lucha por el trono de Castilla... —dijo Fernando.

—Señor, lo que os pido es que les ordenéis que cesen en su resistencia y que puedan salir de la fortaleza sanos y salvos —replicó la mujer, sin dejarle acabar.

Hernando miró con sorpresa a Jorge Manrique, que tampoco daba crédito a las palabras de la mujer. El rey tardó en reaccionar, sorprendido por lo que acababa de escuchar.

—¿Y cómo te atreves a pedirme tal cosa? —dijo Fernando abandonando el tono amable de sus palabras—. Todos los vasallos del rey deben luchar hasta su último aliento para lograr la victoria de su señor. Vuestro marido está cumpliendo con su deber resistiendo en el alcázar, y, si logra salir con vida, será recompensado por ello, pero no puedo ordenarle que ceje en su empeño, porque infundiría el desánimo en las tropas.

Antona se arrodilló de nuevo ante el rey y comenzó a sollozar y a suplicarle que velara por la vida de sus vasallos, que ya habían demostrado con creces su fidelidad y su valor al hacer frente a todo un ejército, resistiendo y conservando una posición estratégica como era la fortaleza del alcázar, que se encontraba dentro de la ciudad.

—Majestad, si, como dicen los rumores, mañana levantáis el cerco a la ciudad de Toro y regresáis a Tordesillas, esos hombres quedarán condenados, porque no podrán resistir mucho más tiempo —se atrevió a decir la mujer.

—¿Quién ha difundido ese rumor?! —gritó Fernando, enfadado—. Hoy presentaremos batalla, como lo hemos hecho todos estos días y, si el portugués se atreve a aceptar el combate, acabaremos de una vez para siempre con esta ilegítima aspiración de la princesa Juana. ¡Llevaos a esa mujer!

Entre llantos y sollozos la mujer insistía, arrodillada, en su rogatoria. Hernando y Jorge la tomaron de los brazos para ponerla en pie y la sacaron de la tienda del rey. Rodrigo Manrique había escuchado en silencio la emotiva petición de Antona García, y, cuando quedaron a solas, se dirigió al monarca.

—Disculpadme, señor, pero sabéis que no es probable que vuestro rival acepte la batalla que le proponéis, y, cuando mañana levantemos el campamento, los hombres del alcázar claudicarán y quedarán a merced de los portugueses.

Fernando comprendió que el conde de Paredes tenía razón. La decisión de abandonar el cerco a la ciudad de Toro ya estaba tomada, y pronto se marcharía con su ejército a la espera de otra oportunidad en la que poder derrotar al rey portugués.

—Está bien, rescatad a esos hombres sin rendir la fortaleza —dijo Fernando después de recapacitar—. Que abandonen la ciudad a escondidas. Cuando los portugueses se percaten del ardid, los nuestros ya estarán a salvo, y solamente tomarán un lugar vacío y abandonado. Nadie podrá decir que los partidarios de los reyes Isabel y Fernando hayan claudicado y se hayan rendido ante el portugués. Tenéis de plazo hasta el amanecer del próximo día.

—Así se hará, señor, confiad en ello —respondió Manrique, satisfecho.

El conde de Paredes encomendó la misión a su hijo Jorge Manrique y al joven Hernán Pérez del Pulgar, con quien había hecho buenas migas. Antona García agradeció la decisión real, aunque al principio su petición hubiera irritado al monarca. Gracias al consejo de Rodrigo Manrique y al arrojo de aquellos jóvenes, su marido y sus hombres tenían una oportunidad de salir con vida de aquel intenso asedio al que los portugueses sometían el alcázar desde hacía un par de semanas.

La misión no era fácil; debían aproximarse de forma inadvertida a la ciudad de Toro, pese a la vigilancia redoblada de murallas y puertas de acceso que habían establecido los portugueses, y llegar hasta el alcázar, donde nadie los esperaba, para convencer a los hombres que allí resistían de que debían abandonar su empeño por orden del rey Fernando. Debían sacarlos de allí, sin alertar a los guardias, y regresar sanos y salvos al campamento castellano.

La noche tardó en llegar debido a la prolongación de los días en aquella época del año. Como era de esperar, durante la mañana, las tropas no habían

entrado en batalla por negativa de los portugueses, y los castellanos comenzaron a dismantelar el campamento para partir de madrugada. Fernando no quería que su enemigo lo viera desistir de aquel infructuoso asedio, y había ordenado que la partida se hiciera en silencio poco antes del amanecer.

Mientras, en medio de la oscuridad, un grupo de cinco hombres se deslizaba entre las sombras. La luna se alió con ellos y aquella noche no apareció en el cielo, que se mostraba cubierto de estrellas. Las murallas de la ciudad se encontraban bien vigiladas para evitar sorpresas desde el exterior, aunque los puestos de vigilancia eran más reducidos en los lienzos que daban al barranco, en la zona por donde, a poca distancia, transcurría, sereno, el Duero, ajeno a los conflictos de hombres y reyes.

Jorge Manrique encabezaba el reducido pelotón acompañado de Hernando y de otros tres hombres del conde de Paredes que se habían presentado voluntarios. No era conveniente mayor número para no resultar avistados entre las sombras de la noche. Decidieron aproximarse a la ciudad por la zona del alcázar, trepando por la escarpada pendiente del terreno, con la esperanza de que la vigilancia portuguesa fuera menor en aquella zona. Pero sabían que aquel trayecto tenía el inconveniente de que la escalada era más dificultosa en el último tramo porque los muros de la fortaleza eran más altos que el resto de la muralla de la ciudad. Debían, además, sortear la vigilancia de los hombres a los que venían a rescatar, y que desconocían los planes de los castellanos.

Los cinco hombres avanzaban provistos con largas cuerdas y garfios con los que escalar los muros, aunque los pertrechos con los que cargaban ralentizaban la ascensión por la pendiente del barranco.

—Quizás hubiera sido más fácil enviarles un mensaje con una flecha —dijo uno de ellos con la voz áspera mientras se sentaba en medio de la escarpada pendiente para coger aliento.

—Sí, o quizá el rey podría haber enviado a su propio heraldo para entregárselo en persona —respondió Hernando en voz baja con sarcasmo, mientras se apoyaba en su hombro para impulsarse mientras continuaba el ascenso.

Los hombres continuaron la ascensión por la encrespada cuesta, sobre la que apenas crecía vegetación donde poder ocultarse con seguridad. Se movían de uno en uno para impedir que la ojeada diligente de algún vigía pusiera en

peligro su aproximación.

Al fin, alcanzaron los pies de la muralla del alcázar y se aseguraron de encontrarse bajo sus muros para evitar una imperdonable equivocación. Dedujeron que los vigilantes que custodiaban los tramos de muralla entre los tres torreones eran los hombres a los que pretendían liberar, pero nadie los esperaba a aquellas horas en medio de la oscuridad, y si se mostraban de forma abierta, corrían el riesgo de recibir el dardo de una ballesta.

—¡Juan de Monroy! ¡Escuchadme! —dijo Jorge Manrique, dejándose ver desde abajo mientras el resto permanecía con la espalda pegada a la muralla.

Nadie parecía escucharlo. El comendador de Montizón volvió a insistir, y hasta tres veces tuvo que pronunciar a media voz el nombre del alcaide al que venían a rescatar.

—¡Acudid, hay alguien ahí abajo! ¡Alerta! —se oyó una voz desde lo alto de la muralla—. Preparad las ballestas y el fuego, parece que nos atacan.

En pocos minutos acudió un pelotón a reforzar aquella posición en lo alto del muro, provocando más ruido del que les hubiera gustado a los castellanos. De repente, comenzaron a llover dardos desde las almenas, y los de abajo se vieron obligados a protegerse bajo los escudos que habían traído consigo sujetos a la espalda. Las flechas resonaban mientras golpeaban en la coraza que los castellanos habían formado para defenderse, pero Jorge Manrique no pudo desatarse a tiempo la rodela que llevaba a la espalda y resultó alcanzado en el hombro.

—¡Alto, maldita sea! ¡Somos amigos! —gritó Hernando con toda la intensidad de su voz.

—¡Parad, parad! —se oyó desde lo alto. La lluvia de flechas cesó al instante—. ¿Quién sois?

—¡Malditos seáis, venimos de parte del rey Fernando para salvar vuestros culos y nos recibís a saetazos! —gritó, enfadado, el del Pulgar.

Alguien se asomó desde lo alto de la muralla para identificar las cinco sombras que se encontraban abajo. En pocos segundos los defensores lanzaron una cuerda.

—Está bien —respondieron desde arriba—, subid uno de vosotros, y hacedlo desarmado.

Jorge Manrique se apoyó contra la muralla, con la saeta clavada en el

hombro, mientras dos de sus hombres lo mantenían en pie a duras penas. — Convince a esos patanes para que abandonen la fortaleza y así podamos marchamos. No sé cómo no nos han descubierto los portugueses todavía — dijo Manrique, dolorido, dirigiéndose a Hernando.

El joven asintió con la cabeza, se despojó de la espada y el cuchillo y también del peto para poder trepar con comodidad por la cuerda que le habían lanzado desde lo alto de la muralla. Su fuerza y pericia le permitieron trepar hasta arriba con tal destreza que hacía parecer fácil lo que no era.

Cuando Hernando se encontró en lo alto, los defensores tiraron de la cuerda para ayudarlo a concluir su escalada hasta el interior de la fortaleza. El joven se dejó registrar comprendiendo la desconfianza de aquellos hombres, que llevaban varios días defendiéndose de toda clase de ardidés que los portugueses habían intentado para romper sus defensas.

—¿Quién eres y qué pretendes? —dijo sin más preámbulos un hombre alto y bien parecido con barba cuidada y cuyas maneras le hicieron comprender a Hernando que se trataba del alcaide.

—Me llamo Hernán Pérez del Pulgar, y me encuentro a las órdenes de don Jorge Manrique, hijo del conde de Paredes, a quien el rey Fernando ha ordenado que os convenzamos para que abandonéis vuestra resistencia en esta fortaleza y que nos acompañéis para que os devolvamos sano y salvo a vuestra esposa.

Los hombres que resistían junto al alcaide se miraron con una mezcla de desconfianza y sorna al escuchar las palabras del joven.

—¿Mi esposa? —preguntó, extrañado, Juan de Monroy.

—Sí, yo mismo la encontré junto al río suplicando ser recibida por el rey para hacerle la petición que os he comentado.

El alcaide sonrió desconfiado; miraba fijamente al joven, intentando descubrir en sus ojos el ardid del engaño.

—¿Y por qué iba mi esposa a hacerle esa proposición tan descabellada al rey y él a aceptarla?

—El rey Fernando levantará el campamento mañana al amanecer y regresará a Tordesillas con sus tropas renunciando a la conquista de la ciudad.

Los soldados se miraron incrédulos y nerviosos, agitados con la peor noticia que podían esperar, porque se encontraban esperanzados de que las

tropas castellanas terminaran entrando triunfantes en la ciudad de Toro.

—¡Callaos! —gritó el alcaide a sus hombres—. ¿Y cómo sé que estáis diciendo la verdad y que no es un treta de los portugueses para tomar el alcázar?

—Señor, hemos arriesgado nuestras vidas para llegar hasta aquí, y todavía debemos hacerlo para regresar al campamento. Conozco el nombre de vuestra esposa porque ella misma me lo dijo, y, aunque poco prueba que os diga que se llama Antona García, quizá podáis creerme si reconocéis este pañuelo que ella misma me encargó que os entregara.

Hernando sacó un pañuelo de seda de su pecho que entregó a Juan de Monroy y que este reconoció al instante. El hombre lo tomó entre sus manos con suavidad y lo olió con delicadeza para reconocer su aroma.

—Está bien —dijo al fin—. Nuestra situación es más que comprometida. Si los castellanos se marchan, quedamos a merced del enemigo, y solamente será cuestión de tiempo que los portugueses logren entrar por ese portón que hemos defendido todos estos días con tanto ahínco. ¿Cuál es el plan?

Hernando respiró satisfecho al comprender que los había logrado convencer para que volvieran con ellos.

—Don Fernando ha ordenado que el alcázar no se rinda a los portugueses. No descarta regresar más adelante con un ejército mejor pertrechado con el que mantener un largo asedio, y no quiere que la palabra dada aceptando la rendición condicione la futura conquista. Debéis abandonar la fortaleza sin rendirla con la esperanza de que el enemigo se percate más tarde que pronto de que se encuentra vacía.

La guarnición del alcázar apenas si contaba con un grupo de veinte hombres, algunos de los cuales se hallaban heridos por escaramuzas anteriores. Uno a uno fueron descolgándose por el muro, incluidos los heridos que fueron asistidos para ello. Desde las almenas se vigilaba que los guardias portugueses no advirtieran la maniobra que realizaban en el mayor de los silencios. El descenso de la muralla era la operación más complicada para hacerlo con los heridos y con las escasas pertenencias con las que habían querido marchar, pero, en la bajada por la encrespada pendiente, también existía riesgo de despeñarse o de resultar avistados en campo abierto, vulnerables a los dardos enemigos.

Por suerte, abandonaron la ciudad sin más percances que las heridas sufridas por Jorge Manrique a consecuencia del fuego amigo, y el contingente de soldados llegó al campamento castellano abatidos por el cansancio cuando los primeros rayos del día despuntaban por el horizonte y las tropas se disponían a abandonar con total discreción el campamento.

EN LA CASA DE LA MONEDA

Las patrullas de vigilancia recorrían la ciudad para garantizar el orden y asegurar el cumplimiento del toque de queda que había decretado el maestre a partir del anochecer. La noche sin luna permitía que los tres hombres que avanzaban sigilosos por la calle de la Mata pasaran inadvertidos para una patrulla de calatravos que hacían la ronda a la espalda del convento de Santo Domingo enfrascados en ajustarse hasta el último maravedí de las deudas que mantenían unos con otros.

—¡Qué asco de vida! —decía uno de ellos mientras el resto le recordaba las deudas contraídas—. Si alguna vez llego a cobrar la soldada que nos debe el maestre, os la vais a ventilar entre los tres.

—Si no tuvieras tanta querencia por los muslos de esa zorra que te saca el dinero en la mancebía, estarías nadando en oro —le respondió otro.

—¡Eh! ¡No hables así de tu madre! —dijo el anterior con una carcajada que resonó en la noche.

Los tres embozados aguardaban agachados tras una carreta a que los guardias desapareciesen calle abajo, en dirección a la iglesia de San Pedro. Tras el paso de la patrulla, uno de los hombres se alzó de su escondite y extrajo de su bolsillo una llave con la que abrió un viejo portón de madera decorado con artísticos clavos. Mientras el hombre forzaba la cerradura, atascada por el tiempo que llevaba sin usarse, Gonzalo Rodríguez de Santa Cruz sujetaba el aldabón de bronce para evitar que resonase con los envites

que el de la llave le procuraba al forzarla. Golpeó la puerta en la parte superior, bajo el escudo de piedra que presidía el dintel, y logró al fin abrirla sin alertar a ninguno de los guardias, que ya se habían alejado. Con sigilo y después de asegurarse de que nadie los observaba, entraron en el edificio abandonado que en otro tiempo fue la Casa de la Moneda de la ciudad. En las dependencias de la planta baja y del primer piso que daban a la calle se encontraban las oficinas y despachos y, a continuación, el taller de la fábrica, donde todavía quedaban algunos enseres, muebles y utensilios esparcidos por el suelo, testigos de las labores que en otro tiempo allí se trabajaron, aunque ahora se hallaban cubiertos de suciedad y polvo, como pudieron apreciar los clandestinos visitantes a la luz de los candiles.

—¿Y bien? —preguntó el médico mientras sujetaba la lamparilla en alto para facilitar la visión de Alvar García en medio de una sala llena de trastos, muebles y objetos desperdigados.

—Pues parece que no somos los primeros en inspeccionar este lugar desde que se cerró la ceca —dijo un hombre de baja estatura, entrado en años y con voz grave—. Tenemos que encontrar los cuños: sin ellos no hay nada que hacer. Las oficinas del tesorero Gutierrez estaban arriba. Él era quien los guardaba a diario en lugar seguro. Yo mismo se los entregaba al final de cada jornada para que los custodiara.

—Sería una casualidad encontrarlos aquí, teniendo en cuenta su valor y el tiempo que ha transcurrido desde entonces —comentó, escéptico, Juan de Ciudad mientras con otra lamparilla intentaba alumbrarse en la oscuridad.

Cuando los nobles rebeldes proclamaron rey de Castilla al infante Alfonso, tras el simulacro de destitución de Enrique IV en la farsa de Ávila, Ciudad Real recibió el privilegio de albergar una casa de la moneda para premiar su fidelidad a la causa del infante. Durante algunos meses se acuñó moneda de oro, plata y vellón por encargo del nuevo rey, que ordenó la construcción de la ceca a cuenta de las primeras acuñaciones que en ella se hicieran. Pero a la muerte del infante Alfonso en extrañas circunstancias en Cardenosa, los nobles rebeldes se reconciliaron con el rey Enrique y cancelaron todos los encargos en curso que habían realizado a la Casa de la Moneda de Ciudad Real, que fue liquidada y cerrada por orden real.

—Cuando ordenaron la cancelación del último pedido de moneda, al poco

de morir el infante don Alfonso, Gutierres nos despidió a todos, pero solo pudo pagarnos parte del jornal que nos debía —dijo el hombre que acompañaba a los dos amigos—. Él fue quien más perdió; quedó arruinado. A mí, como maestro monedero, dejó a deberme más de la mitad del salario, pero prometió que cuando los agentes del Tesoro terminaran de inspeccionar la disolución de la ceca, acabaría de pagárnoslo.

Alvar García tomó la lámpara que había encendido Juan de Ciudad y subió por unas polvorientas escaleras hasta la planta superior, donde se encontraban las oficinas. Los dos hombres lo seguían intentando no tropezar con los trastos desperdigados por el suelo.

—Imagino que los agentes del Tesoro Real obligaron a Gutierres a entregar los parejos de cuños para evitar que se utilizaran los troqueles para falsificar moneda —continuó Alvar García—, pero los parejos casi nunca se componen de dos piezas.

—¿Y cómo es eso? —preguntó, curioso, Juan de Ciudad—. Si tienen dos caras las monedas, habrá de existir un cuño para cada una de ellas.

—A la hora de acuñar las monedas se trabaja con un parejo de dos piezas, pero la pieza de arriba se desgasta mucho más rápido que la de abajo, porque es la que recibe los golpes secos del martillo; por eso, cuando la tirada de moneda es larga, se fabrican varios cuños superiores, ya que es el troquel que más se desgasta.

—Y pensáis que, cuando se cerró la Casa de la Moneda, Gutierres pudo haber devuelto un parejo completo a los agentes del Tesoro Real, pero haberse guardado uno de los cuños superiores —dijo Gonzalo Rodríguez de Santa Cruz.

—Eso es lo más astuto que podría haber hecho, ya que nunca llegaron a compensarle de todos los gastos y pérdidas que sufrió cuando ordenaron cancelar la acuñación de aquella serie y darle la patada en el culo —respondió el maestro Alvar García, que intentaba orientarse por la galería.

En el primer piso de aquella casa y con la escasa luz que aportaban los candiles, el maestro monedero los condujo sin mucha dificultad a la oficina del tesorero, donde abrió uno a uno los cajones de la mesa con la esperanza de hallar algo. De repente, recordó que, al final de la jornada de trabajo, cuando el tesorero recibía los troqueles de su mano, se dirigía hacia un armario

camuflado en la pared en donde había empotrado un robusto arcón metálico. Cuando abrió la puerta del armario encontró el arcón con la tapa forzada y descerrajada sin nada en su interior. Sin embargo, siempre le llamó la atención que, cuando por las mañanas, al comenzar la jornada, subía al despacho del tesorero para recibir el parejo de cuños con el que troquelar los cospeles, a veces lo sorprendía con ellos en la mano en el lado contrario de la habitación. Sospechó que el tesorero disimulaba cada día el lugar exacto en el que guardaba los parejos por la noche para evitar robos. Instintivamente Alvar García se dirigió hacia la pared contraria, donde tras unos cortinajes descubrió una pequeña puerta empotrada en la pared. El corazón se les aceleró a los tres hombres cuando el maestro dio con aquel inesperado escondite, pero quedaron decepcionados al ver el pequeño armario secreto vacío.

El maestro monedero acercó la luminaria al interior del armario y comprobó que la llama no reflejaba resplandor en la parte superior. Introdujo la mano y observó que el hueco del mueble continuaba más arriba que la oquedad que asomaba por la pared, hasta que, por fin, encontró al tacto una estantería camuflada en el interior. Se acercó todo lo que pudo a la pared para dar más recorrido a su brazo y de repente su cara se llenó de alegría. Extrajo del interior una pieza metálica redondeada; era el cuño superior de un parejo. A la luz de la vela, y algo nervioso, observó la pieza con detenimiento: era redonda y tenía tallada la imagen de un castillo en el interior de una orla con varios lóbulos y con la leyenda «ALFONSUS DEI GRATIA REX».

—El cuño está algo desgastado, pero todavía se puede utilizar —dijo Alvar García mientras lo examinaba con detenimiento—. Parece el reverso de un real de plata.

—¿Podremos utilizar los cospeles sin labrar que guarda mi padre?

—Con plata podemos acuñar lo que queramos —dijo Alvar García—, pero este cuño facilita mucho las cosas, porque se corresponde con el tamaño de vuestros cospeles. Podremos acuñar reales de plata con ellos.

Juan de Ciudad y Gonzalo Rodríguez de Santa Cruz cruzaron una sonrisa de satisfacción.

—Pero olvidáis que solamente tenemos el troquel superior. ¿Pretendéis acuñar las monedas por una sola cara? —preguntó Juan de Ciudad.

—Creo que podremos solventar ese problema —dijo, misterioso, Alvar García mientras continuaba mirando el desgaste del cuño. Cuando apartó la llama del objeto que acababa de encontrar, se percató de que Juan de Ciudad y Gonzalo Rodríguez todavía lo miraban intrigados—. No sé lo que conocéis de mí a través de vuestro padre —dijo al fin, al darse cuenta de que había despertado la curiosidad de los dos hombres—. Hace ya muchos años que el rey Enrique me nombró tesorero de la Casa de la Moneda de Cuenca. Aprendí el oficio con un maestro monedero de la ciudad que ya no se dedicaba a ello, sino a la recaudación, que le daba mayores beneficios. Fue él quien me propuso para el puesto, y el rey Enrique confirmó la propuesta del concejo. Pero al cabo de un año se vengó de mí dejándome en la ruina.

—¿Aquel hombre os traicionó? —preguntó el médico.

—Intentó casarme con su hija, pero yo ya me encontraba comprometido con mi esposa y rechacé su oferta. Aquel hombre aguardó a que invirtiera toda mi fortuna y que contrajera cuantiosos préstamos en aquel negocio para promover mi destitución un año después, acusándome de no cumplir los plazos establecidos.

—Duro negocio este de las cecas, que a tantos hombres deja arruinados —comentó Gonzalo Rodríguez de Santa Cruz.

—Para no perderlo todo, tomé lo que pude llevarme y volví a Ciudad Real para comenzar de nuevo, aunque, como ya sabéis, tampoco tuve mucha suerte trabajando para el tesorero Gutierres.

—No son buenos tiempos para las finanzas, ni aquí ni en ninguna parte —dijo Juan de Ciudad—. Pero no habéis contestado a mi pregunta sobre el cuño que nos falta.

—Uno de los objetos que pude llevar conmigo fue el cuño anverso de un enrique de plata. Quizás pueda adaptarlo para convertirlo en un reverso y usarlo junto con el que hemos encontrado para acuñar los cospeles de vuestro padre.

—Pero cada cuño pertenece a una moneda distinta. ¿Es posible labrar moneda de esta forma? —dijo el médico, extrañado.

—No es lo habitual, pero no sería la primera vez. Hay veces que en la ceca corre prisa acuñar la serie y no hay tiempo que perder en tallar los cuños, ya que el rey necesita el dinero a toda costa y lo antes posible. Si la ley de la

plata es buena, no creo que el maestro ponga reparos al cofre lleno de monedas que le vayáis a entregar.

Juan de Ciudad apretó el brazo de aquel hombre, agradecido por cuanto estaba dispuesto a hacer para ayudarlos.

—Mi padre ha depositado toda su confianza en vos, y todos nosotros sabremos estaros agradecidos por lo que estáis haciendo —dijo Juan de Ciudad con la mirada sincera.

—Vuestro padre me ayudó cuando lo necesité, igual que a otros muchos, y gracias a él pude salir adelante. Es una deuda que tengo pendiente con él, y me encuentro muy gustoso de liquidarla.

DEL AMOR Y DE LAS LETRAS

Las tropas castellanas abandonaron el sitio al que habían sometido a Toro en los últimos días. Los castellanos sabían que aquel cerco no conduciría a ningún resultado concluyente si los portugueses no aceptaban enfrentarse en campo abierto. Hernando y Jorge Manrique habían logrado traer consigo a toda la guarnición del alcázar sin que la fortaleza fuera rendida, ya que el rey Femando no descartaba volver a intentar la conquista de la ciudad. Juan de Monroy, el alcaide de la fortaleza, regresó sano y salvo junto a su esposa, Antona García, aquella valerosa mujer que no había dudado en presentarse ante el mismísimo rey para suplicar por la vida de su esposo. Los castellanos ya habían recogido sus pertrechos y los primeros contingentes se habían puesto en marcha con dirección a Tordesillas cuando los hombres de Jorge Manrique regresaron al campamento acompañados de los soldados de la guarnición del alcázar sin ninguna baja. Antona corrió hacia su marido cuando lo vio aparecer y se abrazó a él sin importarle las muestras de cariño que profesaba a su esposo delante de la tropa. La mujer agradeció a Hernando y a Jorge Manrique el riesgo que habían corrido para rescatar a aquellos hombres y les besó, agradecida, las manos. Después se dirigió al grupo donde se encontraba el rey Femando acompañado del conde de Paredes.

—Gracias, majestad; nunca olvidaremos lo que habéis hecho por mi marido y por mí. Os juro que, si algún día decidís regresar a Toro, yo misma os abriré las puertas de la ciudad para que podáis entrar triunfante con

vuestras tropas.

Algunos no entendieron la retirada de las tropas castellanas ni las razones para el levantamiento del cerco, pero los consejeros del rey Fernando valoraron que aquel llamamiento del rey había servido para tomar medida de las fuerzas con las que contaba en aquella guerra, de los nobles, obispos, ciudades y órdenes militares que le habían prestado su apoyo. La hazaña del alcázar de Toro sirvió para que el rey se fijara en los dos hombres que habían conseguido llevarla a cabo. Jorge Manrique resultó ligeramente herido en un hombro por los mismos hombres a los que pretendía rescatar, pero había demostrado buen criterio al guiar al pequeño escuadrón al que dirigía. Por otro lado, aquella fue la primera vez que el rey Fernando oiría hablar de Hernán Pérez del Pulgar, que había demostrado arrojo y determinación para trepar por las encrespadas murallas del alcázar y dotes de persuasión para convencer a los hombres que allí resistían para que abandonaran la plaza.

El valor del joven sirvió para que el rey se interesara por su causa y por las razones de su presencia en aquellas tierras tan alejadas de su ciudad natal. Rodrigo Manrique se encargó de poner al día al rey Fernando sobre el cariz que habían tomado los acontecimientos en La Mancha, a través de la misiva que le había entregado el joven. Desde aquel instante, Manrique recibió el encargo del rey de llegar con su ejército hasta Ciudad Real y liberarla de la ocupación y de la tiranía que estaba padeciendo por causa del maestre de Calatrava.

Rodrigo Manrique se puso en marcha al frente del ejército real, junto con don Diego Fernández de Córdoba, conde de Cabra, a los que se habían unido el clauero, don García López de Padilla, y el comendador mayor de la Orden de Calatrava, don Fernando Gómez de Guzmán, abiertamente enfrentados al maestre de su orden.

Las tropas reales se dirigieron hacia al sur, pero, debido al agotador calor del verano, tardaron cerca de dos semanas en llegar a la villa calatrava de Villarrubia de los Ojos, situada a poco menos de dos jornadas de Ciudad Real. La villa no ofreció resistencia: el comendador de Villarrubia había huido ante la inminente llegada del ejército real, a cuyo frente cabalgaban el clauero y el comendador mayor, principales dignidades de la orden.

La villa se situaba en un llano, rodeada de extensos encinares que hacia el

sur dejaban paso a las fértiles vegas del Guadiana y del Gigüela y a los insalubres humedales que se formaban donde confluían. Hacía el norte los encinares se hacían cada vez más boscosos por las laderas de las sierras próximas.

El ejército decidió darse una tregua en su avance hasta calibrar la situación en la que se encontraba Ciudad Real y averiguar el contingente de tropas del que disponía Rodrigo Téllez Girón. La información que Hernando facilitó a los capitanes fue crucial para determinar los accesos y puertas de entrada, el estado de las defensas, el número de calatravos que la tenían tomada y otros detalles que resultarían de interés para planear el asalto a la ciudad. Rodrigo Manrique no estaba dispuesto a repetir el mismo error que había cometido Fernando al poner cerco a Toro. Sabía que si se aproximaba de forma abierta, con todo su ejército desplegado, el maestre calatravo se haría fuerte en la ciudad y que resistiría el cerco todo cuanto le fuera posible para entretenerlo el mayor tiempo guerreando en la conquista de las principales ciudades de La Mancha. Por ese motivo, necesitaba un ardid que impidiera a los calatravos percatarse del asalto hasta que fuera demasiado tarde, sin que pudieran reaccionar a tiempo, y evitar el cierre de las puertas de acceso a la ciudad.

Las tropas castellanas se habían instalado por toda la villa. Los capitanes y oficiales se alojaron en las casas de los prohombres del lugar y en las casas del comendador de Villarrubia, construidas junto a las murallas de una antigua fortaleza árabe. El resto del ejército desplegó el campamento en los alrededores. Hombres y bestias bullían por todas partes durante el día procurando refrescarse en fuentes y arroyos próximos para calmar el calor de aquel seco verano.

Al llegar la noche, desde la distancia podían verse las hogueras encendidas por los soldados, que intentaban cocinar las provisiones que les habían repartido o lo que habían cazado en las boscosas laderas de la sierra próxima.

Hernando contemplaba la pequeña fogata que había preparado para cocinar la liebre que no había escapado al certero disparo de su ballesta. Se había alejado de otros grupos que después de llenar la tripa canturreaban, bebían y porfiaban entre ellos. Mientras la liebre se asaba al fuego de la

hoguera, el joven se encontraba sentado sobre una piedra en el suelo, y utilizaba como mesa una banca de madera en la que se apoyaba para escribir sobre un libro de legajos.

—No me parecen la mejor hora ni el mejor sitio para escribir lo que con tanto interés parece ocupar vuestra atención —dijo una voz que se le acercaba por detrás.

Hernando se sobresaltó, y, cuando intentó incorporarse, golpeó sin querer la banqueta sobre la que se apoyaba, derribó los útiles de escritura y el libro cayó al suelo, y a punto de hacerlo sobre la hoguera de no ser por la rápida intervención de Jorge Manrique.

—«Dios, por vuestro amor, reverencia y honor, empiezo este libro, que es de mil proverbios...» —leyó el comendador de Montizón después de sacudirlo para quitarle los restos de ceniza que había cogido—. ¡Vaya, esto promete!

Hernando se lo quitó de las manos para guardarlo dentro de sus alforjas después de recoger también los útiles de escritura sin hacer ningún comentario.

—¡Eh, no debes avergonzarte por tu afición a escribir! —dijo Manrique, reprochándole su actitud—. No eres peor guerrero por sumar tu gusto por la escritura a tu fuerza y destreza con el acero.

Hernando lo miró sorprendido. No sabía distinguir si su amigo bromeaba o si hablaba en serio. El mundo militar y el de la caballería nunca habían hecho buenas migas con las artes y las letras. Hacía tiempo que había comenzado a escribir aquel libro que llevaba consigo a todas partes y donde anotaba frases y pensamientos filosóficos, traducidos del latín muchos de ellos, y donde, de vez en cuando, dejaba constancia de pensamientos populares salidos de bocas sin cultura ni educación, pero fruto de la sabia reflexión y de la experiencia.

—No me avergüenzo —contestó el joven mientras terminaba de cerrar la alforja—; digamos que no quiero que nadie ponga en duda mi valor y mi arrojo en el campo de batalla.

—Eso mismo creí yo durante mucho tiempo. Pensaba que mi padre no comprendería mi afición por la poesía y la escritura, y me ocultaba cuando escribía, pero luego descubrí que mi familia estaba llena de poetas; mi tío Gómez, mi propio padre... —Hernando lo miró sorprendido—. Sí, el maestre

don Rodrigo Manrique, el mismísimo conde de Paredes, también escribe poemas.

Hernando sonrió por la naturalidad con la que Jorge Manrique desvelaba la afición literaria de su familia.

—Además tengo algo que confesarte —continuó Manrique—: el culpable de mi tardanza en acudir al llamamiento del rey en Tordesillas fue un poema. Lo titulé «Castillo de amor»; las estrofas llevaban días rondándome la cabeza, las palabras tomaban forma, pero no eran las precisas. Recibí la misiva urgente de mi padre, pero no podía dejar aquel poema sin acabar. Lo que no termina de fluir de principio a fin se seca antes de que la tinta capte el significado del sentimiento que ponemos en ello. Y no pude abandonar aquel poema hasta que lo acabé del todo.

Hernando sonreía divertido las que creía exageraciones de su amigo, sin dar crédito a lo que estaba oyendo.

—Exageras —le respondió el joven.

—Puedo jurar por lo más sagrado en este mundo, que es doña Guiomar de Meneses, que es verdad cuanto digo, aunque puedan parecerte exageraciones.

—Si juras por una mujer, te creo.

—Sí, y no es una mujer más: es mi esposa, la mujer más virtuosa y bella que jamás haya visto la luz del sol, la que alienta mi vida todos los días y por quien mi brazo combate para acrecentar su honor y honra.

—Vaya, no te creía tan afectado por los dardos de Cupido.

—Sí, cierto es, y tú deberías buscar una mujer a la que amar —dijo Manrique.

—¿Y quién te ha dicho que no la he encontrado ya?

Manrique se echó a reír como si hubiese descubierto el punto débil de aquel joven con el que había hecho tan buenas migas desde que se conocieron.

—¡Vaya, bien callado que te lo tenías! Imagino que te recibirá con los brazos abiertos cuando les arrebatemos esa ciudad a los calatravos.

—No puedo dejar de pensar si ella y su familia están bien. Acabé con dos hombres que la atacaron, y no sé si eso les habrá traído más complicaciones. Solo deseo volver cuanto antes y asegurarme de que no les ha pasado nada.

—Todo acabará bien, ya lo verás —dijo Manrique poniéndole la mano sobre el hombro—. Seguro que pronto estarás a su lado y que esta amarga

espera te parecerá un mal sueño.

En ese instante un guardia se acercó hasta los dos hombres con gesto de llevar buscándolos durante un buen rato.

—Mi señor, vuestro padre os solicita que acudáis de inmediato a su presencia, y también vos, Pulgar. Me ha insistido en que os recalque que es urgente.

Jorge Manrique se puso en pie de inmediato ante las urgentes palabras del emisario, miró a Hernando con un gesto de resignación y el joven devolvió la misma mirada a la liebre que se estaba terminando de asar en la fogata y que habría de esperar para otro momento.

LA LIQUIDACIÓN DE LA ALCABALA

Juan de Ciudad y Diego de Villarreal llegaron en carreta hasta las puertas del alcázar. Los guardias de la fortaleza les dieron el alto antes de que pudieran descender del carruaje. Los arrendadores de las alcabalas y rentas reales habían claudicado ante las amenazas de Rodrigo Téllez Girón. Sancho de Ciudad no se encontraba bien, y no había podido acompañar a sus dos socios en aquella delicada transacción: en su fuero interno, todos temían un arrebató de ira del maestre y en el delicado estado de salud el de Ciudad no podría superar una temporada en las mazmorras, como les ocurría a muchos de los que osaban tratar con el maestre calatravo. Sin embargo, si todo transcurría con normalidad, no era probable que el maestre se enojase al verlos, antes al contrario: estaría encantado de recibirlos, ya que cumplían con sus órdenes de liquidar con él las alcabalas que le correspondían a la Corona.

No les costó mucho convencer a los guardias para que les franqueasen el paso en cuanto los hombres insinuaron que llevaban un cargamento de monedas para el maestre; los guardias incluso se ofrecieron a transportar los cofres. El maestre ya sabía de la llegada de los recaudadores, y sintió gran alivio al saber que durante una buena temporada tenía asegurado el pago de la soldada de sus hombres, que ya comenzaban a mostrar problemas de disciplina. Cuánto añoraba la época en la que los freiles de la orden formaban el contingente militar sin tener que recurrir a hombres de soldada ajenos a la institución...

Rodrigo se felicitó por haber presionado con amenazas a los recaudadores para que le liquidasen la alcabala, aunque hacía pocos días que, de rodillas, le suplicaban más plazo y una quita en el importe que liquidar.

Recordó que, siendo niño, su tío don Juan Pacheco le aconsejó que debía cuidar la relación con los judíos porque su capacidad para emprender negocios era digna de admiración. Recordaba el juicio y ajusticiamiento de los cinco asesinos de una familia de judíos en Almodóvar del Campo, a quienes habían matado y deshonrado para robarles todas sus pertenencias. Aquel fue el primer litigio que tuvo que presidir como flamante maestre de Calatrava.

—Mira fijamente a los ojos de aquel a quien te encuentres juzgando cuando pronuncies la sentencia, contundente y convencido de tu veredicto, ofendido y agraviado como si el delito se hubiera cometido contra tu persona. Solo así conseguirás infundir respeto a quienes juzgas —dijo Pacheco al oído de su sobrino.

—Yo, Rodrigo Téllez Girón, maestre de la Orden de Calatrava, mando y ordeno que los cinco acusados sean colgados hasta morir por la gran maldad cometida contra los susodichos vecinos de Almodóvar. —Se detuvo un instante, como si hubiera olvidado algún detalle, y miró a su tío de reojo, pero recordó de inmediato—: Y además mando que sean privados de sus bienes y se entreguen a los familiares de sus víctimas para repararles el daño causado.

Un gran murmullo se hizo en la sala; los acusados se dejaron caer de rodillas suplicando clemencia, proclamando que eran inocentes y que todo había sido una equivocación, pero resultó inútil. Por indicación de Pacheco, Rodrigo abandonó la presidencia de la sala con la misma prestancia con la que había entrado, y los condenados fueron ejecutados.

Desde entonces había cuidado la relación con los judíos y con quienes se habían convertido a la fe cristiana aunque practicaban en secreto su propia religión. En más de una ocasión ya lo habían sacado de algún apuro económico mediante ventajosos préstamos concedidos en inmejorables condiciones. Pero esta vez no le había quedado más remedio que presionar a los recaudadores de la alcabala.

Los dos hombres se presentaron ante el maestre cargados con uno de los cofres, mientras dos guardias transportaban el otro. Sin decir palabra los

depositaron frente al calatravo, que se encontraba aguardándolos, y los abrieron para mostrar su contenido.

—Me alegra que hayáis dado cumplimiento a vuestra obligación de liquidar la alcabala con vuestro señor —dijo Rodrigo, satisfecho.

—Ya sabéis de las dificultades que hemos tenido que superar para ello y de la irrecuperable merma que para nuestras propiedades supone liquidar el impuesto en estas condiciones —dijo Juan de Ciudad con tono lastimero.

El maestre se acercó a los cofres llenos de monedas y cogió un puñado.

—Cualquiera diría que las acabáis de labrar, por lo nuevas y flamantes que se encuentran —dijo el maestre observándolas de cerca mientras los dos hombres se miraban de reojo.

—He de confesaros que para hacer este pago nos hemos endeudado pidiendo prestado a amigos y familiares que en muchos casos nos han ayudado con sus ahorros, y, como sabéis, la gente tiende a pagar con las monedas más gastadas y a guardar las nuevas —atinó a decir Juan de Ciudad ante la certera apreciación del maestre.

—Pero no seré yo quien ponga reparos a tan hermoso cargamento, que contribuirá a la gloria y a la causa de la reina doña Juana de Castilla —dijo el maestre sirviendo una copa de vino a sus invitados.

Los dos hombres se miraron con recelo, pero no se atrevieron a rechazar la copa que les ofrecía el calatravo.

—¿Qué tal se encuentra vuestro padre? —preguntó Téllez Girón, para sorpresa de Juan de Ciudad.

—Os ruega que le disculpéis por no haber acudido él mismo a entregaros este cargamento, pero está delicado de salud desde el día en que nuestra casa fue asaltada.

El maestre movió afirmativamente la cabeza dando por buena la excusa.

—Bien, estoy satisfecho porque habéis cumplido con lo que esperaba de vos, y os prometo que en el futuro seguiremos haciendo negocios juntos. Por eso, desde ahora, os considero a vos y a vuestras familias aliados de la orden, y os tomo bajo mi protección para que nadie ose haceros ningún daño ni vaya contra vuestras posesiones.

El maestre brindó con los dos hombres uniendo sus copas, y ellos agradecieron la largueza del calatravo mientras se miraban desconcertados.

Los arrendadores abandonaron la sala del alcázar y el maestre quedó solo con aquellos cofres llenos de monedas de plata. Se dejó caer en el sillón en el que solía recibir las visitas y volvieron a aflorar sus recuerdos de niñez.

Recordó que, todavía siendo un muchacho, bajaba a toda prisa las escaleras del palacio de los maestros, en Almagro, para alcanzar a su hermano Juan, con quien solía porfiar en carreras, peleas y lucha con espada. Aquella costumbre ya había derribado en varias ocasiones a algunos sirvientes que subían cargados con la comida desde la cocina situada en la planta baja. Nadie se atrevía a reprender al maestre ni a decirle lo que debía o no debía hacer, excepto su madre, que en alguna ocasión le había corregido su actitud en privado. Mientras Rodrigo descendía a toda prisa por la escalera principal, se encontró de frente con Juan Pacheco, que traía el rostro cambiado.

—¿Se encuentra vuestra madre en sus aposentos? —preguntó el marqués de Villena sin detenerse—. Seguidme, traigo graves noticias.

Rodrigo y Juan siguieron a Pacheco hasta las habitaciones de su madre, que, al verlo aparecer, presintió que algo sucedía.

Su hijo Alonso, el joven conde de Ureña, acababa de morir víctima de una enfermedad. Hacía dos años que había heredado el mayorazgo tras la muerte de su padre, Pedro Girón.

Después de consolar a la mujer y a los dos hermanos, Pacheco pidió a los muchachos que salieran de la habitación mientras hablaba con su madre. Pero, tras la puerta, Rodrigo intentaba escuchar lo que trataban.

—Lo que os estoy proponiendo es lo mejor para la familia —decía Juan Pacheco a Isabel de las Casas—. Juan debe suceder a vuestro hijo Alonso como conde de Ureña.

—Pero Rodrigo es el mayor de los dos, y, además, el testamento de su padre así lo estipula en caso de ocurrir lo que fatalmente ha sucedido —decía Isabel sollozando.

Rodrigo mantenía la oreja pegada a la puerta para escuchar lo que estaban hablando, y Juan intentaba lo mismo, pero el esfuerzo resultaba inútil.

—¿Qué está ocurriendo? No logro escuchar ni una palabra —dijo el joven Juan.

Desde dentro, Pacheco volvió a insistir:

—Para que Rodrigo pueda heredar el mayorazgo que instituyó mi hermano,

debe renunciar al maestrazgo de Calatrava, e imagino que comprendéis que eso sería un error irreparable para la influencia de nuestra familia en los asuntos de gobierno.

—Sí, y vos seríais el primero en sentirlo —respondió Isabel, dolida.

—Os recuerdo que yo actúo como tutor de vuestro hijo por deseo expreso de mi hermano.

—A Rodrigo no le gusta contender con monjes y caballeros, no le agradan los actos públicos y religiosos en los que se ha visto obligado a participar desde que era un niño; anhela la vida normal de un muchacho de su edad —dijo la mujer.

—Rodrigo no puede olvidarse de la familia a la que pertenece, y, esté donde esté, habrá de asumir su responsabilidad.

—Sí, pero estoy segura de conocer los deseos de mi hijo —zanjó la mujer.

En aquel momento, acudió un grupo de caballeros acompañados de Enrique de Figueredo, el chanciller en el que Juan Pacheco había delegado no solo el cuidado de los hijos de su hermano, sino también los asuntos de gobierno de la orden. Aquellos hombres saludaron a Rodrigo, y le transmitieron el pesar por la muerte de su hermano. Aguardaban expectantes a que el marqués de Villena acabara la conversación con su madre, lo que no se hizo esperar. Por fin se abrió la puerta y Juan Pacheco e Isabel de las Casas salieron de la habitación.

—Amigos que nos acompañáis en estos tristes momentos en los que a esta familia se le ha arrebatado uno de sus ilustres miembros: el joven Alonso, a quien siempre todos llevaremos en nuestro corazón —dijo Pacheco a los asistentes—. Era deseo de mi hermano que, en caso de que el destino asestase este cruel zarpazo, le sucediera el segundo de sus hijos como conde de Ureña en el mayorazgo que él instituyó.

Rodrigo esbozó una leve sonrisa pese a la gravedad del momento. Por fin podría cambiar su vida y abandonar aquel mundo de religión, armas, cánticos de iglesia, de caballeros y campesinos, de soldados y pastores. El destino había querido sonreírle aunque hubiera sido a costa de la muerte de su hermano mayor.

—Por eso, aclamemos todos a don Juan Téllez Girón como segundo conde de Ureña, que pronto tomará posesión de su señorío —dijo Pacheco

dirigiéndose hacia el joven que se encontraba ajeno a todo detrás de un grupo de personas, como si aquello no fuera con él.

Rodrigo miró con avidez a su madre, que evitó encontrarse con su mirada inquisitiva y desesperada. No podía dar crédito a lo que estaba pasando. Estaban a punto de arrebatarse el mayorazgo de la familia delante de sus propias narices.

Pacheco explicó que, en contra de lo que la gente creía, Rodrigo y Juan eran mellizos, aunque Juan era el mayor de los dos por haber nacido antes. Los presentes dieron por buenas las explicaciones del marqués por la confirmación que de los hechos hizo Isabel de las Casas, mientras por sus mejillas caían dos lágrimas, una por el hijo que había muerto y otra por el que la odiaría el resto de su vida.

LA ESTRATEGIA DEL MAESTRE

Rodrigo Téllez Girón se terminaba de vestir frente a un hermoso ventanal del alcázar por el que entraban los primeros rayos de la mañana. Una joven del partido dormía desnuda y tendida sobre la cama; sus formas redondeadas, cual talla pulida, y su piel blanca, suave y tentadora habían arrebatado la pasión del maestro en varias ocasiones hasta que el gallo cantó aquella mañana. La mujer intentó sin éxito que su fugaz amante prolongara su despertar junto a ella, pero aquella mañana Rodrigo había convocado en el alcázar a los hombres que formaban su consejo en la ciudad para tomar importantes decisiones.

Mientras se vestía, contemplaba el cuerpo de la mujer, que, adormecida, ya había renunciado a mantenerlo junto a ella. Rodrigo no pudo evitar que acudiera a sus pensamientos el recuerdo de Constanza, la bella tabernera con la que aquella mujer tendida en su lecho tenía un parecido más que evidente y por la que se sentía especialmente atraído el joven maestro.

Envuelto en aquellos recuerdos no pudo evitar preguntarse por qué aquella tozuda muchacha se había empeñado en desafiarlo y ponerlo a prueba. Se convenció de que había actuado como debía: no podía consentir que una mujerzuela que se entregaba al primero que le mostraba su bolsa en la taberna lo pusiera entre la espada y la pared. Las atenciones que había tenido con ella en las últimas semanas, antes de su muerte, le impidieron comprender cuál era su papel en aquella relación. Sus exigencias lo enojaron, pero ella insistió en

que el maestre legitimase al bastardo que esperaba.

—Señor —le dijo entonces Constanza en un intento de dotar su petición de la solemnidad que requería—, durante este tiempo habéis sido testigo de mi estado, que no albergaba preñez alguna hasta que os he conocido, pero ahora Dios ha querido premiarme con un hijo de vos, y el cielo y yo misma nos regocijaríamos de vuestra decisión si accedieseis a reconocer la criatura que llevo en mi seno como hijo vuestro.

El maestre estalló en una carcajada de la que le costó trabajo calmarse: no cabía más humillación sin pronunciar palabra alguna que aquella risa incontinente ante la petición de la muchacha.

—No me hagas reír —decía Rodrigo casi sin poder detenerse para coger aliento—. De verdad sabes cómo divertir a un hombre y que tus palabras parezcan sinceras.

—Nunca he hablado más en serio —dijo, irritada, la joven, aguantando la humillación de sus palabras—. Vuestro padre también era maestre de Calatrava, como vos ahora, cuando reconoció como hijos suyos a vos y a vuestros hermanos, sin haber contraído matrimonio con vuestra madre.

—¡Te prohíbo que menciones a mi madre! —gritó Rodrigo, enfadado—. ¡Y no se te ocurra compararte con ella!

—¿Y por qué no? ¿Acaso no llevo yo también en mi vientre la semilla del maestre de Calatrava? —dijo Constanza, desafiante.

—¿Y de verdad crees que voy a reconocer a ese bastardo? —le espetó Rodrigo cuando se dio cuenta de que las palabras de la mujer iban en serio.

La joven calló por un instante desengañada y dolida por las crueles palabras de su amante.

—Estoy segura de que en la corte estarán muy interesados en conocer los planes que habéis tramado con vuestros tíos para deshaceros de la infanta Isabel —dijo mientras se disponía a abandonar la habitación que compartía entonces con el maestre en la encomienda de las Casas de Ciudad Real.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Rodrigo, intrigado, mientras rebuscaba en el escritorio—. ¿Dónde están las cartas que había en los cajones de esta mesa? ¿Qué has hecho con ellas?

—Si os referís a las cartas de vuestro tío el marqués de Villena y las del arzobispo de Toledo, se encuentran a buen recaudo.

Rodrigo cambió su gesto de indignación por una sonrisa, intentando parecer más calmado delante de aquella joven que se había atrevido a desafiarlo.

—¿Y por qué piensas que esas cartas son tan importantes? —preguntó Rodrigo, pasando suavemente la mano sobre la mesa.

—Porque demuestran que os proponéis asesinar a la infanta Isabel en cuanto visite Ciudad Real.

—No sé quién te ha podido convencer de tal cosa —dijo Rodrigo, sin perder la calma que había recuperado—. Será mejor que me las devuelvas; no creo que mis tíos vieran con buenos ojos que una correspondencia privada con su sobrino circule de mano en mano.

—No os molestéis en engañarme —dijo la muchacha mientras terminaba de coger sus cosas de la habitación—; de niña entré al servicio de una señora que me procuró educación como lo hizo con sus hijas, y aprendí a leer.

Rodrigo se fue hacia ella y la atrapó antes de que pudiera salir de la habitación.

—¡Maldita zorra! Vas a entregarme esas cartas ahora mismo o tu bastardo jamás verá la luz del día —dijo Rodrigo mientras la sujetaba del cuello, a punto de estrangularla.

La muchacha accedió a regresar a su casa acompañada por dos calatravos para recuperar las cartas que le había robado al maestro, pero la joven no quería deshacerse de la única baza que tenía para forzar a Rodrigo Téllez Girón a legitimar a su hijo. Ni los golpes ni las patadas en la tripa que le propinaron los hombres del maestro hicieron desistir a Constanza para que abandonara su silencio, y la mujer murió desangrada aquella mañana, aunque el muchacho del mechón blanco la oyó gemir y avisó a la partera, que nada pudo hacer por aquella desgraciada.

Rodrigo seguía encolerizado con ella; todo se había destapado por su culpa, y, quizá, los acontecimientos se hubieran desencadenado de otra manera. Sin embargo, echaba de menos aquel cuerpo que tanto le hizo gozar y que tanta pasión despertó en él. Nunca otra mujer le había hecho sentir tal deseo incontrolado, aunque, de vez en cuando, se consolaba en su recuerdo cuando alguna joven que se cruzaba en su camino, como la que aquella mañana dormía en su lecho, le hacía evocar su cuerpo, el timbre de su voz o la

intensidad de su mirada.

Cuando Rodrigo abrió con determinación las puertas del salón, ya se encontraban en él sus hombres de confianza, que le habían servido como consejeros en las últimas semanas y meses.

Las noticias que llegaban de fuera no eran halagüeñas. Después del intento fallido de poner cerco a la ciudad de Toro, el rey Fernando había encomendado la liberación de Ciudad Real a don Rodrigo Manrique, conde de Paredes y flamante maestro de la Orden de Santiago. Muchos leales a los reyes Isabel y Fernando se habían unido a las tropas, como el conde de Cabra, don Diego Fernández de Córdoba, y otros conocidos de Téllez Girón como el clavero de Calatrava, García López de Padilla, y el comendador mayor de la orden, Fernán Gómez de Guzmán. En su avance durante los primeros días de agosto, el ejército ya había entrado en territorio de la orden y había rendido la villa calatrava de Villarrubia de los Ojos, donde se había detenido para abastecerse.

—No podemos quedarnos impasibles mientras el ejército de Manrique saquea cuantas encomiendas se encuentra a su paso de camino a Ciudad Real. Hay que detenerlo y presentarle batalla antes de que cruce el Guadiana —dijo frey Diego de Loaisa.

—Aunque sus tropas son superiores en número a las nuestras, creo que podríamos derrotarlo en campo abierto sin muchos contratiempos. He oído que los hombres fueron reclutados con mucha premura para apoyar a Fernando en el sitio contra la ciudad de Toro y que la mayoría de los soldados prefieren el arado a la espada —bromeó el comendador de las Casas de Ciudad Real, frey Ramiro de Guzmán.

Rodrigo permanecía callado mientras escuchaba los comentarios de sus hombres, y, moviendo ligeramente la cabeza de un lado a otro, no ocultaba su desacuerdo.

—¿Y por qué íbamos a desaprovechar la ventaja defensiva que nos proporcionan estas murallas? —dijo tajantemente el maestro—. Si Manrique quiere liberar Ciudad Real, que venga a quitárnosla. El tiempo que pierda guerreando para recuperarla no lo hará luchando del lado de Fernando.

—Pero si permanecemos con los brazos cruzados, saquearán nuestras villas, que se encuentran indefensas —replicó de nuevo frey Diego de Loaisa

— Vuestros vasallos os pedirán auxilio para que acabéis con las tropelías de los castellanos en su avance.

El comendador de Valdepeñas sabía que si el grueso de las tropas calatravas permanecía en Ciudad Real, el territorio calatravo quedaba desguarnecido y las villas de la orden quedaban a merced del ejército de Rodrigo Manrique.

—Tranquilos, nuestros dominios no serán saqueados —dijo, contundente, el maestre—, no mientras García López de Padilla acompañe a Manrique. Ese clavero traidor aspira a quitarme el maestrazgo, y no atentará contra las villas y aldeas que pretende gobernar, a menos que ofrezcan resistencia, y las guarniciones que han quedado no podrían detener ni a una bandada de gansos.

—Miguelturra y Aldea del Rey apoyarán a Padilla —intervino frey Ramiro de Guzmán—; no dudarán en unirse a nuestros enemigos. Todavía mantiene su jurisdicción sobre ellas, y, con el apoyo de Miguelturra, contarán con un enclave estratégico desde el que poder acosarnos casi a las mismas puertas de la ciudad.

—¡Esa rata de dos patas...! —dijo Rodrigo Téllez Girón apretando los dientes—. Tenía razón mi padre cuando me previno contra él. Desde que su hermano el maestre, el otro Padilla, murió en el asedio de Calatrava, siempre buscó sucederle, y nunca se ha conformado con la clavería. Esa sabandija se opuso a mi nombramiento al morir mi padre y ahora tiene dividida a la orden.

Mientras don Juan Pacheco, el marqués de Villena, ejerció la tutela de Rodrigo Téllez Girón, cuando siendo apenas un niño fue nombrado maestre de Calatrava, García López de Padilla dejó aparcadas sus aspiraciones a ocupar el maestrazgo para no enfrentarse con el hombre más poderoso de Castilla, pero, después de su muerte, el clavero de la orden no disimuló su ambición, y en aquella guerra fratricida que se estaba gestando se alineó con el bando contrario.

—Estoy seguro de que Padilla no busca provocarnos una rendición honrosa, sino una derrota humillante, pero debemos actuar con sangre fría. —Rodrigo se detuvo un instante para sobreponerse a su propia rabia—. Está decidido: los esperaremos aquí.

Rodrigo se acercó hasta un mueble, de donde extrajo un legajo enrollado que desplegó sobre la mesa y que, aunque al principio sorprendió a los

presentes, al instante reconocieron como un curioso croquis de la ciudad sobre el que poder tomar decisiones.

—Está bien —dijo Rodrigo, intentando orientarse en el plano—; revisad y acelerad el trabajo de reconstrucción de las murallas sobre esta zona y reforzad la construcción de las puertas de acceso. Adelantad el toque de queda al atardecer de cada día y requisad todo lo que estos culipardos puedan utilizar como armas contra nosotros. No quiero sorpresas: palas, horcas, herramientas... Haced acopio y comenzar a racionar los alimentos por si hubiera que aguantar un asedio largo.

—Maestre, tenemos un problema con el agua —dijo Álvaro de Pecellín—; los pozos de la ciudad se están secando, y este maldito calor que hace no nos ayuda en nada. Los hombres aguantan a duras penas las guardias en las horas de más calor, y está cundiendo el desánimo.

—Comenzad a disciplinar a los hombres si no queréis que cada día cuelgue a tres de ellos en la plaza Mayor por indisciplina. Acuarteladlos a todos en lugares estratégicos y convenientemente distribuidos. Requisad todo el vino de las tabernas y expulsad a las putas de la ciudad como si fuera Cuaresma.

—Todo se hará como ordenáis.

El corregidor sabía que si la ciudad era tomada por las tropas castellanas de Rodrigo Manrique, tendría los días contados en el cargo, si no resultaba ejecutado para general escarmiento. Por ese motivo respiró tranquilo cuando Rodrigo Téllez Girón tomó la decisión más prudente, la de resistir dentro de la ciudad el asedio de los castellanos, en la confianza de que el avance portugués en la frontera hiciese regresar a las tropas enviadas para liberar Ciudad Real.

EL POZO DE LA IGLESIA DE SANTIAGO

Cuando Rodrigo Téllez Girón llegó con sus hombres a la iglesia de Santiago, la sombra del reloj canónico, situado en la fachada sur del templo, marcaba la hora tercia. El maestre abrió la puerta de la iglesia con brusquedad y entró con determinación. Se santiguó e hizo una rápida genuflexión. La intempestiva entrada del maestre sorprendió al presbítero Felipe Lanza arrodillado frente al altar y rezando las oraciones y lecturas que correspondían a ese momento del día.

El maestre caminó despacio hasta el ábside por la nave central del templo, aunque sus hombres permanecieron junto a la puerta lateral por la que habían entrado. Felipe Lanza se giró sorprendido por la impetuosa entrada del calatravo, pero, al verlo, decidió continuar con sus rezos hasta acabarlos. Rodrigo Téllez Girón dirigió su mirada a la techumbre para admirar el espléndido artesonado que la recubría. Se sustentaba sobre ocho pares de tirantes que se apoyaban sobre hermosos canes decorados con escudos y figuras, igual que el arrocabe que recorría, a modo de friso, el perímetro de la nave. Las delicadas manos artesanas que lo fabricaron produjeron un hermoso trabajo de lacería, con estrellas de ocho puntas, flores lobuladas y hermosos mocárabes. Entre los escudos que aparecían en la armoniosa estructura de madera, al maestre le llamó la atención el de uno de sus antecesores en la mesa maestra, el del maestre don Pedro Muñiz de Godoy. En aquel instante esbozó una sonrisa, como si aquella techumbre les hubiera otorgado mayor

legitimidad a sus pretensiones.

Se dirigió hacia la nave de la epístola, junto al crucero a la derecha del templo, y, adosado al último pilar octogonal que sujetaba el cuerpo de las naves, halló lo que había venido a buscar. Se trataba de una estructura circular de piedra que levantaba cerca de un metro desde el suelo y que cubría una tapa de madera de unos siete u ocho palmos de diámetro. Los hombres del maestre procedieron a desclavar la tapa circular. Felipe Lanza se acercó apresurado al lugar donde se encontraban.

—¡Santo Cielo! ¿Es que ni siquiera vais a respetar la casa de Dios?

—Quitad la tapa y desatascad la entrada del brocal —dijo el maestre sin escuchar las increpaciones del presbítero.

—Pero ¿qué pretendéis hacer con ese pozo? —insistió Felipe Lanza, interponiéndose entre la estructura de piedra y los calatravos.

—Los pozos de la ciudad se han secado, incluso los más profundos —dijo el maestre, extrañamente paciente—. Creemos que este fue uno de los primeros que se excavó, aquel que llaman el pozo de Don Gil.

—¿Y qué os hace pensar tal cosa?

—Esta iglesia se encuentra en la zona más baja de la ciudad, y los más ancianos recuerdan haber oído de sus abuelos que esa torre es anterior a la construcción del templo. Pronto sabremos si los que lo excavaron sabían lo que se hacían para sobrevivir en medio de esta tierra yerma.

Cuando hubieron despejado el brocal, el maestre lanzó una pequeña piedra y al poco se la oyó salpicar por el impacto sobre la columna de agua.

—Ha habido suerte; comprobad la profundidad con una cuerda y calculad si será suficiente para abastecernos —dijo el maestre dirigiéndose a sus hombres—. Si es así, acercad los carros y llenad las tinajas y las barricas.

—¿Pero acaso habéis perdido la cordura? —dijo el presbítero, sin dar crédito a la situación—. No pretenderéis convertir la casa de Dios en un lugar donde trajinar el agua o, peor aún, en un vulgar mercado con hombres y bestias entrando y saliendo sin recogimiento alguno.

—Será por poco tiempo; todo volverá a la normalidad en unos días, cuando se profundicen algunos pozos de la ciudad.

—Hay agua suficiente, el pozo es profundo —dijo uno de los calatravos, que se encontraba midiendo la columna de agua con una piedra atada a una

cuerda.

—No consentiré que profanéis la casa de Dios. Daré parte al arcediano y al arzobispo, si fuera necesario, y esta afrenta no quedará así.

—¡Maldita sea! Echaos a un lado y no estorbéis en las tareas, o prometo que ordenaré desmontar tabla por tabla ese artesonado que tan generosamente donó la Orden de Calatrava a esta iglesia y me lo llevaré para enlucir establos y pocilgas.

El clérigo no pudo por menos que claudicar y obedecer. Rodrigo Téllez Girón gobernaba la ciudad con tiranía desde que la conquistó, y el cura no quería tentar a la suerte para evitar ser objeto de su ira. Felipe Lanza reunió los objetos de culto que tenían valor y decidió esconderlos y ponerlos a buen recaudo para evitar que fueran robados en algún descuido.

MENSAJES DE AMOR Y GUERRA

*Entre dos fuegos lançado
donde amor es repartido,
del uno soy encendido,
del otro cerca quemado.*

*Y no sé yo bien pensar
quál será mejor hazer:
dexarme más encender
o acabarme de quemar.
Dezid qué devo tomar.*

Aquella carta había llegado a Tomás de Cuenca a través de Francisca, la hija del jurado Lope de la Zarza. No había vuelto a saber de ella desde que fue liberada de su cautiverio. Cuando Tomás acabó de leer aquellos versos, la joven se sonrojó. Le había costado llegar hasta él porque, desde que fue liberado de las mazmorras del alcázar, se escondía en las galerías subterráneas de su propia casa. La joven se sorprendió al encontrarse con tan

nutrido grupo de personas, a las que conocía en su mayoría, incluido Rodrigo del Pulgar, el padre de Hernando.

—Un mensajero la trajo a mi casa esta mañana, y he creído que deberíais leerla por si la consideráis de importancia —dijo la joven.

—No creo que una carta de amor merezca más testigos que los ojos de quien se ha prendado su autor —replicó Tomás después de leer aquellos versos.

—La carta no venía dirigida a mí, sino a mi hermana Leonor —respondió airada—. El mensajero tenía instrucciones precisas de entregársela a ella y de ocultarla a toda costa de los guardias calatravos.

—Tal vez a vuestra hermana no le agrade que se aireen los versos que le dedica su admirador —insistió Tomás.

—Señor, os lo ruego —dijo la joven—: mi hermana tiene ocho años. Estoy segura de que ha sido Hernando quien la ha hecho llegar hasta ella, sabiendo que yo me oculto de los calatravos desde que asaltaron la tienda de mi padre.

Los presentes se miraron intrigados. Rodrigo del Pulgar casi arrebató la carta de las manos de Tomás y la acercó a un candil para poder leerla con claridad.

—Tal vez sean ciertos los rumores que se oyen desde hace algunos días —exclamó el capitán después de leer los versos—. Quizás es verdad que ahí fuera, a varias leguas, hay un ejército dispuesto a liberar la ciudad y está esperando instrucciones.

El médico Gonzalo Rodríguez de Santa Cruz acababa de llegar, y se acopló en uno de los escasos huecos de la pequeña estancia donde se encontraban.

—El maestre ha acuartelado a sus hombres en varios edificios y ha acelerado los trabajos de refuerzo de puertas y murallas —dijo—. Creo que estamos en lo cierto.

—Si don Rodrigo Manrique dirige ese ejército, existe una explicación para estos versos de amor —intervino de nuevo el del Pulgar.

Tomás lo miró extrañado, pero antes de que pudiera preguntar, prosiguió el capitán:

—Es sabido que don Jorge Manrique, hijo de don Rodrigo, suele acompañar a su padre en las campañas militares; no en vano, es comendador

de la fortaleza de Montizón. Don Jorge es muy dado a escribir poemas y trovas, y es más que probable que haya un mensaje oculto escondido dentro de estos versos de amor.

A nadie se le escapaba que, por la importancia del asunto, mejor hubiera resultado escribir un mensaje más explícito que aquel poema, cuya transcendencia podría haber pasado desapercibida a su destinataria, pero tampoco olvidaban que el control estricto de las puertas de acceso a la ciudad ponía en peligro que el mensaje alcanzase su destino. Los guardias tenían instrucciones de interceptar cualquier misiva que llegase desde el exterior, y el lacre se encontraba rasgado cuando el documento llegó a manos de Francisca, lo que evidenciaba que había sido detectado en los controles de acceso.

El licenciado recuperó la carta de la mano del capitán y tomó asiento junto a una pequeña mesa.

—Veamos. En el poema, el poeta dice dudar entre dos amores. Uno de ellos le enciende la pasión y el deseo, el amor encendido; el otro es un amor antiguo que todavía conserva las brasas del cariño. Y pide consejo sobre cuál de ellos debe elegir...

Tomás vaciló un instante.

—... pero creo que la clave está al final: «Dezid qué devo tomar». Lo que debe tomar, o conquistar, es un lugar. Los amores a los que se refiere son dos enclaves, y nos reclaman que les indiquemos por cuál deben lanzar el ataque.

—Estoy asombrado de vuestras conjeturas —dijo Fernando Valera—. ¿Estáis seguro de que interpretáis correctamente el mensaje?

—No, pero parece encajar. Será difícil identificar los lugares con versos tan ambiguos, pero no cabe duda de que se trata de algún punto de la muralla de la ciudad, de la cerca...

—Aquí dice «cerca quemado» —observó Martínez Cepudo—, y en los ataques de octubre, la noche que ardieron las casas de Barrionuevo, la muralla resultó semihundida y quemada a la altura de la puerta de la Mata.

—Bien, ese puede ser uno de los lugares. Además, es uno de los puntos de la muralla que llevan días reforzando los hombres del maestre —comentó Tomás con entusiasmo—. Probablemente Hernando ha conseguido acercarse a los capitanes y los ha informado de su estado de conservación. Ahora queda

averiguar cuál es el otro. «Entre dos fuegos lanzado donde amor es repartido». Ese debe de ser otro punto.

—El único lugar de la ciudad que conozco donde se reparte amor a raudales es la mancebía —carraspeó Fernando Valera para hacerse oír mejor.

—Cierto —cortó Tomás—; el otro lugar, el otro «fuego», es el alcázar. La mancebía está entre los dos lugares que hemos identificado: la puerta de la Mata y el alcázar.

—Todo tiene sentido —exclamó Rodrigo del Pulgar—: para tomar la ciudad es necesario controlar cualquiera de los accesos, pero a la vez conquistar su principal bastión, el alcázar.

—Estoy de acuerdo con vos —dijo Fernando Valera—, pero no comprendo la pregunta «qué devo tomar». ¿Acaso nos está pidiendo una respuesta?

Rodrigo del Pulgar se acercó de nuevo al documento para asegurarse de la literalidad de sus palabras.

—Tenemos dos puntos que debemos debilitar para facilitar la entrada de las tropas de don Rodrigo Manrique, pero nuestra capacidad desde dentro es escasa. Lanzaremos un ataque contra el alcázar y la cercana puerta de Granada para distraer a los calatravos mientras se acercan las tropas castellanas. Cuando se encuentren próximos a la ciudad, sorprenderemos a los guardias y les abriremos paso por la puerta de la Mata.

—Eso significa que quieren saber con cuántas fuerzas contamos y si seremos capaces de tomar las posiciones indicadas por nuestra cuenta —dijo Fernando Valera—. Vos, capitán, sois el único que tiene experiencia en la lucha, y sabéis mejor que ninguno cuál es la mejor estrategia. Debemos asegurarles que, cueste lo que cueste, mantendremos abierta la puerta de la Mata el día que se propongan atacar.

—No podemos esperar que nos llegue una segunda misiva; sería confiar demasiado en la suerte y creer que los calatravos nos lo van a poner fácil. Creo que el mensaje contiene el día en que se producirá el ataque —observó Rodrigo del Pulgar—. Quizás releiendo el documento...

—¡Cierto! —exclamó Tomás—. Hemos pasado por alto que desde el principio aparecen referencias al fuego y palabras como «encendido» o «quemado», y esa es la manera en que murió san Lorenzo por defender la fe de

Cristo. Su fiesta se celebra el día 10 de agosto; solamente nos quedan cuatro días para organizado todo.

—Sí, parece que tiene sentido, pero no comprendo cómo vamos a sincronizar los ataques. Nada se dice al respecto —afirmó Valera.

—Atacarán al amanecer —señaló Rodrigo del Pulgar con seguridad—, cuando el sol naciente deslumbre a los defensores de la ciudad. La puerta de la Mata está orientada al este, y los defensores tendrán más dificultad para divisar a un ejército que avanza de espaldas al sol.

Los hombres se miraron satisfechos cuando creyeron descifrar aquel intrincado documento de apariencia inocente. Pero a nadie se le escapaba que podrían haber errado en su interpretación o haberse equivocado con respecto al lugar y al día del ataque. También cayeron en la cuenta de que la misma incertidumbre pesaría en el ejército castellano, que aguardaba a prudente distancia, si no recibían noticias de la resistencia de la ciudad.

—Hemos de responder a este mensaje para confirmar su recepción —dijo Tomás, cogiendo papel y pluma e improvisando unos sonoros y rítmicos versos.

*Quien biviere con su grado,
de razón ya despedido,
sígale, pues le a seguido,
para ser de él más privado.*

*Mas si quisiese mirar
a virtud o a buen saber,
no, cierto, el nuevo querer,
mas el viejo comportar
suele mejor remediar.*

Después, Tomás superpuso otro papel en blanco, diferente al documento

que acababa de escribir. Horadó con pequeños agujeros la posición de las letras que quería remarcar, de manera que compuso una especie de rejilla para cada una de las tres palabras que componían el mensaje cifrado y que solamente superpuestas al documento original podían resultar legibles: «san Lorenzo», «amanecer» y «Mata».

De esta sencilla manera compuso las tres coordenadas que el ejército de Manrique necesitaba para atacar la ciudad en relación con el día, hora y lugar del asalto.

Tomás observó a Francisca, que estaba preocupada.

—Estoy seguro de que el joven Hernando contaba con vuestra acertada intuición cuando envió la misiva a vuestra hermana, y no se ha equivocado al confiar en vos —dijo mientras ella devolvía una sonrisa a sus palabras—. Pero ahora debéis hacerle llegar estos dos documentos con la misma discreción que el anterior llegó hasta vos y que, en ningún caso, debéis entregar a una sola persona. Utilizad dos mensajeros diferentes, uno para los versos que he escrito y otro para las rejillas, pero escogedlos bien para que sean discretos; ninguno de los dos escritos debe ser interceptado por los calatravos o, de lo contrario, fracasará todo el plan para reconquistar la ciudad.

UN DÍA DE SAN LORENZO

Tomás de Cuenca salió de su casa cuando se escuchó el gallo cantar aquella mañana de agosto, día de san Lorenzo. Era la primera vez que abandonaba su escondite desde que fue rescatado de las mazmorras del alcázar. Como estaba previsto, se encontró con Rodrigo del Pulgar, que caminaba acompañado de dos criados. Los hombres escondían bajo sus ropajes las armas que habían podido salvar de los registros de los calatravos y caminaban por separado para no levantar sospechas. Encaminaban sus pasos por la calle real de Barrionuevo en dirección hacia la muralla, como lo hacían otros hombres cargados con sus aperos que se cuidaban de guardar las distancias. Nada parecía delatar ni sus intenciones ni que entre ellos existiese avenencia. Por las calles que atravesaban se incorporaron pequeños grupos que charlaban animosamente disimulando sus propósitos. Dos carros atravesaron la real de Barrionuevo en dirección a la calle de la Mata. Los carreteros saludaron con un gesto imperceptible al viejo capitán sin detener la marcha y, al poco, otros más lo hacían por las calles transversales.

—¿Qué pretendéis con los carros? —preguntó Tomás casi entre dientes.

—El maestre utilizará la caballería para intervenir de forma rápida en las zonas que resulten atacadas. Debemos bloquear los accesos a la calle de la Mata para impedirles el paso.

—¿Creéis que ya habrán abierto las puertas de la ciudad?

—Eso espero, ya ha amanecido. Para los calatravos hoy es un día como

cualquier otro. Ruego a Dios que no conozcan nuestras intenciones y podamos caer sobre ellos.

Pero Tomás descubrió en aquel instante un carruaje que le resultó familiar. Se sorprendió al ver sobre el pescante a la joven Teresa, que arreaba al caballo. Miró a los lados y se fue hacia ella hasta que consiguió detenerlo.

—Pero ¿qué hacéis en la calle con vuestra mercancía? ¿Es que nadie os ha informado de que en pocos minutos la ciudad se convertirá en un campo de batalla?

—Dejaré la carga de piedras y la carreta atravesada donde me han indicado y regresaré a casa en cuanto pueda, no os preocupéis. —La joven sonrió a Tomás y volvió a arrear al caballo antes de que Tomás pudiera responderle.

Mientras tanto, en otro punto de la ciudad, también Francisco de Bedmar salía de su casa a la hora convenida. La luz del incipiente día apenas si iluminaba las estrechas callejuelas. Por el camino evitaba coincidir con otros hombres que, como él, procuraban pasar desapercibidos. Algunos portaban rudimentarias armas que habían encontrado entre las viejas herramientas: alguna espada oxidada, un cuchillo largo. Desde las callejuelas próximas varios hombres encaminaban sus pasos hacia la puerta de Granada, donde una reforzada guarnición custodiaba con minuciosidad la entrada y salida de personas, mercancías y carruajes desde que se supiera que el ejército enviado por los reyes Isabel y Fernando había acampado en Villarrubia de los Ojos.

En aquel momento, un vigilante dio la voz de alarma al divisar en la lejanía a un grupo de jinetes que se acercaba levantando una espesa nube de polvo, tras la que el centinela creyó divisar el grueso de las tropas castellanas. Los guardias de la puerta de Granada bajaron el rastrillo, cerraron los portones de madera y colocaron la tranca por dentro para impedir el acceso. Un calatravo tocó la campana que había junto a la muralla para advertir de la amenaza que se les venía encima. En pocos minutos las campanas de todas las iglesias de la ciudad comenzaron a resonar estrepitosamente, declarándose la alerta máxima para las tropas calatravas. Los pelotones se movilizaron para tomar las posiciones que tenían asignadas y se distribuyeron por la ciudad. Los caballeros calatravos tomaron sus monturas dispuestos a entrar en combate en campo abierto si fuera necesario o para acudir con ligereza a

cualquiera de los puntos estratégicos.

En el alcázar, Rodrigo Téllez Girón se levantó precipitadamente de la cama al escuchar el ruido de campanas. Se vistió lo más rápido que pudo y se dirigió por el adarve hacia la torre de la fortaleza que se encontraba más próxima a la puerta de Granada, para divisar las tropas que en la lejanía se acercaban a caballo. No había duda, por la gran nube de polvo que se había levantado: las tropas de Manrique se acercaban por el sur, justo por donde menos lo esperaban. Sin embargo, la guarnición había logrado bajar el rastrillo de la puerta con antelación suficiente y cerrar los portones de madera. Los arqueros calatravos tomaban posiciones en las almenas de la muralla y los ballesteros se situaban en las troneras, mientras el numeroso grupo que comandaba Francisco de Bedmar se abalanzaba desde dentro sobre la guarnición que defendía la entrada a la ciudad. Los hombres que combatían al lado de Francisco atacaban con más intención que eficacia con las rudimentarias armas que se habían fabricado, y con las que apenas lograban alcanzar a los enemigos. Su fuerza radicaba en su número y en la rapidez con la que actuaban en grupo contra los calatravos que encontraban a su paso y a los que arrebataban sus defensas y armas para continuar luchando. Muchos resultaron blanco fácil para los arqueros y ballesteros apostados en lo alto de la muralla, que disparaban sus flechas sin tregua para repeler el ataque que los insurgentes habían lanzado desde el interior. Francisco de Bedmar logró alcanzar la muralla junto con un grupo de quince hombres a los que les llovían desde todas las posiciones dardos que se esforzaban en esquivar colocando sobre sus cabezas los escudos arrebatados a los calatravos que habían abatido, mientras inútilmente buscaban la protección debajo del matacán de la muralla.

Mientras tanto, en otro punto de la ciudad, en la puerta de la Mata, que se orientaba al este, los guardianes se disponían a bajar el rastrillo después de escuchar el repiqueteo de campanas, pero uno de los vigilantes llamó la atención del capitán de la guardia señalando con su brazo hacia el horizonte. Algunos carros regresaban a la ciudad a la carrera, en un intento desesperado de escapar de un pequeño grupo de jinetes que los perseguía al galope y que ya había dado alcance al último de ellos. En la lejanía, aunque cegados por el sol que a esa hora se desperezaba por el horizonte, los calatravos de la

guardia fueron testigos de la suerte que había corrido el último de los carros al que los jinetes habían dado alcance y prendido fuego, sin más contemplaciones, con sus ocupantes dentro.

Los dos carros que regresaban a toda prisa mantenían, sin embargo, una ventajosa distancia sobre el grupo de jinetes que los perseguía. Por un instante, el jefe de la guardia dudó si bajar el rastrillo y cerrar la puerta de inmediato, ya que las órdenes eran precisas al respecto cuando se escuchase el tañer incesante de campanas. Pero, por su cuenta, decidió aguardar unos minutos a que los carros llegasen hasta las puertas que se disponían a cerrar. Ordenó a los arqueros y ballesteros que tomasen posiciones sobre el adarve de la muralla a la espera de que el pelotón de jinetes se pusiese al alcance de sus flechas. El sol deslumbraba en el horizonte y el calatravo protegía sus ojos con la mano para atisbar mejor la lejanía. Impaciente, subió nervioso hasta el adarve para avistar mejor las distancias que todavía restaban a las carretas. Desde aquella posición se divisaba la llanura que rodeaba la ciudad en lontananza, salpicada por algunas arboledas que tintaban de verde el color ocre de la tierra reseca bajo el intenso sol de aquellos días de agosto. A poco más de doscientos pasos y en dirección hacia Miguelturra, se extendía una pequeña arboleda con matas y arbustos de lentisco, de la que la puerta de la Mata había tomado su nombre. Los carros arreados por los campesinos se acercaban apresurados mientras hacían señales con la mano para que los guardias no bajasen el rastrillo de la puerta. El primero de los carros disminuyó su carrera cuando se disponía a entrar mientras que un grupo de ocho o diez jinetes perseguía a distancia al segundo sin poder darle alcance.

—No se atreverán esos bastardos a ponerse a tiro de nuestras flechas — decía el capitán mientras inclinaba su cuerpo sobre el merlón de la muralla para asegurarse de que las carretas habían entrado—. ¡Vamos, vamos! ¡Bajad el rastrillo de una vez!

Pero algo parecía ir mal; el primero de los carros que entró a la ciudad quedó bloqueado en el interior, muy cerca de la entrada, y el segundo quedó atascado en mitad de la puerta. Los guardias intentaron que los carruajes traspasaran el umbral para bajar la reja de hierro, presionados por las voces del capitán, pero los carros no podían moverse: los animales habían quedado bloqueados contra el muro y no podían avanzar. La guardia hizo sonar la

campana de alarma para avisar de la situación crítica en la que se encontraban. Los campesinos azotaban a los caballos para que avanzaran, pero los animales se ponían más nerviosos y se levantaban sobre sus patas traseras, enredando sus aparejos al caer.

—¡Maldita sea, cerrad ese rastrillo como sea! —gritaba el jefe de la guardia mientras descendía por las escaleras para poner orden abajo.

El pequeño grupo de jinetes continuaba su aproximación al galope y, aunque la situación no era crítica, arqueros y ballesteros sostenían sus posiciones para mantenerlos a raya cuando se pusieran al alcance de sus flechas. Pero, de repente, sucedió algo inesperado. Cuando el grupo de jinetes llegó a la altura de la pequeña arboleda de lentisco, de ella salió un numeroso grupo de soldados que a pie corrían tras los caballos con dirección hacia la ciudad. El calatravo comprendió que aquellos hombres se habían aproximado hasta los matorrales sirviéndose de la oscuridad de la noche, y que habían permanecido hasta el amanecer ocultos en silencio entre la arboleda, hasta hacerlos caer en la trampa. Al instante se dio cuenta del engaño y de cómo los carros estaban confabulados con los atacantes para impedir el cierre de los portones. Sin embargo, antes de poder advertir a sus hombres de la celada que les habían preparado, tres soldados armados saltaron de los carruajes en los que habían llegado ocultos debajo de la paja que transportaban.

El primero en hacerlo fue Hernán Pérez del Pulgar, que portaba ballesta y espada en una y otra mano, abatiendo a los hombres que se disponían a girar las poleas para bajar el rastrillo de la puerta. Aquella emboscada sorprendió a los guardias, aunque, al principio, su número era superior al de los castellanos que habían saltado de los carros.

En pocos minutos, la puerta y la calle de la Mata se convirtieron en el punto crítico donde confluían las tropas calatravas para defender la posición del inminente peligro que se les venía encima y que, en breve, llegaría a las mismas puertas de la ciudad.

En otro punto, donde Rodrigo Téllez Girón se encontraba repeliendo el ataque que los hombres de Francisco de Bedmar habían lanzado contra la puerta de Granada, el maestre divisó en la lejanía a los castellanos que se aproximaban y que levantaban grandes polvaredas con ramas y arbustos enganchados a sus monturas. Entonces se percató del engaño y de que el

verdadero asalto se estaba produciendo por el este. Había cometido el error de dirigir a las tropas a caballo por el interior de la ciudad hacia un sitio equivocado, en lugar de sacarlas fuera de las murallas para atajar la avanzadilla de los castellanos y desbaratar sus planes. Pero el maestre consiguió redirigir algunos jinetes hacia la calle de la Mata poniéndose al frente de ellos y acudiendo en apoyo de la guardia que estaba siendo aniquilada por el pequeño grupo de castellanos que combatían junto a Hernando.

Los refuerzos calatravos se dirigieron hacia aquel punto desde diferentes zonas de la ciudad, pero las calles de acceso se encontraban bloqueadas por las carretas y carros que habían puesto, atravesados, los insurgentes y que les dificultaban la llegada. Un contingente de la resistencia, al mando de Rodrigo del Pulgar, acudió en defensa de los hombres que se habían infiltrado y que intentaban por todos los medios impedir que bajara el rastrillo hasta que llegase el grueso del ejército castellano. Tomás de Cuenca acompañaba al viejo capitán al frente de un grupo de hombres, dispuesto a enfrentarse a los calatravos. La confusión era grande, pero Rodrigo del Pulgar divisó al maestre dirigiendo a sus hombres en las proximidades de la calle de la Mata.

—Aprovecharemos que el alcázar se encuentra desguarnecido para hacernos con él —dijo el viejo capitán a Tomás de Cuenca mientras un grupo de calatravos se les venía encima para detener su avance—. Me llevaré algunos hombres mientras vos resistís este envite.

Aquellas palabras sorprendieron a Tomás, que, de repente, espada en mano, se vio dirigiendo en la batalla a un destacamento de hombres pobremente armados contra el pelotón de calatravos que se les venía encima y que pretendían impedirles a toda costa el acceso a la puerta por cuyo control todos combatían con ahínco.

Rodrigo del Pulgar se dirigió calle abajo con una veintena de hombres con dirección al alcázar, el bastión más importante de la ciudad y cuya conquista podría decantar la victoria para uno u otro bando. Los calatravos habían descuidado su vigilancia, y un pequeño grupo custodiaba las puertas, que todavía permanecían abiertas desde que el maestre lo abandonó hacía escasos minutos al frente de sus tropas. Los realengos consiguieron sorprender a los vigilantes, y sin mucha dificultad lograron acceder al interior de la fortaleza

distribuyéndose con rapidez para anular cualquier resistencia en el interior.

Mientras tanto, en la puerta de la Mata se combatía con dureza. Hernando y los hombres que habían entrado ocultos en los carros estaban siendo repelidos sin cuartel por los defensores, que, a toda costa, intentaban mover los carruajes atascados para bajar el rastrillo de una vez por todas. El del Pulgar se defendía con la espada desde lo alto de uno de ellos y asestaba golpes precisos a los que intentaban empujarlo para ganar el tiempo que necesitaban las tropas que estaban a punto de hacer su entrada desde el exterior. Pero los guardias de la puerta lograron derribarlo y mover las carretas que se encontraban obstaculizando el cierre del rastrillo y de los portones. El grupo de valientes que entraron camuflados entre la paja de los carros había ido cayendo, uno a uno, y, ahora, el mismo Hernando se defendía en el suelo, espada en mano, de los golpes que sin tregua le asestaba el jefe de la guardia, pero la providencia quiso que el grupo que dirigía Tomás de Cuenca llegase antes de que los calatravos pudieran dar muerte al joven, que se defendía con uñas y dientes.

Junto a la puerta se hallaba el mecanismo que hacía descender el rastrillo con una enorme polea, que recogía la cuerda enrollada y que sujetaba la pesada reja metálica.

Algunos hombres de la resistencia realenga consiguieron traspasar la línea enemiga y llegar hasta la polea que sujetaba el rastrillo. Tenían la esperanza de defender la posición el tiempo que restaba para llegar a la avanzadilla de jinetes castellanos y a los peones que habían salido como exhalaciones de la arboleda de la mata y que se aproximaban a la carrera. El momento era decisivo: si los calatravos conseguían bajar la verja metálica y cerrar el portón, fracasaría el astuto plan y la conquista de la ciudad. Rodrigo Téllez Girón era consciente de ello, y mientras se aproximaba a caballo, ordenó a sus arqueros calatravos que abatieran a los que defendían la posición junto a la polea. Descabalgó casi al galope, sin aguardar a que el caballo detuviera su marcha, y con la espada desenvainada se dirigió hacia el mecanismo que controlaba el movimiento vertical del rastrillo con la intención de hacerlo descender por el medio que fuera.

Tomás de Cuenca lo observó desde la distancia, sin perder de vista a las tropas castellanas que estaban a punto de entrar a la ciudad. En ese instante, el

pequeño grupo de jinetes que perseguía engañosamente a los carros de la celada logró traspasar la puerta de la Mata, pero todavía faltaban unos metros para llegar a la cincuentena de hombres que se aproximaban a la carrera y que se defendían como podían de los dardos y flechas que lanzaban los arqueros calatravos desde lo alto de la muralla. Era crucial asegurar la entrada de aquellos peones a la ciudad para romper las defensas de los hombres del maestro.

Rodrigo Téllez Girón comprendió que no había tiempo que perder; intentó desbloquear la polea del rastrillo, pero no pudo, y decidió cortar la cuerda que lo sujetaba. Lanzó varios golpes de espada contra la gruesa maroma que se encontraba a punto de romper para, de una vez por todas, hacer caer la verja de hierro. Tomás se percató de la acción del maestro y al instante comprendió la delicada situación del momento y que el éxito del ataque dependía de que el calatravo no concluyera lo que con tanto empeño intentaba.

Al menos veinte pasos separaban a Tomás del maestro, y el fragor de la batalla que se había formado en torno a la puerta de la Mata le impedía llegar hasta él. De repente, divisó la cruz de gules de Calatrava en el peto de la vestimenta de Téllez Girón. Sin pensarlo, Tomás extrajo con rapidez el viejo puñal que llevaba al cinto y, cuando el maestro levantó la espada para asestar el último sablazo a la cuerda que sujetaba el rastrillo, lo tomó por la punta, calculó la distancia y lo lanzó con precisión contra aquella cruz que portaba a la espalda, como acostumbraba a hacer contra la cruceta de madera. El maestro cayó abatido cuando el acero se clavó en medio de la cruz de gules, aunque, por suerte, el calatravo llevaba el peto desplazado por los esfuerzos de la contienda y el puñal entró por debajo del hombro.

Poco más tuvieron que resistir los realengos antes de que las primeras tropas castellanas hicieran su entrada y se unieran a la lucha de la resistencia. El contingente de los peones recién llegados empujó con contundencia a las tropas calatravas que intentaban resistir el envite hacia el interior de la ciudad. Los primeros contingentes a caballo del ejército castellano no tardaron en llegar, y se repartieron por la ciudad acabando con la resistencia de los calatravos, que no dudaron en escapar por las demás puertas de acceso.

Cuando la posición quedó asegurada, Hernando levantó su espada y saludó a Tomás, agradecido por su intervención.

—¿Sabéis dónde se encuentra mi padre? —preguntó Hernando desde la distancia.

—Se llevó a un grupo de hombres para tomar el alcázar. Espero que lo haya conseguido.

Hernando corrió calle abajo hacia el alcázar de la ciudad. Llegó sin aliento. La fortaleza estaba tomada casi por completo; los hombres que custodiaban el acceso a la puerta lo reconocieron al instante y lo dejaron entrar. Algunos calatravos se resistían todavía, pero la mayoría se habían rendido, y la posición estaba tomada. Desde el patio de armas, el joven reconoció a su padre, que lo saludaba, espada en alto, desde uno de los ventanales del gran salón, al que había entrado para rendir la fortaleza. En aquel momento, una sombra traicionera se acercó por detrás del viejo capitán y le clavó un cuchillo en el costado. Hernando subió por las escaleras de piedra lo más rápido que pudo para encontrarse con él, pero, al franquear la puerta del gran salón, halló a Rodrigo del Pulgar caído en el suelo, en medio de un gran charco de sangre, a los pies de Álvaro de Pecellín, que se disponía a desenvainar su espada para rematarlo.

—¡Vaya! Nunca creí que el destino me daría la ocasión de acabar con padre e hijo en un mismo día —exclamó al ver entrar a Hernando con la espada en la mano.

—Todo ha terminado: la ciudad ha sido tomada, maldito rufián —dijo yéndose hacia él—, pero ahora vas a pagar por todos los desmanes que has cometido.

Hernando le asestó un fuerte golpe que buscaba su cabeza, y obligó al corregidor a defenderse con presteza interponiendo su espada para detener el impacto. Pero el joven no se detuvo, y continuó buscando la testa de su oponente mientras, sorprendido, se defendía como podía de los golpes que le propinaba. Hernando estaba rabioso, tanto que, en aquel instante, solo podía encontrar satisfacción acabando con la vida de su rival con sus propias manos. El de Pecellín retrocedía y resistía como podía los lances del impetuoso joven. El corregidor intentaba obstaculizar el avance de su oponente para que no se le acercara y derribaba sillas y otros enseres que Hernando conseguía apartar con los pies, pero una de ellas terminó golpeándole y haciéndole perder el equilibrio. El corregidor suspiró en aquel momento y se aprovechó

de la inferioridad en la que se encontraba su rival; le devolvió los golpes con la espada y lo obligó a defenderse en el suelo. El joven llegó a pensar que aquello se había convertido en su particular forma de batirse en duelo por la frecuencia con que últimamente le ocurría. Hernando se arrastraba de espaldas y retrocedía con rapidez, pero se hallaba en desventaja al encontrarse caído. Los golpes que ahora le devolvía Álvaro de Pecellín apenas si pudo esquivarlos, y perdió su espada en uno de los impactos. La acción de la lucha había llevado a Hernando hasta el lugar donde su padre permanecía tendido y herido de muerte en el suelo. Los dos se encontraban a merced del corregidor, que ya paladeaba la victoria. Hernando sabía que, si lograba esquivar los lances del de Pecellín, los golpes recaerían sobre el cuerpo casi sin vida de su padre. El corregidor aguardó un instante antes de asestar el golpe definitivo a su enemigo: quería disfrutar del momento, y en su cara se dibujó una sonrisa de satisfacción. Pero Hernando, con la rapidez del rayo, tomó por la empuñadura la espada de su padre, que había quedado bajo su cuerpo abatido, y con la misma ligereza con la que se había hecho con ella, la clavó en el abdomen de su enemigo, que cambió su burlona sonrisa por un gesto de sorpresa y dolor, se dobló y cayó al suelo mortalmente abatido.

Hernando se incorporó con rapidez y se giró hacia Rodrigo del Pulgar colocando con delicadeza la cabeza de su padre en su regazo, como si no quisiera apagar la pequeña llama de la escasa vida que le quedaba.

—¡Padre, padre! —gritaba Hernando mientras tomaba su cabeza con sus manos abiertas y ensangrentadas por la lucha—. No os muráis, os lo ruego; permaneced conmigo. Os repondréis de vuestras heridas como lo hicisteis en Olmedo y saldréis triunfante como en las otras batallas que habéis librado. Os lo ruego, no me abandonéis.

Las lágrimas de Hernando cayeron sobre la cara de su padre, que en su último halo de vida abrió los ojos para calmar la tristeza de su hijo.

—Qué extraña es la vida —dijo el viejo capitán forzando una sonrisa con dificultad—. Cuando viniste al mundo era yo quien te sostenía en mis brazos y a quien se le saltaban las lágrimas de felicidad. Ahora eres tú quien no puedes contenerlas mientras me abrazas para que yo no lo abandone.

—Padre, perdonadme por no haber estado a vuestro lado —dijo Hernando mientras lo abrazaba—. Ha sido culpa mía no haber permanecido junto a vos.

—No, Hernando, no debes culparte. Gracias a ti hemos vencido —dijo Rodrigo del Pulgar cogiendo la mano de su hijo—. Esta hazaña tuya será recordada durante mucho tiempo, y Dios quiera que otras muchas te acompañen durante tu vida.

En ese momento, Francisco de Bedmar entró a la carrera en el gran salón espada en ristre después de que, tras derrotar a las fuerzas calatravas en la puerta de Granada, supiera que el alcázar había sido tomado por Rodrigo del Pulgar. Al contemplar la escena, se detuvo y permaneció inmóvil, en la distancia, por el gran respeto que profesaba al capitán y a su amigo. Rodrigo giró la cabeza al verlo llegar y volvió a sonreír, de forma casi imperceptible, con las escasas fuerzas que le quedaban.

—Sé fuerte, hijo mío. Muestra siempre tanto honor y valentía como has mostrado hoy —decía Rodrigo del Pulgar casi sin aliento—. Y ten presentes las palabras que siempre han acompañado a nuestra familia: «El Pulgar, quebrar y no doblar».

—Sí, padre. Siempre lo tendré en cuenta, y nunca olvidaré al hombre que me ha servido de ejemplo y orgullo.

Rodrigo del Pulgar expiró cuando intentaba levantar su mano para acariciar la mejilla de su hijo, que rompió a llorar desconsoladamente mientras abrazaba con fuerza su cuerpo sin vida.

Mientras tanto, con la ciudad asegurada, a la puerta de la Mata llegaban los últimos contingentes del ejército castellano. Tomás permanecía en la entrada junto con el grupo de hombres que había logrado mantener la puerta abierta para hacer posible la liberación de la ciudad. Al frente del último contingente entraron los capitanes, ataviados con resplandecientes e impolutas armaduras. Se acercaban a caballo todos en línea, con paso solemne, mientras los soldados que habían conquistado las posiciones de las murallas los aclamaban como si fueran los recién llegados, y no ellos mismos, los que hubieran derrotado al ejército calatravo con sus propias manos.

—¡Larga vida a don Rodrigo Manrique, conde de Paredes! —clamaban desde la muralla mientras otros respondían:

—¡Larga vida al maestro de Santiago!

—¡Larga vida a don Diego Fernández de Córdoba, conde de Cabra! —gritaban otros mientras el caballero saludaba a los que le daban la bienvenida.

—¡Larga vida a don Jorge Manrique, comendador de Montizón!

Tomás puso por fin cara al hijo del conde de Paredes, autor del mensaje cifrado envuelto en una hermosa carta de amor. Al escuchar su nombre, el joven aceleró su caballo y recogió un estandarte con una cruz de espiga que se encontraba caído, y lo blandió como botín de guerra alzándolo, triunfante, mientras hacía alardes con el caballo provocando la algarabía de las gentes, que gritaban y aplaudían entusiasmadas. Desde entonces aquel estandarte lo acompañó en todas su hazañas.

—¡Larga vida a don García de Padilla, claverero de Calatrava! —dijo el oficial que lanzaba los gritos de bienvenida, aunque fue silbado por los de Ciudad Real nada más oír mencionar a la Orden de Calatrava, que durante tantas semanas los había sometido.

—¡Larga vida a don García de Padilla, claverero de Calatrava! —volvió a gritar de nuevo el oficial, enfadado, aunque esta vez logró arrancar un ligero entusiasmo de la gente que se arremolinaba al paso de los capitanes.

Cuando Rodrigo Téllez Girón, que se encontraba postrado sobre uno de los carros, oyó mencionar el nombre de su enemigo García de Padilla, hizo intentos por levantarse, pero el puñal que tenía clavado en la espalda apenas si le dejaba moverse. Rodrigo Manrique se percató del herido y sin descender del caballo se inclinó sobre el maestre y le extrajo el puñal con un rápido movimiento.

—«UNA SIN PAR» —leyó Rodrigo Manrique mientras miraba la daga con detalle—. ¡Santo Cielo! ¡Nunca hubiera pensado volver a ver este puñal!

—¿Lo conocéis, señor? —dijo Tomás acercándose hasta el conde de Paredes, intrigado por sus palabras.

—Claro; el mismísimo Enrique IV, el día de su boda con doña Blanca de Navarra, concedió a su dueño, el marqués de Villena, el privilegio de portar el cuchillo en la mesa del rey. Todos los que se han sentado a comer con don Enrique conocen este cuchillo, o, al menos, los que son tan viejos como yo —dijo bromeando.

—Es cruel el destino con vos, maestre, que permite que hayáis estado a punto de perder la vida con el mismo puñal que vuestro tío, don Juan Pacheco, clavó en el brazo del infante don Enrique de Aragón y le causó la muerte, hace ya muchos años en Olmedo —dijo el conde de Paredes dirigiéndose a Rodrigo

Téllez Girón, que se volvió para poder mirar cara a cara al hombre que lo había derrotado y al que ni siquiera pudo replicar por faltarle el aliento a consecuencia de la herida.

En ese momento se acercó el oficial que había lanzado las proclamas de bienvenida a los capitanes y, al oído, puso al corriente al conde de Paredes de cómo Tomás de Cuenca había impedido que el maestre de Calatrava bajase el rastrillo. El conde se dirigió después a Tomás:

—Para ser hombre de iglesia, habéis hecho gala de buena puntería, según me cuentan —dijo Rodrigo Manrique desde lo alto del caballo mientras se inclinaba para entregarle la daga.

—Tuve un gran maestro: mi hermano, que estuvo a vuestro servicio tiempo atrás y del que recibí este puñal poco antes de morir —respondió Tomás mientras recogía el arma de su mano.

Rodrigo Manrique se quedó pensativo durante un rato; las palabras del licenciado le habían hecho recordar.

—Ahora caigo. ¡Cuánto me recordáis a vuestro hermano! —dijo galantemente, sin saber que no tenían vínculos de sangre—. Ramiro se llamaba, ¿verdad? Siempre he lamentado no poder salvar su vida; os aseguro que hice cuanto pude.

Tomás asintió con la cabeza y los dos hombres se estrecharon la mano. Tomás supo que el viejo conde había lamentado la muerte de su hermano con franqueza. Rodrigo Manrique arreó su caballo ligeramente con el estribo y continuó con su entrada triunfal en la ciudad. Aquel día el conde de Paredes mostraba unas incipientes pupas por toda la cara, algo disimuladas bajo la barba blanca. Un año después, la noticia de la cruel enfermedad que había deformado los armoniosos rasgos de su rostro y de su muerte se extendería por toda Castilla.

ENTRE LA VIDA Y LA MUERTE

Después de estrechar la mano de Tomás de Cuenca, Rodrigo Manrique se llevó la suya al corazón en recuerdo del fiel servidor al que años atrás los aragoneses condenaron de forma injusta y cuya muerte el conde de Paredes no pudo evitar. Aquel gesto fue suficiente para Tomás, que supo que las palabras del conde habían sido sinceras.

Mientras tanto, Rodrigo Téllez Girón apenas si pudo incorporarse desde la posición en la que se encontraba debido a la herida que había sufrido en la refriega, y algunos hombres del conde de Paredes lo ayudaron a levantarse para ponerlo a buen recaudo. Sin embargo, el astuto maestro logró evadirse de sus guardianes cuando lo trasladaban a las mazmorras del alcázar. Según la versión de los soldados que lo custodiaban, algunos calatravos los sorprendieron cuando llevaban a prisión, en medio de la confusión que reinaba en las calles, pero Manrique sospechó que Rodrigo Téllez Girón los redujo sin más ayuda que la espada que logró arrebatarse por sorpresa a uno de ellos. Aquella negligencia de los hombres que lo custodiaban permitió al maestro escapar de la ciudad y, en las siguientes semanas, organizar sus tropas y seguir combatiendo con escaramuzas al ejército castellano por todo el campo de Calatrava.

Pero, en aquel momento, la algarabía se dejaba sentir por todas partes al paso de las tropas castellanas. Hombres, mujeres y niños salieron a las calles para celebrar la liberación de la ciudad. Tomás miró alrededor con la

esperanza de ver a Teresa entre el bullicio, pero no la encontró. Caminó hacia el lugar donde la había visto por última vez, junto a los carros que minutos antes bloqueaban el acceso en dirección norte a la calle de la Mata. La estrategia del viejo capitán, Rodrigo del Pulgar, había funcionado, porque los carruajes y galeras atravesados en medio de las callejuelas impidieron con eficacia el paso de los jinetes calatravos, que, desde dentro de la ciudad, acudieron a apoyar la defensa de la puerta de acceso. Sin embargo, las carretas ya habían sido apartadas para franquear el paso de las tropas castellanas. Detrás de unos serones de esparto, descubrió el cuerpo caído de una mujer, y le dio un vuelco el corazón. Se acercó presto, pero comenzó a temer lo peor; ralentizó sus pasos y se aproximó con reservas. Se agachó despacio, apartó los serones que la cubrían y descubrió con horror a Teresa, que yacía con una flecha clavada en el abdomen, en medio de un gran charco de sangre. Comprobó que todavía respiraba, aunque con dificultad; se sintió aliviado y la levantó despacio hasta depositarla encima de uno de los carros próximos. Pidió ayuda, y en pocos minutos consiguió enganchar uno de tantos caballos que había quedado sin jinete. A duras penas logró hacerse paso entre la gente tirando del animal, al que le costaba avanzar entre el gentío y los obstáculos que habían quedado esparcidos en la calle durante la refriega.

Tomás llegó hasta la casa de Gonzalo Rodríguez de Santa Cruz, consiguió bajar a Teresa del carruaje, la tomó en brazos y la introdujo en el interior sirviéndose de una patada en la puerta que llamó la atención del médico.

—¡Dios mío! —exclamó el físico al verla—. Pasadla al dormitorio; la casa está llena de heridos. Estamos desbordados; mi ayudante y yo no damos abasto.

El médico subió ligeramente la camisa de la joven para dejar la herida al descubierto. Con buen criterio, Tomás no había manipulado el dardo que todavía se encontraba entero y clavado en el abdomen de la mujer.

—La flecha no se ha abierto paso al exterior —dijo el médico—; quizás con un poco de suerte no haya órganos dañados, pero extraerla supondrá un gran riesgo. Lo importante es detener la hemorragia.

Gonzalo Rodríguez aplicó unos paños sobre la herida con sumo cuidado, procurando no causar dolor a Teresa, aunque se hallaba inconsciente.

—Presionad aquí para evitar que pierda más sangre.

Teresa permanecía dormida, pero temblaba de frío y su respiración se aceleraba.

—¿Cómo la encontráis? —dijo Tomás, impaciente.

—Su corazón está acelerado y su frente y sus manos, muy frías. —El médico le sujetó la cabeza y abrió su boca para verter un poco de agua en sus labios—. Ha llegado el momento de retirar la flecha; prepararé unos paños limpios y pondré agua a calentar en el fuego.

El médico sacó unas hojas de unos frascos y las vertió en un mortero de madera, mientras Tomás lo observaba con avidez.

—Mandrágora y beleño —dijo mientras las machacaba y las vertía sobre un vaso de vino removiéndolas bien—. Espero que esto le haga más llevadero lo que voy a practicarle.

Gonzalo Rodríguez de Santa Cruz consiguió que Teresa se tomara el brebaje para evitarle el dolor y, mientras aguardaba que el preparado hiciera su efecto, colocó un hierro en el fuego para que se fuera calentando.

Después de unos minutos, el médico despejó el camino. Realizó un corte junto al venablo y ensanchó la herida para llegar al interior, donde se encontraba la cabeza de la flecha.

—Le ha faltado poco para entrar en el estómago.

Tomás sujetaba la mano de Teresa para impedir que realizara algún movimiento involuntario que pusiera en peligro la operación, y evitaba en lo posible mirar en el interior de la herida en la que se encontraba trabajando el médico.

Gonzalo extrajo de un cajón una cuchara de flecha que tenía la forma de unas curiosas pinzas metálicas. Por fuera más parecían dos redondas cucharas, opuestas una contra otra, y por dentro guardaban el molde vacío de una punta de flecha. Gracias a ella pudo atrapar la punta del venablo, que quedó oculta en su interior, evitando desgarrar los tejidos en la extracción. Por primera vez Tomás sintió admiración por la habilidad y destreza del médico, que dejó la cuchara de flecha sobre la mesa y con unos palos de madera sacó los paños que había puesto a hervir en la lumbre.

—No sabría decir la razón, pero estoy seguro de que la mejor forma de curar las heridas es conservarlas limpias —dijo mientras higienizaba completamente la zona.

Teresa comenzó a sangrar de nuevo debido a la operación, y se debilitaba por momentos. El médico tomó el hierro de entre las brasas candentes e hizo un gesto a Tomás para que sujetara a la mujer. Con determinación, pero con exquisita destreza, lo aplicó sobre la herida para cauterizarla sin que la joven recuperase la consciencia.

La extracción de la flecha se realizó sin causar desgarros, gracias a la pericia del médico y al ingenioso artefacto que había utilizado, pero Teresa se hallaba muy débil. Mientras la joven descansaba, los dos hombres la observaron sentados junto a su lecho.

—Admiro el trabajo que realizáis —dijo Tomás—. Vuestra pericia para curar heridas es asombrosa.

—Yo solamente cuido de los enfermos. Dios es quien los cura —dijo con una sonrisa—. Pero me temo que con Teresa tendrá que emplearse a fondo.

—¿Qué queréis decir? —preguntó Tomás, alarmado—. Ya habéis cerrado la herida.

—Sí, pero su debilidad es muy grande. Vos mismo la recogisteis en medio de un charco de sangre, y sin sangre no se puede vivir.

El médico sollozó; se hallaba sentado con los codos apoyados sobre las piernas y con la cabeza entre las manos. Tomás comprendió que la vida de la mujer se encontraba en manos de Dios y que solamente quedaba confiar en la providencia divina.

Rodríguez de Santa Cruz permaneció en silencio, mientras la emoción le impedía hablar. Tomás sentía tanto respeto por aquel hombre que hizo intención de abandonar la habitación a la espera de que Dios obrase el milagro que esperaban.

—No podría soportar que muriera —dijo al fin el médico antes de que el clérigo abandonase la habitación—. Jamás podría perdonarme no haber salvado su vida.

Tomás se detuvo.

—Siempre la he amado, aunque ella nunca ha sentido lo mismo por mí. La amo desde que éramos niños. Me empecinaba en mantener la amistad con su hermano Juan, pese a los desaires de su tosco carácter, para tener la excusa de visitar su casa a diario. Sin embargo, creo que, las más de las veces, pasaba desapercibido para ella.

—¿Por qué me contáis todo eso? —dijo Tomás algo abrumado.

—He visto cómo os mira, cómo os ha mirado desde el primer día. Sus ojos se iluminan cuando os ve. Daría cualquier cosa por que su mirada tuviera ese brillo cuando se fija en mí.

Tomás quedó desconcertado por las revelaciones del médico. No supo qué decir en aquel momento. Nunca olvidaba que sus hábitos le tenían vetada cualquier relación con mujeres, aunque la mayoría de los hombres de iglesia apenas si lo tenían en cuenta. Pero el carácter de Tomás le impedía revelar sus propios sentimientos, confesarle al médico que amaba con locura a la misma mujer, a aquella joven que ahora se debatía entre la vida y la muerte junto a ellos.

—Al poco de conocernos me hablasteis de la posibilidad de salvar vidas trasvasando sangre de una persona a otra —dijo Tomás mientras se agachaba a la altura del médico y bajaba la voz.

El físico se sorprendió y dudó un instante.

—Si no recuerdo mal, vos mismo me indicasteis que esas prácticas se encuentran prohibidas y que pueden castigarse con la muerte.

—He cambiado de opinión. Lo cierto es que he cambiado de opinión sobre muchas cosas desde que llegué a esta ciudad —respondió Tomás con expectación y sin dejar de mirarlo a los ojos.

De nuevo, el médico calló por un momento, sosteniendo la mirada del licenciado.

—He visto hacerlo en tres ocasiones —dijo al fin—, pero en dos de ellas murió el enfermo, y el donante a punto estuvo de hacerlo. Todo parecía ir bien, pero de repente y sin saber por qué comenzaron a debilitarse más de lo que estaban, con grandes fiebres, y murieron.

—¿Y qué ocurrió en la tercera? —preguntó Tomás, contrariado.

—Los dos sobrevivieron —dijo sonriendo—; todo acabó bien. El enfermo, que se había desangrado, comenzó a mejorar al poco de recibir la sangre.

—¿Y conocéis la causa?

—Todavía no. No he sido capaz de averiguar por qué la sangre que fluye y da vida a un cuerpo se convierte en veneno para otra persona. Tal vez la vieja teoría de los humores no esté tan desfasada como me creía. Habría que probar

si la sangre de un donante sana a un enfermo con diferente tipo de humor.

Tomás sonrió al comprender que todavía había alguna posibilidad de salvar a Teresa.

—Ahora no tenemos tiempo para eso. Podéis contar conmigo para extraerme cuanta sangre necesitéis para salvar su vida —dijo el licenciado con decisión—. Si no hacemos nada, morirá; así al menos tendrá una oportunidad de sobrevivir. ¿Tenéis los medios para hacerlo?

—Todavía no he tenido arrestos para ensayar tal cosa con personas, pero en cierta ocasión pude hacerme con dos cánulas de plata con las que intentarlo —dijo el médico, sin desvelar que ya había experimentado con animales.

—Bien, no debemos perder más tiempo. Su vida se agota por minutos. He visto la palidez de su cara y el color violáceo de la cuenca de sus ojos en muchos enfermos a los que he administrado la extremaunción antes de morir.

Gonzalo Rodríguez de Santa Cruz salió de la habitación donde se encontraban y se dirigió a las dependencias donde algunos heridos aguardaban para ser atendidos. Pedro, el aprendiz que había tomado a su servicio, ya tenía suficiente destreza para colocar hombros dislocados o para entablillar piernas y brazos cuando los huesos estaban rotos. En un rato consiguieron atender a los heridos más graves, que presentaban contusiones, cortes, heridas y alguna que otra fractura.

Después, el médico volvió al cuarto donde descansaba Teresa, vigilada por Tomás de Cuenca. La joven no se había despertado desde que le habían extraído la flecha y desde que la herida había sido cauterizada. Continuaba con la respiración agitada y con sudor frío.

—¿Cómo sigue? —preguntó el médico cuando se acercó a la muchacha.

—Debéis hacer algo pronto o morirá —dijo Tomás, desanimado.

Gonzalo Rodríguez de Santa Cruz comprendió que el licenciado tenía razón: la delicada situación de Teresa no parecía haber mejorado. La hemorragia se había detenido, pero ya había perdido mucha sangre antes de llegar a su consulta. Se mantenía viva por la increíble fuerza de su naturaleza, pero comprendió que si no actuaba pronto, la escasa vida que le quedaba se terminaría apagando.

El médico avisó a su aprendiz para que lo ayudase y, al entrar en la

habitación, se sorprendió de que aquella mujer ocupase la cama de su maestro. El físico lo puso en antecedentes de la delicada situación en la que se encontraba Teresa, y le advirtió de que nunca, absolutamente nunca, debía comentar con nadie lo que iba a presenciar en aquella habitación. El joven Pedro miró de reojo a Tomás de Cuenca: no comprendía cómo su maestro estaba dispuesto a realizar algo prohibido delante del inquisidor. Ambos lo tranquilizaron, pero le insistieron en que no debía hablar de aquello con nadie, bajo ningún pretexto.

Los hombres movieron la cama hasta el centro de la habitación para trabajar alrededor de ella. Después, con sumo cuidado, movieron a Teresa hasta uno de los extremos del jergón para dejar espacio suficiente donde poder tumbarse el licenciado, que se despojó de sus vestiduras y se recostó en el lecho junto a la mujer. El médico retiró la almohada y en su lugar colocó un pequeño cojín debajo de sus cabezas, de forma que el cuello quedase en alto y libre de obstáculos.

—Pensaba que comunicaríais nuestras venas por los brazos o por las piernas —dijo Tomás algo nervioso.

—El riesgo principal es la coagulación. Por el cuello el caudal de sangre es mayor y bombea con más fuerza —dijo el médico mientras extraía dos finísimas cánulas de plata de un cajón y soplabá por ellas con fuerza para comprobar que no se encontraban obstruidas—. Debo introducir estas cánulas por vuestros cuellos; al principio estarán tapadas en los extremos para evitar que salga la sangre —dijo el médico mientras las limpiaba con agua caliente—. Después, debo conectarlas para que fluya la sangre de vuestro cuerpo al suyo. Ese será el momento más delicado de toda la operación.

El médico tenía el semblante serio; parecía preocupado por la responsabilidad que tenía entre sus manos. Mientras, el aprendiz ofrecía al licenciado un vaso con el mismo brebaje que le habían suministrado a Teresa momentos antes.

—Es preferible que estéis dormido para poder realizar esta operación. No podemos correr riesgos de que os quitéis instintivamente la cánula del cuello o que giréis la cabeza para otro lado, ya que ambos podríais terminar desangrados.

Con unas sábanas liadas sobre el cuerpo, el médico y su aprendiz

inmovilizaron los brazos y piernas de Tomás y de Teresa, que seguía sin recobrar el conocimiento. También sujetaron sus cabezas a los barrotes del cabecero de la cama mediante unas correas que rodeaban sus frentes y barbillas para impedir el movimiento.

Cuando el médico comprendió que Tomás se había dormido por efecto de las hierbas que le habían suministrado, tomó la primera cánula, palpó el cuello del licenciado con las yemas de sus dedos y la apretó contra la piel hasta introducirla en la arteria.

—Observa con detalle todo lo que me veas hacer —le decía a su aprendiz—; retenlo en tu memoria, porque quizás nunca más tengas ocasión de presenciarlo o quizás, como yo, alguna vez te veas obligado a hacerlo para salvar una vida, aun a riesgo de perder la tuya.

El joven Pedro asintió, comprendiendo la gravedad de la situación.

—Esta cánula hueca debe introducirse en la arteria carótida del donante, la que más bombea en el cuello. Hay que tener mucho cuidado de no traspasarla, ya que podría desangrarse.

El médico comprobó que la cánula había quedado clavada en el cuello de Tomás sin rastro de sangre, ya que todavía se encontraba taponada por el extremo opuesto.

—La otra cánula debemos introducirla en la vena yugular de la receptora —decía Gonzalo Rodríguez de Santa Cruz mientras con una vela iluminaba el cuello de Teresa para detectarla mejor—. Se distingue porque varía de grosor con la respiración.

Cuando las dos cánulas estuvieron colocadas en los cuellos de Teresa y de Tomás, Gonzalo Rodríguez de Santa Cruz se preparó para sujetar los extremos con ambas manos. Con los dedos quitó simultáneamente los tapones que obstruían el paso de la sangre y engarzó con rapidez las cánulas, una dentro de la otra, para impedir que el chorro de líquido rojo saliera a borbotones. Pese a su destreza, se vertió un poco de sangre, y la cama quedó manchada a la altura de sus cabezas. Pero el líquido comenzó a fluir a través de su cuello, y Teresa tuvo un ligero espasmo, como si la vida misma acabara de entrar en ella para revitalizar su debilitado cuerpo. Gonzalo Rodríguez no se apartó ni un segundo de la cama: vigilaba a cada instante la temperatura de la joven hasta que, por fin, sus manos poco a poco entraron en calor.

De repente se oyó un ruido en la puerta de la calle. Alguien la golpeaba con rudeza. El médico hizo una señal a su aprendiz para que saliera a abrir, aunque cerró la puerta de la habitación al abandonarla.

—¿Qué habéis hecho con mi hermana? —decía una voz que Gonzalo Rodríguez reconoció de inmediato—. ¡Déjame pasar, maldito aprendiz de matasanos! —gritaba Juan de Ciudad, fuera de sí.

El joven aprendiz no sabía cómo impedirle el paso, temiéndose que si encontraba a Teresa en aquella situación podría alterarse más de lo que estaba.

—Os ruego, señor, que no entréis —decía el joven Pedro—; mi maestro no está en casa, y yo no puedo autorizaros a que entréis.

—Pues entonces la buscaré yo mismo —dijo mientras abría sin reparos las puertas de las habitaciones.

Cuando Gonzalo se disponía a cerrar la puerta de la habitación por dentro, esta se abrió de repente, y se encontró cara a cara con su amigo, que quedó desconcertado al contemplar a su hermana, desvestida y acostada junto al inquisidor.

—¿Qué ocurre aquí? —dijo, alterado—. ¿Qué estás haciendo con mi hermana? ¡Maldito seas, Gonzalo! ¡Te arrepentirás de esto!

El médico intentó interceptarlo, pero Juan de Ciudad lo derribó de un puñetazo para abrirse paso y se dirigió hacia Teresa con la intención de liberarla de aquellas ataduras con la que la habían inmovilizado.

—¡Alto, detente! —gritó el médico desde el suelo—. La matarás si la mueves.

Cuando Juan de Ciudad estaba a punto de desatar las correas que sujetaban la cabeza de Teresa a los barrotes de la cama, recibió un golpe en la cabeza que le hizo caer al suelo y perder el conocimiento.

Pocos minutos después, Juan de Ciudad recobraba el sentido. Se encontraba en un rincón de la pared con las manos y los pies atados y con un fuerte dolor de cabeza.

—¡Maldita sea! —dijo al despertarse—. Me habéis partido la cabeza.

—Tú te lo has buscado —dijo el médico mientras terminaba de extraer la cánula del cuello de Teresa y le colocaba una gasa para evitar que sangrara.

Ni Tomás ni Teresa se habían despertado aún, pero los primeros síntomas parecían prometedores. La joven había entrado en calor y sus mejillas se

habían sonrosado, y el clérigo no parecía sufrir ningún efecto por la extracción de la sangre, más allá de la somnolencia provocada por el brebaje que le habían suministrado.

—Nunca más volverás a ejercer la medicina —dijo Juan—, yo me encargaré de ello. Cuando pase todo esto, tendrás que responder por estas prácticas mágicas y prohibidas.

—Mi maestro ha salvado la vida de vuestra hermana; deberíais estarle agradecido por ello —dijo el joven Pedro mientras, amenazante, apretaba con fuerza el palo que sujetaba con las dos manos.

Poco antes de que Gonzalo terminara de desatar los correajes de su cabeza, Teresa parecía volver en sí. Tosía y movía el cuello de un lado para otro, quizás porque comenzaba a sentir las molestias del pinchazo. Gonzalo sonrió y puso su mano en la frente de la joven para asegurarse de que la fiebre remitía poco a poco.

—Las próximas horas son cruciales —dijo el médico—. Debe permanecer en vigilancia toda la noche, y tú puedes elegir si pasar la velada de forma pacífica o atado de pies y manos.

Juan de Ciudad se calmó al ver que su hermana reaccionaba y que volvía en sí, que el peligro había pasado, pero no lograba comprender por qué el inquisidor se encontraba acostado junto a ella.

DESPEDIDA

Tras la conquista de Ciudad Real por las tropas castellanas, la ciudad recobró el bullicio de meses atrás. Se decretaron varios días de mercado, durante más de una semana, para reabastecer la ciudad por completo. Rodrigo Manrique recibió poderes de los reyes doña Isabel y don Fernando para realizar las pesquisas necesarias y castigar las injusticias cometidas durante la ocupación calatrava, identificar a quienes habían apoyado a Rodrigo Téllez Girón y se habían aliado con él y desposeerlos de sus cargos y bienes para hacer frente a las responsabilidades que pudieran derivarse.

Después de algunos meses, para Tomás había llegado el momento de abandonar Ciudad Real, de volver a casa, aunque la partida le resultaba pesadosa. Era temprano y hacía tanto frío como el día que llegó, un año antes.

Recogía los libros de la estantería mientras los guardaba uno a uno en los baúles que habrían de regresar con él. Entre sus manos tomó el *Fortalitium fidei* de Alonso de Espina: ya no reconoció en aquel libro el texto sagaz que desenmascaraba a los judíos, que revelaba sus costumbres cotidianas para evidenciar sus prácticas heréticas. Por primera vez dudó de la veracidad de los relatos que narraban las crueles prácticas que les atribuían sobre sacrificios de niños, artes mágicas y rituales, y que parecían más propias de adoradores del diablo. Lo hojeó por encima; conocía las consideraciones de aquel tratado casi de memoria, pero ya no le parecieron tan contundentes sus argumentos, ni tan enardecedoras sus proclamas, cargadas de odio y de rencor,

y de engaños y mentiras.

Los tratados que había consultado durante aquellos meses parecían haber mudado su contenido, sus páginas reescritas de nuevo, sus argumentos y principios diferentes. Pero eso era imposible. Vio su reflejo en el cristal de la ventana; miró su imagen, y le costó reconocerse por un instante, como si se encontrase delante de un desconocido. Observó el semblante apacible de su rostro, descubrió, donde antes no existía, la expresión amable de sus gestos y comprendió que no era el mundo de su alrededor el que había cambiado, sino aquel hombre que tenía delante de sí, frente al cristal. Aquello le hizo caer en la cuenta de su propia transformación.

Había conocido hombres y mujeres excepcionales, capaces de ganarse su respeto y admiración, pero también hombres mediocres que detentaban el poder de ciudades y villas con tiranía. Pero Tomás solo quería conservar el recuerdo de los primeros, y no pudo evitar acordarse de Rodrigo del Pulgar, que había encontrado la muerte luchando por la conquista del alcázar.

Recordó las palabras de despedida que la tarde anterior había brindado al joven Hernando, que se emocionó cuando el licenciado se presentó en su casa para despedirse. Tomás le recordó que ahora era cabeza de los Pérez del Pulgar y que como tal tenía el honor de ensalzar y acrecentar las hazañas de quien dio su vida por una valiente causa. Se abrazó a él sabiendo que compartían admiración y respeto por el viejo capitán que murió para liberar la ciudad de la conquista de los calatravos.

—Vuestro padre murió con gran honor, y será por todos recordado por su valentía, pero, sobre todo, murió orgulloso de vos, y no puede haber mayor satisfacción para un hombre que ver cumplido el deseo de sentirse honrado por un hijo —dijo con respeto y solemnidad.

Después de limpiarse las lágrimas contenidas en sus ojos vidriosos, Hernando contó a Tomás que el mismísimo conde de Paredes lo había recomendado al rey para entrar a su servicio como continuo de su casa. Su incipiente amistad con el comendador de Montizón, don Jorge Manrique, y su más que demostrado arrojo en la fortaleza de Toro y en la conquista de Ciudad Real lo avalaban. También le contó que tenía planes de casamiento con Francisca, a la que al fin había podido demostrar su nobleza y el amor que le profesaba.

—¡Vaya! Veo que al final os habéis ganado su corazón y el de su padre — dijo el licenciado con chanza.

—No podía ser para menos: me ha costado ganar una batalla para impresionarles —respondió el joven con notable exageración.

Aquella tarde la dedicó Tomás para despedirse de aquellos cuya amistad el azaroso destino le había brindado la oportunidad de compartir.

Se acercó hasta Alarcos para despedirse del criador de caballos, Femando Valera. El recinto se encontraba repleto de animales. El licenciado comprendió que la conquista de la ciudad y la derrota de los calatravos habían dejado buen número de animales sin jinete que el criador había logrado adquirir negociando con los capitanes castellanos. Permanecerían allí algunas semanas hasta que consiguiera vendérselos a algún tratante o lograra colocarlos en alguna feria de ganado. Los mozos se ocupaban de mantenerlos limpios y darles de comer. Tomás miró a su alrededor, pero no consiguió ver al joven Diego de Ciudad, y comprendió que el muchacho habría regresado a casa de su padre después de que ya nadie le reclamara causa alguna con la justicia. Femando Valera se encontraba trajinando con dos criados que sujetaban las riendas de un espléndido alazán que se resistía a ser herrado y, cuando lograron calmarlo, tomó el martillo y, con rápida precisión, logró fijar la herradura a la pezuña del animal. Se despidió de aquel hombre con quien había compartido preocupaciones y opiniones y al que aprendió a respetar cuando supo que daba cobijo a su sobrino, prófugo de la justicia, aun a riesgo de su vida y de su propia seguridad.

Intentó también despedirse, antes de su partida, del procurador Andrés Alonso de Aguilera, pero no pudo estrechar su mano por encontrarse este fuera de la ciudad. Aquel hombre, de ideas más propias de otros tiempos, había calado en el corazón de Tomás de Cuenca. Todavía recordaba cuando se conocieron, el mismo día que partió de Toledo a Ciudad Real en el carruaje del arzobispo. Su conversación permanente e interminable casi terminó por agotarlo, hasta el punto de no haberse podido presentar como era correcto, pero terminó aceptando su verborrea como una cualidad más de su peculiar carácter. Quien lo conocía terminaba por tomarle afecto, aunque sus parrafadas le hacían tomar distancia en ciertas ocasiones y el clérigo había compartido largas veladas y sesiones con aquel hombre. Sin embargo, el

licenciado lamentó no poder despedirse de él.

Tomás no quiso marcharse sin despedirse del médico Gonzalo Rodríguez de Santa Cruz, y la tarde anterior se presentó en su casa.

El médico se alegró al verlo, y pidió a su aprendiz que continuara con el vendaje de la mano que estaba practicando a un hombre de mediana edad. Ya habían pasado varias semanas desde que el hábil físico logró salvar la vida de Teresa. Los dos se felicitaron por ello y Rodríguez de Santa Cruz lamentó la marcha del clérigo cuando le comunicó su inminente partida.

—Asumisteis un gran riesgo para salvarla —dijo el médico—, y os estoy agradecido por ello.

—Fuisteis vos quien con vuestra destreza lograsteis que la vida no se escapara y conseguisteis que todo haya quedado en un mal recuerdo. ¿Habéis sabido de ella últimamente?

—Me temo que su hermano Juan se ha encargado de prohibirle cualquier contacto conmigo, e incluso con mi hermana. He intentado explicarle lo que sucedió a ese tozudo cabezota, pero no quiere dar su brazo a torcer. Me ha amenazado con denunciarme, pero sé que no lo hará: no será capaz de traicionar tantos años de amistad.

Tomás lamentó la situación en la que quedaba el médico, y tampoco descartaba que, si los hechos trascendían, los conversos pudieran utilizar aquel asunto en su contra para vengarse de la inspección de herejía a la que los había sometido durante los últimos meses, aunque hacía tiempo que había puesto fin a las pesquisas.

—Cuando tengáis ocasión de hablar con ella, saludadla de mi parte —dijo Tomás—. Me hubiera gustado verla por última vez.

Mientras el clérigo se encontraba en aquellos pensamientos, Quiteria llamó a la puerta de la habitación, que se hallaba entreabierta. La mujer parecía haber aprendido algunos modales, de los que tanto empeño había puesto Tomás en enseñarle, y se esforzó en demostrarle que, al cabo del tiempo, había pulido sus toscas maneras. Se encontraba triste y afectada por la marcha del licenciado, y no dudó en complacerle en todo cuanto el hombre se había esforzado en instruirle.

—Señor, una mujer os espera abajo para hablar con vos —dijo Quiteria de forma discreta.

El licenciado la miró extrañado y la interrogó con la mirada.

—Es la hija de Sancho de Ciudad —dijo la mujer con una sonrisa amable.

Tomás no se hizo esperar; se pasó las manos por la cabeza para colocarse el pelo y bajó las escaleras con determinación.

Se encontró con Teresa en la sala donde solía trabajar. La mujer lo recibió con una espléndida sonrisa mientras Tomás se aproximaba. Toda ella irradiaba belleza; el sol de la mañana que entraba por la ventana acentuaba los armoniosos rasgos de su cara. Tomás se alegró de verla completamente recuperada y tan hermosa como siempre.

—Os pido que disculpéis mi visita a estas horas de la mañana. No quería molestaros, pero tenía necesidad de hablar con vos —dijo Teresa antes de que el licenciado pudiera saludarla.

—Os aseguro que vuestra compañía siempre me resulta muy grata —respondió cortésmente—, y me alegro de veros completamente recuperada de vuestras heridas. La verdad es que nos disteis un buen susto a todos los que os apreciamos.

La joven sonrió las palabras del licenciado.

—Y todo gracias a vos —dijo, agradecida—, y a vuestra sangre.

Tomás creía que el médico habría guardado discreción sobre la transfusión, pero era evidente que no le había ocultado nada.

—He sabido que pusisteis en peligro vuestra vida por salvar la mía, y os estoy agradecida por ello. —Teresa le cogió de las manos en señal de gratitud.

—Ha valido la pena el riesgo a cambio de la satisfacción de que un poco de mi sangre corra por vuestras venas.

—Sí, ahora nuestras vidas han quedado enlazadas para siempre —respondió la joven, manteniendo su mirada.

Tomás soltó su mano, acarició su cara y sintió en ella el suave tacto y el calor de su mejilla. Sus ojos se encontraron y sus caras se aproximaron muy despacio la una a la otra: parecían retar, temerosas, al abismo que las separaba, ansiosas por aproximarse. Sus pupilas buscaban la profundidad de su mirada y sus corazones latían ahora al unísono, con intensidad, al ritmo que late la pasión desbocada pero contenida y presa en el corto espacio que separa dos mundos tan diferentes.

—La última vez que os marchasteis de mi casa os despedisteis con un

beso, y desde entonces no he logrado sacaros de mi cabeza —dijo Tomás sin acortar la estrecha distancia que los separaba.

Sin embargo, Teresa retrocedió y apartó aquella mirada que durante breves instantes lo había cautivado.

—Os ruego que me disculpéis, pero también he venido a veros para solicitaros un favor —dijo, turbada, ignorando el comentario del hombre.

Contrariado por su indiferencia, Tomás no pudo evitar un gesto de decepción, pero, pese a ello, invitó a Teresa a que tomara asiento junto a la ventana.

—Mi padre ha sido destituido de su cargo en el concejo —dijo, rompiendo la magia de aquel instante—. Parece que la presión del maestre de Calatrava para que liquidase con él la alcabala durante la ocupación de la ciudad ha sido interpretada por los reyes como un incondicional apoyo por su parte a la causa de doña Juana.

—Sí, he oído que algunos regidores han sido desposeídos de sus cargos y propiedades.

—Mi padre y otros amigos pretenden reclamar a los reyes su restitución —continuó la joven—, y desean que se les compense por los ataques sufridos y por el saqueo del que fuimos objeto antes de que la Orden de Calatrava ocupase la ciudad.

—No será fácil determinar tal cosa y conseguir el favor de la Corona —dijo Tomás, consciente de la envergadura de la reclamación que pretendían.

La joven se detuvo un instante.

—Veréis: la reclamación que pretenden realizar a su majestad, la reina Isabel, es ardua, pero resultará infructuosa si de vuestra actuación judicial se desprende que han incurrido en herejía —dijo al fin—. El proceso que tienen abierto los hará parecer culpables ante los reyes, y se confundirá una cosa con la otra.

—Comprendo —dijo Tomás, contrariado—; necesitáis mi ayuda, y pensasteis que, si os mostrabais atenta conmigo, eso facilitaría mi colaboración.

Teresa se sorprendió por las duras palabras de Tomás, sin dar crédito a lo que había escuchado; se levantó ofendida y, sin decir palabra, se dirigió hacia la puerta de la habitación. Tomás corrió tras ella, la agarró y le impidió que

saliera.

—Os ruego que me disculpéis; es imperdonable el comentario con el que os acabo de ofender. No dudo de la honestidad de vuestras palabras: —se disculpó el hombre—. Hablan por mí la frustración y el despecho por vuestro desdén. Habéis cambiado mi vida, Teresa; ya no queda nada del hombre que hace unos meses llegó a esta ciudad. No puedo apartaros de mi pensamiento, no puedo ignorar que me hechizan vuestros labios, que muero por teneros en mis brazos.

—¿Acaso pensáis que solamente vos sufrís por ello? —dijo la joven, airada—. Mi vida era tranquila hasta que os conocí. Me siento culpable por amaros. Habéis procesado a mi padre y a muchos de nuestros amigos por ser judíos, judíos como yo lo soy. —Las lágrimas inundaron sus ojos y cayeron por sus mejillas—. ¿Cómo creéis que me siento por amar al hombre que persigue a mi familia en nombre de Dios, y que la procesa y la condena? Y lo peor de todo es que mi padre sospecha de la atracción que siento por vos, y nunca me ha recriminado nada. No se os ha ocurrido pensar en el dolor que me abate ante la certeza de que el sentimiento que ha nacido en mi corazón nunca podrá germinar, porque vos sois un hombre de iglesia. ¿Y cómo creéis que me siento cuando pienso que la única alternativa para pasar mi vida junto a vos es convertirme en vuestra barragana? La barragana judía que solamente os traerá problemas.

Teresa rompió a llorar y se abrazó a Tomás. Lloró con el corazón desgarrado, con un lamento sin consuelo y amargo. Con delicadeza, Tomás limpió las lágrimas que corrían por sus mejillas y la besó en la boca, con el beso más dulce que nunca se hubiera imaginado. Los dos se fundieron en un abrazo lleno de ternura y deseo, sus cuerpos se apretaron con la misma pasión que lo hacían sus labios, sintiendo su calor, envolviendo sus brazos e ignorando al mundo que no los comprendía.

—Duele, ¿verdad? —dijo Tomás besando su frente.

—Sí, duele mucho. ¿Por qué el odio reconforta tanto y el amor se clava con la misma frialdad que una daga afilada?

Teresa permanecía abrazada a Tomás: no le importaba que pudieran sorprenderlos en aquella comprometida situación, deseaba que el tiempo se detuviera, que aquella hermosa sensación de encontrarse flotando no

desapareciera nunca jamás. Pero sabía que aquel espejismo de felicidad no podía durar demasiado, que la falsa mentira que se repetía una y otra vez sobre el futuro de su amor solo le traería mayor dolor. Se limpió las lágrimas y respiró hondo, sollozando.

—Será mejor que me vaya —dijo la mujer al fin—. Si no lo hago ahora, no tendré valor para hacerlo nunca. No mientras me miréis de esa manera.

—Teresa, quizá..., con el tiempo encontremos la forma... —acertó a decir Tomás.

—No: durante todo este tiempo me he engañado a mí misma, y solamente he conseguido dolor y sufrimiento. —La mujer hizo una pausa después de componer sus ropas y secarse las lágrimas con la mano—. Quiero pedir os un último deseo, ahora que os marcháis de la ciudad.

—Haré lo que me digáis con tal de complaceros.

—A partir de ahora nuestros caminos se separarán, nuestras vidas dejarán de estar conectadas. La única forma de sobrevivir a este desamor será olvidar, olvidarnos el uno del otro.

—Jamás os podré olvidar. Volveré a buscaros —insistió Tomás.

—No, no hay peor muerte que vivir día a día con la esperanza de lo imposible —lo interrumpió—. Un viejo dicho judío dice que las hojas que el viento arrastra y que reúne en el mismo lugar nunca más se vuelven a encontrar.

Teresa le devolvió la última mirada con la esperanza de guardar aquella imagen en su recuerdo, y, mientras abandonaba aquel despacho, las lágrimas resbalaban por sus mejillas.

LA RECONCILIACIÓN DE LOS CONVERSOS

Alonso de Carrillo extraía de un frasco de cristal unos polvos de color amarillento que con una cuchara depositaba con sumo cuidado en el platillo de una pequeña báscula. En los últimos meses el arzobispo solía pasar la mayor parte de su tiempo encerrado en su laboratorio rodeado de tubos, alambiques, morteros, frascos con minerales y plantas y objetos de medición. Las estanterías se encontraban desordenadas y las mesas acogían pilas de libros abiertos, amontonados unos sobre otros. Solo quedaba libre un pequeño espacio, donde el prelado realizaba las anotaciones de sus experimentos en un manuscrito con caracteres ilegibles, diríase cifrados, para evitar la curiosidad de los intrusos.

La puerta del laboratorio se abrió de repente y Carrillo se sobresaltó al comprobar que se le había olvidado echar el cerrojo para evitar que nadie lo molestara. Por ella hizo su entrada Tomás de Cuenca, seguido por uno de los sirvientes del arzobispo, que se disculpó ante su señor por no haber podido evitar la intempestiva visita.

—No te preocupes: el licenciado Tomás de Cuenca siempre es bienvenido a mi palacio —dijo el arzobispo mientras terminaba de realizar la anotación en el documento correspondiente a la medición de la báscula.

El sirviente hizo una reverencia y se retiró cerrando la puerta detrás de él.

—Debe de ser algo muy urgente lo que quieres tratar conmigo cuando entras de esta manera tan abrupta en mis dependencias privadas —dijo Alonso

de Carrillo sin mostrar mucho afecto por su visitante.

—Llegué hace una semana a Alcalá. Llevo varios días intentando que me recibáis, y solamente he conseguido la callada por respuesta y el desdén de vuestros criados —respondió Tomás, enfadado. El arzobispo dejó la pluma sobre la mesa, cogió un trapo para limpiarse las manos y se acercó a Tomás con el gesto grave.

—Hace más de un año que no he sabido nada de ti. Te envié a Ciudad Real con el encargo de realizar pesquisas sobre los conversos que judaízan y ni siquiera te has dignado a informarme de tus averiguaciones en todo este tiempo ¿y todavía te crees con derecho a ser recibido por el arzobispo de Toledo cuando a ti te plazca?

—Vos y yo sabemos que nada de lo que ha acontecido durante estos meses en Ciudad Real os ha resultado ajeno.

—Cierto. He sabido que has estado muy ocupado haciendo averiguaciones que nada tenían que ver con las que tenías encomendadas y que el conde de Paredes tiene un alto concepto de ti por tu inestimable colaboración en la conquista de la ciudad para Isabel de Trastámara y su esposo Fernando de Aragón.

—Imagino que os referís a nuestros señores los reyes doña Isabel y don Fernando —dijo Tomás, desafiante.

—No tengo que justificar el bando al que he apoyado en esta guerra, y tú tenías la obligación de escoger el mismo que el señor al que sirves —respondió Alonso de Carrillo.

—Yo, eminencia, solo me debo a Dios, pero vos, con vuestras maquinaciones, solo desprestigiáis a la Iglesia a la que decís servir.

—Te has vuelto un idealista. Isabel y Fernando nunca supieron apreciar lo que hice por ellos mientras me mantuve a su lado. Ni siquiera estarían casados de no haberles preparado esa bula papal que les dispensaba el parentesco para el matrimonio. ¡¿Y cómo me lo agradecieron?! —gritó el arzobispo, enfadado—. Acercándose a Mendoza, al que colmaron de atenciones y cargos. Isabel traicionó toda la confianza que deposité en ella, pero tengo que reconocer que ha sabido jugar mejor la baza de las alianzas que mis torpes sobrinos el marqués de Villena y el maestre de Calatrava apoyando a Alfonso de Portugal.

—No he venido aquí para discutir con vos lo que debéis explicar a sus

majestades en persona —dijo Tomás, sin ganas de prolongar una discusión que no conducía a ninguna parte—. He venido a rendiros cuentas sobre la inspección de herejía que he realizado en Ciudad Real y que vos me encomendasteis.

Alonso de Carrillo miró con desconfianza a Tomás mientras intentaba adivinar qué se proponía en realidad.

—Bien, eso me complace, pero por tu actitud desafiante me temo que no te limitarás a relatarme los pecados de los conversos.

—Sé que los libros y las actas de los testimonios de todas las pesquisas que he realizado se encuentran en vuestro poder y que os los hizo llegar fray Juan de la Torre, a quien vos, sin siquiera dignaros a notificármelo, nombrasteis fiscal de la causa.

—Creí que te haría llegar el nombramiento que le otorgué para que encausarais de común acuerdo todos los asuntos —dijo con sarcasmo el arzobispo.

—Me alegra descubrir que dudaseis de si sería capaz de cumplir vuestro encargo. Me alegro de haberos decepcionado por ello.

—Digamos que orientaste tus indagaciones en una dirección equivocada y que la situación necesitaba ser reconducida.

—¡Me encontraba cumpliendo vuestro encargo! —dijo Tomás alzando la voz—. Necesitaba averiguar qué es lo que había ocurrido en la ciudad para que aquel 6 de octubre los cristianos viejos se alzaran contra un barrio entero y le prendieran fuego por los cuatro costados. Vos no queríais que se supiera la verdad porque sabíais que aquella revuelta, con las muertes, heridos y todo el sufrimiento que causó, se produjo por vuestras maquinaciones políticas y las de ese grupo de tiranos, como vuestro sobrino, en quien confiasteis para ejecutarla.

—¡Ese grupo de tiranos respetó tu vida porque yo se lo ordené cuando la ciudad fue tomada por la Orden de Calatrava! No le faltaron ganas a mi sobrino, el maestro, para acabar con un clérigo díscolo como tú —respondió el arzobispo encarándosele.

Se produjo un silencio durante un breve instante mientras los dos hombres todavía se miraban desafiantes a los ojos.

—Os he dicho antes que no he venido a discutir con vos —dijo Tomás

algo más calmado—; he venido para reconozcáis la reconciliación con la Iglesia de todos los conversos encausados en las pesquisas que he realizado en Ciudad Real.

—Me temo que eso no es posible —dijo el arzobispo mientras cerraba el frasco con los polvos amarillentos con los que había estado trabajado antes y lo colocaba en una estantería—. Como bien has dicho, tengo en mi poder los libros de las causas contra todos ellos y los testimonios de los que los acusan, y sería una irresponsabilidad por mi parte simular que nada ha ocurrido.

—La Iglesia no conseguirá ganárselos para su causa forzando la conversión de los judíos. La mayoría de ellos han convivido con su religión desde la cuna aprendiéndola de sus padres y de sus mayores.

A Carrillo le sorprendieron las palabras de Tomás; no se las esperaba.

—¡Cómo has cambiado! —le soltó casi con desprecio—. Me gustaba más el hombre ambicioso con el que antes acostumbraba a tratar que no el defensor de judíos en el que te has convertido. A los judíos les corresponde ocupar en el mundo el lugar que Dios les ha reservado.

—No creo que sea esa la voluntad de Dios.

—¿Cómo te atreves a cuestionar las decisiones de la Iglesia y a interpretar cuál es la voluntad de Dios? —respondió, encolerizado, Alonso de Carrillo.

—Sois vos quien lo hacéis, y vuestro rango no os autoriza a convertirnos en profeta de Dios. —Tomás hizo una pausa para zanjar la discusión con el arzobispo y sacó un documento de entre sus ropas, que le entregó—. He venido a exigirnos que firméis este documento que aquí os presento por el que declararéis la reconciliación de las personas que en él se citan.

Alonso de Carrillo rompió en una carcajada al comprobar la vehemencia con la que Tomás mantenía su posición y la determinación que ponía en ello.

—¿Acaso crees que puedes obligarme a esto? —dijo el arzobispo, irónico.

—Estoy seguro de que la reina Isabel tendría mucho interés por conocer vuestras actividades y cómo habéis utilizado vuestro cargo y vuestras energías contra ella.

—Te aseguro que a estas alturas la reina ya conoce el bando al que he apoyado en esta guerra y que estaría encantada y dispuesta a otorgarme su perdón en cuanto tomase la decisión de avenirme a su causa —dijo el

arzobispo mientras le devolvía el documento con desprecio.

—Puede que la reina Isabel os perdone que hayáis intentado arrebatarle el trono, pero jamás os perdonará que hayáis conspirado para quitarle la vida. Tengo en mi poder cierta correspondencia que cruzasteis con vuestros sobrinos, y estoy seguro de que a la reina le sorprenderá leer algunas cartas de vuestro puño y letra. ¡Elegid! —Tomás le acercó el documento de nuevo.

El arzobispo cambió el semblante y observó fijamente a Tomás con la esperanza de encontrar un atisbo de debilidad en su determinación o de duda en sus palabras. Pero comprendió que aquel hombre, a quien había menospreciado, lo había puesto entre la espada y la pared y que estaba dispuesto a destapar los planes que urdió con sus sobrinos Juan Pacheco y Rodrigo Téllez Girón para asesinar a la infanta Isabel y lograr el ascenso al trono de doña Juana de Castilla. Aquello daría al traste las negociaciones que el arzobispo había iniciado para promover su reconciliación con los reyes.

Alonso de Carrillo tomó el documento y lo firmó con ligereza, como si quisiera pasar aquel trance lo antes posible. Tomó la llama de una vela para calentar el lacre hasta que goteó dos veces y plantó su sello arzobispal hasta que la pasta volvió de nuevo a solidificarse.

—Ya tienes a tus judíos reconciliados con la Iglesia, pero esta firma no les garantiza el cielo —dijo el prelado mientras le devolvía el documento a Tomás.

—Ni vos ni yo lo tenemos. Solo Dios sabe escrutar en el fondo del corazón de los hombres.

Tomás recogió el documento de manos del arzobispo, lo enrolló con cuidado y se lo guardó entre sus ropas. Abandonó la cargada atmósfera del laboratorio donde Alonso de Carrillo pasaba horas y hasta días enteros buscando, como obstinado alquimista, la piedra filosofal y el elixir de la vida eterna.

El licenciado abandonó el palacio del arzobispo: había conseguido reconciliar a los conversos sin que sufrieran más castigo ni penitencia. Se lo había prometido a Teresa, y no quería defraudarla en eso. Le haría llegar aquel documento a su buen amigo Martínez Cepudo, que, por su activa participación en la resistencia contra el maestre de Calatrava, fue recompensado con una escribanía en Ciudad Real, para que se encargara de la expedición de los

pertinentes traslados notariales y los hiciera llegar a los conversos afectados.

Tomás abandonó la ciudad de Alcalá y regresó a Toledo. Hacía mucho tiempo que se había marchado de allí o, al menos, le pareció toda una eternidad. Mientras paseaba por las calles empedradas de la ciudad, le asaltó el recuerdo del hombre en el que ya no se reconocía. Pero sus pasos no lo condujeron al barrio de los canónigos, junto a la catedral, donde todavía conservaba su casa: se dirigió al otro extremo de la ciudad, hacia la judería.

Recorrió sus callejuelas, las pequeñas plazas y ensanches que se formaban en la intersección de los cruces; observaba a la gente como nunca antes lo había hecho. Pero un propósito guiaba sus pasos. Se detuvo al encontrarse con un tonelero que cargaba su mercancía en un carro haciendo rodar los toneles por unos tablones de madera que utilizaba a modo de rampa. El hombre le señaló con el brazo que debía continuar más adelante. Se dirigió a un grupo de mujeres que al principio parecieron desconfiar de los hábitos del clérigo, pero una de ellas le dio la información que buscaba. Avanzó por las calles de la judería, siguiendo las indicaciones que había recibido, hasta que se cruzó con una pescadera que intentaba rematar la venta de un par de peces que le quedaban en una vieja espuerta. La mujer escuchó al clérigo y, sonriendo, señaló a una anciana que se encontraba sentada en la puerta de su casa. Tomás la miró desde la distancia: era una mujer menuda, con el pelo completamente blanco y con la vista perdida. Se acercó despacio sin que ella se percatase de su presencia. La descripción coincidía con la que su viejo amigo Felipe Lanza, el clérigo de Santiago, le había hecho de la mujer que depositó al pequeño Tomás en la piedra de los niños abandonados. Pero el licenciado sabía que aquella mujer ya no podía reconocerlo. Se acercó hasta ella, se presentó formalmente y le dijo unas palabras que al principio turbaron a la anciana. Tomás fue paciente: se dirigió a ella con respeto y en pocos minutos logró ganarse su confianza. El hombre se agachó para colocarse a su altura y la mujer le pasó sus manos por la cara con la mirada perdida a través de sus ojos blancos. Tomás cogió las manos de la mujer y las besó con ternura mientras ella, emocionada, intentaba reconocer con el tacto de sus dedos al hijo que el tiempo y sus plegarias le habían devuelto con los años.

EPÍLOGO

En las semanas que siguieron a la conquista de Ciudad Real, Rodrigo Manrique aplicó justicia castigando los actos de traición y de vandalismo. Todos los hombres importantes que habían apoyado la ocupación de la ciudad por el maestre de Calatrava y la causa del bando portugués fueron destituidos de sus cargos y requisadas sus propiedades. En muchos casos se cometieron injusticias, porque lo que se interpretó como un apoyo incondicional al enemigo en realidad había sido obtenido mediante el miedo y la amenaza. La derrota de Rodrigo Téllez Girón en tierras de La Mancha supuso un punto de inflexión en la evolución de la guerra que libraban los dos bandos para hacerse con la corona de Castilla. En pocos meses, las tropas de Isabel y Fernando recuperaron algunas plazas que se encontraban en manos de los partidarios de doña Juana, como Trujillo y los territorios del marquesado de Villena. La guarnición de Zamora se sublevó contra el rey portugués y recuperó la ciudad para la causa isabelina. Los castellanos rindieron también el castillo de Burgos, que se encontraba en manos de los rebeldes. Pero la batalla definitiva se produjo frente a la ciudad de Toro, donde un año después se encontraron de nuevo el ejército castellano, con Fernando de Aragón al frente, y el ejército portugués reunido por Alfonso V para hacer valer la causa de la hija de Enrique IV. Aquel día Antona García no pudo abrir las puertas de la ciudad al rey Fernando como le prometió un año antes, porque fue ajusticiada por los portugueses antes de que cumpliera su propósito.

La batalla de Toro motivó la claudicación progresiva de muchos partidarios de doña Juana, que se acogieron al perdón real. Los últimos en

hacerlo fueron los grandes valedores de su causa, don Diego López Pacheco, marqués de Villena; su primo, el maestre de Calatrava, don Rodrigo Téllez Girón, y el tío de ambos, el arzobispo de Toledo, don Alonso de Carrillo y Acuña.

Muchos de los protagonistas de esta historia sobrevivieron poco tiempo a los acontecimientos. El conde de Paredes, don Rodrigo Manrique, murió en 1476, un año después de conquistar Ciudad Real y arrebatársela a la Orden de Calatrava y de pacificar La Mancha. Manrique murió en Ocaña de una cruel enfermedad que le deformó los armoniosos rasgos de su rostro. Su hijo, Jorge Manrique, que luchó junto a su padre durante la guerra civil castellana, murió tres años después, en 1479, en el cerco al castillo de Garci-Muñoz. Su actuación como militar solamente fue superada por su afición literaria de la que dejó testimonio en numerosos versos, entre los que destacan los que dedicó a la memoria de su padre.

Don Rodrigo Téllez Girón, después de acogerse al perdón real y reconciliarse con los reyes, fue restituido en el maestrazgo de la Orden de Calatrava que le había sido confiscado, y en los años siguientes apoyó con sus tropas a los reyes Isabel y Fernando en la conquista del reino de Granada. Encontró la muerte muy joven, pocos años después, en el cerco de Loja, en el año 1482. Le sucedió al frente de la orden el que fuera claverero de ella, don García López de Padilla, que fue el último maestre de Calatrava antes de que la titularidad de los maestrazgos de las órdenes militares pasaran a la Corona.

Hernán Pérez del Pulgar tuvo una larga vida llena de éxitos militares. Su arrojo sirvió para repeler el cerco que las tropas musulmanas habían puesto a la ciudad de Alhama; también tomó el castillo del Salar con una fuerza de ochenta hombres, fue el conquistador de Baza, participó en la rendición de Málaga y defendió la plaza de Salobreña del asedio musulmán. Pero en un lugar preeminente de la Historia siempre quedará grabada la hazaña de la avemaría, ocurrida cuando los reyes católicos pusieron cerco Granada. Hernando se introdujo en la ciudad con un pequeño grupo de hombres, entre los que se encontraba Francisco de Bedmar, y llegó hasta las mismas puertas de la mezquita mayor, donde clavó con un puñal un documento que había escrito él mismo. Eran las palabras del avemaría y a continuación la frase «Sed testigos de la toma de posesión que realizo en nombre de los reyes y del

compromiso que contraigo de venir a rescatar a la Virgen María, a quien dejo prisionera entre los infieles». Hernando prendió fuego a la alcaicería y logró escapar de la ciudad combatiendo en inferioridad numérica contra la guardia granadina. Por aquella hazaña, los reyes Isabel y Fernando le concedieron el privilegio de ser enterrado en la catedral que, años después, se construiría sobre la gran mezquita de la ciudad, y donde actualmente reposan sus restos junto a los de los reyes.

El médico Gonzalo Rodríguez de Santa Cruz ejerció su oficio en el hospital de San Blas, que se fundó junto a la iglesia de San Pedro, y continuó explorando nuevas técnicas y tratamientos con los que atender y sanar a los enfermos, no siempre conformes a la ortodoxia médica. Su participación activa junto a la resistencia contra el maestre calatravo también le hicieron valedor del cargo de regidor durante algunos años en el concejo de la ciudad.

Los conversos de Ciudad Real a los que Tomás de Cuenca abrió proceso de herejía fueron reconciliados con la Iglesia, y quedaron limpios de cualquier causa seglar y religiosa. Los conversos que fueron despojados de sus bienes y de sus cargos de regidor por apoyar la causa de doña Juana de Trastámara fueron posteriormente restituidos en los cargos que ocupaban en el concejo de la ciudad, aunque a partir de entonces las fuerzas de los dos bandos quedaron desequilibradas, porque se adoptó la fórmula de cargos acrecentados para no destituir a los que, en su momento, se beneficiaron de las destituciones.

Esta situación de aparente reconciliación duró hasta que, pocos años después, en el año 1478 se creó en Castilla el Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición. Entre 1483 y 1485 se creó un tribunal que actuó en Ciudad Real, antes de trasladarse de forma definitiva a Toledo. Las primeras actuaciones de este tribunal se realizaron contra los conversos que ya fueron procesados en la inspección de herejía que realizó Tomás de Cuenca en 1475, pese a que se encontraban reconciliados con la Iglesia.

De ello tuvieron conocimiento los inquisidores a través del testimonio de Juan Martínez Cepudo, que fue citado a declarar como testigo en el nuevo proceso abierto contra Juan González Pintado en 1483. En la documentación de este proceso consta que Martínez Cepudo declaró que había acudido a visitar al licenciado Tomás de Cuenca a su posada de Alcalá de Henares, a donde trasladó su residencia el clérigo, y que lo informó de que muchos de los

que estaban presos ya estaban reconciliados y abrazados con la Santa Madre Iglesia, y le mostró la sentencia que el arzobispo dio sobre ello.

Pero la mayoría de los judíos conversos huyeron antes de la llegada de los inquisidores en 1483, y se dispersaron por diferentes ciudades para escapar del santo oficio, aunque fueron juzgados in absentia y quemadas sus efigies de cera en los autos públicos de fe. Otros marcharon hacia destino desconocido, allende las fronteras de Castilla, y algunos fueron capturados y conducidos ante el tribunal de la Inquisición, como ocurrió con la familia de Sancho de Ciudad. El viejo arrendador de impuestos huyó con su familia tras los primeros rumores que alertaban de la llegada de los inquisidores y llegaron hasta la costa levantina, pero fueron apresados en Valencia tras naufragar la faluca en la que huían y con la que pretendían alcanzar las costas del norte de África. Tras el naufragio, el temporal los devolvió a la costa, y Sancho de Ciudad resultó preso junto con su mujer y sus hijos, y puesto a disposición del santo oficio de Toledo, donde fue juzgado.

Tomás de Cuenca fue reclamado para formar parte del Consejo de la reina doña Isabel, y también perteneció al consejo del arzobispo, tras la reconciliación de don Alonso de Carrillo con los reyes. Las pocas noticias que existen sobre él lo vinculan a la ciudad de Alcalá, donde se convirtió en el primer abad de la colegiata de los santos Justo y Pastor. Su nombre también aparece entre los asistentes al proceso instado por el arzobispo Carrillo contra la obra del humanista Pedro Martínez de Osma que se convocó en dicha ciudad. Su condición de doctor in utroque iure y los relevantes cargos que ocupó lo encumbraron entre los principales teólogos, humanistas y estudiosos del Derecho de la época. Por sus muchos méritos y virtudes, la reina Isabel le ofreció un obispado que Tomás de Cuenca no aceptó, «huyendo siempre de tener almas a su cargo por considerarlo un peso intolerable y de mucho escrúpulo». Aunque Alcalá de Henares se convirtió en la ciudad donde vivió la mayor parte de su vida, escogió Toledo para morir, santamente según cuentan algunos, y fue enterrado en la capilla de los reyes viejos de la catedral de Toledo, de la que fue siempre canónigo hasta el final de sus días.



MARCELINO SANTIAGO nació en 1963 en Corral de Almaguer (Toledo), y reside en Ciudad Real. Es licenciado en Geografía e Historia en la especialidad de Historia Medieval por la Universidad Complutense de Madrid. Realizó los cursos de doctorado en Historia con los que obtuvo la suficiencia investigadora. Realizó también estudios de posgrado en Informática Educativa en la UNED, y ha publicado artículos científicos de diversa índole. Es funcionario de la Escala Técnica de la Universidad de Castilla-La Mancha, donde se encuentra destinado en la actualidad.